

CARMELO GONZÁLEZ VELASCO



LA VILLA
DE
PERALTA DE NAVARRA

RECUERDOS Y VIVENCIAS

CARMELO GONZÁLEZ VELASCO

LA VILLA
DE
PERALTA DE NAVARRA
RECUERDOS Y VIVENCIAS

Portada: Entrada a Peralta por el Puente, la Atalaya, el Campanar, el Cristo de la Cruz a Cuestas y la Virgen de Nieva.

Contraportada: Ayuntamiento de Peralta.

Fotografías: del autor y de los documentos estudiados.

Fotografía de contraportada: Diario de Navarra.

Autoría y composición: Carmelo González Velasco

Revisión y corrección de estilo: Simón González Velasco.

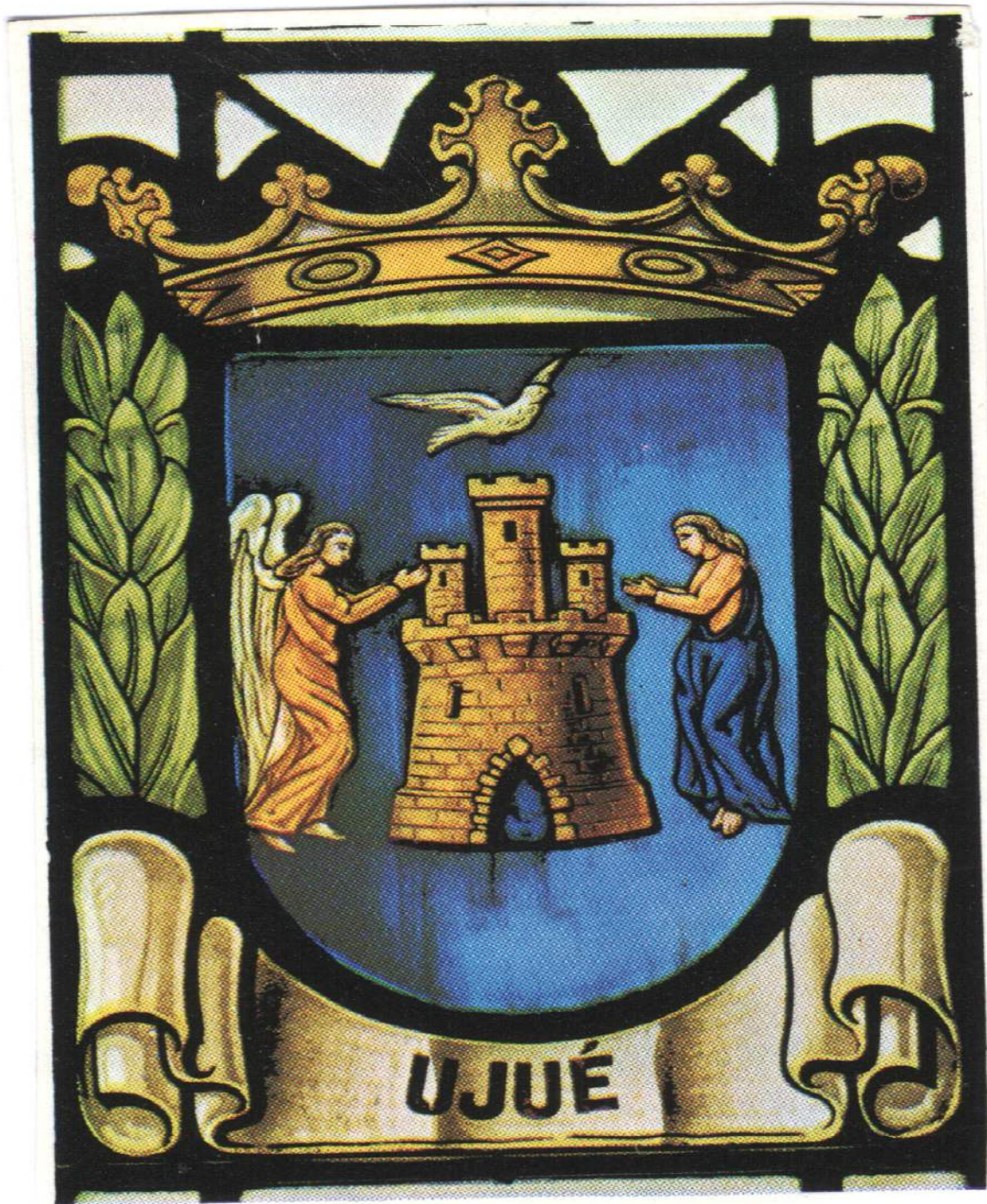
© Mayo de 2011. Carmelo González Velasco,

Imprime: Carmelo González Velasco

C/ Cádiz, 34. 11^a, 46006 Valencia, España.

Tlfs.: 963419155 – 696851221

Correo electrónico: carmelogvelasco@gmail.com



1. Escudo de la villa de Ujué en las vidrieras del Palacio Foral de Pamplona.

*A mis amigos peralteses
con el mejor de los recuerdos
de cuando éramos unos nietos,
ahora que ya somos abuelos.*

ÍNDICE

Prólogo.....	15
I. LOS AÑOS DEL ESTRAPERLO.....	17
1. Dos guerras como telón de fondo.	
2. Gitanos y húngaros.	
3. Las cartillas de racionamiento.	
4. Pregones y pregoneros.	
5. Ha llegado el momento de la reconciliación.	
6. Dos trágicas nóminas de muertos.	
II. LA PARROQUIA DE SAN JUAN EVANGELISTA.....	33
7. Los sucesivos templos parroquiales.	
8. La iglesia neoclásica.	
9. Un campanar exento y solitario.	
10. Un órgano dieciochesco.	
11. Tesoros y ornamentos litúrgicos.	
12. Reformas en la iglesia parroquial.	
III. IMÁGENES DE LA PARROQUIA.....	52
1. Nuestra Señora del Pero.	
2. La Virgen del Carmen y sus cofrades.	
3. La Virgen del Rosario y las auroras.	
4. Otras advocaciones marianas.	
5. La Virgen de Nieva contra rayos, centellas y truenos.	
6. Coplas a la patrona.	
IV. MORAL Y RELIGIOSIDAD.....	66
1. Moral popular.	
2. Oficios de Semana Santa.	
3. La procesión del santo Entierro.	
4. La casa parroquial.	
5. Las catequistas.	
6. Catequesis y primeras comuniones.	
V. CALLES Y PLAZAS.....	83
1. Ruidos y olores.	
2. Sabor palaciego.	
3. El paseo del Arga y tres calles principales.	
4. La calle Mayor.	
5. Antiguo y moderno nomenclátor de las calles.	
6. Las cuevas.	

VI. ROMERÍAS Y ROMEROS.....	98
1. Hagiografía local.	
2. Romerías a la patrona de La Ribera.	
3. De nuevo a Ujué.	
4. Las <i>Javieradas</i> .	
5. El señor san Pedro de Arlas.	
6. Setenta romeros a caballo.	
VII. PIEDAD TRADICIONAL.....	114
1. Desde las catorce esquinas.	
2. <i>Auroros</i> y auroras.	
3. Los monaguillos.	
4. Las procesiones.	
5. Cada día un <i>mortichuelo</i> .	
6. Magnificat al bajar del monte.	
VIII. UN PUEBLO EN FIESTA.....	130
1. Con el "pañuelico colorau".	
2. Vacas y novillos de lidia.	
3. <i>Samblases</i> y roscos.	
4. "La Jota nació en Peralta".	
5. Rondallas y joterros peralteses.	
6. Letrillas jotereras.	
IX. LAS HIJAS DE LA CARIDAD Y LAS HERMANITAS DE LOS ANCIANOS DESAMPARADOS.....	148
1. Colegio de la Milagrosa y basílica de san Miguel.	
2. Sor Estefanía Irisarri Irigaray.	
3. Fundación del asilo de las Hermanitas.	
4. Clausura de la casa-asilo.	
5. Sor Asunción Giné Juanpere.	
6. Hospital y residencia geriátrica.	
X. OTRAS INSTITUCIONES Y ACTIVIDADES DE MI INFANCIA.....	162
1. Alguaciles, guardas rurales y serenos.	
2. Las escuelas nacionales.	
3. Educación y cultura.	
4. Faenas y juegos infantiles.	
5. Tebeos, cuentos y travesuras.	
6. Fútbol y futbolistas.	
XI. ACONTECIMIENTOS PARROQUIALES.....	180
1. Tres grandes misiones.	
2. Los curas de mi infancia.	
3. Mi amigo Félix Zarraluqui.	
4. El centro de Acción Católica.	
5. Actuaciones religiosas de 1945 a 1960.	

6.	Otros hechos acaecidos en la parroquia de 1961 a 1975.	
XII.	EL PÁRROCO DON CARMELO VELASCO MORENO.....	200
1.	Niñez y juventud.	
2.	Sus primeros nombramientos eclesiásticos.	
3.	Al seminario y a la catedral.	
4.	Delegado de la Misión diocesana y otras dedicaciones pastorales.	
5.	Retirado en las Hermanitas de los Pobres.	
6.	Muerte, exequias y obituario.	
XIII.	HECHOS Y DICHOS DE ALGUNOS PERALTESES.....	217
1.	Un hombre cercano a mi familia.	
2.	Dos próceres ilustres.	
3.	Tres peralteses adoptivos.	
4.	Cuatro amigos mayores.	
5.	Siete mujeres populares.	
6.	Los hermanos <i>Zoilo</i> .	
XIV.	UN CENSO ORIGINAL.....	232
1.	Origen y justificación de los apodos y motes.	
2.	Apodos y motes de Peralta.	
3.	Treinta y dos estrofas con apodos.	
4.	Cuarenta y seis nuevos versos con motes.	
5.	Novcientos setenta y ocho apodos peralteses alfabetizados.	
6.	Carta desde el infierno.	
XV.	PERALTA EN EL CORAZÓN DE LA RIBERA.....	251
1.	Pueblos y campos.	
2.	El labriego peraltés.	
3.	Agricultura y ganadería.	
4.	Pastores y rebaños trashumantes.	
5.	La industria.	
6.	Cocina tradicional.	
XVI.	VINOS GENEROSOS, TINTOS Y CLARETES.....	264
1.	El cultivo de la vid.	
2.	Sociedad Cooperativa Bodega san Francisco Javier.	
3.	Pequeña historia del vino peraltés.	
4.	Una bota de buen vino	
5.	Las antiguas tabernas.	
6.	Casinos y bares.	
XVII.	“ARGA, EGA Y ARAGÓN HACEN AL EBRO VARÓN”.....	275
1.	El río Arga.	
2.	Las riadas.	
3.	El río Ega.	
4.	El río Aragón y sus almadías.	

5.	Desde el puente de Caparroso.	
6.	El Ebro a su paso por Azagra.	
XVIII. DOS VILLAS HERMANAS.....		288
1.	Funes, a dos kilómetros de Peralta.	
2.	La parroquia de Santiago apóstol.	
3.	A cinco kilómetros, Marcilla.	
4.	El convento de los agustinos.	
5.	La estación del ferrocarril y la azucarera.	
6.	Los viajes en tren.	
XIX. ALREDEDORES HISTÓRICOS DE PERALTA.....		298
1.	Peñalén o el Barranco del rey.	
2.	Romance a Sancho IV el Despeñado.	
3.	El castillo de mosén Pierres.	
4.	Endecha al palacio-castillo de los Señores de Peralta y Velasco.	
5.	Falces junto al Arga.	
6.	En la ermita de El Salvador.	
XX. AZAGRA, SAN ADRIÁN Y CAPARROSO		310
1.	Las trágicas peñas de Azagra.	
2.	La villa de San Adrián en fiestas.	
3.	Una joya arquitectónica.	
4.	Once estrofas a una torre.	
5.	En la ermita de la Virgen del Soto.	
6.	Santa Fe de Caparroso.	
XXI. CERRANDO EL HORIZONTE: ANDOSILLA Y VILLAFRANCA.....		326
1.	Los palacios barrocos de Andosilla.	
2.	La Virgen de la Cerca.	
3.	La parroquia de san Julián y santa Basilisa.	
4.	La antigua Alesves.	
5.	La iglesia de santa Eufemia.	
6.	Paseando por Villafranca.	
XXII. LEYRE: ORACIÓN, PIEDRA, AGUA Y CIELO.....		337
1.	Llegada al monasterio.	
2.	Fortaleza de hayas y de robles.	
3.	La cripta y la iglesia abacial.	
4.	Peralta y Leyre.	
5.	Al Cristo gótico.	
6.	Leyre siempre.	
XXIII. LA OLIVA: DE BLANCO Y MUCHOS SIGLOS.....		355
1.	Mi primera visita.	

2. La iglesia cisterciense.
3. El claustro y la sala capitular.
4. Hitos históricos señeros del monasterio.
5. Visión desde el exterior.
6. Peralta y La Oliva.

XXIV. IRACHE: MONASTERIO Y UNIVERSIDAD..... 366

1. Etimologías a la vera de Montejurra.
2. Recorrido medieval.
3. Origen y consolidación de la universidad.
4. Decadencia y clausura.
5. La iglesia románica.
6. El claustro renacentista y otras dependencias.

Cronología..... 380

Fuentes documentales..... 382

1. Archivos
2. Bibliografía

Poemas del autor:

1. Gloriosos hermanos todos aquí depositados.....	25
2. Las campanas de Peralta.....	40
3. Sentado sobre un borrico.....	70
4. Mi amiga Teresa Antomás.....	76
5. A la patrona de La Ribera.....	101
6. A san Francisco Javier.....	105
7. Monaguillo.....	122
8. En el cementerio.....	126
9. Hijas de la Caridad.....	148
10. Los serenos.....	163
11. Mi escuela.....	166
12. Cura y pescador.....	184
13. Cura y mecánico.....	185
14. Félix Zarraluqui.....	187
15. Mi tío cura.....	209
16. Al médico Jesús Zaldo.....	222
17. Las riadas del Arga.....	277
18. Oda al río Ega.....	279
19. El Aragón bajo el puente de hierro.....	282
20. Romance a Sancho IV el Despeñado.....	299
21. Al castillo de Marcilla.....	304
22. Torre vieja de San Adrián.....	315
23. A la Virgen del Soto.....	319
24. Junto al Aragón.....	321
25. Al Cristo gótico.....	344
26. Vuelta a Leyre.....	347

27.	Blanco concierto.....	348
28.	Monje olivense.....	362

Ilustraciones:

1.	Escudo de la villa de Ujué.....	5
2.	Interior de la parroquia de san Juan Evangelista.....	50
3.	Órgano barroco de la iglesia parroquial.....	51
4.	Casa parroquial en la plaza de los Curas.....	82
5.	Escudo en una casa de la calle Bajadero.....	95
6.	Templete de la música en el paseo del Arga.....	96
7.	Los gigantes a su paso por las calles en las fiestas.....	97
8.	Monolito del crucero a la entrada de Ujué.....	112
9.	La ermita de Arlas.....	113
10.	Las desaparecidas escuelas nacionales.....	178
11.	Equipos del Azkoyen en los años 1940 y 1960.....	179
12.	Hombres que participaron en la gran misión parroquial de 1946.....	198
13.	Página manuscrita del párroco Carmelo Velasco.....	199
14.	Don Carmelo Velasco en el despacho parroquial.....	215
15.	Don Carmelo Velasco, canónigo de la catedral de Pamplona con su madre..	216
16.	El autor el día de su primera comunión.....	231
17.	Etiquetas de vino rosado.....	273
18.	Etiquetas de vino tinto.....	274
19.	Confluencia de los ríos Arga y Aragón.....	287
20.	Vista panorámica de Funes.....	296
21.	Estación del ferrocarril de Marcilla.....	297
22.	Plaza de la iglesia de Azagra.....	323
23.	La Virgen del Olmo.....	324
24.	Ruinas de la iglesia de santa Fe de Caparroso.....	325
25.	Palacio de Bobadilla de Villafranca.....	336
26.	Vista general del monasterio de san Salvador de Leyre.....	351
27.	<i>Porta Speciosa</i> de la iglesia abacial de Leyre.....	352
28.	Coro monacal en la cabecera románica de la iglesia de Leyre.....	353
29.	Cristo del siglo XV del monasterio de san Salvador de Leyre.....	354
30.	Iglesia y monasterio viejo de La Oliva.....	363
31.	Interior de la iglesia abacial de santa María de La Oliva.....	364
32.	Claustro del siglo XV del monasterio de La Oliva.....	365
33.	Ábsides románicos de la iglesia del monasterio de Irache.....	378
34.	Claustro gótico-renacentista de Irache.....	379

PRÓLOGO

Llego a Peralta con los densos calores habituales de finales de julio, en una tarde que ya va de caída. Momentos antes, tras repostar en la venta de Arlas, he transmitido al coche mis prisas. A través de las ventanillas me invade el aroma de la alfalfa –el *alfaz* de los labradores– que acaba de ser segada en los campos circundantes. La visión de la histórica Atalaya y del viejo campanar se va haciendo cada vez más nítida. Atravieso el románico puente de piedra.

Vuelvo al pueblo después de varios años de ausencia. Vengo ilusionado y todo ojos, ávido de atisbar cada rincón y de sorprenderme en cada calle, dispuesto a reconocer a todo aquel que me encuentre. He venido dispuesto a conjugar mis recuerdos infantiles con la realidad actual, en un voluntarioso esfuerzo por aunar con el presente aquello que fue y ya no es.

Vaya por delante mi agradecimiento a la gente de Peralta que vivió la década de 1945 –año en que empecé a vivir aquí– a 1954, que es cuando marché definitivamente a Pamplona. Una década prodigiosa para quien esto escribe, llena de evocaciones y añoranzas. Las personas mayores de entonces han traspasado ya el umbral de la existencia, pero el espíritu de aquellas generaciones, dolientes por los trágicos acontecimientos de la guerra, permanece todavía en el pueblo. Y junto a su recuerdo, cada esquina, cada blasón, cada dicho popular, cada apodo, cada jota, cada aurora festiva, cada rosco de san Blas, cada vaso de buen vino... hacen perdurar en el tiempo la esencia de lo que Peralta fue, es y seguirá siendo siempre.

Mario Vargas Llosa, nuestro reciente premio Nobel, afirma: *Uno no elige su niñez. En la que me tocó, los recuerdos más cálidos están todos ligados a esos ritos de mi barrio.* Palabras que hago mías con sólo cambiar barrio por pueblo. Los niños de hoy y de mañana comprenderán bien las correrías de sus abuelos cuando eran *mueticos*¹, como ellos son ahora. Siempre he pensado que, a los ojos de un niño ilusionado, ni las siete maravillas del mundo juntas valen lo que una tarde de novillos sin ir a la escuela.

Estas páginas han surgido de mi memoria a través de un recorrido por todos los vericuetos de un viejo tiempo felizmente vivido. En la literatura actual, la memoria vuelve a estar de moda, un recurso de éxito que no pretendo, ya que, al rememorar mis vivencias, solo busco la satisfacción personal y la de cuantos me puedan leer. A veces, los acontecimientos de la infancia se graban en el corazón con exactitud y relieve sorprendentes. Ya lo decía otro de nuestros nobeles, el poeta Juan Ramón Jiménez: *No se detiene el tiempo más que para jugar con los niños; el tiempo juega quieto con estos, pero a los adultos nos obliga a seguirle siempre.* Cuando de mayores recordamos las emociones agradables sentidas en la infancia, las vemos como integrantes de un paraíso perdido.

El hombre mira siempre hacia adelante con planes ilusionados, pero, al proyectarlos al exterior, aprovecha la memoria y recoge del pasado las vivencias más sentidas. Si las aguas de las riadas vuelven siempre a su cauce natural y los hombres retornan a la querencia del paisaje que les vio crecer, yo no he podido evadirme de este influjo al entroncar las vivencias de mi infancia peraltesa con el panorama y los hechos acaecidos entonces. De ahí que me complazca recorriendo campos de regadío de un verde

lujuriente y parcelas de monte de un pardo austero, casas humildes en cuevas y otras solariegas de ladrillo con escudos en la fachada y aleros en el tejado. Y en este marco recupero el semblante de tantas personas, vivas todavía en mi retina, que me han precedido en la muerte y moran ya en la *Atalaya* eterna.

Si leer un libro es disfrutar de una compañía silenciosa y grata, escribirlo ha supuesto para mí un gozo permanente. A ello se debe la presencia de algunos poemas en estas páginas y en el primer volumen de esta historia. Son un desahogo lírico de la complacencia que uno siente en momentos determinados. Afirma el filósofo Laín Entralgo que *todo cuanto un hombre lee, es por él personalmente recreado*. Estos recuerdos míos adquirirán, pues, realidad en mis posibles lectores.

El Padre Florez, en el prólogo de su *Historia Sagrada*, escribía que la mayor parte de los sucesos narrados por él eran de índole sagrada, porque lo civil tiene forzosa conexión con lo religioso. Un profundo sentido de lo trascendente impregnaba la vida de España en la inmediata posguerra, años de un evidente nacional-catolicismo, en los que yo nací y crecí. Por eso el factor religioso está muy presente en estas páginas, como el sombreado que se difumina poco a poco en un dibujo. De los 5 a los 14 años mi inteligencia no llegaba a captar el ambiente creado en Peralta por la tragedia fratricida de seis años antes, que continuaba inexorablemente en el recuerdo de tantas familias. A sesenta años de distancia, aquellos acontecimientos cobran un relieve nuevo, tamizado ya por la nostalgia.

Sólo me resta añadir que he redactado esta segunda parte de la *Historia de Peralta* con menos cortapisas materiales que la primera parte, ya que el archivo en el que me he documentado ha estado casi siempre dentro de mí, en el "disco duro" de mi memoria. También tengo que agradecer a los que han aportado desinteresadamente sus vivencias y recuerdos, y hasta sus publicaciones; de todo ello me sirvo con no poco aprovechamiento. Son las mismas personas que cito en la introducción de la primera parte. Gracias de corazón.

Peralta, 1985 y Valencia, 2011.

CAPÍTULO I: LOS AÑOS DEL ESTRAPERLO

1. Dos guerras como telón de fondo

Nací apenas diez meses después de terminada la Guerra Civil, y tres meses después de haberse iniciado la Segunda Guerra Mundial. Mi padre, Simón González Lorente, que vivía en Azagra, tuvo que acudir a la llamada de las armas como la mayoría de los hombres. Le tocó el frente del Norte, en las Brigadas de Navarra. Mi madre, María Velasco Moreno, y mis dos hermanos mayores, Fernando y Francisco Javier, de pocos años el primero y solo de meses el segundo, acudían en tren hasta Vitoria para ver a Simón cuando su compañía se acuartelaba en la ciudad.

Los primeros años de mi vida transcurrieron, por tanto, mientras se desarrollaba la contienda bélica mundial, en la que España no participó más que con una expedición especial de voluntarios. Recuerdo vagamente que cuando asistía al parvulario de las monjas de Peralta oía comentar a los mayores noticias de esa guerra. Entonces yo, a todas las guerras posibles —las que oía y las que veía en los tebeos de "hazañas bélicas" de mis hermanos—, las refundía en una, a saber, la reciente guerra española que aparecía como telón de fondo en la vida social peraltesa, y que yo no percibía todavía con claridad. Su recuerdo seguía vivo en la gente e impregnaba las conversaciones de los mayores, sus modos de vida, y hasta sus trabajos agrícolas y artesanales. Aunque no se pretendiese, ese estado de ánimo se transmitía también a los pequeños, que lo trasladaban a su manera a sus juegos y correrías. Un sentimiento de concordia, no sé si de forma consciente, evitaba mencionar los nombres de las personas que habían desaparecido en la guerra y en la inmediata posguerra.

Los chicos empezábamos a discernir, aunque imprecisamente, el sentido de algunos términos como fascista, rebelde, nacional, rojo, gubernamental, republicano, derecha, izquierda, alzamiento nacional, cruzada, liberación y otros similares que oíamos a diario. El adjetivo "rojo" estaba tan asimilado a la política que, hasta muy tarde, no lo identifiqué con el nombre de un color, entre otras cosas porque en Peralta al color rojo lo llamábamos *colorau*.

Recuerdo haber oído en aquellos años la siguiente historieta que José M^a Iribarren recogió en una de sus obras populares, y que indudablemente tiene visos de verosimilitud, aparte sus adornos lingüísticos locales. Cuenta graciosamente que un voluntario de Peralta, "mucho" valiente pero casado y con familia, y en edad de no pegar tiros, peleó en los primeros meses de la guerra tan bravamente, que le hicieron cabo. Pasado un tiempo el hombre se cansó de tanto tiro. Por otra parte, la mujer, el trabajo y los hijos lo reclamaban. Por lo que un buen día se sintió fuerte y fue a ver al capitán:

—*Mi capitán, vengo a decirle que he pensau en volveme a mi pueblo; que esto ya es mucha guerra, y yo aquí no hago falta; que tengo mi mujer y mis mocetes y mi miaja de tierra.*

El capitán trató de disuadirle:

—*Parece mentira; con lo valiente que eres y lo mucho que todos te queremos.*

—*Nada. Que quío volveme a casa. Ya está bien cuatro meses. Más falta hago yo allí que aquí.*

—*Pero bueno, ¿tú no saliste voluntario?*

—*Sí, señor..., pero me s'ha quitáu la voluntá.*

El capitán no pudo menos que reírse. Había ya resuelto acceder a tan justa petición, pero fingió resistirse con un nuevo argumento.

—*Además eres cabo; tú no debes abandonar así a tu escuadra...*

—*Si soy cabo, ¡que me descaben!* —replicó el peraltés, inventándose un nuevo verbo ².

Mientras frecuentábamos las aulas del parvulario de las Hijas de la Caridad, asomábamos las diminutas naricillas a la gran sala fría y desconchada del hospital, en la planta baja del inmueble. Veíamos allí unas cuantas camas vacías, altas y metálicas, adosadas a las paredes, entre ventanales que daban a la huerta de las monjas. Nos contaban los chicos mayores que ya iban a las escuelas que en aquella enorme habitación y en las salas que utilizábamos nosotros como aulas, había funcionado durante la guerra, al igual que en las escuelas nacionales, un hospital de sangre para los heridos que traían del frente. No puedo precisar con exactitud el sentimiento que producía en mí la expresión "hospital de sangre", pero sí recuerdo que, al oírla, entraba por mi cuerpo un hormigueo que me duraba un buen rato. Las chicas de las clases superiores, autoerigidas en protectoras de nuestros pocos años, nos hablaban de los soldados marroquíes que descansaban por temporadas en el pueblo, y nos relataban sus costumbres, casi siempre relacionadas con la observancia de los preceptos coránicos.

Conforme crecía, me enteraba de que Peralta había vivido, como tantos otros pueblos de España y de Navarra, sucesos tristes y sangrientos que dividieron y envenenaron la vida de las familias. Por desgracia, el desbordamiento de las pasiones, alentado por propagandas partidistas, y a veces por la incultura, mezclaron las rencillas personales, los odios y resentimientos, con cuestiones políticas, propiciando el revanchismo y el crimen. Muchos varones de Peralta acudieron a las Brigadas de Navarra por reclutamiento o de forma voluntaria. En el Tercio de Sanjurjo hubo presencia numerosa de peralteses. Otros, sin embargo, se enrolaron en las filas del ejército republicano.

Acabada la guerra, Navarra se replegó sobre sí misma, tal vez decepcionada por el centralismo del llamado Movimiento Nacional, del que no obtuvo beneficios compensatorios apreciables. Los jóvenes de los últimos reemplazos permanecieron acuartelados, sacrificando su juventud en una milicia larga y sin sentido, cuando sus brazos eran necesarios para levantar sus casas y haciendas, y sus inteligencias precisaban la formación y los estudios propios de esos años.

2. Gitanos y húngaros trashumantes

En Peralta no había muchas familias gitanas estables ³; a lo sumo tres o cuatro, pero ya integradas socialmente y dedicadas al entonces próspero oficio artesanal de la cestería. Sin embargo, de vez en cuando se presentaban clanes enteros de gitanos con sus carromatos y caballerías. Acampaban por los parajes de las eras, al extremo opuesto del cuartel de la Guardia Civil. Ejercían oficios legales, como estañador, esquilador, tratante de ganado, etc., que les servía a algunos de tapadera para otras actividades ilegales, pero más rentables. Como yo no paraba quieto en casa —según dicen—, me enteraba enseguida de la llegada de estas caravanas. Y no tenía reparo en entretenerme con los gitanillos de mi edad que se acercaban por el centro del pueblo.

Una tarde de verano, a primera hora, un viejo calé reñía a su hijo —o tal vez nieto— porque estaba perdiendo el tiempo jugando conmigo. "¡A pedir o a pillar!", oí que le

gritaba al pequeño el gitano grande entre amagos de golpearle. Como al gitanillo le había dicho yo que era monaguillo y que vivía en la casa parroquial, se negó a sacar las perras de los cepillos de la iglesia, tal como solía hacer en los demás pueblos. Me enseñó una lengüeta metálica muy fina y larga con el ancho del dedo pulgar, que impregnaba de una pasta negra y pegajosa que utilizaba para extraer, a través de las ranuras de las cajetas, las monedas depositadas por los feligreses. Aquella familia gitana llevaba también un chiquillo de pocos días. Y mi reciente amigo me contó con toda naturalidad que en cada pueblo se detenían poco tiempo, el necesario para bautizar y rebautizar al recién nacido, obteniendo así las ayudas pertinentes, tanto en especie como en metálico. Como eran años de escasez pero de exaltación religiosa, estos gitanos espabilados y poco escrupulosos habían decidido aprovecharse de las circunstancias aplicándose a la picaresca que les caracterizaba. Esta amigable indiscreción de mi amigo calé, contada por mí inocentemente en casa, acabó con la reiterada recepción del Bautismo, sacramento por naturaleza irrepetible.

Años más tarde, estudiando yo en Pamplona, supe que un gitano adolescente se había escondido durante toda la noche en la iglesia parroquial de Peralta con la intención de desvalijar cómodamente todos los cepillos de las limosnas, y escaparse por la mañana al abrir la iglesia. A media noche, creyendo accionar el conmutador de la luz en la sacristía, activó el del campanil eléctrico, despertando con sobresalto a la gente. Lo cogieron completamente asustado y fue entregado a la Guardia Civil, que lo retuvo un día en el calabozo y lo expulsó del pueblo junto con su familia. Por los detalles que me dieron comprendí que aquel ladronzuelo no había sido otro sino aquel gitanillo amigo mío de unos años antes.

La presencia de gitanos en Navarra no es un hecho exclusivo de la posguerra, sino de mucho antes. Un texto de 1549 prohibía la estancia de gitanos en el reino, lo cual indica que ya eran conocidos y que se dedicaban a actividades poco recomendables, pues en él ordenan las Cortes de Tudela que, una vez hallados, se les dé cien azotes y se les expulse del reino ⁴. Posteriormente se promulgaron otras leyes más filantrópicas y contrarias a la anterior. Una de 1780 se refiere al modo de incardinar a los gitanos en oficios y medios de vida honestos y a cómo deben fijar su domicilio y educar a los niños ⁵.

La mención de los gitanos –que en otras regiones españolas se les llamaba húngaros– me trae al recuerdo unos niños de Hungría, Alemania, Austria y de otras naciones centroeuropeas, que en 1946 llegaron a España para quedarse una larga temporada. Provenían de ciudades y familias maltratadas por la guerra mundial. Llegaron con un aspecto muy deprimido y sin conocer nuestro idioma. Varias familias peraltesas acomodadas acogieron exclusivamente niñas. Algunos de mis amigos, a los que naturalmente envidiaba, tuvieron durante un tiempo una nueva hermana de tez sonrosada y cabellos rubios. Y todos nos honramos con aquellas chicas tímidas y calladas que pronto aprendieron a comunicarse con nosotros. Transcurrido el tiempo, cuando ya hablaban medianamente el castellano y se habían restablecido física y psíquicamente, volvieron a sus naciones. Durante muchos años las familias de acogida de aquellas niñas, hoy ya madres y abuelas, guardaron entrañables lazos de cariño hacia ellas, que todavía mantienen visitándose mutuamente en alguna ocasión. Con su presencia, yo descubrí que las guerras acarrearán consecuencias de expatriación, aunque fuese temporal, y que también muchos niños españoles habían marchado pocos años antes a las naciones tras el telón de acero –expresión que empezaba entonces a hacer fortuna–, permaneciendo allí

durante largos años por las ideas políticas de sus padres, contrarias a las del régimen dictatorial impuesto en España después la Guerra Civil.

3. Las cartillas de racionamiento

Sobre este tema sólo escribo lo que vi y ahora recuerdo. Yo fui un niño bien alimentado, pero muchos chicos de mi generación, sobre todo quienes vivieron su infancia en las ciudades, no pueden decir lo mismo. En los pueblos la vida fue más llevadera. Huertas y corrales cubrían bien que mal la alimentación básica. Mis padres además poseían una panadería en Azagra, a pocos kilómetros de Peralta, donde nació y viví los primeros seis años de mi existencia. Con todo, escaseaban artículos de primera necesidad, por no hablar de la carencia total de los superfluos, algunos de los cuales se adquirían mediante estraperlo. El abandono parcial de la agricultura durante la Guerra Civil, las malas cosechas de los primeros años de la posguerra y, finalmente, la contienda mundial al otro lado de nuestras fronteras, descapitalizaron los pueblos.

Hay quien afirma que los sabañones que nos atormentaron a los niños durante los inviernos fueron consecuencia de la mala nutrición padecida. Algunos remediaron el hambre con la ayuda del Auxilio Social, institución que facilitaba comidas a los más necesitados. En Peralta, su cocina y comedor funcionaban en el piso alto de las escuelas nacionales, junto al local del llamado "Cine de los curas". Unos recipientes metálicos, de dos y tres senos superpuestos, sujetos mediante varillas laterales, recogían los alimentos para quienes no podían acudir al comedor social.

Los labradores entregaban a disgusto los cupos de trigo en los almacenes del Servicio Nacional, situados en un extremo del paseo del Arga, lo que daba lugar a que cada cual se reservase clandestinamente la mayor cantidad posible de grano para molerlo a escondidas. En las panaderías se elaboraba pan integral para el consumo general con los 200 kilos de trigo asignados a los varones y los 150 discriminatorios de las mujeres. Estas, en el horno de las cocinas económicas de casi todas las casas, alimentadas con carbón y leña, cocían a escondidas el pan blanco con la harina refinada que les proporcionaban los molineros a cambio de grandes cantidades de trigo, o a precios elevados. Si se acababan las existencias de este cereal, se elaboraba entonces pan de centeno. Quién nos iba a decir cincuenta años más tarde que el pan integral de centeno y otros cereales iba a ir a parar a mesas exquisitas y a estómagos mediatizados por la lucrativa moda dietética.

Peralta practicó con los pueblos vecinos el intercambio clandestino de aquellos productos cuya comercialización estaba reglada. Se hacía a través de los caminos del monte o del campo para evitar la vigilancia de la Guardia Civil, que actuaba por las carreteras, y aunque muchas veces hacían la vista gorda, otras hicieron requisas y decomisos de los productos adquiridos de estraperlo. Por los pueblos de La Ribera el estraperlo estaba generalizado y nunca estuvo mal visto moralmente. Se cuenta que, habiéndole preguntado a un cura castizo por estas tierras si era pecado dedicarse al estraperlo, contestó sin dudar que era pecado si te cogían, pero si no, no había pecado. Incluso se contaban hazañas dignas de elogio y simpáticas situaciones de apuro, sorteadas por los estraperlistas delante de los fieltos de las ciudades para evadir los consumos. Algunas mujeres aparatosamente gruesas adelgazaban de repente una vez

pasados por la aduana, disimuladamente encubiertos, los artículos controlados. Aunque las tasas no suponían más que unos céntimos, no gozaban de la simpatía de quienes llegaban solo con un paquete de viandas o con una lata de aceite.

Apenas terminada la guerra, el racionamiento de los artículos de primera necesidad se estableció oficialmente en toda la nación. Según he podido averiguar, en un principio se hacía mediante cartillas familiares, que por el número de sus componentes fueron de primera, segunda o tercera clase. Los suministros repartidos consistían habitualmente en garbanzos, bacalao, aceite, arroz y azúcar, de acuerdo con las existencias disponibles. Grandes colas de mujeres esperaban la distribución semanal. Para sustituir el café, que escaseaba, se tostaba cebada y avena y, una vez molidas y cocidas, daban un caldo oscuro que se añadía a la leche. La verdad es que, acostumbrado mi paladar infantil a estos sucedáneos, hoy lo tomo con verdadero placer cuando lo encuentro en locales especializados. Además de estos alimentos hubo racionamiento de jabón, tabaco y gasolina. El carburante apenas se echó en falta en Peralta por la sencilla razón de que no había coches; solo circulaban los autobuses que cubrían las líneas de los pueblos vecinos y las ciudades más cercanas. La maquinaria del campo todavía no estaba motorizada.

Hacia abril de 1943 se introdujo la cartilla individual, que se actualizaba semestralmente. Era una libreta impresa en un papel oscuro con varias hojas grapadas en el borde superior que alojaban cupones numerados. En la tapa estaba dibujado el escudo nacional y, sobreimpresa, esta leyenda: *Comisaría General de Abastecimientos y Transportes. Colección de Cupones de Racionamiento*. Cada semana se cortaban varios de estos cupones según la cantidad de lo recibido. Las cartillas duraron hasta 1952, coincidiendo con la liberación del pan en el mes de marzo y la de los demás alimentos dos meses más tarde. Durante estos años, tiempo hubo para la picaresca. En cada pueblo surgieron listillos y mangantes aprovechados que hicieron su agosto a costa del hambre de sus vecinos, falsificando cartillas y acaparando productos con los que después especulaban. Pero los detenían con cierta frecuencia. En 1946 se quiso dar un golpe de ejemplaridad desarticulando y deteniendo en Zaragoza a una banda de cien estraperlistas.

La tarjeta de fumador fue creada el 1 de octubre de 1940, y se hizo enseguida muy popular. Se extendía solamente a los varones, aunque el individuo no fumara. Cuando se publicó la orden ministerial correspondiente, se especificaba que cada hombre debería poseer una tarjeta con cupones valederos a partir de la primera semana de octubre. La ración debía ser retirada antes de ocho días, transcurridos los cuales el fumador la perdía ⁶. Además del nombre del beneficiario, en la tarjeta había que escribir su fecha de nacimiento, profesión y domicilio. Y la avalaba cada ayuntamiento con su cuño oficial. Con estas tarjetas también se hizo estraperlo. Los no fumadores trocaban su racionamiento de tabaco por otros productos más necesarios en la familia. En mi casa así se hacía con la cartilla de mi tío sacerdote, que no fumaba. A los fumadores que falseaban datos o duplicaban la tarjeta se les aplicaban sanciones que iban desde la retirada del documento a multas de entre 500 y 2.000 pesetas, cantidades altamente punitivas en aquellos tiempos.

Dos eran las clases de tabaco que se podían adquirir, ambas nacionales: el verde cuarterón, reducido de peso, que consistía en una picadura de mala calidad y fuerte olor, y la cajetilla de veinte cigarrillos envuelta en papel de color crema, que tenía en los bordes unas rayas rojas y en el centro el escudo nacional con el águila imperial. La labor

de picadura estaba tan llena de tronquitos que obligaba a liar los cigarrillos con más de un papel porque éste se rompía por su causa. La escasez hizo que quien conseguía unos cuantos librillos de papel de fumar podía considerarse agraciado. Las marcas de este papel se denominaban Abadía, Bambú, Flor, Jean y Payá, fabricadas en Alcoy. Con el tiempo, estos librillos se convirtieron, por su calidad, en productos de exportación. Andaba yo por aquel entonces aprendiendo el valor del dinero, y con estas cajetillas me formaba un buen lío: llevaban impreso el precio oficial de 0,75 pesetas, se las conocía como cajetillas de 90 céntimos y, para colmo, en el estraperlo se pagaba por ellas 1,40 pesetas. Demasiado embrollo para mis iniciales conocimientos aritméticos. Los menesterosos, aquellos que no podían pagar el escaso precio de la picadura, recorrían bares y casinos en busca de las diminutas colillas de los ceniceros para liarse con varias de ellas un breve cigarrillo.

5. Pregones y pregoneros

"El Alcalde Presidente del Ayuntamiento de esta Villa, hace saber...", así empezaban los bandos municipales pregonados por el alguacil de turno, previo aviso de los tres cornetazos de rigor. Los lugares de pregón eran más o menos fijos. Yo lo oía en la esquina del pretil que sube al barrio Alto desde la plaza de los Curas, mientras estudiaba y hacía los deberes escolares en el salón de la casa parroquial, donde vivía. Conservo un vago recuerdo de un pregonero que apodábamos *Navajas*, pero de forma muy viva el de los *Molina*, padre e hijo, que además de alguaciles eran pregoneros. Ambos compartieron durante años la corneta que llevaban colgada de lado a la altura del cinto. Yo tenía predilección por el padre, de nombre José, con su figura baja y rechoncha, uniformado y con galones en la bocamanga de la guerrera y en la gorra de plato como cabo de alguaciles que era. Se acompañaba siempre de un bastón, no sé si por su jerarquía, por sus años o por ambas cosas. Su natural apacible lo compaginaba con la autoridad sobre los chavales, para quienes siempre fue un hombre bonachón y querido. El hijo, Juan, más alto y delgado, se distinguía por su cojera de mutilado de guerra. No solo compartió con el padre el oficio, sino también el buen carácter y su devoción mariana, pues ambos fueron los rosarieros oficiales, según diré más adelante. Como el pueblo era largo y la pierna de Juan corta, tan pronto pudo se motorizó, y la entrañable estampa del alguacil con su pierna sobresaliendo rígida de la motocicleta, recorría las calles de Peralta. Creo recordar que ninguno de los dos tenía una voz adecuada para el oficio que desempeñaban. Había que hacer un silencio sepulcral para captar el mensaje, que hoy resultaría inaudible en medio del tráfico motorizado. Si lo que pregonaban era un asunto baladí, bastaba con un cornetazo; dos, si el tema tenía cierta importancia comercial o social, y tres, cuando era el propio alcalde quien hablaba de asuntos oficiales a través de su vocero. Antes de utilizar la corneta, lo tradicional había sido la caja o tambor de repercusión, que todavía se empleaba sobre todo en asuntos que demandaban solemnidad.

Los bandos oficiales eran redactados ordinariamente por el secretario de la corporación municipal a instancias del alcalde, en un lenguaje correcto; los bandos comerciales o de noticias de cierto interés manifestaban el grado de expresividad y cultura de quienes lo redactaban, que en el peor de los casos eran los propios pregoneros, quienes ya contaban de oficio con frases estereotipadas. No solo de Peralta, sino de toda Navarra, se podría recoger una curiosa antología de disparatados y jocosos bandos populares.

Llevado de mi afán por desmitificar mis años infantiles para llenarlos de contenidos verídicos, se me autorizó a entrar en el archivo del ayuntamiento cuando empecé a escribir este libro. Después de un primer despiste ante tantos legajos todavía anárquicamente amontonados, centré mi atención en la carpeta de los bandos de 1951, cuando yo tenía once años. En otoño de ese mismo año me habían enviado a estudiar a Pamplona. Quizá por eso me fijé en el rótulo de la carpeta que señalaba el año de mi inicial despegue de Peralta, queriendo compensarme después de muchos años con su lectura. Transcribo tres de estos bandos. Llevan estampado en el ángulo superior izquierdo un escudo bajo yelmo y la leyenda "Alcaldía de la Noble Villa de Peralta", y en la parte inferior la firma autógrafa del alcalde, acompañada del sello oficial. Por entonces era la máxima autoridad municipal Félix García Larraz, de grata memoria.

El primer bando data del 3 de enero: *EL ALCALDE-PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE ESTA VILLA, hace saber: Que de conformidad con lo dispuesto en el vigente Reglamento de Patentes dictado por la Excm. Diputación Foral para la circulación por las carreteras de Navarra, todos los propietarios de caballerías y carruajes de agricultura, transporte y recreo y bicicletas, vienen obligados a proveerse de la correspondiente patente en la Secretaría Municipal, durante el plazo que media hasta el día 31 del corriente mes, con arreglo a las siguientes tarifas aprobadas por dicha superioridad:*

<i>Galeras de transporte de 4 caballerías.....</i>	<i>750</i>	<i>pesetas.</i>
<i>Galeras de 3 caballerías.....</i>	<i>600</i>	<i>“</i>
<i>Carros de transporte de 2 caballerías.....</i>	<i>300</i>	<i>“</i>
<i>Carros de 1 caballería.....</i>	<i>150</i>	<i>“</i>
<i>Galeras de transporte de 2 caballerías sin muelles.</i>	<i>300</i>	<i>“</i>
<i>Galeras 1 caballería sin muelles.....</i>	<i>120</i>	<i>“</i>
<i>Carros de 2 caballerías sin muelles.....</i>	<i>150</i>	<i>“</i>
<i>Carros de 1 caballería sin muelles.....</i>	<i>100</i>	<i>“</i>
<i>Coches particulares de 4 ruedas.....</i>	<i>100</i>	<i>“</i>
<i>Coches particulares de 2 ruedas.....</i>	<i>60</i>	<i>“</i>
<i>Galeras de agricultura sin tiro.....</i>	<i>30</i>	<i>“</i>
<i>Carros de agricultura sin tiro.....</i>	<i>10</i>	<i>“</i>
<i>Caballerías, cada una.....</i>	<i>10</i>	<i>“</i>
<i>Bicicletas.....</i>	<i>16</i>	<i>“</i>
<i>Bicicletas con motor auxiliar.....</i>	<i>40</i>	<i>“</i>
<i>Tractores agrícolas.....</i>	<i>40</i>	<i>“</i>
<i>Remolques.....</i>	<i>40</i>	<i>“</i>
<i>Placas de vehículos de transporte.....</i>	<i>5</i>	<i>“</i>
<i>Placas de caballerías.....</i>	<i>1</i>	<i>“</i>
<i>Placas de bicicletas.....</i>	<i>2</i>	<i>“</i>

Lo que se hace público por medio de este bando para general conocimiento, en la inteligencia de que aquellos que no se provean de dicho documento en el plazo indicado, incurrirán en el recargo del 25 % sobre el importe de su valor, sin perjuicio de las demás responsabilidades a que hubiere lugar.

El segundo Bando es del día 7 de septiembre, en vísperas de las fiestas patronales, y dice lo siguiente: *El señor Alcalde HACE SABER: Que con el fin de lograr que Peralta deje en los forasteros que la visiten durante las fiestas la mejor impresión de pulcritud y aseo, he dispuesto que, al igual que en años anteriores, se practique una limpieza especial de sus calles y plazas, pero no se lograría plenamente la finalidad indicada si el vecindario todo no contribuye a ella, por tanto ordeno al mismo tiempo que durante el*

día de hoy y hasta la una de la tarde de mañana limpien convenientemente las aceras o partes de la vía pública lindantes con sus domicilios y retiren los carros, aperos de labranza o cualquier objeto que en la calle tuvieran depositado, bien entendido que aquellos vecinos que carezcan de locales propios para retirar sus carros pueden depositarlos en el terreno municipal contiguo al Matadero; advirtiéndolo a los infractores que serán denunciados por los Agentes de mi autoridad para la imposición de la multa consiguiente. Escritas sobre cuño estampillado aparecen estas palabras con trazo enérgico: Publicado en el día de la fecha. Juan Molina.

En el tercero, fechado el 14 de noviembre, la máxima autoridad municipal comunica a sus villanos que la junta de veintena, en sesión plenaria celebrada el día 6, adoptó el siguiente acuerdo: *El Sr. Presidente informa que el Ayuntamiento Pleno ha hecho un estudio detenido del canon que en la actualidad vienen satisfaciendo los usufructuarios de parcelas por el aprovechamiento de terrenos comunales, consistiendo en el pago de TRES PESETAS anuales por robada de tierra de monte, CUATRO de viña en secano y OCHO en regadío, canon a todas luces insignificante si se pone en consideración el valor de los productos que de esas tierras obtienen, y también el aumento experimentado en el pago de rentas que en tierras análogas vienen satisfaciendo los vecinos. Por otra parte es razón poderosa de tenerse en cuenta para la elevación del canon aludido que el año 1952 terminan los contratos industriales y con ello desaparece la mayor fuente de riqueza; pues solamente de esos contratos se obtienen unos ingresos que oscilan entre las trescientas mil pesetas, con cuya cantidad se nivelan los presupuestos en estos últimos años, y si en lo sucesivo ha de mantenerse el equilibrio presupuestario este Ayuntamiento se ve obligado a someter a la consideración de la Junta de Veintena lo expuesto para si lo estiman oportuno elevar éste en un cien por cien que se considera necesario para nivelar el déficit apuntado. Tras extensa deliberación, y con el fin de atemperarlo al mínimo señalado en el artículo 318 del vigente Reglamento para la administración municipal de Navarra y lograr la debida equidad con el precio de las rentas actuales elevadas en estos últimos años por el valor dado al trigo para el pago de las mismas, y así mismo, visto el estado económico del Ayuntamiento,*

SE ACUERDA por unanimidad elevar el canon para la próxima partición parcelaria a efectos de pago para el 14 de agosto de 1952 en la siguiente forma: SEIS pesetas anuales por robada de tierra en el monte; OCHO pesetas por robada de viña en secano y DIEZ Y SEIS pesetas por robada de tierra en regadío. Acuerdo que se da a conocer por medio de este bando para que en el plazo de QUINCE días, a contar de esta fecha, los vecinos que no lo encuentren ajustado a derecho puedan intentar su reposición ante esta Corporación⁷.

Antes de Félix García, industrial y constructor, recuerdo varios otros alcaldes. En 1945, año en el que llegué a Peralta, regía la villa José Antonio Igartua, dentista con consulta en la calle Mayor Vieja. Guardo de él una imagen de bondadosa serenidad. Le sucedió Plácido Bayo, un propietario acomodado que vivía frente al convento de las monjas, en una casa ya desaparecida de la calle de Irurzun, esquina con la bajada de las Escuelas hacia las Luchas. Para mí, don Plácido llenaba con mucha dignidad la presidencia de la Corporación en los desfiles procesionales, único punto de referencia al alcance de mi observación. A Rafael Domínguez, cuya familia tenía un prestigioso comercio de tejidos en la plaza Principal, lo recuerdo muy delgado y nervioso, contrapunto del alcalde anterior. Pablo Jesús Osés Troyas fue la máxima autoridad municipal hasta el nombramiento de Félix García. A éste le sucedieron: Jacobo Sánchez, Carlos María Hernández Camardiel, Francisco Asín Ros, Alfredo García, Jesús Troyas,

Juan Asín, Alfredo Arricibita, José María Jiménez, Rafael Busto y otros posteriores que desconozco. Todos dieron en beneficio del pueblo lo mejor de sí mismos.

Desde que se demolió el viejo caserón de la plaza Principal, el ayuntamiento vivió de prestado durante varios años en las dependencias de las escuelas nacionales. En 1954, tras doce meses de obras, la casa consistorial volvió a su emplazamiento primitivo. El nuevo edificio consta de planta baja y dos pisos, de ladrillo amarillo cara vista por sus cuatro fachadas. Tiene gracia y estilo ⁸, siguiendo la traza de los palacios barrocos de la villa. La fachada principal, que da a la plaza, se alza sobre pórtico de cinco arcos de medio punto, separados por pilares. A través de estos soportales se accede al interior. Cinco vanos adintelados se abren a una balconada corrida a lo largo del primer piso. Al escudo de la villa, labrado en piedra y encajado encima del balcón central, le hacen guardia perenne dos farolas, una a cada lado. El segundo piso se ilumina mediante una galería de cinco arquillos de medio punto, separados por cuatro ojos ciegos ornamentales encima de unos rimeros de ladrillo en ángulo. Remata el conjunto un sencillo alero de madera al estilo tradicional en estas tierras. Se inauguró este nuevo edificio un 11 de septiembre al comienzo de las fiestas patronales. La corporación estaba formada entonces por el alcalde Jacobo Sánchez y los concejales Francisco Asín, Julio Elcid, Félix Chueca, Jesús Irigaray, José Basarte, Miguel Arrechea, Vicente Bermejo, José María Echarte y Jesús López-Vailo. Ejercía de secretario Francisco Villanueva.

5. Ha llegado el momento de la reconciliación ⁹

Gloriosos hermanos todos los aquí depositados

Ha llegado el momento de la realidad de los muertos,
el deseado y temido momento de la verdad
sin paliativos ni tapujos,
del adiós a tantos eufemismos,
dichos con la boca rodeando los labios,
mentiras no creídas ni por los niños.
Peralta fue el entorno físico de mi infantil atrevimiento,
sin cortapisas en el desarrollo del espíritu y de la libertad,
del cuerpo entero, en suma,
por mucho que ahora digan y escriban,
según las modas políticas,
no sé qué de coacciones
y de falta absoluta de libre albedrío.

¡Peralta!, recreada en sus siglos
con pasión y entretenimiento míos,
¡cuánto tiempo he robado al ocio,
al sueño y a la propia familia
en la búsqueda emocionada de datos,
recuerdos, añoranzas y citas,
verdades intensas a lo largo de años,
meses, días, horas, minutos...!
A esta villa de mis antepasados,

de la que yo sólo soy hijo nativo en el deseo,
quiero sellarle para siempre
el brocal del pozo de la mentira piadosa,
proclamando a los cuatro vientos
la existencia brillante de unos paisanos hermanos,
la verdad de unos hombres de bien
nacidos también en las mismas calles.

¡Gloriosos caídos por Dios y por España!,
solo llamábamos a unos muertos,
cuyos nombres están impresos en letras capitales de relieve
sobre la piedra grisácea del único panteón mortuario
permitido durante años,
que reposan del peso mortal de la fría metralla
y del plomo de las trincheras.
Nombres y apellidos los leía a la carrerilla
corriendo por el Camposanto,
y me recordaban a la lista alfabética de mi escuela:
Antomás, Asín, Barrios, Bermejo, Blasco, Boneta,
Busto, Campo, Castillo, Falcón, Irigaray, Jericó,
Legaz, Moreno, Orduña, Osés, Resano, Velasco, Vidondo...

Después me fui enterando de otro listado ignoto de caídos,
que no eran los vencedores oficiales,
a los que no se atrevían a llamar malditos,
porque sonaba a fuerte anatema,
y porque todos eran fieles católicos,
cuyos nombres, ni siquiera sus iniciales,
estaban esculpidos en piedra.
Un silencio espeso flotaba sobre los pardos tejados del ambiente,
lo captaba el radar del abierto corazón de mi niñez despierta.
¿Qué hechizos –ideales los llamaban–
habían actuado sobre ellos para ir a la muerte
como corderos al matadero,
contraviniendo el mandamiento del amor con el de la guerra?

¿Y qué poderoso acicate impelía al olvido después?
Los buenos y los malos.
¡Qué estúpida simplicidad
intentando confundir la realidad de los hechos!
¿En una lucha entre aves pelearán entre sí el Ave Fénix y el Águila?
¿Enlodarán al mirto y al laurel unos por la memoria de los otros?
Si el amor lo cantan los poetas,
lo secundan los enamorados en el tálamo,
y el mundo entero gira borracho en su derredor
tomándolo por propio eje,
¿por qué no pudo detenerse la parafernalia,
montada sobre un odio advenedizo?
¿Por qué no pudo?,
¿por qué no pudo detenerse entre hermanos?,

Desde la ventana de los años de 1990,
el paisaje lejano de 1936 se ve desdibujado:
el tiempo ha conseguido
lo que no pudo la ofuscada pasión de entonces.
Pero el nuevo horizonte,
fundidas las líneas de un cielo azul y de una tierra parda,
tiene espejos claros en el recuerdo
y flecos de memoria en los archivos.
También cayeron gloriosamente los otros
por la misma España enloquecida,
primero en las cunetas de los caminos y carreteras,
luego cabe las tapias de los cementerios,
al tiempo que en las trincheras de los frentes voluntarios
en primera línea de fuego;
y, por fin, en el olvido proscrito de las generaciones posbélicas.

Detrás de los ojos vidriados por el llanto de las viudas jóvenes,
de las canas prematuras de tantas madres envejecidas en la espera,
de los juegos pálidos de algunos compañeros míos huérfanos al nacer,
que nunca rieron abiertamente,
hablando poco y callando casi por oficio,
intuía yo el misterio a la par que desconocía tanta tragedia,
pero intuía el secreto a voces
del obligado silencio elocuente...

Ahora el respeto a las ideas contrarias es más amplio, casi total,
y la concordia se evidencia contando a la vida entre los valores supremos.
¿Cómo hubiesen sido los años de mi infancia
con la presencia viva de los muertos?
Una, dos, tres..., cientos de mujeres
no hubieran vivido con una mirada triste,
cuando se encontraban muy cercanas a mi persona
con la amargura entre los labios, disimulando suspiros de madre,
deseos de esposa, o ansias de hija.
Acodadas al balcón de sus casas vieron pasar
apenas ya sin lágrimas, tras la persiana verde,
mirando al crucificado en la rinconera de la cocina,
el cajón con los restos calcinados del hijo, esposo y padre
a los años de su caída,
camino del panteón
y de una reconciliación apenas iniciada.

Caídos, en definitiva, fuimos todos
con el devenir del tiempo que no para:
si en la guerra abundaron por las cunetas y las trincheras
los cuerpos sacrificados,
en la posguerra circulamos
más muertos que vivos en el espíritu,
alardeando ignorancia,

sin alcanzar la paz que ya tienen ellos.
Pero ha llegado el tiempo de la reconciliación,
reconciliación eterna, hermanos.
Vamos a dejar de una vez para siempre
el énfasis engolado de unas palabras rimbombantes.
Celebremos este momento todos,
vivos y muertos,
peralteses de ayer, hoy y mañana,
en un abrazo lírico,
como un canto a la realidad,
a la fe, a la esperanza y al amor.

Lo que tenía que llegar, llegó:
ya están todos juntos en el mismo recinto sagrado,
envueltos por la misma tierra ¹⁰, que pisaron de niños
cuando venían a rezar y a poner flores
a los abuelos aquí enterrados,
al hermanico muerto de infante.
Todos juntos en el mismo recuerdo superado y sublimado.
No hagamos caso si primero llegaron unos,
y más tarde los otros, tras cuarenta años de destierro.
De pequeños nos enseñaron
que los últimos serán los primeros,
por lo menos en el Reino de los cielos;
donde brilla la luz perpetua,
como reza la orla del altar que cobija a los segundos.

No puedo olvidarme de la leyenda
que acompaña a sus nombres:
Un noble ideal os unía, y una muerte cruel os separó.
Humillados en 1936,
dignificados el 8 de agosto de 1978.
Que la sangre de estos hombres
sirva para hermanarnos en el amor,
en la justicia y el respeto.
Como la idea induce al acto,
que estas intenciones mías sean una puerta abierta
a nuestras acciones como humanos.
Que nunca jamás vuelva a suceder
lo que no tuvo que haber sucedido nunca.
Aprendamos...

6. Dos trágicas nóminas de muertos

Como homenaje emocionado de quienes no conocimos la guerra sino a través de sus trágicas consecuencias, telón de fondo de nuestra niñez, leemos estos nombres con amor y respeto hacia todos y cada uno de ellos: SESENTA Y CINCO en letras resaltadas sobre

piedra, OCHENTA Y SIETE en letras cinceladas sobre el mármol. CIENTO CINCUENTA Y DOS en total, caídos, cada uno a su manera, por Dios y por España.

En el viejo mausoleo:

1. Alfaro Bertol, Augusto
2. Antomás Jiménez, Jesús
3. Antomás Jiménez, José
4. Arrechea Sagardía, José María
5. Asín Caballero, Jacinto
6. Asín Fernández, Antonio
7. Barrios Ros, José María
8. Bermejo Campo, Enrique
9. Blasco Esáin, Cipriano
10. Blasco Pérez Antonio
11. Boneta Basarte, Juan
12. Busto Catalán, Juan
13. Busto Osés, Francisco
14. Calvo Moreno, Félix
15. Campo Villafranca, Manuel
16. Castillo Osés, Luis
17. Castillo Quel, Manuel
18. Castillo Villafranca, Félix
19. Cid Osés, Félix
20. Domínguez Legaz, Gregorio
21. Echeverría Jiménez, Ángel
22. Falcón Quel, Martín
23. Francés Castillo, José
24. Francoy Villafranca, José
25. Goñi Irigaray, Antonio
26. Guerendiáin Campo, Martín
27. Hernández Camardiel, Evaristo
28. Irigaray Castillo, Emilio
29. Irigaray Castillo, Gregorio
30. Irigaray Lavilla, Fermín
31. Irigaray Lavilla, José
32. Irigaray Resano, José María
33. Jericó Resano, Emilio
34. Jiménez Balduz, Juan
35. Jiménez Martínez, José
36. Legaz Eraul, José
37. Lezaun Alonso, Antonio
38. Lezaun Ochoa, Eduardo
39. Martínez Burgues, Jesús
40. Martínez Zabaleta, José
41. Moraza Iñiguez, Emilio
42. Moreno Sesma, Emilio
43. Olloqui Díaz, Rafael
44. Orduña Sayés, Venancio
45. Orduña Silvestre, José Luis
46. Osés Balduz, Saturnino

47. Osés Campo, Saturnino
48. Osés Villafranca, Carlos
49. Pellejero Expósito, Felipe
50. Pérez Ramiro, Tomás
51. Resano Bermejo, Gregorio
52. Resano Burdaspar, José María
53. Ricarte Ricarte, Félix
54. Ros Burdaspar, José
55. Ruete Resano, Juan
56. Sánchez Camardiel, Juan
57. Sayés Osete, José Antonio
58. Sola Janariz, Pedro Miguel
59. Taniñe Pérez, Vicente
60. Taniñe Osés, Fernando
61. Torres Estarriaga, Antonio
62. Velasco Troyas, Ignacio
63. Vidondo Iturbide, Hilario
64. Zabal Silvestre, Jesús
65. Zuazo Castillo, Victoriano.

En el mausoleo nuevo:

1. Alfaro Urroz, Pedro
2. Arbeloa Goñi, Justo
3. Asín Arpón, Teodoro
4. Asín Osés, León
5. Asín Pérez, Felipe
6. Asín Velasco, Tomás
7. Bados García, Balbino
8. Balduz Martínez, Felipe
9. Basarte Lorente, Pedro
10. Bermejo Basarte, Vicente
11. Bermejo Ros, Juanito
12. Blanco Arbeloa, Félix
13. Boneta Antomás, Leocadio
14. Boneta Campo, Santiago
15. Boneta González, Luis
16. Boneta Irigaray, Pedro
17. Burdaspar Bermejo, Carlos
18. Burdaspar Bermejo, Roque
19. Busto Blanco, Julio
20. Campo Osés, Manuel
21. Casarejos Villafranca, José
22. Castillo Caballero, Pedro
23. Castillo Martínez, Alejandro
24. Castillo Romeo, Félix
25. Castillo Romeo, Sebastián
26. Celaya Huarte, José
27. Celaya Zalduendo, Eladio
28. Chaurrondo Echalecu, Fidel
29. Chivite Osés, José

30. Chivite Osés, Juan
31. Diez Belloso, Blas
32. Echeverría Osés, Esteban
33. García Calvo, Benito
34. García Leyaresti, Amadeo
35. García Osés, Antonio
36. García Resano, Félix
37. González García, Daniel
38. Goñi Basarte, Antonio.
39. Irigaray Amatriain, Estanislao
40. Irigaray Osés, José
41. Irisarri Amatriáin, Vitoriano
42. Iturbide Campo, Isidoro
43. Jericó Osés, Aniceto
44. Jericó Resano, Cándido
45. Legaz Castillo, José
46. Legaz Catalán, Pedro
47. Legaz Silvestre, José
48. Lezaun Pérez, Juanito
49. Lorente Fernández, Luis
50. Lorente Pérez, Jesús
51. Malo Falcón, Carlos
52. Malo Falcón, Eusebio
53. Manzano Liberal, Jacinto
54. Manzano Pérez, Félix
55. Medrano Díaz, Félix
56. Moreno Campo, Vicente
57. Moreno Urroz, Juan
58. Notario Orduña, Julián
59. Orduña Asín, José
60. Osés Arbeloa, Esteban
61. Pellejero Sarnago, Ambrosio
62. Pellejero Sarnago, Tomás
63. Pérez Antomás, José
64. Pérez Echarri, León
65. Pérez Gogorza, Eugenio
66. Pérez Irigaray, Manuel
67. Pérez Osés, Julián
68. Pérez Pellejero, Aurelio
69. Pérez Pellejero, Emilio
70. Pérez Pellejero, Vicente
71. Pérez Ramírez, José
72. Pérez Zuazu, Justo
73. Portolés Salvatierra, Serafín
74. Resano Falcón, Encarnación
75. Ricarte Zoco, Eusebio
76. Ricarte Zoco, Juan
77. Rodríguez Irisarri, Agustín
78. Soto Pérez, Aniceto
79. Soto Pérez, Gregorio

80. Toledo Maestre, Gregorio
81. Ulibarrena Catalán, Francisco
82. Urroz Corro, Pedro
83. Velasco Troyas, José
84. Vidondo Iturbide, Félix
85. Vidondo Iturbide, Valentín
86. Villar Osés, Manuel
87. Zabal Taniñe, Ricardo.

NOTAS:

1. *Muete y mueta*, con sus diminutivos *muetico y muetica*, tan utilizados en Peralta, son una variante coloquial de la palabra *mocete*, muy usada en La Ribera navarra como sinónimo de chico o mozuelo. Dice José María Iribarren en la pág. 12 de *Burlas y Chanzas*, que este vocablo ya lo usaba en sus escritos el Arcipreste de Hita, y que también lo ha visto en documentos de la época del príncipe de Viana en el siglo XV.
2. Iribarren, J. M^a. *Burlas y Chanzas. Revoltijo de historietas festivas de guerreros*, págs. 217 y 218.
3. Caro Baroja, Julio. *Etnografía Histórica de Navarra*, II, págs. 132 y 133. La forma “gito” para referirse a gitano recuerda mucho la vasca “ijito” o “ijitu”, muy común hoy. Se ve bien en ellas que están formadas sobre “ejito”, que es la forma más popular.
4. *Novísima recopilación de las leyes del reino de Navarra*, III, libro IV, título VI, ley I.
5. Ley núm. XXIII. Idoate, F. *Rincones de la Historia de Navarra I. Una expedición contra los gitanos*, págs. 152-156.
6. BOE, 1 de octubre de 1940.
7. Archivo municipal de Peralta, carpeta de *Bandos de la Alcaldía, 1951*.
8. El presupuesto de la obra ascendió a 661.240 pesetas.
9. Poema dedicado a todos los peraltenses muertos cruentamente entre 1936-1939.
10. Alguien sugirió la conveniencia de juntar en el monumento funerario existente desde después de la guerra a todos los “caídos” del pueblo sin distinción de bandos. Pero la sugerencia no cuajó. Hoy se reparten entre ambos mausoleos.

CAPÍTULO II: LA PARROQUIA DE SAN JUAN EVANGELISTA

1. Los sucesivos templos parroquiales

Los templos parroquiales de Peralta han tenido una existencia precaria a lo largo de su historia. Apenas duraron cada uno de ellos doscientos años. Posiblemente fueron más de cinco las sucesivas construcciones para el culto parroquial. De alguna edificación no existen documentos que prueben su existencia, pero sí indicios verosímiles. De dos de ellas solo quedan evidencias ruinosas. Además han ocupado tres o cuatro espacios físicos diferentes.

Los primeros templos radicaban naturalmente en el solar de *Petralta*. Datarían de los años de la cristianización ¹. Si fue la iglesia inicial u otra posterior la que quedó dentro del perímetro de la fortaleza a partir del siglo VIII, posiblemente no se sabrá nunca. De todos modos, en el centro mismo de la vieja área fortificada se elevan todavía arcaicos muros de mampostería de evidente estructura religiosa, llamados tradicionalmente ermita de santa Lucía. Sus dimensiones son apreciables, o por lo menos suficientes para atender las necesidades de culto de aquellos *petraltenses*, cuyo número no pasaría de pocos centenares.

Durante los años de la dominación agarena, gracias a la especial política de los Banu Qasi, los cristianos pudieron mantener sus iglesias y ritos religiosos, al tiempo que el reducido núcleo musulmán dominante tenía también los suyos. Con la bajada de los habitantes de lo alto del monte a la ladera, la parroquia se ubicó en la plaza de san Juan, agrupando a su alrededor el nuevo caserío peraltés. Tal hecho sucedió hacia 1045, a raíz de la conquista cristiana de la vecina Calahorra. El rey García V, el de Nájera, fundó entonces en Peralta un cabildo colegial en agradecimiento por la ayuda recibida del pueblo ². Si la ayuda mereció un tal otorgamiento, quiere decir que esta fue importante, y la importancia se medía entonces por el número de efectivos aportados al campo de batalla. Ello nos lleva a concluir que no eran pocos los habitantes de Peralta en aquel tiempo, y que consecuentemente el templo y sede del cabildo colegial tuvo que tener unas dimensiones acordes con el volumen de la feligresía, cuya asistencia a los ritos sagrados era entonces máxima.

La carencia de canteras de piedra en el lugar y la abundancia de grandes árboles en los sotos determinarían la edificación de una iglesia mayormente de madera ³. Mediado el siglo XIII, el pueblo construyó un nuevo templo, esta vez de obra, en el mismo solar que el anterior ⁴. En ese siglo, el arte románico de transición al gótico dominaba en las construcciones religiosas. De aquella iglesia románico-gótica no han quedado huellas visibles. Parece ser que el caballero García Martínez de Peralta, ascendiente en cinco generaciones de mosén Pierres, facilitó su acabamiento con dotación económica. Se le atribuye al respecto esta magnánima frase: "donde no llegue el pueblo, llegaré yo". Posiblemente fuera él quien trajo a Peralta la reliquia de san Blas, pero no el relicario, que es de factura posterior ⁵.

Hacia 1510, el alcalde, jurados y concejo de la villa, compraron a Martín de Oñate una casa que estaba junto a la iglesia para derribarla poco después a fin de ampliar el templo y facilitar las procesiones a su alrededor. Esta ampliación costó 8.000 ducados; cabe suponer por tanto que fue obra de importancia. La llevó a cabo el maestro Anchieta, yesero y cantero ⁶. En ese año el número de familias ascendía a 350, lo que suponía unos

1.800 habitantes. La iglesia se había quedado pequeña para el culto y como lugar de enterramiento, por lo que se aprovechó la ampliación para añadir algunas sepulturas más. Existe una demanda de 1512 de dos vecinos, llamados Gonzalo y María, hijos de Sancho de Azagra, contra Catalina Luis, también vecina de la villa y viuda de Diego de Echauri, porque esta impedía a los demandantes la posesión de una sepultura dentro de la iglesia parroquial ⁷.

Se sabe que este templo contaba también con coro alto para el cabildo, y con un campanario. Así aparece en otro pleito mantenido en 1546 sobre honras y precedencias en los cultos parroquiales ⁸. A causa de estas obras de ampliación, se resintió quizá la fábrica general del edificio. Por lo que, al poco tiempo, el cantero Joanes de Lizarza ya estaba construyendo un pilar sustentante porque parte de la iglesia amenazaba ruina. Para tales gastos se utilizaba la recaudación habitual de la primicia. En este caso, por la magnitud de las obras de consolidación, se tuvieron que emplear además otros réditos ⁹. Pero a pesar de la gran dedicación que mostraba el pueblo hacia su templo mayor, este desgraciadamente acabó en ruinas, y en 1575 ya se estaba descombrando para construir una nueva parroquia ¹⁰. Como la plaza de san Juan seguía siendo el solar más céntrico y funcional de la villa, allí se alojó también la nueva construcción.

El inicio de la obra fue encomendado al cantero Juan de Anchieta, posiblemente hijo del que realizó la ampliación del templo anterior. A los 25 años de la primera piedra, se consagró al culto el 29 de junio de 1591, siendo prior Vicente Arraiza ¹¹. Por los ruinosos restos que todavía hoy apreciamos adosados al campanario –único elemento que quedó en pie tras el abandono y desalojo que más tarde sufriría el templo–, se adivina su factura gótico-renacentista, de una sola nave –esquema que aún perdura en los templos coetáneos de la zona ¹²–, con cabecera poligonal y capillas laterales entre los contrafuertes. Se sabe que una de estas capillas estaba dedicada a santa Catalina ¹³ y otra a la Virgen del Rosario ¹⁴. La bóveda gótica se elevaba sobre ménsulas cilíndricas, como lo demuestra el arranque ruinoso de una de ellas al pie de la torre-campanario.

Observando el solar existente en la actualidad llegamos fácilmente a la conclusión de que el desmonte original que dio paso a la plaza de san Juan donde se construyó la iglesia tuvo que ser mayor que el que hoy apreciamos. Pero el abandono, los corrimientos de las tierras calizas de la ladera y las construcciones espurias, han reducido este solar a las dimensiones actuales, hasta el punto de poder llamarlo ya plazuela en vez de plaza.

En 1607 la economía parroquial seguía siendo precaria. Miguel de Sarasa, bordador vecino de Tafalla, reclama a los primicieros de Peralta cien ducados de plazo corrido por las obras de bordaduría en los ornamentos que hizo para la iglesia peraltesa. Una vez más los administradores de la primicia contestaron apelando a su escasez de fondos ¹⁶. A pesar de esta precariedad material, existe un testimonio de las gentes de Funes en un proceso, afirmando que *el edificio parroquial peraltés es muy rico y sobrado, que posee grandes adornos y sólo un terno vale más que todo lo que tiene la iglesia de Funes. Además, como muy rica que es la de Peralta, sustenta capilla de música, con no ser cosa necesaria. ¿A qué venía este comentario? Sencillamente a que los labradores peralteses tenían por costumbre comprar heredades de viña y tierra blanca en el término de Funes, no pagando después la primicia correspondiente a esa parroquia, muy necesitada porque está empobrecida y urgiendo reparaciones* ¹⁷, sino a la de Peralta.

En este mismo proceso los testigos de Peralta, alegando necesidades que justificasen la inversión de la primicia de los campos comprados en Funes a la iglesia peraltesa, llegan a decir que necesitan 8.000 ducados para reparar el coro y las bóvedas, de las cuales ya se había caído un trozo ¹⁸. Parece dudosa o por lo menos muy exagerada esta afirmación cuando apenas hacía treinta años que se había inaugurado el nuevo templo. La cristiana costumbre de enterrar a los muertos en el interior de la iglesia persistía ¹⁹, pero ante las necesidades de mayor espacio habían adosado al exterior un cementerio, que ya existía en 1608 ²⁰.

Hay constancia de que en 1614, cerca de la iglesia, se alzaba un Calvario al que los fieles acudían en procesión ²¹, haciendo las estaciones del vía crucis ²².

El 6 de mayo de 1751 el papa Benedicto XIV le concedió a la parroquia de san Juan Evangelista las mismas indulgencias, privilegios y gracias de san Juan de Letrán, agregándola a perpetuidad a esa basílica romana mediante la constitución *Assiduae sollicitudinis*, expedida en santa María la Mayor. Poco menos de sesenta años después, concretamente en 1808, el templo cesó en sus funciones. El pueblo disfrutaba de un reciente saneamiento y empedrado de calles que facilitaban el acceso a la parroquia. Y sin embargo se abandonó. Se desconocen las causas de este abandono. Tuvieron que ser graves y posiblemente relacionadas con la inestabilidad de sus muros. Quizá falló de nuevo el terreno de la ladera del monte donde se cimentaba.

En 1826 se dispuso la erección de una nueva iglesia, pero esta vez alejada de la ladera del monte y a un tiro de piedra de la anterior. De una vez por todas se quiso solucionar el problema de las ruinas sucesivas, y se construyó en el llano. Las estrecheces de los templos anteriores abogaron por un diseño de dimensiones colosales, que exigió excavar al pie del monte unos cuantos metros de terreno para el alzado de la cabecera. Fue construida según los gustos neoclásicos de la época.

Durante los años que estuvo en desuso la iglesia parroquial de la plaza de san Juan y mientras se levantaba el templo actual, el culto se realizó en la iglesia del convento de capuchinos, construida en 1629 extramuros de la población, pero que se encontraba ya a las puertas del pueblo tras su expansión por la llanura, justo en el cruce de caminos de Andosilla y Rincón de Soto. En el segundo cuarto del siglo XIX un decreto del obispo de Pamplona, don Joaquín Javier Úriz, puntualizaba textualmente: *La villa de Peralta es muy considerable [...], percibo de los diezmos cantidad de bastante consideración [...]. Sus feligreses hace muchos años se hallan sin iglesia proporcionada, sirviéndose con gran morosidad en lo más de la de Capuchinos [...]. Insinué con gran reserva a algunas personas de mi confianza mis deseos de que se acudiera a esa necesidad tan urgente y tan del agrado de Dios* ²³.

En consecuencia el ayuntamiento y la veintena de la villa decidieron que se edificara un nuevo templo, nombrando al efecto una junta de personas escogidas para proporcionar los correspondientes arbitrios. Tales personas fueron Manuel Martínez Bonel, Leonardo Armendáriz, Pedro Esteban Elorz, Saturnino Soret y Eusebio María Arbizu. Hubo al respecto división de pareceres, desde quienes optaron por un reforzamiento y reparación de la muy resentida iglesia renacentista, a los que preferían la construcción de una nueva, porque no creían práctico gastar sumas considerables en arreglar la antigua, dado lo dificultoso de su acceso a los feligreses que vivían en la parte llana y que iban en aumento cada día ²⁴. El obispo escribía el 18 de junio de 1826 una carta de exhorto a la

villa y veintena, y otra al párroco, para que animase desde el púlpito a que todos sus feligreses se esmerasen en contribuir a una obra tan digna ²⁵, al mismo tiempo que ofrecía para este fin 2.000 duros, si comenzaren presto con vigor, de lo contrario este capital serviría para el fomento del Seminario Conciliar. Para el 26 de octubre se habían quitado ya los retablos y cuanto había en lo interior de la iglesia vieja, como también el tejado y maderamen, y se trabajaba en derribar las paredes. El 4 de diciembre del mismo año le fue entregada la citada cantidad a Juan José Orduña, primer tesorero o depositario por don José Armendáriz, Rector del Seminario Conciliar, en cuyo poder obraba ²⁶. En los primeros meses del año siguiente empezaron las obras de la nueva parroquia en el mismo centro de la población.

Si el final de la iglesia renacentista fue motivado por problemas en el suelo, ¿cómo se explica la continuidad durante siglos del esbelto campanario sin asomo de hundimiento? Tal vez, conscientes de la necesidad de mejorar su basamento por razones de altura, se construyó el primer tramo con sillares en vez de sillarejo y los siguientes con ladrillo.

2. La iglesia neoclásica

La actual iglesia parroquial se levanta en la calle Mayor dividiéndola en dos tramos de similar longitud, entre las plazas de los Fueros y de la Verdura. Se concluyó en 1834. Con este motivo se pidió a Roma que la nueva parroquia continuase agregada como la anterior a la basílica de san Juan de Letrán, incorporación que se concedió en septiembre de 1842 añadiéndole el título a perpetuidad de *Prelado de honor de su Santidad*, otorgado en la persona del párroco.

Tiene cuarenta metros de longitud por dieciocho de anchura y muestra el estilo greco-romano propio del Neoclasicismo de la época ²⁷. Su arquitectura recuerda por su grandiosidad y empaque a las antiguas termas imperiales romanas. Aparece al exterior como un bloque compacto de muros de ladrillo revocado, sobre pedestal de piedra de sillería y un entramado de pilastras poco resaltadas, formando todo ello un severo volumen prismático. Los planos los diseñó el arquitecto de Vitoria Manuel Ángel Chavarri. Un solemne pórtico da robustez a la austera arquitectura de la fachada, desprovista de imágenes y adornos. Dos imponentes columnas toscanas bajo dintel, coronado con un clásico frontispicio triangular, enmarcan la puerta principal, que se abre en un sencillo vano. Completaban el proyecto inicial dos torres gemelas herrerianas, que no pudieron construirse entonces, posiblemente por falta de fondos.

Tres naves casi imperceptibles dan forma al interior. La central resulta desmesuradamente ancha y se apodera prácticamente de la totalidad del espacio, sobre todo en el centro. Las dos exiguas naves laterales han quedado casi absorbidas por la central. Al fondo, el ábside presenta una ligera disposición poligonal, sin duda para acoger el retablo que se aprovechó del templo anterior.

Llaman la atención las cuatro gigantescas columnas de orden toscano que emergen en el centro separando las naves. Sobre ellas unos entablamentos continúan la cornisa moldurada que recorre casi toda la iglesia. Igualmente dan base a los arcos torales de una achatada cúpula central pintada de celajes, sobre cuatro pechinas que enmarcan frescos murales con los evangelistas. Las cuatro bóvedas de medio cañón y la cúpula definen un

esquema cruciforme que, sin embargo, no queda reflejado en la planta. La bóveda que va en dirección al ábside es interrumpida por dos lunetos enmarcados por sendas bóvedas de arista antes de dar paso a un segundo tramo cuajado de setenta y cinco rosetones dorados, que preceden al cuarto de esfera con que se cierra el ábside y en la cual se representa a san Juan Evangelista en la isla de Patmos. En la parte inferior de este tramo, dos arcos de medio punto a cada lado permiten la entrada a la sacristía y a una pequeña capilla, respectivamente. Las bóvedas del crucero son más cortas y también de medio cañón con lunetos. Todo el cubrimiento aparece complejo, original y atrevido, resuelto con gran pureza de elementos ²⁸. Por su monumentalidad, la parroquia de Peralta es la iglesia neoclásica más emblemática y hermosa de Navarra.

La luz entra a la iglesia por tres grandes ventanas, dos abiertas entre los arcos torales de los muros laterales y una en el hastial. A los pies del templo, la luminosidad se complementa con un óculo encima del ventanal. A la izquierda de la entrada se sitúa la escalera que sube al coro, y a la derecha, la antigua capilla bautismal con una gran pila de mármol rosáceo del siglo XIX. Al un lado se abre una puerta lateral con dintel por la que se sale a la plaza de la Verdura. En el lado opuesto se ha abierto recientemente otra puerta simétrica, que ya aparecía en el plano original, pero que siempre estuvo cegada, y que comunica con la plaza de los Fueros.

Si se empieza el recorrido iconográfico por el lado del Evangelio, encontramos en primer lugar un Crucificado de tamaño natural del siglo XVI, con expresiva anatomía y la cabeza caída dramáticamente. La piedad popular besa su pie enfundado en plata tanto a la entrada como a la salida del templo. Hasta la apertura de una puerta lateral, había a continuación un retablo barroco que albergaba las tres imágenes más valiosas de la procesión del santo Entierro de Viernes Santo: el Cristo con la cruz a cuestas, la Dolorosa y Jesús muerto y yacente. En el tramo central se levanta el retablo de san Blas, que describo en otro lugar y, a continuación, el de la Virgen del Carmen, cuya imagen de secular raigambre en Peralta ha sido sustituida con nulo acierto por una moderna efigie de la Inmaculada. Este retablo, de mediados del siglo XVIII, transición del Barroco al Rococó, conserva las tallas del profeta Elías y de san Juan de la Cruz, en sintonía con la tradición carmelitana. Un pilar cercano sostiene la talla policroma de san Antonio de Padua, también del siglo XVIII ²⁹.

Por el lado de la Epístola, encontramos, en primer lugar, el baptisterio seguido de la puerta lateral a la plaza de la Verdura y en el tramo central un espectacular retablo de mediados del XVIII. Está dedicado a la Virgen del Rosario. Su traza, de gran delicadeza y finura, prelude del Rococó, recuerda la de san Blas, justo enfrente, pero con una decoración menos ornamentada. La hornacina cobija una talla sedente de María, del siglo XVI, restaurada con posterioridad. Con la mano izquierda la Virgen retiene al Niño Jesús, sentado sobre su regazo. Sus rostros son de gran belleza. Encima de la hornacina hay un lienzo que representa a santo Domingo de Guzmán, fundador de la piadosa devoción del santo rosario. A los pies de este retablo estaba la tumba de Juan Bautista de Irurzun y la de sus padres, porque fue costeadado totalmente por él cuando se encontraba, como todos los demás retablos, en la iglesia de la plaza de san Juan ³⁰. Subiendo hacia el presbiterio, se halla el retablo de san José, semejante al del Carmen que tiene enfrente, pero algo posterior. Su ornamentación está ya muy cerca del Rococó. Lo preside una bella talla del santo con policromía original de época. El ático se adorna con un relieve oval de santa Ana, la Virgen y el Niño. Le sigue otro retablo en forma de exedra, del siglo XVIII. Estuvo dedicado durante muchos años a san Pedro, representado por un valioso busto

románico que hoy se encuentra en las dependencias parroquiales. En su lugar hay una imagen del Corazón de Jesús, de serie y sin mayor mérito artístico. Pienso que sería acertado reponer al Apóstol ³¹, dotándolo de las medidas pertinentes de seguridad.

Encaramados a las dos columnas inmediatas al presbiterio, se encuentran dos púlpitos de estilo rococó, que pertenecen a la segunda mitad del XVIII y lucen decoración de mármoles policromos y dorados del siglo XIX ³².

Pero lo verdaderamente espectacular del templo, aparte la solución arquitectónica de las bóvedas, es el monumental retablo mayor, concluido en 1772 por el afamado escultor zaragozano José Ramírez. Figura entre los más importantes de Navarra. Sólo estuvo cincuenta años en la parroquia de arriba. Es de un barroco tardío y clasicista, con aparatosa escenografía y estudiados juegos de perspectiva. Su disposición en artesa enmarca tres calles. Destacan sus columnas con capitel compuesto y fuste acanalado en parte, primorosamente decorado por guirnaldas de flores. Las uniones del cuerpo central con los laterales en ángulo obtuso, son manifiestamente defectuosas, percibiéndose las alteraciones sufridas en la necesaria adaptación a un ámbito diferente para el que fuera creado ³³. El espectacular relieve de la calle central representa a san Juan Evangelista en el lugar de su martirio, sumergido en una caldera y rodeado de personajes de bulto en actitudes variadas. Culmina la calle central una Trinidad bajo dosel y dos hermosos ángeles sobre frontón quebrado. En las calles laterales, más planas que la central y repletas de ornamentos barrocos, hay dos relieves de factura y mérito inferiores con otras escenas de la vida del santo titular. Los áticos respectivos terminan con escudos de Peralta entre imágenes de algunos apóstoles. Estas calles fueron realizadas por el retablista de Calahorra Diego de Campo Redondo, a partir de 1762. Seis apóstoles de gran factura se anteponen a las columnas divisorias de las calles.

El centro del banco del retablo cobija una hornacina de principios del siglo XX, que desmerece del conjunto, reformada posteriormente para ubicar una imagen de la Virgen de Nieva del siglo XVIII ³⁴. También del siglo XX son los dos relieves ricamente policromados y con escenas bíblicas que representan los sacrificios de Melquisedec y de Noé, escenas del Antiguo Testamento que preanuncian la eucaristía, y que conforman hoy atinadamente la base de la mesa del altar mayor. Fueron realizados en los talleres Granda de Madrid como predelas laterales del expositor de la custodia, ya desaparecido, y que mandó hacer don Tomás Biurrun, que es como yo los conocí.

Seis confesonarios de maderas nobles, cuatro de finales del siglo XIX y dos del XX, jalonan los vanos existentes entre los retablos de las paredes laterales. Las tres puertas de acceso al templo están resguardadas por sus respectivos cancelos.

3. Un Campanar exento y solitario

Están tocando a muerto. El mazo de los difuntos cae a ritmo sobre la mole broncea del *Buen Pastor* con sus 900 kilos de peso. Suena también la campana *Santa Bárbara* con 700. Las otras campanas, *Corazón de Jesús* con 400 kilos, *Corazón de María* con 300 y la *Santa María de Nieva*, que es fija, permanecen ahora inmóviles y mudas porque sólo desgranar sus sonidos en los bandeos festivos. Una vieja tradición de los campanarios navarros da el nombre de *María* a la campana mayor. También en Peralta se

llamaba así el bronce más grande. Pero en los años cincuenta del siglo pasado, sin duda por la profusión de tañidos durante el Año Santo y el Año Mariano, se rajó de plano. Para paliar la merma de peso experimentada al fundirla de nuevo, las gentes colaboraron con objetos de bronce caseros y monedas de cobre. Después de refundirla con el mismo peso y dimensiones que tenía, se colocó en el suelo de la plaza de la Verdura para ser bendecida. Era el 30 de abril, Día de la parroquia, y con este motivo hubo doble celebración litúrgica y profana ³⁵. La refundida campana fue dedicada al *Buen Pastor*, porque ya había dos con los nombres de *Santa María de Nieva* y *Corazón de María*. Apadrinaron la bendición de esta campana el matrimonio Goizueta, don Ricardo y doña Petra, grandes benefactores de la parroquia, cuyos nombres fueron grabados en el bronce. Se estaba en deuda con ellos por su desinteresada participación en las obras realizadas en el coro ³⁶. Al día siguiente la campana fue trasladada a la plazuela de san Juan para ser izada al campanar, operación dificultosa pero bien resuelta gracias a la pericia del industrial campanero Erice, que la había fundido en Pamplona.

En mis años infantiles el aire del pueblo se llenaba de conciertos gracias a los toques constantes de las campanas: sonaban al amanecer, al mediodía y al atardecer, los tres momentos del rezo del Ángelus. A las 10 de la noche, cuando yo estaba en la cama, oía tocar a ánimas. Y de vez en cuando me despertaba a media noche el mazazo seco y cortante de la campana del reloj.

Un reencuentro en la plaza de los Fueros o de los Curas con José Osés, campanero durante muchos años antes de la electrificación, me sirve para evocar mis años de monaguillo al servicio de la parroquia. José fue sacristán antes que campanero, sucesor de los Elías Lezaun, padre e hijo. El primer Elías, hombre bueno a carta cabal, estaba adornado de gran sentido del humor, como tantos mayores de este pueblo, y sirvió a la parroquia durante 50 años por el precio de una peseta diaria. El hijo estuvo durante un tiempo de sacristán, pero profesó enseguida en religión con los frailes franciscanos. También fue sacristán mi abuelo materno, Juan Velasco Campo, que se distinguía entre sus coetáneos por su respetabilidad. Numerosos acólitos suplimos en aquellos años la ausencia de sacristán, hasta la llegada de Braulio, que ha muerto recientemente tras largos años de servicio a la parroquia.

Cuando Osés tocaba para ahuyentar las tormentas, los chicos decíamos: "Ya está José pegándole a las nubes con el mazo del *Tintinublo*", como así llamábamos a esos toques. Donde el campanero se lucía a placer era en los bandeos solemnes de las festividades y sus vísperas. Su buen oído musical y la pericia de sus manos lograban verdaderos conciertos sinfónicos, hoy desaparecidos de la mayoría de los campanarios, sustituidos por toques electrificados.

En Peralta, después de la jubilación del último campanero, el fundidor Erice electrificó los bandeos, estrenándose esta modalidad para la novena a la Virgen de Nieva en el mes de septiembre de 1973. Desde entonces se oyen voltear las campanas los sábados por la tarde, los domingos, los días festivos y sus vísperas, en las exequias por los difuntos y durante las procesiones. Sólo hay que accionar un conmutador desde la sacristía ³⁷, a muchos metros del campanar, sin necesidad de desplazarse hasta él. Yo guardo en una cinta los sonos bronceos de las campanas peraltas. Disfruto escuchándolas en mi casa de Valencia a todo volumen, con las ventanas abiertas, para que expandan sus melodías por los aires cálidos de estas tierras, repletas de artísticos campanarios y de expertos campaneros manuales.

Las campanas de Peralta

Las campanas de Peralta
tocan a rebato prolongado
en siniestros de nublado y fuego;
repican a fiesta grande,
tañen a muerto reciente,
con bronceos sonos,
en tristes y alegres eventos.

Las campanas de este pueblo,
ya no suenan a gloria como antes
por la falta de portichuelos...
Siguen llamando al culto,
para acompañar procesiones,
y convocar asambleas
con bandeos por el cielo.

Las campanas de la torre
destilan mil toques sonoros,
sobrevolando sotos y choperas,
amplificando rumores del Arga,
ascendiendo hasta la Atalaya
por los senderos del monte
en verticales tañidos vibrantes.

Las campanas del Campanar:
la antigua *María* refundida,
rebautizada como *Buen Pastor*,
la *Corazón de María* y la del *reloj*,
la *Nieva* y la *Santa Bárbara*,
continúan su oficio de siempre
desde la plazuela de san Juan.

El campanario de Peralta se divisa mucho antes de llegar al pueblo. Su sobria silueta poligonal invita a subir a él. Hoy, igual que ayer, se alza en una de las partes más altas del caserío, a media ladera del monte, en un extremo de la villa. Aparece más solitario que nunca. Se cobijan cerca de él un núcleo de casas antiguas, todas ellas sencillas, de una o dos plantas a lo sumo, algunas blancas de cal y otras de ocre ladrillo, con parras escleróticas en sus fachadas.

Según la documentación que he manejado, hacia 1600 se estaba fabricando para Peralta un reloj en Tarazona³⁸. El documento no dice dónde se pensaba colocar. El actual campanar no existía todavía. Podría ser que aún estuviese en pie la torre románica y allí fuera instalado. Eso explicaría la diferencia de 150 años entre la iglesia renacentista y el campanario actual. Pero si tampoco existía la torre románica por haberse derruido con la iglesia, cabe pensar que mandarían hacer el reloj pensando en una construcción inminente, pero que no se pudo efectuar hasta bastantes años después. Esta sucesión de las dos torres dio pie a la leyenda popular sobre mosén Pierres el Joven, emparedado entre los muros de un campanar en justo castigo de sus muchos desmanes. Cuando se construyó el actual campanario, este caballero agramontés hacía ya más de 200 años que

había muerto plácidamente en su castillo-palacio de Marcilla. Así que el actual campanario ha heredado de la vieja torre románica no sólo su emplazamiento, sus campanas, el reloj y las cigüeñas que lo anidan, sino también la antigua leyenda del malvado peraltés que mandó matar al obispo de Pamplona.

La torre que divisamos hoy –llamada Campanar desde siempre–, se quedó aislada y sola casi recién construida en el siglo XVIII. Es de factura barroca típica de La Ribera; de ladrillo marrón claro, como el color de los palacios que se extienden a sus pies, sobria, esbelta y elegante. Se levanta sobre pedestal de sillería labrada. El primer cuerpo es un alto fuste prismático con grandes pilastras entre las que se abren dos ventanas de medio punto en cada paño, una encima de otra. A continuación otro cuerpo de escaso alzado con pilastras y decorados geométricos quiere evocar los adornos mudéjares³⁹. Hasta tal altura llegaba la bóveda de crucería del anterior templo. En este punto arranca el cuerpo octogonal. Pilastras plegadas en ángulo flanquean los vanos de gran abertura con arco de medio punto, que albergan las campanas mayores. Encima, otros vanos más pequeños, rematados en frontón, acogen a las campanas menores.

La silueta de la torre se adorna con una pareja de enormes esferas de piedra sobre pedestales en cada una de las cuatro esquinas del segundo cuerpo. Cinco bolas, a falta de otras tres desaparecidas, coronan las esquinas angulares del último tramo. El espacio aéreo superior lo comparten el tejadillo y un nido de cigüeñas, ya que la torre está desprovista de chapitel. En tiempos de don Tomás Biurrun, en el primer tercio del siglo XX, se conservaba por lo menos la veleta rematada en cruz, porque escribía este párroco: *Es buena obra de hierro forjado con flores de lis y un cuadrifolio en el centro*. Pero don Tomás, tan experto en cuestiones artísticas de Navarra, se equivocó con la datación de la torre de su parroquia, de la que decía: *Es alta y proporcionada, de estilo neoclásico y, como toda la iglesia derruida, obra del siglo XVI*⁴⁰. Seguro que esta breve descripción del Campanar es una errata de impresión, dados los conocimientos de aquel párroco que se tenía por experto en arte.

En la pared que mira hacia el pueblo, entre los dos ventanales del primer piso, aparece el blasón de la villa, coronado por yelmo, el mismo que luce en el salón del trono y en las vidrieras del palacio de la Diputación Foral de Pamplona (*Trae de azur y un puente de tres arcos de oro sobre fondo de plata y azur, sumado de torre del mismo metal*). Difiere de otro escudo de la villa mucho más antiguo (se conserva uno del 1308), que representa *un castillo coronado de tres almenas en punta sobre una peña, con puerta de medio punto y ventana central con ajimez*⁴¹.

Termino este epígrafe describiendo el campanil que, sostenido por un armazón metálico sobre el tejado de la iglesia, convocaba al culto parroquial diario con su tañido, un toque monótono con más sonido de yunque de herrero que de llamada a la asamblea cristiana. En mis lejanos años de monaguillo, si el fluido eléctrico fallaba, que era muy frecuente entonces, accionábamos la campana manualmente desde la sacristía mediante una larga sirga, originando con nuestras infantiles fuerzas un sonido más flojo y arrítmico, pero menos estridente que el eléctrico. Con las nuevas torres, construidas recientemente en la fachada de la iglesia como explico después, el antiestético armatoste metálico y su campanil han sido eliminados.

4. Un órgano dieciochesco

A media altura del hastial principal de la parroquia se aloja el coro y su bella balaustrada de forja barroca, que corre longitudinalmente hacia las columnas inmediatas formando tribunas en las naves laterales. Tiene el coro sillería del siglo XVII, con sitiales a tres alturas colocados recientemente. Sus dorsales son lisos y están flanqueados por pilastrillas acanaladas; el resto de la decoración es geométrica de estilo manierista. Un gran facistol octogonal, coronado por un Cristo barroco, preside el centro del coro. En otro tiempo mostraba siete cantorales de época con antifonas gregorianas, hoy custodiados en el museo parroquial, al igual que la talla pequeña de la Virgen del Rosario que presidía la sillería ⁴². Los 18 beneficiarios racioneros del patronato parroquial cantaban aquí las horas canónicas del oficio divino y las diferentes misas de sus numerosas fundaciones y capellanías.

En la tribuna del lado de la Epístola se ubica un grandioso órgano con teclado de ventana, todavía en servicio. Podría ser de mediados del siglo XVIII. Al igual que los retablos, la imaginería, los púlpitos y los ornamentos, estuvo primeramente en la iglesia del Campanar ⁴³. No queda documentación alguna sobre su construcción. En 1963 se le practicó un arreglo importante ⁴⁴; y en 1977 fue revisado y afinado a fondo ⁴⁵. De 1985 es la siguiente valoración técnica realizada por un experto organero: *Estado actual aceptable, material bueno, tuberías de calidad, aunque los tubos pequeños de las mixturas están gastados. Sistema mecánico con caja de estiló rococó y elementos academicistas muy interesantes. Tubos exteriores horizontales de fachada en tres filas. Tubería vertical de fachada en seis “campos” y en dos alturas o pisos.*

Parte escultórica importante: ángeles en la parte superior, algunos con instrumentos musicales, dos de proporciones grandes. Los tubos que dan hacia el altar mayor no son reales, solamente decorativos. Algunos tubos “canónigos” en fachada. Quedan restos de tela pintada que cubre la parte superior de la caja. Muy buena la lengüetería. El cromorne resulta excepcional dentro de la buena acústica del templo. También el oboe y el “bordón 16”, que en realidad es un 8 pies. Sólo quedan tres tiradores de registros originales. Hay tres más recogidos dentro de la caja. Conserva las bases de los soportes de la luz, cuyas “velas” de madera fueron arrancadas no hace mucho, según atestigua el benemérito organista don Vicente Martínez. La mecánica responde muy bien. Faltan tubos originales de fachada y algunos interiores. Alguien se llevó parte de esa singular trompeta (interior y exterior) con dos tubos por nota. El fuelle se halla en una pequeña habitación decorada con pinturas alusivas al claustro de la catedral de Pamplona y al Pilar de Zaragoza. Parte de esta pintura se destruyó hacia 1966 al meter en dicha habitación el fuelle y los conductos del aire. Se trata de un buen instrumento que merece estar en mejores condiciones que las actuales. Es singular este órgano por tener contras de 32 pies (sólo hay dos casos en Navarra), y por tener una trompeta 8 interior y exterior a la vez (también único caso en la provincia) ⁴⁶.

¿Quién de los peraltéses mayores no ha subido al coro alguna vez, siendo *muete*, reclamado por el bueno de don Vicente Martínez, a darle a los pedales del fuelle antes que el órgano fuese alimentado por corriente eléctrica? Durante muchos años este aventador mecánico proporcionaba al órgano el aire que necesitaba; se hallaba en un cuartito anejo, y allí pedaleábamos. A partir de su electrificación solo se accionaban los pedales cuando faltaba el fluido eléctrico, que sucedía con relativa frecuencia.

Por los mandamientos explícitos de las visitas pastorales se sabe de la existencia de otro órgano anterior. En 1557 se ordena: *Otrosí mandamos a los beneficiados mancebos que aprendan canto llano para que puedan, como deben, servir en el coro y en la dicha iglesia. Con aperebimiento, al que no lo aprenda, lo suspenderemos de sus beneficios* ⁴⁷. En un largo alegato que abarca 41 folios con pruebas testificales, *el cabildo de la parroquia de Peralta apela de unos mandatos del Visitador Benegas, que ordenaba tener cabildo todas las semanas y que obedeciesen con sumisión lo que mandaba el chantre en el coro, y que aprendiesen canto de órgano, so pena de no cobrar en los funerales. Los apelantes dicen que él no preside el coro, sino el beneficiado más antiguo y que ellos sólo cantan en canto llano* ⁴⁸. El instrumento necesitó un importante arreglo en 1676, cuyo contrato y fianzas se hacen en la notaría de Mendavia, pero se firman en Arnedo, donde *Juan de Rivera tiene tratado y ajustado de aderezar el órgano de la iglesia parroquial del Señor San Juan de la villa de Peralta del Reino de Navarra...* ⁴⁹.

5. Tesoros y ornamentos litúrgicos

Una cajonería de roble del siglo XVIII, con decoración de rectángulos, rombos y óvalos barrocos, provista de herrajes de época, recorre parte de la sacristía. Aquí se han guardado durante mucho tiempo los ornamentos y vasos litúrgicos. Sobre ella se apoyan varias imágenes –posibles desguaces de retablos antiguos y de ermitas ya desaparecidas–, que tienen un valor artístico considerable. Así, por ejemplo, las tallas de santa Águeda y de san Sebastián son del siglo XVI; la de san Juan Evangelista es del siglo XVIII y preside la sacristía, pero anteriormente ocupaba, como titular de la parroquia, el lugar del retablo mayor donde ahora está la Virgen de Nieva; unas imágenes pequeñas de san Babil, san Ramón Nonato y san Antón, que gozan en Peralta de una arraigada devoción popular; y por último un Crucificado romanista del siglo XVI.

Entre las obras de orfebrería sobresale un arcón de plata repujada por todos sus frentes, de muy buena labor barroca. La cadena de la llave es de esmalte blanco y azul de sumo interés, anterior al arcón, pues data del siglo XVI. Parece cierto que perteneció a un toisón de oro ⁵⁰. Con la remodelación del presbiterio, este arcón hizo por un tiempo de sagrario habitual, pero hoy se utiliza solamente, como antaño, de tabernáculo en el tradicional monumento del Jueves Santo.

También se conservan en el tesoro parroquial: una pequeña arqueta de principios del siglo XVII con cubierta semicilíndrica rematada en cruz, que se usaba para conservar los santos óleos; un ostensorio de plata y bronce dorado de traza purista, con base circular y un sol con doble viril de rayos, sustentado por un pie con cabujones de esmaltes azules; un incensario de bronce del siglo XV y otro del XVIII; varios cálices sencillos y una campanilla con escenas en relieve; un relicario de plata de san Juan Evangelista, tipo ostensorio, del siglo XVIII; el valioso brazo de san Blas y unas tapas de misal en plata dorada con esmaltes sobre terciopelo, mandadas hacer en la primera mitad del siglo XX por el párroco don Tomás Biurrun.

Diseminados por diferentes estancias parroquiales destacan: tres cornucopias doradas con espejos, dos credencias y un par de rinconeras de buena talla, un cuadro de excelente pintura sobre las ánimas –con marco barroco que antiguamente estaba colocado en la iglesia junto a la puerta de la sacristía–, un espejo estilo Luis XV con marco dorado, una

sobrecama oriental bordada en seda y oro, varios sillones de cuero con tapizado de época, un banco con patas en forma de zarpas de águila del siglo XVII, un gótico crucifijo majestad metálico del siglo XIV, un lienzo considerable del sepelio de san Sebastián firmado por Martín de Orcoyen en 1622, una pintura de Cristo con la Samaritana de pequeñas dimensiones sobre tabla del siglo XVII y, finalmente, un monumental reloj de pie del siglo XVIII, cuya caja tiene hermosos florones pintados y dorados.

De entre los ricos ornamentos litúrgicos sobresalen dos hermosas colecciones completas de ternos: una bordada en el siglo XVII, aunque montada en el XX, que reproduce escenas de la vida de san Juan Evangelista, y otra del XVIII, bordada en oro, plata y seda de colores, de estilo Rococó, con representaciones de la vida del Señor, de san Blas y san Juan. Se sabe que, a principios del siglo XVII, el bordador Miguel de Sarasa, vecino de Pamplona, estaba haciendo para la iglesia peraltesa dos ternos, uno de brocado y otro de tela de plata, y algunos otros ornamentos, que en total costaron 3.000 ducados ⁵¹. Don Tomás Biurrun, encariñado con el arte de la diócesis en general y con el de su parroquia en particular, describe pormenorizadamente los valiosos ornamentos con los que él se revestía en las grandes solemnidades. Sobre el primero dice: *es un terno de imaginería hecho para la iglesia, cuyo titular es san Juan Evangelista. Todo él representa escenas de la vida del glorioso Santo, y sus piezas constituyen ejemplos de lo más interesante en bordados de esta naturaleza*. Hay también un terno rojo de la misma época que el anterior, que se llama de Jesús y María porque estos nombres se repiten en las dalmáticas y en los paños del atril. Los recuadros y bocamangas de las dalmáticas y de las demás piezas del terno son bordados de oro y sedas multicolores sobre terciopelo. No llevan imágenes, sino una excelente combinación de arabescos. Existe otro terno verde del siglo XVI, también con brocados de inspiración arabesca; se compró a la parroquia de Milagro por 300 pesetas. Finalmente, del siglo XVIII es un magnífico terno compuesto de casulla, dalmáticas, paños de atril, cinco capas y palio, que se mandó confeccionar en Barcelona en los talleres de bordado de José Velat y José Estruch, poco después de 1770. Es similar al de Milagro, ya que sirvió de modelo para encargar el de esta villa a los mismos artífices el 14 de febrero de 1777; también este lo adquiriría más tarde la iglesia de Peralta. Las capas tienen ángeles con emblemas de la eucaristía, de san Juan y san Blas, ejecutados con la misma maestría y armoniosa combinación ⁵².

Junto a los ornamentos destacan las hermosas gualdrapas que portan los acólitos en las grandes solemnidades. Llevan el escudo de la villa ricamente bordado en la espaldera con oro y sedas de colores. Hay que resaltar también los vestidos y mantos de la Virgen de Nieva, entre ellos dos de raso blanco, bordados en oro, uno con el Arca de la alianza en el centro de la falda entre roleos, y el otro, más moderno, con flores de oro y la leyenda mariana de *Rosa mística*.

6. Reformas en la iglesia parroquial

El día 14 de enero de 1949 un arquitecto inspeccionaba el templo parroquial ⁵³. Creyó de urgente necesidad el arreglo de dos grandes tijeras del tejado y conveniente la restauración de la parte de la bóveda sobre el coro, donde se apreciaban considerables grietas. Este técnico opinó que con una sencilla obra de atirantamiento, pero costosa por las grandes dimensiones del templo, quedaría este perfectamente consolidado. Previa licencia del obispo, solicitada por el entonces párroco don Carmelo Velasco Moreno, se

ejecutó la parte más urgente. Durante las obras se advirtió que dos aquilones estaban completamente deteriorados por efecto de las lluvias, y hubo que reponerlos. Se gestionó también la adquisición de dos puentes de 9,30 metros de largo, que por sus dimensiones fueron subidos al desván de la iglesia e introducidos en él por la penúltima ventana recayente a la plaza de la Verdura. Nada más levantar el tejado, pese a ser un año de excepcional sequía, empezaron los chubascos, que afortunadamente no tuvieron mayores consecuencias ⁵⁴ y se pudo acabar la obra con total normalidad.

El mes de febrero de 1956 hizo un frío excepcional. Los feligreses se mentalizaron sobre la conveniencia de instalar calefacción en la iglesia, y a este fin se abrió una suscripción. A comienzos de septiembre y por iniciativa del párroco, a la sazón don Santiago Pérez Goyeneche, se distribuyó una circular en la que se detallaban las cantidades que para la instalación de la calefacción pudieran aportar las familias ⁵⁵. El presupuesto ascendía a 253.000 pesetas; incluía el ahondamiento en el suelo de la sacristía para instalar en él los hornos. Se hicieron desde el púlpito algunas precisiones y se movilizó a las fuerzas vivas de la parroquia para la colecta. Se recaudaron 115.000 pesetas. La aportación de muchas familias pobres fue generosa, mientras que otras más acomodadas no estuvieron a la altura que les correspondía. Con todo, después de estudiar varios sistemas de calefacción, comenzaron las obras el 15 de noviembre ⁵⁶. Se colocó un horno de antracita garantizado por once años. El 23 de diciembre se encendió por vez primera, y en los actos de culto de las navidades el templo estuvo caliente y acogedor ⁵⁷.

El coro de la iglesia había cedido muchos años antes, obligando a poner desde el suelo de la iglesia un armazón de madera maciza que ayudara, mediante apuntalamiento, a que no cediera más. Aparte de lo antiestético que resultaba tal soporte, no podía mantenerse de por vida. Por otra parte, las paredes de la iglesia presentaban en la mitad del coro una grieta que iba de lado a lado, siendo muy llamativa en la parte cercana al tejado. A pesar de que en varias ocasiones se trató de aliviar el peso de la bóveda repartiéndolo a los lados mediante llantas metálicas, seguía persistiendo el peligro. Faltaba un ojo perspicaz y una obra de envergadura para solucionar definitivamente el problema. Ambas cosas llegaron en la persona de Ricardo Goizueta, arquitecto y constructor, natural de Peralta, pero con residencia en Madrid y Villafranca. Cuando venía a la iglesia de su pueblo natal, sentía avivarse su preocupación por la grieta y por el coro. Por eso trajo de Madrid al ingeniero señor Monzón, que vio como mejor solución para la grieta reforzar los cimientos con enormes inyecciones de cemento a través del suelo de la plaza, de la calle y de la propia iglesia, que resultaron muy costosas.

En cuanto al coro, el arreglo más viable consistía en demoler su parte central manteniendo las tribunas laterales, poner unas vigas de lado a lado y sobre ellas un emparrillado metálico y una plancha de cemento armado, todo lo cual formaría una unidad que ayudaría a las paredes a mantenerse sin ceder más, como así fue. En la semana del 15 al 22 de noviembre comenzaron las obras. Se colocó una especie de tabique de cañizos para aislarlas del resto del templo y poder seguir celebrando el culto. Se aprovechó la ocasión para colocar un triple graderío en el suelo del coro, y sobre él la sillería que hasta entonces estaba diseminada por doquier. De esta forma se divisaba mejor el altar mayor desde los escaños. Toda la obra, incluida la carpintería, la pintura y la electricidad, la costeó don Ricardo Goizueta ⁵⁸ como obsequio a la parroquia donde había sido bautizado. En el mes de febrero se habían ya quitado los andamios, a falta de ultimar pequeños detalles ⁵⁹. Un pequeño cuadro colocado en el coro recuerda a este ilustre benefactor ⁶⁰.

El 19 de mayo de 1970 dieron comienzo en la iglesia y en la sacristía otras reformas menores pero necesarias, que ya habían sido planificadas tiempo atrás. Se constituyó previamente una junta de feligreses que visitó templos ya reformados según las directrices posconciliares, analizó materiales y solicitó presupuestos. Se levantó la tarima de pino del presbiterio y se suprimió la zona de autoridades junto al comulgatorio. Se colocó parqué y zócalo alto hasta el arranque del retablo, ambos de madera de roble. Con las columnillas doradas que estaban junto a las dos predelas con simbología eucarística, se preparó una nueva mesa de altar, de cara al pueblo ⁶¹. Se reformó levemente el camarín de la Virgen de Nieva y se colocó un ambón. Como soporte del sagrario se aprovecharon algunas columnas de metal dorado que hasta ese momento separaban el presbiterio del extinto comulgatorio. Fueron suprimidas las mesas de altar de los retablos laterales, poniendo en su lugar frontispicios de madera de nogal. Así se dio mayor realce litúrgico al altar mayor. La iluminación natural del templo ganó al abrirse completamente los arcos de sus tres ventanales, que hasta entonces estaban semiabiertos, y al renovar las cristalerías. La instalación eléctrica⁶² y la megafonía⁶³ se renovaron completamente, aumentando el número de micrófonos y altavoces.

En la sacristía también se realizaron obras considerables, que todavía estaban pendientes de cuando se instaló la calefacción. Se saneó la humedad y el salitre acumulado, que ya habían afectado a la artística cajonería, la cual fue habilitada para su mejor uso y manejo y se pintó la estancia en su totalidad ⁶⁴.

En el exterior de la iglesia se arreglaron y revocaron las partes más estropeadas, desde la casa parroquial a la pared que hacía las veces de frontón ⁶⁵.

Once años después, el 26 de septiembre de 1981, se cerró al culto la parroquia, trasladándose este a la basílica de san Miguel, para proceder a la reparación de la techumbre que amenazaba con desprendimientos de trozos de yeso ⁶⁶. Se aprovechó este cierre para limpiar y pintar las paredes y lijar la tarima del suelo, de excelente calidad ⁶⁷. La parroquia volvió a abrirse al culto el 26 de enero de 1982.

En 1998, siendo ya párroco el dinámico don Javier Leoz Ventura, se percató de las graves grietas que aparecían en la fachada principal y en las laterales, e incluso en el interior del templo. Los técnicos urgieron repararlas mediante la moderna técnica de insertar verticalmente en el suelo columnas de cemento de hasta dieciséis metros, evitando así la progresión de las grietas. El presupuesto ascendía a cuarenta millones de pesetas, y para sufragarlo se acudió a la institución Príncipe de Viana, al obispado y al ayuntamiento, así como a todas las familias del pueblo que quisieran contribuir ⁶⁸.

Tres años después, en 2001, don Javier propuso a la feligresía, recogiendo el sentir popular, rematar el proyecto arquitectónico original de 1826, que consistía en levantar dos torres gemelas, una a cada lado del frontispicio de la fachada. Y adelantándose a las posibles preguntas que le podrían formular los peraltés sobre el particular, él mismo las satisfacía en un panfleto informativo, del que extraigo los siguientes datos: [...] *Cuando se realizó la obra de cimentación, en previsión de ello se inyectaron un total de 16 columnas debajo del lugar donde hoy van a ser construidas las torres. Además, y es bueno recordarlo, se descargó de “entre las columnas” de la fachada principal más de 160 toneladas de ladrillo macizo. Considerando que las torres apenas pesan cada una 6 toneladas [...], su peso es insignificante habiendo tan buena cimentación. El presupuesto global de ambas torres asciende a 156.626 euros (veintiséis millones de pesetas). Cada*

una de las torres, incluidas las campanas, cuesta pues 78.313 euros. En cada torre irán colocadas dos campanas. Dos de ellas estarán orientadas hacia la fachada principal, una hacia la Plaza de la Verdura y otra hacia la Plaza de los Curas. Según el proyecto originario cada una de las torres alcanza 21 metros aproximadamente, desde su base hasta la veleta. La primera campana estará dedicada a San Francisco Javier, la segunda a San Blas, la tercera a la Virgen de Nieva y la cuarta al Santo Cristo de la Cruz a Cuestas. La de San Francisco Javier ha sido costeada por una familia de Peralta residente en Pamplona. Cada campana cuesta, aproximadamente, 6.024 euros. La estructura de las torres va a ser metálica. El cuerpo de las torres irá con ladrillo y revestimiento de piedra de Pitillas. El tejado será de pizarra. Además en su parte superior irá instalado un para-rayos. Se hará la construcción en dos fases: 1º elevarán los dos cuerpos de cada torre con una potente grúa; 2º a continuación se procederá al revestimiento de la fachada y la colocación de la pizarra; para ello, en la Plaza de los Curas se montarán previamente las estructuras metálicas para subirlas ya ensambladas. Los andamios se pondrán en las esquinas que dan a las dos plazas.

Aprovechaba el párroco para lanzar una campaña de colecta con la que sufragar el gasto de estas torres herrerianas, apelando a la generosidad de todos los peralteses, tanto de los presentes como de los ausentes de la villa, estableciendo diversos cauces de colaboración económica: donativos en mano, colectas extraordinarias y transferencias a las cinco entidades bancarias del pueblo. Fueron inauguradas las torres en la fecha prevista, festividad de Corpus Christi, en junio de 2002 ⁶⁹.

NOTAS:

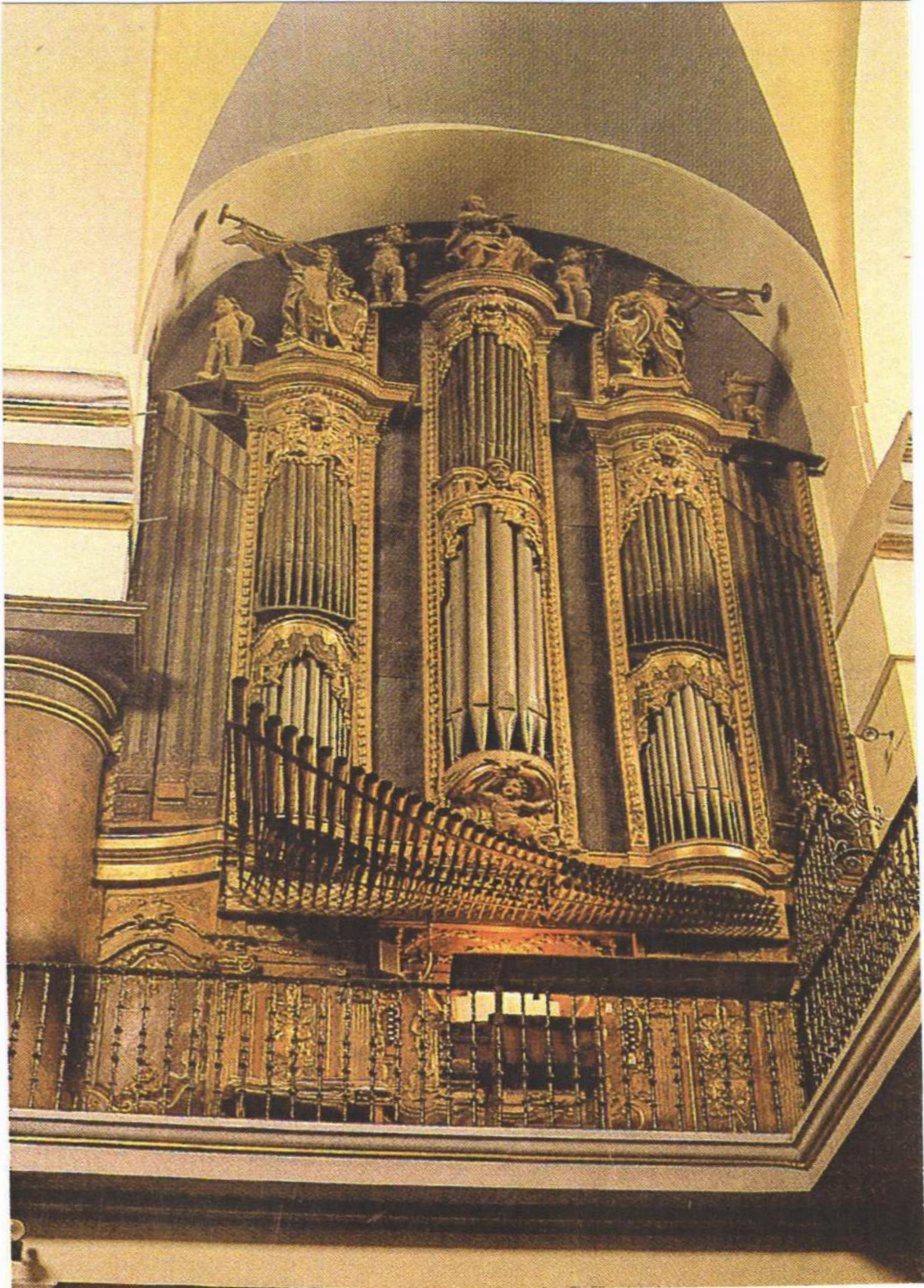
1. Lacarra, J. M. *Estudios de historia de Navarra: La cristianización del País Vasco*, págs. 11-36. El autor opina que la cristianización en Navarra seguiría los mismos pasos que la romanización, la cual fue menos intensa que en otras regiones de España, pues se daba una separación tajante entre la vida de la ciudad y algunas villas de ricos hacendados frente a los campesinos; estos seguirían con sus viejas tradiciones y ritos. La comunidad cristiana más próxima a Peralta era la de Calahorra. En el siglo V tiene lugar la invasión germánica; con ella se paralizaría la cristianización, si es que ya se había iniciado. En el año 589 un obispo de Pamplona asiste al III concilio de Toledo. Testimonios de la época de los godos y los francos hablan de la ferocidad y barbarie de las gentes de Vitoria y Olite y de su resistencia a aceptar el cristianismo.
2. El sacerdote peraltés Rafael Barrios depositó en el archivo parroquial unas breves notas mecanográficas intituladas *Datos de la Historia de la Parroquia de Peralta*. En ellas reseña varios acontecimientos interesantes, pero sin aducir las fuentes históricas de donde están tomados, excepto los de la creación del cabildo parroquial por García V el de Nájera, que afirma lo traen las crónicas del historiador Sandoval, benedictino español (1553-1620).
3. Archivo parroquial de Peralta. Notas citadas de Barrios, R.
4. *Ibid.*
5. *Ibid.*
6. Archivo diocesano de Pamplona, c. 19, núm. 3. Según declaraciones de los testigos de un pleito habido en 1551 sobre el patronato de la villa.
7. ADP, c. 33, núm. 1.
8. *Ibid.*, c. 76, núm. 21.
9. *Ibid.*, c. 19, núm. 3.
10. ADP, Barrios, R.
11. *Enciclopedia Universal Espasa*, t. XLIII, Peralta, pág. 513.
12. Los más inmediatos, y de factura parecida, son los de Azagra, Funes, Villafranca, San Adrián y Andosilla.
13. ADP. Doña Lorenza Martínez de Peralta, viuda de don Joaquín de Marichalar, poseedora del mayorazgo de Martínez de Peralta, solicita la aprobación de una escritura de fundación que ha

- otorgado. Por ella se unifican tres capellanías fundadas por sus antecesores en la capilla de santa Catalina de la iglesia parroquial de Peralta, pidiendo que se conviertan en beneficio eclesiástico... *Escritura de fundación (1721) e información*, 44 folios, Ollo, c. 1.666, núm. 19.
14. ADP, *Testamento de don Juan Bautista de Irurzun*. En la cláusula segunda ordena que su cuerpo sea enterrado en la sepultura que tenía cerca del altar de Nuestra Sra. del Rosario, que él había costeado a sus expensas, a donde con las debidas licencias, había trasladado los huesos de sus difuntos padres.
 15. *Ibid.*, c. 37, núm. 2.
 16. *Ibid.*, c. 214, núm. 10.
 17. *Ibid.*, *Proceso de Funes contra Peralta de 1623*. La sentencia fue favorable a Peralta.
 18. *Ibid.*
 19. En 1690, Pedro de la Rosa y su mujer Josepha de Lizalde, vecinos de Peralta, establecen pleito contra María de Santofuego, viuda de Joseph Viguña, sobre la posesión de dos sepulturas sitas debajo del coro de la iglesia parroquial. La sentencia adjudica la posesión a María de Santofuego. Testigos, 47 fols., Ollo, c. 964, núm. 2.
 20. ADP, c. 447, núm. 18.
 21. *Ibid.*, c. 247, núm. 5.
 22. *Ibid.*, c. 121, núm. 5 y núm. 28.
 23. *Ibid.*, *Libro 2º de cuentas de la Obra Pía fundada por Don Juan Bautista de Irurzun*, fol. 105.
 24. *Enciclopedia Universal Espasa*, t. XLIII, pág. 513.
 25. Irurzun, J. B., *ibid.*, fol. 105.
 26. *Ibid.*
 27. Una placa de cerámica que estaba en el exterior de la iglesia en la pared recayente a la plaza de los Fueros o de los Curas, conservada hoy en la sacristía, reza así: *Se comenzó esta iglesia en 1827 y se finalizó en 1833*.
 28. *Catálogo Monumental de Navarra, III. Merindad de Olite*, Pamplona, 1985, págs. 381 y 382.
 29. *Ibid.*, págs. 382 y 383.
 30. ADP, *Testamento de Juan Bautista de Irurzun*, cláusula 2ª.
 31. *Catálogo Monumental...*, págs. 386 y 387.
 32. *Ibid.*, pág. 383.
 33. *Ibid.*, págs. 384-386. - Biurrún, T., *Boletín Oficial Obispado de Pamplona*, pág. 310.
 34. Archivo parroquial de Peralta. *Relación de los acontecimientos más interesantes de esta parroquia de San Juan Evangelista de la Villa de Peralta a partir de 1946*, libro manuscrito, 1970, fol. 36v.
 35. *Ibid.*, fols. 25 y 25v.
 36. *Ibid.*, fol. 25v.
 37. *Ibid.*, fol. 39. El presupuesto ascendió a 180.000 pesetas, que se cubrió con la aportación voluntaria de los fieles.
 38. ADP, 20 fols., Sojo. c. 437, núm. 2. El alcalde, regidores y primicieros de Peralta apelan a unos mandatos del visitador Obregón, que les mandaba comprar numerosos ornamentos y objetos para el culto, y poner puertas y cerraduras en las ermitas de la villa. Dicen que tienen muchas deudas, entre ellas al bordador Miguel de Sarasa, y que están haciendo un reloj en Tarazona.
 39. *Catálogo Monumental...*, pág. 380.
 40. BOOP, 1929, pág. 310.
 41. Otazu Ripa, J. L. *Heráldica Municipal. Merindad de Olite*, núm. 236. 380.
 42. *Catálogo Monumental...*, pág. 387.
 43. Sagaseta Ariztegui, A. *Órganos de Navarra*, Pamplona, 1985, págs. 327 y 328.
 44. Efectuado por Enrique Morentin, que entre otros cambios efectuó los del chapado del teclado, fuelles, docena-quincena, etc.
 45. Un conocido organero presentó presupuesto de 25.000 pta; estuvo dos día y medio y cobró 47.000 pesetas.
 46. Sagaseta, A., *ibid.*, pág. 327.
 47. ADP, *Libro de Actas de Visita*, firmado por M. Miranda; va de 1544 a 1616, fol. 34.
 48. ADP, Huarte, c. 450, núm. 26.
 49. AGN, *Protocolos Notariales*, Mendavia, Juan García, 1673, carpeta 1.674-77, núm. 37. citado por Sagaseta en *ibid.*, pág. 328.
 50. BOOP, 1929, pág. 313.
 51. ADP, Sojo, c. 437, núm. 2.
 52. BOOP, 1929, págs. 311 y 312.
 53. El señor Garrans de Pamplona.

54. ADP, *Relación...*, fol. 8.
55. *Ibid.*, fols. 20v, 21 y 21v. Firmados por el párroco Santiago Pérez.
56. Se adjudicó la contrata de instalación a la empresa especializada de Gregorio Martínez, mientras que los trabajos de albañilería los realizó el peraltés Roque Osés.
57. ADP, *Relación...*, fol. 21v. Costó la instalación 210.000 pesetas, y como la recaudación llegó a poco más de la mitad, se dejó la reforma programada de la sacristía para otra ocasión, haciendo solamente lo más necesario para colocar el horno. Con las reparaciones de ventanas, falsa y tejado, para que no se fuera el calor, el gasto ascendió a 235.000 pesetas, con un déficit, por tanto, de 75.000 pta.
58. Por medio de la empresa GOISA, S. A., que presidía el mismo Goizueta.
59. ADP, *Relación...*, fols. 22 y 22v. Ascendió a más de 250.000 pta.
60. Y a su esposa doña Petra Saso.
61. ADP, *Relación...*, fols. 36v y 37. Se tuvo el asesoramiento del arquitecto Tomás Arrarás y la supervisión del delegado diocesano para obras Eduardo Pastor. La albañilería corrió a cargo de Julio Suescun, la carpintería, de Julio Arpón y otros carpinteros del pueblo; los dorados del nuevo altar los realizó don Félix Arteta de Pamplona.
62. *Ibid.* La hicieron Valentín Urra y Daniel Pérez, de acuerdo con la casa Ignacio Soria de Pamplona.
63. *Ibid.* Los altavoces los instaló la casa Frías de Pamplona.
64. *Ibid.*, por Jesús Navarro Zabal, que también realizó los retoques necesarios en la iglesia.
65. *Ibid.* El montante total de la reforma, que gustó mucho a los fieles, ascendió a 1.200.000 pesetas, al que hizo frente la parroquia con lo que venía reservando desde hacía años para este menester a base de donativos y colectas, y haciendo esperar un poco en el cobro a los que más fácilmente podían esperar.
66. *Ibid.*, fol. 41. El encargado de la albañilería fue Juan Cortés, con un presupuesto de 691.041 pta, siendo párroco Rafael Erro.
67. *Ibid.*, fols. 41 y 41v. Los pintores fueron los peraltés Jesús Navarro y Jesús Pérez, con cuatro operarios más. El presupuesto ascendió a 3.000.200 pta. La caja de Compensación Diocesana aportó para las obras 800.000 pta; el resto lo entregaron los feligreses en donativos. Como en otras ocasiones, se enviaron 1.200 cartas a las familias con este fin
68. Datos tomados del prospecto firmado por el párroco bajo el título *Para que no se caiga...*, Peralta, 2001.
69. Díptico publicado por el párroco Javier Leoz Ventura: *¡Dos torres para nuestra parroquia! ¡Sueño hecho realidad!*, Peralta, diciembre de 2001.



2. Interior de la parroquia de san Juan Evangelista



3. Órgano barroco de Peralta

CAPITULO III: IMÁGENES DE LA PARROQUIA

1. Nuestra Señora del Pero

Peralta no ha cuidado demasiado la iconografía mariana. Mientras en otras poblaciones vecinas se pueden admirar imágenes románicas de los siglos XII y XIII, junto a tallas góticas de las centurias XIV, XV y XVI, esta villa solo conserva el recuerdo de Nuestra Señora del Pero, o más exactamente "Santa María de la basílica que llaman del Pero", al decir del documento más antiguo que poseemos. Por otras fuentes de principios del XVIII sabemos que contó con ermita propia junto al puente, en la orilla izquierda del Arga, al lado del río Molinar. La imagen que se conserva en las dependencias parroquiales es justamente de esta época, una talla barroca del siglo XVIII, pero con toda seguridad hubo otras imágenes anteriores que se han perdido, quién sabe si arrastradas por alguna de las frecuentes riadas del Arga.

Muchas leyendas populares sobre la Virgen María giran en torno a apariciones acaecidas a lo largo de la Edad Media, protagonizadas por humildes pastores o por poderosos magnates. La vieja leyenda de la Virgen del Pero, avalada por la tradición popular, dice que estando el rey de Pamplona Iñigo Arista hacia el año 843 sitiando la *Petralta* musulmana, fortificada junto a su castillo al borde del escarpe del río, ante la imposibilidad de asaltarla y ocuparla, se apartó a la orilla izquierda del Arga para pasar allí la noche y levantar el campamento en retirada a la mañana siguiente. Y sucedió entonces que se le apareció la Virgen María en sueños comunicándole que no desmayase en su empeño de conquistar la fortaleza, porque en breves días se rendiría por la falta de alimentos de los sitiados. Al amanecer del día siguiente, en señal de la veracidad del mensaje recibido, apareció una imagen de la Virgen sobre un pero o peral que bajaba flotando por el río.

Los moros, efectivamente, sin medios para subsistir ante el reanudado asedio, abandonaron la plaza fortificada yendo a refugiarse a tierras de La Rioja, todavía en su poder. Iñigo Arista mandó entonces construir un templo a Nuestra Señora en la orilla del Arga donde había recibido el mensaje de la Virgen. Durante siglos permaneció esta ermita bajo la advocación de Virgen del Pero. De ella no queda ya sino el lugar. Las cuatro piedras que sobrevivieron fueron empleadas, como veremos más adelante, para la cimentación de la nueva ermita de San Pedro en Arlas. Hace algunos años el ayuntamiento mandó remover los cimientos y quedó al descubierto, entre los ríos Molinar y Arga, el perímetro de la ermita.

La devoción de los peraltenses a la Virgen del Pero hizo que la tuviesen como abogada o patrona. Así lo testifican los documentos conservados a partir del siglo XIV. Hay por tanto cinco siglos sin documentación alguna que avale esta arraigada tradición popular y su pujante cofradía, hoy extinguida. Según consta en un documento del archivo diocesano, en 1606 el papa Clemente IX otorgaba un jubileo para la "basílica" de Nuestra Señora del Pero, por el que podían ganar indulgencias todos los cofrades inscritos en su cofradía, llamada Mayor, si confesaban y comulgaban ese día y las cinco festividades principales de la Virgen. A este respecto se redactaron nuevas constituciones para revitalizar la devoción a la Virgen del Pero, según las cuales el día anterior al jubileo se celebraban vísperas solemnes, y el día de la fiesta, misa cantada con sermón y procesión según el itinerario acostumbrado; en esta, el alcalde de la cofradía, el mayordomo y catorce cofrades, portaban sendas luminarias. Los propios cofrades nos lo cuentan:

Se reúnen los cofrades de la Cofradía Mayor y su alcalde don Juan de Peralta, y les expone que por los libros antiguos consta que la basílica de Nuestra Señora del Pero fue agregada a la Cofradía Mayor, la cual durante doscientos años ha cuidado y mantenido la basílica, así en altares como ornamentos. Que antiquísimamente se llamó la Cofradía de Nuestra Señora Santa María, que es la misma que Nuestra Señora del Pero, y les propone que se separe de nuevo de la Cofradía Mayor, pero que a ella pertenezcan todos los cofrades de la misma. Propone una celebración solemnísima del jubileo con procesión de la iglesia a la basílica, misa de diácono y subdiácono, sermón, capas, hachas e incienso. Fue aprobado. Al día siguiente se reunían los cabildos eclesiástico y secular, y propusieron que por antigua tradición, conservada en los ánimos de todos los vecinos de la villa de padres a hijos, la Virgen Nuestra Señora se dignó de manifestar la voluntad que tenía de librar esta dicha villa del cautiverio de los moros, pues por los años del Señor de 840 (sic), estando el rey de Navarra don Iñigo Arista sobre dicha villa con su ejército para rescatarla de la opresión musulmana, y desconfiando de poderlo conseguir por la fortaleza grande que en torres tenía esta villa, habiendo determinado el rey levantar el sitio, aquella misma noche se le apareció en sueños la Virgen Santísima y le hizo saber el estado de los sitiados, que se le rendirían en pocos días, y en señal de eso se le aparecería por el río Arga una imagen suya sobre un peral o pero, que descendía sobre las aguas de dicho río. Así ocurrió todo en efecto, y nuestro rey se apoderó de la Villa, y entonces se propone que se funde una cofradía y que se hagan constituciones de la misma ¹.

En 1606 aparece una querrela de Sancho Mateo de Azedo, vecino de Peralta y testamentario del difundo Martín de Goñi, presentada contra los beneficiados de la parroquia. Por ella quería cambiar una disposición del finado según la cual había que entregar doscientos ducados a los beneficiados que asistieran a la misa de los sábados en la ermita de Nuestra Señora del Pero. Como según el testamento esta limosna había de ser para los que cantasen y oficiasen la misa, se urgió el cumplimiento literal de lo dispuesto ².

Poco después, en 1609, tuvo lugar un pleito que merece también reseñarse. *Se trata de una actuación del fiscal contra Martín Bretón, alcalde de Peralta, el cual junto con sus ministros sacó de la basílica de Nuestra Señora del Pero, donde se habían recogido gozando de la inmunidad eclesiástica, a Damián Rota y Juan de Orduña. Una testigo, María de Arellano, dice que puede hacer un mes de tiempo que en la iglesia de Nuestra Señora del Pero, que está pegante al puente de la Villa, se retiraron en ella unos mozos llamados Damián Rota y Juan de Orduña, a causa de una riña que les oyó decir tuvieron con unos labradores y al cabo de cuatro o cinco días llegaron a la dicha iglesia con mucho ruido y alboroto, el alcalde, el alguacil y el alcaide de la cárcel, los cuales sabe esta testigo que entraron, los unos por la puerta principal y los otros de la parte de la casa donde esta testigo vive, que está pegante a dicha iglesia, a donde hay entrada, y vio que el alcalde y sus compañeros asieron con mucha cólera de los dichos retirados diciendo fuesen presos por el Rey. Y los sacaron de la iglesia, y en particular vio que el alguacil les daba empujones. Y los llevaron presos, asidos y asegurados a la cárcel de la villa, a donde esta testigo sabe que el alcalde les mandó echar una cadena de hierro a entrambos con candado cerrado, y que más tarde los envió a las cárceles reales de la ciudad de Pamplona. El alcalde alega que los susodichos dieron a traición un gran golpe en la cabeza con una azada a un hombre forastero de la villa, y los envió a la Corte mayor del Reino, y aunque han estado presos están en libertad, habiéndose concertado con susodicho herido. La pena fue de tres libras de cera ³.*

Una carta del padre provincial de los capuchinos enviada al padre guardián del convento de Peralta por los años de su fundación, hacia 1627, señala que *si acaso sucediese ser el año estéril por falta de agua, los dichos religiosos hayan de acompañar a la Madre de Dios del Pero el día que la llevan a la iglesia mayor y el día que la vuelven* ⁴. De donde se deduce que también en Peralta existía la costumbre piadosa de llevar procesionalmente la imagen de la Virgen del Pero a la iglesia parroquial y devolverla a su ermita, como sucede en otros pueblos de la zona.

En 1715 Juana María de Esparza, viuda de Juan Bautista de Sierra, instituyó en la basílica del Pero una capellanía, y llamó por primer capellán a su sobrino Marcos de Aldea ⁵. A su muerte le sucedió fray Joseph de Aldea, religioso del convento de Nuestra Señora de la Merced de Pamplona ⁶.

Los hermanos Blas y Francisco de Cárcar renunciaron en 1760 al derecho que podían tener a la inmunidad eclesiástica por haber sido sacados de la basílica del Pero, donde se habían refugiado, a causa de cierta música que dieron en Marcilla. Como la sentencia no admitía el desistimiento, y por haberse producido en el ínterin un indulto del rey, volvieron a solicitar que les fuese admitida su renuncia a la inmunidad, porque de lo contrario no podían beneficiarse del indulto al estar pendiente el juicio sobre dicha inmunidad. Se les aceptó su renuncia y quedaron indultados sin necesidad de esperar el fallo sobre el derecho de inmunidad ⁷.

Resulta difícil entender que subsistiese la ermita del Pero durante tantos siglos frente a constantes vaivenes políticos y en un punto tan estratégico como la línea de frontera. Pero lo que había perdurado con los moros, paradójicamente se abandonó con los cristianos. Hace casi doscientos años que se derrumbó la ermita por desidia y, por qué no decirlo, por las rencillas y enemistades entre los propios devotos de la Virgen. Por lo visto las dos cofradías de Nuestra Señora rivalizaron en absurdas competencias. Supongo, no obstante, que las riadas anuales durante siglos también habrán tenido mucho que ver con la ruina material de la basílica. El caso es que en 1836, durante la primera guerra carlista, ya no era recinto sagrado.

La imagen de la Virgen del Pero y otras imágenes que habría en la ermita, así como los enseres litúrgicos, pasaron a la parroquia y allí permanecieron hasta que en 1844 fueron llevados a la iglesia de san Miguel, en la que todavía se conserva un rico retablo del siglo XVIII procedente de la ermita. Presenta este ricos follajes, angelillos desnudos y columnas salomónicas enmarcando un óvalo donde se hallaba la Virgen hasta hace pocos años, antes de ser depositada en la parroquia ⁸.

El 27 de julio de 1885 un acta extraordinaria del ayuntamiento testifica que la ermita ya no existía; más aún, que su solar iba a ser dedicado a otros menesteres civiles. Se toma la determinación de quitar el matadero del lugar en que estaba instalado por no reunir condiciones higiénicas y constituir un foco de infección, y utilizar para su nueva ubicación *la caseta provisional que existía en el punto que fue iglesia de la Virgen del Pero, extramuros de la población*. Es verdad que la coyuntura higiénico-sanitaria era muy apurada y urgente en aquel año del cólera, y no había recursos ni tiempo para realizar una nueva construcción ⁹.

Desconozco sin embargo las causas concretas del abandono de la devoción a esta Virgen autóctona. Es incluso posible que la villa intentara instituir –con los intereses

parroquiales, naturalmente– un patronazgo conjunto de la Virgen del Pero con la Virgen de Nieva. Desde mi punto de vista, y como acto de justicia hacia tantos siglos de historia, queda como asignatura pendiente de los peralteses el restablecimiento de tan secular devoción.

2. La Virgen del Carmen y sus cofrades

El fervor popular a la Virgen del Carmen tiene en Peralta una larga tradición. La desaparecida parroquia de la plaza de san Juan ya ostentaba esta imagen en el magnífico retablo dieciochesco que adorna ahora una pared lateral de la parroquia actual. La fundación canónica de una cofradía con constituciones propias para esta advocación data de 1721. Por esas fechas se extremaban las medidas a la hora de admitir a nuevos cofrades. Un peraltés de 1757 tuvo que promover un pleito para que le admitiesen en esta cofradía. Dice así el extracto del documento: *Pedro Soret, maestro de obra prima, natural y vecino de Peralta, contra el Prior y Mayordomo de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, fundada en la parroquia de la villa, los cuales se niegan a admitir al demandante por cofrade de la hermandad. Los cargohabientes de la cofradía alegan que ninguno de los ascendientes de Soret había pertenecido a ella y tampoco habían sido cofrades los de su oficio. Soret presenta por su parte una larga lista de los primeros cofrades y, aunque parece que dicha cofradía había sido promovida por los tejedores, pertenecieron a ella personas de todos los estados y oficios.* La sentencia, naturalmente, fue favorable a Soret ¹⁰.

Recuerdo que en los años cincuenta del siglo pasado frecuentaban la novena de la Virgen –del 8 al 16 de julio– numerosos cofrades de ambos sexos, luciendo sobre el pecho y la espalda el tradicional escapulario marrón. Con las últimas luces del día, terminadas ya las faenas del campo en un mes agrícolamente muy atareado, cantábamos desde el coro las letrillas de unos gozos que todavía perduran en mis oídos. Sus estrofas son un exponente inequívoco de la literatura barroca del siglo XVIII: *Pues sois de nuestro consuelo / el medio más poderoso, / sed nuestro amparo amoroso, / Madre de Dios del Carmelo. / Desde que en la nubecilla, / que sin mancha os figuró, / de Virgen Madre adoró / Elías la maravilla, / a vuestro culto capilla / erigió en primer modelo. / Tan primeros para vos / los hijos de Elías fueron, / que por timbre merecieron / ser de la Madre de Dios; / es título que por vos / les dio su heredero anhelo.*

A partir de la renovación litúrgica del concilio Vaticano II, todas las novenas marianas se concentraron en una sola, la de la Virgen de Nieva. Pero la fiesta de la Virgen del Carmen continúa celebrándose con asistencia masiva de cofrades y devotos, y en la que tiene lugar misa con sermón, procesión e imposición del escapulario a los nuevos cofrades. Como residuo de su antigua y centenaria organización, la cofradía mantiene aún la costumbre de designar, por riguroso turno de antigüedad en la cofradía, alcalde o cofrade mayor de la Virgen. Muchos peralteses, a pesar de formar parte de ella desde niños, murieron de viejos sin ver satisfecho su deseo de llegar a ser alcalde de turno por ser muy numerosos los cofrades.

Hace algunos años, a mi tío Carmelo Velasco Moreno, coadjutor y párroco de Peralta en los años cuarenta y principios de los cincuenta, le tocó ya en plena vejez ser alcalde de la cofradía por encabezar aquel año la lista como el más veterano. Me consta que le

ilusionó solemnizar la efeméride jubilosa celebrando la misa, predicando el sermón y presidiendo la procesión entre sus paisanos, cofrades, parientes y amigos. El nombre de Carmelo, que no tenía tradición en mi familia, se lo impusieron mis abuelos Juan e Isidra por haber nacido el 13 de julio en pleno novenario. Inmediatamente después de ser bautizado, fue inscrito en la cofradía, como sucedía con tantos niños peralteses. Sus padres, fervientes cristianos, que llegaron a tener once hijos, fueron cofrades muy devotos. Cuando yo me instalé en Peralta, mi abuela se encargó de que me impusieran el escapulario del Carmen en el mes de julio siguiente, el de 1946. Yo la acompañaba a la novena, y observaba con qué unción se colgaba el gran escapulario marrón de los cofrades, después de besarlo reverentemente.

3. La Virgen del Rosario y las auroras

Otra devoción mariana muy arraigada entre los peralteses es la de la Virgen del Rosario. La imagen que preside su monumental retablo rococó es una talla sedente del siglo XVI, aunque restaurada en el XX, con un valor artístico superior a todas las demás de la parroquia. Con ocasión del Año Mariano de 1946 se restableció en octubre su antigua cofradía, erigida en 1747 ¹¹. En los años cincuenta del siglo XX el rosario de la aurora se cantaba durante el mes de octubre a diario y de madrugada por las calles de la villa. Las estrofas entonadas entre misterio y misterio, resultaban tan ingenuas como deliciosas. Una de ellas decía así: *El demonio a la oreja / te está diciendo: / no vayas al rosario, / sigue durmiendo. / Viva María, / viva el rosario, / viva santo Domingo / que lo ha fundado*. Antigüamente el rosario también se rezaba durante todo el año antes de la misa primera de las seis de la mañana.

Santo Domingo de Guzmán, fundador de la orden de los dominicos, aparece pintado en el lienzo del ático del retablo de la Virgen del Rosario. Los cofrades cantaban todos los años enfervorizados cánticos como este: *Los dieces del rosario / son escaleras / para subir al cielo / las almas buenas*. El rosario de la aurora estaba dirigido por un rosariero, oficio que ha desaparecido de los usos parroquiales. Yo traté en mi niñez a cuatro personas que desempeñaron con gran maestría esta piadosa misión. El primero, Zabal hijo —el padre también había ejercido este cargo—; los Molina, padre e hijo, personas muy cristianas; y Valeriano. De Sebastián Zabal hijo cuenta lo siguiente María Valencia: *Zabal fue un rosariero muy original. Antes del rosario recorría todo el pueblo con la campanica (que pesa lo suyo) despertando a todo el vecindario. Algunas veces solía cantar, sobre todo en la novena de la Inmaculada: “Despertad del sueño, / hijas de María, / que llega Zabal / con la campanilla”*. En invierno, cuando hacía mucho frío, si había alguna taberna abierta entraba a echarse un lamparillazo. Después de rezado el rosario y la letanía, él agregaba estas otras peticiones: *Un padrenuestro y un avemaría por todos los cortos de vista. Luego daba unos campanillazos, tin-tan, tin-tan, y decía: Otro padrenuestro y otra avemaría “pa” que no aumente la tunantería. Tin-tan, tin-tan otro padrenuestro y otra avemaría por todos los cortos de talla. En aquellos tiempos la gente era muy bajica y muchos se libraban de hacer el servicio militar, y eso les producía cierto complejo, por eso hacía esa petición tan original. Cuando había epidemias por los campos, él rezaba por todo: por el mildiu de las viñas, la pulguilla de la remolacha, el gusano en los frutales, etc. Nuestro famoso rosariero seguía pidiendo por todo: si llovía mucho, pedía por la sequía, y si no llovía pedía la lluvia. Para*

finalizar decía: “Ahura” un padrenuestro y un avemaría por el primero que fallemos de la compañía. Y entrábamos en la iglesia rezando la Salve a la Virgen de Nieva.

El mes de octubre, como está dedicado al Santo Rosario, aumentaba mucho el número de fieles, sobre todo de los devotos. Se decía que una mañana la mujer de Caramboto se marchó a la iglesia para salir con el rosario y se llevó la llave de la habitación en donde dejó encerrado a su marido. Este Caramboto era muy devoto del rosario y al oír el toque de la campana llamando a los fieles, al darse cuenta de que estaba encerrado, abrió la ventana, y del segundo piso se tiró a la calle mientras rezaba el avemaría. La gente lo tomó como un milagro porque no se hizo absolutamente nada. León Villafranca lo explicaba así: “Caramboto por ir al rosario / al verse encerrado la ventana abrió, / y rezando un avemaría, / sin mirar la altura, de allí se tiró. / Y sin hacerse el más leve daño, / de rodillas al suelo cayó. / Caramboto se marchó al rosario / que en aquel momento justico, empezó”¹².

El siete de octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, chicos y jóvenes nos alternábamos llevando las borlas de los estandartes y los faroles con cristales multicolores, cuando salíamos al anochecer a cantar el rosario por las calles principales. Muchos de nosotros más que cantar chillábamos, y nuestro coadjutor y amigo, don Andrés Troyas, nos dejaba gritar, mientras murmuraba que nuestros gritos infantiles no molestaban al cielo. Con gran alegría me he enterado de que el actual párroco, don Javier Leoz, ha restablecido esta vieja tradición del rosario vespertino del 7 de octubre, en el que vuelven a participar cientos de feligreses y cofrades de la Virgen del Rosario, cuya imagen ha recuperado su antigua carroza. Dos grandes faroles antiguos restaurados junto con otros más pequeños y una gran cruz procesional constituyen el complemento perfecto de la nueva comitiva del Rosario de cristal.

4. Otras advocaciones marianas

Adosado a uno de los pilares centrales de la iglesia parroquial, hubo un altar dedicado a la Madre del Amor Hermoso. Desaparecido este, su imagen se guarda hoy en la sacristía. En la madrugada del domingo de Resurrección esta imagen se convertía en la Virgen del Encuentro, y se sacaba en andas desde la iglesia del convento, velado su rostro con crespón negro, hasta la plaza Principal, donde se encontraba con su Hijo Sacramentado, que venía desde la parroquia en la custodia bajo palio, acompañado de los hacheros. Después de tres inclinaciones de las andas, los portadores de la Virgen le levantaban el velo y se acercaban hasta el palio para que viera a su Hijo; así se producía el encuentro de la Madre, hasta entonces en soledad, con el Resucitado. A continuación las dos comitivas unificadas penetraban en la parroquia completamente iluminada, mientras don Vicente Martínez hacía sonar al órgano el Aleluya de Haendel. Los arpegios sobrevolaban los espacios de las naves y las bóvedas, impregnados de incienso pascual.

El Corazón de María es una efigie de escaso valor que, al igual que la del Corazón de Jesús, desentonaron artísticamente durante varios años en unas repisas postizas del retablo mayor. En 1947 se implantó en la parroquia la devoción de los cinco primeros sábados de mes¹³, que duró bastantes años. Entre los bronces del Campanar resuenan los sonos de una campana de trescientos quilos que lleva por nombre *Corazón de María*.

Otra imagen de la Virgen con devoción arraigada sobre todo entre las jóvenes es la de la Inmaculada Concepción. Tallada en el siglo XX, resulta bella y devota, con un aire que parece inspirarse en los lienzos de Murillo. Primeramente estuvo colocada sobre peana en una de las dos grandes columnas del centro del templo, pero desde hace unos años preside anacrónicamente el retablo de la Virgen del Carmen. Las hijas de María, con medalla colgada al cuello mediante una cinta azul, celebraban con la Iglesia universal la solemnidad de la Inmaculada el 8 de diciembre. Ese día la procesión era muy larga con la presencia de casi todas las mozas del pueblo. Las chicas ingresaban en la hermandad hacia los catorce años, y permanecían en ella hasta que se casaban. Con el devoto ejercicio de *Las Flores* en el mes de mayo y la *Sabatina* de todos los sábados, se creaba en la parroquia un aire festivo con gran aceptación de los fieles.

La Virgen Dolorosa acogía la oración de los feligreses desde la vitrina encristalada de un retablo compartido con el Cristo de la cruz a cuestas y el Cristo yacente, situado a los pies de la iglesia antes de que abrieran en su lugar la puerta lateral que da a la plaza de los Curas. Esta Virgen goza de una honda querencia tanto en hombres como en mujeres. La talla del rostro y las manos es de excelente factura barroca. Procesa el Viernes Santo. Esta imagen, al igual que la de la Virgen de Nieva, la del Carmen y la del Amor Hermoso pertenece al grupo de las llamadas imágenes vestidas, en las que el artista se esmeraba solamente en el labrado de la cara y las manos, habida cuenta que el resto del cuerpo, generalmente hueco, quedaba cubierto por el ropaje que caracterizaba a cada una.

La Virgen Milagrosa preside desde la iglesia de san Miguel la vida consagrada a la infancia, al anciano, al enfermo y al menesteroso. Es una estatua sin mérito artístico destacado, llena de colorido y de rayos dorados que salen de sus manos. Los monaguillos de la parroquia acudíamos el día de su fiesta para enaltecer las ceremonias con nuestra presencia. Las Hijas de la Caridad nos obsequiaban con dulces y unos céntimos de propina. En el pueblo está extendida la devoción a la Medalla milagrosa, que recoge en relieve la efigie de esta Virgen. Pequeñas capillas portátiles con esta imagen hacen todavía hoy la visita domiciliaria mensual, permaneciendo un día completo en el hogar de cada familia devota.

La capilla del desaparecido Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados era, en los años cincuenta del siglo XX, entrañable y acogedora, y tenía como titular a la Virgen de los Desamparados. Aquella imagen, de bella factura policromada, tras casi cuarenta años en el asilo, fue a presidir una nueva fundación en la América hispana.

5. La Virgen de Nieva contra rayos, centellas y truenos

Una imagen de la Virgen de Nieva del siglo XVIII preside el retablo mayor de la iglesia parroquial. Es de rasgos menudos y graciosos. Con la mano izquierda acoge al Niño, mientras con la derecha sostiene un cetro de reina. Madre e Hijo visten de blanco y oro, pero en concordancia con los tiempos litúrgicos se cubren también con los colores que mandan las rúbricas. La Virgen, con los párpados semicerrados, derrama una mirada de cercana acogida. Su rostro refleja cierta tristeza, mientras Jesús acaricia a su Madre con una mano y sostiene con la otra un diminuto globo terráqueo. Una aureola metálica orla la cabeza de la Virgen y una nube subyace a sus pies como escabel.

Aunque parezca mentira, los datos sobre el origen de esta advocación en Peralta y su designación como patrona no están documentados o, por lo menos, yo no los conozco. Parece incuestionable que se trata de la Virgen del pueblo segoviano de Santa María la Real de Nieva. La devoción a esta Virgen, que se había extendido ampliamente por pueblos de Castilla, llegó a Navarra gracias a los dominicos, que en 1730 crearon una cofradía en su honor en la iglesia de santo Domingo de Pamplona. Pronto se extendió la devoción entre los labradores de Juslarrocha, Ezcaba, Burlada y las Mutilvas, que solicitaban la protección de la Virgen sobre los perniciosos efectos de las tormentas. En 1733 estos cofrades trajeron desde Nieva una imagen de la Soterraña. *Salieron a recibirla* –dice una relación de la época– *muchos miembros del Supremo Real Consejo, sacerdotes, devotos caballeros, con numerosa multitud de pueblo [...]. Es muy parecida a su original, la Soterraña de Nieva, en su color, perfecciones y hermosura.*

En Navarra también se encuentra la imagen de la Soterraña o de Nieva en varias localidades. El mismo año de 1733 fue llevada a Viana. En Valtierra su devoción data desde 1742, en Puente la Reina desde 1748, en Los Arcos desde 1765, y a Estella llegó la imagen en 1767. En Biurrun, el autor de la cara y las manos de la Virgen fue el artista pamplonés José Vélaz en 1770, lo mismo que en Muruzábal. A Falces llegó la Virgen traída en andas por unos devotos desde Nieva, en 1774. Los pueblos del valle de Valdizarbe, donde mayormente se halla extendida esta devoción son: Ucar, Adiós, Obanos, Tirapu, Añorbe, Enériz, Uterga y Legarda. Otros lugares como Induráin, Artazcoz, Irure, Subiza, Milagro y Sansol la veneran también desde hace siglos.

Como la mayoría de estos pueblos pertenecen a La Ribera y a La Solana, comarcas eminentemente agrícolas y cerealistas, se puede suponer que la llegada de la imagen de la Virgen esté relacionada con su fama de protectora de las cosechas contra las inclemencias del tiempo. En El Busto le cantan: *Virgen santísima de Nieva, / danos agua con serenidad, / que los campos están secos / y los niños piden pan.* Las personas de Dicastillo la titulan: *Hechicera del amor, / que has robado de tus hijos / todo entero el corazón.* En Sesma, villa de la que también es patrona, le cantan: *Virgencita chiquita y bonita, / te cantamos con amor sincero, / en tu fiesta hoy te felicita / quien se precia de ser buen sesmero.*

Todas las imágenes de la Virgen Soterraña, antes de ser llevadas a los pueblos que la reclamaban, eran pasadas por la imagen original y traídas en procesión desde Nieva. Otras veces los devotos se contentaban con pasarla por la imagen que llegó primero a Navarra, la del convento de dominicos de Pamplona o, por lo menos, enviar la cabecita y las manos de las nuevas imágenes para tocarlas con las de Nieva y Pamplona.

A la iglesia iruñesa de los dominicos acuden a venerar a la Soterraña los devotos peraltenses residentes en Pamplona, sobre todo el primer domingo de septiembre que se celebra su patronazgo en Peralta.

Pamplona, además de esta efigie de la iglesia de santo Domingo, tiene en la catedral dos representaciones más: un cuadro con marco barroco del siglo XVIII, que adorna el antiguo dormitorio de los canónigos, y otro con marco del siglo XIX, que cuelga actualmente en un lateral de la capilla de santa Catalina mártir¹⁴; hasta la restauración de la catedral este cuadro estuvo en la capilla de san Juan Bautista, que se halla enfrente.

Según piadosa tradición, la Virgen se apareció por dos veces al pastor Pedro Amador, natural de Pozal de Gallinas, próximo a Medina del Campo. Siendo aún muy joven, entregó su casa y hacienda al municipio para que se fundara allí un hospital de menesterosos, pues él se iba a servir a doña María Crespo, en el pueblo de Nieva. En 1392, estando Pedro pastoreando las ovejas, vio aparecer la deslumbrante figura de una señora, que le dijo: marcha a Segovia y dí al obispo que venga a sacar una imagen mía que se encuentra enterrada entre estas peñas, y que levante aquí un altar para dar culto a Dios. El pastor, creyendo que tal misiva no competía a su humilde condición, declinó la embajada, pero la Señora insistió. Entonces Pedro fue a comunicar el mensaje al prelado, quien le pidió al pastor que solicitara de la Señora, si volviera a aparecer, alguna señal en confirmación de todo aquello. Pedro cumplió el encargo, y la Virgen, tomando una pequeña piedra de pizarra en forma de cruz, de las muchas que allí abundaban, le dijo que la tomara en la mano y volviera con ella al obispo, ya que sólo él podría quitársela. Ante tal prodigio, *el prelado, acompañado de su Clerecía y de los Nobles y la demás gente del pueblo, tomaron el camino del pizarral de Nieva con mucha alegría y gozo. La imagen apareció después de cuidadosas excavaciones entre el júbilo y entusiasmo de la gente.*

Esto sucedió en el año 1392. Posiblemente la imagen habría sido escondida bajo tierra y piedras para resguardarla durante la dominación árabe. De ahí el nombre de Virgen Soterrada o Soterraña con el que también se la conoce. *La imagen original es muy pequeñita de cuerpo [...]. Está en una silla sentada, aunque la forma del vestido oculta tal postura. Tiene en el brazo izquierdo un precioso Niño, a quien con suave lazo abraza con el derecho.*

Sobre el lugar se levantó una pequeña ermita, que gracias a la reina castellana Leonor de Lancaster, se convirtió en 1441 en una gran basílica de tres naves y dos claustros, todo según el estilo gótico imperante, además de un convento regentado por dominicos. Con motivo de estas apariciones, el pueblo se transformó en la villa de Santa María la Real de Nieva. En medio de la iglesia, una reja recuerda el pozo donde fue encontrada la imagen. Un majestuoso retablo de principios del XVII ocupa la capilla mayor, cuyo centro lo preside la Soterraña. La festividad de la Virgen de Nieva se celebra el 8 de septiembre, precedida en la víspera por la tradicional fiesta de los cirios. Son muchos los que acuden a encomendarse a esta Virgen con la esperanza de ser curados. Y no pocos encuentran la salud del cuerpo y, sobre todo, la del alma ¹⁵.

En una capilla lateral del lado de la Epístola de la iglesia de Nieva enterraron en 1441 a la reina de Navarra doña Blanca, hija de Carlos III el Noble, esposa de Juan II de Aragón y madre del príncipe de Viana. Murió en esta villa cuando iba de paso hacia el monasterio de Guadalupe. Su cuerpo permaneció allí hasta que, años después, su hija doña Leonor lo trasladó al convento de san Francisco en la ciudad navarra de Tafalla.

Ante el desconocimiento por mi parte de datos que certifiquen el año de la venida de la Virgen de Nieva a Peralta, me interesé por conocer cómo había llegado la imagen a dos localidades navarras que también la veneran. Así me contestó cumplidamente el párroco de una de ellas ¹⁶: *Acontecimiento digno de consignarse en los anales de la historia de Puente la Reina, acaecido en el siglo XVIII, es la venida de la Virgen de Nieva, comúnmente llamada SOTERRAÑA, que fue elegida como protectora de la Villa. Dicen que esta Imagen se trajo desde Segovia, portata a hombros de devotos puentesinos. A Puente la Reina llegó el 29 de junio de 1748 según nos lo cuenta la crónica: “Los curas*

y beneficiados acordaron que la Imagen de la Virgen quedase la primera noche, o sea del 29 al 30, en la iglesia del convento de monjas de Sancti Spiritus, como así se hizo. En la iglesia susodicha fue recibida solemnemente por los cuatro capellanes de la Comunidad, los cuales entonaron el Ave Maris Stela, y fue colocada la Imagen en el coro. La Comunidad con mayor júbilo y regocijo veló durante toda la noche a su Señora y Madre y, al día siguiente, 30 de julio, después de celebrar una Misa en la iglesia del convento y cantar de despedida la Salve, se organizó la gran procesión hasta la iglesia de Santiago. Asistió todo el pueblo y el cabildo con las cofradías portando los estandartes. Una gran mayoría de los vecinos llevaba velas encendidas, resultando de esta forma la procesión muy solemne. La Virgen fue recibida bajo palio, y así fue trasladada hasta Santiago, donde se celebró la Misa en la que predicó el Rvdo. P. José Sicilia, de la Orden de Santo Domingo. Desde entonces esta Virgen de Nieva quedó elegida por protectora de este pueblo para las tribulaciones y trabajos que los años pasados se han experimentado de tempestades de piedra”¹⁷.

Cuesta poco trabajo imaginar una recepción parecida a la Virgen Soterraña de Nieva en Peralta, a su llegada a la iglesia del convento de los capuchinos, y de allí subirla procesionalmente a la antigua parroquia en la plaza de san Juan.

Para completar la ambientación sobre su llegada transcribo también la vieja crónica que me enviaron desde Valtierra narrando los avatares de la colocación de la imagen de la Virgen en la iglesia de esta villa: *Día 22 de febrero de 1772. Se concluyeron de dorar los retablos de San Salvador y del Espíritu Santo, colaterales del mayor, que el año anterior los hizo Juan Angós, escultor natural y vecino de Fitero, y los doró Diego Díaz, natural y vecino de Cascante. En el último cuerpo del retablo del Salvador se colocó la talla de su ascensión a los cielos, y donde estaba retratado en pintura el viejo, se hizo un nicho para colocar a la Madre de Dios de Soterraña de Nieva, trasladándola del de San Javier; nicho con sus cristales que se le hizo cuando se trajo su sagrada Imagen a resultas de un rayo y centella que cayeron en dicha iglesia el 17 de junio de 1742, de que resultó muerto Josef Camón, hermano de mí, el infrascrito Vicario, quedando yo también herido y de sus resultas cojo. Pero advirtiéndose en el año 1779, por los muchos nublados y piedra que cayeron y arrasaron a todos los frutos el 28 de junio, que por estar elevada la imagen no podía sacarse a la puerta de la iglesia con la prontitud que la devoción lo pedía, se volvió a su nicho antiguo en el retablo de San Javier*¹⁸. La cofradía de la Virgen de Nieva en Valtierra cuenta con 600 cofrades.

6. Coplas a la Patrona

La reforma litúrgica del concilio Vaticano II ha llevado a concentrar en una sola las numerosas novenas que en honor a las diferentes advocaciones de la Virgen se venían celebrando a lo largo del año. Y esta novena es ahora la de la patrona, la Virgen de Nieva, protectora y abogada contra el mal tiempo. La celebración de su fiesta el primer domingo de septiembre sigue revistiendo la solemnidad de antaño¹⁹, si bien a cualquier hora los peraltenses acostumbran decir: *¿Qué tienes Virgen de Nieva, / qué tienes, Madre querida, / que cuando voy a rezarte, / al verte me das la vida*. Quien haya escuchado una sola vez las preces cantadas de su novenario no podrá olvidar fácilmente el ritmo de la música. La letra, por el contrario, resulta gongorista, reiterativa y hasta algo estafalaria:

*Madre que a los hijos de Eva
miráis con ojos serenos,
impedid Virgen de Nieva
rayos, centellas y truenos.*

*Pues emperatriz tan buena
sois Señora en tierra y cielo,
prestad a nuestro desvelo
acierto en esta novena.*

*Y pues sois blanca azucena,
iris de paz cuando menos,
a Vos, celestial aurora,
hoy nuestro clamor se eleva.*

*Mostrad pues Virgen de Nieva
que sois nuestra protectora,
atended al que os implora
aunque malo entre lo buenos ²⁰.*

El canto de las siguientes estrofas, cuya expresividad no es tan barroca como las anteriores, se va alternando durante los días de la novena:

*Pues la Deidad os eleva
a una dignidad tan alta,
proteged Virgen de Nieva
a esta villa de Peralta.*

*Eres cual sol escondido
y como la luna bella,
refulgente como estrella
como luz esclarecida.*

*Dulzura, esperanza y vida
de la Iglesia universal,
en su corazón os lleva
todo honrado peraltés.*

*Y a diario doquiera esté
tierna súplica os eleva,
sin que a ofenderos se atreva
con la más mínima falta ²¹.*

A lo largo del año la canción popular resuena por los rincones del pueblo y por los ribazos de los campos, en alabanzas a la patrona. Canciones cantadas con aires de jota que se oyen lo mismo en días de fiesta que en jornada laboral:

*Ribera del río Arga,
campos de labor y fe,
dame nuevas de mi madre,*

la madre que siempre amé.

*Es nuestra Virgen de Nieva
dulce faro de la mar,
es el amor de mi alma
desde que yo supe hablar.*

*Que ya en mi niñez
mi cuna me dio,
por eso desde niño
siempre la quise yo.*

*Nunca en la vida
me lo has de pedir,
serás siempre mi guía,
mi pensar y mi sentir.*

*Para ti la flor más bella
de los campos de mi pueblo,
pues eres nuestra Reina,
Virgen bendita de Nieva²².*

La jota, que es la oración del peraltés cuando va dedicada a su patrona, aún a devoción y bravura. Así la sentía una auténtica peraltesa antes de su muerte cuando publicaba en el programa de las fiestas de 1980:

*La Virgen María de Nieva
millares de altares tiene,
pues no hay un pecho peraltés
que en su fondo no la lleve.*

*Todo buen peraltés
a la Virgen de Nieva ama,
la lleva en el corazón
y muy adentro del alma.*

*Es nuestra Virgen de Nieva
del mundo la más querida,
pues todo peraltés la quiere
mucho más que a su propia vida.*

*A Ti, Virgen de Nieva,
yo te pido con fervor,
que en Peralta siempre reine
paz, alegría y amor²³.*

El primer domingo de septiembre de 2008, se oyó de madrugada la aurora siguiente:

*Viva, viva, la hermosa María,
cuyo nombre celebramos hoy*

*en el dulce María de Nieva,
que sale a las calles
con pompa y honor.
Animémonos, animémonos
a sacar su sagrado estandarte
y darle el obsequio
más lindo de amor.*

Durante la procesión, se cantan espontáneamente muchas otras jotas como estas:

*Hoy es el día más grande,
ponme el pañuelo y la faja,
quiero cantar a la Virgen
cuando en procesión la sacan ²⁴.*

*Vuela mi paloma blanca,
vuela alto sobre nubes,
lleva esta jota a la Virgen,
tú que al cielo veloz subes ²⁵.*

*Como broche final
te digo Virgen de Nieva
que eres lo más saleroso
que existe en la Ribera.*

*Yo te digo Virgencica
que al estar aquí el verano,
me des fuerza suficiente
para pasar bien el año.*

*Adiós mi querida Madre,
no olvides que yo te quiero,
líbrame de todo mal
y espérame en el cielo ²⁶.*

NOTAS:

1. Archivo Diocesano de Pamplona. Se recoge el texto de las Constituciones de la cofradía y el poder de los cabildos para la nueva fundación, 19 folios, Ollo, c. 888, núm. 2.
2. *Ibid.* La carpeta tiene 28 fols., Garro, c. 204, núm. 6.
3. *Ibid.*, carpeta de 21 fols. Alegato de los testigos, Soto, c. 431, núm. 29.
4. AGN, Archivo Secreto del Real Consejo, libro II, tit. 8, fajo V, núm. 34. Papeles sobre las diferencias entre la villa de Peralta y la custodia de padres capuchinos de esta provincia... Escritura de la fundación del convento, fols. 7-12. Condición núm. 6 de la carta del provincial.
5. ADP, testamento de la fundadora de 1708 y escrituras de fundación de 1715, 38 fols., Echalecu, c. 1.417, núm. 14.
6. *Ibid.*, Almandoz, c. 1.583, núm. 4.
7. *Ibid.*, 8 fols., Almandoz, c.1.982, núm. 21.
8. *Catálogo Monumental de Navarra*, III, Merindad de Olite, Pamplona, 1985, pág. 392.
9. Archivo municipal de Peralta, *Libro de Actas extraordinarias*, 1895.
10. ADP, se recoge la fundación y constituciones de 1721 de esta cofradía y el rol de cofrades de 1728, 89 fols., Ollo, c. 1.660, núm. 2.
11. Archivo parroquial de Peralta, *Relación de los acontecimientos más interesantes de la parroquia de San Juan Evangelista de Peralta, a partir de 1946*, fols. 5v y 15v. La empezó a escribir don Carmelo Velasco Moreno, siendo ecónomo.
12. Valencia Irigaray, María. *Peralta visto con humor*, págs. 155 y 156.
13. Archivo parroquial de Peralta, *Relación*, fol. 5v.
14. Según testimonio oral de Jesús María Omeñaca Sanz, director del Museo Diocesano de Pamplona.
15. Pérez Barahona, D. *Breve Historia del Santuario de la Virgen de la Soterraña de Santa María la Real de Nieva*, 1970, págs. 1-12. Existe otro libro titulado *Historia milagrosa de la Imagen de Nuestra Señora de la Soterraña de Nieva y Novena para implorar su auxilio*, que parece fue escrito por Francisco Picart en Pamplona en 1733. El dominico Miguel Ángel Fuertes, del convento de santo Domingo de Pamplona, ha preparado su reedición. No se dice nada sobre la traída de esta imagen a Peralta, pero sí al convento citado de Pamplona en 1734, donde tiene altar propio. A él acuden a venerar la imagen de la Virgen de Nieva los peraltenses residentes en Pamplona durante las fechas patronales de septiembre.
16. Carta de José Ignacio Omeñaca Sanz del 7 de mayo de 1987.
17. Archivo parroquial de Santiago y San Pedro de Puente la Reina.
18. Archivo parroquial de Valtierra, libro 6º de bautizados, fol. 37.
19. El texto original de la antigua novena, tal como se reza en Peralta, está recogido en un folleto de 43 páginas, que envió en 1969 el párroco-arcipreste de Santa María la real de Nieva a *sus hermanos y compañeros sacerdotes de la parroquia de Peralta en su advocación de Nuestra Señora de Nieva, abogada contra rayos y centellas*. Trae además unos gozos de la Virgen de Nieva.
20. E. M. Peñalver.
21. Fermín Irigaray.
22. J. A. Ciordia.
23. Mercedes de Verda Ruiz.
24. Octavio Castillo Irigalba.
25. Letra de M. Silvestre y música de O. Castillo.
26. María Valencia Irigaray.

CAPÍTULO IV: MORAL Y RELIGIOSIDAD

1. Moral popular

La cultura influye en la conducta de los ciudadanos. No es que rebaje sus pasiones y pulsiones interiores, pero sí modera sus manifestaciones. Hasta con algo de cinismo se puede afirmar que enseña a enmascarar las actuaciones de los individuos. Junto a la cultura, ejercen también un papel moderador las autoridades políticas y religiosas, que, en el caso de Peralta, se repartieron por igual el poder y la influencia social durante muchos siglos. Resulta difícil precisar cuándo predominaba lo político sobre lo eclesiástico, y viceversa. Si se tiene en cuenta, sin embargo, que por lo regular los religiosos solían ser más cultos que los laicos, es fácil adivinar la preeminencia de aquellos sobre estos a la hora de orientar la vida ciudadana. Además, el miedo a las penas del Purgatorio y del Infierno ejercía de freno en las conductas y deseos de la gente, que, por otra parte, había sido adoctrinada para poner en práctica el dicho popular de *haz lo que debes y no lo que vieres*, muy oportuno en Peralta a la vista de la vida que llevaban algunos clérigos de su cabildo.

¿Qué manifestaciones populares fueron las más represaliadas? Sin duda la blasfemia y, como decía el catecismo del padre Astete que se aprendía en la catequesis, "las palabras injuriosas contra Dios y sus santos". En Peralta y en otros muchos lugares de Navarra a las blasfemias se las ha llamado siempre "juramentos", pero sin confundir el sentido propio de este vocablo. En la mayoría de los casos –como también hoy sucede– no llegaban a ser blasfemias propiamente dichas porque les faltaba la intencionalidad. Era aquella una costumbre ancestral inadecuada, que afloraba en momentos exaltados y con la que no se pretendía ofender a Dios, por lo que se reducía a una expresión de enfado y, a veces, ni a eso.

Me cuentan que en las primeras décadas del siglo XX, los hermanos Gregorio y Juan Velasco Campo –éste último mi abuelo materno–, infundían tal respeto a sus convecinos que, cuando alguien "juraba" en su presencia sin percatarse de que uno de ellos se hallaba en el lugar, inmediatamente de ser apercebido por alguno de los presentes, se dirigía al Velasco que allí se encontraba y le decía pesaroso: *Perdona, que no mi dau cuenta que estabas*.

Hasta para arrear a las caballerías se acudía al empleo de los juramentos. Pero si el carretero de Teresa de Jesús, en presencia de la santa tuvo que acudir a tales locuciones para que las bestias de tiro les sacasen de atolladeros en sus correrías fundacionales, ¿qué no dirían nuestros labriegos con el mal ejemplo que recibían de algunos eclesiásticos, amigos también de expresiones malsonantes e irreverentes?

En contrapartida hubo en el pueblo grupos sociales que consideraban los juramentos ofensivos a la religión y a la moral, y tomaron medidas para erradicarlos. Así sucedió con la junta directiva del Círculo Católico de obreros que pensó establecer una escuela nocturna de clase diaria en invierno *con objeto de que puedan acudir a ella todos los jóvenes y adquirir la instrucción y moralidad que son la base de toda sociedad bien ordenada*. Mucho hicieron también en este sentido las ordenanzas municipales, la vigilancia de los alguaciles, las denuncias de algunos vecinos y la imposición de multas importantes –de 25 a 500 pesetas–. Pero una costumbre tan arraigada no era fácil de erradicar. Con este fin, en 1914 se creó en el pueblo la Liga del Bien Hablar, que celebró

un mitin con oradores venidos de fuera, haciéndose eco de la ley gubernativa provincial sobre la lucha contra la pornografía, que englobaba también la blasfemia.

Las palabras malsonantes también entraban en la misma política de desarraigo, aunque no llegaron a alcanzar la categoría de falta punible. Eran exabruptos o interjecciones gruesas que salpimentaban el habla coloquial, si bien llevaban con frecuencia una fuerte carga de animadversión hacia algún convecino. En el empleo de tacos, las mujeres peraltesas no se quedaban atrás. Esto cuenta graciosamente María Valencia en su libro sobre Peralta: *Dos mujeres de esas que no suelen faltar en ningún pueblo, estaban riñendo en la Placeta del Pocho. Empezaron tontamente y terminaron echándose a la cara las mil y una barbaridades. Tanto se enzarzaron en palabras que por fin le dice una a la otra:*

—*Anda, cojones, que eres una puta.*

—*¿Qué querías, ser tu sola u qué?*

Las peleas callejeras traían de cabeza a los agentes del orden. El calabozo local, ubicado en los bajos del ayuntamiento, acogía frecuentemente a los pendencieros hasta que el juez de paz decidía sobre ellos. En domingos y días festivos solían darse mayor número de riñas, muchas de ellas tras una buena ingesta de vino. Para facilitar la labor de vigilancia, las ordenanzas municipales mandaban que los paseos de los vecinos se hicieran en la plaza Principal y en la calle de Irurzun, y que el horario de los casinos, tabernas y bailes se restringiese una hora en invierno, por ser entonces más frecuentados. Era habitual el incumplimiento de estas ordenanzas y el ayuntamiento tenía que hacer constantes advertencias para que los locales de ocio se ajustaran a la normativa de cierre, ya que muchos locales permanecían abiertos durante toda la noche.

2. Los oficios de Semana Santa

En los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil, la exaltación de lo religioso acompañaba a muchas de las manifestaciones populares. Hasta cuatro sacerdotes —el párroco y tres coadjutores— orientaban la vida cristiana y las costumbres de los peralteses, mayoritariamente agricultores. Con la Cuaresma y la imposición de la ceniza —*memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris (acuérdate hombre de que eres polvo y en polvo te convertirás)*—, empezaba una larga temporada de más de 40 días de actos penitenciales. El baile se cerraba hasta la Pascua y los cines Azkoyen y Novedades programaban sólo películas *blancas* y *azules*, según la clasificación moral de entonces. La adquisición de la bula de la Cruzada, adquirida por una peseta, permitía comer carne durante este tiempo, limitándose la abstinencia al miércoles de Ceniza y a los viernes. Precisamente este día venía el fraile cuaresmero, habitualmente un agustino del convento de Marcilla, para el sermón de la tarde y para ayudar en las confesiones. Estos religiosos resultaban liberales y magnánimos. Muchos de ellos habían pasado años como misioneros en América y Filipinas y daban la sensación de estar de vuelta de las trivialidades que preocupaban al común de la gente. Del padre Rafael, superior del citado convento, me impresionaba su altura y su corpulencia, además de la unción con que se entregaba al ministerio sagrado. Su confesonario tenía numerosa clientela; lo frecuentaban sobre todo los *añeros*, que se acercaban al sacramento de la confesión una vez al año para "cumplir con parroquia", como se decía.

Los martes y los viernes de Cuaresma se oía al atardecer el *talán tan talán* de la campanilla manual que invitaba a los sermones y a los ritos penitenciales, con la que los monaguillos recorríamos el pueblo llegando hasta las Casas Baratas, de reciente aparición. Los viernes se rezaba el vía crucis siguiendo las catorce estaciones de la parroquia. En las tres caídas de Jesús, cuando el sacerdote y los fieles se inclinaban hasta besar el suelo, los acólitos izábamos rápidamente los ciriales y quemábamos sin que nos vieran las caras en relieve de los sayones representados en esas estaciones. Si no los han repintado, aún se podrá apreciar la negrura de los rostros producto de nuestra venganza contra los verdugos de Nuestro Señor. La nave de la iglesia atronaba con este canto penitencial: *Perdón, oh Dios mío, / perdón e indulgencia, / perdón y clemencia, / perdón y piedad. / No estés eternamente enojado, / (bis) / perdónanos, Señor [...]*. Las siguientes coplas reflejan el ambiente cuaresmal de aquellos años:

*Antes en todos los pueblos
se notaba la Cuaresma
en que cerraban el baile,
el cine y las tabernas.*

*Todos los martes y viernes
a las cruces y al sermón,
y no se oía una jota
ni por recomendación.*

*Ahora no se nota nada,
la vida sigue lo mismo,
se canta, baila y se bebe
pues todo ha desaparecido.*

*¡Qué cambios en todas las cosas!
hasta el clero ha cambiado,
antes siempre con sotana,
y ahora viste de paisano.*

*Llevaban sombrero de teja
y en el pelo coronilla,
manteo con tanta tela
“pa” envolver a una familia ¹.*

En el oficio de Tinieblas del lunes, martes y miércoles santos se organizaba una gozosa algarabía infantil con las *carrancas* y matracas de madera. Los *muetes* esperábamos en la plaza de los Curas durante el lento desarrollo de la salmodia. Al aviso de que el candelabro apagaba su penúltima candela –significando la muerte del Señor en la cruz–, entrábamos en tromba para participar en una singular tronada, que duraba uno o dos minutos, en recuerdo del terremoto que hubo en Jerusalén en el instante en que murió Cristo. Entonces los muchachos más crecidos que aguardaban "devotamente" este momento junto a las mujeres descuidadas que ocupaban los espacios aledaños a los púlpitos, clavaban al suelo entarimado sus largas sayas aprovechando el estruendo. Yo no he oído juramentos más gordos que los que soltaban aquellas buenas mujeres al intentar levantarse, dejando en el suelo jirones de sus sayas, mientras los muchachos se ponían a salvo sin que los vieran.

El Jueves Santo los oficios se celebraban por la mañana con asistencia de las autoridades locales. El monumento se montaba con aparatosa tramoya en el altar del Rosario: una gran escalinata de madera pintada imitando aguas marmóreas, largas alfombras, esbeltos ángeles de escayola –dos de color azul con faroles encendidos y dos rosados en postura de adoración–, innumerables calas, palmas del domingo de Ramos y velas, muchas velas, todo un bosque de cirios encendidos sobre la gran escalinata. Los monagos cuidábamos el consumo de la cera, reponiendo las candelas cada cierto tiempo para que todas ardieran por igual ante el Santísimo Sacramento. Cada vela correspondía a una familia y llevaba su nombre escrito pegado en un papel, facilitando así el poder recuperarlas después de haber estado un rato alumbrando el monumento. A lo largo del año se usaban estas velas en las casas para ahuyentar las tormentas, los pedriscos, las crecidas... y como sacramental en los viáticos y las agonías.

El párroco colgaba al cuello del alcalde y al suyo propio, sendas cadenas de plata con la llave de la arqueta-sagrario. De esta manera se simbolizaba la común custodia civil y religiosa de la eucaristía hasta el día siguiente. En la iglesia del hospital y en la capilla del asilo también se montaban monumentos, pero más pequeños. Los interminables oficios litúrgicos de esta mañana del Jueves Santo tenían su dulce compensación en el chocolate con bollos suizos que el clero ofrecía a las autoridades en el salón noble de la casa parroquial. A él acudíamos también, en sala aparte, los monaguillos.

En la mañana del Viernes Santo, después de los oficios, se preparaban las andas para el desfile del santo Entierro con sus luminarias de alcohol o de batería eléctrica. Después de la multitudinaria procesión, el aire del pueblo se quedaba como adormecido. Apenas alguna voz susurrante rompía aquel silencio sobrecogedor. Y las gentes se retiraban respetuosas a sus casas "porque el Señor había muerto".

La resurrección de Cristo se adelantaba al sábado de Gloria por la mañana, antes de que fuera trasladada esta celebración a la media noche siguiente. Los chicos acudíamos llevando colgados viejos collerones, cabezadas y cabestrillos con campanillas y cascabeles de las caballerías. Y cuando el celebrante entonaba el *Gloria in excelsis Deo*, al tiempo que se descorrían las cortinas moradas que habían celado las imágenes de los altares durante la Cuaresma, mil sonos nerviosos y descompasados de las esquilas y cascabeles de nuestros collerones hacían enmudecer los acordes del órgano, que también se desperezaba después de haber callado tanto tiempo. Fundidas todas estas notas musicales en amalgama de gozo pascual, se elevaban a los cielos de la cúpula achatada de la iglesia, mientras la luz del cirio pascual chisporroteaba brillos de resurrección.

Terminado el Gloria, los chicos abandonábamos la iglesia mientras bandeaban las campanas de la torre y martilleaba los oídos el campanilleo de la espadaña. Cruzábamos las calles Mayor e Irurzun en manada buscando el atajo hacia Funes por Las Luchas. Cuando divisábamos las primeras casas del pueblo, los chicos del lugar, eventuales enemigos de una pelea ritual, ya estaban esperándonos, encaramados estratégicamente en medio de la ladera junto a la ermita del Calvario. Tradición ancestral que se repetía puntualmente cada sábado de Gloria, como si fuese el último acto penitencial de la Semana Santa. Después de un rato de mutuo lanzamiento de piedras, a la distancia justa para que no hubiera ningún descalabro en ambos bandos, nos volvíamos a Peralta, corriendo y sonando de nuevo las esquilas.

No he logrado descifrar el origen de esta tradición, ni su significado. Según el testimonio de los más viejos de ambos pueblos, se remonta a tiempos inmemoriales. Indagando entre amigos de Funes los motivos que tenían para acudir a presentarnos batalla, me cuentan que a la salida de misa del sábado de Gloria, siempre había algún mayor que gritaba: *¡Que vienen los de Peralta a robarnos el Cristo del Calvario!* Y allí que acudían los chavales a defender lo suyo, mientras los mocetes de Peralta ignorábamos a lo que íbamos, desconociendo por tanto el por qué de nuestros mutuos ataques. Yo me atrevo aventurar que tal costumbre provenga de la difícil convivencia que mantuvieron en la baja Edad Media los cristianos y los judíos del *Val de Funes*, y de las agresiones que en más de una ocasión padecieron los judíos por motivos religiosos.

Pero he aquí que la primera vigilia pascual celebrada en la media noche del sábado al domingo del año 1952, acabó de repente y para siempre esta extraña y agresiva tradición entre la muchachada de Peralta y Funes. El cambio de hora fue la causa.

3. La procesión del santo Entierro

La procesión de Viernes Santo en Peralta era y es una demostración de fe cristiana. Recorre al anochecer un itinerario tradicional por las calles Dabán, plaza Principal, Irurzun, Méndez Núñez, Río, Paseo del Arga y Mayor vieja. Una hora antes, a las siete de la tarde, empieza la celebración litúrgica de la Pasión y Muerte del Señor, a la que asiste la corporación municipal en pleno, ocupando los dos primeros bancos de la nave central de la parroquia. Al acabarse, los cofrades de la hermandad de la Pasión se afanan en los últimos preparativos de la procesión, que empieza sobre las ocho de la tarde.

Fuera de la iglesia, la calle Dabán rebosa de gente, cuando ya ha caído la última luz del día. Cruzando los árboles y *sentiles* de la plaza de los Curas, corren con su túnica bajo el brazo los nazarenos, mientras preparan sus cámaras fotográficas los mirones habituales y algunos forasteros curiosos. De pronto, resuenan agudas estridencias de trompetas y algunos redobles impacientes de tambores. Entre las temblorosas llamas de dos ciriales plateados avanza la cruz procesional, al tiempo que se inicia un gran silencio.

En primer lugar desfila a pie un apostolado chico acompañando a Jesús, también niño, que cabalga sobre un pollino por la Jerusalén peraltesa. Cada apóstol lleva una vara terminada en un pequeño corazón metálico del que penden dos blancas cintas donde está bordado el nombre de uno de los doce apóstoles: Santiago, Juan, Pedro, Tadeo... En sus virginales pantorrillas, doce muchachuelos llevan atados los cordones trenzados de unas sandalias de esparto y cuero. Jesús niño se agarra con miedo a la albarda del borrico y mira de reojo a sus amigos que le hacen momos desde las aceras. Le susurran que no se agarre, que junte las manos, que no vaya tan serio, que se siente a lomo suelto... Hace muchos años, sesenta más o menos, en esta misma procesión era yo quien montaba el borriquillo.

Sentado sobre un borrico

Media peluca rubia
de tirabuzones largos
contrastaba con el moreno
de mis cabellos lacios.

Una corona anacrónica
de espinas indoloras
disimulaba en mi cabeza
aquella raya divisoria

Cabellera postiza entera
lleva el Jesús de este año,
igual que los doce de a pie
que son su apostolado.

Nuevas túnicas estrenan
sustituyendo los terciopelos,
que almacenaban el polvo
en sus repliegues y flecos.

Por las calles de Peralta
cabalga el Nazareno chico
mientras los nuevos semáforos
deslumbran al viejo pollino.

El primer paso procesional representa la Oración en el huerto: Jesús está postrado en tierra mientras el ángel le consuela desde una nube. Son pasos de serie. He visto la misma escena con idénticas imágenes en la cercana Andosilla. Antaño procesionaba un Cristo de talla vestido de morado, al que se le aparecía un pequeño ángel colgado en las ramas de un olivo con una copa en las manos, recordando el pasaje evangélico *Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz*. Al paso del huerto compañía un tropel de niños y niñas portando ramos y palmas y entonando hosannas.

En el Paso de los azotes, Cristo aparece atado a la columna, mientras dos sayones musculosos atormentan su cuerpo. Después viene el Ecce Homo: Pilatos desde su sitial se lava desentendidamente las manos en la jofaina que le ofrece un esclavo negro, mientras otro sayón mira a Jesús de reojo mostrándole los clavos para la crucifixión. Hay en todo el conjunto cierta escenografía teatral. A continuación viene una banda de tambores y trompetas ² que no había en mis años infantiles. Se asemeja a las de los pueblos del sur, más ruidosos que los nuestros.

Llega por fin el Cristo de la cruz a cuestras, titular junto con la Dolorosa de la hermandad que organiza esta procesión. Establecida en 1947 por el entonces párroco Carmelo Velasco Moreno, arrancó con 1.500 cofrades. Su finalidad era impulsar la restauración de esta procesión, iniciada por los párrocos anteriores, Antonio Ona de Echave y Fernando Lipúzcoa Urriza. La efigie de Jesús caído en el suelo es de tamaño natural. Las orlas de su túnica morada caen por los cuatro lados de las andas. La mano derecha del Señor, crispada por el dolor, roza más que agarra el larguero de la cruz, que se apoya en el hombro, mientras la mano izquierda descansa en tierra. Su rostro, con los ojos fijos en el suelo, está iluminado por las luces que salen de los cuatro ángulos de las andas. Desde la acera la gente ve brillar las perlas de sus lágrimas.

Por la calle Dabán todas las miradas se dirigen a este Cristo entrañable y querido. Le siguen dos hombres de túnica con los pies descalzos, llevando entre ambos una cruz.

Representan al Cirineo. Antaño idéntica escena se repetía con dos niños que llevaban una cruz más pequeña. A continuación un grupo de niñas hebreas desfilan portando símbolos tradicionales de la Pasión: los dados de los soldados, el cáliz del sufrimiento, la escalera del descendimiento, la sábana santa, el gallo de san Pedro, etc.

En 1946 desfiló por primera vez el paso de Jesús colgado de la cruz, en compañía de su Madre y del discípulo Juan. Esta imagen del Crucificado preside habitualmente la sacristía de la parroquia; las otras dos se veneraban en la iglesia de San Miguel. Fueron restauradas en los talleres de Luis Manchón de Pamplona, donde también se construyeron sus andas por 3.500 pesetas ³. Detrás de este Cristo agonizante transitan niños hebreos con las siete palabras, pintadas en pancartas historiadas. El paso de Cristo yacente en el sepulcro llevaba antiguamente llamas de alcohol que coloreaban de malva, verde, azul y dorado el ambiente de pena y dolor que se respiraba. Mujeres de todas las edades acompañan a Cristo muerto con cirios encendidos. La banda de música desfila unas veces en silencio y otras tocando acordes fúnebres. Viene la Virgen Dolorosa con un corazón de plata traspasado por saetas, contrastando con sus negros lutos. Esta efigie vestida, junto con la del Cristo de la cruz a cuestras, son las dos más valiosas de la procesión. Ambas acaparan las plegarias de los peralteses.

Clero y autoridades cierran el cortejo procesional. A la altura de las casonas de los Bajaderos cae la noche. El cortejo procesional regresa a la parroquia por las estrecheces de la calle Mayor vieja con olores a forraje y a hierba seca. Una plática fervorosa del párroco y el canto de la *Salve Regina* a la Virgen Dolorosa, que anuncia la esperanza pascual del domingo de Gloria, dan fin a esta entrañable procesión de Viernes Santo en Peralta.

Recapitulando lo visto y lo no visto, encuentro que ha faltado un primer paso, tradicionalmente llamado de san Juan del dedo, que en mi niñez anunciaba la procesión que venía tras él. Tampoco ha salido el paso de la Verónica, talla vestida con ropones negros sujetando con las manos un lienzo con la cara de Jesús. Y no han aparecido algunas escenas bíblicas, que antes salían: Abrahán con el cuchillo corvo e Isaac con el haz de leña; Melquisedec con un pan y un cántaro de vino, prefigurando la eucaristía, instituida la misma noche de la Pasión en el cenáculo; ni los soldados romanos a caballo luciendo sus blancas clámides sobre los hombros y vistosos cascos con penacho de plumas y sosteniendo con sus manos enhiestas lanzas. Pero lo que más he echado en falta ha sido la participación de los hermanos cofrades desfilando entunicados y con hachas encendidas. Han sobrado mirones en esta procesión del santo Entierro, que amenaza en convertirse con el tiempo en un desfile banal y costumbrista.

No obstante, he constatado con satisfacción que mozos y viejos mantienen la devoción de trabar, como así llaman aquí llevar en hombros las andas de los pasos. Antes eran derechos que se transmitían de padres a hijos. Además de fuerza y habilidad, se requieren disciplina y cierto arte para mantener el ritmo de la marcha, de acuerdo con las exigencias del paso. No los he contado, pero entre quince y veinte mujeres y hombres encapuchados han arrastrado penosamente los largos estrinques férreos de los usos agrícolas, sujetos a los pies descalzos y sangrantes, cumpliendo así promesas penitenciales. A la gente le gustaría saber quienes son estos penitentes. En esta procesión de Peralta sigue en pie lo histórico y lo religioso, lo ascético y lo didáctico. Y hoy se ha retransmitido, como los demás actos de la Semana Santa, por la FM 107,4 de la emisora local.

4. La casa parroquial

La casa parroquial es un enorme edificio de dos plantas y amplios bajos. Abre sus balcones, cinco en cada piso, a la plaza de los Fueros, popularmente llamada de los Curas. Por la parte de atrás mira hacia el barrio Alto y al monte, a cuyo pie se levanta. Fue construida para sede del círculo carlista a finales del siglo XIX, y posteriormente albergó el principal casino peraltés. Por eso tenía tres salones de diferentes medidas, muy decorados y comunicados entre sí por amplias puertas de dos hojas. Don Tomás Biurrun, párroco hasta 1938, la compró por 13.000 pesetas, que pidió prestadas, habilitándola para el servicio parroquial y vivienda del párroco. Hasta entonces éste vivía en una pequeña casa con escudo, hoy derruida, en la calle Mayor vieja frente a la plaza de la Verdura.

Durante los cinco años que viví en la casa parroquial, de 1946 a 1951, en compañía de mi abuela y tíos, tuvo para mi fantasía infantil el encanto y misterio de un castillo medieval. La gran escalera central, los salones con sus muebles de estilo, el despacho de mi tío cura lleno de libros y registros parroquiales, los grandes dormitorios del segundo piso y las varias estancias de la planta baja, potenciaron el desarrollo de mi imaginación.

En el centro del salón noble había una alargada mesa de nogal con tablero de una sola pieza y patas en forma de lira sosteniendo dos cajones que yo imaginaba llenos de tesoros. Solían ponerme a estudiar allí para que no me distrajera. Pero fue como mentar la soga en casa del ahorcado, porque aquel salón era demasiado espacioso para facilitar mi concentración. Se me perdía la mirada por los motivos ornamentales que decoraban el techo y los seis vanos existentes entre las puertas y los balcones. En 1946 se entronizó en este salón una imagen sedente del Corazón de Jesús, enmarcándolo con un gran damasco rojo en un lienzo de la pared. Fue el regalo de la feligresía a la parroquia en el día del Buen Pastor. Divanes y sillones de estilo rococó me apartaban también de las páginas de la enciclopedia escolar. Con cierta frecuencia me entretenía en desencajar pacientemente con una navajita piezas de nácar y bronce incrustadas en dos bargueños renacentistas que allí había.

Contiguo a este salón se hallaba otro todavía mayor, llamado círculo de estudios, habilitado para reuniones y charlas. Sus paredes estaban tapizadas con tela de saco para facilitar la acústica. Contaba con pupitres y bancos corridos como los de la escuela y delante de ellos una mesa y un sillón frailerero sobre tarima. Un crucificado entre los dos balcones presidía las reuniones. Había también una talla barroca de san Francisco Javier, colocada sobre la repisa de una chimenea de mármol. Una gran estufa de serrín prensado, instalada encima de una placa de cinc para proteger del fuego la tarima, calentaba suficientemente aquella espaciosa estancia, que perdió su función cuando se inauguró el centro parroquial, ocasión aprovechada para habilitar allí la vivienda del párroco y sus familiares, ya que la anterior dejaba mucho que desear.

Otros aposentos de la casa, de menor valor pero igualmente sugestivos para mí, se encontraban en el segundo piso. En una inhabilitada cocina con fogón se guardaban las últimas imágenes adquiridas en la localidad de Olot para la procesión del Viernes Santo. Medio envueltas en sábanas blancas, tenían para mí un aspecto fantasmagórico.

Junto a la solana, cerrada con tela metálica, en la que mi abuela criaba una docena de gallinas, algunas palomas y unos pocos conejos en aquellos años de subsistencia precaria,

estaba una habitación en la que pasé ratos muy agradables desempolvando ejemplares de la *Hormiga de Oro*, revista ilustrada de actualidad político-social y de orientación católica, publicada en el primer tercio del siglo XX. Estos ejemplares fueron coleccionados seguramente por el párroco de entonces, Tomás Biurrun.

En un armario empotrado de la habitación que llamábamos gabinete de los frailes, donde se acomodaban estos cuando venían a confesar y predicar en las grandes festividades y en la Cuaresma, se guardaban algunos tesoros de la iglesia y el utillaje litúrgico de mayor valor empleado en las solemnidades. Cuando se creó el museo diocesano de Pamplona, la parroquia de Peralta contribuyó con algunos de estos objetos artísticos. Un listado del archivo parroquial los especifica: un cuadro del Descendimiento atribuido al pintor Van Dick; dos cuadros de cobre con sus respectivos marcos que representan a san Lucas y a san Carlos Borromeo; dos trípticos pequeños de marfil, uno de ellos gótico con las efigies de la Virgen del Rosario, santo Domingo de Guzmán y santa Catalina de Siena; un cuadro apaisado con marco negro de Carlos VII arengando a sus leales en Estella; otro cuadro de plata de Fernando VII; el bordado de un castillo con varios *Agnus Dei*; un óvalo de cristal marrón con la pintura de la Dolorosa; un marco metálico de miniaturas de coral; un relieve pequeño de la Virgen de Montserrat; una cruz barroca de madera con figuras de la Pasión; una abanico de carey y otro de nácar con estuche de concha bivalva; un sable con empuñadura dorada; un machete sin empuñadura con colores al fuego y, finalmente, un pequeño cofre con relieves en color blanco ⁴.

Además, en los bajos de la casa parroquial, junto a la entrada, se habilitó un garaje para el automóvil del párroco anterior, don Fernando Lipúzcoa que nosotros, a falta de coche, usábamos de leñera y carbonera. También se encontraba una gran estancia con camastros, empleados por los adoradores nocturnos en sus vigilias mensuales, y en los que los monaguillos hacíamos saltos acrobáticos cuando no nos vigilaban los curas y en los que también dormitábamos entre la misa primera de las 6 de la mañana y la segunda a las 8. Finalmente, había un pequeño patio interior en el que durante un tiempo criamos una pareja de cerdos para el consumo de casa, y varios lugares que servían de almacenamiento de alfombras y otros enseres de la parroquia, además de unos aseos rudimentarios.

5. Las catequistas

La formación cristiana impartida a niños y niñas no sólo es obra de la familia, de los sacerdotes y de las clases de religión de la escuela, sino de otros adultos que, con su ejemplo de vida cristiana, puede considerárseles verdaderos educadores e incluso maestros de espiritualidad. Los gestos, las palabras, las actitudes, pero sobre todo los hechos de estas personas suelen clavarse en el cerebro y en alma de los niños que los frecuentan, persistiendo y operando positivamente en ellos. Es la fuerza del ejemplo que se convierte de este modo en paradigma, arrastrando al convencimiento y a la imitación.

Una maestra y catequista excepcional para la infancia peraltesa en los años 50 del siglo pasado fue **Teresa Antomás Jiménez**, a pesar de que no pasó de los estudios primarios. Mientras pudo andar se la encontraba siempre camino de la iglesia o de la biblioteca parroquial. Solía sentarse a descansar en un *sentil* de la plaza de los Curas, momento que aprovechábamos los *muetes* y las *muetas* para abordarla y suplicarle que nos contase

alguna de sus maravillosas historias. Una enfermedad ósea progresiva la fue recluyendo en su casa, primero en una salita donde permanecía sentada durante casi todo el día, y después en la cama de su dormitorio, siempre blanco y recogido. Pero nunca se encontraba sola, sobre todo por las tardes. Vivía en un extremo elevado del barrio Alto, y los chicos íbamos cuesta arriba para visitarla a la salida de la escuela. Su conformidad y mansedumbre fueron proverbiales. Su trato era para todos igual de cariñoso. Los mejores epítetos que puedo dedicarle se quedan cortos a la hora de describir la dulzura del carácter de aquella mujer piadosa y admirable por tantos motivos. Gozó, ya en vida, de fama de santa. En sus largas temporadas de reclusión por su enfermedad leyó numerosos libros de vidas de santos, que luego adaptaba al nivel de nuestra comprensión. Siempre terminaba, al contárnoslas, con una moraleja de tipo práctico o religioso, apropiada a la edad de su auditorio, casi siempre infantil.

Cultivaba una vida interior intensa y rica como correspondía a su pertenencia al Instituto Religioso de la Alianza de Jesús por María. Cada vez que se repartía a domicilio la comunión a los enfermos, a pesar de estar su casa muy retirada y a una altura considerable en la ladera del monte, los sacerdotes se desviaban sin pereza hasta allí porque sabían del gozo con que recibía estas visitas del Señor. Siempre había dispuesta una mesita con dos cirios en un rincón de su habitación. Dos o tres veces a la semana por lo menos, si no a diario, fuera invierno o verano, subía un cura a aquella casa después de la misa primera o antes de la segunda. La campanilla rasgaba el silencio matinal acompañando al Señor, que iba dentro de la píxide dorada en manos del sacerdote. Las gentes, escasas a esa hora, se arrodillaban a su paso, cuando los balcones y ventanas se abrían ya a las primeras luces y algunos carros, tirados por mulas, enfilaban la carretera marchando hacia los campos. Como monaguillo, me tocó en muchas ocasiones acompañar al cura tocando la campanilla. Al llegar a casa de Teresa, toda ella blanca de cal, la encontrábamos recién barrida y rociada con agua. La señora Martina, su madre, esperaba con la puerta entreabierta, iluminando con una candela la humildad de su vivienda.

Teresa Antomás, sentada en la cama, tenía juntas, en actitud orante, sus retorcidas manos. Parecían sarmientos después de haber producido mucho fruto. La colcha de la cama blanqueaba por el reflejo de su cara de cera. El rostro, transfigurado y sonriente, ansiaba al Esposo, al que esperaba con la lámpara encendida como las vírgenes prudentes de la parábola evangélica. Después de recibida la comunión, se quedaba a solas con Dios. En esas mañanas aumentaba el espacio del cielo con los escasos metros cuadrados de aquel humilde dormitorio.

Murió Teresa el 6 de abril de 1965, a los cincuenta y cuatro años de edad. Yo recibí lejos de Peralta esta noticia, lo que me impidió acudir a escuchar la última historia, la más maravillosa de todas: cómo su alma inmortal ascendía al cielo que tanto ansiaba. Su sepelio fue una gozosa manifestación popular de la presencia de Dios entre los hombres. Aquel día todo un pueblo proclamó la santidad de vida y costumbres de una ejemplar cristiana. En la Edad Media tal exaltación multitudinaria hubiese supuesto la canonización. Durante muchos años, junto a su sepultura en tierra, un ciprés levantaba sus ramas hacia lo alto. Hoy, sobre la tumba de Teresa se ha construido un conjunto de nichos. Hasta después de muerta ha querido compartir con los demás lo poco que poseía, un puñado de tierra.

Mi amiga Teresa Antomás

Teresa, amiga catequista,
desde tu sencilla humildad,
y sin intentarlo siquiera,
tenías alma de maestra.
Desde tu sabiduría innata,
que conocía los arcanos
de los niños y mayores,
descubrías en nosotros
la presencia de la gracia
en el río de las conciencias;
leías la conjunción de la luna
con los planetas y las estrellas.
Desde tu alcoba encalada
nos contabas a los niños
de sutil y espiritual manera,
por qué olían bien los pinos,
para qué servían las almendras,
por qué piaban los pájaros,
de qué manera en verano
había qué tomar el sol,
mirar a través del invierno
el secreto cristal de la nieve
y el pálpito de las ráfagas de viento,
la querencia de la lluvia continua
sobre los campos de primavera,
y la suave caída de las hojas
en el otoño de los árboles,
aguerrido y plácido a un tiempo.

Vivías en la ladera del pueblo
a medio camino del monte,
entre Dios y los hombres,
entre la carne que gravita
y el espíritu que se eleva.
Ahora tu cuerpo se diluye
por las raíces de un ciprés,
cuajado de simbolismos
—mástil de fe, saeta de esperanza—,
como cantara Gerardo Diego
al ciprés del monasterio de Silos.
El tuyo da cobijo a tus huesos,
hermosos por retorcidos,
mientras tu alma ya compite
con Querubines y Serafines,
Dominaciones y Tronos...
en el canto del Hosanna.
Los hombres de hoy,
aquellos frágiles *muertes*
que sorbíamos tus palabras

con ojos y oídos abiertos,
que bebíamos con el corazón
los reflejos de tu mirada,
recordaremos mientras vivamos,
lo que un día aprendimos de ti:
que todo es fugaz en el mundo,
desde la lozanía del cisne
a las estructuras pétreas.

Todo se agota en sí mismo,
todo duerme para siempre,
como tú, Teresa, amiga,
confidente, maestra y catequista,
al pie del ciprés enhiesto
en el borde de la tapia,
junto a la orilla eterna
de Dios en el hombre.
¡Dios! —lo repetías tanto—,
es lo único que no acaba.

Las **hermanas Ibiricu** recorrían por lo menos seis veces al día la calle Mayor, ida y vuelta de la iglesia parroquial: a misa de nueve, a la catequesis y al rezo del Rosario, o a las vísperas los domingos. Iban siempre juntas. Doña Bene vestía de negro, doña Anita de color. La primera era callada, la segunda comunicativa, cara y cruz de una misma moneda. Cuando yo las conocí habrían pasado ya los sesenta años de edad y permanecían solteras. Vivían en una casa sobria y burguesa, con cierto estilo modernista, de dos plantas con balcones a la plaza Principal, levantada enfrente del actual emplazamiento del ayuntamiento. Hoy, en su lugar, hay un edificio nuevo de viviendas y comercios.

Me gustaba llevarles personalmente los domingos el semanario diocesano La Verdad. Ya desde la escalera el ambiente de la casa rezumaba orden, limpieza y olor a tarima encerada. Frecuentemente me sorprendían con alguna golosina. Con motivo de mi primera comunión me regalaron una bonita caja de bombones, que tenía pintados en la tapa temas eucarísticos.

Enseñaron durante muchos años a generaciones enteras de niños y niñas la doctrina cristiana contenida en el catecismo del padre Astete. Su paciencia era proverbial. Recuerdo que el vitalismo y las ganas de vivir de Anita sintonizaban adecuadamente con los niños, mientras que la serenidad de su hermana Bene armonizaba mejor con la psicología de las niñas. La voz de soprano de Anita destacaba sobre las demás voces en los cánticos de la parroquia, acompañada por su vecina y amiga inseparable María Luisa Delgado, *la Corellana*. Ambas cantaban el *Tantum ergo* en las exposiciones del Santísimo con unas modulaciones de voz que dejaban mudo el trémolo del gran órgano tubular. En las celebraciones litúrgicas de los primeros viernes de mes subía hacia la bóveda de la iglesia su plegaria conjunta, mientras desfilaban por la espiga de la tarima central hacia el comulgatorio proclamando: *Corazón Santo, / Tú reinarás, / Tú nuestro encanto / siempre serás*. Las dos hermanas murieron muy mayores, y siempre mantuvieron una buena apariencia. Primero se marchó al cielo Bene, la mayor, pero al poco le siguió Anita. Ya no vivía yo en Peralta y no pude despedirlas, como hubiese deseado.

Doña Eugenia Zabalza y Rodríguez de Arellano. La estampa de su paso por las calles del pueblo no se descomponía jamás, ni en su porte ni en sus actuaciones. Parecía distante, pero no era lejana. Emanaba de su persona un señorío heredado de sus antepasados. Siempre estaba atenta para echar una mano silenciosa y anónima a las necesidades materiales y morales de sus convecinos. Su condición económica se lo permitía.

Acudía personalmente a la catequesis de los niños para prepararles a la primera comunión. También frecuentaba el ropero parroquial que atendía las necesidades perentorias de las gentes más necesitadas. Pertenecía a las Damas de san Vicente de Paúl y a la institución de Cáritas, pero huía de los protagonismos. De ella se podía decir que su mano izquierda no conocía las buenas obras que hacía la mano derecha. Tampoco era la clásica beata. Su gusto por la oración lo demostraba a diario con su presencia recogida y discreta junto al altar de la Virgen del Rosario, que ella personalmente cuidaba y adornaba. Con esta finalidad, doña Eugenia acudía paseando por las tardes hasta su huerto, cercano al pueblo, del que traía un ramo de flores frescas para la Virgen.

Vivía en una gran casona-palacio de tres pisos, en el número 32 del tramo inicial de la calle Mayor vieja. La fachada perdió desgraciadamente su inicial estructura arquitectónica al restaurarla, pero el interior conservaba antiguos detalles de valor y buen gusto artístico. Su hermana vivía en el palacio contiguo, quizá el más valioso del pueblo, que mantenía su estructura barroca de ocre ladrillo vista. Tenía, y todavía tiene, tres cuerpos y un doble ático de arquillos y arquivoltas, grandiosa escalera con arcos de medio punto rodeándola, y una cúpula octogonal del siglo XVIII.

Matilde Igartua. Estuvo dotada de grandes cualidades para las relaciones humanas. Empatizaba enseguida con pequeños y mayores. Como dinámica catequista y pedagoga nata que era, nos agradaba su forma de enseñar deleitando. Resalto sobre todo el salero, como por aquí se dice, con que preparaba y dirigía obras de teatro a niños y jóvenes junto con María Valencia, otra peraltesa con garra graciosa.

Su discurrir por la vida fue un caminar activo, nervioso, incomprendido a veces. Los que mejor la conocían saben de su gran fe y de su entrega a los demás. Ya mayor, ingresó en una congregación religiosa, pero tuvo que dejarla a los pocos años, volviendo a su actividad en el pueblo. La subida a la atalaya del cielo en 1987 le resultó larga y llena de sufrimientos físicos. De ella no puedo por menos que destacar su alegría contagiosa.

Elisa Bolaños Ros. Pertenecía a una conocida familia y vivía con su hermana Antonia en la antigua casa parroquial, frente a la plaza de la Verdura, cerca de la fachada de la parroquia. Como durante muchos años no hubo sacristán, Elisa hizo sus veces con la colaboración de una bandada de monaguillos, entre los que me encontraba. Cada día se encargaba de preparar los ornamentos litúrgicos. Con gran cuidado y maestría extendía sobre las grandes credencias de nogal de la sacristía las casullas, dalmáticas, albas, estolas y demás prendas sagradas, y las recogía tras ser utilizadas. Los sábados por la tarde elaboraba en su casa las formas eucarísticas de los sacerdotes y las pequeñas para la comunión de los fieles. Las hacía rápidamente echando una masa líquida de harina, agua y sal en un aparato eléctrico, formado por dos láminas metálicas superpuestas. Todavía crujientes los paneles resultantes, sacaba de ellos las hostias pequeñas con una especie de guillotina accionada mediante una palanca, mientras que las hostias grandes las recortaba

a tijera. A los chicos nos gustaban los blancos recortes sobrantes en aquellos tiempos en que no abundaban las golosinas infantiles.

Elisa era también una experta en el adorno floral de los altares. Grandes búcaros y jarrones de cristal y metálicos realzaban el esplendor de los retablos barrocos con las flores de la temporada. En mayo y junio, meses dedicados a la Virgen y al Corazón de Jesús, respectivamente, su alarde floral se desbordaba con azucenas y rosas que emborrachaban el olfato. Coordinaba la limpieza y ornamentación de los altares laterales, que tradicionalmente efectuaban diferentes familias, y aún le quedaba tiempo para participar en la catequesis. Pertenecía, lo mismo que su hermana, a la Alianza de Jesús por María. Juntas vivieron siempre y juntas marcharon a la residencia geriátrica regentada por las Hijas de la Caridad cuando ya no podían vivir solas; allí pasaron los últimos años. Gracias, Elisa, por todas tus atenciones para conmigo cuando era niño.

Pilar Calvo Moreno. Esta extraordinaria mujer, fue otra gran catequista. Ayudaba a Elisa Bolaños en las faenas del cuidado y ornato de la parroquia. Igualmente pertenecía a la Alianza de Jesús por María, cuya medalla de plata con la Virgen y una azucena solía llevar siempre colgada del cuello y cuyos simbolismos le gustaba explicarme. De Pilar evoco la piadosa unción con que vestía para las procesiones a las imágenes de la Virgen en sus distintas advocaciones: de Nieva, del Carmen, del Amor Hermoso y de los Dolores.

Tenía algo especial en el trato con los niños cuando nos daba catequesis. Se le notaba llena de Dios. Sus últimos años los pasó con la mente desvariada en la residencia geriátrica de Funes, atendida con la dedicación y cariño que merecía. Lo pude comprobar en las visitas que tuve ocasión de hacerle varias veces antes de su muerte.

Saturnina Iriarte Araiza. Doña Satur, como todos la llamábamos, vino como maestra a la sección de niñas de las escuelas de Peralta. Anteriormente había estado en Funes ejerciendo el magisterio durante unos años. Cuando yo la conocí, vivía con su hija María Jesús en una casa de tres alturas, enfrente del Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.

Fue una gran profesional, que rezumaba autenticidad y entereza. Con su gran humanidad física y su porte señorial derrochaba amabilidad con todos los sectores del pueblo, a los que ayudaba cuanto podía. Los pobres y los enfermos supieron de su largueza en las necesidades básicas de alimento, ropa y medicinas, a través de la asociación de las Damas de san Vicente de Paúl de la que formaba parte. También ayudaba desde el ropero parroquial a los más necesitados, y dedicaba su tiempo restante al cuidado de los ornamentos litúrgicos. Como era una excelente maestra, impartía desinteresadamente clases en las tardes de los domingos y días festivos a las mujeres analfabetas que manifestaban ganas de aprender a leer y escribir.

Pertenecía también a la plantilla de las catequistas ocasionales de adultos. Fue el alma de la Escuela-Hogar que funcionaba bajo la dirección de las mujeres de Acción Católica. Colaboraba en la preparación y ensayo de jornadas culturales y de actos conmemorativos. Cuando yo tenía diez años me enseñó un largo monólogo que recité en el tradicional homenaje al párroco el domingo del Buen Pastor.

Doña Satur se marchó al cielo cargada de méritos por las obras buenas que realizó durante toda su vida. En los últimos años disfrutó de la alegría que le proporcionaron sus muchos nietos. Gracias por todas tus atenciones conmigo, admirada maestra y querida amiga, doña Satur.

6. Catequesis y primeras comuniones

Vamos, niños, al sagrario, / que Jesús llorando está, / pero viendo a tantos niños / muy contento se pondrá. / No llores, Jesús, no llores, / que nos vas a hacer llorar, / que los niños de Peralta / te queremos consolar.

Al ritmo arrastrado de esta estrofa entrábamos en la iglesia parroquial los jueves por la tarde para la sesión semanal de catecismo. De antemano se concentraba toda la chiquillería en la plaza de los Curas, entre los *sentiles* y las acacias. La formación religiosa extrafamiliar corría a cargo del párroco y sus coadjutores, ayudados en esta labor por las catequistas, que casi siempre eran señoritas de la burguesía local acomodada, como ya hemos visto. Unos y otras aguantaban pacientemente las chiquilladas, mientras cultivaban nuestros espíritus infantiles enseñándonos el catecismo del padre Astete, que adoctrinó a muchas generaciones de peralteses. Era un texto decimonónico de prosa abstrusa, con algunos vocablos ya inusuales, pero que aprendíamos de memoria a base de preguntas y respuestas, repetidas una y otra vez como papagayos hasta aprenderlo. Tenía tres grados de dificultad y de comprensión progresiva, de acuerdo con las edades del desarrollo infantil. El texto completo iba todo en un mismo volumen con variedades de letra para cada grado. Media docena de grabados bíblicos de Gustavo Doré ilustraban aquellas páginas de reducido tamaño, pero con conceptos elevados que nuestras mentes infantiles no podían asimilar en su total profundidad en aquel momento, quedándose en la memoria para aflorar quizá en la edad adulta. Dos frases del padrenuestro las rezábamos con las expresiones arcaicas de *santificado sea el tu nombre y venga a nos el tu reino*, que los chicos, inconscientemente, cambiábamos por *vénganos en tu reino*, un imperativo a todas luces poco cristiano.

La preparación para la primera comunión se realizaba en grupos reducidos. Había que saber las oraciones más frecuentes del cristiano y el primer grado del catecismo, del que nos examinaban previamente los curas. La víspera del gran día se tenía el ensayo general de la ceremonia desfilando por la espiga central encerada de la iglesia en parejas separadas de niños y niñas. A los compases de la música del órgano, nos asignaban los sitios junto a la barandilla del comulgatorio, tomando hostias sin consagrar. Pero, sobre todo, hacíamos ese día la primera confesión sacramental, no un simulacro. La penitencia consistía en un avemaría rezada a la carretilla delante del altar más cercano al confesonario.

Las primeras comuniones se celebraban tradicionalmente en la festividad de la Ascensión del Señor, uno de los tres jueves del año que relumbran más que el sol, entre Jueves Santo y Corpus Christi. Se recibía la primera comunión a los siete u ocho años de edad, salvo excepciones. Este acto era completamente religioso, aunque ese día hubiese algún plato extraordinario en la comida familiar. Carecía de las connotaciones sociales, a todas luces inadecuadas, de su celebración en la actualidad. Además del traje especial, como ahora, llevábamos un pequeño crucifijo colgado al pecho, un devocionario con tapas de nácar y el imprescindible rosario blanco entre los dedos de unas manos

enguantadas. Según costumbre, se recogían pequeños regalos en las visitas domiciliarias a parientes y amigos después de la ceremonia. Casi siempre consistían en cajas de bombones con escenas eucarísticas en las tapas y pequeñas cantidades de dinero.

NOTAS:

1. Valencia Irigaray, María. *Peralta visto con humor*, págs. 191 y 192 .
2. Dirigida por el músico peraltés Octavio Castillo
3. Archivo parroquial de Peralta,, *Relación de acontecimientos...*, fol. 6.
4. *Ibíd.*, 3 de diciembre de 1959, fol. 23v.



4. Parte de la fachada de la casa parroquial en la plaza de los Curas.

CAPÍTULO V: CALLES Y PLAZAS

1. Ruidos y olores

La villa de Peralta tiene una estructura física en forma de triángulo acutángulo. Limitan su caserío la ondulada sierra por el norte y el río Arga por el este-sureste, quedando el oeste y el suroeste como zonas de expansión urbana e industrial. En el arranque de su ángulo más antiguo se hallan las casas situadas entre el inicio del puente y el Campanar, que pertenecen al entorno de la plazuela de san Juan.

El primer poblado se formó en la altiplanicie, encima de la población actual. Poco a poco las construcciones fueron deslizándose ladera abajo hasta llegar al río. Los censos de 1330, 1350 y 1366 indicaban que sus habitantes se habían extendido ya por la parte llana al pie del monte ¹. Un entramado irregular de calles estrechas constituye hoy el casco viejo, que se abre gradualmente hacia el llano con vías más anchas, donde discurre realmente la vida social y comercial del pueblo. Julio Caro Baroja escribe que Peralta es uno de los pueblos más nutridos de Navarra.

En los años 40 y 50 del siglo pasado el barrio Alto, según se sube por la calle Altillo desde el pretil, tenía un encanto especial. Por ella subían y bajaban las madrilleras ambulantes pregonando el pescado del Arga que transportaban todavía vivo, pero dando boqueadas, sobre alargadas cestas de mimbres blancos: *¡Madrillas y barbillos, mujeereees!* Yo gozaba viendo aquel mercadeo. La venta era, dependiendo de la temporada, a una, dos o tres pesetas la medida, que consistía en un recipiente achatado también de mimbre. En su agonía, los barbos se retorcían mostrando torsos plateados y bruñidos y abiertas bocas redondas que imploraban su regreso al río. En las tardes de verano, adormecida por el resol la vida en el barrio Alto, otras mujeres, las caracolilleras, con cunachos sobre la cabeza, ofrecían también a voces su mercancía de caracolas para los patos domésticos que se criaban en muchos corrales para el consumo familiar.

En algunas casas se accedía a las cuadras por la calle trasera, más elevada que la principal; de ahí que los establos vinieran a dar normalmente a la segunda o tercera altura de la fachada principal, circunstancia que hacía que se viese al ganado asomar sus cabezotas por las ventanas del piso superior. La proximidad de los tejados fronteros tamizaba la luz de la calle en verano y sus amplios aleros no dejaban pasar el excesivo calor. Olores penetrantes a animales y a forraje salían de los soportales impregnando el ambiente del barrioalto.

Las tiendas de ultramarinos estaban en la calle Mayor. Tenían grandes molinillos de mano para moler el café, cajones alineados con especias a granel, enormes bacaladas colgadas sobre el mostrador y cubos de sardinas en salazón a la puerta. Todo exhalaba olores penetrantes, en justa competencia con los que venían de los establos de las calles de arriba. Cada estación del año tenía sus olores, a merced de lo que se almacenase en los graneros de las casas –que se abastecían colmadamente de los productos del campo–, y de lo que reclamaban las faenas agrícolas o se expendiese en plaza pública. Pero también salían a la calle efluvios de lo más variado cuando las mujeres abrían puertas y ventanas para ventilar sus casas y establecimientos. Y así, la hierba y los forrajes secos, la paja de los pajares, el transporte del ciemo, el acarreo de cereales, el secado de los orejones, las castañas asadas de la plaza Principal, el vareo de los colchoneros, los churros de la calle Irurzun, el cálido aroma de las múltiples panaderías, el acre olor a vino de las tabernas,

todo producía una sinfonía de aromas identificables. Hoy casi todos esos aromas se han perdido, porque muchas de las faenas agrícolas y ganaderas que todavía perduran, al igual que los trabajos industriales, se realizan fuera del núcleo urbano, y la asepsia es aliada indefectible de todos los hogares.

Los ruidos también resultaban entrañables en aquel pueblo de mi infancia. Sobresalían el monótono mazazo del artesano alpargatero sobre las suelas en construcción cuando apretaba las hiladas de esparto en el banco-obrador, el chasquido sordo y seco del carnicero al separar con el destal los costillares de los corderos, los gritos de los traperos ambulantes anunciando su llegada, el silbido del afilador-estañador y paragüero que con su pedernal devolvía a los cuchillos y tijeras su agresivo filo, los vendedores de miel de la Alcarria y de la flor de manzanilla de los Pirineos y, finalmente, el jolgorio de la muchachada jugando al marro en la plaza de los Curas o al encierro en la bajada de las Escuelas.

Hoy, estos seculares ruidos característicos de la artesanía y de aquella sociedad menos industrializada, también han desaparecido. La técnica los ha eliminado. Los olores y los ruidos tienen ahora un origen mecánico o eléctrico: aceites, gasolinas, gasóleos, estridencias de los motores, de los tubos de escape de coches y motocicletas, de las sirenas de las fábricas..., se pasean y se expanden impunemente por las calles peraltadas del siglo XXI.

2. Sabor palaciego

En la plazuela de la Verdura que se abre al principio de la calle Mayor vieja, junto a la parroquia ², se levanta un edificio barroco de ladrillo del siglo XVIII. Está compuesto de tres cuerpos y un ático. Tiene balcones adintelados con enmarques geométricos. Su ático luce típicos arquillos dobles entre pilastras, formando galerías. Ennoblecen la casa un deteriorado blasón rococó entre sirenas y leones, que perteneció al duque de Montesa. Sobre el tejado emerge una linterna octogonal con pilastras adosadas a los ángulos ³. Una grieta considerable, desde el alero a los cimientos –por lo menos cuando esto escribo– anuncia la ruina del edificio de no ponerse remedio. La calle de las Verduras nace en esta plazuela y discurre en paralelo a la calle Mayor vieja en dirección al Campanar. Posee esta calle un encanto especial por su penumbra en las horas más luminosas del día. Su trazado es estrecho y hace continuos quiebros. Abundan en ella las casas populares de altas fachadas de ladrillo, rematadas por doble alero de madera. La que ocupa los números 17 y 19 está blasonada con las armas de los Soret. Hoy conserva un saledizo sencillo. Sus tres pisos han sido transformados; el último con ventanas que originariamente fueron arquillos.

La calle de Cantarranas –no en vano está cercana al río–, tiene modestas casas de ladrillo de dos pisos. Por las calles del segundo Bajadero y de las Carnicerías se accede al paseo del Arga. En ambas vías predominan las construcciones de ladrillo con galerías de arquillos. En el número 5 de la calle Bajadero destaca un palacio barroco del siglo XVII, que luce un escudo rococó coronado por yelmo ⁴.

La calle Mayor vieja, que desemboca en el puente, es larga y estrecha. En el tramo más antiguo se alzan viejas casas señoriales con escudos de armas pertenecientes a familias de

rancio abolengo, alternándose con casas de factura popular, también de ladrillo y con aleros salientes de madera tallada. Algunas viviendas nuevas rompen sin fortuna la armonía del entorno. Con todo, escribe Caro Baroja, que las casas remozadas de Peralta conservan más el espíritu de la arquitectura tradicional que las de otros pueblos ⁵. La fachada de la casa número 27 se ennoblece con un escudo rococó con yelmo y alusiones marinas. En el número 30 hay otro escudo de campo cuarteado con dos fajas de animal pasante, y está adornado con yelmo, águila y niños. La casa del número 32 es una rica mansión antigua, cuya fachada está totalmente reformada. La siguiente hace esquina en gracioso quiebro. Esta construcción es la que guarda más elementos decorativos en sus dos fachadas. Se trata de un monumental palacio barroco de tres cuerpos de gran alzada con vanos verticales y balcones de fajas sencillas. Llamen la atención los dos pisos superiores: el primero de grandes arcos de medio punto, cegados en su mayoría con óculos pequeños y el dibujo de sol en los antepechos; el segundo, compuesto por una galería corrida de arquillos, con arquivoltas dobladas y óculos internos, termina en una moldura saliente de ladrillo. En ambas alturas hay restos de un doble alero de madera. El juego complejo de entrantes y perfiles, acusado por las líneas de impostas de los arquillos, se contraponen a la lisura de los pisos inferiores. Sobre el tejado, haciendo esquina, un pequeño pináculo cuadrado sostiene una cruz de forja con veleta. En el centro de este palacio se levanta una cúpula octogonal, que ilumina el interior de la monumental escalera ⁶. Otra gran mansión, la ubicada en el número 38, rompe el estilo y la factura de las anteriores construidas en ladrillo. El enlucido de sus tres cuerpos está adornado con yeserías, y los balcones exhiben molduras corridas y arcos rectilíneos. El altillo se ilumina con tres óculos verticales, moldurados al estilo de los balcones. En el número 42 se levanta una severa fachada barroca de gran diseño, también de ladrillo. Fue la casa-palacio de la familia Marichalar, de grata memoria en la villa. Otro palacio de ladrillo con escudo del siglo XV, enmarcado entre cabezas de ángeles en sus esquinas, ocupa los números 47 y 49. Su blasón es el más complejo de todos los del pueblo. Tiene ocho cuarteles, alternando torres, rastrillo, media luna y diferentes cruces ⁷. Hacia la mitad de la calle Mayor vieja, una vivienda popular de rústico portal rebajado se abre hacia el paseo del Arga. Otra construcción de dos cuerpos, con un tercero de arquillos simples y alero de pequeños prismas de ladrillos superpuestos alberga en su fachada una hornacina con un Juan Bautista de talla muy carcomida. Tal vez sea esta imagen la última reliquia de los caballeros del orden de san Juan, o provenga de alguna antiquísima ermita dedicada al santo.

Al hilo de lo que acabo de decir, interrumpo por un instante mi recorrido urbano, para recordar la fiesta de san Juan, el 24 de junio, cuando salían las cuadrillas de mozos a almorzar en las choperas cercanas. Allí se cocinaba al aire libre el típico calderete de carne con patatas o se asaba una costillada a la brasa. La vuelta al pueblo tras la comida campera la hacían montados en sus carros y galeras, totalmente engalanados con ramajes, flores del campo y las primeras perillas sanjuaneras. Volvían los mozos cantando con guitarras, panderos, castañuelas, campanillas y otros instrumentos improvisados. Al caer la tarde, las mozas, sobre todo las novias, invitaban a su hombre a merendar para completar la fiesta. Por la noche se levantaban hogueras en varias calles, junto a las que se degustaban ricas chocolatadas. Era el festejo con que concluía la primavera y comenzaba el verano. En la víspera, los hombres bajaban a lavarse al río, mientras que las mujeres lo hacían el mismo día del santo por la mañana. Una rondalla nocturna amenizaba las hogueras de san Juan con estas coplas: *La mañana de San Juan / bajan las puercas al río / a lavarse las legañas / y la roña del ombligo. // La víspera de San Juan / bajamos todos los hombres / nos lavamos todo el cuerpo, / pero más... los correjones* ⁸.

El palacio era la mansión real por antonomasia. Sin embargo, con el tiempo se llamó también palacio a cualquier casa donde el rey hubiera pernoctado alguna vez. Los reyes de Navarra tuvieron en Peralta una residencia en la calle de san Juan, junto a la antigua parroquia, en el actual Campanar, donde llegaron a pasar largas temporadas, como queda explicitado en la primera parte de este libro. Hoy no queda más que la noticia.

Los palacios de "cabo de armería" o "cabo de linaje" tuvieron gran importancia en Navarra. Poseían muy destacados privilegios, tales como no pagar cuarteles y disfrutar de asiento en las Cortes. Peralta también los tuvo, y no solo en tiempos de ilustres linajes, sino también posteriormente ⁹. En el siglo XVII, cuando la monarquía hispánica andaba sobrada de medios, se dieron títulos nobiliarios a personas hidalgas por el mero hecho de ofrecer donativos a los reyes. En consecuencia los palacios se multiplicaron a finales de aquel siglo y a comienzos del siguiente, que es cuando asistimos a una eclosión de las construcciones palacianas de Peralta.

Las Cortes protestaron alguna vez por la concesión indiscriminada de tales mercedes. En 1637 había en Navarra nada menos que 197 palacios: 72 en la merindad de Pamplona, otros 72 en la de Sangüesa, 33 en la de Estella, 16 en la de Olite y 4 en la de Tudela. El palacio navarro refleja, pues, una raigambre de noble cuna o una categoría nobiliaria sobrevenida a una posición económica boyante.

3. El paseo del Arga y tres calles principales

El paseo del Arga discurre señorial entre el río y las casas que bajan por la ladera. En mis años chicos, el Paseo estaba cuajado de acacias y castaños viejos. En aquellas góticas copas piaban los pájaros a sus anchas. Un largo pretil de cemento a todo lo largo frente al cauce, que sostenía una barandilla metálica, defendía mal que bien el paseo de las avenidas primaverales del Arga. Desde las *Cadenas*, Hilario Osés cuidaba la maquinaria que hacía subir el agua del río a los depósitos del monte, para desde allí bajar a presión hasta las casas. El monótono zumbido de los motores de la caseta se oía constantemente. Las *Cadenas* cerraban el paseo por el extremo del puente, y los viejos almacenes de trigo lo hacían por el extremo contrario. Una nueva captación y elevación de aguas dejó sin servicio en 1980 a esta vieja y entrañable caseta, que había bombeado desde 1924. El actual depósito regulador, las nuevas tuberías de distribución y las renovadas acometidas a las casas han mejorado el abastecimiento de agua potable de la población.

Al recorrer ahora el actual diseño del paseo me cuesta reconocer la imagen del antiguo porque, todo está trastocado. Como defensas contra las riadas, se han levantado dos terraplenes que recorren longitudinalmente las márgenes del río, originando nuevos deambulatorios. El que discurre junto al paseo descende en talud, cubierto de césped, hasta la antigua barandilla. Con esta remodelación, el paseo es ahora hondo y fresco. Un templete para la música, de factura rectilínea y estilizada, ha desplazado al anterior que tenía un formato mucho más sólido y apelmazado. Los grandes castaños con sus frutos en forma de erizos desaparecieron y, con ellos, las magníficas sombras que proporcionaban. Talaron también las enormes acacias de flores blancas, que comíamos los chicos, y los numerosos nidos que albergaban. Ahora predominan los plátanos de uniforme ramaje entrelazado sobre un suelo enlosado. Hasta la casona de don Félix Sagardía, frente al paseo, ha aumentado de volumen, otrora sobrio y elegante. El

saneamiento general de las calles vecinas, tanto las nuevas como las del casco viejo y un alumbrado público renovado completan la estampa de modernidad y de progreso de la villa.

La calle de Irurzun, llamada comúnmente carretera porque lo fue siempre hasta la construcción de la variante, era el enlace obligado hacia Andosilla, Funes y Rincón de Soto. Hoy sigue siendo la arteria más ancha del pueblo. Discurre en el mismo sentido que la calle Mayor y recorre toda la parte llana, desde el puente hasta el hospital. Muchas de sus construcciones se han modernizado. En el número 67 se levanta una casona restaurada, que conserva un blasón rococó de la segunda mitad del siglo XVIII; sus cuarteles traen tres estrellas, otras tantas flores de lis, cinco palos, una cruz y una palmera con jabalí rampante herido de espada ¹⁰. Este detalle heráldico de la cruz proviene, según los entendidos, de la participación de su primitivo linaje titular en la gesta de las Cruzadas. Calle adelante, hacia el convento, una casa de ladrillo con dos cuerpos del siglo XVII abre balcones adintelados adornados con remates geométricos.

La entrañable calle de la Venta Blanca se inicia hacia la mitad del trayecto de la de Irurzun, y llega hasta la calle Río. Está formada por casas populares, de una o dos plantas, más el granero alto con arquillos enladrillados, donde se guardan los frutos, la conserva y los productos de la matanza anual del cerdo. Algunas casas no tienen alero, si no que se rematan en un cuarto de esfera cóncavo con ventanas. En los balcones, con barandilla de hierros verticales, se deshidrataban en otro tiempo las ristras de guindillas y pimientos rojos que, en la gastronomía invernal, terminaban en las sopas de ajo y en las cazuelicas de bacalao. Antaño, las ventanas del granero sustentaban grandes cañizos con trozos de melocotón y membrillo que se convertían en orejones al momificarse al sol. Llegado el otoño, los balcones cambiaban la decoración de los pimientos secos por las amarillas pinochas o mazorcas de maíz.

Casi enfrente de la entrada a la calle de la Venta Blanca está la calle de Tejedores donde quedan todavía algunas casas con balcones adintelados, aleros de madera y cenefas de ladrillo en ángulo separando las alturas de los pisos. Tejedores es la calle que más ha cambiado el aspecto externo de sus viviendas, pero no su trazado urbano. Tanto esta como la de Venta Blanca han estado siempre habitadas por labradores. Generalmente las puertas y ventanas venían enmarcadas en ladrillo macizo así como la cornisa del tejado formando distintas combinaciones. A veces la puerta principal aparecía más ancha por la parte de abajo que por la de arriba a consecuencia de que pasaban por ella carros con el eje de las ruedas más largo que la carga de encima. Las ventanas presentaban distintos tipos de dinteles y tamaños, combinando las líneas rectas y curvas, disimuladas con el tiempo por enlucidos, enyesados o por simples lechadas de cal ¹¹.

En estas dos calles se conservan algunas costumbres populares. En la hoguera del día de san Babil se rusten los sabrosos *untamorros* con las longanizas de la matanza del cerdo y, entre los rescoldos, se asan patatas. Todo es poco para soportar a la intemperie el frío de esa noche invernal de febrero. Otras viejas tradiciones populares desaparecieron con los años, pero felizmente las nuevas generaciones no se resignan a perder estas señas de identidad local y las están repristinando.

4. La calle Mayor

Desde antiguo han radicado en la calle Mayor, oficialmente dedicada a don Ángel Dabán, prestigiosos comercios y tiendas, reconocidos por los pueblos vecinos de Funes y Marcilla, que venían a ellos con asiduidad para realizar las compras importantes. La llegada por la mañana del pequeño autobús-correo desde la estación del ferrocarril de Marcilla, dependía de la arribada de los trenes que subían y bajaban por la línea Castejón-Pamplona-Alsasua. Si sólo traían un retraso moderado, que era lo habitual, se oía la corneta avisando la voz del pregonero a las doce de mediodía: *¡Sardina, Anchoa, Besugo, Congrio, Atún, Chipirones, Merluza...!* La calle adquiría entonces un revuelo de amas de casa que acudían a las pescaderías para adquirir el pescado fresco del Cantábrico. Este venía entre hielo triturado y ramas de helecho en achatadas y chorreantes cajas de madera.

En mitad de la calle Mayor, mi abuela y mis tías regentaban un acreditado comercio de ultramarinos y tocinería. A tabique con él se abría la tienda de Carmen Larraz, de productos alimenticios y de limpieza. Eran clásicas las sardinas secas, llamadas no sé porqué *guardiaciviles*, expuestas a la puerta de su establecimiento en unos cubos de madera, redondos y achatados, de ahí su nombre de sardinas en cubo, como también se las conoce. Después venía la farmacia con alto mostrador, cerrado con cristalera, donde se abría una ventanilla para despachar los medicamentos, desde donde Julio Elcid Ilundáin, siempre muy puesto en su papel de veterano mancebo de botica, atendía a la clientela. Seguía la droguería, larga y estrecha, que pertenecía a doña Julia Irigaray, la misma dueña de la farmacia. Esta señora solía hacer punto sentada en un sillón de mimbre junto a la puerta, mientras sus dependientas, María Chueca y Pilar El Cid, servían desde un largo mostrador los productos que sacaban de una interminable cajonería pintada de verde.

Continuando por la misma acera aparecía el bazar de las dos entrañables hermanas, Araceli y María Luisa Delgado, más conocidas como *las Corellanas*, porque Corella era el pueblo de donde había venido su padre para instalar este comercio en Peralta. En un extremo esperaban atentas la llegada de los clientes con la labor de punto empezada sobre la mesa camilla. A continuación, Felisa Sánchez abría su pescadería. La pastelería estaba al final de la calle Mayor, esquina con la subida a la placeta del Pocho. La atendía José Gracia y su esposa Esperanza Jarauta, que elaboraban los pasteles que tanto me gustaban. Encima de la Pastelería, en el primer piso de una finca de tres alturas, don Ramón, telegrafista y maestro particular, atendía el servicio de telégrafos y una clase de repaso para niños.

Bajando a la plaza Principal desde la placeta del Pocho, oficialmente rotulada del *Progreso*, estaba la tienda de ultramarinos de Gregorio Villafranca, *el Feo*, y, enfrente, la panadería de Julián Campo, más conocido como el *Pocarropa*, y de Rosa Azpiroz, su esposa. En cuanto asomaba el cierzo del otoño aparecía en esta esquina, junto a la pastelería, Patro *la Castañera*, con un saco de castañas y el hornillo de carbón vegetal con una gran sartén agujereada y tapadera metálica, donde las asaba. Patro daba un tajo a las castañas con la navaja y las ponía a asar, removiéndolas lentamente con la paleta. Las vendía a 20 céntimos la docena, despachadas en un cucurucho de papel de periódico. Aquí permanecía hasta bastante después de los *Samblases*, durante lo más crudo del invierno.

Siguiendo la amplia acera de la plaza, *el Turuta* atendía a su fiel clientela en el bar Madrid, siempre con el buen humor que le caracterizaba. A continuación se abría el bar de la competencia, el Brasil. Después de una casa sin comercio, donde está el actual restaurante Atalaya, continuaba la mercería de María Josefa García. Recuerdo que aquí vendieron por vez primera en el pueblo botones de plástico, impermeables de plexiglás y medias de cristal, artículos que por su novedad nos llamaron poderosamente la atención.

Los dos comercios siguientes eran de tejidos y confección. Se abrían a la plaza, cuando en ella no tenía aún su sede el ayuntamiento. A través de amplias puertas de cristales atendían a la clientela los hermanos Casado y la familia Domínguez, respectivamente. Por este lado se acababa la calle Mayor con la panadería de José María Sánchez Camardiel y su esposa María Jesús, *la Chanrrina*. En el mismo edificio, haciendo esquina con la entrada al barrio de Tejedores, la familia de don Fructuoso Sánchez, maestro y hermano del anterior, vendía en el verano barras de hielo, helados y polos, que hacían las delicias de chicos y mayores.

Viniendo de nuevo a mitad de la calle y lindando con la tienda de mi abuela en la misma acera, pero tomando ya el sentido de la plaza de los Curas, estaba la casa con escudo de piedra de Guillermo Irigaray y María Jesús Zarraluqui, que tenían carnicería. Y, a continuación, la panadería y el amplio despacho de Eusebio Barcos, a donde yo acudía a comprar el pan cada mañana..

A veinte pasos, en un bajo del actual centro parroquial, Carmelo *el Alpargatero* acompañaba el ritmo de los transeúntes con los golpes que daba a las suelas de las alpargatas en el banco-obrador, puesto en plena calle, a la puerta de su establecimiento. Carmelo se especializó en la manufactura de alpargatas blancas con citas rojas para las fiestas patronales. Hacía las suelas trenzando cáñamo y esparto. Para calcular las diferentes tallas se atenía a unas señales grabadas en el banco de madera donde trabajaba. Sobre él formaba un aro, que rellenaba rápidamente de trenza y, estrangulándolo, daba la forma del pie hasta configurar la suela. Se ayudaba de una gruesa aguja salmera enhebrada con una *cosedera* de unos tres metros de larga. Dando varias puntadas atravesaba la suela horizontalmente. Empleaba también una pieza circular cóncava de hierro para no dañarse la mano contraria. Una vez terminada la suela, la golpeaba con una maza de madera, que es la que producía el sonido al que me he referido. Para hacer el empeine y el talón cosía en la parte anterior y posterior sendos trozos de tela de algodón azul, negro o blanco, según el color de las alpargatas que estaba fabricando, a los que cosía las cintas tradicionales. En las blancas alpargatas de las fiestas las cintas eran rojas y cruzadas en el empeine formando rombos. Carmelo era callado y hacendoso, religioso y servicial. Todavía conservo una fotografía en la que aparece en la procesión de la Virgen de Nieva, portando la cruz procesional, revestido de sotana y roquete y, flanqueándolo, sendos monaguillos con ciriales: uno es mi amigo Valentín Vidondo, el otro soy yo.

Un poco más adelante, dentro de un cuarto humilde, despachaba su mercancía Consuelo, *la Alpargatera*, parienta de Carmelo, mujer sencilla y afable, con ganas de agradar al cliente. La puerta acristalada de su tienda se abría a un mundo de esparto, yute, cáñamo, algodón, lana, cuero y goma. Estanterías hasta el techo con alpargatas de todos los colores, zapatillas de invierno y albarcas para el campo, llenaban las paredes. Su hijo, siempre con la salud quebradiza, trabajaba cuando podía en el banco de alpargatero, un gran pupitre artesanal con tablero inclinado, similar al de su pariente Carmelo. A

continuación venía la carnicería de Pepe Munillas, seguida de la alargada tienda-bazar de José Martín García, enfrente de la calleja *Matapadres*. Los ultramarinos de Isabel Balduz, formando rincón, y la carnicería de Serafín Irigaray, haciendo esquina con el pretil, cerraban por este lado el recorrido de la calle Mayor.

En la otra acera, empezando por la plaza Principal se encontraba la sastrería de Cecilio, la verdulería de Fermín Chueca y la acreditada cestería de José Blasco, más conocido por *Currusco*. A continuación la tienda de tejidos, confección y alfombras de Angelines Gil, viuda de José Velasco, primo carnal de mi madre, conservaba la estructura de los comercios clásicos, que tanto ambientaban la calle. El estanco de María Biurrun, a tabique del comercio anterior, lo regentaba la bondadosa Cándida Gómez. En el piso de encima, atendían solícitas el teléfono público las hermanas Zarraluqui. Con el bazar de Javier Sayés, la charcutería de Paquito Asín, el Círculo Carlista y el baile de Echeverría debajo, se llegaba hasta el cine Azkoyen, que formaba esquina con la citada calleja *Matapadres*. También esquinera, la casona de María Luisa Zueco se unía a la casa-palacio de don Ángel Dabán. Ambas estaban construidas con severo ladrillo ocre, pero la fachada de Zueco había sido blanqueada antiestéticamente con cal. La de Dabán contaba con bajos donde estaban la verdulería de *la Vasija*, los ultramarinos de la Isidora, el cuartito donde nos vendía golosinas *la Martina* y la pescdería de Pilar Larraz. En el piso alto con ventanas de arquillos de medio punto, vivían de alquiler algunas familias humildes. Una cruz de madera, incrustada en la fachada, indicaba que sus moradores originarios habían participado siglos atrás en alguna de las Cruzadas. A través del portalón de esta casa se accedía a una gran entrada empedrada con rújolos, que daba acceso a la planta noble. En ella había gran escalinata de pocos peldaños con una galería de arcos sobre columnas exentas cubierta por una airosa linterna que iluminaba todo el conjunto. Diseminados por las paredes de la sala de armas, colgaban armaduras, sables, espadas y trofeos de caza. Otras salas, alcobas, antealcobas y un oratorio privado ocupaban esta residencia veraniega de la extensa familia Dabán, que habitualmente residía en Madrid. Ambas casonas, declaradas en ruina inminente por dos arquitectos, fueron desgraciadamente derruidas, y en su lugar se construyeron nuevas viviendas y comercios modernos.

La panadería de Cándido Troyas, una carbonería, la casa de Diego y Mercedes Ayerra y la peluquería de caballeros de Juanito *Pelos*, cerraban el recinto de la calle Dabán, dando paso a la Mayor vieja, que no tenía comercios.

5. Antiguo y moderno nomenclátor de las calles

A lo largo de un milenio la villa de Peralta ha ido cambiando la ubicación de sus calles y su fisonomía de acuerdo con las necesidades defensivas y sociales de cada época. Pero fue sin duda el agua el condicionante principal que determinó siglos atrás el asentamiento junto al río de la nueva Peralta. Escribía al respecto el cronista Moret: *Con el tiempo la comodidad del agua y el cultivo menos trabajoso de su fértil campiña, baxaron toda la población a lo llano, quedando el nombre de lo que fue, no de lo que es*¹². Del año 1645 se conserva un apeo de vecinos y casas de la villa, en el que aparecen claramente numeradas hasta doscientas quince viviendas distintas con los nombres de sus propietarios¹³. Apenas quedan hoy vestigios de las calles de la primitiva Peralta, exceptuando la avenida central excavada en la roca de la entrada al recinto de *Petralta*

por la llamada Puerta falsa. Me refiero a huellas visibles, porque está claro que una concienzuda excavación en el promontorio y en la ladera arrojaría mucha luz sobre el trazado del poblado primitivo y de los periodos siguientes.

Hasta finales del siglo XVIII no aparece una detallada descripción de las calles peraltesas. La primera se trata de un memorial escrito en 1791 por el entonces médico titular de la villa, el licenciado don Antonio Ramírez. Su lectura justifica el pesimismo que rezuma el escrito del galeno: *La asquerosa situación que se echa de ver en casas y calles, la inmundicia y lodazales que las inundan, los charcos y balsas de aguas detenidas y corrompidas, los estercoleros en el centro e inmediaciones de la villa, y el corral que llaman de la Dula, forman un espectáculo que, a más de horrorizar la vista, las impresiones desapacibles que excitan en el sentido menos melindroso, manifiestan de un modo nada equívoco la ofensa con que amenazan aun a la constitución más vigorosa. Sólo la costumbre o la despreocupación pudo hacer el que las gentes civilizadas y de un sentido regular hayan podido acomodarse a vivir rodeados de tanta asquerosidad. Pero a pesar de cuanta fuerza se le quiere conceder al hábito, nuestra naturaleza no podrá mantenerse indemne en medio de un aire que, siendo el almacén en que se reciben los vapores hediondos, en que la corrupción resuelve todo cuerpo podrido, es preciso que, en vez de contribuir a nuestra conservación, como pábulo de vitalidad, emponzoña con el veneno de que se impregnó nuestra existencia* ¹⁴.

No se expresaba mal el licenciado. Desde luego elementos para la inspiración no le faltaban. La descripción continúa con una sarta de epítetos similares a los leídos, que desmerecen de un pueblo hidalgo como Peralta en pleno Siglo de las Luces. La verdad es que el deterioro y abandono urbanos estaban generalizados, sobre todo en las comunidades agropecuarias. De todos modos, el memorial no cayó en saco roto. La villa, hasta entonces umbría y cenagosa, recibió con especial sensibilidad la llegada del pensamiento higienista. Al amparo de la nueva mentalidad sanitaria, el ayuntamiento, después de pedir licencia al Consejo Real, destinó más de 17.000 reales para el saneamiento y urbanización de las calles. Se empedraron alrededor de 30.000 varas de suelo, recabándose la ayuda del experto agrimensor Juan Martínez, oriundo de Lodosa. También se trajeron los materiales pétreos adecuados de canteras lejanas. Dentro de las obras entró el allanamiento de la plaza Principal de entonces y el enrastrillado del barranco para evitar la formación de las aguas putrefactas. Pero el problema no se terminaba aquí. Las Adoberías –aunque de las cinco existentes sólo trabajaba una–, con la pestilencia característica del adobo de los pellejos, escurrían sus aguas malolientes desde lo alto del barranco donde estaban situadas hasta las calles bajas camino del río.

Como el corral de la Dula, en mitad del pueblo, impedía el saneamiento total, se consiguió su traslado a la era del Vínculo, en las afueras del pueblo. Además se comunicó con el río el tramo final del gran barranco, mediante un conducto subterráneo que recogía las aguas de la placeta del Pocho cuando bajaban del monte las aguas de la lluvia. Estas obras consiguieron evitar el atropello de las caballerías y mantener el nuevo empedrado en buenas condiciones. En 1796 se formó una junta y se iniciaron las obras en las calles Drecha y Subida a la iglesia, que se realizaron por etapas. En la calle de la Barrancada, una de las más rectas y anchas del pueblo, se originaron reclamaciones y pleitos de particulares a causa de algunas demoliciones que necesariamente tuvieron que hacerse. Pero a partir de 1790 las dificultades fueron superándose. Y en 1809, con las obras acabadas, Peralta ofrecía ya un bello y atractivo aspecto externo, el que le correspondía por sus condiciones, su historia y su hidalguía.

De entonces datan los escudos en piedra de las casas solariegas que ennoblecieron con relevancia el ocre ladrillo macizo de las fachadas y que todavía dan hoy prestigio al paisaje urbano de las calles. El pensamiento, la pluma y el tesón de aquel ilustrado médico higienista, el licenciado Antonio Ramírez, responsable de la parcela sanitaria peraltesa, bien merecerían la dedicación de una calle o una placa conmemorativa en el casco antiguo. Igualmente se podrían recuperar en los trazados de las nuevas calles algunos de los nombres de las antiguas que se mencionan en las citadas obras de saneamiento y urbanización, al igual que se han conservado otros.

Este es el callejero antiguo: 1 Arco Largo, 2 Arco Viexo, 3 Barrancada o Barranco, 4 Barrio de la Carnicería, 5 calle Baja de los Tejedores, 6 calle de Josef Aldea, 7 calle de la Capellanía de la Misa de once, 8 calle de la Carrera, 9 calle del Diezmo, 10 calle del Mesón, 11 calle Drecha, 12 calleja de Monleón, 14 Corral de Adoberías, 15 Corral de las Yeguas, 16 Era del Vínculo, 17 plaza Principal, 18 plazuela de Galdeano, 19 plazuela del Diezmo largo, 20 portal de Siete Cabezas, 21 primer Trinquete, 22 puente de san Miguel, 23 puentecillo del Barranco, 24 Salaberri, 25 segundo Trinquete, 26 Solana Alta, 27 Solana Baja, 28 Tañerías, 29 Venta Blanca y 30 Ventura Pérez ¹⁵.

Según Madoz, en el año 1802 tenía Peralta 500 casas y 2.770 habitantes ¹⁶. En 1849, mediado el siglo XIX, alcanzaba ya los 720 vecinos, que suponían unos 3.200 habitantes, y una riqueza de 1.118.449 reales. Había 509 casas, repartidas en 27 calles y tres plazas, por lo que, a pesar del aumento de habitantes, apenas había variado el número de casas. Las calles estaban bien empedradas, con aceras en las principales y alumbrado de reverbero a cargo de tres serenos ¹⁷. En 1888 el núcleo urbano se mantenía, constituido por tres partes esenciales: una pegada a la roca con 19 cuevas y casitas pobres al estilo de las del sur de España; otra que, por bajar de esta parte alta, era de callejas estrechas y escalonadas, con casas por lo general de dos pisos; y la tercera, de calles más anchas y largas, que arrancaban o terminaban en la orilla del río en dirección de este a oeste. Muchas casas siguen siendo en la actualidad estrechas, con altura de hasta tres pisos, balcones no muy antiguos y revocos de pintura en las fachadas y, en algún caso, poseen secaderos o solanas ¹⁸.

La Enciclopedia Universal Espasa publicaba en 1920: *Peralta, municipio de la provincia de Navarra, consta de la Villa de su nombre y de 82 edificios y albergues aislados. Tiene 716 vecinos y 3.537 habitantes, según el censo de 1910. Antiguamente se encontraba en lo alto de un monte vecino, donde aún se conservan algunas ruinas; pero fue trasladada a su actual emplazamiento en la llanura antes de terminar el siglo XII. La edificación principal de la población parece ser de muy adelantado el siglo XVI. Son sus casas de ladrillo, de tres y cuatro pisos la mayor parte, y en el piso superior llevan galerías abiertas, con ventanales en arco de medio punto. Algunas ventanas con labores de yeso demuestran ser sus casas de esta época* ¹⁹.

En menos de dos siglos Peralta ha doblado ampliamente en número y calidad el trazado de sus calles, ha cambiado por circunstancias diversas no pocos de sus nombres, ha abandonado algunas en la parte alta, pero sobre todo se ha extendido por el sur y oeste en la llanada, junto al río. A las calles peraltesas no les ha apetecido saltar a la otra orilla del Arga. El abastecimiento de las aguas potables y el alcantarillado para los residuos mejoraron el aspecto sanitario hace casi cien años. Hoy las calles están totalmente asfaltadas, con las aceras bien pavimentadas y algunos semáforos regulan ya la circulación motorizada.

Dispongo de este otro callejero de hace unos años. Posiblemente habrá que completarlo con las últimas calles y plazas, que desconozco. Conserva y recuerda una pequeña parte del callejero anterior, acrecentándolo con nuevos nombres hasta un total de sesenta y siete:

Adoberías, Afueras, Aguardenterías, Alta de Tejedores, Altillo, Ángel Dabán, Arlas, Avenida de Funes, Avenida Leizaur, Avenida Marqués de Estella, Avenida San Silvestre, Bajada Escuelas, Bajadero Primero, Bajadero Segundo, Barranco, Barrio Barandalla, Belena Solana Alta, Blanca de Navarra, Cantarranas, Carnicerías, Carretera de Madrid, Caserío, Cementerio, Corte, Cortijo, Diseminado, Don Tadeo, Espoz y Mina (Matapadres), General Mola (Tejedores), General Sagardía, Hornos Medina, Juan Bautista Irurzun, Juan de Labrit, Julián Gayarre, La Paloma, María Auxiliadora, Mayor Nueva, Méndez Núñez, Monasterio de Leyre, Nuestra Señora de Nieva, Nueva, Olite, Pablo Sarasate, Pamplona, Plaza de los Fueros, Plaza de Emilio Rodríguez Irazusta, plaza Principal, Poyo Alto, Poyo de Tejedores, Progreso, Raso Jaurrieta, Rincón de la Llorona, Río, San Blas, San José Obrero, San Juan, Sancho el Fuerte, Solana Alta, Solana Baja, Tafalla, Tienda, Torre, Travesía del Aragón, Travesía del Arga, Travesía Corte, Venta Blanca y Verdura ²⁰.

6. Las cuevas

Para terminar el capítulo no puede faltar, aunque sea someramente, una referencia a las cuevas, lugares ya habitados en la Edad Media, según cuentan algunos textos árabes ²¹. Este hábitat no es privativo de Navarra, sino que se usa también en Aragón, Castilla, regiones del sur de España e incluso en Francia, Suiza, Italia y Portugal.

Con ocasión de los problemas surgidos en el siglo XVII entre los munícipes peralteses y los frailes capuchinos, estos escribieron en su defensa que *gastaban muchas horas con los moribundos en las cuevas, porque la gente pobre habita en lo más alto de la villa, a donde se sube por sendas muy dificultosas y peligrosas...*²². Según escribe Urabayen, hacia 1929 vivían en cuevas el 35 % de los habitantes de Milagro, el 30 % de Arguedas, el 27 % de Azagra, Mendavia, Caparrosos y Peralta, el 10 % de Andosilla, y cantidades inferiores en Buñuel, Cintruénigo, Corella, Cascante, San Adrián, Lodosa, Lerín, Los Arcos, Funes, Cárcar... Poblaciones todas ellas próximas a Peralta ²³.

Las cuevas han sido en estos pueblos signo evidente de inferioridad económica y social. Cuando un hombre con escasos medios quería casarse, comenzaba a excavar la vivienda en algún lugar de la parte más alta del pueblo, haciendo galerías en un suelo de por sí yesoso y practicable. Las cuevas, por lo general fueron de una planta. Constaban de un pequeño portal o distribuidor, desde el que se accedía a la cocina, la despensa y los cuartos para dormir. A veces tenían también cuadra y bodega. Estos habitáculos de techos bajos y ligeramente abombados se comunicaban unos con otros a través de arcos separados por cortinas. Y para que sobre ellos no hubiera excesivo peso, se excavaban bastante arriba de la ladera. Por dentro las cuevas estaban pintadas de cal teñida ligeramente de añil. El suelo era de tierra apisonada, aunque las mejor acondicionadas lo tenían de yeso pintado de rojo y encerado, o de baldosas de barro cocido. Todo emanaba una digna pobreza.

Poco a poco, a las cuevas se fueron adosando construcciones exteriores, generalmente de adobe, originando así un hábitat mixto. Las cuevas no pagaban impuestos de ninguna clase. Y se heredaban de padres a hijos. No hace muchos años se fueron desmantelando, y así desapareció su fisonomía característica y un modo de vida peculiar. La idea general sobre el escaso valor de las cuevas llegó también a las esferas gubernamentales, hasta ser considerada su destrucción como un acto de promoción social ²⁴. El tiempo dirá si ha sido un error o una medida acertada

NOTAS:

1. Caro Baroja, J. *La casa en Navarra*, IV, 1982, pág. 122. Se basa en J. Carrasco, *La población en España...*, pág. 251-255, 320-321 y 622.
2. Hoy dedicada mediante placa al peraltés don Emilio Rodríguez Irazusta, inventor del D.N.I. (1860-1919).
3. *Catálogo Monumental de Navarra*, III, *Merindad de Olite*, pág. 393.
4. *Ibid.*, pág. 394.
5. Caro Baroja, *ibid.*, pág. 124.
6. *Catálogo Monumental...*, pág. 393.
7. *Ibid.*
8. Están recogidas por María Villafranca en su delicioso libro *Peralta visto con humor*, pág. 167.
9. Caro Baroja, J. *Etnografía Histórica de Navarra*, vol. II, pág. 82-84.
10. *Catálogo Monumental...*, pág. 394.
11. Caro Baroja, J., *ibid.*, pág. 245 y 246.
12. Moret, *Anales...*, II, pág. 409, libro XVIII, cap. VI, págs. 82-84.
13. Archivo General de Navarra, secc. Estadística, legajo 29, carp. 23: *Apeo de los vecinos y casas de la de la villa de Peralta, compresa en la Merindad de la ciudad de Olite, hecho en el año de 1645*. Es un manuscrito de 28 págs.
14. Idoate, F. *Rincones...*, vol. III: *Sanidad y Urbanismo en... Peralta*, pág. 743.
15. *Ibid.*, págs. 743-745.
16. *Diccionario...*, 1808, II, fol. 250b y 251b.
17. *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones...*, vol. XII, Madrid, 1849, pág. 803.
18. Caro Baroja, *ibid.*, págs. 123 y 124.
19. *Diccionario...*, t. XLIII, pág. 513.
20. Lista proporcionada por el oficial del ayuntamiento Javier Osés en 1990, a quien expreso mi agradecimiento.
21. Caro Baroja, J. *Etnografía...*, vol. II, pág. 221.
22. AGN, Archivo Secreto del Real Consejo, libro II, tit. 8, faxo V, núm. 34, fols. 15 y 16. Carta de la Provincia Capuchina de Navarra, dirigida al Presidente del Consejo Real.
23. Caro Baroja, J. *La casa en Navarra*, págs. 109-114.
24. *Íd.*, *Etnografía...*, pág. 223.



5. Escudo rococó del siglo XVII en la casa número 5 de la calle Bajadero segundo.



6. Templete de la música, cubierto por una helada en el paseo del Arga.



8. Los gigantes en fiestas, recorriendo la calle Mayor vieja y la plaza Principal.

CAPÍTULO VI: ROMERÍAS Y ROMEROS

1. Hagiografía local

Además de las imágenes del Señor, de la Virgen, san José, san Pedro, san Juan Evangelista, san Blas y el arcángel san Miguel, ya descritos en páginas anteriores, la hagiografía local cuenta con otras imágenes populares, generalmente pequeñas, a las que la gente devota ha profesado siempre sincera devoción y se conservan actualmente en diferentes estancias parroquiales.

Entre estos bienaventurados hay algunos que vivieron en los primeros tiempos del cristianismo y otros que son más recientes. A los primeros pertenece san Silvestre, que tuvo ermita a las afueras del pueblo hasta principios del siglo XX; san Antonio abad, más conocido como san Antón, que suele representarse acompañado de un cerdo en recuerdo de las tentaciones que sufrió en el desierto (aunque hay otras interpretaciones igualmente válidas); san Juan Bautista, al que hallamos en la vidriera del baptisterio de la parroquia; san Martín, que un día también tuvo ermita; san Babil, que durante muchos años ocupó un puesto en el retablo de san Pedro; el obispo san Fermín, patrono de la diócesis; santa Águeda, que presenta los pechos cortados sobre una bandeja; santa Lucía, posible titular de la vieja ermita en ruinas sobre el monte; y finalmente san Roque, con su perro, que tuvo altar en uno de los pilares centrales de la parroquia hasta mediados del siglo pasado.

Efigie más reciente es la de santa Rita de Casia, de gran devoción entre las mujeres por su múltiple condición de soltera, casada, viuda y monja a lo largo de su vida. De san Isidro labrador y su yunta de bueyes hay dos estatuas: la antigua es muy bella y de pequeña factura, mientras que la moderna, comprada por sus cofrades en Olot hacia 1950, es de proporciones naturales, pero tiene escaso mérito artístico. San Antonio de Padua también tuvo dos imágenes: la de la cofradía de la parroquia y la de la cofradía del convento capuchino. Solo se conserva la primera, una bella efigie barroca con hábito de estofados dorados. La segunda pudo muy bien haberse ido con los frailes en el siglo XIX.

Algunos de estos santos han dejado su huella en la cultura y en los festejos populares. Se celebraron en su honor romerías y novenas, se prendieron fogatas festivas y se realizaron comidas y meriendas en el campo y en el monte. De todo ello aún persiste algún tibio recuerdo, sobre todo en las costumbres de niños y jóvenes.

De san Francisco Javier, patrón de Navarra, se conservan dos estatuas. La más antigua es una exquisita talla barroca, posiblemente anterior a la canonización del santo. Su dimensión es más pequeña que la estatura natural. Va vestido con sotana, sobrepelliz y estola, estofadas en oro; sostiene en una mano un crucifijo, que señala con la otra mientras el santo lo mira dulcemente. Quizá estuvo en algún retablo de la iglesia, de donde pasó a presidir el Círculo de Estudios en la casa parroquial. Hoy se encuentra en el centro de Acción Católica de la calle Mayor. La otra efigie del santo patrón de las misiones, menos artística, es de dimensiones normales y se compró en la primera mitad del siglo XX. Lleva sotana negra y fajín del mismo color. Su cara y sus manos sonrosadas son el único contrapunto atractivo de la imagen, que resulta algo hierática. Actualmente se encuentra sobre una peana en uno de los pilares cercanos al presbiterio de la iglesia parroquial.

2. Romerías a la patrona de La Ribera

Ujué parece un palomar de piedra cuando el sol barre la niebla de su sierra y se divisa en lontananza. Es visible desde casi cualquier punto de La Ribera como un trono de nubes, como una avanzadilla del cielo en la tierra, como un telón de fondo de muchas esperanzas, como un castillo medieval rezando de rodillas. Se sabe que ya era tradicional en 1568 ir los devotos de Peralta en peregrinación a Nuestra Señora de Ujué, una Virgen románica de profunda y maternal mirada. Esta peregrinación se sufragaba con los bienes decimales de la parroquia ¹. Desde entonces, el segundo domingo de mayo Ujué sonaba en Peralta a campanas de gloria por la bonita leyenda de una paloma blanca.

Tenía yo apenas seis años cuando hice mi primera romería a Ujué un 12 de mayo de 1946. Aquella primavera había llovido sin parar, especialmente en los días anteriores a la peregrinación. La visita de los cien romeros peraltenses se organizó en dos camiones, un autobús y un taxi. Los camiones se quedaron en san Martín de Unx, desde donde los peregrinos iniciaron el camino a pie. Yo seguí en el renqueante autobús con otros niños y algunos ancianos. Al llegar al crucero de piedra –un encuentro de caminos antes de entrar a Ujué–, descendimos del autocar y esperamos a los que venían caminando. Aquel año la peregrinación del pueblo de Gallipienzo coincidía con la de Peralta, pero no pudo celebrarse por el mal estado de los caminos debido a las abundantes lluvias.

Desde el crucero subimos por calles empedradas hasta el castillo-santuario entonando cánticos marianos, algunos de ellos con aire jotero. Después de la misa visitamos el conjunto arquitectónico, que estaba en obras. La visión del relicario de cristal transparente con el corazón momificado del rey Carlos II el Malo ¹ impresionó vivamente la imaginación de mis cortos años. Comimos en los locales de la casa prioral. El párroco-prior era a la sazón el sacerdote peraltés José Castillo Delgado. A media tarde nos despedimos de la Virgen, patrona de La Ribera, con el canto de la Salve, y regresamos a Peralta utilizando los mismos medios. Repetí la peregrinación en 1948. El estado de los caminos permitió a muchos romeros realizar el viaje a pie desde Beire. De nuevo tuvimos que esperarles largo rato en el crucero, porque se perdieron al interpretar mal las señales del camino. No me resisto a extractar la detallada descripción que de la llegada y adiós a Ujué escribe emocionada una peregrina:

En una larga procesión, forman los pueblos romeros. Entre ellos no se advierten más divisiones que el Crucificado que cada grupo lleva delante de sí: Cristos adornados con hierbas campestres y flores, llevados a brazos del primer romero que guía el rosario o la canción; o recostados con amor sobre el roquete blanco del cura del pueblo que encabeza a sus mozos en la visita. Mezcladas en el aire las coplas del romancero popular, las avemarías y el saludo de las campanas, estos entunicados, de vigorosa silueta sobre el amarillo de la vieja piedra de las casas de Ujué, pintan la más fuerte estampa del medievo que darse pueda en estos tiempos. Cuando entre tanto ruido dispar hiere el oído el rebote de las cadenas por los cascajos de la calle, y la sangre tiñe el camino que sube hacia la basílica, por muy alejado que el espectador esté de lo espiritual del cuadro, siente en el alma y en el cuerpo el trallazo del látigo emocionante de la fe que palpita grandiosa, mientras con realismo que hasta espanta, desfilan los penitentes [...]. Desde una ventanuca abierta en el inmenso lienzo de la pared, como nacida entre el tapiado ventanal de puro estilo renacimiento, caras aldeanas enmarcadas por la mantilla miran y rezan con los penitentes, asomando por entre los geranios rojos de hojas aterciopeladas y como polvorientas...

Ya en la basílica, ante la Señora, se aprietan los romeros. Descubierta el capillo, se muestran morenos y sudorosos los rostros de fuerte trazo, de noble y agudo mirar. Sonríen los ojos de contento a los pies de la Virgen, aunque debían estar preñados de cansancio y dolor. Y aunque los pies estén deshechos y las rozaduras hablen elocuentes en los hombros del peso de la Cruz, en aclamación que no cesa, de cada pecho sale como un estallido el mismo grito: ¡¡Viva la Virgen de Ujué!! Truenos de vivas, pugilato de gargantas en estos vítores, antes que la primera oración brote ante Ella; antes que comience la Misa, en la que junto a los cruceros cantarán niñas enmantilladas con espesos velos, que bordan a un tiempo rima y contraste con las caras varoniles, con su traza ingenua y fervorosa de mujeres en agraz. Y tras las cinco o seis horas de duro camino, es un momento de la más fina emoción, ver cómo estos hombres, uno tras otro, domeñado su entusiasmo por la devoción, van acercándose a comulgar silenciosos y devotos. Después de la Misa, tendidos los manteles sobre la hierba, o en platos bien servidos en casa de tal o cual pariente, la comida espera. Porque la gente de esta tierra, gusta de hacer todo bien. Y, desde luego, en este todo entra de manera muy destacada el comer [...].

Más tarde, por las calles de Ujué, anónimos entre la mocina como anónimos bajo la túnica, los romeros, cogidos del hombro, bajan y suben las calles [...]. Oyendo cantar han dado ya las cuatro, y los romeros van otra vez hacia la cumbre para decir y gritar la despedida a la Virgen de Ujué: ¡Adiós, oh Virgen querida! / ¡Adiós, Madre nuestra, adiós! / Dulce consuelo en la muerte / y prenda de salvación. La iglesia tiembla al sentir cómo vibran las voces de los romeros. La Salve, emocionante despedida, es a la vez un ramo de alabanzas y de ruegos, una promesa de fidelidad y de cariño hasta la muerte. Cuando acaba, la despedida se cuaja de canciones que cada pueblo en grupo dice a la Virgen de Ujué. Son el himno de gloria que más vibra a los pies de la Patrona de la Ribera navarra en este día en el que los cruceros de toda esta tierra vienen a visitarla. Como arrastrados por la hora, y repitiendo los gritos de vivas clamorosos a la Virgen, va otra vez desfilando la procesión romera calles abajo del pueblo, mientras bandean las campanas en la torre su despedida. Cuando llegan al crucero los romeros se parten en mil pequeñas procesiones para volver por el camino de regreso a su pueblo [...]. Y la Virgen de Ujué morena, ribera y navarra, les bendice en su caminar ².

La parroquia de Peralta se asoció en 1952 a la fiesta jubilosa de la coronación canónica de la imagen de la Virgen de Ujué. De víspera salieron hacia el santuario los adoradores nocturnos, unos a pie y otros en camiones, y por la mañana emprendieron el viaje hasta el crucero dos autocares repletos de peralteses y varios taxis, encabezados por las autoridades y el clero. Don Enrique Delgado Gómez, obispo de Pamplona, actuó de legado pontificio de la coronación, apadrinando el acto la excelentísima Diputación Foral.

3. De nuevo a Ujué

Hoy he vuelto a Ujué. Hacía tiempo que deseaba recrear en directo los recuerdos nebulosos de mis primeras romerías infantiles. Desde la parte superior del pueblo se divisa un paisaje grandioso: un mar de ondulantes lomas, hoy áridas por ser verano, que suben desde más allá de las Bardenas por las tierras fronterizas del antiguo reino de Aragón. Por el nordeste, la sierra de Leyre, desdibujada, se adentra hacia el Roncal; por

el suroeste, declives constantes bajan hasta los ríos Cidacos y Arga; el tapiz de los pueblos diminutos de La Cuenca se divisa hacia el noroeste; y se adivinan por el suroeste las calcinadas Bardenas Reales, donde el horizonte navarro se funde con el aragonés junto a las aguas del río Aragón.

Recorro las calles de Ujué, henchidas de Medieval. Las casas de sillarejo y los palacios de sillería se asientan en la ladera. El pueblo, vacío hoy de romeros, no ha cambiado durante siglos. Es media mañana y brilla el sol redondo del mes de agosto, pero el airecillo de la sierra norteña reta al calor, y se agradece. Mi familia y los amigos que nos acompañan, mareados por las curvas que nos han traído aquí desde el Pirineo, tienen suficiente con contemplar el paisaje mientras yo deambulo por calles y callejas admirando pórticos, capiteles románicos y escudos barrocos.

El templo me sobrecoge igual que de niño. Recordaba vagamente unos grandes damascos que enmarcaban a la Virgen, al tiempo que celaban discretamente las obras de restauración de la cabecera. Ahora la imagen preside desde una esbelta columna de piedra el triple ábside románico³. Me viene al recuerdo la iglesia abacial de Leyre, que acabamos de visitar esta mañana. La nave de la iglesia de Ujué, ampliada en el reinado de Carlos II, se acaba en un coro gótico alto que tiene sillería rococó de veintitrés sitials. En sus tableros del siglo XVIII hay escenas de temas marianos⁴. Me siento en medio de la nave, fresca y agradable. Miro la talla de la Virgen... y vuelvo a ser aquel niño romero.

A la patrona de La Ribera

Bajo las ondas de tus cabellos
revolotea un profundo mirar
en hierático ademán de medieval.
Tus ojos grandes y bizantinos,
que reflejan siglos pasados,
mantienen en el presente
la devoción de un milenio.

Tus cejas, arcos rebajados,
de románica anatomía,
acogen complacidas al romero;
la rampa estrecha y perfecta
de tu recta nariz navarra,
desemboca en el rojo pozo
de una boca callada y prieta.

De pedrería es tu garganta,
con exvotos de plata y oro
por el pecho derramados;
dosel para el Hijo amado,
tu cómodo regazo de madre.
Y en las manos oferentes,
la flor de lis heráldica.

Hoy llego a Ti, peregrino,
hasta tu recamado manto,
hasta tu mandorla de esmaltes,
a rendirte sincera pleitesía,
humilde vasallaje agradecido
y sumisión de súbdito rendido,
como antaño, cuando era niño.

A Ujué acuden peregrinos desde hace casi mil doscientos años. Romeros de Peralta, Pitillas, Tafalla, Olite, Funes, Villafranca, Marcilla, Falces, Milagro, Arguedas y Valtierra, llegan a los pies de su patrona sobre todo en primavera. Pero también acuden los del Val de Ilzarbe, Obanos, Puente la Reina... Del distrito de Leoz son catorce los pueblos que se acercan. Una mayoría de ellos hace el trayecto a pie, otros, motorizados de diversas maneras. A veces el cierzo azota de cara frenando las escasas fuerzas que les quedan a los cuerpos exhaustos que suben caminando. Pero no importa, la visita a la paloma de Ujué, a la Uxúa vasca –encontrada según bella leyenda en el hueco de una roca–, compensa de los cansancios y las inclemencias del tiempo ⁵.

Después de varios años de olvido y desidia, Peralta despertó de nuevo a la cita romera. A finales de abril (no pudo recuperarse el segundo domingo de mayo), un grupo de chicos del colegio público, dirigidos por el sacerdote Juan Jacinto Sayes y otros adultos entusiastas, volvieron a cantar el rosario romero caminando hacia el santuario desde el crucero. Con esta ocasión se fundieron dos nuevas campanas manuales ⁶.

Hoy me falta tiempo para más recuerdos y una contemplación más pausada. Me esperan ya para reanudar el viaje. Antes de marchar, le prometo a la Virgen volver. A la salida, la ermita de san Miguel, también románica, está implorando clemencia por remediar su ruina. Por las calles que bajamos, suben gentes vestidas de fiesta. Dos jóvenes riberos enlazan su amor delante de la Virgen de Ujué ante familiares y amigos. Desde la carretera Ujué parece ahora un recortable sobre el límpido horizonte del mediodía. Hace calor al pasar por Olite. Y la Virgen de Ujué anida en mi nostalgia.

4. Las *Javieradas*

El nombre de *Xavierada* la empleó por primera vez el jesuita Bernardo Monzón en 1669. Con esta palabra aludía a las hazañas del apóstol de Oriente, Francisco de Javier, dentro de las cuales incluía la fama de andariego que tenía el santo ⁷. Hasta 1886 no se registran peregrinaciones a la cuna y castillo de Javier. Y fue con motivo del último cólera morbo asiático –que por algo Javier fue misionero en Asia–. Más de 20.000 navarros acudieron entonces a implorar ayuda a su paisano en una jornada llena de entusiasmo. Después no hubo más marchas a Javier hasta los años de la Segunda República.

La disolución de la Compañía de Jesús hirió los sentimientos religiosos de muchos navarros y provocó una reacción de simpatía hacia el castillo y la basílica de Javier, que habían sido abandonados y precintados por orden gubernativa. Comenzaron a acudir grupos organizados de gente todos los días de la novena de la Gracia, del 4 al 12 de marzo. La rosa de los vientos de los caminos de Navarra se llenó de canciones, rezos y

penitencias. No faltó, por el contrario, alguna acción intimidatoria de gente aislada que no aceptaba de buen grado el resurgir de esta devoción popular ⁸. Poco después, Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona, patentó sin pretenderlo el término *Javierada* al aplicarlo al alzamiento militar del 18 de julio de 1936. Pero enseguida cambió de significado para expresar cualquier marcha al pueblo de Javier en homenaje al apóstol de las misiones. José María Iribarren registraba definitivamente este neologismo: *Javierada, nombre que dan a la romería anual de los mozos al castillo de Javier* ⁹.

José María Pemán, con motivo de las bodas de plata del estreno de su obra escénica *El Divino Impaciente*, consagró aquél término cuando lo comparaba a otros avatares de esta tierra navarra, en una arenga a los mozos desde las piedras del castillo: *Las Javieradas son como los Sanfermines ideológicos y religiosos de este pueblo que se ha pasado la vida corriendo delante de todos los toros físicos y mentales. Corrió delante de la Reforma con sus grandes Santos, gigantescos, y delante de la Enciclopedia con la Guerra de la Independencia y delante del Liberalismo con las guerras Carlistas y delante del Marxismo con su aportación a la Cruzada Nacional; y sigue corriendo delante de todos los desmayos y desilusiones de la hora presente, con este ímpetu de la Javierada, que viene a ser como una suma de las impaciencias de Javier, y las impaciencias de Navarra eternamente joven, alcanfor de España y espliego de Occidente, que se ha pasado la vida ganando por la mano a todos los errores en los magníficos y tumultuosos Sanfermines de su historia* ¹⁰. Mientras así peroraba Pemán, nevaba copiosamente sobre Javier en aquel mes de marzo. El paisaje de su monte bajo y albo casi se nivelaba con la fragosa sierra de Leyre, al fondo. La inspiración del poeta gaditano plasmó musicalmente ese momento histórico: *La Javierada, partitura blanca en el atril del Pirineo*.

Quien desbrozó definitivamente los impedimentos que originaban las marchas a Javier fue la Hermandad de los Caballeros voluntarios de la Cruz, erigida por el obispo Olaechea en la iglesia de Irache en diciembre de 1939. Iban andando al castillo en la novena de la Gracia, anteponiendo al blanco níveo de Pemán el color morado de la penitencia cuaresmal ¹¹. Eran años de posguerra, y un hálito de disciplina castrense corría por la romería: "capotes, cruces y banderas ligaban los caminos y nadie discrepaba", escribe el padre Recondo, alma de Javier y de las *Javieradas* ¹². Imitándoles, los mozos de los pueblos ribereños –supone más sacrificio subir de cara al aire del Pirineo que dejarse caer de los valles del norte por la sierra de Errando– empezaron a caminar su *Javierada*. Los de Valtierra reivindican la primicia de estas andaduras. Se organizaban de tal manera, que llegaban al castillo de mañanica, después de tres días caminando y perdiéndose a veces por los páramos bardeneros. Aquellos mozos valtierranos, ya ancianos, describen hoy sus primeras *Javieradas*: *Cuando divisábamos Javier sobre las ocho de la mañana, uno de nosotros entonaba, y todos coreábamos, la aurora de Peralta: "Escuchad, escuchad / lo que Cristo enseñaba / y el gran san Ignacio / decía a Francisco Javier: / ¿ganar todo el mundo / y el mundo perder?"*.

La Acción Católica, sobre todo la rama de la juventud masculina, impulsó las *Javieradas*. El aguanieve que calaba los huesos y el cierzo que curtía los rostros, creaban el ambiente idóneo para la liturgia cuaresmal de marzo. Poco a poco, entre los años 1947 y 1952 las filas de romeros se fueron apretando y los grupos apelmazaron a su paso la tierra de los caminos, mientras recogían por los pueblos a nuevos peregrinos. Los curas se ponían al frente, curas jóvenes y viejos que confesaban a los mozos haciendo

itinerario. En 1952 se podía hablar ya de una masa compacta de juventud marchando a Javier desde casi todos los rincones del viejo reino.

El mocerío peraltés no fue de los últimos en responder a este reclamo. A imitación del extremado clima navarro, así actuaron también los mozos. Cuando dijeron "allá vamos", fueron. La primera *Javierada* de Peralta se realizó en 1949, como preparación del Año Santo de 1950. Ese mismo año padecieron un accidente los mozos de Larraga y Carcastillo, en el que murió uno de ellos al volcar el camión en que viajaban a su regreso de Javier. Ni las distancias, ni las inclemencias del tiempo fueron obstáculo para los mozos peraltés. Recuerdo vivamente cómo salieron alrededor de una veintena, encabezados por el joven párroco don Carmelo Velasco, un entusiasta de Javier, en cuya basílica había cantado su primera misa diez años antes. Todos llevaban bordón de peregrino como en el camino de Santiago. Los están viendo todavía mis ojos de niño en la breve escalinata del pórtico de la parroquia. Numerosos muets y mayores los despedimos allí. Salieron alegres por la calle Mayor vieja. El Puente y la carretera de Arlas se tragaron sus primeras y nerviosas pisadas. Emplearon dos jornadas en hacer el camino, pernoctando la primera noche en los locales parroquiales de San Martín de Unx, donde sus pies llenos de ampollas recibieron esmerada atención. La segunda noche se alojaron ya en Sangüesa. Esta ciudad ha demostrado siempre su *javierismo*, hasta el extremo de que muchos sangüesinos se quedan sin cama para ofrecérsela al peregrino. Su hospital parecía un gran escenario con grandes hogueras calentando calderos de agua para curar los pies lacerados de los romeros. Desde Sangüesa, los peraltés y los demás mozos de La Ribera y de La Cuenca marcharon unidos los ocho kilómetros que les separaban de Javier, entre el fervor de las oraciones, los cantos penitenciales y el ardor de las jotas. Desde entonces, los pueblos envían sus mensajeros a Javier el domingo intermedio de la novena de la Gracia, entre el 4 y el 12 de marzo.

En 1952, celebrándose el IV Centenario de la muerte del santo, un viernes al mediodía salieron hacia Javier veintiséis jóvenes peraltés. Esta vez peregrinaba con ellos el coadjutor don Javier Alfonso, que estando de cura en Larraga había padecido con sus mozos el mencionado accidente tres años antes. El día 8 por la noche se unieron a esos jóvenes otros setenta más que, en dos autocares, fueron hasta Sangüesa para terminar a pie un itinerario que ya empezaba a ser un clásico. El día 9, después de una jornada apoteósica que reunió a doce mil jóvenes, regresaron al pueblo nuestros peregrinos. Con las mochilas y las mantas entraron a la iglesia para cantar una Salve a la Virgen de Nieva en compañía de la gente que los había recibido con volteo festivo de campanas. Y así marcharon a Javier cada año los mozos de Peralta. Hoy, aquellas *Javieradas* iniciales y un tanto dispersas se han generalizado y reglamentado. Podríamos decir que se han estandarizado. Pero conservan su autenticidad. Mujeres y hombres maduros, niñas y niños, también realizan sus *Javieradas*. La facilidad de los medios de locomoción y el confort imperante han desvirtuado en cierto modo los esforzados fervores de los primeros romeros. Pero Javier, en contrapartida, se ha convertido en santuario universal, hasta el cual el mismo Pontífice, el actual beato Juan Pablo II, ha peregrinado.

Yo hice mi primera *Javierada* a los doce años desde el seminario, cuando el IV Centenario. De Pamplona a Sangüesa fui en autobús con mis compañeros, y de aquí a Javier a pie, estrenando la ruta del vía crucis de piedra. La mañana chispeaba, pero mi incipiente adolescencia ni lo notaba. Al llegar a la cruz que costearon los mozos de Larraga y de otros pueblos riberos, rezamos por el que perdió allí la vida a su regreso. *Javierando* me sentía importante y adulto. Me comparaba a los mozos de Peralta que,

desde pocos años antes, con chaqueta y pantalón de pana, apoyados en el bordón de peregrino, habían iniciado una costumbre religiosa con futuro. Al llegar a Javier, la basílica reboseó de muchachos de toda Navarra. Pateamos las dependencias del castillo, todavía sin restaurar, nos llenamos los bolsillos de peladillas, estampas y medallas compradas en las tienducas del pueblo, el cual aún existía junto al santuario, donde ahora está la gran explanada que lo ha suplantado. Comimos de bocadillo y jugamos en los frontones del colegio apostólico de los Jesuitas. Caía blandamente un aguanieve de marzo que calaba nuestros cuerpos. Por la tarde, como persistían las mismas condiciones atmosféricas, no pudimos visitar las grandes obras del pantano del Yesa, ni subir al monasterio de Leyre, que resurgía con rapidez de su completa ruina. Cuando nos marchábamos, empezó a lucir el último sol de la tarde, que se ponía por detrás de la cima del Arangoiti. Asomando nuestras cabezas por las ventanillas del autocar, vimos en el paisaje serrano sobrevolar sobre nosotros unas vagonetas; era el funicular que bajaba la piedra triturada desde las canteras de la sierra a la presa de Yesa en construcción.

A san Francisco Javier

Xavierre,
nombre vascón,
en el somontano de Leyre,
murmullo del río Aragón,
esperanza pétrea
y castillo de oración.

Javierada,
hazaña hacia Javier,
en avalancha peregrina,
zortzico y jota a la vez,
caminantes sin edades,
juntos el hoy y el ayer.

Javierando
marchan los romeros,
sembrando oraciones
y hombría de bien;
y los mozos de Peralta
allí van desde mozuelos.

Enjavierados
caminan por la vida
en pos de su recuerdo;
la novena de la Gracia
almacena en las almas
fe, caridad y esperanza.

A Javier Santuario,
en Javier Castillo,
para Javier Apóstol,
por Javier Santo,
sin Javier Nada,
con Javier Todo.

5. El señor san Pedro de Arlas

La cofradía de san Pedro tiene una antigüedad que supera la de los documentos que hablan de ella, de finales del siglo XVII. Se trata tradicionalmente de una hermandad de hombres casados. Si bien esta condición de sus cofrades no se expresa en sus constituciones, sin embargo se ha observado siempre de forma escrupulosa. En la vecina villa de Falces, no sé si para contrarrestar, existe otra cofradía exclusivamente de hombres solteros, la del señor san Salvador de los Mancebos.

La mención del poblado de Arlas, a unos 4 kilómetros de Peralta, en el cruce de las carreteras de Tafalla, Marcilla y Falces, aparece por primera vez en un documento del siglo XI, en el cual el rey navarro-aragonés Sancho Ramírez dona la iglesia de santa María de Arlas al monasterio oscense de Montearagón, junto con otras iglesias de Navarra ¹³.

El hecho de que este caserío se encuentre en las tierras llanas del Arga supuso siempre una desventaja defensiva. Los pueblos vecinos siempre se protegieron bien de los ataques enemigos desde la altura de sus escarpes. No es de extrañar por tanto que en las guerras civiles entre agramonteses y beamonteses Arlas era ya apenas un despoblado, un puesto irrelevante en las correrías de los Pierres de Peralta. Además, sus tierras laborables, de reducida extensión, no propiciaron el desarrollo demográfico suficiente para la supervivencia. Si unimos a esto la peste que asoló el sur de Navarra entre 1348 y 1350, probablemente habremos dado con la causa de la extinción del poblado. Los arleses que sobrevivieron se acogieron a la buena vecindad con los de Peralta, y así ha sido hasta hoy.

En Arlas hubo tres iglesias: la de santa María, ya mencionada, la ermita de san Pedro y la ermita de san Martín (que nada tiene que ver con otra homónima que hay en Peralta). La de san Pedro es la única que perdura. Y es a esta ermita a la que secularmente se dirigen los peraltenses (algunos sin duda descendientes de los primitivos habitantes de Arlas) en populosa romería anual.

Si en 1699 la hermandad de san Pedro solicita del obispo de Pamplona *que haga favor de derogar las antiguas constituciones y confirmar las nuevas*, quiere ello decir que esta cofradía ya existía desde hace tiempo, el suficiente para que sus estatutos estuvieran ya periclitados y se procurasen unos nuevos.

A título de curiosidad, traslado a estas páginas el enunciado de los artículos de las nuevas constituciones que los cofrades de san Pedro solicitaron del prelado de la diócesis hace más de tres siglos ¹⁶: *1. Confirmación de la cofradía a nombre y a título del señor san Pedro. 2. Profesión de fe de los cofrades como católicos, sin admitir en sus filas antiguos herejes, ni a descendientes de ellos. 3. Actuación de los oficios por el orden de asentamiento como cofrades, sin pretender mayor puesto o lugar. 4. Obligación de los cofrades, con sus personas y bienes, a observar las Constituciones. 5. Necesidad de levantarse para hablar en los Capítulos con el debido respeto, excepto el Prior y el Alcalde que permanecerán sentados, bajo la pena de una libra de cera. 6. Orden preferente en que se harán las nuevas admisiones a la Cofradía: primero los hijos de los cofrades muertos, seguidos de los hijos de los vivos, después los nietos y bisnietos de cofrades y, finalmente, los demás peticionarios. 7. Asistencia personal de los cofrades a los viáticos y entierros de los socios de la Hermandad, cuando sean en día de fiesta. 8.*

Obligación para los Mayordomos de sacar hachas en las funciones religiosas. 9. Otra obligación para los Mayordomos de proporcionar hachas a todos los cofrades en la misa mayor y en la procesión del día de san Pedro. 10. Asistencia de los cofrades a las Vísperas del Santo, a la procesión y a la misa mayor en la iglesia parroquial; y a la misa y acompañamiento del estandarte en la basílica. 11. Nombramiento anual de los oficios de Contadores y Mayordomos en la basílica. 12. Obligación de pagar tres ducados si a un cofrade le corresponde ser Mayordomo y no vive en el pueblo. 13. Mandato a los Mayordomos de organizar una comida de hermandad al año, pagando todos los cofrades a partes iguales, acudan o no a la misma. 14. Multas o penas impuestas por incumplimiento de los artículos de la Constitución, que se pagarán el primer día de septiembre, excepto los que no pudieran por carecer de medios, pero quedando con la obligación de hacerlo cuando los tengan. 15. Custodia de los libros de la Cofradía, que estarán en poder del Prior. 16. Penalización de tres ducados o de expulsión, a criterio del Capítulo, si un miembro falta al respeto al Prior, Alcalde o Mayordomo. 17. Determinación hecha por el Prior, Alcalde, Mayordomo y el Capítulo de las penas a imponer por incumplimiento de obligaciones. 18. Votación secreta en asuntos de penas, multas u otras materias delicadas, no votando el Prior que actuará de consejero. 19. Obligación de reconciliarse los cofrades, so pena de ser llamados a Capítulo para hacerlo, bajo la multa de un real de a ocho si no se acude al mismo. 20. Las hachas sacadas en las ceremonias las portarán el Prior y los cofrades más antiguos. 21. Celebración de misas por los cofrades muertos. 22. Socorro de la Cofradía al cofrade enfermo y necesitado, estando éste obligado a restituir cuando estuviere sano y con medios. 23. Obligaciones de los Mayordomos: pagar la limosna de la procesión del Santo o poner el aceite para todo el año en la lámpara; dar el almuerzo de la mañana de san Pedro a todos los cofrades en la campa de la basílica; llevar al almuerzo la gaita o el tambor del lugar. 24. Pago por igual entre todos los cofrades de los gastos de la Cofradía. 25. Dación de cuentas al Alcalde y al Prior en Capítulo de los bienes de la Cofradía y de las misas celebradas. 26. El Alcalde portará a la basílica y en la procesión el estandarte de la Cofradía. Si no puede, lo encargará a otro cofrade. 27. El Prior electo será de por vida, excepto si no cumple sus obligaciones de celebrar misas y de asistir a los Capítulos, sin cuya presencia no son válidos. 28. El Prior muerto tiene los mismos derechos de sufragios y misas que los cofrades. 29. El número de cofrades será de setenta. 30. El Prior, o quien ostente la custodia de los bienes, no puede disponer de ellos a su arbitrio, sino contando con algunos cofrades más antiguos. 31. Obligación de los Mayordomos de pedir limosna en tiempo de eras y entregarlas a quien custodia los bienes de la Cofradía. Si no lo hacen pagarán como pena cuatro robos de trigo. 32. Cualquier determinación hecha en Capítulo que no se oponga a algún precepto esencial de la Constitución, y siempre que sea para el buen gobierno, tendrá la misma fuerza que aquella. En casos de incumplimiento se aplicará la pena de un real de a ocho por la primera vez, y será arbitrada por la Cofradía en caso de reincidencia, hasta poder echar al cofrade, haciendo tañer en este caso las campanas a muerto, como se ha acostumbrado¹⁶.

Confirmó las nuevas constituciones el provisor y vicario general de la diócesis ¹⁷. Para más detalles sobre la vida y milagros de aquellos cofrades, copio el texto de uno de los numerosos conflictos que presumiblemente dieron pie a la redacción de las nuevas constituciones: *Un tal Miguel Velasco, Mayordomo de año en la Cofradía, se negó a colaborar con el otro Mayordomo en dar el almuerzo la mañana del Santo. El susodicho Velasco no gozaba del aprecio de los cofrades a causa de los muchos agravios que les proporcionaba. Y deseosos en la Cofradía de buena concordia y paz, determinaron*

borrarle del número de los cofrades como castigo a sus desatenciones, imponiéndole además la multa de tres ducados, que el Alcalde intentó cobrar a la mayor brevedad posible, aunque para lograrlo tuviera que intervenir el alcalde de la villa, que utilizó la vía ejecutiva. Esta severa determinación se notificó al señor obispo y a la Corte Real para mayor decoro de la Cofradía. Se nombró como sustituto a Diego Antonías, que lo aceptó por tocarle según turno. Y para que constase a todos los efectos se levantó Acta, que firmaron los que sabían hacerlo, que fueron estos: José Moreno Boneta, señor Resano, José Sayés, Fermín Alemán, Francisco de Viana y don Miguel Goñi. Al final de las firmas, se hizo constar que la multa ya había sido pagada ¹⁸.

Un acta posterior repite la pena de expulsión a otro mayordomo por el mismo motivo: negarse a dar el almuerzo a los cofrades. Después de esta segunda negativa se acordó aumentar a cuatro el número de mayordomos; de esta manera sería menos gravoso el gasto del almuerzo. Así, pues, los dispendios anuales ocasionados por razón de los cargos unipersonales fueron a veces motivo de desavenencias. Por resultar excesivo el presupuesto del desayuno para algunos hermanos, en el año 1840 se acordó dar solamente pan, queso y aguardiente, pagados a escote, lo que venía a suponer alrededor de dos reales por persona ¹⁹. El culto y la música también se llevaron lo suyo de los fondos de la cofradía. Algunos años se llegaron a celebrar en el altar del santo hasta catorce misas por los hermanos difuntos; y si algún cofrade tocaba la corneta cuando lo mandaba la junta, disfrutaba de una rebaja de la mitad de la cuota que le correspondía, en pago por haber ahorrado a la hermandad un gasto general ²⁰.

6. Setenta romeros a caballo

La de san Pedro sigue siendo la romería más importante de Peralta. Sus cofrades conservan sustancialmente el espíritu y la letra de las nuevas constituciones, que han variado lo estrictamente necesario para adaptarse a las circunstancias cambiantes de los tiempos. Son exponente de la fe de un pueblo que las mantiene sin cuestionarse otros requerimientos profanos.

Desde que la festividad de san Pedro, el 29 de junio, perdiera su carácter de precepto, los festejos de la cofradía se celebran el domingo siguiente. Y como toda fiesta importante empieza con el rezo de vísperas del día anterior, los cofrades acuden a la parroquia el sábado por la tarde portando su llamativa bandera roja. Un antiguo busto de san Pedro de tamaño natural –talla romanista del siglo XVI que hoy se custodia por seguridad en las dependencias parroquiales– lucía sus insignias pontificias en un altar lateral de la iglesia. Después de las vísperas hay pan, vino y queso del Roncal para todos los cofrades en casa del alcalde o cofrade mayor de ese año, dignidad que recae, al igual que sucede en otras hermandades, en el cofrade más antiguo que no haya sido alcalde todavía. El lugar de la celebración suele ser la propia casa del cofrade mayor y la calle aneja, que se visten de fiesta para acoger a todos los hermanos. En mis tiempos de monaguillo no perdía ni una sola de estas celebraciones gastronómicas.

A las seis de la tarde se reúnen los cofrades para designar los nuevos cargos según el orden cronológico de su entrada en la cofradía, y para revisar las cuentas del ejercicio que termina. Hasta hace unos años, la cuota anual por pertenecer a la cofradía era de cien pesetas. Por los años cincuenta del siglo pasado la romería resultaba hermosa y espectacular. De madrugada salían los romeros hacia la venta de Arlas a lomos de sus

caballerías. Olía la carretera a heno y a alfalfa recién segados. El alcalde y los mayordomos encabezaban la comitiva portando la llave de la ermita y la bandera de la hermandad. En 1954 se añadió al séquito una pequeña imagen del apóstol. Una vez en la ermita y oída la misa, los cofrades almorzaban fraternalmente en la campa, acompañados por unos músicos que los mayordomos se encargaban de llevar. La jota, como en todo acontecimiento navarro, hacía acto de presencia:

*Los cofrades de san Pedro
nunca faltan a la cita,
y para agradecer al santo,
oyen devotos la misa.*

*Esta vieja cofradía,
que quizá tenga mil años,
conserva su tradición
y grato sabor cristiano* ²¹.

Engalanados con ramas y flores silvestres, emprendían el regreso. A su llegada al pueblo, con cierta solemnidad entraban de dos en dos los cofrades por el puente llevando muchos de ellos en sus grupas a pequeños aspirantes —los propios hijos y nietos— que un día perpetuarán esta tradición romera.

Después de sesenta años sin ver la romería, quise revivirla. Ya suponía que habría habido cambios, pero me ha gustado. Hoy los vehículos han suplantado a los carros y a las caballerías, pero la misa y el almuerzo en la campa son los mismos. He contado setenta cofrades, cuyo número varía poco de año en año, y alrededor de quinientos romeros ocasionales.

En 1976 la ermita de san Pedro se caía de vieja, como había pasado con las otras seis ermitas del municipio. En ese momento servía de almacén para guardar la hierba del ganado. Tampoco ofrecía interés artístico alguno. Cien años antes se había retejado, arreglado su altar y restaurado la imagen ²², pero ahora los cofrades, ante el estado irreparable de sus muros, acordaron derribarla y construir una nueva en el mismo lugar ²³. Tanto el arquitecto, Félix García Barrios, como los constructores, Hermanos Barcos, que se encargaron de la obra, eran hijos del pueblo. Por un acuerdo previo de la cofradía, se aprovecharon para la cimentación los sillares que quedaban de la desaparecida basílica de la Virgen del Pero, abandonada junto a las arcadas del puente de piedra. De este modo se fundieron en un abrazo pétreo las dos cofradías.

La inauguración de la nueva ermita se hizo coincidir con la fiesta de san Pedro. Presidió el acto el señor arzobispo, don José Méndez Asensio. Construida en ladrillo macizo de color rojo, la ermita, encumbrada apenas sobre un breve altozano, tiene una bella silueta. Consta de un pórtico abierto con tejadillo, una pequeña nave con doble hilera de geométricos vitrales alargados y un ábside de medio tambor. Un campanil, en un lateral del tejado, alegra con el son de su bronce el aire de los campos de Arlas ²⁴. El conjunto posee el encanto de la sencillez y del buen gusto arquitectónico. Sólo le faltan dos docenas de acacias que pongan una nota verde en el entorno.

La cofradía guarda desde hace algunos años una valiosa imagen de san Pedro, hecha de alabastro posiblemente en el siglo XVI, y que se coloca en la ermita el día de la fiesta. Fue donada por Cándido Ayerra, cofrade ya difunto, perteneciente a una conocida familia peraltesa. Durante el año, el alcalde de turno custodia la imagen en su casa. Cuando yo era niño, recuerdo que en la ermita sólo había un cuadro muy deteriorado y de escaso valor artístico del apóstol Pedro, que se retiró al construirse la nueva ermita.

Hoy, el regreso al pueblo es mucho más ruidoso y masivo que antaño. Y también menos impresionante y colorista. Ya no hay setenta caballos para los setenta cofrades,

pero el prior, el alcalde y los mayordomos mantienen el prurito de volver sobre sendas caballerías, que cada año cuestan más de conseguir.

Quiero terminar este apartado con la crónica periodística que recoge la última romería de san Pedro en Peralta: *Este año de 2010, Peralta, fiel a su cita, celebró la tradicional fiesta de San Pedro. En esta ocasión el alcalde de la Cofradía fue Victor Troyas Osés, fundador de la empresa Dyna Mobel de Peralta, que recogió el testigo de Ángel Zunzarren Martínez. La celebración comenzó el sábado a las 13,00 horas cuando se disparó el cohete desde la casa del alcalde. En ese momento, Troyas cogió el mando y dio un aperitivo a los cofrades, amigos, familiares y vecinos. Sobre las 18,00 horas comenzaron las vísperas y a continuación disfrutaron de la tradicional merienda de queso, tomate y guindillas. El domingo a las 6,30 abrió la fiesta la aurora, y hora y media después se hizo la salida con el Santo desde Peralta a la ermita. Los familiares del alcalde portaron la imagen. El arzobispo de Pamplona, Francisco Pérez González, celebró la misa en la ermita. A continuación la cofradía invitó al arzobispo a la inauguración del nuevo campanar y accesos a la ermita. Después de la misa se repartió un chocolate con bizcochos y a las 12,00 horas se recorrió el pueblo. Los cofrades iban montados en 15 caballos, 5 motos y 25 coches engalanados con flores y ramas de frutos. Finalmente el alcalde, junto al saliente, completó el recorrido en un coche tirado por 4 caballos cerrando la comitiva. Al llegar a casa del alcalde los cofrades bebieron un vaso de vino y recogieron una faria*²⁵.

NOTAS:

1. Carlos II eligió a la Virgen de Ujué como su principal protectora y emprendió la ampliación gótica del templo y de otras construcciones anejas. Al morir, dejó ordenado que su cuerpo reposase en la catedral de Pamplona, sus entrañas, en la colegiata de Roncesvalles, y su corazón, que tan fuertemente había latido al ritmo de violentas pasiones, en el santuario de santa María de Ujué. La pequeña urna donde está depositado tiene esta inscripción: *Aquí yace el corazón de Carlos II, rey de Navarra. Año 1386.*
2. Baleztena, D. *Romerías de Navarra*, págs. 41-43.
3. Un estudio sintético y actualizado de la arqueología ujuetarra se recoge en *Catálogo Monumental de Navarra*, III. *Merindad de Olite*, págs. 509-536, Pamplona, 1985.
4. Jimeno Jurio, J. M^a. *Ujué*, Temas de Cultura Popular, núm. 53.
5. Clavería, J. *Historia documentada de la Virgen, del Santuario y villa de Ujué*, Pamplona, 1953.
6. Uranga, J. J. *Ujué medieval*, Pamplona, 1984, pág. 15 y ss.
7. Artífice entre otros peralteses del restablecimiento de la peregrinación a Ujué fue el sacerdote don Juan Jacinto Sayés Bermejo, quien me lo contó entusiasmado.
7. Recondo, J. M. *La Javierada*, núm. 220, pág. 5.
8. *Ibid.*, 6-7.
9. Iribarren, J. M. *Vocabulario navarro*. Príncipe de Viana, 1952, 2^a ed., 1984, pág. 301.
10. Recondo, J. M., *ibid.*, pág. 8.
11. Pedroarena, J. A. *Santuarios*, núm. 49, pág. 13.
12. Recondo, J. M., *ibid.*, pág. 9.
13. Goñi Gaztambide, J. *Los Obispos de Pamplona*, II. La donación fue confirmada y completada por Pedro I en 1099, y comprendía, además de la iglesia de Arlas, las de Alesves (Villafranca), Funes, Peñalén, Milagro, Marcilla, Rada, Murillo el Fruto, Carcastillo, Pitillas, Santacara, Larraga, Olite, Ujué, Unzué e Ibero.
14. *Ibid.*, págs. 368-369.
15. El original se guarda en el Archivo Diocesano. Comienza así: *En la villa de Peralta a siete días del mes de Junio del año de mil seiscientos noventa y nueve, siendo llamados los cofrades de la Cofradía de el Señor San Pedro Apóstol para firmar y hacer nuevas constituciones para mejor*

- gobierno y conservación de dicha Cofradía, juntos y congregados todos o la mayor parte en la sala de dicha villa como es costumbre, convinieron...*
16. Después vienen las diligencias y las súplicas para la derogación de las antiguas constituciones y para la confirmación de las nuevas. Firman la solicitud: Silvestre Vasos –¿Vados?– como alcalde de la cofradía, Felipe Echarren como prior y Martín Araiz como mayordomo. Archivo Diocesano.
 17. Confirmación del ordinario: *Nos el Licenciado D. Diego de Echaren, Prior Dig. y Canónigo profeso de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad. Gobernador, Provisor y Vicario General de este Obispado por el Muy Ilustre Cabido de la dicha Santa Iglesia, Sede Episcopal vacante por muerte del Excelentísimo Señor D. Toribio de Mier, último obispo [...]. Por cuanto de parte de los hermanos y cofrades de la Cofradía de San Pedro Apóstol que se celebra en la Basílica extramuros de la villa de Peralta fueron presentadas las ordenanzas y capítulos precedentes dichos para el servicio de Dios Ntro. Señor, bien y utilidad de dicha Cofradía y Hermandad, buen orden y concierto de ella, y así presentadas por vuestra parte Nos fue pedido y suplicado lo mandásemos confirmar y aprobar para que fuesen guardadas y cumplidas y ejecutadas como en ellas se contienen o como mejor nos pareciese: Y por Nos vistas y que son hechas para el servicio de Dios Nuestro Señor, bien y utilidad de la dicha Cofradía, buen orden y concierto de ella tuvimoslo por bien, por tanto confirmamos y aprobamos (quanto al rigor en dcho.) las dichas ordenanzas en todo y por todo como en ellas se contiene con las penas en ellas contenidas y os mandamos no uséis de otras ordenanzas algunas sin que primero sean vistas y confirmadas por Nos. Dado en Pamplona a veinte y siete de setiembre de mil seiscientos noventa y nueve. Licenciado D. Diego de Echarren. Por mandato de Su Señoría, D. Martín de Artajo y Hurtado, secretario.* Archivo Diocesano.
 18. Íd., acta del capítulo extraordinario, celebrado el 9 de julio de 1743.
 19. Archivo parroquial de Peralta, *Libro de Cofradías*.
 20. *Ibid.*
 21. Coplas de la peraltesa Mercedes de Verda Ruiz, 1981.
 22. Archivo parroquial de Peralta, *Libro de la Cofradía de San Pedro*. Junta general extraordinaria del 29 de junio de 1840.
 23. *Ibid.*, junta general extraordinaria del 16 de abril de 1975.
 24. Pérez Ollo, F. *Ermitas de Navarra*, 1983, pág. 197.
 25. Irigaray, Miguel Ángel. *Peralta celebró el día de San Pedro*. Crónica del Diario de Navarra, 12 de julio de 2010, pág. 16.



8. Monolito del crucero a la entrada de Ujué.



9. Dos perspectivas de la ermita de san Pedro de Arlas.

CAPÍTULO VII: PIEDAD TRADICIONAL

1. Desde las catorce esquinas

El origen musical de las auroras religiosas se pierde en el recuerdo lejano de las devociones populares más arcaicas de Peralta. Pero se sabe que a partir de la Revolución Francesa es cuando adquieren su mayor auge y desarrollo. El oficio del *auroro* consiste en salir al alba por las calles, antes de la misa primera, cantando el misterio correspondiente del Señor, de la Virgen o del santo del día. A continuación se reza un padrenuestro y un avemaría por las almas del Purgatorio, seguidos de la Salve a la Virgen. Y si ese día coincide con la muerte de algún paisano, se repiten los mismos rezos en sufragio de su alma. Los *auroros* van acompañados de un farol y previamente se ha repicado con una campanilla siguiendo un ritmo determinados. Tras estos sonos, en los últimos años se han incorporado los acordes de la guitarra y otros instrumentos musicales.

Antaño, los *auroros* peraltenses hacían su recorrido a través de catorce estaciones, situadas estratégicamente en determinadas esquinas del casco antiguo, con el propósito de despertar y animar al pueblo creyente a sumarse a la manifestación piadosa de saludar con cánticos la alborada de un nuevo día. Las nuevas costumbres y el confort de la vida moderna no han podido con esta tradición ancestral. En Peralta se siguen cantando auroras con entusiasmo en días señalados, al igual que en tantos pueblos de las merindades navarras ¹. Cantaron la aurora labradores, ganaderos, artesanos y menestrales. Convertían las catorce esquinas del pueblo en templos de oración y canto. Allí estaban los ricos campesinos junto a los jornaleros más necesitados: todos dependían de esas nubes del cielo que traían aguas de esperanza o plagas de pedrisco mortífero. El canto de la aurora, por tanto, era unas veces de rogativas y otras, de acción de gracias, a merced de las circunstancias.

Durante el siglo XIX se salía a diario a cantar la aurora, pero en el primer tercio del siglo XX ya sólo se cantaba los días festivos y cuando moría algún paisano. Con la llegada de la República se prohibió hacer las catorce esquinas, pero no se abandonó la tradición, porque las auroras siguieron cantándose en el interior de la parroquia, aunque perdiendo el peculiar sentido de reclamo callejero que las vio nacer. Los años posteriores a la Guerra Civil compensaron el paréntesis anterior con un espléndido renacer de las auroras. Ni las inclemencias del tiempo en invierno, ni los trabajos de la recolección de las cosechas en verano fueron obstáculo para celebrarlas. Contribuyó a este apogeo la incorporación de voces femeninas a los grupos de *auroros* y el acompañamiento de instrumentos musicales ya mencionado. De vez en cuando, algún vecino madrugador que celebraba su santo ofrecía a los *auroros*, entre canto y canto, una torta de yema y un trago de vino rancio.

Como muchos otros pueblos, Peralta tenía un viejo manuscrito de auroras que se ha perdido, donde se recogían desde las letrillas más ingenuas y populares hasta las más elaboradas y literarias, pero todas devotas. Hacían referencia a las celebraciones litúrgicas de Navidad, Pascua, Pentecostés, la Inmaculada, la Asunción, la Virgen de Nieva, los santos principales y los patronos como san José, Santiago, san Juan Evangelista, san Blas y san Francisco Javier. Las auroras dobles se cantaban en Adviento y Cuaresma, los domingos del año, la Virgen del Carmen y la del Rosario y en algunas festividades locales como san Juan Bautista, santa Lucía, san Silvestre, san Babil, san

Pedro, san Roque y san Martín. Las auroras ordinarias o simples conmemoraban el misterio o santo del día. Las de difuntos hacían acto de presencia el día de Ánimas y cuando moría alguien. La tradición oral sólo ha conservado unas pocas de las muchas que abarcaban todos los días del calendario. Actualmente, las auroras se cantan también en las fiestas y conmemoraciones de carácter civil, lo cual ha contribuido a que se amplíe la participación popular, tan fundamental en este tipo de celebraciones.

Al igual que las letrillas, sus melodías son sencillas y pegadizas al oído, y en algún caso resultn monótonas y reiterativas. Compuestas para una sola voz, a veces van acompañadas de un dúo. Musicalmente se han adaptado al carácter de lo que se celebra: villancicos para Navidad, cantos de penitencia para la Cuaresma, himnos de júbilo en Pascua, tristes endechas para conmemorar a los difuntos, y alegres algarabías en las celebraciones infantiles y juveniles.

Alguien ha escrito con pesimista añoranza: *Nuestros pueblos, habitados hasta ahora por labradores, pastores y artesanos, salen de una milenaria etapa cultural para asomarse a una nueva era, la industrial. El viejo tronco, hecho de tierra, abarcas, layas, hoces, fogones bajos en las casas, candiles y corrales, da paso a industrias, tractores, cosechadoras, electrodomésticos, garajes, granjas modernísimas. La aurora es una de las hojas de aquel árbol. Un injerto en el tronco nuevo podría salvarla en parte. Pero jamás será ya lo que fue, porque nunca volverá nuestro pueblo a una situación socio-cultural como la de nuestros abuelos* ². Pero no está todo perdido. Todavía estamos a tiempo de preservar nuestras auroras, de crear incluso, si no se ha creado ya, una escuela regional de auroras. No hay que dejarlas morir, sino revitalizarlas, para que cumplan su cometido en una nueva era, y así, remozadas, transmitir las a la posteridad.

Peralta, no obstante, puede sentirse orgullosa porque, cuando esto escribo, tiene dos grupos de auroras: el antiguo o tradicional, que hace un recorrido fijo con más de veinte paradas por las calles, y el de los jóvenes, que realiza su itinerario según la ocasión y el momento. Ambos cantan con igual entusiasmo y participan en las concentraciones habituales de *auroros* de Navarra, hermanándose con idéntica devoción y afición con los de Abárzuza, Adiós, Aibar, Andosilla, Artajona, Artazu, Ayegui, Barasoáin, Beire, Betelu, Cascante, Cáseda, Cintruénigo, Estella, Falces, Fitero, Lezaun, Lumbier, Mañeru, Marcilla, Mendigorriá, Murchante, Obanos, Olite, Pamplona (grupos de santa María, san Vicente de Paúl, san Miguel, san Juan), Pitillas, Puente la Reina, San Martín de Unx, Sangüesa, Tafalla, Tudela, Uterga y Valtierra ³. ¡Qué hermosa esperanza! En esta línea de mantenimiento y superación ha actuado el coro de voces blancas de Arlas, formado en 1984 por una treintena de jóvenes de ambos sexos, que intenta crear escuela de canto y fomentar la música coral culta, sin olvidar las canciones populares ⁴.

2. *Auroros y auroras*

Entre los muchos *auroros* peraltenses de los últimos ciento cincuenta años, estos son algunos de los más conocidos: Pedro el sacristán de las monjas, Colito, Niñoveros, los hermanos Montaña, los Mina, los hermanos Lezaun, Zopero, Ceniza, Ezequiel, los Pedrola, los Molina padre e hijo, el caminero Moreno, el músico Octavio Castillo y, sobre todo, el gran Sebastián Zabal, uno de los hombres más castizos de Peralta. En

recuerdo y homenaje a todos ellos y a otros muchos que no nombro, dedico unas líneas al último citado.

La fama de Sebastián Zabal como excelente *auroro* sobrepasó los límites de la villa extendiéndose por toda La Ribera. Vivió entregado a lo que hiciera falta. Él mismo se aplicaba el dicho: *soy mucho trabajador, mucho comedor y mucho bebedor*. Y era verdad, nadie le ganaba a trabajar, a comer y beber, pero tampoco a cantar bien las auroras. Perteneció a la banda municipal de música, y cuentan que un día la banda se fue a amenizar las fiestas patronales de un villorrio de la montaña. Era costumbre que los mozos del pueblo fuesen con los músicos a rondar a las casas de las trece muchachas que había en el pueblo. Cada una de ellas, además de una gallina para la merienda, regalaba pastas y un par de copas que se tomaban en el portal. Pocos mozos lograron completar la ronda, pero Sebastián ingirió las 26 copas reglamentarias y al menos otras tantas pastas, exclamando al final: *¡La pena es que no haiga más mozas en este pueblo!*⁵.

Con la misma vitalidad y plenitud se volcaba en las obras que hicieran falta. Cuando cantaba las auroras, dicen que llevaba en la faja un frasco con aguardiente al que daba buenos tientos tras los paternóster. Como madrugaba, se convirtió en el despertador del vecindario, alternando en este oficio con los serenos. Todos podían dormir tranquilos, pues Zabal no faltaría a la cita de llamar a la hora en punto. Nadie dejó de tomar una medicina, dar de comer a los animales, marchar al campo o irse de viaje en la primera *Tudelana* porque Zabal no le avisara.

Como buen juglar de santa María invitó durante decenas de años a la oración matinal mariana, desde el día de Año Nuevo hasta el de san Silvestre. Dicen que un avemaría diaria asegura el goce del cielo; así que no es difícil saber cual habrá sido el galardón divino para Sebastián Zabal. Siguió cantando auroras hasta que enfermó de viejo y se fue a cantarlas con otros *auroros* que le precedieron a la Atalaya eterna.

Las letras de las auroras tradicionales constan casi siempre de siete versos de desigual medida. No es raro encontrar en ellas ripios y modismos lingüísticos locales. Por lo regular adolecen de pobreza de contenido, reflejo de la deficitaria cultura de siglos pasados. Entresacar y clasificar tanto los disparates idiomáticos como las inexactitudes teológicas que de buena fe han estado cantando durante décadas los *auroros* peralteses resultaría un trabajo interesante para ilustrar el folclore local. Traigo a colación algunas de las más antiguas auroras de Peralta que ha seleccionado un entusiasta conservador de nuestras tradiciones musicales⁶.

A san Blas

*A san Blas muchos idólatras
en una laguna lo fueron a echar;
entra el Santo y el agua se aparta,
y por la laguna a pie “juto” va.
Viéndolo así andar,
se metieron también los infieles;
todos se ahogaron y salió san Blas⁷.
Alabad, alabad, alabad,
ángeles santos a san Blas,
de Sebaste, obispo de Armenia,
quien nos dio bienes eternos*

*con milagros sin igual,
Dios le hizo un médico especial.
A ti, con amor, doctor Santo,
te tributo con placer mi canto.
A ti, con amor milagroso,
te venera Peralta animoso.
Oye San Blas con atención,
donde verás ferviente oración.
Con humildad, con devoción,
pidámosle amparo a nuestro Patrón.*

A la Virgen de Nieva

*A la Virgen santísima de Nieva
venid los cristianos todos a rogar:
que conserve sin daño los frutos
y con ellos a sus hijos poder sustentar.
Venid, peralteses, sin tardar
a pedirle a María en la misa
y estar a seguro en la tempestad⁸.
¡Viva, viva! La hermosa María,
cuyo nombre celebramos hoy,
y en el dulce María de Nieva
sale a las calles con pompa y honor.
¡Viva! Animémonos, animémonos
a sacar su sagrado estandarte
y darle el obsequio más vivo de amor.*

A la Asunción de la Virgen

*¿Quién es esa que sube triunfante,
luna sin menguante, clara como el sol,
más terrible que los escuadrones,
puestos en batalla a son de tambor?
Es María que sube a los cielos,
a ser coronada por el mismo Dios.
¡Qué gloria y honor!*

Domingo de Resurrección

*Aleluya, cristianos devotos,
en este día de Resurrección,
nos infunde gozo y alegría
al venir al mundo el Señor.
Animémonos, animémonos.
Aleluya, aleluya, aleluya,
ha resucitado nuestro Redentor.*

Al Cristo de la Cruz a Cuestas

*En Peralta hay por costumbre
antes de aprender a hablar
enseñarles a los hijos
al Santo Cristo adorar.*

*Esta santa devoción,
que todo el pueblo profesa,
es una prueba de fe,
que el Santo Cristo compensa.*

*Pues Peralta tiene del Cielo
la puerta por siempre abierta,
y con fe dice: ¡amparadnos,
Cristo de la Cruz a Cuestas!*

*Hoy que celebrando estamos
del Santo Cristo la fiesta,
pidamos de corazón
que a nuestro pueblo proteja.*

*Le tengamos como Padre,
démosle de amor mil pruebas,
para que dignos seamos
de su bendición eterna.*

La institución de la aurora sigue estando viva en Peralta, si no con la pujanza de antaño, sí con la suficiente fuerza para continuar creando letrillas y tonadas que celebran fiestas y acontecimientos memorables, como demuestran las siguientes composiciones, más recientes que las tradicionales, pero tan ingenuas y tiernas como aquellas.

La campana de Javier

*Hoy te llama por nuestra campana,
la misma campana que alzaba Javier,
del Oriente una nueva mañana
tras su sonrisa, su gracia y poder.*

*Vámonos con él, vámonos con él
a salvar para Cristo las almas,
que a Dios no conocen
en un mundo infiel.*

*Hoy, Señor, necesitas mi vida,
y en tu fuego santo se ha de consumir;
y que nunca se dé por vencido,
como el gran Apóstol, fiel hasta morir.*

*Preparado estoy, preparado estoy,
Javier junto a Cristo camina,
y con él nosotros
vámonos desde hoy.*

*En el Oriente Javier
nunca supo qué fue el miedo.
Junto a Dios, para vencer
a imposibles dijo: ¡puedo!*

*Javier recorrió la Tierra
predicando amor y paz...
Hombre que tan alto vuela,
ya no puede subir más ⁹.*

A san Pedro

*Peraltés, a san Pedro tributemos
homenaje de gloria y honor,
celebrando su fiesta solemne
con auténtica fe y devoción.*

*Peraltés, a san Pedro roguemos
por la paz y que reine el amor;
que unidos y amándonos todos,
consigamos un mundo mejor.*

*¡Oh, san Pedro!, pilar inmovible
del rebaño de Cristo Pastor,
intercede por todo Peralta,
por la Iglesia y tu gran sucesor.*

*Que tengamos por siempre en el alma
tu valor y tu fe en el Señor,
para así merecer nuestro premio
al luchar por el Reino de Dios ¹⁰.*

Peralta canta a san Pedro

*En esta mañana alegre
el sol quiere brillar más.
Peralta canta a san Pedro,
de la Iglesia fiel pilar.*

*Pescador y Apóstol Santo,
te pedimos con bondad,
que nos extiendas tu mano,
llena de amor y de paz.*

*Escucha Tú desde el Cielo,
únete a nuestro cantar,
protector y padre nuestro,
piedra firme del altar.*

*En esta mañana clara
oye a Peralta cantar,
que vuelen las voces nuestras
por el campo y la ciudad.*

*Cantad, cantad, mis hermanos,
cantad, cantad y cantad,
que cantamos a san Pedro,
pidiéndole nuestra paz ¹¹.*

Día de los niños

*Es la fiesta de los niños
ésta que hoy celebramos,
con canciones de alegría
al pueblo le saludamos.*

*Hoy siempre cantaremos
por las calles de la villa;
la alegría en Peralta
no ha de ser la flor de un día.*

*Este canto de la Aurora
es como el de una oración,
que mandamos hasta el cielo
para el Hijo de Dios.*

*A Cristo que dio su sangre,
por salvarnos a los hombres,
pedimos paz para el mundo
y amor en los corazones.*

*Porque también Él fue niño,
igual que somos nosotros,
le pedimos que mañana
nos haga hombre piadosos.*

*Hoy los niños de Peralta
con alegría cantamos,
desde el alba hasta la noche
nuestra fiesta celebramos ¹².*

3. Los monaguillos

Ya he dicho en otro momento que hacia 1950 la parroquia de Peralta carecía de sacristán, y por eso parte de su trabajo gravitaba sobre el numeroso equipo de monaguillos. Los seminaristas del pueblo organizaban cursillos teórico-prácticos durante el verano para reclutar acólitos. Yo fui uno de los reclutados. Nos iban introduciendo poco a poco en los latines que habríamos de manejar en las misas. Una vez admitidos, servíamos al altar por riguroso turno semanal en todas las celebraciones sacras: misas, vísperas, exposiciones del Santísimo, novenarios, bautizos, bodas, funerales... Los madrugones que nos dábamos eran compensados con las propinas que a veces recibíamos.

En las misas primeras de las 6 o las 7 de la mañana –según fuera verano o invierno–, se casaban los pobres y los viudos, estos para evitar la cencerrada. En las bodas la novia no vestía habitualmente de blanco, sino con traje de calle, y la comitiva de invitados la componían unos pocos familiares.

Los bautizos se celebraban individualmente, casi siempre después de las 12 de la mañana o de las 5 de la tarde, con el fin de que los monaguillos pudiésemos ayudar al salir de la escuela. Una vez oficiado el bautismo, la chiquillería iba tras la comitiva hasta casa del neonato, recogiendo caramelos, peladillas y la calderilla que tiraban padrinos y familiares. Si estos no eran "rumbosos", salían malparados de las bocas infantiles que se desgañitaban cantando: *Bautizo "cagau", / que a mi no "m'han dau", / si pilló al chiquillo / lo tiro al "tejavu"; / si pilló a la madrina, / la tiro por la barandilla...*

La administración del viático y la extremaunción impresionaban vivamente nuestra imaginación infantil. En el primero prevalecía un aire escenográfico que acentuaba a nuestros ojos la gravedad del enfermo. Solía administrarse después del rosario vespertino, cuando ya había anochecido. Los hombres, de vuelta del trabajo en el campo, acompañaban al Santísimo con hachones encendidos. A intervalos, una campana manual emitía sonos graves y secos. Al llegar a la casa del enfermo, algunos de los hacheros ocupaban la escalera y las estancias en doble fila, mientras el resto permanecía en la calle en silencio. En la habitación se había montado un pequeño altar con los mejores lienzos de la familia.

Después de haber comulgado, si el enfermo estaba grave, se le sugería pedir la extremaunción. Con mucha frecuencia este sacramento se administraba "in extremis", es decir, cuando el moribundo estaba ya casi inconsciente. Tanto en un caso como en otro, el sacerdote descubría los pies del encamado para ungirlos con el óleo santo. En el catecismo aprendíamos que este último sacramento servía para tres cosas: *La primera para quitar los rastros y reliquias de la mala vida pasada, la segunda para dar fuerza al alma contra las tentaciones del demonio y la tercera para recobrar la salud del cuerpo, si le conviene.* El regreso a la iglesia tras la impartición de estos sacramentos era con el mismo acompañamiento de hombres y hachas. La bendición con el Santísimo, despedía a los participantes.

La comunión general que se impartía a los enfermos para cumplir con el precepto pascual tenía lugar solemnemente el domingo segundo de Pascua, llamado de *Quasimodo* por la primera palabra latina del Introito de la misa de ese día. La mañana de abril solía ser todavía fresca. La gente acudía con candelas encendidas. Era una procesión larga, de

itinerario serpenteante, pues había que atender a todos y cada uno de los que lo habían solicitado. Si empezaba por el barrio Alto, volvía a la iglesia por los Bajaderos, después de haber recorrido las calles junto al río. La mayoría de los enfermos eran ancianos, con dificultades motrices para desplazarse hasta la iglesia y "cumplir con parroquia", como se decía.

Pertenecer al grupo de los acólitos tenía contrapartidas positivas. Una de ellas era el reparto proporcional de los estipendios oficiales y de las propinas recibidas en bodas y bautizos. Una caja cerrada de madera con departamentos individuales recogía este dinero. Cada trimestre el párroco la abría e ingresaba en la cuenta del banco de cada monaguillo el importe que le correspondía. Otra ventaja era que el coadjutor don Juan Marzal, encargado del cine parroquial, algunas veces nos dejaba entrar a los monaguillos sin pagar los 20 céntimos que valía la sesión.

Monaguillo

Se levantaba a las cinco
a misa de cazadores,
cuando el alba todavía
no asomaba sonrosada
por el óculo de oriente.
Dormitaba de rodillas
los ritos del ministerio.
Revestido de sotana,
retomaba el dulce sueño
en la dura colchoneta
de la Adoración nocturna,
hasta que el toque cansino
de la misa de las ocho,
de pronto lo despertaba.
En la mayor, de tres curas,
con roquete y la gualdrapa,
cantaba la misa de *Angelis*,
alternando con los fieles
cada domingo del año,
mientras daba el pan bendito
–dos trozos a los amigos–.
En el canto de las vísperas,
a la bajada del coro
para el rito del Magníficat,
quemaba con los ciriales
los rostros sobresalientes
de judíos y sayones
que las cruces resaltaban.
Cuando el rezo del rosario,
en vez del *ora pro nobis*
coreaba con los niños
en la larga letanía
rezada a la carrerilla,
la palabra parecida:
aquella de... "un automóvil".

4. Las procesiones

Los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil fueron tiempos de gran religiosidad, por lo menos en lo que respecta a manifestaciones externas. Cualquiera peraltés de edad recordará que abundaban las celebraciones parroquiales multitudinarias, y por antonomasia las procesiones, que recorrían las calles principales en las festividades más destacadas del santoral. Salían por lo regular antes de la misa mayor con la imagen correspondiente a hombros de los devotos cofrades.

La primera procesión del año era la de san Blas, el 3 de febrero, al día siguiente de la bendición de las candelas. Como este Santo es el segundo patrono del pueblo, la tarde del día 2 los curas cantaban desde el coro las primeras Vísperas de la festividad. En la procesión no se sacaba la imagen de san Blas, porque al ser de madera maciza y de grandes dimensiones pesaba demasiado. En su lugar procesionaba el relicario, un brazo artístico que se guardaba en la sacristía, y en el que se ve un hueso a través del cristal. En la actualidad los cofrades se atreven a sacar en procesión la gran estatua barroca.

Ninguna otra fiesta alteraba el ritmo del trasiego callejero hasta el 19 de marzo, san José, día en el que su bella efigie barroca con el Niño y la vara florida, símbolo de castidad, salía en procesión. En medio de tanta unción, las torrijas de ese día eran para mí el contrapunto perfecto a mitad de la Cuaresma. El domingo de Ramos acudíamos a la bendición de los mismos, tras la cual se iniciaba una pequeña procesión que salía por la puerta principal de la parroquia y entraba por la de la plaza de la Verdura. Los ramos que llevábamos procedían de la poda de los olivos, abundantes entonces en el campo. Las nacaradas palmas de Elche solo las llevaban el clero, las autoridades y algunos hijos de papá que las habían adquirido en Pamplona. Igual que los hebreos, proclamábamos en voz alta: *¡Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor!*

El Jueves Santo las gentes visitaban con un silencio fervoroso los monumentos de la parroquia y del convento. El Viernes Santo era punto y aparte, como hemos visto, en la manifestación piadosa del pueblo mediante la procesión del santo Entierro. El domingo de Pascua salía la Virgen del Amor Hermoso hasta la plaza Principal, donde se efectuaba el encuentro con su Hijo sacramentado. La fiesta de san Isidro Labrador, el 15 de mayo, a pesar de no ser día de precepto, gozaba de gran aceptación entre las gentes del campo. En mi primer año en Peralta todavía vi procesionar la pequeña efigie barroca de este santo, acompañado de su yunta de bueyes, pero al año siguiente los cofrades trajeron de Olot una gran imagen de serie, que ha sustituido a la anterior.

Para la procesión del Corpus Christi se montaban en el recorrido varios altares, adornados con colchas bordadas, maceteros caseros y profusión de velas. En cada altar la comitiva cantaba el *Pange lingua*¹³, en señal de reverencia y adoración al Santísimo Sacramento, que recorría las calles bajo palio cuajado de pétalos que eran lanzados desde los balcones. Junto a la custodia iban los niños que habían hecho la primera comunión el día de la Ascensión. Esta es quizá la procesión más antigua del pueblo. Se sabe que siendo obispo de Pamplona don Antonio Zapata y Mendoza, su vicario general, Coello de Contreras, aprobó el 1 de septiembre de 1600 las constituciones de la ya antiquísima cofradía del Santísimo Sacramento, destinada a fomentar en Peralta la devoción a la eucaristía y, sobre todo, a solemnizar la festividad del Corpus¹⁴.

En la procesión del día de san Pedro, los cofrades sacaban por la mañana el busto del santo, una recia talla que sustenta la triple tiara pontificia sobre los rizos de su cabeza. El Corazón de Jesús se celebraba ese mismo día con una segunda procesión por la tarde. El 16 de julio, en la procesión del Carmen, un largo rintero de cofrades con su escapulario acompañaba a la Virgen.

A pesar de ser un santo muy popular, a la procesión de san Roque –presidida por una talla de cierto mérito artístico– acudía poca gente porque no era día festivo y caía en mitad de la canícula veraniega. Los cofrades adornaban las andas con las primeras uvas maduras, traídas de fuera porque no habían coloreado aún las de las viñas propias. Se cuenta que las gentes de un pueblo cercano le cantaban al santo entusiasmadas: *Soberano San Roque, / el devino Señor, / que fuiste elegido / pa ser madre de Dios*¹⁵. Después de estas herejías populares, no menos enjundia tiene el apóstrofe que le dirigió al mismo santo el mayoral de otro pueblo de La Ribera, por no haberles librado de un pedrisco el día de su fiesta: *T'imos hecho prosección, / y anoche tu güena hoguera, / y ahura a metá de mañana / nos gibas de esta manera*¹⁶. La devoción de los cofrades peralteses no llegaba a tanto elogio.

La procesión con mayor asistencia del año era, y sigue siendo, la de la Virgen de Nieva. Muchos hijos de Peralta que residen fuera acuden para acompañar a la patrona en su fiesta del mes de septiembre. En octubre, en la fiesta del Rosario, los cinco misterios marianos resonaban por las calles al atardecer todos los días de la novena, mientras variedad de faroles alumbraban el entrañable deambular de los cofrades con la talla sedente de la Virgen del Rosario, recién restaurada. En la festividad de Cristo Rey, desfilaban los hombres al anochecer con la imagen del Cristo de la cruz a cuestas.

Para la Inmaculada, femeninas costaleras, con la medalla de María al pecho, sacaban en procesión su imagen de azul y blanco. Cerraba el año procesional el titular de la parroquia, san Juan Evangelista. Como ya aparecen en el retablo varios relieves de su martirio, la imagen del santo, que originariamente ocupaba el actual camarín de la Virgen de Nieva, preside hoy la sacristía y desde ella sale en procesión. Representa a un san Juan escribiendo, al dictado del águila de Patmos, los textos bíblicos que se le atribuyen. La talla es de la época del retablo y tiene un parecido con la de san José. El barroquismo de la túnica y el manto le confieren un movimiento alado, que retrata bien la inspiración que le asiste.

La vida parroquial tenía otras manifestaciones procesionales, pero restringidas al interior de la iglesia: el ejercicio de las XL horas, las horas santas, los vía crucis, la adoración nocturna, los Tarsicios... En estos recorridos internos es cuando yo más me fijaba en el enorme cuadro de las ánimas del Purgatorio, medio escondido junto a la puerta de la sacristía. El 2 de noviembre una profusión de cirios iluminaba, al pasar, este cuadro y, al mismo tiempo, lo iban ahumando cada vez más. Tanto ese día como el anterior, festividad de Todos los Santos, se acudía en masa al cementerio para adornar las tumbas de los difuntos que se extendían mayoritariamente por tierra, encabezadas con cruces de hierro forjado. Una vieja costumbre que se ha perdido, al generalizarse el ornato floral, era adornar las sepulturas en tierra con serrín tintado de colores morado y malva¹⁷.

5. Cada día un *mortichuelo*

Mis ojos de niño asociaban la muerte a una mañana soleada. Sobre todo por la frecuencia con que íbamos al cementerio a dar sepultura a los infantes, víctimas mortales de enfermedades hoy superadas, cuando todavía no se había generalizado el uso de los antibióticos y la penicilina estaba todavía en mantillas. Llamábamos *mortichuelos* a los entierros de los niños que morían antes de recibir la primera comunión, generalmente recién nacidos o de pocos meses de vida.

Mediada la mañana, o antes de mediodía, un ataúd diminuto y blanco salía de la casa del finado a hombros de niños mayores y entre los lloros y suspiros de los familiares, mientras los curas cantaban o recitaban en latín el salmo 90¹⁸: *Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Antes que las montañas se engendraran, antes que naciesen la tierra y el orbe, desde siempre, Tú eres Dios.*

La voz bien impostada del organista Vicente Martínez y la voz cascada del coadjutor Andrés Troyas lo proclamaban por las calles en el cortejo fúnebre: *Tú nos haces volver al polvo diciendo: ¡Retornad, hijos Adán! Porque mil años en tu presencia son un ayer que pasó, una vigilia nocturna.*

Las gentes se santiguaban a su paso. Algunos niños amigos se adherían rezagados a la comitiva al salir de la escuela: *Nos arrebatas como un sueño temprano, como la hierba que brota: sale y florece por la mañana, y por la tarde se corta y se seca.* Nadie comprendía el mensaje del salmo en latín, pero todos asentían con reverencial respeto ante la muerte.

Los monaguillos encabezábamos el séquito con la cruz alzada y los ciriales encendidos. "En el cielo –oíamos decir a los mayores– estarán celebrando una gran fiesta por el nuevo ángel que llega". Yo entonces pensaba: ¿Por qué los ángeles necesitaban bajar a la tierra, nacer de una mujer, meterse en una ataúd y ser enterrados en Peralta? *Por tu ira somos consumidos, conturbados por tu indignación. Has puesto nuestros pecados ante ti, y a la luz de tu rostro nuestras culpas secretas.*

Pero el niño muerto no tenía culpas. El misterio atosigaba mis pensamientos mientras la comitiva llegaba al gran soportal de la iglesia del convento: *Bajo tu ira nuestros días declinan, consumimos nuestros años igual que un suspiro. Setenta años alcanzan nuestros días, tal vez ochenta si tenemos vigor. Mas es su mayor parte trabajo y vanidad, pues pasan presto y nosotros volamos.*

Apenas unos años... y otro vuelo celestial. El agua del hisopo y el blanco aroma del incienso dignificaban aún más aquellos inocentes despojos: *¿Quién pondera la fuerza de tu ira y teme la violencia de tu enojo? ¡Enseñanos a contar nuestros días para que alcancemos sabiduría a conciencia!*

Es la sabiduría de la propia muerte aceptada desde que nacemos, pero sólo consciente en la edad adulta. Por eso otros niños seguían jugando en la calle ajenos al *mortichuelo*: *¡Vuelve, Señor! ¿Hasta cuándo? Ten piedad de tus siervos. Sácianos pronto de tu misericordia, para que todos nuestros días vivamos en alegría y júbilo.*

El blanco ataúd era colocado en la carroza mortuoria tirada por caballos empenachados al pie de la carretera de Andosilla: *Danos alegría por los días que nos afligiste, por los años en que conocimos desgracia.*

Carretera adelante, la carroza pasaba por las últimas casas del pueblo. Antes de llegar al Raso Jaurrieta, un verdeoscuro de cipreses anunciaba el final del trayecto: el cementerio, en medio del campo, a los pies de la ondulada sierra: *¡Aparezca tu obra antes tus siervos, sobre tus hijos la gloria! La dulzura del Señor, nuestro Dios, sea con nosotros.*

El coche mortuorio se detenía ante el portalón de hierro. El sepulturero recibía aquel diminuto cuerpo entre lápidas de mármol y cruces de forja: *¡Confirma la acción de nuestras manos sobre nosotros, Señor, confirma la acción de nuestras manos!* Y otras manos agarraban la azada para echar tierra sobre el ataúd. Esta era la acción del salmo. La tierra, blanda y ocre, resonaba sorda al caer sobre la caja: *Al paraíso te conduzcan los ángeles... In paradisum...*¹⁹, cantaba el organista y repetía el eco de las tapias del camposanto.

De los numerosos entierros a los que asistí en calidad de monaguillo, el que más me impresionó fue el de un amiguito mío, cuando ambos rondábamos los siete años. Mientras duró su enfermedad, esperaba todas las tardes mi llegada al salir de la escuela para jugar sobre la colcha de su cama. Cuando me oía subir por las escaleras, se escondía y, aprovechándose de mi transitoria adaptación a la penumbra de su habitación, me sorprendía tapándome los ojos con sus manos febriles, y preguntándome ingenuamente con débil voz si adivinaba quién era el que así me cegaba. Murió pocos días antes de la festividad de la Ascensión. Y como durante el curso se había preparado igual que yo en la catequesis para la primera comunión, los sacerdotes, sabiendo que se moría, tuvieron a bien administrársela en forma de viático. Mejor dicho, se la administramos, porque fuimos a ella todos sus amigos. El caso es que recibió a Jesús unos días antes que nosotros. Por eso su entierro ya no fue el de un *mortichuelo*. Incluso el ataúd no estaba pintado de blanco, lo habitual en los enterramientos de los infantes, sino del color natural de la madera. Estoy viendo todavía a su madre despidiéndole a gritos desde el portal de la casa.

Después de muchos años, he vuelto al cementerio donde tengo enterrados, además de mis ancestros, a tantos y tantos conocidos y amigos de la infancia. He besado la vieja losa del panteón familiar, en cuya piedra aparece cincelado el doble rótulo de VELASCO TROYAS - VELASCO MORENO, y en ese beso he depositado mi afecto a todos los que aquí duermen el sueño de la paz eterna.

Una pertinaz sequía, que agosta sin piedad los añosos pinos y cipreses del camposanto, está siendo paliada por los empleados municipales con grandes cubos de agua. Al irme, me percaté de la fecha inaugural de 1909 sobre la portada, al tiempo que veo que están construyendo otra puerta en un lateral. Mientras espero dentro del coche a que anochezca para ver caer las últimas luces del ocaso entre los cipreses, escribo estos versos.

En el cementerio

No son nada nuestros cuerpos,
pero lo tienen todo desde el día
en que las manos alfareras,
manos de un Dios creador,

amasaron el barro de la tierra
con sus dedos amorosos,
de Padre bueno e ilusionado,
para hacernos hombre y mujer
a su imagen y semejanza.
No somos nada los hombres,
ni lo seremos en la vida,
aunque cantemos salmos
por el amigo que se marcha;
aunque nos engañemos
creyendo que todos nosotros,
con nuestras pertenencias,
tenemos esencia de eternidad.
La muerte ajena carece de fuerza
para hacernos reflexionar.
No somos nada, no lo somos...
Acompañamos a los muertos,
infantes de nuestra generación,
en una mañana sin escuela.
Podría haber sido yo el finado,
o cualquier otro niño amigo.
No lo fuimos entonces,
lo seremos en el tiempo prefijado,
en otra mañana cualquiera,
o en una tarde inesperada.

6. Magníficat al bajar del monte

La primera comunión nos proporcionaba ya una incipiente mayoría de edad, que nos permitía llevar a cabo de manera autónoma hazañas hasta entonces imposibles. Una de ellas, la más bella e ingenua de mi vida, la realice en compañía de un reducido grupo de monaguillos, en una tarde cálida de agosto. Emprendimos la subida al monte de nuestros juegos y escaramuzas. Sabíamos que la de aquella tarde no iba a ser una subida más, como tantas otras. Llegamos hasta el bosquecillo de pinos que hay junto al Portil de lobos. Yo era el cabecilla de un proyecto que, una vez aceptado por el grupo, elevamos a la categoría de secreto. El detonante fue que, unos días antes, una imagen de la Virgen de Fátima había recorrido los pueblos de La Ribera, llegando a Peralta el 7 de mayo de aquel año de 1949. Le acompañaban, como hechizadas, una docena de palomas revoloteando a su alrededor. Nos habían contado con este motivo en la catequesis la historia de las apariciones a los pastorcillos en Cova de Iria. Y pensaba yo: ¿qué tenían de especial aquellos niños portugueses que no tuviésemos nosotros? Podríamos perfectamente ser acreedores del mismo milagro. Y en poco tiempo concebí la idea.

Dejamos casi sin existencias el cajón de los cabos de vela de la sacristía. Después de comer, subimos al monte llenos de ilusión y acampamos junto a la falla tectónica del Portil. A sus pies, el camino hacia el secano discurría silencioso, mientras un conejo nos miraba receloso y expectante. Hacía un calor espeso. Nos postramos los cuatro a la sombra del arco secular de tosco sillarejo. Encendimos las velas que empezaron a

chisporrotear. Entonamos una y otra vez el canto tradicional del avemaría. Estábamos convencidos de que la Virgen en persona, orlada de ángeles, vendría a visitarnos a la colina. Después de un largo rato cantando y rezando, surgió en nosotros cierto malestar, producido primero por la incertidumbre y después por el desencanto. Poco a poco fuimos comprendiendo nuestra fatua osadía. En algunos ojos sensibles brotaron unas lágrimas. Los cabos de vela se ahogaban ya en su espesa sangre blanca. Santa María no bajó a visitarnos. En el silencio de nuestra tristeza, oímos doblar las campanas anunciando las Vísperas solemnes de la fiesta grande de la Asunción de Nuestra Señora.

Y bajamos del monte corriendo y cabizbajos, dejando encendidos los últimos pabilos de cera abandonados a su suerte. Nuestras ilusiones quedaban colgadas para siempre en las ramas de aquellos pinos, testigos mudos de nuestra desesperanza. Sin palabras, solo con las miradas, y por temor al ridículo, nos juramos silencio eterno sobre nuestro fracasado intento, que ahora lo rompo yo, después de tanto tiempo. Con los últimos tañidos de las campanas entramos sudorosos en la sacristía y nos revestimos la roja sotana, el blanco roquete y el oro bordado de las gualdrapas festivas.

El clero parroquial, con el terno de gran gala, se disponía a cantar los salmos desde el coro. Para el canto del Magnificat nos levantamos, alzamos los ciriales –¡otra vez las velas!– y acudimos al bajo coro para recibir a los celebrantes que, con capas pluviales, descendían para incensar el altar mayor.

*Magnificat anima mea Dominum... Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador...*²⁰. En nosotros esto no era verdad porque teníamos el alma triste y abatida. La iglesia olía a cera reciente, a penumbra fresca, a fiesta grande *porque miró la bajeza de su esclava, desde ahora me llamarán dichosa las generaciones...* Los sacerdotes descedían del coro cantando, sin percatarse de nuestra pena. Pero nadie sabría nunca nada. El miedo al ridículo podía más que el desahogo.

Porque hizo en mí cosas grandes el que es poderoso y su nombre es santo... Los ciriales, avanzando por la espiga central de la iglesia, concentraban nuestra rabia. ¿Dónde había estado el fallo? Dos asiduas beatas contestaban en latín desde los primeros bancos con más potencia de voz que los tres curas juntos. *Et misericordia eius a progenie in progenies, timentibus eum.... Su misericordia se extiende de generación en generación a los que le temen. ¿Y por qué no a nosotros?*

Llegamos al presbiterio para officiar el rito del incienso enfrascados en la rumia de nuestro fracaso. *Ostentó el poder de su brazo, desbarató los planes del corazón de los soberbios...* ¿Había sido soberbio alguno de nosotros? ¿Era esa la causa? El sol penetraba por el vitral de poniente, encima del retablo de san Blas, jugando con las partículas de polvo suspendidas. Ya regresábamos en comitiva hacia el fondo de la iglesia, camino otra vez de las escaleras del coro. *Despojó del trono a los poderosos y ensalzó a los humildes...* No habíamos sido humildes, no éramos humildes. En esto radicaba nuestro mal: el considerarnos merecedores de favores celestiales y candidatos indiscutibles a una aparición que solo de Dios depende. *A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos despidió sin nada...* No teníamos hambre de Dios, no le habíamos buscado por Él mismo, sino que estábamos llenos de nosotros mismos.

Terminadas las Vísperas, salimos ya más serenos a la plaza de los Curas. En un *sentil* nos reímos por primera vez de nuestra ingenuidad, pero una honda nostalgia anidaba en

nuestros pequeños corazones. Los trémulos rayos del sol parpadeaban en el incendio diario del crepúsculo. A partir de este momento comenzamos a atesorar humildad y prudencia en nuestras vidas, como sucedió con Abraham, nuestro padre en la fe.

NOTAS:

1. Jimeno, J. M^a. *Auroros y Auroras*. TCP, núm.179.
2. *Ibid.*, núm. 4.
3. Así sucede en las concentraciones periódicas de *auroros* de Navarra, recorriendo las calles del lugar donde se reúnen cantando al estilo característico de cada grupo.
4. Este coro fue creado con componentes del coro *Fermín Irigaray*. Ambos son dirigidos por Octavio Castillo Irigalba. El *Coro de Voces Blancas* ha participado con éxito en conciertos, y además de cantar *a capella*, lo hace con acompañamiento de flauta dulce, acordeón y otros instrumentos.
5. Jimeno, J. M^a, *ibid.*, págs. 17 y 18.
6. Octavio Castillo Irigalba.
7. Siglo XIX.
8. *Ibid.*
9. Letra de V. Ordóñez y música de O. Castillo.
10. Letra de Luis Ignacio Villafranca.
11. Letra de E. Sánchez y música de O. Castillo.
12. Octavio Castillo Irigalba.
13. Himno eucarístico atribuido a santo Tomás de Aquino, que se canta en las exposiciones y reservas del Santísimo Sacramento.
14. Goñi Gaztambide, J. *Los obispos de Pamplona*, IV, pág. 674.
15. Caro Baroja, J. *Etnografía Histórica de Navarra*, III, pág. 236.
16. Iribarren, J. M^a. *De Pascuas a Ramos*, págs. 69 y 70.
17. Según testimonio directo de quienes lo vieron todavía en el día de Todos los Santos de 1987, se adornaron de esta manera tradicional dos sepulturas del cementerio.
18. El salmista explica la brevedad de la vida como un castigo por los pecados del hombre.
19. Antifona: *In paradissum deducant te Angeli...* Se cantaba al depositar el cuerpo del difunto en la sepultura.
20. Cántico de la Virgen (Lucas 1, 46-55). Se reza o canta en las Vísperas después de los salmos.

CAPÍTULO VIII: UN PUEBLO EN FIESTA

1. Con el "pañuelico colorau"

El domingo siguiente al 8 de septiembre se iniciaban tradicionalmente las fiestas patronales en honor de Nuestra Señora la Virgen de Nieva; pero a partir de 1986, tras refrendo popular, comienzan el primer domingo del mismo mes y duran una semana larga. Las labores del campo, el trabajo de las fábricas, la apertura del nuevo curso escolar y hasta la bonanza climática han salido ganando con este pequeño adelanto.

La precaria situación económica generalizada que se vivía en la década de los años cincuenta del pasado siglo quedaba reflejada también en la modalidad de los festejos. Todo giraba alrededor de las vaquillas: mañana y tarde, a las once y a las cuatro, el encierro por las calles y el toreo popular en la plaza Principal, convertida para esta ocasión en coso taurino mediante una cerca de maderos, carros y remolques. Hoy, sin embargo, un presupuesto suficiente posibilita que el desarrollo festivo sea mucho más variado ¹. A mediodía del sábado, el disparo de cohetes y un prolongado bandeo de campanas anunciaban la inminencia de las fiestas. Esa misma tarde, la corporación municipal con el alcalde y el cabo de la guardia civil a la cabeza, acompañados por la banda de música y la comparsa de gigantes y cabezudos, acudían a las Vísperas y a la solemne Salve a la patrona.

El domingo de madrugada el canto de la aurora despertaba a la gente. Se oían las voces recias de los *auroros* recorriendo las calles del pueblo. Entre esquina y esquina sonaba la campanilla invitando a escuchar desde la cama coplas como esta: *Quien a Ti, Virgen de Nieva, / enamorado te canta, / merece un trono en el cielo / y ser hijo de Peralta*. Hacia las 9, dianas y pasacalles con *txistularis* y gaiteros testimoniaban con esta otra copla que el pueblo ya había empezado los festejos: *Estamos contentos, / llenos de alegría, / porque nuestras fiestas / son en este día. / Estamos contentos, / llenos de ilusión, / a nuestra patrona / la Virgen de Nieva / le cantamos hoy* ². A las 11 se celebraba la misa solemne seguida de la procesión. La imagen de la Virgen con sus mejores galas recorría las principales calles sobre andas con ángeles de alas desplegadas. Le acompañaba un vecindario endomingado por las aceras o desde los balcones engalanados. Lo decía la copla: *Hoy Peralta se viste / de gala, de gala, de gala, / y se tira, se tira, se tira, / la casa por la ventana*.

En la comida de mediodía se esmeraban las amas de casa. El capón más hermoso del corral, cebado para esta ocasión, sacrificaba sus plumas y su vida. Y a toda hora apetecía una rica torta de yema o un sabroso mantecado, pastas tradicionales que las mujeres elaboraban en los hornos para estas fiestas. Las últimas horas de la tarde se dedicaban al baile público en el paseo del Arga, donde la banda municipal tocaba desde el kiosco de la música. Bailar en Peralta era fácil en los años que reseño. Vicente Martínez Íñigo, azagrés de nacimiento, pero peraltés de residencia desde muy joven, supo imprimir a la banda de músicos por él dirigida una gran altura interpretativa. Hasta compuso piezas como la diana *La primera de las Fiestas*, que todavía sirve de alegre despertar. Al cumplir las bodas de oro al frente de la banda, un discípulo suyo escribía: *Cincuenta años son muchos para que haya un solo peraltés que no tenga algo que agradecer a Don Vicente: un alegre despertar, un flechazo de amor ayudado por una de esas románticas melodías que él dirige, la emoción que produce un pasodoble torero escuchado en el ruedo...Estamos en unos tiempos en los que, día a día, vemos desaparecer las bandas de*

*los pueblos y tambalear las de las grandes ciudades; pero ésta nuestra, que es báculo en el que se apoyan todos los festejos populares, todavía sigue en pie. Y en estas fiestas volverá a deleitarnos con sus peculiares preocupaciones, gracias al celo de este hombre que, durante estos cincuenta años, ha dedicado todo su esfuerzo a la enseñanza de la más bella de las artes y de las ciencias, injertando nueva savia y manteniendo siempre viva la tradición musical de este pueblo*³. Personalmente yo le agradezco a don Vicente las primeras clases de solfeo de mi vida.

Después del baile, cada peña acudía a su *pipero*. Para la juventud de La Ribera los *piperos* son las sedes de las cuadrillas festeras. Se instalan en bajeras convertidas accidentalmente en lugares de grata convivencia. En ellos sonaba entonces la música del acordeón. Los piperos actuales tienen sede fija, montada confortablemente, pero han perdido su frescura primitiva. Se rivalizaba, y se rivaliza, en prodigalidad con los amigos y visitantes. Los ricos caldos de la tierra regaban abundantemente las gargantas de todos los que a ellos se acercaban. Unos barreños llenos de vino tinto, aromatizado con canela, limón y melocotón a trozos, estaban a disposición del visitante. La sangría brava y dulce, el zurracapote que ya degustaban nuestros antepasados, sigue todavía en vigor. El turno de canciones populares empezaba con la jota, cuando los efluvios de Baco hacían sus primeros efectos. Entonces el *pipero* resultaba pequeño y se salía a cantar por las calles, al son del acordeón, de la guitarra y de instrumentos improvisados.

La juventud apenas dormía en casa durante las fiestas; cogía la manta y se tumbaba unas pocas horas al abrigo de la pajera. No se acudía a comer con la familia: una costillada, pagada a escote, alimentaba a toda la cuadrilla. Despistar clandestinamente del granero familiar un saco de trigo y venderlo al estraperlista era un secreto a voces y la forma habitual de financiar la economía del *pipero*. Los varones vestían con camisa y pantalón blancos y con falda y blusa del mismo color las chicas. No podía faltar el "pañuelico colorau" al cuello, faja encarnada en la cintura y las clásicas alpargatas blancas con cintas rojas cruzadas sobre el empeine y atadas a los tobillos. El fervor popular le coloca el pañuelo típico hasta a la misma patrona: *Pañuelico colorau / la Virgen de Nieva lleva, / para que todos veamos / que también es peraltesa*⁴. Con la invasión de los pantalones vaqueros, el receso del esparto y la generalización del calzado deportivo, el atuendo de las fiestas ha perdido parte del tipismo que confería aquella blanquirroja uniformidad.

Los fuegos artificiales desde el cascajar del río suponían un brillante final a aquellas noches templadas de mediados de septiembre. Eran castillos de luces lanzados desde una serie de postes paralelos a la corriente del Arga, que sostenían roleos de pólvora, rodetes giratorios y cascadas de estrellas en chorro. El agua se poblaba de meteoritos fugaces, que se miraban en ella duplicando el efecto luminoso. Las carcasas que se abren actualmente en una explosión de palmeras multicolores vinieron más tarde. Manteniendo las costumbres tradicionales, se han ido adornando las fiestas hasta no dejar un solo momento de la semana sin algún acto programado.

Hoy se pueden leer en los programas de fiestas actos como: partidos de pelota, desencajonamiento de novillos, elaboración de caldos populares, concurso juvenil de calderetes, paellas populares, degustación de calimocho, toros de fuego o *zezenzusko*, verbenas, trofeos ciclistas, toro mecánico, conciertos, *mascletás*, tardes de música con diferentes orquestas, actuaciones de danzas, etc. Como a otros pueblos de Navarra, a Peralta le gusta imitar las famosas fiestas de san Fermín. Así, al mediodía de la víspera,

suenan ahora el chupinazo desde la casa consistorial iniciando los festejos. En la procesión, además de acompañar la banda de música a la Virgen, los jotos le cantan sus mejores jotas. Durante las mañanas se celebran interesantes partidos de pelota a mano, que es aquí la modalidad más practicada. La asociación de cazadores y el ayuntamiento organizan competiciones de tiro al plato. No faltan carreras ciclistas, tanto de profesionales como de aficionados, bailes regionales, festivales de jota, espectáculos infantiles, verbenas animadas por conjuntos y orquestas de fama y almuerzos populares en fraterna compañía.

Terminan las fiestas con el clásico canto del *Pobre de mí*, al resplandor de las velas. *Adiós, adiós, adiós, / nos vamos a otra parte / con la charanga delante, / la alegría y el buen humor*⁵. Se acaban los festejos con cansancio en el cuerpo, pero con el espíritu contento por haber sabido en estos días mantener la tradición y las costumbres de un pueblo, que siempre quiso ser como ha sido, y quiere seguir siendo como es. *Es Peralta una villa hermosa, / de La Ribera fuerte y vigorosa; / en Navarra no hay otra mejor, / vivir en Peralta es regalo de Dios*⁶.

2. Vacas y novillos de lidia

El encierro ha sido siempre un acto emocionante, lleno de alegría y vistosidad, en constante riesgo, mayormente para la gente joven, soslayando por la calle empujones involuntarios, investidas y posible pisoteo de las reses bravas. Suelen decir que son tres las cualidades necesarias para ser un buen corredor de encierros: velocidad en los pies, elasticidad en el tronco y serenidad en la cabeza. El primer día todavía se consigue, pero conforme avanzan las fiestas el vino hace que sea difícil mantener ese equilibrio a tres bandas.

A diferencia del encierro pamplonico, rápido y breve, el de las vacas furas de los pueblos resulta moroso y detenido. Tiene más de juego peligroso y de temeridad calculada de los mozos que de exhibición de fuerza de los astados. Durante muchos años en Peralta sólo se corrían encierros con las vaquillas que se toreaban en la plaza improvisada con maderos, pero tras restaurar el coso taurino y hacer lidia de novillos, unos días se realizan encierros rápidos con estos astados y otros más detenidos con las vaquillas. A veces las vacas se escapaban del itinerario o de la propia plaza por entre los travesaños mal ensamblados, provocando sustos que casi nunca pasaban a mayores, porque salían los mansos en su búsqueda y las reses huidas regresaban sumisas en su compañía.

Algunos aficionados maduros no pueden renunciar a correr año tras año por lo menos unos metros del encierro. Y hasta a los más viejos se les ve temblar de emoción, plantados en un portal del recorrido, evocando sus mejores hazañas. Desde los balcones, los menos decididos corean a los más valientes. Rara vez ha sucedido un percance grave. Resulta imposible enumerar a todos los corredores famosos de Peralta. Como homenaje a ellos es de justicia citar por lo menos a Gerardo Busto, de apodo *el Antón*, cuya afición y buen correr han creado escuela en el pueblo a base de serenidad, vista, temple y... buenos pies.

Las vaquillas son sabias y conocedoras de su oficio, acostumbradas como están a recorrer los pueblos de La Ribera desempeñando su papel hasta caerse de viejas. En los años que evoco, el encierro abandonaba la estrechez de la calle Mayor al desembocar en la plaza de los Curas. Una docena de acacias entre los diez *sentiles* propiciaba variantes gozosas al jolgorio juvenil. Subidos a los árboles, o acurrucados debajo de los bancos de cemento, los mozos citaban a las reses, que no sabían a donde acudir ante tanto reclamo. Cuando coincidían dos vacas acosando a un mismo mozo, el panorama se ponía feo hasta que alguien hacía el quite oportuno que lo desembarazaba de aquel aprieto.

El amplio redondel para el toreo se montaba cada año con maderos horizontales apoyados en estacas verticales, que sostenían también los tablados o plataformas para los espectadores. Una peraltesa escribe con gracia: *Antes la plaza se hacía / con maderos y con carros, / con galeras y con tablas / construíanse tablados. / Siempre había algunos mozos / mirando por los maderos, / a ver si por entre grietas / nos veían el culero. / Entre madero y madero / asomaban la cabeza, / llamando a las vaquillas / una cuadrilla de viejas* ⁷.

Hombres jóvenes y maduros, alguna moza suelta y mozalbetes decididos saltaban al ruedo enardecidos ante el regocijo de los espectadores. Los desafíos a las vacas resultaban más concretos en la plaza que en los encierros: unos recortaban la embestida, otros les cogían el rabo o las agarraban por los cuernos en un duelo de fuerza, y los más toreros intentaban darles unos pases con un capote improvisado. Entre vaca y vaca, tocaba la banda y hasta se bailaba, no fuera que se enfriaran los pies. Una canción popular expresa el peligro que también entrañaban las vaquillas. Es el diálogo de una madre con su hijo: *Abra usted la puerta, madre, / que vengo herido; / en la plaza me ha pillado / la vaca por atrevido. / Si te ha pillado la vaca, / no haber salido; / quien a los cuernos se acerca, / cornada lleva si no anda listo* ⁸.

Algunas tardes las peñas montaban en el coso charlotadas o festejos humorísticos. Ataban una larga sogá alrededor de las astas de la vaca, y sendas filas de mozos tiraban por ambos cabos. Otras veces era una pareja de mozos que se ofrecía a la fiera, poniendo delante de sus cuerpos una canasta llena de paja. Cuando el animal ya estaba mareado, una cuadrilla se sentaba alrededor de una mesa haciendo corro en el centro de la plaza y tomaba tranquilamente chocolate en un orinal de loza. La vaquilla miraba la escena entre cansada y sorprendida, mientras uno del corro untaba su hocico con una rebanada de pan mojada en el espeso líquido en medio del regocijo general: *La cuadrilla de los Negros / eran los sobresalientes, / muy buenos toreros todos / valerosos y ocurrentes. / La componían Remigio, / Casto, Perrincho y Mosquito, / Marchena, Chiflas y Maños, / el Mingorro y un Morrito. / Hacían lo de la mesa / y también lo de los cestos, / ellos fueron los primeros / en practicar este invento* ⁹.

Una escena aún más graciosa montaba en la plaza la cuadrilla *la Chispa*, integrada por hombres casados y mozos maduros. Ante el estupor del astado, que parecía como hipnotizado, interpretaban sentados en el suelo un simulacro de concierto: *Otra cuadrilla más vieja, / llamada la de la Chispa, / nos hacía charlotadas / que nos daba mucha risa. / Jesús Troyas era siempre / el director de la orquesta, / y tenía mucha gracia / con su levita y chistera. / Esta cuadrilla la Chispa / era la de Julio Elcid, / Munillas, el Peque y Chanri / y otro el hijo de Marín. / Cosque pequeño y Pitón, / Lucas, Lacalle y Bolero, / Jesús Troyas y Chupacha, / el Farra y el Pastelero* ¹⁰.

Según costumbre y mandato de la ordenanza, todos los festejos taurinos eran presididos desde el entablado presidencial por el alcalde o concejal delegado, colocado precisamente en el actual enclave de la casa consistorial. Antes de iniciar el festejo, y como señal de permiso para abrir la plaza, el presidente echaba al ruedo una gran llave. Concluida la diversión taurina, un desfile de jóvenes, cantando y bailando sin cesar, marchaba hacia los *piperos* enarbolando pancartas humorísticas.

El coso actual lo construyó hacia 1920 Raimundo Díaz. Apenas estrenado, se produjo un incendio en la leña y la alfalfa que se almacenaban en él durante el año, ocasionando su ruina. Así que hubo que volver provisionalmente a la acostumbrada plaza de carros y carretas en la explanada del convento, y después a la de maderos y estacas en la plaza Principal. En 1956 cuatro peralteses decididos, Juan García, Aniceto Bolaños, José Azpíroz y Pedro García, restauraron el coso en ruinas por un importe de 140.000 pesetas. En las fiestas de ese mismo año abrió de nuevo sus puertas con la participación de las figuras del momento: Julián Marín, Enrique Vera y el mejicano Camacho. El dueño de la plaza, Jesús Martín Cereceda, recibió el importe del arriendo anual, que ascendía a 3.500 pesetas, pero los empresarios no pudieron resarcirse y amortizar el desembolso de la restauración, hasta pasados cuatro años¹¹. Hoy es propiedad municipal. El ayuntamiento la compró y la ha ido mejorando por etapas. Indudablemente con él la fiesta ha ganado en comodidad, seguridad y prestigio, aunque el toreo de las vaquillas haya perdido algo de aquel primitivo encanto. Hoy, novedades como el encierro-cross, las corridas con rejoneadores y el toro de fuego o *zezenzusko* por la calle Irurzun han enriquecido la gran afición taurina peraltesa.

Las autoridades municipales, conscientes del peligro que entrañan las imprudencias que pueden cometerse durante los encierros y capeas, intentan por todos los medios de evitarlas. Año tras año pregonan y publican las mismas advertencias: *El encierro, centro y característica esencial de nuestras fiestas, es también el acto más emotivo y peligroso y, por ello mismo, las medidas que lo regulan han de ser cumplidas con la mayor voluntad y espíritu cívicos, y exigidas con la mayor firmeza. Deberá impedirse participar en estos espectáculos a cuantos se encuentren en estado de embriaguez o intenten deformar el sello propio del espectáculo. Queda prohibido agarrar, hostigar y maltratar a las reses, o dificultar por cualquier acto su salida o encierro durante la capea. Se recalca especialmente la prohibición terminante de participar en los encierros y capeas a menores de 18 años. Tendrán muy presente los participantes que “nadie está obligado a correr” en el encierro o en las vaquillas; hacerlo constituye indudablemente un riesgo que los interesados se han impuesto libremente, por lo que el Municipio no se hace responsable de los accidentes que pudieran sufrir los participantes en tales festejos. Las capeas y encierros terminarán necesariamente antes de anochecer. Las desobediencias a los agentes de la autoridad y a las anteriores disposiciones constituyen una falta grave, siendo sancionadas con el máximo rigor, dentro de las facultades legales vigentes, sin perjuicio de las responsabilidades de otro orden que pudieran derivarse¹².*

3. Samblases y roscos

Otras fiestas patronales de Peralta son las celebradas en honor de san Blas, del 3 al 5 de febrero. Así lo expresa este popular verso festivo: *san Blas, san Blasico y santa Águeda, santa Aguedacha que a las fiestas despacha*, aludiendo a que con el día 5, festividad de

santa Águeda, se concluían los tres días de las fiestas pequeñas. Entre los peralteses goza de gran aceptación este paréntesis festero invernal. Son festejos diferentes, menos bullangueros que las fiestas Mayores.

Antaño, la víspera se levantaba una hoguera enorme delante del ayuntamiento aprovechando el ramaje de la poda de los árboles del paseo. La juventud bailaba al amor de la lumbre, y los mozos medían su hombría ante las admiradoras saltando temerariamente sobre llamas colosales. De esta manera describía mi viejo amigo León Villafranca el inicio de los *Samblases* de finales del siglo XIX y principios del XX: *La víspera por la noche se quemaba una gran hoguera y, alrededor de ella, al toque de la música, salía el Choto, hombre bueno, trabajador y divertido, y tras él varios jóvenes, algunos de los cuales eran: Antonete, Tostau, Tablaycuba, Aragonés, Sietealmuerzos, el Bribón, el Barrao y muchos otros, todos honrados y trabajadores, que bailaban alrededor de la hoguera y saltaban por encima de ella. Como san Blas los protegía, ningún daño les pasaba. A la mañana siguiente, como de costumbre, se levantaban los heroicos y verdaderos católicos auroros a cantar las alabanzas de nuestro querido patrón san Blas*¹³.

Los titiriteros instalaban un tiovivo eléctrico y un balancín mecánico (los chicos lo llamábamos "barcas"), que ascendía y descendía por el aire con la fuerza que le imprimían nuestros incipientes músculos. Completaban las atracciones un par de casetas de tiro con escopeta de perdigones, taponos de corcho o dardos diminutos. El objetivo consistía en romper una tira de papel fino, que llevaba en su extremo un regalo para quien lograra rasgarla.

El encanto infantil más grande era la comparsa de gigantes y cabezudos, formada por una pareja de reyes de blanca dinastía y otra de estirpe mora, además de cuatro cabezudos: una bruja con verrugas en la cara, un anciano palurdo, un chino amarillo y la propia sota de bastos. Los reyes cubrían su alto armazón de madera con vestes regias de falso brocado. En la cintura, un breve recuadro de puntillas servía al portador como punto de mira. Bailaban desgarbadas danzas, mientras desfilaban sin prisa, oteando con sus ciegas miradas los primeros pisos de las casas. Mientras los gigantes danzan, *muetes* y *muetas* corren delante de los cabezudos, que responden con livianos zurriagazos a los insultos infantiles.

Los roscos, en sus variedades tradicionales de yema y de leche, son típicos en estas fiestas de san Blas, abogado reconocido contra los males de garganta. No se conciben en Peralta unos *Samblases* sin roscos. A los niños les cuelgan con una cinta al cuello un roscos o una mano, hecha de la misma pasta que los roscos –en recuerdo del brazo-relicario del Santo–, para acudir a la misa solemne, donde son bendecidos. Para conseguir una canasta llena de roscos de yema hacen falta los siguientes ingredientes: una docena de huevos, kilo y medio de azúcar, tres cuartos de litro de aceite de oliva, una copa de anís, una cucharada de bicarbonato o de polvos de gaseosa y cinco kilos de harina blanca. Para los llamados roscos de leche, hay que añadir a lo anterior tres cuartos de litro de este nutritivo líquido. Conviene recordar que el toque preciso de la mano que los elabora supone un cincuenta por ciento de la calidad final del producto.

La imagen de san Blas es una talla grande de cuerpo entero, fino rostro y bella factura barroca, revestida con ornamentos pontificales. Se conserva en muy buen estado y preside un espectacular retablo, también barroco, de comienzos del siglo XVIII, ubicado

en el centro de la pared de la nave lateral que recae a la plaza de los Curas. Se adorna con retorcidos follajes decorativos, roleos vegetales, angelillos desnudos y columnas salomónicas. En la parte superior aparece un lienzo pintado con una representación del santo. La imagen está en ademán de bendecir con la mano derecha, mientras que la izquierda sostiene el báculo episcopal. Es precisamente en el brazo derecho donde, el día de su fiesta, se le cuelga un gran roscón adornado con cintas y flores, que después se trocea en pequeñas porciones para repartirlo entre los fieles. Como ya he dejado escrito en otro capítulo, durante muchos años esta efigie no salía en procesión a causa de su gran envergadura, peso y quizá también por miedo a las inclemencias del tiempo. En su lugar, los sacerdotes portaban el relicario, un artístico brazo de plata en cuyo centro un medallón dejaba ver la reliquia ¹⁴. Es una obra gótica del año 1500 aproximadamente, con añadidos neoclásicos del siglo XIX.

Los Samblases no se quedan sin jotas, que salen de gargantas bien alimentadas con los roscos y el vino rancio: *Deseando estaba la gente / de que llegasen las fiestas, / "pa" comer tortas y roscos / y unas buenas madalenas* ¹⁵.

Por san Blas la cigüeña verás, reza el refrán popular. En esas fechas se alegra el firmamento peraltés con la llegada de estas enormes aves. En mis tiempos, se aposentaban con su constante crotorar en cinco elevados nidos: el tejado de la parroquia, la cima del Campanar, dos torreones de casas señoriales y un saliente rocoso del monte.

4. "La jota nació en Peralta"

La jota nació en Peralta / y en Peralta se cantó, / por eso los peralteses / la cantan mejor que yo ¹⁶. Versión que la jotera María Valencia, para defender a favor de Navarra el origen de la jota cantada, frente a Aragón y Valencia que ostentan la primacía de la jota bailada, parodia con la siguiente letrilla: *La jota nació en Peralta, / y en Navarra se crió, / y en La Ribera le dimos / alma, vida y corazón* ¹⁷. Cariñosa hipérbole esto de atribuir a Peralta el nacimiento de la jota, pero no tiene más intencionalidad que la de admirar a los excelentes jotos peralteses y navarros de todos los tiempos. La jota de Peralta es la expresión del sentir de este pueblo. Temperamento, emoción, religiosidad y querer se unen espontáneamente para cantar alegrías, preocupaciones y demás estados del alma.

En el campo, en casa, en el taller, en la calle y, sobre todo, en la fiesta, la jota actúa como válvula de escape de los sentimientos. Según sus vivencias, el jotero alterna lo pasajero con lo perenne, lo histórico con lo actual, lo tierno con lo picaresco, lo sentimental con lo lógico, lo dulce con lo agraz, el humor con la tristeza, el lamento con la alegría... De pronto, la voz brota de las gargantas con calor y color. Y suena así, porque así le nace al jotero. Alguien ha dicho que la jota es el alma del pueblo que la canta.

En La Ribera navarra se da por supuesta esta predisposición y facilidad para la jota de los ribereños. Pero no todos son capaces de llevarlo a la práctica de igual manera. Unos la cantan, otros la tocan, unos terceros la bailan y todos la sienten, porque ha sido creada y musicalizada por hombres y mujeres, mitad músicos, mitad poetas y enteramente jotos. Esta disposición se suele heredar de padres a hijos. Pero también nace en familias

sin antecedentes jotereros. Hay quienes la achacan sin ningún fundamento al agua del Arga. Con la disposición para la jota se heredan la voz, el estilo, el temperamento, el nervio, la afición y el sentir. Y junto a la jota, las coplas de la aurora. Con ellos Peralta perpetúa su cantar y templea sus buenas voces.

Con el origen de la jota sucede lo mismo que con los primeros pobladores peralteses, que un buen día, sin saber muy bien por qué, se encuentran viviendo junto al escarpe del monte. Tampoco a la jota le podemos poner un comienzo. Se habla de ella como de una costumbre. Su apogeo, según algunos estudiosos, se dio en tiempo de los árabes; según otros, a partir del siglo XIX ¹⁸ con muchos siglos de diferencia. En algunos pueblos vecinos se dice que la jota fue traída por los navarros que habían combatido en los sitios de Zaragoza contra las tropas napoleónicas. El catedrático zaragozano de Historia del Arte, José Camón Aznar, escribió que *la jota es un producto indígena, radicado en las esencias raciales prehistóricas* ¹⁹. Hay, pues, teorías para todos los gustos.

El término jota es polisémico. Jota es melodía de guitarras y laúdes con acompañamiento de castañuelas; también baile popular de tres tiempos con movimiento trenzado de pies y manos, rápido y audaz; copla sencilla, castiza y repetitiva, cantada en solitario o a dúo, acompañando a veces al baile; finalmente, es romance octosílabo de cuatro versos, vehículo literario de la canción ²¹.

La jota desde luego no es un dechado de literatura ni tiene por qué serlo. La métrica y el estilo de sus letrillas dejan mucho que desear, pero, en contrapartida, son un producto espontáneo de inspiración popular, que se expresa en la mayoría de los casos por gentes con escaso nivel educativo. La jota actual es esencialmente un romance octosílabo, la forma más fácil de expresión poética. En una secuencia de jotas sobre el mismo tema, la rima asonantada se diferencia cada cuatro versos, como sucedía en los romances antiguos. La unidad poemática se conserva por el tema, repetido con variantes en cada estrofa ²¹.

La jota de Peralta, como en general la de toda Navarra, se clasifica por los temas de que se nutre y por las ocasiones en que es cantada. Hay jotas bullangueras, alegres y optimistas para las fiestas, en las que hasta las charangas tienen finales jotereros; dulces y amorosas, o apasionadas y duras, según los sentimientos que las han ocasionado; recias, enérgicas y transcendentales para acontecimientos vibrantes. Nacen jotas inspiradas en el campo, en episodios de la historia local o nacional; jotas para tiempos específicos como Navidad, Pascua, las fiestas patronales... No hay que olvidar la famosa jota que se ha dado en llamar "de picadillo". Éste se da habitualmente en los dos primeros versos de la copla, para cambiar en el tercero: lo que parecía una crítica, se convierte en gracia y elogio. *Nadie crea que la jota / es un canto regional, / es el himno de una raza / valiente, noble y leal* ²². A la jota la han llamado también himno, danza y oración. ¿Se puede aspirar a más?

Aunque los jotereros maños, riojanos y navarros son de reconocida fama, también se canta la jota en las provincias vascas, en Galicia, Asturias, León, las dos Castillas, Tarragona, la Comunidad Valenciana, Murcia, Jaén, Cádiz y hasta en las islas Canarias. Cada región tiene un estilo distinto, pero en todas sorprende su fuerza y afianzamiento.

Con autoridad indiscutible escribe Caro Baroja: *Las variedades de jotas, consideradas desde el punto de vista geográfico, coinciden bastante con áreas de regadío. Así la jota Navarra tiene su expresión más fuerte por tierras de Tudela, de Tafalla abajo. La jota*

*aragonesa, que se considera la más genuina, tiene sus cultivadores a lo largo del Ebro y sus afluentes. Otro país de jotas es Valencia, y otro Murcia. No es solamente una forma de canto rural: se desarrolla en las grandes ciudades y la cultivan personas de muy diferente condición*²⁴.

El jotero vive su jota. Como él mismo dice, le nace. Incluso las coplas de los demás las hace propias, y las canta solo "si le van" su letra y estilo. El buen jotero se queda insatisfecho si su canto no produce escalofríos en quienes lo escuchan. "Me se pone la carne de gallina", dicen las gentes del campo al constatar que un jotero les llega hasta el fondo del alma. Y no hay mejor alabanza y premio que esta afirmación. Los joteritos cantan poniendo lejos su mirada, como si, además de cantar, filosofaran. Parece que las letrillas, preparadas de antemano, fueran repensándolas mientras las cantan. Quizá por eso en Peralta y en toda La Ribera gusta más cantar la jota que bailarla, a diferencia de otras regiones que no la conciben sin bailarla o hacen del baile el paradigma de la jota.

Para mejor escuchar y sentir la jota, se forma un corro silencioso, respetuoso y atento alrededor de quien la entona, como si de un rito religioso se tratara. Durante años y años los joteritos fueron gente anónima en su mayor parte, que al no disponer de los medios modernos de conservación y reproducción del sonido, no pasaron a la historia. Pero gracias a ellos se ha conservado la jota de generación en generación.

5. Rondallas y joteritos peraltés

A principios del siglo XX adquirió fama en la comarca el peraltés Demetrio Chueca, quien ganó abundantes diplomas y premios como el mejor jotero, junto a otros colegas de pueblos vecinos. Se les presentaba así: *En Peralta canta Chueca, / en San Adrián el Donato, / y en la villa de Andosilla / el hijo del Atanasio*²⁵. Chueca, además de poseer inigualables aptitudes y gusto como cantor jotero, fue un hábil improvisador, llegando incluso a crear escuela. El jotero peraltés José Urroz, que merece ser destacado junto a su mujer *la Taina*, enumeraba las glorias joteritas peraltés de hace años, cantando en 1929: *De los ancianos, la jota / la cantaba "Navarrico", / después Demetrio Chueca / y ahora la canta el "Matico"*²⁶.

La jota se suele agrupar por rondallas. En ellas el esfuerzo y la personalidad individual se aúnan, pero sus joteritos conservan estilo y matices propios. Octavio Castillo se encarga de recordarnos las rondallas y los joteritos peraltés del siglo XX, aunque se tiene noticia de la existencia de rondallas peraltés con solera ya en el siglo XIX. En 1910 había una rondalla que supo polarizar todo el ambiente jotero de aquel tiempo. Estaba compuesta por los guitarristas Ángel Larraz, Gregorio Martínez, Teodoro Castillo, Escolástico Valencia, Tiburcio Larraz y Blas Pasarín; como cantores actuaban el mencionado Demetrio Chueca, Ángel Martínez Malo, José María Campo, Eduardo Alonso, José Urroz y Paulino Moreno. Esta rondalla fue la que más fama proporcionó a la jota de Peralta fuera de nuestra patria chica. Paseó el nombre de la villa por toda la Península. Hasta el rey Alfonso XIII tuvo ocasión de escucharla en un viaje a Pamplona. De esta famosa rondalla se cuentan y cantan graciosas anécdotas. María Valencia pone las siguientes en boca de su padre Escolástico, también jotero:

*En Marcilla fui a la cárcel,
y en Villafranca por poco,
y en Estella una vaca
nos dio una paliza a todos.*

*En Lodosa los garbanzos
nos revolvían las tripas,
y en Azagra de un “tablau”
caímos patas arriba.*

*Nos han “pasau” muchas cosas
pero con gusto lo hacemos,
y hemos “dejau” muy alto
el nombre de nuestro pueblo ²⁷.*

Cuando esta rondalla declinaba, surgió otra con nuevo empuje. La dirigió José Blasco Esain, acompañado del veterano Tiburcio Larraz con la guitarra, Jesús Ibáñez con el laúd, e Hilario Barcos con la bandurria. De cantadores iban Jesús Chueca, José María Alonso, Juan Falcón, Juan Irigaray, Teodoro Villar, María Jesús Pérez Osés, Silvia Alonso y Pilar Palacios. Esta rondalla hizo sus giras en el ambiente más reducido de los pueblos de la contornada, que la reclamaban para las fiestas. Actuó algunas veces en Pamplona y participó en concursos y festivales obteniendo varios premios. En los años cuarenta del siglo pasado Rafael Valencia Irigaray, acompañado de su esposa Josefina Bermejo y otros jotereros, formaron una rondalla más pequeña. Los miembros de estas tres rondallas, además de María Tapiz Díaz, Juana Pascual, Andrés Echeverría y Máximo Cortés, pertenecieron a lo que podríamos llamar la primera época de la jota peraltesa del siglo XX.

Emuladores de los anteriores, los músicos locales Vicente Castillo, Blas Asín y Ángel Villafranca, junto con los jotereros Bernardo y Teodoro Osés, Nieves Cabeza y Jacinto Antomás crearon una nueva rondalla en 1951. Desde los comienzos se distinguió por su fuerza. Actuaron en Guadalajara y Madrid, además de hacer el recorrido habitual por los pueblos vecinos, animando e impulsando la creación de nuevas rondallas.

El mismo año José Blasco se rodeaba de jóvenes valores para repetir los éxitos cosechados tiempo atrás con su vieja rondalla. Esta nueva la dirigió con los instrumentistas siguientes: a la guitarra, Adolfo Orduña Balduz y José Escribano López; con los violines, Ángel Blasco y Vicente Larraz Quintana; clarinetista, Ramiro Barcos Pérez, y con el laúd, Octavio Castillo Irigalba. Prestaron sus voces Fermín Osés Tapiz, León Cortés y los hermanos José María y Pedro Jesús Pérez.

En 1954, con motivo de allegar fondos para la construcción del centro parroquial, se formó una gran rondalla de rondallas. A ella acudieron tanto los jotereros mayores como los jóvenes valores que se iniciaban. Todos juntos recorrieron los pueblos de Arguedas, Caparroso, Corella, Funes, Larraga, Marcilla, Milagro, Santacara y Valtierra, además de actuar varias veces en Peralta; en total, 24 actuaciones. Además de los veteranos ya nombrados, reforzaron la gira María Jesús Pérez Moreno, Bernardita Irigaray Osés, Máximo Cortés Legaz, Eduardo Martínez y Luis Busto Osés. Hasta aquí abarcaría la segunda época, cuyo mejor fruto cabe destacar la plena dedicación a la música de Ramiro Barcos, Vicente Larraz, Ángel Blasco y Octavio Castillo, cada uno con estilo.

La tercera etapa está más cerca de nosotros. Algunos nombres de jotos empezaron a sonar siendo aún niños, cuando el coadjutor Juan Antonio Melero, Rafael Busto y Octavio Castillo les preparaban para el concurso de jota infantil de Tafalla en 1967, que dejó muy alto el pabellón de Peralta. Con peligro de algún olvido involuntario hay que resaltar los nombres de María Antonia Asín, José Antonio Perfecto, Miguel Ocón, Emilio Bermejo, Domingo Resano, Antonio Calvo, Consuelo Pérez, José María Pérez, Juan José Ruete, Javier Ruete, Mari Carmen Busto, Gloria Bermejo Casarejos, Julián Silvestre, Julián Casas, José María Campo, Andrés Echeverría, Gregorio Resano, Herminio Rubio, María Luisa Zabal, Pedro Jesús Zabal, Genaro Redín, Jesús María Irigaray, Dolores Echeverría, Victoria Orduña, Mari Carmen Osés, Josefa Lezaun, Maria Teresa Pascual, Petra Tapiz. Y si profundizáramos aún más en el recuerdo, sacaríamos del anonimato otros tantos jotos tan buenos como los anteriores ²⁸.

6. Letrillas jotas

La jota está asegurada en Peralta porque dice una de ellas: *Mientras Peralta exista, / la jota no morirá*. La tradición la canta como un romance breve y sencillo, con ritmo melodioso y ondulante.

Hace más de 30 años empezaron a celebrarse en Navarra en el mes de diciembre festivales de jota-villancico. El de 1989 fue en Peralta. Las obras que se seleccionaron para este acontecimiento pertenecían a autores consagrados y también a compositores noveles. Con música y letra colaboraron Manuel Huarte, José Luis Lizarraga y Manuel Turrillas; con melodía solamente Ángel Ramírez, Octavio Castillo, José Menéndez y Jesús Martínez; Valeriano Ordóñez y Vicente Gainza lo hicieron exclusivamente con letrillas ²⁹. La pervivencia de la jota es pues una hermosa realidad. No me resisto a transcribir *Así se canta la Jota*, que Baldomero Barón escribió hace muchos años:

*La otra noche tuve el gozo
de oír una voz bizarra
cantar una bella copla
sentimental, recia, brava.*

*Alegrías de Ribera
y bravuras de Montaña
tenían sus ecos limpios
como el cristal y la plata.*

*Y en sus versos inspirados
había amorosas ansias,
había querer tiernos,
había caricias blandas...*

*Y la voz de aquel muchacho
era fresca y bien timbrada;
y su corazón ardiente
en la jota derramaba.*

*La jota para ser jota
ha de salir del alma;
tiene que hablarnos de amores,
o tiene que hablar de patria.*

*¿De quién era la voz bella
que tanto me entusiasmaba?
¿Del gran Santiago Martínez
o del gran Raimundo Lanas?*

*Sus acentos varoniles,
sus frases nobles y claras,
eran la expresión castiza
de nuestra jota Navarra.*

*Los dos tienen hoy el cetro
de nuestra jota Navarra;
y lo mismo de uno que otro
pudiera ser la tonada.*

*Ellos han llevado lejos,
hasta por tierras extrañas;
nuestra jota verdadera.
es jota que está formada*

*con sol de cielo que quema,
con sentimientos del alma,
con buen vino que enardece
y con amores que matan...*

*La jota no es de Corella,
la que se canta en Peralta,
la que suena por los pueblos
al compás de las guitarras.*

*En las noches placenteras
de alegría y de rondallas,
por las calles y a las puertas
de las buenas mozas guapas...*

*Cantad, mozos, nuestra jota,
la que tiene en sus entrañas
alegrías de Ribera
y bravuras de Montaña ³⁰.*

He aquí algunas de las muchas coplas que se han cantado y se cantan en Peralta por jotos navarros y, naturalmente, por jotos peralteses:

*Pamplona puede llamarse
la capital de Navarra;
pero tocante a la jota,
la capital es Peralta* ³¹.

*Peralta, la de la jota,
la de los ajos, Corella,
Lodosa, la del Canal,
la de las rosas, Tudela* ³².

*En Peralta como hay agua
se crían buenos melones;
y en Dicastillo y en Allo
unas chicas como soles.*

*Entre Funes y Peralta,
Andosilla y San Adrián,
hacen los frutos a medias
y los parten por San Juan* ³³.

*En mis tiempos se bailaba
la jota con gran salero,
repique de castañuelas
y zapateo en el suelo.*

*Las fiestas de mi Peralta
ya no tienen tanta sal,
ya no se baila la jota
como medio siglo atrás.*

*Mocica, si lucir quieres
ese tu cuerpo gentil,
aprende a bailar la jota
como se estilaba aquí.*

*Peraltés que ausente estás,
a ti te ofrezco mi canción,
en estos días de Fiestas
ya estoy viendo tu emoción.*

*Cuando vengas a Peralta
a la Atalaya subirás,
y verás qué hermosa vista
desde allí abarcarás.*

*La Atalaya y el Campanar
son dos viejos monumentos,
que el peraltés contempla
con veneración y respeto.*

*Que Peralta es pueblo majo
os lo puedo asegurar,
es un pueblo de Navarra
de los que " p'alante " van.*

*La jota nació en Peralta
y en Peralta se bailó
con tanto garbo y salero
que el mundo entero aplaudió.*

*A la jota, jota,
¡que viva Peralta!
la villa castiza
de las mozas guapas ³⁴.*

*Peralta, flor de Navarra,
pueblo valiente y leal,
que acoges al forastero
igual que un hermano más.*

*Jóvenes y chicos cantan,
no dejando de pensar,
que quizá alguno pronto
falte de este gran lugar.*

*A disfrutar tanto el pueblo
de estas fiestas de hermandad,
como buenos peralteses,
bebiendo vino y champán.*

*O bailando una jotica
en la Plaza Principal,
disfrutando de estas Fiestas
donde más reina la paz.*

*Y corriendo tras las vacas,
el que sepa torear,
que para eso son las Fiestas
y podemos disfrutar.*

*Todos juntos, peralteses,
unidos en un cantar,
demos gracias a la Virgen
y a nuestro Patrón san Blas.*

*Que lleguemos a otro año
y podamos disfrutar
de las Fiestas de Peralta,
pueblo valiente y leal ³⁵.*

Uno de los temas más invocados en las letras de las jotas es, sin duda alguna, el amor. Tratan de la búsqueda, el deseo, la declaración, el logro, la entrega, los recuerdos y los celos. José María Iribarren recopiló cantares y jotas por toda La Ribera, y yo he espigado de su elenco las que dice que fueron compuestas por joteritos peraltosos³⁶:

*Desde tu casa a la iglesia
he de plantar una parra,
“pa” que cuando vas a misa
no te dé el sol en la cara.*

*Si piensas que no te quiero,
ven y pínchame una vena,
y veras correr mi sangre
negrita de pasar penas.*

*¡Qué morros tan “coloraus”
que llevan las de Tudela
los domingos por la tarde
cuando van por la carretera!*

*Desempedraré tu calle,
salada, y echaré arena,
y a la mañana verás
los pasos que hé “dau” en ella.*

*Échame, niña bonita,
lágrimas en un pañuelo
“pa” que lo lleve a Pamplona
a que lo enjoe un platero.*

*Yo fui malo y ella buena,
la hice pecar y pecó;
ella se muere de pena
y de sentimiento yo.*

*Yo tengo una pena, pena,
pena que me está matando,
se la contaré a la tierra
cuando me estén enterrando.*

*Hasta la cruz del puñal
te he de clavar en la entraña
porque estás queriendo a dos
y a mí solico me engañas.*

*Dicen que me han de matar
y me han de echar a un barranco;
¡Virgen de la Soledad,
cubridme con vuestro manto!*

*Madre suba usted a la torre
y dígame al campanero
que repique la campana
que mi cariño se ha muerto.*

*Al oír tocar a muerto
fui curioso y pregunté,
y me dijo el campanero:
“un amor que tuyo fue”.*

*Es mi tierra seca y dura
que no la mueve el aladro;
tiene la misma dureza
que tu corazón ingrato.*

*Si yo fuera cazador
y tuviera una escopeta,
cazara una perdigana
de las que llevan peineta.*

*Este mundo es una bola
que no para de rodar,
ninguno tiene más fama
que la que le quieren dar.*

Recopiladas por el mismo autor son estas dos jotas simpáticas y expresivas. Ambas las recogió en Peralta; la segunda la oyó también en Olite ³⁷.

*Quisiera ser de mi mueta
cuando reza su rosario,
cuentecita entre sus dedos
y oración entre sus labios.*

*Ya viene el pastor del monte
y no coge por la puerta,
y le dice su mujer:
abajo los cuernos y entra.*

De entre las coplas que tratan de la honra, el mismo autor resalta esta que hace muchos años cantaban los mozos de Peralta con una tonada que siento no poder transcribir. Su aire lento y fúnebre le iba bien a esta letra tan macabra:

*He visto una calavera
con una mancha en la frente;
es la mancha de la honra,
no la borra ni la muerte ³⁸.*

Este otro cantar jotero, también recogido en Peralta, se encarga de salir en defensa del honor femenino, enlodado a veces por la maledicencia y la murmuración:

*No hables mal de las mujeres,
ni les pongas mala fama;
que una mujer fue tu madre
y otra mujer es tu hermana.*

Como reproche delicado y bello, cito este otro cantar peraltés, que figuraba en una guía turística del año 1929:

*Pasa el río por tu puerta
y no me das de beber;
teniendo el agua tan cerca
me dejas morir de sed*³⁹.

Los mozos de Peralta saben echar pullas a las mozas que presumen y gastan más de lo que les corresponde o que no viven como Dios manda:

*¿Ganas tres duros al mes
y llevas medias de seda?,
o te arreglas con el amo,
o le sisas a la dueña.*

*Todo el día trabajando
“pa” ganar catorce reales;
¿qué harán entonces algunas
“pa” hacer que nada les falte?*⁴⁰.

NOTAS:

1. Para las Fiestas de 1987 se presupuestaron catorce millones de pesetas, pero al ser el propio ayuntamiento el empresario de la plaza de toros recuperó para las arcas municipales seis millones.
2. Compuesta por J. A. Ciordia.
3. Castillo Irigalba, Octavio. *Uno de los que hacen las Fiestas*, artículo aparecido en el programa de fiestas de 1975.
4. Mercedes de Verda Ruiz escribió esta letrilla en el programa de fiestas de 1981.
5. J. A. Ciordia.
6. Víctor Manuel Arbeloa, siendo presidente del Parlamento de Navarra, escribió esta letrilla en una visita a Peralta durante las fiestas.
7. Valencia Irigaray, M. *Peralta visto con humor*, pág. 206.
8. Valeriano Ordóñez, autor de letrillas joteras y gran conocedor de la jota peraltesa y de sus fiestas.
9. Valencia Irigaray, M., *ibíd.*, pág. 207.
10. *Ibid.*, pág. 208.
11. Notas de Pedro Jesús Castillo, publicadas en el programa de fiestas de 1975.
12. Tomado de los programas de fiestas de varios años.
13. *Costumbres y anécdotas de primeros de siglo*. Artículo publicado en el programa de fiestas de 1982.
14. Biurrun Sotil, T. *Para el inventario de la riqueza artística de la diócesis de Pamplona*. Boletín Oficial del Obispado, 1929, pág. 310. - *Catálogo Monumental de Navarra*, III, *Merindad de Olite*, págs. 302 y 303, 388 y 389.
15. Tomadas de las coplas tituladas *Antaño y Hogaño*, publicadas en el programa de fiestas de 1982.
16. Recogida en Cuba por Gumersindo Arzo en el siglo XIX y citada por Valeriano Ordóñez en *Rondallas de Antaño*, TCP, 362, pág. 15.
17. Valencia Irigaray, M., *ibíd.*, págs. 95 y 96.
18. Ordóñez, V. *Jota y Romance*. TCP, 228, pág. 3.
19. Citado por V. Ordóñez, *ibíd.*, pág. 4.
20. Martínez, F. M. *Historia de la Villa de Andosilla*, pág. 516.
21. Ordóñez, V. *Presencia de la jota*, TCP, 230.
22. Ordóñez, V. *Jota y Romance*.
23. Jota cantada por el tafallés Juan Zabalegui, alias Juanito Navarro, citado por V. Ordóñez en *Presencia de la Jota*, pág. 7.
24. *Etnografía Histórica de Navarra*, III, págs. 435 y 436.
25. Ordóñez, V. *Jota y Romance*, pág. 17.
26. Concurso de jotas celebrado en Peralta el 19 de septiembre de 1929.
27. Valencia, M., *ibíd.*, pág. 97.
28. Entrevista a Octavio Castillo Irigalba, recogida por V. Ordóñez en *Rondallas de antaño*, TCP, 362, págs. 12-15.
29. Periódico semanal La Verdad, 10 de diciembre de 1989.
30. Recogida por V. Ordóñez en *Presencia de la jota*, pág. 15.
31. Anónimo antiguo.
32. Raimundo Lanás.
33. Maestro Turrillas.
34. Mercedes de Verda Ruiz.
35. Esteban Sánchez Belinchón.
36. Iribarren, J. M. *Refranes y Adagios. Cantares y Jotas. Dichos y Frases proverbiales*, rev. Príncipe de Viana, núm. XXI, 1945, págs. 639-645.
37. *Ibid.*, XXVII, 1947, págs. 232-236.
38. Iribarren, J. M. *Burlas y Chanzas*, pág. 102.
39. *Ibid.*, pág. 106.
40. *Ibid.*, pág. 114.

CAPÍTULO IX: LAS HIJAS DE LA CARIDAD Y LAS HERMANITAS DE LOS ANCIANOS DESAMPARADOS

1. Colegio de La Milagrosa y basilica de san Miguel

Convento, hospital y colegio, con cualquiera de estos tres apelativos se designó durante muchos años a una de las instituciones más apreciadas en Peralta. Fue colegio porque desempeñó esta función durante muchos años para niñas y un parvulario con aulas diferenciadas para niños y niñas. Sor Victoria y sor Ascensión se ocuparon de los párvulos en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. A la edad de seis años, los chicos pasábamos a las escuelas nacionales; las chicas, en cambio, podían pasar a las escuelas o cursar los grados de la enseñanza primaria con sor Primitiva y sor Consuelo. Las cuatro monjas pertenecían a la congregación de las Hijas de la Caridad o de san Vicente de Paúl, así llamadas por el santo que fue su fundador.

Los peraltenses de más edad recordarán cómo las dos monjas que enseñaban a los párvulos tenían aulas contiguas en la planta baja del edificio, frente a los ventanales que daban a la huerta del colegio e iban atendiendo uno a uno a cada alumno, mientras los demás, en fila, esperaban su turno con la cartilla de primeras letras en la mano. Sus tocas almidonadas parecían grandes palomas blancas a punto de emprender el vuelo.

Sobre sus anchas faldas plisadas, un aparatoso rosario de cuentas negras, el crucifijo de metal y las inevitables tijeras, colgadas de la cintura con un largo cordón; todo resonaba en el aula con un familiar runruneo. Aquellos hábitos atestiguaban el origen francés de la congregación. Aunque el despliegue alado de las tocas no les permitía un gran acercamiento físico a los niños, su entrega solícita compensaba con creces el distanciamiento material. ¡Qué bondad y qué paciencia demostraron siempre las hermanas! Quiero dedicar unos versos a las dos monjas parvulistas que en 1946 supieron cuidarme con tanto esmero:

Hijas de la Caridad

Sor Ascensión y sor Victoria,
Hijas de la Caridad vicentina,
fuisteis dos palomas zureando
con azul plumaje de hábitos
en el palomar de Peralta.
Vuestras tocas desplegadas
de alados almidones blancos,
eran la viva imagen diaria
de caridad, cariño y paciencia.
Los mueticos de Peralta,
polluelos de vuestra nidada,
por la huerta correteábamos
en los tiempos de descanso:
—¡Ya soy mayor, hermana!
¿a que no me pillas?
—¡No te quites el babero,
chiquillo, bribonzuelo!

Detrás de vuestros sayales
con tijeras, crucifijo y rosario,
alguno de los más pequeños
aparecía agazapado,
y las monjas le envolvían
en los halos de sus pliegues.
Repitiendo silabarios,
viejas cartillas y ábacos:
A, E, I, O, U,
1, 2, 3, 4, 5,
por el recinto del aula
cantábamos a coro.
Había olores indefinidos
a pitanza de convento
y a orines de chiquillos.
Los ecos resonaban
cada año muy igualitos.
Por vuestras expertas manos
pasábamos los mueticos
uno, dos, tres años a lo sumo,
los necesarios y precisos
hasta dejar las bancadas
a los demás hermanicos.
Se pasaba a las Escuelas
al enfilear los siete años.
Sor Ascensión y sor Victoria
os fuisteis un día ya lejano
hacia celestiales ámbitos,
más silenciosos y amplios.
Desde entonces hay angelicos,
—me refiero a los más pequeños—,
que tienen en exclusiva
parvulistas de primeros vuelos.

Tres superiores sucesivas, que yo recuerde, quedarán para siempre en la memoria de los peraltenses: sor Justa, sor Juana y sor Felisa. La primera fue el alma de la consolidación del hospital a finales del siglo XIX. La segunda celebraba en 1946 las bodas de oro de su permanencia en Peralta. Durante el homenaje que se le tributó en el mes de junio, la corporación municipal colocó una placa conmemorativa en la fachada del convento y se hizo donación a la iglesia aneja de un hermoso terno blanco ¹. A sor Juana le sucedió como superiora sor Felisa Ascarza, mujer dulce y al mismo tiempo enérgica. Tras muchos años en el cargo, falleció llena de méritos el 3 de enero de 1990. Hasta poco antes de su muerte, ayudaba cuanto podía en la residencia de ancianos que regentan ahora las religiosas en Peralta.

En los últimos días de vida de sor Asunción, pude verla en la cama, sonriente y sin su toca. Se alegró de saludarme. La vi muy contenta. Estaba alegre. Sabía que se marchaba al cielo, como así me lo dijo. Enseguida apareció sor Felisa. Yo la recordaba de los tiempos de superiora, en plena madurez. Ahora era una abuela bondadosa, muy pendiente de las necesidades de los ancianos residentes. La última en asomarse fue sor Consuelo,

tan activa como siempre. Requerida constantemente para mil y una cuestiones de la casa, encontró tiempo para enseñarme la iglesia remozada y las dependencias de la nueva residencia construida en la huerta. Cuando desapareció el colegio de La Milagrosa, ejerció todavía muchos años como maestra titular, tras ganar las oposiciones para el colegio público, y ya jubilada, todavía impartía en él las clases de Religión.

El viejo convento de los capuchinos quedó abandonado con la Desamortización del XIX. Esta circunstancia hizo que el pueblo instalara en él un hospital y un colegio, cuya dirección, siendo obispo de Pamplona don Joaquín Úriz, encargaron a las Hijas de la Caridad, que ya estaban en Peralta desde 1815. Hasta 1829 se establecieron también en Sangüesa, Los Arcos, Artajona, Vera de Bidasoa y Pamplona. En la capital navarra se hicieron cargo del hospital, del hospicio y del asilo ².

El primer piso del convento tenía grandes pasillos de tarima encerada. De las paredes colgaban láminas con grabados bíblicos. El Niño Jesús de la bola presidía desde una hornacina la crujía. Sobre una puerta de cristales opacos había un rótulo: CLAUSURA. Era la frontera de las monjas; solo ellas la atravesaban. En la primavera de 1948, se habilitaron las instalaciones conventuales como casa de ejercicios espirituales, pero duró poco tiempo ³ porque no prosperó el proyecto.

La iglesia de los frailes capuchinos, cuatro veces centenaria, viuda ahora de su convento aledaño, se mantiene en pie junto a la nueva residencia de ancianos. Tiene rango de basílica menor, con san Miguel como titular. El título basilical y la efigie del arcángel los ha heredado de la pequeña iglesia que existía en el solar de la actual plaza Principal. Todos los chavales, camino de la escuela, aprendíamos la numeración romana y las horas del reloj gracias al que hay en el frontón triangular de la fachada. Un escudo de piedra confirma el año de su construcción: 1629. Sus muros tienen un aspecto severo. La portada era antiguamente de arco bajo y almohadillado; en la actualidad es cuadrada y lisa. Sobre ella, un orden de columnas dóricas, rematadas con un frontón sobre triglifos y metopas. El interior tiene planta de cruz latina, con crucero y cabecera muy cortos, cubiertos por bóvedas de medio cañón con lunetos, menos el tramo central, que se ilumina con media naranja elíptica ornada de fajas radiales y florón de yesería. Todo el embovedado se monta sobre cornisa simple. Sobre la entrada, el coro, sostenido por un arco rebajado, luce una rica balaustrada barroca de forja ⁴. Hoy ya no se accede a él por el convento, que no existe; la única forma de alcanzarlo es escalando el muro exterior de la iglesia mediante unos ganchos colocados al efecto en la pared. Tendrán que hacerle, digo yo, una entrada más práctica.

El retablo del altar mayor, barroco de mediados del siglo XVIII, procede del desaparecido pueblo de Guenduláin. Ofrece una exuberante ornamentación vegetal, concentrada especialmente en los nichos del cuerpo y del ático. Una policromía del siglo XIX desdice del conjunto tanto como la moderna imagen de la Virgen Milagrosa. Dos tallas grandes de san Pedro y san Pablo, y otras más pequeñas de san Juan y la Dolorosa –colocadas entre las de san Saturnino y san Fermín, igualmente barrocas–, pertenecen al estilo popular. El sagrario, con cupulillas compuestas y cupulín, resulta decorativo. En los muros frontales del brazo del crucero se alzan dos retablos también barrocos de la segunda mitad del siglo XVIII, que abundan en rocallas y volutas doradas ⁵. En el del lado del evangelio se cobija la imagen del titular de la iglesia, san Miguel, en lucha con Satán. En el lado de la epístola preside el retablo una estatua de santa Lucía, proveniente quizá de la derruida ermita del monte. Un crucificado de gran tamaño y el retablo de la Virgen

del Pero, ambos también del siglo XVIII, completan la iconografía de esta iglesia entrañable.

Cuando yo vivía en Peralta, la misa se celebraba diariamente a las 8 de la mañana. Lo recuerdo porque oía el reclamo del capanil. Durante algunos años la iglesia del convento tuvo capellán propio; cuando ya no lo hubo –y también en las solemnidades mayores cuando lo había–, atendían el culto los sacerdotes y acólitos de la parroquia. Las monjas oían misa desde el coro o desde una tribuna lateral, velada con celosía. Para tomar la comunión, bajaban hasta la nave con su característico revuelo de hábitos y tocas aladas. La sacristía despedía un olor a espliego, cera e incienso que embriagaba los sentidos.

2. Sor Estefanía Irisarri Irigaray

No conocí a esta peraltesa Hija de la Caridad porque murió en Valencia en 1936, cuando todavía yo no había nacido. Pero una estampa que cayó en mis manos con el retrato de esta sierva de Dios y una oración para obtener su glorificación, me animaron a investigar su vida e incluirla en este libro. Esta Hija de la Caridad de san Vicente de Paúl nació en Peralta el 26 de diciembre de 1878. Sus padres, Ildefonso y Juana, fueron labradores, lo mismo que sus abuelos paternos, Joaquín Irisarri y Francisca Díaz, y los maternos, Pedro Irigaray y Patricia Osés, todos naturales y vecinos de la villa ⁶. Fue bautizada al día siguiente de su nacimiento por don Nicasio Orduña, vicario de la parroquia, y actuó de madrina su tía Inés Irigaray ⁷. El 9 de mayo de 1880, cuando Estefanía apenas contaba un año y medio de edad, recibió la confirmación de manos del obispo de la diócesis, José Oliver y Hurtado ⁸.

Desde muy niña acudió al colegio La Milagrosa. Ingresó en el instituto de las Hijas de la Caridad el 21 de diciembre de 1896, cuando le faltaba un mes para cumplir los 18 años. Hizo el noviciado en el hospital provincial de Palencia, y el 13 de junio de 1897 fue destinada al asilo de párvulos de Bétera (Valencia), donde residió 39 años, hasta cuatro meses y medio antes de su muerte en 1936.

Por una preciosa carta escrita el 9 de septiembre desde Valencia por sor Josefa Laborra Goyeneche, natural de Sangüesa y superiora del asilo de Bétera, conocemos los avatares que sufrió la monja peraltesa junto a sus compañeras de comunidad antes de su muerte.

El 21 de julio de 1936 varios jóvenes de Bétera se presentaron en el viejo caserón de los marqueses de dos Aguas que servía de asilo, dispuestos a defender a las hermanas contra los milicianos, si venían a atacarlas. Cuando llegaron los del comité, comenzó la reyerta, que perdieron los defensores frente al mayor número de los atacantes. Estos hicieron salir a las hermanas del asilo y saquearon las instalaciones. Juanita, una antigua alumna, acogió a las religiosas en su casa. Dos días más tarde, los milicianos las echaron también de esta casa despojándolas de sus hábitos y obligándolas a que se marcharan del pueblo. Durante un tiempo estuvieron desperdigadas por los alrededores. Dos de las hermanas se separaron del grupo: sor Amparo Guillén se fue a Madrid, donde murió, y sor Pascuala se trasladó a Sueca a casa de su familia.

El 17 de agosto, otras dos religiosas, sor Estefanía y sor Emilia, se marcharon a Cocentaina. Allí permaneció sor Estefanía durante tres días hasta que volvió a reunirse

con sus hermanas en Bétera. El 21 del mismo mes se fueron a Valencia sin tener hospedaje fijo. En un garaje pasaron la primera noche, hasta que hallaron acogida en la pensión del Gallo, desde donde la superiora, sor Josefa, escribió una carta a María Ibáñez de Bétera en contestación a otra suya, agradeciéndole la preocupación por ellas, sus oraciones y las ayudas materiales recibidas de mucha gente del pueblo. En ella le cuenta también las desdichas que padecían las hermanas ⁹.

En esta pensión las encontró y traicionó un tal Franco, que había sido alcalde de Bétera al comienzo de la República, y que tuvo dos hijas educándose con las hermanas. Cuando el 8 de diciembre el ex-alcalde dio con ellas, les conminó a dejar el alojamiento, mandándoles subir al coche que había llevado consigo para conducir las al seminario, que estaba en manos de los milicianos. Sin pérdida de tiempo, un tal Guillén, jefe de la checa, dictó sentencia de muerte al día siguiente contra las cinco hermanas y una residente del asilo que quiso acompañarlas. En la madrugada del 9 de diciembre de 1936, fueron ejecutadas en el Picadero de Paterna y sus restos inhumados en el cementerio de Valencia.

El acta de enterramiento de la monja de Peralta, solicitada el 26 de septiembre de 1959 por su congregación, dice así: *Don Enrique Blay Climent, Administrador del Cementerio General de Valencia, Hago constar: Que según el libro registro de entradas de cadáveres en este Cementerio de mi cargo, aparece que el día 11 del mes de diciembre del año 1936 fueron inhumados los restos mortales de una mujer desconocida (Sor Estefanía Irisarri Irigaray) en la sección 5ª Dcha. Cdo, 1º fila 13 letra X. Falleció por arma de fuego. Juzgado núm. 3, Picadero de Paterna, partida de 17 con el núm. 11. Y para que conste, a petición de la parte interesada, libro la presente que firmo y sello en el Cementerio General de Valencia.*

Estos son los nombres de las cuatro religiosas que murieron con sor Estefanía: Josefa Laborra Goyeneche, de Sangüesa (Navarra); Carmen Rodríguez Banazal, de Cea (Orense); Pilar Nadal Franco, de Algodonales (Cádiz); Isidora Izquierdo García, de Páramo (Burgos), y la acompañante que corrió igual suerte, Dolores Broseta, de Bétera (Valencia) ¹⁰.

La ficha que guarda la congregación sobre esta monja peraltesa condensa en una breve frase toda su vida: *Fue siempre una verdadera Hija de la Caridad, abnegada, piadosa, humilde y amante de los pobres* ¹¹. Sus restos, junto a los de once hermanas más, se depositaron en un mausoleo del hogar de san Eugenio, en la calle de la Milagrosa de Valencia.

Está prácticamente concluida la causa de beatificación de todas ellas, en espera de fecha para que la Santa Sede la haga efectiva, según me dice el 2 de septiembre de 2010 sor Leonor, encargada del proceso. Sor Estefanía será la primera beata de Peralta.

3. Fundación del asilo de las Hermanitas

El asilo de Peralta funcionó ininterrumpidamente durante 37 años, hasta que la congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados que lo regentaba dispuso el traslado de los ancianos y las hermanas a otras residencias mejor dotadas. Quiero

recordar esta fundación benéfica, de la que ya pocos se acuerdan, en homenaje a lo mucho que aquellas religiosas hicieron por los pobres y ancianos del pueblo en años cargados de necesidades e incertidumbres. Fue fundado el asilo el 9 de septiembre de 1914 por don Gerardo y doña Amparo Gómez, sobrinos de don Miguel Revuelta, que dejó en su testamento algunos bienes con este fin: 1.500 pesetas anuales de renta y un legado de 5.000 más para atender a las primeras necesidades. Con este dinero se arreglo y amuebló la casa, que dio acogida a cuantos pobres tuvieron cabida en ella. Las religiosas fueron recibidas con entusiasmo por los peraltenses, entre los que no faltaban parientes de los fundadores.

La casa era muy reducida y solo podía acoger a ocho ancianos y cuatro hermanas, pero se mantenía la esperanza de ampliarla un día y darle mayor capacidad. Se hizo la inauguración oficial el 29 de septiembre, festividad del santo arcángel, de quien don Miguel llevaba el nombre. Asistieron a la ceremonia el arcediano de la catedral de Pamplona en calidad de delegado del obispo, el gobernador civil y dos señoras de la junta provincial de Beneficencia. Se celebró una misa solemne en la parroquia y, acto seguido, salió en procesión el Santísimo Sacramento, que quedó entronizado en la capilla del asilo. Al llegar la comitiva a la residencia, salieron a su encuentro los seis ancianos y las hermanitas. El arcediano dirigió la palabra a las autoridades y al pueblo allí congregado. El cura párroco habló también a los asistentes, dando gracias a los fundadores por la parte activa que habían tomado, y a las autoridades presentes, animando a todos a que con sus limosnas ayudasen a la prosperidad de lo que ahora se iniciaba. Don Gerardo Gómez ofreció a las personalidades y a los ancianos una comida en el mismo asilo ¹².

El documento legal de la fundación no es sino el codicilo por el que don Miguel dispone los efectos materiales para llevarla a cabo. Reza así: *En la villa de Peralta a las once horas del día 26 de Diciembre de 1907: Ante mi don Francisco Santamaría, abogado, notario del Ilustre Colegio de Navarra, con residencia en esta villa, distrito de Tafalla, don Miguel Revuelta Ruiz, hijo legítimo de don Miguel y doña María, mayor de edad, soltero, propietario, natural y vecino de la presente localidad, con su cédula personal que se exhibe y devuelve, expedida por su alcaldía a 6 de de Septiembre último, con el número 86, de novena clase, hallándose en cama, gravemente enfermo, pero en la plenitud de sus facultades intelectuales, como así consta a los testigos y a mi el notario, y con la capacidad legal necesaria, a mi juicio, previa invocación divina y protestación de fe católica, apostólica y romana, ha resuelto ordenar este codicilo y dice, Primero: que el día 25 de Mayo próximo pasado, otorgó en esta villa su último testamento como por él se demostrará en su día. Segundo: que en dicho su último testamento deja para el Santo Hospital de esta villa una cantidad de 500 pesetas anuales con objeto de socorrer a perpetuidad las necesidades de enfermos del indicado establecimiento benéfico. Tercero: que en virtud del presente codicilo ha resuelto anular, y al efecto deja sin valor ni efecto alguno, el expresado legado o manda pía a favor de este Santo Hospital y de que se hace expresión en el capítulo anterior, de modo que se entenderá cual si nada se hubiese ordenado sobre ese particular en el concordado testamento. Cuarto: que ahora bien, mediante este mismo codicilo y en sustitución de la anulada manda, es voluntad del testador fundar, como al efecto funda por este acto, una casa asilo de ancianos pobres y desvalidos avecindados en esta villa, en la forma siguiente: 1ª. La fundación se entenderá a perpetuidad y se constituirá con un capital de cuarenta mil pesetas. 2ª. La construcción del edificio, emplazamiento, su habilitación, como el funcionamiento del asilo estará a cargo de una Junta que la compondrán los Sres. Cura Párroco, Alcalde y Presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl de esta villa y don Gerardo*

Gómez y Revuelta, sobrino y heredero del testador, sucediendo en todo tiempo a los tres primeros señores aquellas personas que les reemplazaren en los mencionados cargos, y por muerte del cuarto, el individuo varón de la familia del testador pariente más próximo por consaguinidad, y en el mismo grado el mayor en edad, y en defecto de varones, las hembras por el orden expuesto. 3ª. Para la construcción y habilitación del edificio asilo se invertirá la cantidad aproximada de 6.000 pesetas, que se segregará primeramente del capital de 40.000 mil pesetas, debiendo depositarse el sobrante en un establecimiento de crédito o sitio que ofrezca mayores garantías de seguridad y mayor rendimiento de interés a juicio de la Junta, como también figurará a su nombre el edificio que se construya y 4ª. Todas cuantas dudas u cuestiones que se ofreciesen hasta el funcionamiento del asilo por actos preliminares y durante el funcionamiento, como también cualesquiera otras de cualquier índole de relación con lo ordenado, serán resueltas por la resolución o por el voto que emitiera el individuo de la familia que a la sazón forme parte de la Junta.

En todo lo demás que hubiere ordenado el testador en su testamento quedará subsistente en toda su fuerza y valor, así como también aquello que haya podido disponer en codicilo anterior al presente, el cual así como aquel formarán parte integrante del calendado testamento. Así lo dice y otorga ante los testigos llamados y rogados por el testador al que conocen don Eusebio Arbeloa y Zabal y don Pelegrín Bermejo Campo, empleado y labrador, mayores de edad, vecinos de esta villa y sin excepción legal para serlo. Y leído íntegramente y en voz alta e inteligible este codicilo por mi el notario, previa la advertencia legal, se ratifica en su contenido el Sr. otorgante, quedan enterados los testigos y firman estos y no aquél que no puede hacerlo por su estado de gravedad, y lo hace en su nombre y a su ruego el primer testigo. Del conocimiento del testador y de lo demás contenido en este codicilo, de haberse otorgado en un solo acto y de haberse hallado el otorgante durante el presente otorgamiento en el uso correcto de la palabra y expresión clara de sus conceptos, yo el notario que signo y firmo doy fe ¹³.

Cuatro hermanas conformaban la primera comunidad, integrada por la superiora, sor Dolores del Corazón de Jesús Biot Farinas –que lo fue por segunda vez años más tarde–, sor Ramona de la Ascensión Querol Gisbert, sor Concepción de san Francisco Javier Jiménez González y sor Antonia de la Inmaculada Corral y Corral. Durante los treinta y siete años de existencia del asilo lo atendieron 29 hermanitas más, que por orden de llegada son las siguientes: sor Vicenta de san Miguel Ciscar Carbonell, sor Lorenza de la Purificación Antón de la Torre, sor Teresa de San Lorenzo Javer y Naya –que murió el 14 de febrero de 1937 y fue enterrada en Peralta–, sor Francisca del Pilar Picó Nadal, sor Asunción de santo Domingo de Guzmán Mosquera Fernández, sor Remigia de san Rafael Vizcainaga Gerqué –fallecida y sepultada en Peralta el 15 de febrero de 1943–, sor Dionisia de la Asunción Goñi y Martinena, sor María de san Fermín Lacunza Insausti, sor Canuta de san Luis Díez-Ulzurrun Oserno, sor Benita de los Desamparados Moya García, sor Micaela de santa Catalina Mártir Arranz Varregui, sor María de san Saturnino Blasco Castañón, sor Carmen de santa Teresa Zardáin Ruiz, sor Felicísima del Corazón de María Lana Sanz, sor Matilde de san Vicente de Paúl Lacanal García, sor Rosa de san Pedro Alcántara Quelle Villariño, sor Gregoria de san Saturnino Goñi Reparaz, sor Maximina de san Antonio María de Ligorio Luna Hernández, sor Ana de las Mercedes Juncá Bustins, sor Adela del Ángel de la Guarda Cernero Feijoó, sor Lucía de la Inmaculada Sáez de Jaúregui, sor María de la Presentación Ladreta Salaverri, sor Amalia del santo Ángel Mingued Larred, sor Josefa de santa Dorotea Díaz Valencia, sor

Asunción de la santísima Trinidad Giné Juanpere, sor Asunción del Divino Consolador Bienes Baztán, sor Marina de las Cinco Llagas Gastón Celigueta, sor Maria de san Antonio Abad Sáñez Villares y sor Felisa de la Encarnación Laquia y Puerto ¹⁴.

4. Clausura de la casa-asilo

Las Hermanitas se marcharon de Peralta en el mes de agosto de 1951 porque, según sus superiores, la casa no reunía las condiciones requeridas para la misión encomendada. Se hallaba situada a la salida del pueblo, en la carretera de Madrid. Era una planta baja de aspecto humilde pero aseado, con encerados suelos de madera, recoleta capilla, sala de estar para las ancianas con galería encristalada que daba al jardín y otra sala para los ancianos que recaía a un pequeño huerto, en el que ellos mismos cultivaban algunas hortalizas. El solar figuraba en el inventario del testamento como bien hereditario, del que correspondía una hijuela especial a don Gerardo Gómez Revuelta. Abarcaba 435 metros cuadrados, superficie a todas luces insuficiente para desempeñar con desahogo su cometido ¹⁵.

Los ancianos menos deteriorados, además de ocuparse de la huerta realizaban pequeños trabajos en la casa, mientras que las ancianas se entretenían en la costura, la intendencia y la cocina. Una gruesa mujer setentona de mente desvariada, que cubría su cabeza con un inseparable pañolón de colores chillones y calzaba siempre a pesar de su edad zapatos de tacón, nunca quería trabajar en nada, que para esto sí estaba cuerda. De apodo le llamaban *Coscolina*. En mis frecuentes visitas al asilo cuando era niño, en un alarde de prodigiosa memoria, me preguntaba invariablemente por todos mis familiares vivos y muertos. Después de cada escueta respuesta mía, me contestaba con un monótono *¡hala pues!*, y pasaba a interesarse por el siguiente familiar. Me entretenían las anécdotas seniles que me contaban los ancianos, como si fuesen caracolas marinas colocadas en mis oídos para distracción de mis pocos años.

Desde los días de la fundación, las hermanitas encontraron dificultades para desenvolverse bien en una casa tan pequeña. Lo normal en esta congregación es vivir en casas grandes donde puedan acoger a un número mayor de ancianos, con una comunidad de diez o doce hermanas para arriba. Como en Peralta no se daba esta circunstancia, los herederos del fundador se pusieron en contacto con la superiora general en estos términos: *Reverenda Madre: Ayer estuve en el Asilo de esta villa y del cual soy Presidente, para ofrecerles en nombre de la familia, la donación de los bienes de la Fundación. Como somos muchos los herederos y muy dispersados, ha sido muy difícil y se ha necesitado mucho tiempo para ponernos de acuerdo. Por lo tanto espero ver cómo solucionamos este asunto con la Beneficencia, y por parte de V. R., para llegar a un feliz término. Las condiciones de cesión serán: 1ª. Que el asilo ha de constituirse en Peralta, como el fundador lo hizo. 2ª. Que se nos reconozca el derecho preferente a los herederos y sucesores de la familia Revuelta que tenemos a ingresar en dicho asilo, si desgraciadamente lo necesitamos, y 3ª. Que si llegaran a ausentarse de Peralta, automáticamente pasaría a poder de los herederos. Una cosa parecida a lo que le digo serán las condiciones que los herederos impondremos. Esto se trataría con el patronato y notario antes de hacer las escrituras. Lo principal es hacerle saber que estamos dispuestos a la donación* ¹⁶.

Es posible que hubiera más tarde otra oferta en la que se incluía la donación del inmueble a la congregación sin condiciones, ya que, como veremos más adelante, al marcharse las hermanas de Peralta, la casa ya era de su propiedad. Con todo, los superiores consideraron que tanto el edificio como el usufructo de la huerta, en alquiler, no reunían las condiciones mínimas requeridas para un asilo digno. Tampoco ninguna otra institución se ofreció a echarles una mano. El caso es que la casa-asilo se cerró definitivamente en el verano de 1951.

Hace unos años, supe que aún vivía sor Josefa González, una hermanita natural de Peralta, ya muy anciana, residente en el hogar de Nuestra Señora del Rosario de Cascante. Le escribí recabando recuerdos de los años fundacionales, pero me contestó en su nombre la superiora, pues a sor Josefa, con 89 años, le fallaban la vista y la memoria. Cuenta que de chiquilla le gustaba ir por el asilo peraltés, cercano a su casa, y ayudaba en lo que podía a las cuatro hermanas que lo regían y que todas eran muy cariñosas con ella. Con catorce años profesó en la casa de Logroño. No volvió al pueblo hasta pasado mucho tiempo, tras haber vivido en Cuba largos años¹⁷.

5. Sor Asunción Giné Juanpere

La congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados fue fundada en 1873 por Teresa Jornet e Ibars –hoy santa Teresa de Jesús Jornet–, y el sacerdote don Saturnino López Novoa –en proceso de beatificación–. Cuando esto escribo, las hermanitas son en todo el mundo alrededor de 2.500, repartidas en unos veinte países. Realizan una gran labor espiritual y asistencial atendiendo a cerca de 25.000 ancianas y ancianos sin recursos en más de 210 asilos y residencias en Europa, Iberoamérica, Asia y África. La capilla de la casa generalicia de Valencia guarda como un tesoro el sepulcro con los restos mortales de su fundadora, que se muestran a la veneración de sus hijas y devotos. Como recuerdo y homenaje a las treinta y tres hermanitas que estuvieron en el asilo de Peralta, quiero escribir brevemente la vida de dedicación a esta casa de una de ellas, que me consta se distinguió por su celo caritativo en los ocho años de su permanencia en el pueblo.

Pocos peralteses recordarán a sor Asunción de la santísima Trinidad Giné Juanpere, una monja de diminuta estatura pero de grandes cualidades humanas y virtudes religiosas. Cuando salía a postular por las casas de Peralta para poder cubrir las necesidades básicas de los asilados y la comunidad, no hablaba demasiado, sino que miraba a las personas con sus grandes ojos, agradeciendo cualquier dádiva con la frase: ¡Que Dios y la Virgen de los Desamparados se lo paguen! Era frecuente que se le escapase decirlo en catalán, su lengua materna. En Navidad, con la ayuda de los ancianos, montaba un belén con escasos elementos figurativos, y aprovechaba la ocasión para enseñarnos villancicos a los niños que acudíamos a verlo. Le gustaba especialmente *Dime, Niño de quien eres todo vestido de blanco...* Y se privaba de su diaria ración de turrón navideño con el que endulzaba nuestras visitas.

Hace unos años, a las doce de mediodía del domingo 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, acudí a la casa generalicia de Valencia para recabar alguna información sobre sor Asunción y las demás religiosas que pasaron por Peralta. Después de llamar tirando del cordón de una campanilla, apareció en la portería una hermana joven que, enterada de

mi propósito, me hizo pasar a un recibidor limpio y reluciente. Al decirme que tendría que esperar un rato hasta terminar la misa del día, le solicité poder hacerlo en la capilla donde se celebraba. Terminada la ceremonia, fueron saliendo el nutrido grupo de ancianos y ancianas residentes. Las monjas se quedaron rezando unos minutos más. Por lo menos veinte novicias de tocas blancas se alternaban en los bancos con otro grupo aún más numeroso de jóvenes profesas con tocas negras. Un revuelo de pasos en el coro alto hicieron que levantara hacia él la mirada. Eran más novicias y profesas. Estaba claro que esta congregación no sufría la crisis de vocaciones que asolaba y asuela la vida religiosa.

No tardaron en venir a mi encuentro tres hermanitas, que trataron de satisfacer mi curiosidad sobre sor Asunción Giné. Como ya hacía tiempo que había fallecido esta hermana en Zaragoza, ninguna de las tres llegó a conocerla, pero me prometieron buscar más datos y enviármelos. No fueron muchas las cosas que me contaron por carta, pero juntándolas con mis recuerdos, he podido pergeñar estas líneas.

Sor Asunción había nacido en Molá (Tarragona) el 21 de abril de 1883, hija de José Giné Tort y de Rosa Juanpere Foch. Tuvo dos hermanas mayores, miembros también de esta congregación, sor Margarita de san José y sor Dolores de Jesús. Asunción ingresó como postulante el 11 de diciembre de 1907, y vistió el hábito religioso en Valencia el 30 de abril del año siguiente. Emitió sus votos temporales el 31 de mayo de 1910, e hizo la profesión perpetua en Aytona (Lérida) el 29 de julio de 1913. De aquí salió para empezar su vida religiosa y profesional que, como hija de obediencia, la llevó sucesivamente a los asilos de Zaragoza, Barbastro y Cascante, hasta que llegó a Peralta en 1943, cuando ya contaba sesenta años de edad.

Cerrado el asilo peraltés, fue enviada de nuevo a Barbastro y a Cascante; después, a la casa de retiro que la congregación tiene en Zaragoza, donde murió a punto de cumplir 80 años de edad y 55 de vida religiosa, dedicada enteramente a la caridad con los ancianos de manera abnegada y ejemplar. Los últimos años de su vida vivió medio impedida en el pequeño sanatorio para hermanitas, anejo al gran asilo-residencia de ancianos de la avenida de san José de Zaragoza. A este su retiro iba yo a visitarla muchos domingos con mi madre y mis hermanos pequeños. Ella nos esperaba para obsequiarnos con los dulces de su postre, como cuando yo me acercaba de niño al asilo de Peralta. Cada día nos volvía a contar la misma historia: que por su gusto y el de las otras hermanitas, nunca hubiese abandonado la casa de Peralta. Que la estrechez y la pobreza en las que vivían y desarrollaban su labor con los ancianos no habría sido para ellas motivo suficiente del abandono, porque eran pobres de profesión. Pero como también se debían a la obediencia de los superiores que habían determinado el cierre de la casa, no tuvieron más remedio que partir a los destinos que les asignaron. La muerte de sor Asunción, después de diez años de enfermedad, acaeció el 20 de febrero de 1962. Yo no estaba en Zaragoza, pero asistieron a su entierro varios familiares míos.

Este es el sencillo epitafio que aparece en su ficha y que la congregación me ha facilitado: *Fue siempre una Hermanita muy ejemplar, humilde y caritativa. No tenía mucha salud, pero hizo cuanto pudo para ayudar y cumplir con su deber. Era sufrida, demostrándolo especialmente en su última enfermedad, con gran edificación de todas las Hermanas.* No se puede decir más con tan escueta lauda. Desde su grandeza de alma, practicó la humildad hasta después de muerta. Ante estas breves palabras sor Asunción se hubiese ruborizado, como acostumbraba cuando alguien en Peralta alababa lo mucho que trabajaba por los ancianos y ancianas.

6. Hospital y residencia geriátrica

El viejo hospital peraltés prestaba asistencia sanitaria a aquellos enfermos del pueblo y de las cercanías que no tenían posibilidades económicas o vivían solos. Ocupaba una gran sala de la planta baja del antiguo convento de los capuchinos, con ventanales a la huerta. En la década de 1940 el doctor peraltés Mozota Sagardía, reconocido cirujano residente en Zaragoza, en sus frecuentes visitas al hospital del pueblo aprovechaba para extirpar las amígdalas a los niños, también a mí, y evitar así que tuviésemos que desplazarnos a Pamplona. Una fila de madres a la puerta del hospital, con su hijo de la mano y una toalla en la otra, indicaba que era día de cirujía para las gargantas infantiles.

Hace no muchos años derribaron el viejo convento, dejando exenta la iglesia aneja. Y allí mismo se construyó una residencia geriátrica a partir de la ya inexistente cabecera de la iglesia conventual, con fachada a la carretera. Lleva el nombre de don Miguel Revuelta Ruiz, el peraltés fundador del asilo, a quien ya conocemos.

El hospital acogió de manera provisional a los ancianos del pueblo que estaban en el asilo y no habían querido marcharse con las hermanitas a otros destinos. Pero como los asilados estuvieron catorce años mal alojados en las viejas instalaciones del hospital, se imponía actualizar la fundación, acomodándola a las necesidades sociales de los nuevos tiempos. Los sucesores del fundador, fieles al legado del testador, encontraron una solución atinada y eficaz, en combinación con el párroco y los miembros de la junta rectora del patronato. El promotor principal y párroco, don Santiago Pérez, narra los hechos:

Hacia más de un año que se había cerrado el asilo de la Fundación Revuelta porque las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, que lo atendían, no contaban ni con medios ni con personal para seguir atendiéndolo. Éstas alegaron en un principio que no podían sostenerse y atender a los asilados con los pocos fondos y rentas de la Fundación, y aunque el Ayuntamiento de la villa se ofreció a ayudar económicamente, las religiosas cerraron el Asilo y se marcharon. Los asilados fueron recogidos en la fundación del hospital de san Miguel. Tampoco ésta tenía muchos ingresos, pero como sus religiosas se ayudaban con clases a párvulos y a niñas, por las que cobraban una pequeña cantidad, y por otra parte se les subió un poco la renta a los que llevaban en arriendo las tierras del hospital, se incrementó la colecta del 15 de Agosto que es siempre para este fin, y además la Fundación Revuelta seguía pagando por los asilados que tenía al cerrar el Asilo, se iba perviviendo de esta manera.

Funcionaban dos Juntas con distinta administración: la de la Beneficiencia Municipal para el hospital de san Miguel, y la de don Miguel Revuelta para el asilo. La primera la presidía el alcalde, teniendo por secretario el del Ayuntamiento y, como miembros, al párroco, al médico director del Hospital, a un concejal y a un vecino. Llevaba la administración el organista de la parroquia don Vicente Martínez, por ser oficial del Ayuntamiento. La Junta de la segunda la presidía el heredero mayor de don Miguel Revuelta, que había dado nombre a la Fundación del Asilo por haber sido su principal impulsor y fundador. Eran miembros, el alcalde, el párroco, el médico y el presidente de la sección de Caballeros de la Conferencia de san Vicente de Paúl.

Pronto vi la necesidad de acometer la reforma de estas fundaciones. Anteriormente a mi llegada se había ofrecido el asilo a las Hijas de la Caridad para poner allí una pequeña comunidad que atendiera a los ancianos independientemente del hospital, pero

los Superiores manifestaron la imposibilidad de atender la petición. Hubo también hacia 1954 una solicitud de un instituto secular femenino que pedía el edificio del asilo para abrir clases para niños, pero por las muchas dificultades que esto suponía se les negó. Así las cosas, yo como párroco promoví la fusión de las dos Fundaciones en una, con el fin de unificar la administración y hacer las obras necesarias para atender dignamente a enfermos y ancianos.

Iniciamos la gestión en Madrid visitando personalmente y repetidas veces el Departamento de Beneficencia del Ministerio de Gobernación, correspondiente a Fundaciones. El Presidente de la Fundación Revuelta, don Víctor Arricivita, dio su consentimiento para la fusión y, realizados los trámites exigidos que fueron largos y duraron varios años, se fusionaron ambas fundaciones. En adelante llevaría el nombre de Fundación del Hospital de San Miguel y Asilo de don Miguel Revuelta. Formarían un solo patrimonio, una junta y una administración, teniendo como presidente al alcalde, vice-presidente al heredero mayor de la familia Revuelta, además al párroco, al secretario, a un Concejal, al coadjutor más antiguo, al presidente de Cáritas Parroquial y al de la Conferencia de San Vicente.

Una vez lograda la fusión iniciamos las gestiones para construir un edificio nuevo, en lo que se llamaba patio de la huerta del hospital. ¿Medios? Se vendían como solares el edificio ya muy viejo del antiguo asilo y la huerta del mismo, y con algo que ayudara el pueblo y algunas subvenciones de otros organismos como la Dirección General de Sanidad que la prometió, se podía llevar a cabo una edificación moderna, acogedora, amplia y práctica. El edificio del cerrado asilo era propiedad de la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Yo mismo solicité de la Superiora General que nos diera ese inmueble. Efectivamente, mediante documento notarial me concedieron el poder venderlo para emplear el importe en la construcción del nuevo asilo-residencia. Aunque no nos pidieron nada, les enviamos a las Hermanitas 25.000 pesetas.

La huerta contigua al asilo era propiedad de don Enrique Ansaldo, que la había cedido en renta. Figuraba en el documento privado de arrendamiento que el asilo abonaría anualmente al propietario dos pesetas, cantidad simbólica que no se abonaba. Hablando personalmente con don Enrique le expliqué la situación de nuestros proyectos con la petición de que nos regalara o vendiera la huerta para poder sacar adelante el proyecto. El señor Ansaldo donó gratuitamente una robada y el resto nos lo vendió, fijando el precio entre el administrador del mismo, don Julio Elcid, y don Roque Osés, el perito que nombró la Junta. Una vez que tuvimos edificio y huerta a nuestra disposición, y a nombre del párroco que suscribe para simplificar trámites de autorizaciones y tasaciones, se trazó una calle por la parte posterior de la huerta para revalorizar los solares, y en diversos lotes se vendió todo en subasta pública.

Se encargó el proyecto del nuevo hospital-asilo al arquitecto don Tomás Arrarás de Pamplona y, obtenido el permiso de la Dirección General de Beneficencia, se sacó a concurso la obra, adjudicando la construcción, entre los diversos concursantes, a don José María Sáinz de San Adrián. El edificio tendría sótano, entresuelo y cuatro plantas, una de ellas para las Religiosas, además de comunicación interior con el edificio del antiguo hospital y con la iglesia del mismo. La Diputación de Navarra alentó el proyecto, viendo que podían acogerse a esta Fundación ancianos no sólo de Peralta, sino de la comarca.

En el tiempo de todas estas gestiones, que llevaron años, además del que suscribe como párroco, Santiago Pérez Goyeneche, intervinieron el secretario de la Junta de

Beneficencia y del Ayuntamiento, don Francisco Villanueva Ducay, y se sucedieron como alcaldes: don Félix García, don Jacobo Sánchez, don Carlos Hernández, don Francisco Asín Ros y don Alfredo García; como médicos: don Ignacio Sánchez, don Javier Garralda y don Honorio Alfaro. Los vocales más empeñados en conseguirlo fueron: don José María Echarte, don Víctor Arricivita, don Luis Troyas, don Martín Alfaro, don Fructuoso Sánchez y don Juan Marzal.

Para solicitar la ayuda del pueblo, la Junta del hospital-asilo con algunos concejales del Ayuntamiento, un grupo de hombres, otro de jóvenes y los agentes de la autoridad, recorrieron las calles el día 2 de Noviembre de 1969 y recogieron donativos y ofrecimientos, que fueron muy considerables. Así comenzaron las obras para que Peralta pudiera tener un digno hospital de urgencia y una residencia de ancianos, que hiciera más llevadera la vida de los acogidos a esta Fundación, bien vista por los habitantes del pueblo y muy suspirada por los ancianos que están solos en sus casas ¹⁸.

Nada mejor para completar algunos detalles de la fusión de ambas fundaciones que tomarlos del acta de la última junta del patronato Revuelta, sin repetir lo ya escrito por don Santiago Pérez: Las rentas de esta fundación, puestas al día, no rebasaban las 70.000 pesetas anuales; había imposibilidad de acondicionar y sostener con ellas el viejo edificio y el cuidado y mantenimiento de los ancianos pobres de la localidad; se ofrecía la posibilidad de salvar los deseos del fundador consignados en el codicilo de su testamento; perduraba en la fusión el nombre del fundador junto al de hospital de san Miguel; se lograba formar un patrimonio común entre ambas y, finalmente, en caso de necesitarlo, cualquier heredero del fundador sería preferido a otras personas en la admisión al asilo ¹⁹.

Aún se tuvieron que hacer algunas visitas a los organismos oficiales para alcanzar los objetivos, pero ya todo fue más fácil. De esta manera la primera voluntad testamentaria de don Miguel Revuelta de donar 500 pesetas cada año al hospital, anulada posteriormente desde el lecho en trance de muerte por el codicilo de fundación del asilo, se hacía también realidad, fundiéndose en una sola institución benefactora. Se impuso la realidad, la dignidad, la funcionalidad, la eficacia y la economía. A nuevos tiempos, nuevas instituciones con soluciones diferentes y edificaciones modernas.

NOTAS:

1. Archivo parroquial de Peralta. *Relación de los acontecimientos más interesantes de la Parroquia de San Juan Evangelista*, fol. 6v.
2. Goñi Gaztambide, J. Artículo en rev. Príncipe de Viana, núms. 138-139, 282-283.
3. Archivo parroquial de Peralta, ibíd.
4. *Catálogo Monumental de Navarra*, III. *Merindad de Olite*, págs. 390 y 391.
5. Al igual que el retablo principal, son propiedad de la casa condal de Guenduláin, y fueron traídos en depósito el 17 de febrero de 1984, como reza una placa en cada uno de los retablos.
6. Archivo municipal de Peralta, libro 7 de nacimientos, fol. 42, núm. 1.148.
7. Archivo parroquial de Peralta, libro 15 de bautizados, fol. 38, núm. 141.
8. Íd., libro 6 de confirmaciones, fol. 5, núm. 96.
9. Carta que se conserva en el archivo general de la congregación.
10. Apuntes de sor Ascensión Ramírez, publicados en *Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad*, abril-junio de 1940, enriquecidos con otros datos recogidos entre las gentes de Bétera.
11. Tomada de un acta de las Hijas de la Caridad en la Dirección General en Madrid, el 10 de febrero de 1960, para el proceso de beatificación.
12. Archivo de la congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, secretaría general, Valencia, acta de la fundación de la casa de Peralta.
13. Archivo privado de la familia Arricivita. Gloria Arricivita, con la gentileza que le caracteriza, se preocupó de facilitarme cuantos documentos y datos le solicité. Acompaña al codicilo el siguiente apunte del notario: *A los dos días de su otorgamiento di cuenta al Sr. Decano. Doy fe. Santamaría. Rubricado*. Al margen de las hojas de la matriz aparecen las firmas de los testigos. *A instancia de los herederos de D. Miguel Revuelta y por constarme la defunción del mismo, expido en tres hojas esta primera copia exacta de su matriz, que obra en mi protocolo corriente con el número 234 de orden, quedando anotada a su pie esta saca. Y para que conste la signo y firmo en Peralta a 31 de diciembre de 1907, de que doy fe. Signado. Licenciado Francisco Santamaría. Hay un sello*.
14. Archivo de la congregación, Valencia, carpeta de la fundación de Peralta.
15. Archivo privado de la familia Arricivita. *Testamento de don Miguel Revuelta Ruiz*. Notaría de Ambrosio Eduardo Cabezudo y Arroyo, del ilustre Colegio de Notarios de Pamplona. Tafalla, 25 de noviembre de 1908.
16. Archivo Arricivita. Carta firmada por Víctor Arricivita, dirigida desde Peralta a la madre general, Valencia, 15 de mayo de 1951.
17. Carta del 10 de mayo de 1987, firmada por sor Carmen Iglesias López.
18. Archivo parroquial de Peralta, *Relación de acontecimientos...*, fols. 34v, 35 y 35v.
19. Archivo de la familia Arricivita. Así lo acuerdan y firman todos los miembros del patronato en Peralta a 23 de enero de 1965. Firman: el presidente Víctor Arricivita, el párroco Santiago Pérez, el alcalde Francisco Asín y el presidente de la Conferencia de San Vicente de Paúl, José María Echarte.

CAPÍTULO X: OTRAS INSTITUCIONES Y ACTIVIDADES DE MI INFANCIA

1. Alguaciles, guardas rurales y serenos

Los alguaciles de Peralta eran personas populares y respetadas, garantes de las ordenanzas municipales y representantes de la autoridad. Algunos, como hemos visto, oficiaban también de pregoneros. Hasta cinco agentes había en la plantilla municipal en 1950. Restablecían el orden público cuando lo alteraban los devotos de Baco o los reñidores de siempre, sobre todo los domingos y fiestas de guardar. Las peleas solían ir por barrios, por sexos y por temporadas. Mientras los hombres se limitaban a encajar mandobles entre "juramentos", las mujeres abundaban en peleas a base de gritos, insultos soeces y tirones de pelo. Unos y otras concitaban un auditorio popular entre perplejo y complaciente hasta que llegaba el representante del orden, que deshacía el tumulto e imponía su autoridad entre los litigantes. Debajo del ayuntamiento, en lo que pomposamente llamaban calabozo, recluían temporalmente a los alborotadores hasta la decisión del juez de paz.

A pesar de la fertilidad de las tierras, la vida de los labradores era trabajosa y dura. Ni en invierno ni en verano podían descansar más tiempo que la semana de las fiestas patronales. Entre el secano y el regadío gastaban sus energías en el afán diario de salvar la cosecha al ritmo del sol y de las lluvias. Para ordenar la vida del campo y preservar de los amantes de lo ajeno las hortalizas y las frutas en sazón, prestaban servicio los guardas rurales. También vigilaban los terrenos acotados en las temporadas de veda y caza. El ayuntamiento premiaba la eliminación de serpientes, gardachos, ratas de agua, zorros, urracas y picarazas. Por una de estas dos últimas especies o por sus crías pagaba, previa presentación de la pieza, un real; y por un huevo, diez céntimos. A las culebras les cortaban la cola al tiempo del pago para que no pudieran ser presentadas de nuevo al cobro como si fueran recién cazadas. Otros guardas, los del sindicato de riegos de los ríos Arga y Aragón, mantenían los turnos de aguas de las acequias y abonaban la captura de topos y ratones ciegos. Estos insectívoros rompían con sus fuertes uñas las raíces de los sembrados al abrir galerías subterráneas.

Los vigilantes nocturnos, popularmente conocidos con el nombre de serenos, empezaban su jornada laboral al iniciarse la noche, iluminando el pueblo, primero con linternas de aceite, y después, cuando llegó el progreso, conmutando los puntos de luz eléctrica repartidos por las calles. Para este menester se servían de largos chuzos o picas. La electricidad se instaló en Peralta poco después que en Pamplona y Tudela. En esta última la instaló nada menos que el científico marino Isaac Peral, y fue inaugurado su funcionamiento el 18 de julio de 1894. La instalación eléctrica hizo disminuir considerablemente la criminalidad ¹. Se cuenta que uno de Artajona, al ver lucir por vez primera las bombillas de su pueblo, exclamó: *¡Y que nos hagan creer que alumbran con agua del molino de Larraga!* Cuántos peraltenses se expresarían más o menos de este jaez ante tan luminosa novedad. El famoso jotero Escolástico Valencia, gran improvisador y hombre ocurrente, cantaba por esos años:

*Ya nos han puesto la luz
y nos da mucha ilusión
ben aya los adelantos
de la cevilización.*

*Hemos quitau los candiles,
las velas y los quinqués,
le damos a una llavica
y al funcionar la bombilla
y venir el resplandor
decimos toda la gente
¡Alabado sea Dios! ².*

La institución de los serenos se implantó en Navarra a finales del siglo XVIII, copiada de otros países donde ya funcionaba con éxito. Los serenos trabajaban para que los demás descansaran, intentando que en las calles del pueblo hubiese siempre calma y seguridad entre la hora del anochecer y la del alba. Además de procurar el sueño de la villa, cantaban periódicamente las horas de la noche, anunciando de paso cómo andaba la climatología: *Las doce y lloviendo; la una y nublado; las dos y sereno...* Como esta última expresión era la más frecuente, las gentes empezaron a llamarles en todas partes "serenos". Se puede decir que mantenían en vela a la propia noche —y también a más de uno!— con tales partes meteorológicos. A requerimiento de los interesados, solían despertar con fuertes aldabonazos en el portal de las casas a quienes tenían que madrugar.

En los meses crudos de invierno, cuando la nieve y los hielos colgaban *churritones* de los aleros, los serenos se guarecían, entre ronda y ronda, al calor de los hornos de pan, que estaban en vela laboriosa como ellos. Si bajaban del barrio Alto por la placeta del Pocho, entraban en el horno de *Pocarropa*; si lo hacían por mitad de la calle Mayor entraban en el de Roque *Cosque*; se detenían un rato en el de *Camardiel* al hacer la ronda por Tejedores; cuando iniciaban la ronda por la Ventablanca, visitaban el de *Barcos*; subiendo del paseo por los Bajaderos se calentaban con *Cándido Troyas* en el suyo, y se llevaban a casa el primer pan caliente del horno del *Eusebio*.

Se cuenta en voz baja, para no escandalizar, que a principios del siglo XIX un sereno peraltés, nada escrupuloso con la moral conyugal, se aliaba con el secreto de la noche para ganar algún dinero extra, colaborando a la deshonra de su mujer en su propia casa. Clientela, por lo visto, no le faltaba.

—*¿T'has quedau bien, hijo?*, preguntaba al hombre de turno al salir, justificando así el cobro estipulado por el servicio, mientras le franqueaba una salida discreta a la calle.

En homenaje a todos los serenos de mi infancia van dedicadas estas sencillas coplas:

Los serenos

*Las doce... y sereno,
la una y reina la calma,
en garganta de la noche
la voz del sereno clama.
Con parpadeos lejanos
las estrellas palpitaban
su preñez de amanecida.
Esquina a esquina cantaba
nube a nube y hora a hora
el sereno por las plazas.*

Acosados por la fiebre
en la soledad de casa,
hilvanando pensamientos
y problemas de la arada,
se aguardaba el monocordio
de la cántica pactada:
tiempos meteorológicos,
la hora entera y la mediana,
en todas las situaciones,
con lunas, vientos y aguas.

La pica de los serenos
los puntos de luz de Cárcar,
con los primeros albores,
uno a uno apagaban.
De nuevo la oscuridad
hasta que el sol repujaba
figuras en los alcores,
imprimiendo en cinceladas
cándidos relieves tenues,
rosados, ocre y malvas.

Con el bronce estremecido
de la torre en la campana,
había nacido el día
en los alcores del alba.
Por unas calles tranquilas
el sereno se iba a casa,
cansinos sus pasos cortos
batiéndose en retirada.
Cada uno con su destino,
el pueblo se despertaba.

Calle arriba, calle abajo,
dibujaba sombras claras
por paredes seculares
de ladrillos en las casas,
por adoquines brillantes
de las aceras mojadas,
por contornos retorcidos
de la forja de ventanas,
por los puestos entreabiertos
de panaderías blancas.

Iba naciendo el día
con un vuelo alborozado,
en cada alero mil nidos
de entumecidos pájaros.
Las galerías cegadas,
los arquillos geminados

y las tejas renegridas
de casonas y palacios,
recordaban de la historia
un milenio como hidalgos.

2. Las escuelas nacionales

Las escuelas nacionales estaban situadas en la bajada de Las Luchas, en el mismo solar donde ahora se levanta el colegio público. El pueblo entero se sentía orgulloso de aquella construcción monumental, tan grande o más que la iglesia parroquial. Pero aquel soberbio edificio, amenazado de ruina temprana, fue demolido dando paso a otro más funcional y práctico, que con el entrañable nombre de Juan Bautista Irurzun acoge hoy a un número considerable de alumnos y a una numerosa plantilla de maestros y maestras. Las viejas escuelas eran altas y alargadas, con cierto aire modernista. Un gran cuerpo central de tres plantas se continuaba a los lados con otros dos cuerpos más cortos de dos, seguidos de sendos pabellones con la misma altura, adosados perpendicularmente y cerrando la construcción. Enormes ventanales verticales, alternándose con algunas balconadas, iluminaban el interior. Una cornisa con el escudo de la villa en el centro y el rótulo en cerámica de ESCUELAS NACIONALES completaban el último piso. Seis esferas pétreas, iguales que las del Campanar, remataban la cornisa en el cuerpo central y otras tantas en los dos pabellones laterales. Lamentablemente estas bolas no se han conservado en el nuevo edificio. La silueta de las viejas escuelas pertenece ya a un olvidado y entrañable paisaje urbano, que perdura solamente en el recuerdo de los mayores.

La construcción de estas escuelas se inició en 1933 y quedaron inauguradas en 1935. El presupuesto ascendió a 267.568 pesetas. El peraltés don Ángel Dabán Vallejo, abogado y a la sazón jefe de administración en el ministerio de Obras Públicas, consiguió una subvención estatal de 120.000 pesetas, cuando solamente se concedían para este menester 60.000. Integraban la corporación municipal en ese tiempo: José Marzal como alcalde y los concejales Ambrosio Zueco, José Casasús, Víctor Arricivita, Esteban Sayés, Pelegrín Osés, Miguel Ruete, Antonio Arbizu, Juan Orduña, Bernardino Asín y Nicanor Echarte, quienes en agradecimiento a las diligencias y desvelos del citado Ángel Dabán por conseguir el capital, rotularon con su nombre la calle Mayor, ya que en mitad de ella se levantaba su casona familiar, donde alternaba sus estancias entre Madrid y Peralta ³.

El patio de recreo estaba delante del edificio escolar, vallado por un muro perimetral de mampostería y verja, cerramiento que se conservó en el actual colegio hasta el año 2000, cuando con buen criterio se demolió para dar cabida a un hermoso paseo desde la iglesia de san Miguel hasta las piscinas y el campo de fútbol de Las Luchas, dándole así al pueblo un mayor desahogo urbano. Los árboles del patio escolar de mi infancia crecían y se desarrollaban a pesar de los juegos violentos de los escolares. Sus ramas desnudas batían en invierno los cristales de los ventanales al compás del viento. En primavera oíamos los primeros trinos de los pájaros que habían nacido en los nidos más altos, donde no llegaba el acoso de los chicos mayores. También veíamos levantar desde las ramas sus vuelos incipientes.

Siguiendo directrices pedagógicas de la época, las escuelas tenían sección de niños y sección de niñas, atendidas respectivamente por seis maestros y otras tantas maestras

para los distintos grados. Las materias de estudio eran también específicas, sobre todo durante las tardes: mientras las alumnas ocupaban las dos horas vespertinas en aprender labores del hogar como costura, bordado y cocina, los alumnos se dedicaban a resolver problemas de aritmética y a adquirir conocimientos de agricultura y comercio. Como libro de estudio único estaban las clásicas y globalizadas enciclopedias, con tres grados progresivos de dificultad. En ellas convivían en armonía impresa el pastor lusitano Viriato, Sansón acosado por su malvada esposa Dalila, las partes de la flor, los quebrados, los verbos, las leyes de la Física... Casi todas las ilustraciones estaban realizadas a plumilla en blanco y negro, excepto los mapas multicolores y extensibles de España y de las diferentes partes del mundo, que se intercalaban entre las páginas del texto.

Al pasar de las monjas a las escuelas, mi maestro de primer grado fue José María Aranaz, natural de Peralta, hombre joven, ponderado y paciente. Su agradable voz, el dominio de un lenguaje sencillo pero selecto, el señorío que emanaba de su figura y su porte en general, completaban el perfil físico y el semblante moral de un experto pedagogo. Todos sus alumnos lo considerábamos tan buen maestro como amigo, siempre comprensivo y benévolo al juzgar nuestro mal comportamiento. Con un ligero gesto de disgusto, acompañado de una leve oscilación de cabeza, mostraba su disconformidad cuando no nos portábamos debidamente. Siempre se mostraba así, sin acres voces ni actitudes de superioridad, aunque en apariencia resultara algo distante.

Mi clase ocupaba parte del ala izquierda de la planta baja. Había que subir desde el patio una breve escalinata de seis u ocho peldaños y recorrer hasta llegar a ella un largo pasillo con ventanales que daban a la huerta. El aula era rectangular, como todas, encalada de blanco con un alto zócalo pintado de marrón y con suelo de tarima. Cerca de la mesa del maestro estaba la estufa de serrín para el invierno, colocada por precaución sobre una chapa de cinc. Los pupitres eran de madera con plano inclinado y con un agujero para el blanco tintero de cerámica. Completaban el mobiliario escolar un armario con puertas de cristales para guardar la tiza, las escuadras y cartabones, la inevitable esfera terrestre y un gran diccionario de la lengua española que sólo consultaba el maestro porque nosotros todavía no sabíamos hacerlo. Colgadores corridos pendían a lo largo de las paredes para los abrigos y chaquetas. Finalmente, los consabidos retratos del jefe del Estado y del fundador de la Falange presidían la pared testera a ambos lados del crucifijo.

Mi escuela

Durante largas mañanas
y tardes de frío enteras,
una lluvia pertinaz,
aguanieve llamábamos,
aterrizaba cansinamente
en los empañados cristales
de mis queridas Escuelas:
adioses de despedida
al duro invierno eran,
que felizmente se iba.
Cuesta abajo marchaba,
mientras nuevos hálitos
venían, aunque escondidos,

de cercana primavera
en cada gota de agua caída.
La estufa sobre cinc,
herrumbrosa y cansada,
consumía las cargas últimas
de un carpintero serrín.
Finalizando cada día,
un sol tembloroso se hundía
por el patio del recreo,
cuando los gorriones
–*gurriones* les decíamos–,
trémulos y mojados,
piaban en el alero
con ganas de vida.
Los gusanos de seda
eclosionando nacían
en cajas de zapatillas.
Por las calles faenaban
gitanos y chatarreros...
Los niños nos quejábamos
por el frío de hielo
que del aire ya se iba,
por los rojos sabañones
de las orejas y dedos,
rebajando la hinchazón,
su comezón y prurito.
Los botones florecidos,
las yemas ya germinadas,
y las puntas de renuevos
asomaban en las ramas.
Gorriones, gusanos y árboles,
gitanos, niñas y niños
a la esperanza nacíamos.
Yo miraba complacido
desde el pupitre inclinado,
tras cristales empañados,
escribiendo mi dictado,
memorizando las tablas,
durante largas mañanas
y tardes de frío intenso.

A la salida de la escuela por las mañanas –por las tardes teníamos prisa en ir a merendar la consabida onza de chocolate con pan–, los *muetes* simulábamos corridas y encierros taurinos a imitación de los verdaderos. Por sorteo riguroso nos tocaba hacer de toro o de torero. Y en el callejón de los corrales de Sayés celebrábamos los festejos. Los jueves por la tarde, siempre que hiciera buen tiempo, maestros y alumnos salíamos de paseo hacia la dehesa de san Silvestre o el viejo molino del Rey o el barranco de los Carnuces, al que carros y galeras transportaban los cadáveres de los grandes animales domésticos muertos en las cuadras, y que servían de festín a las alimañas aladas del contorno. Siempre tenían la mesa servida, pues en aquel entonces no escaseaban las

bestias agropecuarias. El vuelo elegante de águilas, buitres leonados o milanos indicaba la presencia de carroña fresca en el barranco. Estudiábamos la naturaleza en directo, sin necesidad de transparencias ni vídeos didácticos, que, por otra parte, no existían. La danza de la muerte y de la vida evolucionaba al compás de las leyes del equilibrio de aquel pequeño ecosistema. A hurtadillas, por los resquicios de la puerta de la *Parada*, mirábamos el apareamiento de los sementales con las hembras que les llevaban.

Al viejo molino del Rey, apenas a dos kilómetros de las escuelas, íbamos por un camino ancho, que empezaba a la derecha de la carretera de Arlas, al poco de pasar la fábrica de conservas. Este molino fue posteriormente una modesta central eléctrica, pero en mi niñez ya estaba en desuso. El paraje, un partidero de aguas de riego, pasaba ante mí ajeno a la mucha historia que, ya de adulto, he descubierto en el archivo de los comptos reales. A la ida o al regreso veíamos con sorpresa cómo algunas caballerías, con el ramal en sus lomos, volvían al pueblo solas cuando ya no era necesaria su presencia en el campo, donde sus amos seguían hasta terminar la faena. Si al llegar al portal de la casa lo encontraban cerrado, las bestias pegaban en la puerta con su pezuña para que se les franquease la entrada.

En la dehesa de san Silvestre, a media ladera de los Altos, había una antigua ermita dedicada al santo que cierra el año, pero ya estaba sin culto y empezaba a derrumbarse. Los pocos pinos del paraje nos proporcionaban agradable sombra en nuestros paseos de primavera. Desde allí se divisaba el pueblo: blancas y ocre las casas, verdeoscuro el reflejo de los carrascos del monte, azul plata el serpenteante Arga... Una fuentecica de caudal escaso brotaba entre las piedras, perdiéndose después en los juncas. Según creencia popular, esta agua estaba recomendada para los retorcijones y dolores de tripas ⁴. La dehesa de san Silvestre ha perdido ya su viejo hechizo de soledad y lejanía. Las naves industriales construidas más cerca de lo deseado le han quitado encanto. La última vez que visité la ermita, grotescos letreros y burdos dibujos ensuciaban sus muros, profanando aquella quietud sagrada. Ojalá que algún día, a impulsos del renacer de los valores locales que ha traído la democracia, se devuelva a la dehesa su porción de paraíso perdido y hasta se recupere la romería del 31 de diciembre en honor al santo.

En los años de mi niñez, las posibilidades escolares de los adolescentes varones se completaban en la Academia. Y lo escribo con mayúscula porque lo pronunciábamos así, con pomposidad mayúscula. En ella los chicos mayores preparaban los primeros cursos de bachillerato para examinarse por libre en Pamplona. Estaba regentada por algunos maestros nacionales fuera del horario escolar de la tarde, en una antigua casona de la calle Mayor vieja. Para los chicos pequeños, la alternativa de estudios complementarios la proporcionaba don Ramón, el maestro particular que alternaba esta profesión con la de telegrafista en una casa que daba a la plaza Principal, encima de la pastelería de Gracia. Su enseñanza, muy valorada en el pueblo, servía de repaso y de preparación para el examen oficial de ingreso en el bachillerato, con resultados generalmente satisfactorios.

3. Educación y cultura

El colegio público Juan Bautista de Irurzun, situado en el solar de las antiguas escuelas nacionales, se empezó a edificar en 1978 y se inauguró al año siguiente. El presupuesto sobrepasó los 60 millones de pesetas ⁵. Es un edificio de línea funcional, construido con

ladrillo vista amarillo, amplio y bien estructurado, con un equipamiento adecuado para las actuales exigencias pedagógicas. Las aulas se distribuyen en tres plantas; hay además un sótano que alberga el gimnasio y otros servicios. Una zona deportiva al aire libre, un magnífico frontón y el polideportivo cubierto completan las instalaciones escolares en la parte posterior del colegio, que anteriormente eran terrenos de huerta.

Aledaño al colegio y de construcción algo anterior, se levanta un parvulario, alegre y sencillo. En esta misma zona, pero en terrenos del antiguo convento, funciona también una guardería, regentada conjuntamente por la asociación de padres y las Hijas de la Caridad. Muy cerca del colegio, enfrente de las piscinas, se creó para la comarca una escuela de formación profesional, de dos plantas más los bajos, donde se enseñan las especialidades de Mecánica y Electricidad del automóvil y de la maquinaria agrícola, Delineación, Mecanografía y Comercio. Desde un principio el centro tuvo servicio de transporte y comedor, subvencionados por la Diputación Foral. En la arboleda de Las Luchas se instaló el complejo de las piscinas, olímpica una e infantil otra, ambas cubiertas, y una tercera al aire libre, soslayando así el peligro que durante muchos años entrañaba ir a nadar al río.

La biblioteca de Peralta fue una de las 24 bibliotecas públicas populares de la red del Gobierno de Navarra, cuando fue creada por acuerdo de la Diputación Foral el 16 de octubre de 1969. Se incluyó en las denominadas bibliotecas de primera categoría por superar la población los 2.000 habitantes. Se abrió al público el 11 de julio del año siguiente, tras la habilitación para su uso de dos salas en la escuela de formación profesional, recién inaugurada. Esta instalación provisional duró dieciséis años y tenía capacidad para 84 lectores. Por necesitar su espacio la citada escuela, la biblioteca pasó en 1985 al recién inaugurado colegio público, donde permaneció en precario hasta diciembre de 1989, fecha en que se ubicó definitivamente en los bajos del moderno edificio de la Casa de la Cultura, construida en los terrenos de la antigua Dula, en la calle de la Corte. Fue proyectada por el arquitecto peraltés José Félix García Barrios. Tiene 600 m² distribuidos en dos salas de lectura para adultos, otras dos para infantiles, una para trabajos en equipo, el depósito y un amplio patio. Cuenta con un total de 131 plazas para lectores sentados, 59 de mayores y 62 de pequeños. Da un buen servicio de lectura, consulta, investigación, recreación y préstamo.

El escultor peraltés José Ulibarrena realizó para estas dependencias un altorrelieve alegórico, en el que como motivo central aparece el Campanar muy estilizado, cuyos vanos simulan estantes de biblioteca; en el ángulo inferior derecho hay un pensador bajo un arco del puente románico, coronado por los aperos del campo; en el ángulo superior izquierdo está la efigie de un lector, que se completa por debajo con artefactos mecánicos. Ambos aspectos indican los dos pilares en que se basa actualmente el trabajo de la villa, la agricultura y la industria.

En 1995, a los 25 años de la fundación de la biblioteca, el número de socios lectores había ascendido a más de 2.500 en una población que ronda los 5.000 habitantes. En estos últimos años, ante la demanda de los usuarios, la biblioteca ha ampliado no solo el horario –de las tres horas iniciales a las siete actuales–, sino también el número de plazas lectoras y el fondo bibliográfico. Durante 25 años ha sido bibliotecaria mi prima María Asunción Velasco Gil, quien desde sus inicios la ha llevado en solitario, con una entrega constante al servicio de sus paisanos. A la biblioteca ha entregado sus mayores esfuerzos y su pericia profesional, con la que, partiendo de cero, ha sabido crear un estatus

bibliotecario de alta calidad y una corriente lectora de alto nivel. La biblioteca, además de cumplir su labor específica, ha sido un punto de encuentro para niños y jóvenes, sobre todo en los primeros años de funcionamiento, cuando el equipamiento socio-deportivo de la localidad no alcanzaba los estándares que tiene hoy.

El ayuntamiento, el patronato de Cultura local, la institución Príncipe de Viana, Acción Cultural, la dirección de Bibliotecas de Navarra y muchos peralteses, quisieron demostrarle a la bibliotecaria, con motivo de su jubilación anticipada por enfermedad, su expreso agradecimiento. En el cálido homenaje que le tributaron de admiración y respeto participaron, además de los familiares, amigos y paisanos, los compañeros bibliotecarios de otras poblaciones, y actuaron los *danzaris* y gaiteros de la localidad, el grupo de jotas *Brisas del Arga* y la coral *Arlas*. Fue el domingo 23 de abril de 1995, día del Libro. El alcalde, Juan Manuel Campo, destacó que "Asun ha sido la bibliotecaria de Peralta por excelencia". José Javier Zubiaur, director de la institución Príncipe de Viana, agradeció a la homenajeadada "una vida entregada a una labor tan bonita". El profesor Luis Villafranca, entrañable amigo de Maria Asunción, le recordó con entrecortada emoción: "te volcaste a la biblioteca, te entregaste a ella en cuerpo y alma, la hiciste tuya, viviste en ella o preocupada constantemente por ella". José Alonso, concejal de Cultura, ausente por enfermedad, también se hizo escuchar enviando estas líneas de encomio, que fueron leídas en su nombre: "La aparente pequeña historia de Peralta tendrá siempre en su haber tu gran labor e ilusión por esta biblioteca en la que nos has dejado una parte de ti. La vitalidad, la cultura, la felicidad que ésta propicia a la gente de nuestro pueblo, están relacionadas directamente con los servicios que tú has prestado a nuestra sociedad". La entrega de regalos y de una placa conmemorativa con la leyenda "El Patronato de Cultura de Peralta a M^a Asunción Velasco Gil por la labor cultural y humana desempeñada durante 25 años en la biblioteca pública", cerraron el acto, al que siguió un almuerzo oficial en el restaurante Atalaya ⁶.

4. Faenas y juegos infantiles

El oficio de recadista, ejercido sobre todo por mujeres, era habitual entre 1940 y 1960, cuando no existían los medios de comunicación y locomoción que ahora tenemos. Consistía en ir normalmente a Pamplona en el coche de línea *La Tudelana*, recorrer los comercios con encargos específicos, visitar gestorías, organismos oficiales y otras oficinas presentando y recogiendo impresos, y llevar de casa al colegio y del colegio a casa la muda semanal de los escolares peralteses internos que estudiaban bachillerato en la capital de la provincia.

Hacer recados por el pueblo, donde no abundaban los teléfonos, era otra necesidad perentoria, esta vez al alcance de los chavales, que, haciendo de recaderos, a veces lo pasábamos mejor que con los propios juegos. Se trataba, en mi caso, de pequeños encargos familiares o de otros vecinos, como ir por la tarde, lechera en mano, a buscar la leche a casa de la señora Leoncia, que tenía una vaquería en la calle de la Dula. Un agrio olor lácteo impregnaba la lechería y la casa entera. Cuando parían las vacas, siempre me obsequiaba con una botella de sabroso calostro. También iba de mañanica a comprar el pan y la sacarina a la panadería de Barcos en la calle Mayor, y a mediodía, a por el correo a la cartería de Marcelino Istúriz.

Los domingos, de buena mañana, Dolores *la Razonas*, ayudada por su esposo Toribio *el Josefón* y los hijos, montaba un tenderete de churros en la amplia acera de su casa en plena calle de Irurzun. Daba gusto verles manejar las roscas con gran maestría: con una especie de batuta de madera movían con la mano derecha la masa estriada y alargada que salía de un depósito que la mano izquierda no dejaba de apretar. En la caldera de aceite hirviendo donde caía la alargada pasta conseguían que se enroscara en espiral sobre sí misma. Una vez dorada, la depositaban sobre una bandeja metálica, la troceaban en churros de un palmo de largo y los servían azucarados en grandes cucuruchos de papel de estraza, a dos pesetas la docena. Dolores mantenía buena relación con los chicos y chicas que íbamos a comprárselos para el desayuno familiar. De ahí que la docena que nos vendía constaba frecuentemente de trece churros, por una argucia cómplice de las matemáticas.

También iba a por la carne de cordero, que mi abuela encargaba en la carnicería de Jacinto Sayés y Rosalía Bermejo. Con José Antonio, el conocido teólogo y profesor universitario, hijo menor de este matrimonio, pasé inmejorables ratos jugando en su casa en las tardes de invierno. En el obrador veía elaborar exquisitos requesones con la leche de las ovejas. Los canastillos empleados en esta labor dejaban impresas en ellos las marcas de los mimbres. Cuando llegaba Navidad, montaban en la carnicería un gigantesco belén con grandes figuras. Todavía me acuerdo de la escena del ángel posado sobre una roca con las alas extendidas anunciando a los pastores del rebaño desparramado sobre el musgo, el nacimiento del Niño Jesús, mientras se calentaban al fuego, simulado por una escondida bombilla roja.

Cada semana, en los meses de invierno, compraba carbonilla para el brasero y, durante todo el año, el carbón para la cocina. La carbonería, que estaba enfrente de la casa parroquial, almacenaba montones de carbones vegetales y minerales. También se vendía el llamado carbón de cok, en forma de bolas como ciruelas de grandes, que apenas manchaban y proporcionaban un fuego y un calor intenso y duradero. Los braseros domésticos se encendían de buena mañana al aire libre de la acera. Se mezclaba con carbonilla una paletada de brasas, que yo traía del horno en un pozal agujereado, cubriendo todo con ceniza del día anterior, para que se conservara el calor durante buena parte del día. Esta era la calefacción ordinaria de las casas; la extraordinaria consistía en estufas de serrín prensado que se introducía en su interior, procurando dejar el espacio suficiente para que se sirviera de tiro y distribuyera bien el fuego.

En verano iba a la fábrica de hielo de don Fructuoso Sánchez. Con 20 céntimos compraba un buen trozo, que refrescaba a mediodía el agua y el vino de la comida. En las fiestas muy señaladas adquiríamos una barra entera de hielo, que troceada y mezclada con sal, se echaba alrededor de una lechera metida en un pozal o, ya posteriormente, en una garrapiñera manual, consiguiendo un excelente helado de mantecado o vainilla. También solía yo acompañar a mi abuela a la plaza Principal por la mañana, o a casa de los hortelanos por la tarde, para comprar borraja, arvejas, guisantes, habas, achicorias, alcachofas, cardos, tomates y las ricas variedades de pimientos, como son los del piquillo, morrones, cucones y del cristal, abundantes en los huertos. Antes de comer compraba cada día un cuarto de litro de vino en la cercana taberna de la *Tresorejas* y, de vez en cuando, vinagre para las ensaladas.

Mis amigos, hijos de labradores, llevaban en la parrilla de la bicicleta la comida de sus padres y hermanos, que no comían en casa porque estaban trabajando el campo o faenaban para otros.

Los *muetes* y las *muetas* de Peralta teníamos en el factor climático una variable importante que influía mucho en el modo de divertirnos. Existía toda una gama de posibilidades lúdicas, desde tirar bolazos de nieve y hacer muñecos en el patio de la escuela y en la plaza de los Curas, a montar en los trillos veraniegos de las eras para servir de eficaz peso en la función desgranadora, cuando aún se majaba así el cereal en las parvas. El trillo lo empleaban los pocos labradores que se resistían a la innovación de las trilladoras. Las galeras transportaban al pajar enormes cantidades de paja cubierta con grandes telas de saco. Pisar la paja en los pajares era también un divertido rito infantil.

En primavera recurriamos al juego del *marro* en el frontón de la plaza de los Fueros. Los niños, agrupados en dos equipos distintos, nos enfrentábamos separados por un espacio para efectuar las correrías de bando a bando, eludiendo la captura. Los que caían presos del equipo contrario, quedaban alineados esperando la mano redentora de alguien del propio equipo. El juego de *las bochas* o *pitones* llenaban nuestros ratos de ocio cuando llegaba el buen tiempo. Un pequeño agujero en el suelo concentraba todo nuestro interés, pues introducir en él la bola era el objetivo supremo de toda la partida, que constaba de cuatro fases: cantar *chiva* al primer golpe de tu bola con la contraria, lograr después hacer *pie* entre tu bola y la del adversario, desplazar bien lejos con un enérgico pitonazo o *tute* la bocha del contrario y, ya sin competencia, introducir la propia bola en el *guá*, ganando la partida. Para jugar al *triángulo* dibujábamos en la tierra esta figura geométrica, no más grande de un palmo, y colocábamos dentro del área los pitones o bolas que nos apostábamos cada uno. Había que sacarlos a base de pitonazos disparados desde fuera del triángulo. Ambos juegos eran la desesperación de las madres, ya que las rodillas y las alpargatas se llenaban de tierra, mientras los bolsillos de los pantalones se rompían con el peso de las bochas. Éstas eran de tres materiales distintos: de barro cocido, de vidrio y de acero. El tirachinas, al que también llamábamos tirabeque, era un entretenimiento de mayorcitos. Una pequeña horquilla de palo o de alambre trenzado con dos tiras de goma terminadas en una badana, atentaba lo mismo al vuelo del gorrión que a la integridad del cristal de cualquier ventana. En manos de un desaprensivo, el tirabeque resultaba temible para perros, gatos y hasta para viandantes descuidados. Haciendo bailar a la trompa, el trompo o la sirena, algunos chicos eran grandes expertos, mientras las chicas jugaban al diábolo. Todavía utilizábamos el aro rodando por las calles. Los había de varios materiales y tamaños según su procedencia. Los más comunes provenían de los pozales, baldes, cunachos, cubas y cubos desechados. Los cartoncitos de las cajas de cerillas nos servían de cromos para el juego y el intercambio. Solían retratar monumentos españoles, en los que no reparábamos. Colocados verticalmente en una pared a la altura de nuestras cabezas, los jugadores los dejábamos caer al suelo de manera alternativa, ganando el cartón que quedaba más cerca de la pared.

Peralta, que había contado antaño con dos trinquetes, como lo confirma el nombre de dos calles antiguas, no tenía frontón a pesar de la gran afición y tradición pelotari del pueblo. No obstante, los mozos jugaban formidables partidos de pelota en las modalidades de mano, paleta y canasta en la pared lateral de la iglesia, que recae a la plaza. Como el muro es de ladrillo macizo recubierto de cemento, los pelotazos resonaban secos en el interior del templo. Por eso estaban pintadas en el centro de esta pared estas palabras: "Se prohíbe jugar a pelota durante los sagrados Oficios". Los chicos

intentábamos emular a los mozos, pero como nuestras manos no aguantaban la dureza de las pelotas de cuero, jugábamos con paletas de madera y pelotas de goma maciza siempre que podíamos, porque aquello resultaba un verdadero lujo para las posibilidades económicas de la mayoría de nosotros. El suelo encementado de esta plaza-frontón nos servía también para realizar competiciones con los monopatines de fabricación propia. Como ruedas empleábamos los rodamientos desechados de los motores, colocados debajo de una pequeña plataforma de madera. Montar en bicicleta era también otro lujo inalcanzable para muchos, menos para los hijos de los labradores pudientes, que llevaban en ella la comida al campo.

Con la generalización de las sesiones de cine, y no vinieron al pueblo cómicos ambulantes, que durante décadas habían deleitado a las gentes al aire libre de las noches de verano, sentadas en sillas bajas de anea que cada uno llevaba de sus casas al lugar de las comedias. Con todo, seguía cultivándose el teatro en ocasiones especiales, dirigido por las jóvenes incansables y entusiastas María Valencia y Matilde Igartua. Recuerdo una representación infantil de *Blancanieves y los siete enanitos* en el salón del cine parroquial, sito entonces en el piso alto de las escuelas. Los enanitos íbamos vestidos con viejos pijamas de adulto, teñidos de variados colores y adaptados a nuestra talla. Cuando rara vez venía alguna compañía profesional, representaba su obra en el cine Azkoyen, que tenía un grandioso escenario. Un grupo pamplonés escenificó en una ocasión la Pasión del Señor con gran tramoya y efectos especiales de luz y sonido, que dieron a la obra visos de realidad. Trajo el cuadro escénico don Antonio Ona de Echave, antiguo párroco de Peralta y entonces párroco de san Lorenzo de Pamplona, antes de ser nombrado obispo de Lugo.

Los domingos por la tarde acudíamos al cine de los curas, a veinte céntimos la entrada si poseías el vale de haber asistido a la catequesis semanal. Nos entusiasaban los cortos de Charlot y los del Gordo y el Flaco porque nos producían ternura y risa a la par. El gran Charles Chaplin se grababa en nuestras pupilas mientras se alejaba de la pantalla dándonos la espalda al finalizar el corto, mientras su figura se iba empequeñeciendo como un punto en el infinito. Esta era la clase de cine que veíamos los chicos, ya que apenas teníamos acceso a las películas de las dos salas comerciales existentes: el veterano cine Azkoyen y el moderno cine Novedades. En aquellos años la censura eclesiástico-gubernativa era muy estricta, y las películas llegaban clasificadas por colores, según la catadura moral de las mismas, que iba desde el inofensivo color blanco, aptas para todos los públicos, al grana peligroso, pasando por los intermedios azul y rosa para jóvenes y adultos, respectivamente. Esta clasificación, fijada en el cancel de la parroquia, dejaba bien dilucidada la responsabilidad moral de la clientela cinéfila. La clasificación por colores se cambió pronto por otra numérica del 1 al 4, que graduaba progresivamente la moralidad del filme, estando la frontera de lo permitido en la clasificación 3-R, solo para "mayores con reparos". Eso de los reparos nos parecía a los niños algo misterioso y turbio. Cuando llegaba una cinta clasificada con el 1, trataba ordinariamente de tema religioso. Así vimos títulos como *El milagro de Fátima*, *La canción de Bernadette*, *La mies es mucha* y *Balarrasa*. Los domingos algunos chicos repartíamos desinteresadamente a domicilio, después de la misa mayor, la hoja semanal La Verdad. Durante el año acompañábamos a las monjas mendicantes que venían al pueblo a pedir por las casas o llevábamos el cesto a las Hermanitas del Asilo en su recorrido por las calles solicitando ayuda en especie para el mantenimiento de la casa, a la que también acudíamos para entretener a los ancianos, compartiendo con ellos nuestra contagiosa vitalidad.

5. Tebeos, cuentos y travesuras

Los tebeos llenaban muchos ratos de nuestro ocio infantil. Nos coleccionábamos las hazañas del Guerrero del Antifaz, mitad caballero enamorado y mitad cruzado, empeñado en la lucha contra el moro. Esperábamos con ansia las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrín, que, por 20 céntimos, salían en los sobres sorpresa junto a los almibarados tebeos de hadas, preferidos por las niñas. Algunos de mis coetáneos recordarán sin duda a Celia y Cuchiflitín, dos personajes de los libros de cuentos infantiles. Costaba cada uno alrededor de seis pesetas en el estanco de Cándida. Demasiado dinero para nuestros alcances. Yo los leía en casa de mis amigos José Félix y Francisco Javier, hijos del médico don Jesús Zaldo. Títulos como *Cuchiflitín y sus primos*, *Cuchiflitín el hermano de Celia*, *Cuchiflitín y Paquito*, *Celia y el colegio*, no se me olvidan. Nuestro personajillo era un niño resuelto, travieso y caprichoso; su hermana, en cambio, era su antípoda temperamental: formal, responsable y soñadora. Con los juegos anteriormente descritos y las historias de estos tebeos y cuentos, los chicos entreteníamos las largas horas extraescolares.

Conforme crecíamos, los estudios se encargaron de dispersar a los amigos. Los de familia con medios, una vez superado a los once años el examen de ingreso al bachillerato, se iban al colegio de los jesuitas de Tudela o a los maristas o escolapios de Pamplona. Otros optaban por el seminario. Su partida duraba nueve meses largos, separados trimestralmente por las vacaciones de Navidad y los fugaces días de la Semana Santa. Durante esos meses nuestra cuadrilla quedaba desparramada, pero la distancia agudizaba las ganas de estar juntos en vacaciones.

Un verano se nos ocurrió montar una tombolilla, imitando la instalada en el pueblo durante las fiestas con fines benéficos. Usamos de tapadera la causa de las misiones, pero al final a quien trajo provecho realmente fue a la economía de la pandilla. Recorrimos domicilios y comercios pidiendo objetos pequeños en buen estado que nos sirvieran como regalos. Preparamos manualmente los boletos de la rifa, que vendimos a un real. Julio Arpón, reportero y corresponsal de aquel entrañable diario que fue *El Pensamiento Navarro*, nos dedicó una reseña con fotografía incluida con el campanudo título de *Los tomboleros de la Santa Infancia*. La recaudación alcanzó las 280 pesetas; ¡un dineral a nuestro alcance! Con los nombres de Fernando, Julián, Juanito, Valentín, Carmelo, Francisco Javier y José Félix —o sea, los integrantes del grupo—, repetidos cuatro veces cada uno, se bautizaron en países lejanos a veintiocho niños. Al menos eso es lo que prometía la propaganda misionera de aquellos años, según la cual, con diez pesetas podías bautizar a un chinito, a o un negrito o a cualquier otro niño infiel.

Como los medios de difusión proporcionan fama, aquel artículo periodístico nos lanzó a nuevas experiencias benéfico-misionales con el apoyo de una catequista, Maria Luisa Zueco, quien nos entregó un cajón lleno de antiguos sellos usados de correos de España y sus colonias de Ultramar, limpios y empaquetados por series. Allí estaban al completo, y repetidas cientos de veces, las colecciones filatélicas de los reinados de Isabel II, Amadeo I, Alfonso XII, Alfonso XIII y las dos Repúblicas. Por lo visto, varios años antes alguien había iniciado una campaña de recogida de sellos con destino a las misiones, y ese legado venía a parar ahora a nuestras manos. Nos pusimos de inmediato a la tarea de confeccionar con ellos sobres-sorpresa, a diez céntimos cada uno, pero no cuajó la idea. Los chicos estaban más por las chapas y los cromos, y a los mayores no les decía nada la filatelia. Pegamos burdamente con maseta los diferentes valores en hojas de cuaderno e

hicimos una nueva oferta, pero tampoco dio resultado. Todo quedó en un desastre de buena voluntad. Cuántas veces me he acordado de aquel desaguisado cuando, ya adulto, no podía completar algunas series de mi colección de sellos, algunos de los cuales cuestan en el mercado filatélico cientos de euros.

Una travesura merecedora de oportuna corrección, pero que solo advirtieron quienes la sufrieron, la realizamos en la parroquia aprovechándonos de nuestra ventajosa situación de monaguillos. Si queríamos mortificar a alguna beata por su comportamiento con nosotros, o simplemente porque le teníamos manía, apretábamos con disimulo contra su garganta la bandeja de la comunión en el momento de sacar la lengua para comulgar, provocándole la oportuna angustia a causa de la presión que ejercíamos sobre su cuello. Por la cuenta que les traía, ninguna nos denunció a los curas, ya que temía de nuestra parte nuevas y más refinadas represalias.

Por san Martín, mediado casi el mes de noviembre y con los primeros fríos a la puerta, empezaba la matanza del *cuto* –cerdo en La Ribera–, que se prolongaba todo el mes. Aún la recuerdo en algunas calles del pueblo. Los *muetes*, camino de la escuela de buena mañana, nos deteníamos absortos frente al charcutero trajinar de los mayores. La gente sabe que la carne del cerdo no toma bien la sal si se sacrifica antes de estas fechas. Así que, por san Andrés, el 30 de noviembre, los jamones empezaban a acendrase mejor y alcanzaban de este modo el punto adecuado. A partir de entonces los portales de las casas olían a vino nuevo y a adobo, y entrábamos en el invierno guarecidos del frío con el rico mosto y la sangre caliente de las morcillas, amén de otros mondongos y condumios porcinos que aseguraban un buen yantar todo el invierno. Un gran caldero puesto a la lumbre en la misma calle concentraba nuestras miradas, al ver cómo se llenaba de ristras de morcillas. Si había confianza, pedíamos un trozo del embutido recién hecho. Y si insistíamos, nos daban también la vejiga una vez desembarazada de la manteca del cerdo, y que nosotros, faltos de balón, la hinchábamos con nuestros pulmones y hacíamos con ella una aerodinámica pelota que hacía nuestras delicias. Si la matanza del *cuto* pertenecía a algún familiar, enviaban a casa el *matapuerco*, consistente en una morcilla, un chorizo, un trozo de tocino y un poco del costillar, conocido popularmente como *untamorros*.

6. Fútbol y futbolistas

Es un hecho incuestionable que el fútbol ocupa el primer lugar entre las competiciones deportivas. La práctica de este deporte se pierde en la noche de los tiempos, si bien el que hoy practicamos nace en Inglaterra a principios del siglo XIV. El *hurling over country* es el verdadero principio del fútbol moderno. En aquellos tiempos se debieron librar ya verdaderas batallas jugando, porque el rey Eduardo II promulgó una ley prohibiéndolo. Mediado el siglo XVI, Enrique VI lo declaró delito lamentable, y el estadista Oliverio Cromwell abolió este juego un siglo más tarde. En la primera década del siglo XVIII, sin embargo, tuvo un despertar fulgurante, y comenzaron a surgir los primeros reglamentos. En la primera mitad del siglo XIX el fútbol se había extendido ya a los centros ingleses de enseñanza, y a finales de siglo ya estaba propagado prácticamente por toda Europa. Los primeros clubes hispanos datan de 1896, contándose entre los históricos el Athletic de Bilbao, el Barcelona F.C. y el R.C.D. Español.

El primer equipo balompédico peraltés empezó llamándose Atalaya ⁶. Corría el año 1920 y jugaba todavía sin federarse. Eran sus jugadores: Arturo Busto, Felipe Sorrosal, José Antonio Igartua, Joaquín Trigo, los hermanos Arricivita, José Osés, Antonio Moreno, Jacinto Sayés, Fermín Martínez, Juan González, Félix Casaus, Jesús López-Bailo, Daniel Delgado y los hermanos Díaz Santesteban. Como directivos actuaban: Anselmo Irigaray, Miguel Martínez, Dionisio Quel, Miguel Cenzano, Nicanor Echarte, José María Moreno y Vicente Sagardía. En 1927 pasó a denominarse Unión Ribereña, con futbolistas locales como Ruete, Ayerra, Asín, Velasco, Elícegui, López-Bailo, Osés, Arrechea, Torrens, Casaus e Irigaray, que tomaban parte, todavía sin federarse, en competiciones con los pueblos vecinos. Dos años después se denominaba Club Azkoyen, y sus jugadores fueron: Ezquerro, García, Olaiz, Asín, Osés, Sánchez, Arricivita, Elícegui, Modrego, Arrechea y Torres. Este equipo ganó el trofeo de su categoría, grupo C, contra la Peña Azagresa. En 1930 se formó otro equipo con el nombre El Avance, ya que por cuestiones económicas tuvo que abandonar el de Azkoyen. Para pagar deudas tuvo que desmontar hasta las maderas del campo de fútbol. De 1931 a 1934 aparece como C. D. Ribereño. Sus jugadores fueron: Julián Moreno, Marino Asín, Evaristo Hernández, Marino Carranza, Emilio Jericó, Juan Sánchez, Pepe Blanco, Jacinto Moreno, José Biurrun, Félix Barcos, Julio Navarro, Félix Alonso, Roque Osés, Antonio Calvo, Félix Echeverría, José María Echarte e Ignacio Velasco. A los cinco últimos se les llamaba "la delantera del mandil", por ser los más jóvenes de todos los tiempos del fútbol local. El presidente fue don Miguel Domínguez, muy ordenado y eficiente.

Durante los años de la Guerra Civil se dejó de jugar, pero en 1940 apareció de nuevo el equipo con la denominación definitiva de Club Deportivo Azkoyen. Lo componían: Julián Moreno, José Miguel López-Bailo, Paco Moreno, Rafael Moreno, Antonio Orduña, José Resano, Josemari Moreno, Félix Barcos, Roque Osés, Ángel Lezaun y Antonio Biu. El Azkoyen empezó a sonar, dejando el listón bien alto en los campos que visitaba, y en 1945 llegó a ascender a segunda regional, donde ya participó en competiciones federadas. Comenzó a fichar jugadores que no eran de la cantera local, como los azagreses Muro, Muñoz y San Gil, a los que pagaba 50 pesetas por partido. En esa temporada el Azkoyen llegó a la final de la liga como campeón, enfrentándose al Alda de Estella en el campo san Francisco de Tafalla, al que ganó por tres a dos. Los goles fueron de Resano, San Gil y Roque Osés. Automáticamente el Azkoyen ascendió a primera regional. En la temporada 1951-1952 fue igualmente campeón en esta categoría, y jugó la final contra la Peña Sport de Tafalla en el campo de san Juan del Osasuna de Pamplona, ganando por tres a uno. El Azkoyen hizo un excelente partido y el portero Felipe demostró su extraordinaria clase como guardameta.

El primer campo de fútbol peraltés estuvo ubicado en los terrenos que ocupan ahora las casas del patronato Francisco Franco, a continuación de las Casas Baratas. Estaba cerrado con frágiles tapias de cañizos enyesados. Cuando el Azkoyen iba a ascender a tercera división, en la temporada 1952-1953, se construyó el campo de Nuestra Señora de Nieva. En esta categoría duró siete años con triunfos y fracasos sonados. Un ejemplo de ello es la gran final de la Copa de España contra el Salamanca, en el Metropolitano de Madrid, que terminó con empate a dos tantos, marcados por Horacio. En la prórroga el *Azkoyen* perdió finalmente por cuatro goles a dos. Durante aquellos años, el entrenador –según cuentan, nunca ha habido otro mejor– era Santiago Rolán, quien consiguió que nuestro equipo se codease con los mejores de España en su categoría. Después el Azkoyen bajó a primera regional, dando una de cal y otra de arena, como todo el mundo sabe. Al bajar de categoría, la afición ya no respondió y disminuyó el número de socios.

Mientras ha estado en regional preferente, el Azkoyen ha quedado unas veces entre los primeros puestos de la tabla clasificatoria, y otros en los de la cola.

NOTAS:

1. Iribarren, J. M. *Batiburrillo navarro*, pág. 170.
2. Valencia Irigaray, María. *Peralta visto con humor*, 1993, pág. 68.
3. Archivo municipal de Peralta, actas de plenos, 1935.
4. Madoz escribía textualmente: “A media legua de distancia (del pueblo) mana la fuente llamada de san Silvestre, cuyas aguas, aunque no están analizadas, se usan con buen resultado para las obstrucciones del vientre”. No hay otra. Para surtido del vecindario se usa el río. *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. t. XII, Madrid, 1849, pág. 808 a-b.
5. AMP, cuentas de 1978.
6. Sanz, P. *La biblioteca de Peralta cumple 25 años*. Diario de Navarra, viernes 21 de abril de 1995, pág. 50. – Pueyo, Silvia. *La bibliotecaria Asunción Velasco recibió un homenaje*. Diario de Noticias, lunes 24 de abril de 1995.
7. Castillo Irigalba, P. J. *El fútbol en Peralta desde sus comienzos a la actualidad*. Programa de fiestas, 1974.



10. Las desaparecidas escuelas nacionales de Peralta.



11. Equipos del club deportivo Azkoyen en 1940 y 1960, respectivamente.

CAPÍTULO XI: ACONTECIMIENTOS PARROQUIALES

1. Tres grandes misiones

La primera gran misión parroquial se celebró en 1946. Un acontecimiento que quedó bien grabado en el recuerdo de todos, porque nada tenía que ver con las habituales prácticas religiosas de Peralta hechas hasta entonces. Se realizó entre el 28 de octubre y el 10 de noviembre. Hacía muchos años que en la parroquia no se llevaba a cabo una actividad pastoral de esta envergadura. Como los resultados espirituales, a juicio del clero peraltés, no eran del todo satisfactorios, decidieron la celebración de este magno acontecimiento popular. Con la misión se buscaba dar un aldabonazo a las conciencias aletargadas de muchos cristianos. La preparación fue concienzuda, tanto en el orden material como en el espiritual. Se rezó todos los días una oración con este fin después de la misa y el rosario. Varias comunidades religiosas interesaron sus plegarias por el éxito de la misión peraltesa. El párroco dirigió una carta personal a todos los cabeza de familia invitándoles a asistir a los actos.

Se pensó enseguida en la necesidad de un potente equipo de megafonía que llevase hasta los últimos rincones del pueblo la palabra de los padres misioneros. Fue instalado por Radio Frías de Pamplona, que colocó cuatro altavoces en el interior de la iglesia parroquial y dos dentro de la del hospital. Por las calles se repartieron ocho altavoces más: cuatro sobre el tejado de la iglesia, orientados en todas direcciones, dos sobre el convento, uno dirigido hacia la calle de Irurzun y el paseo del Arga, y el último encima de los graneros de Boneta, mirando hacia el puente. Desde puntos bien alejados del casco urbano, como la Granja, el Raso y San Silvestre, podían oírse los sermones.

El domingo 27 de octubre, fiesta de Cristo Rey, se hizo el pregón oficial con estos actos: *Angelus* cantado a las 12 horas solares ¹, mientras sonaban las campanas de la torre; invitación de los niños, por boca de Sonia López Balduz, a participar en los actos religiosos; audición de discos de música religiosa; llamamiento a los jóvenes por Vicente Castillo Barcos; alocución dirigida a los adultos por José María Echarte; palabras del párroco Carmelo Velasco a sus feligreses y, finalmente, el canto del *Christus vincit* por el coro de jóvenes. El resultado fue magnífico, pues creció extraordinariamente el interés por la misión.

Llegado el día, los padres Pedro Langarica y Fabriciano Otero, sacerdotes de la Congregación de la Misión –llamados popularmente Paúles, en recuerdo de san Vicente de Paúl, su fundador–, se acercaron al puente a la hora convenida, las siete de la tarde. Junto al cuartel de la Guardia Civil, con el clero y las autoridades a la cabeza, se hallaba congregado un inmenso gentío. Los misioneros descendieron del automóvil entre volteo de campanas, y besaron arrodillados el crucifijo que les ofrecía el párroco. Después de las mutuas presentaciones, se emprendió la marcha a la iglesia parroquial atravesando el paseo y las calles Irurzun y Dabán, entonando cánticos penitenciales. Ya en el interior del templo, se cantó el *Veni Creator Spiritus* ², y subió al púlpito el padre Langarica, director de la misión, para presentar el plan de cada día.

El 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos, los jóvenes recorrieron de noche las calles entonando canciones religiosas. Por la tarde del día 3 se celebró solemne vía crucis. Los balcones se hallaban muy engalanados para esta ocasión. Diseminados por el largo itinerario, se colocaron los catorce cuadros en relieve de las cruces de la parroquia.

En cada estación los misioneros y otros sacerdotes predicaron durante tres o cuatro minutos. El jueves por la noche hubo un acto penitencial para los hombres. Se colocó en el presbiterio el gran crucifijo con dosel que se venera a la entrada de la iglesia. Iluminado solo con luces indirectas, el padre Langarica rezó una sentidísima oración. Para terminar, los 800 asistentes besaron los pies del crucificado. A la salida, un nutrido grupo de vecinos de Falces sorprendió a todos cantando por las calles tonadas religiosas.

El viernes y el sábado siguientes fueron sobre todo jornadas de confesión. Vinieron refuerzos sacerdotales de los pueblos limítrofes y frailes agustinos de Marcilla. En estos días los mozos levantaron en la plaza Principal una amplia escalinata que daba acceso a un altar presidido por la gigantesca imagen de Jesús Crucificado. Las mozas no quisieron ser menos y alzaron un dosel en el extremo opuesto de la plaza, colocando en él a la Inmaculada. Todo el recinto quedó orlado de guirnaldas sobre postes floridos. El domingo, los balcones y las ventanas del pueblo amanecieron engalanados como en los días de fiesta mayor. Antes de romper las primeras luces, centenares de pechos entonaron por las calles una aurora como era costumbre. Fue tal el fervor con que cantaron los *auroros* que no sintieron la despacible temperatura de la calle. El volteo incesante de campanas, la campanilla manual de la aurora, algunos chupinazos ensordecedores y las voces vibrantes de hombres, mujeres y jóvenes despertaron y pusieron en pie a los más perezosos y a no pocos indecisos.

El matinal rosario de ese día por las calles fue apoteósico, como nunca se había oído. Después, las misas y las comuniones; tres mil personas de todas las edades se acercaron al comulgatorio. A continuación, la masiva procesión del viático a treinta enfermos por tres itinerarios distintos: uno desde la iglesia del hospital y dos desde la parroquia. Por la tarde, otra procesión eucarística hasta los monumentos instalados en la plaza. Y allí el juramento de todo el pueblo. La autoridad local prometió en nombre de todos respetar y defender el santo nombre de Dios, santificar el día del Señor y recibir dignamente los sacramentos. La celebración fue acompañada de un recital de poesías alusivas a los buenos propósitos emprendidos. De regreso, en un templo sin bancos y con las luces apagadas, los mozos formaron una inmensa cruz en la nave ocupando la nave y el crucero. Llevaban velas encendidas, y con ellas levantadas recibieron la bendición del Santísimo.

Además de los actos multitudinarios, hubo otros encuentros diferenciados: hombres y mujeres, solteros y casados, niños y niñas; unas veces en la iglesia parroquial y otras en la del convento. La despedida fue el martes día 12 a las siete de la mañana en san Juan Evangelista. Hubo palabras de gratitud y abrazos de fraternidad. El adiós se realizó entre cantos y sollozos entrecortados. En el puente resonaron los últimos vivos de entusiasmo, mientras los misioneros tomaban el automóvil de regreso ³.

En la primavera de 1956, a los diez años de la anterior gran misión se tomó la determinación de repetir la experiencia. Se celebró concretamente del lunes 15 al lunes 29 de octubre. Se preparó espiritual y materialmente como la vez anterior. Fueron colocados de nuevo potentes altavoces en el interior de la iglesia, en el Campanar, en el tejado del hospital, en las esquinas de las plazas, en la carretera de Irurzun y en la calle del Río. Al anochecer del domingo 15 de octubre, el pueblo se congregó en la iglesia parroquial y en las calles adyacentes. Se llevó en procesión la Virgen de Nieva hasta el puente para recibir a los misioneros ⁴. La comitiva se dirigió a la plaza Principal, y desde

el balcón del nuevo ayuntamiento, el párroco, a la sazón Santiago Pérez Goyeneche, invitó al pueblo a aprovecharse de los bienes espirituales que proporcionaría la misión.

Las dos iglesias fueron simultáneamente centros misionales. Por la mañana, rosario de la aurora y misa con sermón; por la noche, conferencias. Hubo de nuevo actividades diferenciadas para niños, jóvenes y adultos. A mitad de quincena, se rezó un solemne vía crucis a las 8 de la tarde, empezando simultáneamente en las dos iglesias y reuniéndose después en la plaza Principal, coincidiendo con la estación duodécima, y así solemnizar las tres estaciones últimas. Durante la segunda semana se atendió de forma especial a la confesión sacramental, para culminar el 28 de octubre, fiesta de Cristo Rey, con un día eminentemente eucarístico: masivas comuniones por la mañana y acto de consagración general al Corazón de Jesús por la tarde. Tras una oración por todos los difuntos de la parroquia, se despidieron los misioneros el lunes 29. El 80 % de los peralteses habían participado en las jornadas. Sin embargo, la colecta que se hizo para sufragar gastos ni siquiera cubrió la factura del alquiler de la megafonía ⁵.

En 1966, a los diez años de la anterior, y haciéndola coincidir con la Cuaresma, se celebró la tercera misión popular, siendo párroco Rafael Erro. Esta vez fue encomendada a los padres capuchinos de Pamplona ⁶. Comenzó el día 17 de febrero con el recibimiento de los misioneros a las 8 de la noche en la plaza Principal. Cada sector del pueblo se dirigió a una de las dos iglesias más cercanas. Hubo actos generales, otros específicos y conferencias para niños, jóvenes y mayores. El cambio de los tiempos empezaba ya a sentirse. Del censo total dejaron de acudir a esta llamada unas 600 personas, sin contar naturalmente los niños pequeños y unos 400 más entre enfermos, ancianos, sus cuidadores, así como los ausentes del pueblo por motivos de trabajo y estudio. Se dieron grandes facilidades para la asistencia, además de una invitación personal a cada cabeza de familia. En cambio, esta vez la colecta sí pudo cubrir los gastos ocasionados ⁷.

2. Los curas de mi infancia

Traigo a continuación, en reseña biográfica, un elenco de sacerdotes que estuvieron muy cerca de mi pequeña persona en mis nueve años de niñez en Peralta.

Don Eusebio Balduz García. A este sacerdote lo conocí en los últimos años de su vida siendo párroco de El Salvador de Pamplona. Venía a Peralta en las vacaciones de verano. Era su coadjutor Fermín Martínez. Ambos peralteses, pertenecían a una abundante generación de curas que dejó un buen recuerdo pastoral. La delgada figura de don Eusebio era la de un asceta. De cabeza rapada y cuerpo inclinado ligeramente hacia delante. Le gustaba celebrar en el altar mayor, a los pies de la Virgen, aunque tuviese que esperar turno y hora. Los monaguillos nos peleábamos por ayudarle a misa. Nos gustaba tratarle y contestar a sus cariñosas preguntas sobre la familia y nuestro futuro. De sus labios me enteré que la Virgen de Nieva era una advocación segoviana, y que con Peralta compartían su patronazgo varios pueblos navarros, entre otros Valtierra, de donde él había sido párroco durante más de veinte años.

Nació el 5 de marzo de 1881 y murió en Peralta lleno de virtudes el 7 de abril de 1953 a los 72 años de edad. Había estudiado en el seminario de Pamplona y en la Universidad de Comillas, donde se licenció en Teología. Tras cantar su primera misa,

regentó durante dos años la parroquia de Aoiz, y en 1911 ganó por concurso la de Valtierra, pueblo del que, al marcharse a Pamplona, fue nombrado hijo predilecto. Su vida fue testimonio de fe y oración, entregado por completo a sus feligreses. Cuando al final de sus días cayó enfermo, vino a convalecer al hogar de su prima María García, casada con Francisco Villanueva, secretario del ayuntamiento de Peralta. María adoraba a su primo sacerdote y le colmó de cuidados y atenciones. Como el estado de salud le impedía a don Eusebio acudir a la iglesia y celebrar misa, durante su larga enfermedad recibía diariamente la comunión en la cama de manos del párroco Santiago Pérez, quien le hacía además otras muchas visitas. En una de ellas murió don Eusebio. Se le hizo solemne funeral, oficiado por el vicario general de la diócesis, Antonio Ona de Echave, cuando ya había sido preconizado obispo de Lugo. Asistieron la mayoría de sus paisanos, una nutrida representación de la parroquia de El Salvador de Pamplona y buen número de sus antiguos feligreses de Valtierra ⁸. A su prima María García, que le cuidó con solicitud, y a su marido Francisco Villanueva, también les visitó la enfermedad a los pocos años, probándoles largamente hasta la muerte.

Don Andrés Troyas Osés. Nació en Peralta, y después de estudiar doce años en el seminario de Pamplona, fue ordenado sacerdote en 1916. Como la mayoría de los seminaristas peraltenses, realizó toda la carrera sacerdotal gracias a una beca de Juan Bautista de Irurzun, de quien hemos dado cumplida noticia en el volumen primero de esta historia. Durante bastante tiempo, Andrés Troyas desempeñó el cargo de coadjutor en Sesma y después pasó un año en Falces; pero fue en Peralta donde ejerció el ministerio sacerdotal como coadjutor con varios párrocos sucesivos.

Era de carácter magnánimo, abierto y socarrón. Todo el mundo se entendía bien con él. Su trato cordial y su liberalidad salvaban a los monaguillos de las exigencias de los otros curas, más severos. Era de constitución física delicada y nerviosa. Buen sochantre, cantaba con gusto el gregoriano, aunque con voz algo cascada por lo mucho que fumaba. Enseñaba el catecismo en las escuelas y en la iglesia, sirviéndose siempre de populares narraciones moralizantes, al estilo de las parábolas evangélicas. Su sencilla predicación llegaba al corazón de la gente. También se dedicaba a visitar y atender asiduamente las necesidades corporales y espirituales de los enfermos. Comprendía muy bien las travesuras de los niños, de los que, a veces, se sentía cómplice. Con frecuencia su negro bonete de cuatro puntas aterrizaba cariñosamente en la cabeza de los críos de la catequesis propinando “cocas” nada dolorosas.

Su fina ironía mereció figurar en un libro de tipismos navarros que recoge la siguiente anécdota, reveladora de que el coadjutor Troyas recibía de sus paisanos el mismo trato desenvuelto y alegre que él les daba: *Un jornalero peraltés se construyó a golpes de pico una cueva-vivienda en el término de Royuela. Una tarde, cuando volvía al pueblo después de haber depositado en el agujero del monte su pobre ajuar doméstico, se cruzó con el cura don Andrés Troyas.*

—¿Qué? ¿De poner la casa? —le preguntó el coadjutor.

—Sí, señor; ahura acabamos de colocar el piano de cola ⁹.

Muchas tardes bajaba con la caña de pescar hasta los tajamares del puente y se situaba entre dos arcos esperando pacientemente que picasen los barbos o las madrillas. El 13 de abril de 1955 cambió de feligresía, marchando, tras larga enfermedad y sin hacer ruido,

con los peraltes del cielo. En la comitiva del entierro faltó su voz cascada cantando las propias exequias. Dejó un buen ejemplo de sencillez, austeridad y constancia. Porque le debo tantas cosas que él y yo sabemos, porque nos quería a los *muetes* y se dejaba querer por nosotros, porque era un sacerdote al servicio constante de todos, le dediqué este breve poemilla cuando me enteré de su muerte.

Cura y pescador

Ya no serás pescador,
caro amigo don Andrés,
junto al río de Peralta
hacia el cárdeno crepúsculo,
cuando el viento airado calla
y se inicia hacia levante
nítida languidez malva
tiñendo las tamarices...

Duerme su siesta la tarde,
cuando el dolor comunica
a mis dormidos sentidos
tu ignota y breve agonía
en éxtasis merecido
de secular gregoriano,
que es salmodia cadenciosa
en tu propia despedida...

Fugaz adiós es el tuyo
en una inicial primavera
y nevadas invernales
sobre las aguas del Arga.
Barbo de escamas de plata
nadas tú ya para siempre
en ríos de profundas aguas
y blancas olas de nácar...

Don Juan Antonio Marzal Irisarri. Le llamábamos simplemente don Juan. Este sacerdote tenía la apariencia de hombre poco comunicativo, incluso huraño, impresión que desaparecía nada más empezar a tratarlo. Era poco expresivo, pero siempre correcto, paciente y, sobre todo, comprensivo. Nació en Peralta en 1897. Después de estudiar doce años latín, filosofía y teología en el seminario de Pamplona, fue ordenado presbítero en 1921. Tras varios años de ministerio por los pueblos de Val de Goñi, le nombraron coadjutor del suyo. Tuvo una gran disposición natural para la mecánica y la electricidad. Sus antiguos feligreses de La Cuenca recordarán siempre cómo les reparaba las primeras máquinas segadoras que nadie entendía. Cuando instalaron en la parroquia de Peralta el primer equipo de megafonía, gracias a la pericia del coadjutor, los fieles se libraban de los constantes ruidos y molestos silbidos que producía durante las celebraciones litúrgicas. Los domingos por la tarde se encargaba de proyectar las dos sesiones del cine parroquial sito en el piso alto de las escuelas. Fue él quien trajo al pueblo las primeras películas sonoras.

Terminada la sesión cinematográfica de los niños, acudía con paso ligero a cantar las Vísperas dominicales y a dirigir el rezo del rosario. Después volvía a la sala de cine para la sesión de los adultos. En ocasiones, ponía la mano delante del objetivo del proyector tapando alguna escena que consideraba inadecuada. En su confesonario esperaban siempre turno largas filas de muchachos. Y no solo por las leves penitencias que imponía, sino por su palabra breve y acertada en cada caso. Durante muchos años presidió la reunión semanal de los doce caballeros de la Conferencia de san Vicente de Paúl, que se celebraba todos los domingos después de la misa mayor en las dependencias del segundo piso del Círculo Católico. A través de ella se atendía a los hombres más necesitados, sobre todo enfermos. Como fuente de ingresos esta conferencia contaba con donativos voluntarios, más las cuotas de los socios y una pequeña asignación del ayuntamiento. Don Juan fue su último consiliario. Poco a poco se fue apagando esta institución benéfica, sobre todo cuando sus objetivos fueron asumidos por el Secretariado de Caridad y por Cáritas, que se hicieron cargo de la asistencia humanitaria del pueblo en su conjunto ¹⁰.

Don Juan fue siempre muy metódico en su trabajo. Por las mañanas, después del servicio litúrgico, actualizaba los libros del registro parroquial, y por las tardes le gustaba trabajar en el huerto familiar cercano al pueblo. A los 70 años de edad se jubiló de las actividades pastorales, pero siguió celebrando la misa las 9 de la mañana. Vivió con tranquilidad y espíritu de servicio entre su pueblo, sin hacerse notar. Cuando supe su muerte, hace ya muchos años, le dediqué este poema.

Cura y mecánico

Sacerdote y hombre bueno,
en la vida silencioso,
tu ministerio cumplías,
postergado y voluntario.
Siempre estabas colocado
en el último lugar
haciendo lo secundario
sin protagonismos vacuos.
Escribir sobre tu vida,
poemizar tus acciones,
es intentar que mi pluma
rasgue los surcos del viento.

Lograste lo más difícil:
que pensaran los demás
que tu trabajo era inútil.
Gustaba el verte llegar
sudoroso de tu huerto,
proyectar cine sonoro
entre angelical y humano...,
Y no dudé ni un momento
al llegar mi adolescencia,
confiar a tu cuidado
de ascético y de hortelano.
el cultivo de mi alma.

Don José Castillo Delgado. Nació en Peralta en 1905. Fue ordenado sacerdote en 1929, después de estudiar en el seminario de Pamplona y en la Universidad Pontificia de Zaragoza gracias a la fundación Becas de Peralta. Yo lo conocí como párroco de Ujué y después de Lodosa. Venía con frecuencia a su pueblo, donde vivía su madre y demás familiares. Fue grandón de cuerpo, cordial y campechano, como las gentes de La Ribera, a las que dedicó su labor pastoral. Cuando llegaban a Ujué en peregrinación sus paisanos peralteses, les daba cobijo en su casa-abadía y les mostraba con sumo respeto el corazón momificado de Carlos II el Malo.

Don José Boneta Osés. Este benemérito sacerdote, de conocida familia peraltesa, pasó con los suyos los últimos años de vida. Había sido cura ecónomo de Mendivil. Alternaba una merecida jubilación con el culto de la iglesia del convento y al confesonario de la parroquia. Se hizo proverbial su prodigiosa memoria. Era siempre muy cariñoso con los chicos. Cuando le veíamos por la calle, acudíamos a besarle la mano con el tradicional *Ave María purísima*, dicho de la carrerilla.

Don José Ciordia Otazu. Nació en Peralta hacia 1912. En 1936 cantó aquí su primera misa, pocos días antes de iniciarse la sublevación militar origen de la Guerra Civil. Ejerció el sacerdocio como párroco en Arguiñáriz. Siempre que podía venía a Peralta, donde vivía su familia. A su hermana Beatriz, que pertenecía al instituto secular de la Alianza de Jesús por María, la recuerdo como una excepcional profesional de la enseñanza. Don José nunca faltaba a la fiesta grande de la Virgen de Nieva, acompañando a la patrona en la procesión. Era bondadoso y callado. Durante muchos años desempeñó la capellanía de san Miguel, ayudando también en la iglesia parroquial. Quizá por su sordera parecía algo despistado. Recuerdo que le gustaba pasear por las calles del pueblo ataviado con el traje talar de los clérigos al completo: sotana, mateo y teja.

Otros dos sacerdotes no peralteses, sino pamplonicas, tuvieron conmigo una relación extraordinaria. El primero fue don **José María Herrero**, que estuvo encargado de la pastoral de los niños durante poco más de un año. El segundo, don **Francisco Javier Alfonso**, se hizo cargo de la juventud, y muy especialmente de la creación del centro parroquial. Don José María vino a Peralta como coadjutor organista, pero al ver la profesionalidad y buen oficio de don Vicente Martínez, no quiso suplantarle. Me trajo de su casa un equipo infantil completo de ornamentos y objetos litúrgicos, con el que él mismo jugaba de niño a ser cura. Con ellos pasé muy buenos ratos con mis amigos Félix Zarraluqui y José Antonio Sayés, que también llegaron a ser sacerdotes. A don Javier, además de sus muchas obligaciones pastorales, el párroco don Carmelo le encomendó que se encargara por las mañanas de prepararme para el examen de ingreso de bachillerato. Para recibir sus clases acudía yo a casa de Jacinto Sayés y Rosalía Bermejo, donde estaba hospedado. A ambos sacerdotes, ya muertos, mi profundo agradecimiento.

3. Mi amigo Félix Zarraluqui

Félix y yo compartimos juegos en nuestra infancia e ideales en la adolescencia, pero en la juventud tomamos direcciones distintas. No obstante, siempre mantuvimos un mutuo afecto a lo largo de los años y las distancias. Cuando me comunicaron que una insuficiencia vascular imprevisible y repentina había terminado con sus días a los

cincuenta años de edad, me quedé anonadado. Todavía hoy tiemblo de emoción al pergeñar esta pequeña semblanza, que hubiese preferido no tener que escribirla.

En su amplio domicilio peraltés de casa Echarte del segundo piso que daba a una huerta orientada a mediodía, la luz entraba a raudales. Aquí nació en 1943 Félix Francisco Javier, como reza su nombre de pila completo, y aquí transcurrió felizmente su niñez. Entró en el seminario de Pamplona cuando contaba once años, después de superar con brillantez el examen de ingreso y el cursillo veraniego de selección. Su casa fue la mía, y también su infancia. Su madre, la entrañable doña Josefa Ovejas, tutelaba a distancia nuestros juegos. Félix y yo compartíamos el parchís con su padre y su hermano en algunas tardes de invierno. Pero sobre todo nos dedicábamos a montar altarcitos y jugar a decir misa, que era lo que vivíamos en la parroquia como monaguillos.

El recuerdo de un sacerdote tío de su madre –que ejerció su ministerio durante muchos años en Peralta y a quien Félix no conoció–, don Juan Cruz Ovejas, natural de Cornago, en La Rioja, junto con el ambiente religioso que respiraba en casa, determinaron la vocación de Félix.

Fue ordenado presbítero el 25 de junio de 1967 a los 24 años de edad y celebró su primera misa el día 29 del mismo mes, festividad de san Pedro, fecha reservada anualmente en Peralta para los misacantanos. De madrugada se entonó la aurora del santo apóstol con alusiones al nuevo sacerdote. Además de la familia y los amigos, estuvo acompañado por los cofrades de san Pedro con caballos y ramos de flores. Su primer destino pastoral fue Azagra. Después estuvo una larga temporada como formador y profesor en el colegio-seminario menor de Pamplona. Le sorprendió la muerte repentina en 1993, cuando formaba parte del equipo sacerdotal de la parroquia de El Salvador del barrio de la Rochapea de Pamplona. La última vez que vi a Félix fue en Peralta, una fría tarde de enero de 1988, cinco años antes de su muerte. Concelebraba con otros sacerdotes la misa funeral por mi tía Guadalupe Velasco. Agradecí su gesto, como así se lo dije en el abrazo que nos dimos después del duelo, tras varios años sin vernos. Las huellas de la vida, impresas en nuestros rostros, ya habían borrado los rasgos juveniles con que nos recordábamos.

Al poco tiempo del entierro de Félix, pude visitar a su madre en una residencia geriátrica de Pamplona. Hablamos largamente de la muerte en un clima de serena aceptación. Me impresionó oírle decir que pedía a Dios dispusiera el llamarla pronto para estar con su esposo y su hijo Félix, como si se alegrara de que este se hubiera muerto antes que ella, porque así le recibiría en la otra vida.

Félix Zarraluqui

No he salido de mi estado
de total anonadamiento;
no he salido, no he podido...
Transcurren días y días,
pasan lentos los meses
y los años de tu deceso,
diecisiete ya transcurridos,
y sigo igual, igual de mal,
pensando que no fue real
tu partida inesperada.

Mantengo con mis lágrimas
la tinta fresca de una misiva:
tu última carta de amigo:
me contabas con detalle
tus afanes apostólicos,
tu trabajo en la parroquia,
tus avatares por las almas.
¿Radicó en estos afanes
el desgaste prematuro
de tus venas y arterias?

Me consta que guardaste
intacta la inocencia,
tras cincuenta años de vida
y veintiséis de sacerdocio...
Cuando, de niños, me hacías
tantas preguntas bobas,
tapándome los ojos
e invitándome a adivinar
la forma de las nubes
que nos sobrevolaban.

O el vuelo de las cigüeñas
en la plaza de los Curas
por encima de los tejados.
Tenían tus demandas
un halo de tierno candor
que ya nunca perdiste.
Tu ingenuidad de niño
se emparejó muy bien
con tu larga experiencia
de persona ponderada.

Dios toma y deja al hombre
cuando quiere y como desea.
Tu llamada, amigo Félix,
para marchar a su morada,
me retrotrae al recuerdo
de las palabras de tu madre,
porque sé que saldrás,
al encuentro de tu amigo,
cuando al cielo, donde estás,
llegue junto a ti mi alma.

4. El centro de Acción Católica

La historia de la creación del centro de Acción Católica de Peralta comienza el 29 de junio de 1946. Ese día se celebraba por vez primera la solemnidad externa del Corazón de Jesús. Por la tarde, después de la procesión, llegó al pueblo el señor obispo, don Enrique

Delgado Gómez. Se esperaba su entrada por el puente, como en otras ocasiones, pero lo hizo por la carretera de Andosilla, procedente de Lerín. Traía dos objetivos: imponer la insignia de Acción Católica a un pequeño grupo de mujeres y preparar materialmente la escritura de donación a la parroquia de dos casas, señaladas con los números 33 y 35-37 de la calle Dabán. En el despacho parroquial, el obispo firmó la aceptación del legado de dichas casas por testamento de Florencia Marquina, de las que el párroco le hacía entrega en calidad de albacea testamentario ¹¹. Posteriormente, el 11 de agosto, el obispo firmó en Funes otra escritura por la que dichas casas contiguas las entregaba a la parroquia de Peralta ¹², y se determinó erigir en ellas un centro parroquial para dar mayor impulso al apostolado en medio de la villa.

En 1949 se envió a cada familia una circular rogando indicara el donativo que pensaba hacer con este fin, y así poder valorar las posibilidades económicas para la ejecución del proyecto ¹³. La recaudación alcanzó la cifra de 45.000 pesetas. El ayuntamiento aportó otras 5.000 pesetas. Parece ser que algunos componentes de la junta de Veintena que aprobó dicha aportación temían que la construcción del centro pudiera lesionar sus intereses personales. Abierto concurso público para la adjudicación de la obra, solo se presentó el constructor Hilario Barcos, a quien se le adjudicó. En 1952 estaban muy adelantados los trabajos de adaptación de las dos viviendas. En la fiesta de Cristo Rey los hombres de Acción Católica lanzaron la consigna de que al año siguiente, en esa misma festividad, había que ofrendar este regalo a la parroquia. A partir de esa fecha la gente se interesó más por la idea, y vinieron otras colectas. La primera, el día de la Virgen de Nieva, en la que se recaudaron 15.000 pesetas.

La fase inicial quedó completa en la fecha programada, pero enseguida se vio la necesidad de ampliar el proyecto, pues las demandas pastorales requerían nuevos espacios. Además, una parte de las casas corría peligro de derrumbamiento. La junta parroquial encargó al arquitecto Fernando Nagore un presupuesto de reforma y ampliación, que incluía un salón de actos que ocuparía lo que hasta entonces era patio abierto ¹⁴. Se encargó el proyecto a Félix García y a Julio Suescun conjuntamente, porque se ofrecieron a no cobrar el tanto por ciento correspondiente del beneficio industrial y a dar facilidades de pago. Al final lo hizo solo el segundo. Se abrió una suscripción y se aceptaron prestaciones de trabajo. Varios feligreses prestaron 25.000 pesetas cada uno al 4,5 % de interés, comprometiéndose la parroquia a devolver anualmente por sorteo uno o más préstamos ¹⁵. El ayuntamiento ofreció pagar durante diez años 5.000 pesetas anuales. Se hicieron gestiones en la dirección general de la Vivienda y en el gobierno civil para recabar alguna subvención, pero fue muy poco lo que se obtuvo. El alma de las obras y el celador asiduo de todos los detalles fue Francisco Javier Alfonso y Ruiz de Galarreta, coadjutor y consiliario de la juventud peraltesa.

Todo el mundo aportó su granito de arena. En noviembre de ese año tuvo lugar en Bilbao y en toda la comarca del Nervión una misión general. A ella acudió como misionero el párroco de Peralta, Santiago Pérez, tocándole una parroquia de Sestao. Con ese motivo conoció a algunos directivos de Altos Hornos, a través de los cuales pudo conseguir en esas fundiciones una viga de hierro, difícil de obtener en aquellos años, destinada al palco del salón de actos del centro parroquial.

En la primera semana de diciembre de 1955 se inauguró la obra nueva con la presencia del vicario general, Antonio Ona de Echave, antiguo párroco de Peralta, quien bendijo los nuevos locales. Fue una gran velada, en la que no faltaron los saludos, los discursos,

las jotas y hasta una demostración de *ballet* muy bien interpretada por las jóvenes del centro parroquial. Asistieron también el presidente de la junta diocesana de Acción Católica, Jesús Iribarren, y otros directivos. Se explicó la finalidad que el centro perseguía y se aprovechó para recabar la ayuda económica necesaria para terminar de pagarlo. Las dependencias empezaron a dar de sí todo el juego para el que habían sido concebidas: conferencias, catequesis, cursillos prematrimoniales, concentraciones y convivencias pastorales, reuniones a todos los niveles, círculos de estudio, biblioteca, concursos de villancicos, lugar de reunión para jóvenes y de juego para chicos... El 27 de diciembre de 1956 Santos Beguiristáin pronunciaba una conferencia con la amenidad que le caracterizaba sobre el tema *Navidad y Apostolado*.

Con la obra ya completamente terminada y en pleno funcionamiento, el 4 de junio de 1957 se despedía de Peralta don Javier Alfonso. Dio una charla de agradecimiento con consignas para que el centro siguiera rindiendo frutos abundantes. En honor a la verdad y a la justicia hay que reconocer que sin su dedicación y empeño hoy no existiría en Peralta este centro parroquial o, por lo menos, unas instalaciones tan completas. Si don Javier trabajó fuerte en la fase de constitución material, no lo hizo menos en la de su organización posterior, dándole contenidos apostólicos y una vida pujante. El día 5 marchaba a la parroquia de Cristo Rey de Pamplona, quedando para siempre unido su recuerdo al centro de Acción Católica.

En 1969 se habilitaron locales en la planta baja para que los preadolescentes, en las tardes de los días festivos, disfrutaran de algunos juegos y vieran la televisión. Ese mismo año la organización diocesana de Apostolado Rural, movimiento dentro de la Acción Católica, se fijó en Peralta para hacer el lanzamiento de la campaña del curso, contando con las instalaciones del centro. El 9 de noviembre presidió las reuniones el cardenal Tabera, arzobispo de Pamplona, a las que asistieron hombres y mujeres de diversos pueblos de La Ribera.

El 8 de diciembre de 1960 el centro parroquial festejó sus bodas de plata. La celebración duró varios días con actos diversos, entre ellos una conferencia del antiguo coadjutor don Javier Alfonso. El domingo 14, después de la misa solemne, se cerraron los festejos con un concierto en el salón de actos a cargo del coro *Voces graves* de Pamplona, que fue muy elogiado por los asistentes ¹⁶. El centro ha servido desde su fundación para realizar multitud de actividades apostólicas y culturales. En diciembre de 1989 se inauguró un nuevo cine-teatro, sustituyendo al anterior salón de actos, que se había quedado obsoleto.

5. Actuaciones religiosas de 1945 a 1960

El 31 de diciembre de 1945 renunció a la parroquia por enfermedad Fernando Lipúzcoa y Urriza, que se había hecho cargo de ella en 1941. Con él estuvieron de coadjutores Antonio García, Andrés Troyas, Juan Marzal y Carmelo Velasco, todos ellos naturales de Peralta. Don Antonio murió al poco tiempo y don Carmelo fue nombrado sucesivamente regente y ecónomo. Quedaron vacantes dos coadjutorías.

El congreso eucarístico de La Ribera se celebró en Olite del 29 de abril al 5 de mayo de 1946. Peralta asistió todos los días con una representación escasa debido a la escasez de

vehículos y a lo caro que resultaba viajar en ferrocarril. Algunos peraltenses tuvieron en el congreso una actuación destacada. El párroco don Carmelo y el médico Jesús Zaldo pronunciaron sendas conferencias a mujeres y hombres, respectivamente. Del 15 al 28 de septiembre se celebró en Pamplona, en la misma semana de las fiestas patronales peraltenses, el congreso eucarístico diocesano y la coronación de Santa María la Real, también llamada del Sagrario. Todos los días subieron a la capital cuantos pudieron, que no fueron muchos por la coincidencia indicada. Animó mucho al pueblo el paso de los azagreses por la villa llevando a Pamplona su patrona, la Virgen del Olmo, que acudía a la coronación de Santa María la Real, al igual que otras patronas.

El día de Reyes de 1947 fue bendecida después de la misa mayor una nueva cruz procesional de metal blanco ¹⁷. Y el día de la parroquia se utilizó por primera vez para el culto una pequeña custodia, regalo de todos los feligreses. Costó 900 pesetas.

En agosto de 1947 llegaba como coadjutor José María Alcoz, que apenas permaneció unos meses, concretamente hasta la siguiente primavera. Le sucedió el sacerdote pamplonés José María Herrero, gran amigo de los niños y virtuoso organista. Estuvo hasta la llegada de don Javier Alfonso, que venía de Larraga.

En el mes de octubre de 1951 Carmelo Velasco fue nombrado director espiritual de los teólogos en el seminario conciliar de Pamplona. Se despidió de la parroquia el último domingo de octubre, fiesta de Cristo Rey. Pero hasta el nombramiento de su sucesor compaginó durante más de tres meses ambos ministerios, desplazándose semanalmente de Peralta a Pamplona.

El 17 de febrero del año siguiente tomó posesión como nuevo párroco don Santiago Pérez Goyeneche, licenciado en Teología y natural de Vidangoz en el valle del Roncal. Venía desde la parroquia de Azagra, cuyos feligreses le acompañaron. Ya conocía la nueva feligresía, dada la cercanía de ambos pueblos.

Con motivo de la visita que hizo a la localidad el director general del instituto de la Vivienda, el 8 de marzo del mismo año ¹⁸, el nuevo párroco le sugirió la conveniencia de hacer una capilla en el grupo de viviendas del patronato Francisco Franco, algo distante del centro del pueblo. Prometió tenerlo en cuenta, pero finalmente se desestimó la sugerencia.

El Viernes Santo de ese año no pudo realizarse la tradicional procesión del Santo Entierro a causa del mal tiempo. Por vez primera iban a salir los pasos desde la casa de la marquesa de Falces, en la plaza de la Verdura, cedida a la hermandad mientras ella no la necesitase. Al día siguiente, 12 de abril de 1952, se celebró la solemne Vigilia Pascual de Sábado Santo a las once de la noche, según el nuevo ceremonial. La asistencia de fieles fue masiva. Y a pesar de la hora se celebró el acostumbrado encuentro entre la custodia y la Virgen, pero haciendo la procesión en el templo y no en la plaza Principal, como hasta entonces.

Los días 29, 30 y 31 de mayo de ese mismo año se rezó un triduo solemne como preparación al congreso eucarístico internacional de Barcelona, con actos litúrgicos, conferencias sobre la *Eucaristía y la paz* y una vigilia solemne de la adoración nocturna a puerta abierta. Un grupo de fieles, con el alcalde y el párroco a la cabeza, asistieron a los actos finales del congreso.

El 14 de agosto vino como coadjutor el recién ordenado presbítero Julián Goicoechea Idoate, natural de Oricáin.

El 8 de septiembre fue coronada canónicamente la Virgen de Ujué, patrona de la Ribera.

El domingo 14 de septiembre, fiesta de la Virgen de Nieva, predicó don Basilio Ayerdi, en otro tiempo coadjutor de Peralta y entonces secretario de monseñor Guevara, cardenal de Lima, capital del Perú.

Mientras el 3 de diciembre de 1952 se celebraban en el castillo de Javier y en Pamplona actos especiales con motivo del IV centenario de la muerte del santo patrón de las misiones, en Peralta los niños de la Santa Infancia organizaron festejos conmemorativos. Al día siguiente, después de asistir a las solemnidades del centenario, el jefe del Estado general Franco y su séquito pasaron por Peralta, camino de Madrid. El pueblo se congregó a los lados de la carretera, pero la comitiva no detuvo su marcha.

Las fiestas de san Blas de 1954 resultaron desgraciadamente teñidas de sangre. El último día, en una discusión de bar, Ricardo Silvestre, con alguna copa de más, dio varias puñaladas a Serafín Eraul Pérez, que tuvo que ser asistido urgentemente en el hospital. El médico, Jesús Zaldo, manifestó la necesidad inmediata de hacerle al herido una transfusión de sangre, ya que había perdido mucha. El párroco, presente en el lugar porque había administrado al herido la extremaunción, se ofreció como donante. El médico, asistido de los practicantes Antonio Sánchez y Juan Asín, hizo la transfusión de brazo a brazo, logrando que Serafín recobrase las facultades. El párroco aún pudo oírle en confesión antes de que lo trasladaran a Pamplona, donde el herido falleció dos días después.

El 12 de mayo siguiente, celebrando el Año Mariano por el centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el obispo administró la confirmación, habló al pueblo, examinó a los niños de catecismo, visitó al párroco enfermo, firmó los libros parroquiales, vio el plan del centro parroquial y departió en una comida con los sacerdotes y las autoridades.

Este año cantó su primera misa en Peralta Benito Basarte García, sacerdote salesiano, natural del pueblo.

El 29 de junio de 1955, festividad de los santos Pedro y Pablo, celebró su primera misa el sacerdote peraltés Joaquín Bolaños, acompañado de todos los cofrades de san Pedro de Arlas.

En agosto del mismo año llegó como coadjutor Jesús Elizalde Arbuniés, natural de Sangüesa, en sustitución de Julián Goicoechea, que marchaba a la universidad de Salamanca para estudiar Derecho Canónico. Por sus cualidades y aficiones musicales, el nuevo coadjutor se encargó, entre otros ministerios, de la formación de un coro de tiples.

El 4 de septiembre hubo un nuevo misacantano. Esta vez se trataba del hijo del pueblo José Esteban Munárriz, sacerdote de la congregación religiosa del Verbo Divino.

En enero de 1956 se dio en el centro parroquial una serie de conferencias de formación religiosa y de preparación al matrimonio ¹⁹. Asistieron los jóvenes con mucho interés, viéndose la conveniencia de repetir las todas los años.

Desde comienzos de febrero, y prolongándose durante todo el mes, azotó a los pueblos de La Ribera un temporal de viento frío como nunca se había conocido. Incluso se suprimió la procesión de san Blas y se redujo a una el ejercicio de las cuarenta horas en los tres días anteriores a la Cuaresma.

El 10 de junio recibió la consagración episcopal en la catedral de Pamplona monseñor Antonio Ona, que había sido párroco de Peralta antes de Fernando Lipúzcoa. Con este motivo se hizo una suscripción para hacerle un obsequio, que le fue entregado por los después de la celebración por el alcalde, el párroco y una escogida representación de vecinos de Peralta ²⁰. A los pocos días, en la festividad de san Juan, don Antonio vino a Peralta y se le tributó un homenaje después de celebrar una misa de pontifical y de administrar el sacramento de la confirmación en nombre del obispo de Pamplona.

Para sustituir a don Javier Alfonso llegaba el 7 de septiembre Francisco Iraceburu Larragueta, que se encargó de la juventud femenina.

El 27 de diciembre, festividad de san Juan Evangelista, cantó su primera misa Juan Jacinto Sayés Bermejo, natural de Peralta e hijo de los conocidos feligreses Jacinto y Rosalía.

En 1958 se suprimieron los aranceles o cuotas fijas por los bautizos, bodas y funerales, y quedó establecido para todos los difuntos un único funeral de primera clase. Las ofrendas voluntarias compensaron esta renuncia arancelaria.

Desde el siglo XIX existía en España la prohibición de llevar los cadáveres a la iglesia para las exequias. Por eso, primero se oficiaba el funeral, y luego se trasladaba al difunto desde su domicilio al cementerio. El ministerio de la Gobernación derogó en 1959 tal prohibición, pudiendo de nuevo cumplirse lo que establece el ritual: llevar al difunto al templo para la misa exequial.

El día 13 de febrero de este año llegó de visita pastoral don Enrique Delgado, ya como primer arzobispo de Pamplona. Administró la confirmación, predicó al pueblo y conversó con sacerdotes, autoridades, representantes de asociaciones piadosas, Acción Católica y con los fieles. Comió en el hospital y, a continuación, salió para Funes.

En 1960, por haber sido nombrado Jesús Elizalde coadjutor de la parroquia del Rosario de Corella, vino a Peralta en su lugar don Juan Antonio Melero Zueco, natural de Ablitas y hasta entonces párroco de Gastiáin.

El 25 de julio, en la fiesta de Santiago apóstol, cantó la primera misa el nuevo sacerdote salesiano José María Soto Zabal, hijo del pueblo. El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, lo hizo también Ángel Vidondo Osés, otro salesiano peraltés.

6. Otros hechos acaecidos en la parroquia de 1961 a 1975

El 10 de febrero de 1961 se desmembró una parte del territorio parroquial. Como éste era muy grande por coincidir con los límites del municipio, extendiéndose más allá de la Azucarera de Marcilla, se promovió un expediente de segregación. De hecho, y desde hacía varios años, la misa en el barrio de la Torre era celebrada por los padres agustinos, y en el de la Azucarera, por un sacerdote allí residente. A los feligreses de Peralta que vivían en ambos lugares les venía mejor acudir a Marcilla para la recepción de los sacramentos. Por eso el arzobispo firmó un decreto fijando nuevos límites. Se marcaron mediante una línea que, partiendo del término de las Planillas, desciende hasta la carretera del Carrascal para llegar al camino de la Torre, se prolonga hasta la acequia La Olivilla, continúa por su curso y el camino del mismo nombre hasta la carretera de Peralta, para seguir por el camino La Palopa y la acequia de riego, enlazando finalmente con los límites de Funes. Por reclamación de los habitantes y propietarios de La Palopa, este término y sus fincas no pasaron a la jurisdicción parroquial de Marcilla, sino que se quedaron perteneciendo a la de Peralta.

En la festividad de san Pedro celebró su primera misa el nuevo sacerdote peraltés José María Osés Castillo, que había estudiado en el seminario de Pamplona. Y el día 25 de julio, fiesta de Santiago, dos hermanos e hijos del pueblo, José Antonio y José María Ciordia Castillo, agustinos recoletos, subieron por vez primera al altar. José Antonio se había formado en Roma y dio al final de su misa la bendición papal por concesión de la Santa Sede. El 15 de agosto cantaba también por primera vez misa otro peraltés, Vicente Vilar López, sacerdote salesiano, hermano del cura Julio Osés.

A principios de enero de 1962, después de varios años sin editarse, salió la revista *Atalaya* con noticias sobre la parroquia, se distribuyó a todos los hogares y se envió a los peraltés emigrados. Editados unos pocos números más, dejó de publicarse.

Sustituyendo a don Francisco Iraceburu, nombrado párroco de Torres Elorz, llegaba en septiembre de 1963 el sacerdote Jesús Mauleón. En ese mismo año conmemoró sus bodas de plata la sección masculina parroquial de la adoración nocturna, que contaba con dos turnos de adoradores. Con este motivo se celebraron actos especiales desde el 30 de septiembre al 4 de octubre. Se adornaron la iglesia y las calles. Muchas familias se ofrecieron a dar cena y alojamiento a los adoradores que vinieron de fuera. Se invitó al señor obispo de Lugo, que fundó esta sección en 1939 cuando era párroco de Peralta, pero excusó su asistencia y mandó en su lugar a Juan Olló, vicario general y capellán del consejo diocesano de la adoración nocturna. A las doce de la noche del día 3 de octubre salió la procesión de las banderas desde la iglesia del convento, formando parte de ella las de todas las secciones que habían mandado algún representante. Llegada la procesión a la parroquia, predicó el vicario general y se hizo la exposición del Santísimo, iniciándose los turnos de vela de media hora cada uno. A las 4,30 de la madrugada se celebró una misa cantada, seguida de procesión hasta la plaza Principal, donde se dio la bendición; acto seguido se regresó a la parroquia para hacer la reserva y la retirada de la guardia. Antes de volverse a sus pueblos, se sirvió a los adoradores un desayuno en el Círculo Católico.

Como aplicación del documento conciliar sobre Liturgia, se introdujeron algunas modificaciones en la misa y en la administración de los sacramentos, entre ellas proclamar la epístola y el evangelio en castellano. De esta manera los fieles participaban

entendiendo mejor lo que se celebraba. En una línea de mayor sencillez, los sacerdotes de La Ribera –de los que el párroco de Peralta era arcipreste–, acordaron suprimir el rezo del nocturno y el acompañamiento de diácono y subdiácono en los funerales.

El 5 de septiembre de 1965 cantó su primera misa el sacerdote peraltés Carlos Istúriz Azparren, de la congregación misionera del Verbo Divino e hijo de Marcelino, el cartero.

En 1967 hubo la primera misa de otro peraltés, Félix Zarraluqui Ovejas, como ya ha quedado dicho más arriba.

En este año se bautizaron setenta y dos recién nacidos y fallecieron 42 adultos.

Se recaudó durante el año 154.824 pesetas, de las cuales se gastaron 126.456, dejando el resto para reparaciones de la parroquia, ya programadas.

El día de san Pedro de 1968 celebraron su cantamisa dos nuevos sacerdotes peraltés, Ignacio Jericó Bermejo y José Antonio Sayés Bermejo, seminaristas de Pamplona. Concelebraron con otros sacerdotes del pueblo en un acto muy emotivo.

Este año, Jesús Mauleón fue nombrado párroco de Ollacarizqueta y profesor del seminario de Pamplona. Le sucedió como coadjutor Félix Herce, natural de Tudela.

Se repite la cifra de 72 bautizados, y las defunciones remiten a 34.

Durante estos últimos años, Peralta había ido mejorando en lo material, como se apreciaba por las nuevas construcciones de viviendas, por la forma de vivir, por el número de jóvenes que estudiaban y por las nuevas industrias que daban trabajo a muchos vecinos. El nivel económico se reflejó también de forma positiva en la aportación de los fieles a los gastos de la parroquia. Las ofrendas de 1968 sumaron 177.474 pesetas, sin contar las campañas y colectas especiales. El balance espiritual, sin embargo, a juicio del clero, no representó idéntico movimiento ascendente, sino todo lo contrario.

En 1970 se marchó Félix Herce a Arróniz como párroco, y en junio de 1971 se despidió Juan Antonio Melero, que iba a Cabanillas. Previamente había venido de coadjutor Miguel Oroz, hasta entonces párroco de Ituráin. Y el que había sido párroco de Peralta durante casi veinte años, Santiago Pérez, se despedía emocionadamente del pueblo el 28 de noviembre. Marchaba como capellán al colegio de las madres Josefinas de Pamplona, un merecido descanso a su quebrantada salud. El sacerdote pamplonés Rafael Erro, después de 25 años en San Adrián, ocho de ellos como coadjutor y el resto como párroco, vino para desempeñar este ministerio en Peralta. Tomó posesión el 27 de agosto de 1972. Le acompañaron otros sacerdotes hijos del pueblo, el ayuntamiento, presidido por el alcalde Jesús Troyas, y una nutrida representación de San Adrián. El día 6 de septiembre llegaba como coadjutor José Catalán Gómez, natural de Corella. El 6 de abril de 1974 Miguel Oroz, a los tres años de su labor como coadjutor, fue nombrado párroco de Artajona. Su permanencia en Peralta se caracterizó por una absoluta servicialidad; especialmente querido por los niños, estos le tributaron una cálida despedida en el colegio.

Don Vicente Martínez Íñigo celebró sus bodas de oro como organista de la parroquia el 15 de enero de 1975. Natural de Azagra, pero residente en Peralta desde los diecisiete años, se distinguió por su competencia profesional como organista y cantor. Por la mañana hubo una misa solemne concelebrada, cantando la coral de Tafalla. A continuación, en el centro parroquial dio un concierto en su honor la misma coral, dirigida por el maestro José Méndez. Se le hizo entrega a don Vicente de un pergamino firmado por los sacerdotes y presidentes de las asociaciones parroquiales, como muestra de recuerdo y gratitud.

Tras ocho años de servicio pastoral como coadjutor se despidió Juan José Catalán el 10 de septiembre de 1980. Se iba a Madrid a estudiar Catequética en el Instituto de Pastoral.

El 21 de diciembre celebró sus bodas de plata el sacristán Braulio Roldán, natural de Cárcar y residente en Peralta desde los nueve años de edad. Cumplió su cometido con celo y asiduidad.

En 1989 el párroco Rafael Erro, después de diecisiete años al frente de la parroquia, fue nombrado canónigo de la catedral de Pamplona, sucediéndole en Peralta Dionisio Lesaca, natural de Andosilla.

NOTAS:

1. Las 13 oficiales, ya que por entonces se adelantó por primera vez una hora más el reloj.
2. Himno litúrgico con el que la Iglesia acostumbra pedir luces espirituales al Señor.
3. Archivo parroquial de Peralta. Los principales datos de este apartado están tomados de *Relación de acontecimientos más interesantes de esta Parroquia de san Juan Evangelista de la Villa de Peralta, a partir del año 1946*.
4. Se encargó la misión a los padres paules Juan Cruz Munáriz y José Luis Cortázar en la iglesia parroquial, y Valentín Navarro y Pedro Fuentes en la del convento.
5. Se recaudaron 22.000 pesetas y ya solo los gastos de megafonía ascendieron a 23.000.
6. Los padres Casimiro de Cortes y Gumersindo de Pamplona en la parroquia, y José Luis de Peralta y otro capuchino en el convento.
7. Se recogieron 35.300 pesetas, mientras que el estipendio y el alojamiento de los misioneros, junto con el alquiler de los altavoces, subieron a 36.500 pesetas.
8. Datos tomados de la semblanza de Laviñeta Samames, S. *El Cura de mi pueblo: Eusebio Balduz García*, Pamplona, 1986.
9. Iribarren, J.M. *Burlas y Chanzas*, pág. 84.
10. Definitivamente se extinguieron las conferencias de la sección de caballeros hacia 1970, por muerte de varios de sus componentes. Don Fructuoso Sánchez, maestro jubilado, y don Valeriano Sánchez, agricultor, fueron los últimos sobrevivientes.
11. APP, *Relación de acontecimientos...*, 1v y 2.
12. La Diputación de Navarra aplicó a los derechos reales la tarifa del 1 %.
13. APP, *Relación de acontecimientos...*, 7v.
14. Una de Félix García Larraz, otra de Julio Suescun Echeverría y la tercera de Jesús Irigaray.
15. Feligreses prestamistas: Juan Pedro Arraiza, Nicanor Echarte, Felipe Sorrosal, María Irisarri, José Troyas, José Antonio Igartua, Aurelio Guinduláin y Julio Suescun.
16. APP, *Relación de acontecimientos...*, 13v a 40v.
17. Fue regalo de Manuel Gómez, agente del *Banco de Crédito Navarro*, como recuerdo de su paso por Peralta al ser trasladado a Fitero.
18. Federico Mayo, que vino acompañado del gobernador civil, Valero Bermejo.
19. Intervinieron, además de los sacerdotes, las mujeres y hombres de Acción Católica: Satur Iriarte, Ana María Cosío, Fernando Pérez de Camino, Fructuoso Sánchez y Javier Garralda.
20. Jacobo Sánchez y Santiago Pérez, respectivamente.



12. Hombres de Peralta en la gran misión parroquial de 1946, retratados con los misioneros y alguaciles en la plaza Principal.

El templo parroquial, espacioso... inmenso, rebosa de comas-
 nes que vienen en busca del Dios-Eucaristia. Pero no puede
 antes faltar el Rosario marianero cantado por las calles
 como nunca aun en los dias más grandes de la Misión. Y des-
 distribuyendo al mismo tiempo y durante largo rato la Sagrada
 Eucaristia con un orden admirable. Más de mil hombres. Otras tantas
 mujeres. Cantos viriles como el "Alma de Cristo"
 y motetes delicados en pechos que cantan al Amor de los amores... A continuación, y como una explosiva
 acción de gracias colectiva, la Comunión a los enfer-
 mos en sus casas. Tres procesiones con el Santisimo: una desde la iglesia del Hospital y dos desde la Parroquia. En sus filas,
 todos los hombres y todas las mujeres que han comulgado. Mas treinta
 enfermos visitados por el Señor con aquella escolta lucidísima y estudia-
 nada. eucarística solemnemente hasta la Plaza Principal. Ben-
 dición en el altar de la Inmaculada. Paseo trium-
 fal de Cristo hasta el de los mozos entre apreta-
 das filas de muchachos que cantan con entu-
 siasmo ferviente. Y allí, el juramento!!!
 Poética declamadas con naturalidad y fer-
 vor. La autoridad local que promete en
 "Respetaremos y defenderemos el Santo Nombre de Dios."
 "Santificaremos el Día del Señor."
 "Recibiremos frecuentemente y dignamente los Santos Sacramentos."
 Otra vez la bendición sobre todo el pueblo congregado. Y el regreso
 hasta el templo, cantan-
 do con redoblada ilusión. Regreso y final promesas... despedidas...
 la palabra del P. Misio-
 nero. Al bendecir len-
 tamente con el Santisimo, los mozos, que estudiadamente se habian
 colocado formando una inmensa cruz que ocupa el templo de arriba a
 abajo y de uno a otro extremo, encienden las velas de cera que traian
 ocultas, y las levantan así encendidas formando bellísimo ornato
 que resalta al apagar las lámparas de la iluminación.
 Esto fue aquel domingo inolvidable.

Rosario

Misa de Comunión

Comunión de Enfermos

Procesión eucarística vespertina

Juramento de un pueblo.

Regreso y final

13. Página manuscrita del párroco Carmelo Velasco, reseñando el final de la misión de Peralta de 1946.

CAPÍTULO XII: EL PÁRROCO DON CARMELO VELASCO MORENO

1. Niñez y juventud

En la villa de Peralta a las once horas del día trece de Julio de mil novecientos catorce, ante don Carlos Arricivita, Juez municipal y don Esteban Aranaz, Secretario suplente, compareció con cédula personal Vicenta Irisarri, natural de Peralta, provincia de Navarra, mayor de edad, viuda, comadrona, domiciliada en esta villa, calle de P. Vergara, presentando con objeto de que se inscriba en el Registro civil un niño, y al efecto como asistente al alumbramiento declaró: Que dicho niño nació en el domicilio de sus padres, calle mayor núm. 25, el día de hoy a las cuatro horas. Que es hijo legítimo de Juan Velasco Campo, de treinta y cinco años de edad, comerciante; y de su esposa Isidra Moreno Guinduláin, de treinta y cinco años de edad, ambos naturales y vecinos de esta villa.

Que es nieto por línea paterna de don Dámaso Velasco y doña Tomasa Campo, naturales ambos de Peralta; y por línea materna de don Florencio Moreno y doña Cayetana Guinduláin, ambos de Peralta. Y que al expresado niño se le había puesto el nombre de Carmelo. Todo lo cual presenciaron como testigos don Genaro Echeverría, mayor de edad, empleado, y don Eusebio Arbeloa, mayor de edad, viudo, empleado y ambos naturales y vecinos de esta villa.

Leída íntegramente esta acta, e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas, si así lo creían conveniente, se estampó en ella el sello del Juzgado municipal y la firmaron el Sr. Juez y concurrentes. Y de todo ello, como Secretario, certifico ¹.

Al final del acta aparecen cinco firmas legibles con rúbrica, la del secretario suplente y las de los cuatro concurrentes citados. Hay varios detalles que quiero precisar. Al nacer este niño, vivían todavía sus cuatro abuelos, de lo contrario se hubiese consignado la defunción de alguno de ellos; el padre estaba a punto de alcanzar los treinta y seis años de edad y la madre había cumplido dos meses antes los treinta y cinco; llevaban catorce años casados y Carmelo era el primer hijo varón después de cinco hembras; más tarde nacerían otro niño y cuatro niñas más.

Seguramente lo bautizaron al día siguiente del nacimiento, siguiendo la tradición, pero no he podido consultar el libro parroquial de bautismos para comprobarlo. En lo que no se siguió la tradición fue en la imposición del nombre del santo del día, que era san Enrique emperador. La gran devoción que tenían sus padres a la Virgen del Carmen o santa María del monte Carmelo, en cuya novena nació, eclipsó a todos los santos.

Frecuentó las escuelas nacionales, ubicadas por entonces en lo que ahora es la plaza Principal, descollando enseguida por su aguda inteligencia. Fue monaguillo de la parroquia donde su padre ejerció de sacristán. En 1926, cuando contaba con once años de edad, ingresó en el seminario conciliar de Pamplona, gozando desde el primer curso y hasta acabar el duodécimo y último de la carrera sacerdotal, de una beca de la fundación Juan Bautista de Irurzun, que cubría, además de los gastos ocasionados por las matrículas y los libros, todo lo concerniente al alojamiento, vestimenta y manutención.

En el viejo seminario de la calle Dormitalería cursó Carmelo cinco años de Latín y Humanidades, tres de Filosofía escolástica y cuatro de Teología, alcanzando en todas las disciplinas la nota máxima de *Meritissimus*, es decir, sobresaliente, y adquiriendo al mismo tiempo una sólida formación espiritual. Sus deseos de irse misionero cuando fuera sacerdote se iniciaron en sus años de seminarista.

Siendo estudiante filósofo se rompió el brazo izquierdo, que intervinieron quirúrgicamente en la clínica Lozano de Zaragoza, en el paseo Sagasta. La operación resultó complicada y quedó el brazo con cierta limitación, que no se notaba a primera vista, pero que le impedía hacer bien algunos movimientos, como alzar el cáliz y la hostia después de la consagración. Por esos mismos años empezó a tener molestias estomacales, y cuando el médico le preguntó si fumaba, se adelantó su madre a contestarle taxativamente que no. Cual no sería la sorpresa de esta cuando el joven seminarista, muy serio, le dijo al médico que sí fumaba.

Fue ordenado sacerdote a punto de cumplir los veinticuatro años el 10 de julio de 1938, en plena Guerra Civil, siendo párroco de Peralta don Antonio Ona de Echave. Su padre no alcanzó a verlo subir al altar, pues murió tres años antes. Una forma de manifestar sus deseos de ser misionero fue haber elegido la basílica del castillo de Javier para celebrar su primera misa solemne el 13 de julio, día de su cumpleaños. Predicó el joven sacerdote Santos Beguiristáin, a la sazón párroco de Azagra, pueblo donde residía su hermana María. Hasta Javier fueron su madre, hermanos, tíos, primos y los primeros sobrinos, hijos de sus hermanas Luisa y María. Mis padres le obsequiaron con un cáliz de plata dorada, con el que me consta celebró diariamente la misa durante toda su vida.

La limitación de su brazo izquierdo y ser el único varón mayor de edad en una familia formada por viuda con varias hijas y otro hijo varón menor, le libró de ir a la guerra como combatiente.

2. Sus primeros nombramientos eclesiásticos

Su primer destino fue como coadjutor en la parroquia de santa Eufemia de Villafranca, cercana a Peralta, donde permaneció del 24 de septiembre al 3 de noviembre de 1938, ya que con esta fecha fue destinado a su pueblo también como coadjutor, cargo que desempeñó hasta el 1 de octubre de 1939. Reabierto el seminario de Pamplona al terminar la Guerra Civil, pero ya en las modernas instalaciones construidas por el arquitecto pamplonés Eusa en la carretera de Burlada, junto a la colonia de chalets de Argaray, fue nombrado profesor y prefecto de disciplina de filósofos, cargo que desempeñó solamente un año, hasta noviembre de 1940. Como se recrudecieron sus molestias estomacales, tuvo que seguir un régimen severo de comidas que el seminario, por la escasez de alimentos de después de la guerra, no podía proporcionarle. Así que fue designado nuevamente como coadjutor de Peralta, para que su madre cuidara de su salud. Esta vez permaneció en el puesto cinco años, a las órdenes del párroco Fernando Lipúzcoa, que terminaría renunciando al cargo por enfermedad a finales de 1945. Tuvo como excelentes compañeros coadjutores a Jesús Malón, Andrés Troyas y Juan Marzal. Con su colaboración y la de los hermanos Troyas, sobrinos de don Andrés, don Carmelo montaba en Navidad, junto al altar de san Pedro, un gran Belén iluminado y con figuras en movimiento.

Precisamente por sus molestias gástricas no pudo ir a misiones como era su deseo, ni cursar en alguna universidad eclesiástica la licenciatura y el doctorado en teología, cuyos gastos también cubría la beca Irurzun. La carencia de estos grados académicos impidió que más adelante la Santa Sede aceptara, en dos ocasiones, la propuesta de su persona, hecha por la autoridad competente, para ser obispo. Ya muy recuperado con los cuidados maternos, don Carmelo sucedió a don Fernando como párroco de Peralta a partir del 15 de enero de 1946, pero con la categoría administrativa de ecónomo, porque entonces se adjudicaban los curatos en propiedad tras preceptivas oposiciones que se celebraban cada cinco años. Don Carmelo fue, pues, cura *pilongo*, como llamaban las gentes a los sacerdotes que llegaban a ser párrocos de su pueblo natal y en cuya pila bautismal habían sido cristianados.

Las anteriores encomiendas se las encargó el obispo de la diócesis, don Marcelino Olaechea Loizaga, con quien se sentía muy identificado. En una visita pastoral, el prelado quiso llevárselo consigo a un puesto de mayor responsabilidad en Pamplona, pero desistió ante la petición de su madre de que lo dejase con ella, porque su delicada salud necesitaba de sus cuidados. Don Marcelino entonces le dijo: *No se preocupe, señora; cuando lo lleve conmigo en otra ocasión, vendrá usted con él.* En 1946 monseñor Olaechea fue preconizado arzobispo de Valencia, e invitó al párroco peraltés a irse con él para ocupar un puesto importante en la archidiócesis valentina. Ofrecimiento que don Carmelo declinó.

Para compensarle al nuevo arzobispo el desaire de la renuncia, aceptó ir a Valencia como misionero en la magna misión general que monseñor organizó en su archidiócesis al año siguiente. A don Carmelo le adjudicaron la parroquia de Catarroja, donde estuvo misionando durante un mes. Para entonces ya había organizado él en Peralta otra gran misión en 1946, a la que trajo a los famosos padres paúles Langarica y Otero, acreditados oradores sagrados en aquellos tiempos. Ese mismo año organizó un merecido homenaje a sor Juana, superiora durante muchos años del hospital de Peralta, al cumplir sus bodas de oro como Hermana de la Caridad. Resultan muy vivos estos recuerdos en mi memoria, por ser los primeros de mi estancia en Peralta.

En su primer año como párroco, tras restaurar la bella imagen de la Virgen del Rosario, llevó a cabo el restablecimiento de su cofradía. Participó en la celebración del congreso eucarístico de La Ribera, al que asistieron numerosos peralteses. Durante la Cuaresma de 1947 estableció la hermandad del Cristo de la Cruz a cuestras y de la Virgen Dolorosa, ambos de gran devoción popular, y adquirió el paso de Jesús colgado en la Cruz para la procesión del Viernes Santo.

Aprovechó el verano de 1946 para hacer un mes de ejercicios espirituales en Pedreña (Santander), del 27 de julio al 26 de agosto. Quería prepararse para la reciente encomienda de párroco en su mismo pueblo. Él también solía dirigir de vez en cuando ejercicios espirituales. Tengo constancia de varias tandas en Tudela para dos grupos de treinta y cinco jóvenes peraltesas y de otros pueblos de La Ribera y de La Rioja, del 21 al 26 de enero y del 8 al 13 de febrero de 1951.

En 1950 organizó la primera *Javierada* de mozos peralteses, yendo él mismo andando con una veintena de jóvenes, como ya he contado en páginas anteriores.

Carmelo Velasco llevó a cabo muchas actuaciones personales en sus seis años al frente de la parroquia y que ya han sido descritas en otros capítulos. Pero no puedo dejar de consignar un episodio desagradable. Dentro del salón de baile había instalado un ambigú o bar ilegal donde servían bebidas alcohólicas a los jóvenes de ambos sexos, ocasionando más de una borrachera, incluso a menores. Alguien denunció el hecho a las autoridades gubernativas provinciales, que procedieron a la clausura temporal de dicho salón. La juventud achacó la denuncia al párroco, cuando en realidad no había sido él. Y una tarde de domingo, encontrándose en el convento de las monjas en un retiro espiritual, los mozos fueron a esperarle a la salida. Con actitud vociferante y hostil fueron detrás de él, camino de la casa parroquial. Cuando se volvía hacia ellos para retarles con su seria mirada, trataban de dispersarse y esconderse por las entradas de las casas y en las calles adyacentes. Un padre de dos mozos animaba a todos para que le gritasen e incluso para que lo zarandeasen, cosa que no se atrevieron a hacer. En mitad de la calle Mayor, un militar peraltés de alta graduación que se encontraba aquel día en el pueblo, se ofreció a prestarle ayuda, pero el párroco la rechazó educadamente por considerarla innecesaria. Sabía que aquellos exaltados no se atreverían a pasar a mayores. De hecho, cuando penetró en la casa parroquial, los manifestantes se dispersaron sin más.

3. Al seminario y a la catedral

En noviembre de 1951, el obispo, a la sazón monseñor Enrique Delgado, le llamó a ocupar el puesto de director espiritual de los teólogos en el seminario en calidad de residente interno, pero conservando durante unos meses la parroquia de Peralta, a la que atendía los fines de semana, hasta que su amigo Santiago Pérez Goyeneche fue nombrado párroco, ministerio que entonces desempeñaba en Azagra. El obispo le ofreció a don Carmelo alternar la dirección espiritual de los seminaristas con la atención a la parroquia de Cristo Rey, recién creada en el monumento a los Caídos. Pero dándose cuenta el prelado de que ambos cargos resultaban excesivos, quiso que en lugar de ocupar esta parroquia se presentara a unas oposiciones para canónigo, lo que suponía menor dedicación de tiempo y menos responsabilidad pastoral.

Tras reñidas lides teológicas tanto escritas como orales en la iglesia catedral, ganó brillantemente la canonjía frente al otro candidato, y de ella tomó posesión el 25 de julio de 1952. En este acto, celebrado también en santa María la Real, estuvimos presentes, además de buena parte de la familia, numerosas personas venidas de Peralta con la corporación municipal al frente.

En 1957 instituyó en la iglesia de santo Domingo de los padres dominicos de Pamplona la hermandad de Nuestra Señora la Virgen de Nieva, aprovechando que allí se veneraba la advocación mariana de la patrona de Peralta. La formaron casi dos centenares de peraltenses residentes en la ciudad. Desde su fundación, fue don Carmelo hermano mayor y consiliario.

En julio de 1960, el arzobispo don Enrique Delgado Gómez le nombró rector del seminario, caso insólito después de llevar nueve años como director espiritual. Desde ese momento Carmelo Velasco dirigiría la vida exterior de quienes ya le habían con fiado su interior y su vida espiritual, empresa delicada y nada fácil, sembrada de compromisos y malas interpretaciones. Pero con su buena inteligencia y sentido práctico salió airoso de

esta prueba, hasta el punto de que durante su mandato vivió el seminario años de esplendor y un aumento notable de vocaciones, que alcanzaron la cifra de ochocientas.

Además de restablecer en el seminario cierta disciplina necesaria, edificó un nuevo pabellón que diera cabida a los nuevos seminaristas que llamaban sin cesar a sus puertas. Cinco años más tarde, en junio de 1965, por decisión propia, renunció al cargo, que pasó a manos de Javier Osés Flamarique –más tarde obispo de Huesca–, por expresa sugerencia de Carmelo Velasco.

Coincidió por entonces el declive del apogeo vocacional, no sólo en Navarra, sino en todos los seminarios y colegios apostólicos de España. Si no fue consecuencia del concilio Vaticano II, por lo menos acaeció en los inmediatos años posteriores a su celebración. Pero lo que más le afectó a don Carmelo fue la defección vocacional de más de un centenar de curas navarros, y de otros cientos de sacerdotes y religiosos de diferentes diócesis, órdenes y congregaciones. El hecho de haber sido director espiritual y rector de muchos de los sacerdotes navarros secularizados le reportó un sufrimiento interior con el que vivió el resto de su vida.

4. Delegado de la Misión Diocesana y otras dedicaciones pastorales

Libre de responsabilidades en el seminario, pudo dedicarse con todo su afán a la Misión Diocesana como delegado arzobispal, cargo para el que había sido nombrado el 3 de diciembre de 1958, cuando fue creada. Se ocupó de esta labor nada menos que treinta y seis años, hasta que en octubre de 1994 empezaron a fallarle las fuerzas corporales. Creó los equipos misioneros *Xavier*, formados por seminaristas mayores y sacerdotes jóvenes dispuestos a ir a misiones. Apoyado en su buena formación teológica, insistía en que todas las diócesis deberían tener misiones y que los sacerdotes han sido ordenados para la Iglesia universal, al igual que todos los cristianos estamos llamados a la misión evangelizadora.

Preparó el envío de sucesivos grupos de sacerdotes y seglares diocesanos: los primeros en 1960 a Guaranda (Ecuador), después a Maracaibo (Venezuela) y más tarde, en diciembre de 1964, a Ruhengeri (Ruanda). Lo mismo hizo con los curas enviados a Aquisgrán (Alemania) para atender a los emigrantes. Cuidó a sus misioneros en todo momento, y puso todo su empeño en que la diócesis navarra no dejara nunca de ser misionera.

Él, que siempre se había preocupado por la dirección espiritual de los demás, no desasistía la suya propia, y de cuando en cuando aprovechaba el mes de agosto para retirarse a hacer ejercicios espirituales, que alguna vez duraron un mes, como ya hiciera estando en Peralta, al estilo ignaciano. Así sucedió también con los que vivió en Segovia en 1963.

Desde 1960 se encargó de redactar la pequeña revista NEXO y distribuirla periódicamente a todos los misioneros navarros diseminados por el mundo, contándoles asuntos relativos a la Iglesia y a Navarra. A pesar de haber cesado como delegado en 1994, se reservó la iniciativa de seguir editando la revista hasta el 1 de enero de 1999, año en que sus fuerzas físicas ya no se lo permitieron. Hizo un gran esfuerzo informativo para que todos los misioneros, curas, monjas y seglares, conocieran de primera mano “las

cosas de casa”, como él las llamaba, cuando todavía no existía internet. Buscaba que todos los misioneros diocesanos estuvieran bien atendidos y pudieran contar con los medios suficientes para llevar adelante su tarea evangelizadora, apoyándoles cuanto pudo con los recursos económicos que recibía de los cristianos de Navarra.

Para reforzar este espíritu misionero que le embargaba y al que se dedicaba profesionalmente, celebró sus bodas de plata sacerdotales en el mismo lugar y día en que cantó su primera misa 25 años antes: la basílica del castillo de Javier. Fue una celebración íntima, realizada el 13 de julio de 1963, con la asistencia exclusiva de sus hermanos y cónyuges respectivos.

En dos ocasiones visitó a los misioneros de la delegación diocesana, permaneciendo un mes con ellos. La primera fue en las Navidades de 1964, cuando viajó a Ecuador y Venezuela. La segunda, a Ruanda, en septiembre de 1973. Ese mismo año fue nombrado delegado de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispano-Americana (OCSHA).

Se sentía feliz al ver lo que los misioneros habían conseguido con las ayudas llegadas de Navarra, y les repetía: *¡Cómo es posible que hayáis hecho tantas obras con lo que os hemos mandado!* Don Carmelo tenía merecida fama de hombre austero, ordenado y exigente. Pedía a los misioneros trabajar en equipo, viviendo en austeridad y pobreza. "Sin sacrificio –les decía– no se consigue ni se hace nada en la vida apostólica". Quería y admiraba a los misioneros, los envidiaba y era feliz facilitándoles su labor, pues siempre había sentido esa misma vocación, aunque no le fue posible trabajar en vanguardia por diversas circunstancias. Su constante preocupación fue que nunca faltara un grupo de sacerdotes y seglares navarros que saliera a misionar con el apoyo de la diócesis.

En los primeros días de septiembre de 1966 y 1967 participó activamente en dos peregrinaciones multitudinarias a Lourdes. Aunque yo tenía conocimiento de la vena versificadora de don Carmelo, me ha sorprendido gratamente encontrar entre sus papeles estas coplas jocosas, escritas para animar el viaje de regreso, cantándolas al ritmo del conocido *Ocairí, ocairá, ocairí, airí, airá*, como dice la propia nota manuscrita que las acompaña. Estas son las dos composiciones que compuso para el segundo viaje.

Lourdes, 1967

*Seriecito y mas bien santo
fue nuestro viaje de ida,
desgranamos tres rosarios
y otras tantas letanías.*

*Al pararnos en Bayona,
hacen algunas mujeres
las primeras de sus compras
en los grandes almacenes.*

*La comida al aire libre
en el gran parque de Orthez
nos repone bien las fuerzas,
y al autobús otra vez.*

*En el marco de Lourdes
nos ha visitado el agua,
pero todo el mundo acude
aunque no tenga paraguas.*

*En “Lacuyer” dan tomate
en una y otra comida:
yo no digo que nos mate,
pero sí que nos da risa.*

*Un día se vierte el vino,
otro faltan tenedores,
y una niña, mientras tanto,
se hincha de pollo y “terrones”.*

*Los vendedores de helados
tienen una gran “cliente”:
creo que era sevillana,
y, por cierto, bien despierta.*

*El escaso tiempo en Pau
las mujeres lo han sudado;
pero, a la tarde, en Bayona
dieron ferrete a los francos.*

*Hemos de felicitarnos
por la experiencia del chófer;
dando a don Fidel las gracias
por sus muchas atenciones.*

*Y aquí termina la historia
de nuestra excursión por Francia;
espero que no se amargue
cuando pasemos la aduana.*

Los vasos de Orthez...

*Hay personas distraídas
que se dejan lo que llevan;
yo conozco distraídos
que cogen y no se enteran.*

*En una terraza, un día,
comieron unos navarros:
se bebieron las bebidas
y se llevaron los vasos.*

*Yo me imaginaba, señores,
lo que diría aquel “mozo”:
si estos casos se repiten,
que el cliente beba “a morro”.*

*El año sesenta y ocho
habrá que restituir*

*los dos vasos a su dueño,
y hacer nuevo gasto allí.*

En julio de 1988 tuvo el consuelo espiritual y familiar de dar gracias a Dios por su sacerdocio, celebrando sus bodas de oro. Y como no podía ser de otra manera, fue de nuevo la basílica de Javier el escenario de este gozoso acontecimiento.

En diciembre de 1998, al calor de la celebración de los cuarenta años de la Misión Diocesana de Navarra, Carmelo Velasco pronunció estas palabras que mostraban su constante sentir: *En este momento solemne le diría con todo cariño a mi Obispo que haga lo indecible porque, aun con toda la penuria sacerdotal que está encontrando y que le está haciendo sufrir, no deje de tener siquiera un puesto de misiones, una parroquia donde haya dos o tres sacerdote, pero que estén realizando esta presencia misionera de Navarra con toda ilusión. Que puede servir un poco de escuela para sacerdotes que pasen o quieran pasar allí uno o dos años viviendo ese gran misterio, porque está allí la Iglesia, la Iglesia entera, y por tanto nuestra Iglesia de Navarra. Don Fernando –dirigiéndose al arzobispo monseñor Sebastián–, éste es mi testamento para usted.*

En este acto le regalaron a don Carmelo una pequeña estatua de san Francisco Javier, realizada en metal dorado sobre pedestal de mármol por el escultor Ciriza, y una fotografía en la que el obispo se la entrega mientras lo abraza. El santo navarro levanta el brazo derecho sosteniendo una cruz, mientras con la mano izquierda señala su pecho en el que se divisan simbólicas llamas de su amor a Cristo. Bajo los pies aparecen los escudos de Navarra y Pamplona a los lados, y el del castillo de Javier al frente, separados por ángeles orantes. Y sobre el pedestal de mármol hay una placa de bronce con esta leyenda: *A don Carmelo Velasco con gratitud, por su dedicación incondicional a MISIÓN DIOCESANA DE NAVARRA. 3 de diciembre, 1998*². La describo con precisión porque tuve la suerte de recibirla de sus manos para que la guardase en mi casa. La faceta misionera fue la más importante de su vida sacerdotal. Tengo que añadir que siempre que iba a verle, me hablaba de sus misioneros y de lo que por ellos hacía por encargo del arzobispo, ya que era muy disciplinado y jerárquico.

Su sentido del deber y de la responsabilidad le impulsaron a denunciar clara y enérgicamente en más de una ocasión, pero siempre con respeto, hechos sociales y políticos censurables. Para sus celosos requerimientos en pro de la moral cristiana utilizaba las tribunas de opinión de los periódicos *El Pensamiento Navarro*, *El Diario de Navarra* y *La Verdad*, y en revistas de tema religioso, además del boletín *Nexo* que él mismo publicaba para sus misioneros. Su pluma hablaba de lo que abundaba en su corazón.

Sin dejar su actividad en la Misión Diocesana, desde el mes de abril de 1966 y hasta el final del curso de 1971, fue nombrado director y profesor de la Escuela de Magisterio de la Iglesia. Era entonces arzobispo de Pamplona el cardenal Tabera Araoz, quien ante dificultades varias determinó cerrar esta escuela, creada para facilitar el estudio de las religiosas, pero que últimamente era mayor el número de alumnas seglares. A Carmelo Velasco le tocó clausurarla, haciendo que los profesores cobrasen la justa indemnización por despido forzoso. Él renunció, en beneficio de los demás, a percibir las 9.150 pesetas que le correspondían.

Con todos los prelados que rigieron la diócesis de Pamplona tuvo relación de reverencia y afecto, aunque manteniendo siempre la libertad de decirles con respeto su punto de vista personal sobre algunos aspectos de la vida diocesana, sobre todo cuando creía que estos no coincidían con el enfoque oficial, emanado de la tradición y de los escritos pontificios, que seguía escrupulosamente. Conservo un centenar de copias de cartas suyas, algunas con las respuestas correspondientes, que tratan de asuntos delicados con los nuncios de Madrid y los sucesivos arzobispos de Pamplona, así como con otros obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, directores de periódicos y revistas, y con cuantas personas creía oportuno hacerlo, denunciando con caridad, pero con firmeza, abusos leídos o vistos sobre la fe y las costumbres.

Una que podemos considerar más intrascendente que las demás, y por eso la transcribo, es la siguiente: *Sr. Don José Javier URANGA, Director de "DIARIO DE NAVARRA". Estimado don José Javier: como Cura "ribero" que soy, veo con ojos de naturalidad la estampa de un Obispo bebiendo "de bota" en las jornadas de Javier: la bota de vino en la comida campestre es el vaso o la copa de la mesa de un hotel. Pero no me gustaría, ciertamente, que el informador gráfico escogiese, para su intento, precisamente la fotografía de determinada persona en el momento en que ésta ingiere su vaso de vino o saborea su copa: no me parecería "oportuna". Por eso, no me lo parece tampoco la que publica hoy en sus páginas, aunque vayan esclarecidas esas escenas con sus agudezas en "Cartas a Lolita". ¿No le parece a usted que nuestro Sr. Arzobispo no necesita, por una parte, de ese "reclamo" y, por otra, puede haber mucha gente a la que no le agrada esa publicidad? Con la libertad y el afecto de siempre, suyo afftmo. Carmelo Velasco*³.

El Pensamiento Navarro, periódico al que estaba suscrito desde sus años peralteses por coincidir con su lema ideológico de "DIOS, PATRIA, REY", le comunica lo siguiente: *Sr. D. Carmelo Velasco Moreno. Dormitallería 5. Pamplona. Rvdo. Sr. nuestro: Nos es grato poner en conocimiento de Vd. que en sesión celebrada el día 10 de mayo por el Consejo de Administración de Editorial Navarra S. A. propietaria del periódico, se tomó el acuerdo, y esperamos su conformidad, de nombrarle Asesor Religioso del mismo, a la vista de los muchos servicios que nos ha prestado con su pluma y con su consejo. Lo que me es grato trasladar a Vd. Le saluda muy atentamente (Firma ilegible)*⁴. No se hizo esperar la contestación afirmativa del interesado, como se colige de la nota escrita a máquina en la carta anterior para tener constancia del hecho: *Hablo de función, que ya vengo realizando; y de cargo que no tendré inconveniente en aceptar "si este deseo de ustedes es aceptado y hecho realidad por mi Sr. Arzobispo"*. Como se aprecia, una vez más actuó jerárquicamente.

5. Retirado en las Hermanitas de los Pobres

Cuando Carmelo percibe en el año 2002 que las fuerzas le van fallando, y que no puede seguir viviendo solo en el piso de la calle Dormitallería, donde durante tantos años ha sido atendido por sus hermanas Guadalupe y Dolores, liquida todas sus pertenencias mobiliarias y, sobre todo, su biblioteca de espiritualidad, que dona al seminario, e ingresa en la residencia de las Hermanitas de los Pobres de la avenida de Guipúzcoa. Así estará junto a su hermana Dolores, que ya estaba allí desde hacía tres años. De lo contrario hubiese ingresado en la casa sacerdotal de la plaza de santa María la Real, a donde ya acudía a mediodía para el almuerzo. En esta su época de soledad, antes de ingresar en la

residencia, yo me llegaba hasta Pamplona algunos viernes por la noche, para pasar el fin de semana con él. Solíamos ir a comer al restaurante Iruña de la plaza del Castillo. Al llegar desde Valencia en la madrugada del sábado, lo encontraba siempre rezando en la penumbra de la capilla del Santísimo de la catedral, situada entonces en el altar del trascoro, dedicado a san Benito. En una ocasión, mientras esperaba que terminase de orar, sentado en los bancos catedralicios, escribí lo siguiente:

Mi tío cura

Por la calle de la curia
subiendo va una sotana,
es inequívoca señal
de estar ya franqueada
la puerta de la catedral.
Siempre me han disgustado
el diseño y las hechuras
de su robusta fachada:
una horizontalidad
de neoclásica factura
frente a la ansia de volar
de sus góticas ojivas
con polícromos vitrales.
El claustro es para soñar,
transidas sus nervaduras
de clara luz cenital,
calando las celosías.
Al penetrar en la nave
huelo a piedra recién limpia,
a cánticos de salmodia,
y a luz de cirio pascual.
Hay paz en mi alma arrobada
y anhelos de eternidad,
cuando voy hacia el encuentro
de alguien que está rezando.
En el altar de san Benito,
del obispo Sandoval,
monástico y episcopal,
situado en la girola,
una persona querida
está de hinojos orando,
cuerpo y alma genuflexos:
es don Carmelo Velasco,
mi tío cura medita.

Durante los tres años que permaneció viviendo solo en el arcedianato, siguió haciendo vida normal, asistiendo al coro catedralicio, aunque no le obligaba su asistencia, y atendiendo al confesonario. Una vez ingresado en la residencia, y mientras tuvo fuerzas, ayudó al capellán en sus funciones y siguió predicando a las monjas el retiro mensual, que durante más de veinticinco años seguidos les había dirigido.

El siete de septiembre de 2004, Fernando Sebastián Aguilar, arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, le enviaba la siguiente nota: *Querido Don Carmelo: He tenido noticia de que encuentra alguna dificultad para el rezo del Oficio de Lecturas del Breviario. Con mucho gusto le concedo la dispensa del mismo con la condición de que rece una parte del Santo Rosario por las intenciones del Santo Padre. Reciba un cordial saludo. Afmo.* (Y la firma del obispo). Las dificultades físicas fueron en aumento, pero él seguía cumpliendo con el rezo de las demás partes del oficio divino no dispensadas.

Hasta que un sábado de finales de noviembre, después de comer, cuando iba a cambiar de breviario para rezar las primeras vísperas del primer domingo de Adviento, se agachó para cogerlo de la parte inferior de su armario, y ya no pudo levantarse. Estuvo tumbado varias horas en el suelo, hasta que se percataron de su ausencia al no bajar a cenar. A partir de este accidente aparentemente insignificante, empezó un declive que fue en aumento tanto física como mentalmente, y así durante casi tres años.

En mayo del 2006, la inminente reestructuración de la residencia de ancianos de la avenida de Guipúzcoa obligó a las Hermanitas a recolocar a los residentes acogidos en ella en otras casas suyas de diferentes provincias. El señor arzobispo, después de consultar a los familiares, y ante el estado de semiinconsciencia de don Carmelo, no consideró esta medida adecuada para él y determinó que fuera ingresado en la Casa de la Misericordia de Pamplona, ubicada en la Vuelta del Castillo, que tiene excelentes medios asistenciales y abundantes médicos.

Antes de llegar a esta situación y después de la muerte de su hermana Dolores, hizo testamento legando sus ahorros, que no eran pocos porque había vivido pobremente, a "mi Madre la Iglesia Diocesana", decisión que aplaudimos quienes tuvimos ocasión de enterarnos.

Durante los dos años en que permaneció Carmelo en este estado psíquico, continué subiendo a verle a Pamplona, comprobando con los demás familiares que no le faltase de nada. Sus recuerdos y sentimientos, habitualmente adormecidos en su inconsciente, salían a flote ante el estímulo de mi presencia, muchas veces acompañados de lágrimas en sus ojos y de unas palabras que no acertada a articular, pero que yo intentaba adivinar. En más de una ocasión le entonaba el comienzo de alguna melodía gregoriana, y él la continuaba hasta el final perfectamente, volviendo a su estado agnóstico una vez acabada.

Daba verdadera pena ver cómo se iba apagando su mente a la par que deteriorándose su cuerpo. Durante todo este tiempo permaneció en silla de ruedas, porque su debilidad no le permitía caminar. Lo que nunca se deterioró fue su temple y su temperamento, aun en los momentos menos conscientes. Por ello nunca permitió que le bañasen o cambiasen la ropa interior monjas o enfermeras, teniendo que hacerlo siempre varones, tanto cuando estaba en las Hermanitas como en la Casa de Misericordia.

6. Muerte, exequias y obituario

Junto al acta de nacimiento, en el libro-registro correspondiente del archivo de Peralta, aparece esta nota: *El inscrito D. CARMELO VELASCO MORENO falleció el día 9 de junio de 2007* ⁵. Murió a las 10,45 de la noche. Le faltaban un mes y tres días para cumplir los

noventa y tres años de edad. El día diez, su cadáver estuvo expuesto en el tanatorio Irache, para que los muchos sacerdotes y laicos acudieran a darle su último adiós. Y el día 11 lo enterramos a la una del mediodía en el panteón de los canónigos de Pamplona, siguiendo sus deseos. Allí se encontraban ya los cuerpos sin vida de amigos y compañeros suyos de cabildo: su gran amigo Jesús Urdín, Juan Ollo, Agustín Arbeloa y otros muchos.

Ese mismo día, a las veinte horas, se celebró en la catedral un solemne funeral presidido por monseñor Fernando Sebastián, con el que concelebraron unos sesenta sacerdotes. Como introducción, el vicario general, Luis M^a Oroz Arraiza, leyó a los fieles que llenaban las naves catedralicias la hoja de servicios prestados a la archidiócesis por el canónigo difunto. El propio arzobispo seleccionó personalmente la primera lectura bíblica que mejor cuadraba a la vida del finado, y me invitó a leerla. La celebración de esta misa fue uno de los últimos actos solemnes del pontificado de este insigne prelado, porque tres meses más tarde el papa aceptaba su renuncia a la sede de san Fermín, que le había presentado tres años antes al cumplir la edad reglamentaria de los setenta y cinco años. La homilía fue elocuente y emotiva, glosando monseñor Sebastián la autenticidad de la larga vida sacerdotal de don Carmelo, que había concitado allí a tantos hermanos del clero y del pueblo en la fe y la esperanza. Además de la alocución del arzobispo, el rector del seminario, al final del funeral, quiso añadir la siguiente oración fúnebre que, con algunas modificaciones y añadidos, publicó en La Verdad y en otros medios don Valentín Eguilaz Ortigosa, sucesor de Carmelo Velasco en la dirección de Misión Diocesana:

Queremos compartir con vosotros, hermanas y sobrinos, amigos de Peralta, como familia Diocesana, el dolor por la muerte de don Carmelo. Y también el consuelo de la fe y la esperanza en el Dios de la Vida, al que tantas veces adoró, celebró y anunció. San Pablo resume el ministerio sacerdotal diciendo: “Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios”.

Agradecemos a Cristo, Buen Pastor, el haber dado a don Carmelo sesenta y ocho años de vida sacerdotal. Y le ofrecemos toda su vida. Una vida entregada, como siervo bueno y fiel, al servicio de Dios y de los hermanos. Se la ofrecemos con el cortejo de alegrías y penas, de sacramentos celebrados, de tantas personas escuchadas, instruidas, ayudadas y atendidas, de acciones buenas. Con los entusiasmos que ha vivido y también con sus limitaciones y pecados, que estamos seguros Dios habrá perdonado ya. Su vida es para nosotros ejemplo de entrega, honradez y espíritu misionero.

Damos gracias a Dios por su amor incondicional a la Iglesia: Iglesia diocesana e Iglesia misionera universal. Vivió para el Señor. Quiso servirle con fidelidad. Ahora le devolvemos nuestro agradecimiento convertido en oración. A Santa María la Real, de quien siempre se sintió devotísimo hijo, le pedimos que le muestre a Jesús, para gozar con Él como resucitado. Descanse en la paz de nuestro Padre Dios, y que su vida entregada al servicio de la Iglesia tenga muchos seguidores entre nosotros. Nuestra Iglesia Diocesana le debe mucho. Así lo confieso con agradecimiento y admiración⁷.

A los pocos días, el 22 de junio, se celebró una misa cantada en la parroquia de Peralta con asistencia de los familiares y multitud de feligreses que llenaron la amplia iglesia. En la homilía, el párroco Javier Leoz glosó con bellas citas bíblicas la semblanza espiritual de su predecesor, por el que elevaba al cielo la siguiente acción de gracias: *Quiero dar*

gracias a Dios. De él nos viene todo don, también nos vino el don de este presbítero, que acogió la llamada del Señor para vivir la vida sacerdotal, siendo testigo del Evangelio con sus palabras y con sus obras, y que vivió con desvelo y entusiasmo los gozos y las inquietudes pastorales de nuestra Iglesia particular. Gracias a todos los que en su vida le ofrecisteis vuestra cercanía, ayuda y afecto. Gracias a vosotros, sus familiares. Gracias a los hermanos y sobrinos que tanto le habéis querido y le cuidasteis con todo esmero y cariño...

Don José María Lorenzo Amelibia, formado en el seminario de Pamplona, tiene un libro virtual titulado EJEMPLOS DE VIDA, en el que escribe sobre tres sacerdotes que conoció y que, según confiesa, influyeron mucho en él. Uno de ellos es Carmelo Velasco Moreno. Con su permiso reproduzco aquí lo que escribe de él, palabras que repite al cumplirse un año del tránsito de este mundo. Según mi opinión, son las verdades más exactas y elocuentes de cuantas se han dicho después de su muerte. Omito solamente las líneas biográficas, por ser ya conocidas.

Cuando me he enterado del tránsito al seno de Dios de don Carmelo Velasco Moreno, me he dicho: mucho y muy bueno debiéramos escribir de él, pero redactar tan sólo unas líneas casi me resulta enojoso. Mi deseo sería dedicarle un libro entero, investigar un poco en su vida que me parece apasionante, tanto desde el punto de vista pastoral como psicológico y humano. Don Carmelo ha sido un hombre profundo en su piedad y en su pensamiento, brillante en su inteligencia, de carácter ascético, temple de acero, amante de la soledad y del estudio, deseoso siempre de ayudar en cualquier campo católico. A la vez de rostro un tanto serio pero incapaz de traicionar a nadie; y en el fondo de su corazón era profundamente humano y sereno. Inspiraba confianza, a pesar de que hubo muchos que no supieron comprenderle y se quedaban un poco en su corteza externa, juzgándolo –a mi parecer sin razón– distante y algo huraño. ¡Nada de eso! [...].

Lo conocí en la década de los cincuenta. Llegaba al Seminario de Pamplona en un momento delicado. Habían muerto dos grandes directores espirituales jesuitas con fama de santidad: los padres Cándido Arbeloa y Luis Latasa. Era difícil la papeleta que le aguardaba a nuestro don Carmelo, al verse obligado a tomar el relevo de estos dos grandes hombres de Dios. Y supo hacerlo bien. Desde el primer momento puso las cosas claras en su misión: lo suyo era trabajar a tiempo y destiempo por la santidad de sus seminaristas. Nos dio ejemplo de austeridad y sobre todo de piedad sólida. Nos comentó a fondo, en un gran número de pláticas, todo el libro de “La Vida Interior” de José Tissot. Es un manual que parece árido, pero oído exponer por un hombre de la claridad de conceptos de Velasco, se nos hacía claro e incluso bello. ¡Cuántas veces lo voy leyendo en mi vida gracias a tan elocuente expositor! De este libro sacaba él mismo fuerza para seguir su vida ascética hasta las últimas consecuencias.

Don Carmelo supo formar a varios cientos de seminaristas en la fidelidad al dogma revelado y en el amor a la Iglesia. Parece que todavía le oigo hablar: “Seminaristas: primero hombres, después cristianos, y sobre esta base, sacerdotes”. Tenía una maestría especial para ayudar a sus dirigidos a superar algo que abundaba en aquellos tiempos: los escrúpulos de conciencia. Y lo hacía de una manera científica, tan bien o mejor que cualquier psicólogo titulado. Se servía –según me contó– de un libro francés del padre Eymie, titulado “La obsesión y el escrúpulo”, pero era sobre todo la confianza y seguridad que ofrecía su persona lo que más ayudaba a curar esta enfermedad.

Formaba parte del cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Pamplona, como canónigo. Sé que durante toda su vida ha atendido con gran corazón al Instituto Secular de la Alianza de Jesús por María. Mucho ha ayudado a los misioneros diocesanos que andan por el mundo. Él publicó la pequeña revista de información “Nexo”. Algo muy útil para los misioneros navarros, pues les informaba al detalle de todo cuanto sucedía en su diócesis. Con esta ayuda se sentían siempre vinculados al entorno de su formación. Y es que Velasco, además de todas sus cualidades, mantuvo siempre un espíritu misionero. Fomentó en sus tiempos de Seminario los grupos “Javier” para bien de la Iglesia de misión. Los siguió desde aquí con su mirada de entrega y con solicitud de padre y pastor. Hablar de misión diocesana y de don Carmelo era todo uno. Su ayuda, sí, era espiritual y también económica y social. Se sentía feliz al constatar cómo los enviados a la misión se encontraban arropados con toda la ayuda que les proporcionaba. Imbuía en todos cuantos estaban en su entorno el auténtico espíritu sacerdotal.

Estas líneas las escribo a vuela pluma. Y que me perdone don Carmelo porque él se merece un libro. Yo hoy me encuentro con poca fuerza para escribirlo; por eso, que estas pobres palabras te sirvan, don Carmelo, un poco de homenaje. Es la primera vez que empleo el “tú”, para dirigirme a este santo sacerdote. Me dijeron que era el único cura de la diócesis a quien el Arzobispo Cirarda le decía de usted. Porque don Carmelo siempre ha infundido mucho respeto. ¡Del bueno, claro!

Don Carmelo ha sido modelo de entrega a la Iglesia de espíritu misionero, aun sin haber ido a misiones. Modelo de fidelidad a la verdad y de obediencia a los superiores, a quienes respetó como verdaderos representantes del Señor. Por mi parte lo considero como el último de mis padres en la fe, en el sentido de que es quien durante más años me ha acompañado en este mundo hasta 2007⁸.

Al agradecerle yo personalmente que se hubiera acordado de mi tío Carmelo, publicando lo anterior en el semanario La Verdad, me envió el siguiente e-mail: Gracias por la carta que me escribes. Y doblemente gracias porque queda en el mundo algo de él en tu persona y en otros familiares. Sabes que don Carmelo tenía una corteza dura, como la nuez, pero su ser era aún mejor que la de este fruto. Siento que no fueran muchos los que de verdad supieran agradecerse a este Siervo de Dios. Es que si don Carmelo hubiera sido un temperamento del estilo de su amigo don Javier Osés, el obispo, hubiera llegado a las cumbres más altas de la Iglesia. Pero lo importante es que nos bendice desde el Cielo. A mí me dio seguridad en mi vida, confianza en mí mismo. Gracias a él soy una persona –perdón por el exceso de autoestima– de valía por encima de lo común.

De los casi noventa y tres años vividos por Carmelo Velasco Moreno, que sobrepasaron incluso las bodas de diamante con el sacerdocio, hay que consignar los cinco años como monaguillo, los doce como seminarista, los otros doce pastoreando la grey cristiana de Peralta, primero como coadjutor y después como párroco, los quince de labor formadora y directiva en el seminario, los cincuenta y cinco de canónigo de la catedral de santa María la Real, los cuarenta y uno de inquietudes y trabajos por las misiones y por los misioneros⁹, los cinco como director de la Escuela de Magisterio de la Iglesia y, finalmente, los últimos de su vida, dedicados a ancianos como él en las Hermanitas de los Pobres y a preparar su partida al Padre, sin contar otros tiempos gastados en encomiendas diocesanas y en defender con su pluma las verdades de la fe y la moral cristianas

NOTAS:

1. Archivo municipal de Peralta. Registro civil. *Libro de nacimientos 1914*, fol. 47.
2. Cf. *Avanzada. Boletín informativo de la Misión diocesana de Navarra*, núm. 20, mayo 1999, pág. 9 y ss. Hay abundantes testimonios de misioneros y fotografías.
3. Diario de Navarra, 18 de marzo de 1968.
4. El Pensamiento Navarro, 8 de junio de 1977.
5. Se inscribió su defunción en el t. 1.020, pág. 378, del registro civil de Pamplona el 13 de junio de 2007.
6. Nuevo Testamento. *Cartas de san Pablo* (1 Co. 4,1).
7. La Verdad, semanario de la Iglesia en Navarra, núm. 3.668, 29 de junio de 2007. - Del mismo autor, Diario de Navarra, *Obituario, Carmelo Velasco, sacerdote, canónigo de la catedral de Pamplona*, junio 2007.
8. Íd., núm. 3.709, págs. 40 y 41: *In memoriam, Carmelo Velasco Moreno*, 6 de junio de 2008.
9. Íd. de 12 de diciembre de 2008. Agustín Eguilaz insiste en el artículo *Hemos recibido una herencia de gracia* en la labor desarrollada en pro de la Misión Diocesana por Carmelo Velasco. - El mismo número de esta revista reproduce un artículo de cuando don Carmelo era director de la Misión Diocesana, con el título: *Ideario y espíritu de los equipos Javier*, págs. 32 y 33.



14. Don Carmelo Velasco en el despacho parroquial de Peralta en 1946.



15. El recién estrenado canónigo Carmelo Velasco y su madre Isidra Moreno en el claustro de la catedral de Pamplona el 25 de julio de 1952.

CAPÍTULO XIII: HECHOS Y DICHS DE ALGUNOS PERALTESES

1. Un hombre cercano a mi familia

Trato de describir brevemente en este capítulo una serie de personas de Peralta que durante mi infancia estuvieron cercanas a mi vida por motivos de oficio o convivencia. No las he seleccionado en modo alguno, sino que, conforme iba escribiendo, afloraban en mi recuerdo a hilo de algunas frases que les oí o al repasar hechos aislados que me las recuerdan. Ni están todas las que fueron ni he intentado que lo estuvieran. Así que me ahorro el pedir disculpas por olvidos involuntarios, como manda el manual. Ahora bien, mi agradecimiento va para todos, y hacia todos guardo todavía la ternura de aquellos años de pantalón corto. Al tratarse de personas ya desaparecidas, su recuerdo se torna a veces enigmático y difuso. Por eso mi intención es que estos peralteses vuelvan a la vida en estas páginas tal y como fueron, para recordatorio de los que los conocieron y para noticia de los que nunca supieron de su vida. A todos por igual podemos calificar de ilustres y populares, porque lo fueron en su trabajo y en su ambiente social. Estuvieron en la boca y en el corazón de sus vecinos, unas veces para bien, y otras, marcados por la incompreensión. Pero todos dieron lustre al pueblo y por eso merecen que el pueblo los recuerde.

Menciono en primer lugar a **León Villafranca**, cronista popular, de apodo *Carranclena*. Fue un peraltés delgado y huesudo, con cierto porte seráfico de laico franciscano. Su trato resumaba bondad. Según tengo entendido estudió algunos cursos de la carrera eclesiástica. Tales estudios le iniciaron en las aficiones culturales y literarias que mantuvo durante su vida. En su juventud marchó a América en busca de fortuna, pero volvió sin ella.

Yo le conocí y traté en su ancianidad, cuando tanto él como yo vivíamos en Zaragoza en la década de los cincuenta del siglo pasado. Mi madre decía que pertenecía a la familia de los *Feos*, su apodo peraltés. Era viudo, y sus hijos, si los tenía, ya no estaban con él. Habitaba el último piso de una casona con cuatro alturas de la calle Miguel Servet, en el barrio zaragozano de san José. Un tranvía verde y blanco me dejaba por 20 céntimos a la puerta de su domicilio. Resultaba una excursión gozosa en mis años de adolescente y en los de mis hermanos menores que me solían acompañar cuando, recién instalados en Zaragoza procedentes de Azagra, todavía no estábamos acostumbrados a las distancias y a los medios de transporte capitalinos.

En la soledad de su casa le acompañaban constantemente los recuerdos de su Peralta natal. Aunque nosotros no éramos precisamente los interlocutores más adecuados, se alegraba de tenernos un rato en su casa. Hablábamos con él, o mejor dicho, él hablaba con nosotros, sentados en una larga galería abierta desde donde se divisaba un campo suburbial, regado por el río Huerva, cercano ya a su desembocadura en el Ebro. Casi siempre nos sorprendía con algún postre elaborado por él al estilo de Peralta: torrijas, bizcochada, arroz con leche...

Y cuando se acercaba por nuestra casa algunos domingos para pasar el día con nosotros, hablaba con mi madre de las viejas tradiciones y costumbres de Peralta. Le gustaba contar sobre todo el modo de vida de los peralteses de finales del siglo XIX y

principios del XX, como él lo recordaba siendo joven. Empleaba en ello palabras coloquiales tan castizas como *salchucho* y *chandrío*, sinónimos de estropicio, y otros muchos términos locales que no recuerdo. Alardeaba de su prodigiosa memoria recitándonos largas listas de apodos peralteses. Sacaba de su cartera de mano, que siempre llevaba encima, papeles pulcramente escritos que leía en las sobremesas que mantenía con mi familia, mientras nos reíamos con los motes peralteses y los hechos que contaba. En su afición como cronista, se había entretenido en redactarlos entretejidos con los distintos meses del año. Un día nos dijo que depositaría todos sus papeles en el ayuntamiento de Peralta, porque presentía que se iba a morir pronto y no quería que se perdiera su esfuerzo literario de tantos años. Transcribo lo que escribió del primer mes del año, según lo he encontrado en el archivo municipal con el título *Costumbres y anécdotas de primeros de siglo*, refiriéndose al pasado siglo XX:

Enero de 1890. Mes de grandes heladas. Entonces las gentes eran precavidas y para templar los ardores del estío llenaban un pozo que había a la salida del pueblo, cuyo término si mal no recuerdo se llamaba “Espartete”; lo llenaban del hielo que, una noche tras otra helando, se hacía de cinco centímetros de grosor. Allí se juntaban a apisonarlo Zarrabute, Alcaldillo, Vasija, Arpavieja, Vinorria, Aragonés y Tablaycuba. Todos los apisonadores solían entonar esta canción: Si vas al pozo de hielo / no digas que tienes frío, / que te dirá el capataz: / “jódete y no haber venido”. Por lo regular los domingos y días festivos de este mes los jóvenes nos bajábamos al Paseo a jugar al “Pará” y a los prohibidos.

*Aún me parece estar viendo
en el sentil del Paseo
al cojo de Camardiel
jugándose los dineros.
También estaban Pelotas,
Coche y el Agualojero.
Y Chupacha y el Truquillo
vienen por el Bajadero
con Vasija y el Merdero,
y cobraban el barato
Enegato y un Yesero.
Entonces llega un ministro,
le llaman Piernaslargas,
y todos muy apurados
emprenden la retirada.
Al escapar corriendo
por detrás del matadero,
vimos a uno que estaba
con los “tres ojos” abiertos.
Así hablaba el Baratero:
“Al que se mueva lo mato,
pues yo puse la baraja.
Si no me hacéis ningún caso,
aquí tengo mi navaja,
porque yo cobro el barato
en las chapas y el “Pará”.
Y cuando yo “ahura” digo:*

*¡salga el acero a brillar!,
soy más cortante que él mismo,
como hijo del Enegato
y sobrino del Perrero ¹.*

2. Dos próceres ilustres

Félix Sagardía era ya octogenario cuando le conocí. Vivía en una casa grande de dos plantas, orientada al paseo del Arga con amplios balcones. Veía su figura patriarcal por la calle disfrutando del sol invernal de los mediodías ribereños. Con su barba y cabello blancos, se detenía al pie de las enormes acacias que bordeaban el río, para charlar amigablemente con las gentes que volvían de faenar en el campo.

De familia de militares, llegó en su carrera a teniente coronel. Participó en la fortificación de las islas Canarias. Aficionado a la caza, poseía un coto de gran extensión en la dehesa de la sierra de Peralta, en el que empleaba sus mejores ocios. A los 81 años aún se le veía cruzar el pueblo en un antiguo coche de caballos, camino de Funes. Allí recogía a otro empedernido cazador, Bernardino Osés, amigo suyo y panadero de oficio. Juntos recorrían el monte acechando y cazando las especies propias del lugar y de la temporada.

Cuando andaba yo por los diecisiete años, murió él con más de 90 un 30 de abril de 1957. De esa fecha son estas líneas que escribí en mi diario de juventud, al enterarme de su deceso: *Ha muerto don Félix, con su desaliñada barba de chivo, cansado de recibir “in articulo mortis” la extremaunción. ¡Cuántas veces en mi niñez, al compás rítmico del rechinar de la hojarasca otoñal y del crujido seco e hiriente del hielo de enero, he cruzado el dédalo de callejas y el arco del Portal viejo, para acompañar al sacerdote que le llevaba la comunión desde la parroquia a su casa! Robustecía así su fe de buen cristiano antes de saltar el cerco de la otra vida, que tanto se le retrasaba.*

Si en todos los otoños se desprenden las hojas de las acacias del Paseo y desborda el Arga sus níveas aguas llegadas al final del invierno, en la misma estación anual advenía sobre la morada de don Félix el presentimiento de una muerte inminente. Pero el nonagenario surgía en primavera de su cama cada vez más corto de cuerpo y más largo de esperanza, desafiando en la canícula con aire batallador a los pasados achaques invernales.

Pero el viejo patriarca, hoy que los árboles apuntan ya sus botones germinales, ha marchado cuesta arriba, definitivamente, hasta el Paseo del Arga eterno. Aquél que todo lo dispone y todo lo puede, ha querido transplantar el alma de este guerrero a las sierras eternas de perpetua caza. Ya no necesitará el devenir de las estaciones benignas para pasear al sol del mediodía en el cielo.

A **Arturo Azpíroz Barcos**, abogado en ejercicio en Pamplona, no lo traté personalmente porque mi mundo infantil no llegaba a su altura profesional. Lo veía en la parroquia cuando venía al pueblo de tarde en tarde. Sin embargo su presencia era constante en boca de las madres de mis amigos, que lo ponderaban a sus hijos como ejemplo a imitar en el estudio.

Además de abogado, fue notario, miembro del Tribunal Administrativo de Navarra y teniente alcalde de Pamplona. Estudió durante muchos años para cura en el seminario conciliar, beneficiándose de las becas de Peralta, pero finalmente abandonó la carrera eclesiástica para cursar abogacía civil.

Esto cuenta un seminarista condiscípulo suyo: *Era el premio del curso, es decir el número uno en los estudios. Cuando me hizo la confidencia de que se disponía a abandonar el Seminario, me entró una gran congoja ya que perdíamos un gran talento. Me atreví a decirle que lo pensara bien, porque en su casa, de humildes artesanos, no le podían ayudar para hacerse con otra carrera. “Pues aunque tenga que pedir limosna para abonar la matrícula y comprar los libros, yo estudiaré”, me contestó. En un tiempo record convalidó los estudios eclesiásticos por los del bachillerato, e hizo Derecho con las mejores calificaciones. El periódico de difusión nacional El Debate publicó su fotografía, presentándolo a los lectores como modelo de joven estudioso. Reportaje que reprodujo en inglés un periódico de California².*

Políticamente, profesó el entusiasmo tradicionalista propio de la Navarra de aquel tiempo. Llegaron a ofrecerle durante el franquismo ser gobernador civil de una provincia española, pero declinó tal honor con la mayor honestidad. Su bufete de Pamplona alcanzó gran renombre y fama, siendo un paladín de las causas justas y un defensor imparcial de ricos y pobres. Estos tuvieron en él un consejero y defensor a ultranza.

Nunca olvidó su origen humilde. Mantuvo con sus familiares y su pueblo un trato constante y cariñoso. Hasta el final de su vida permaneció fiel a sus profundos sentimientos religiosos y convicciones políticas. Su piadosa hermana, Petra Azpíroz, a quien yo también admiraba, tenía idéntica talla intelectual e igual talante moral en medio de una vida sencilla.

3. Tres peralteses adoptivos

Fernando Pérez de Camino y Palacio fue un hombre alto, de recia complexión física, con cierto empaque y gran personalidad. Cuando vino a Peralta para hacerse cargo de la notaría traía ya cuatro hijos, todavía pequeños. En los trece años que permaneció aquí le nacieron seis más. Por eso a su esposa, doña Amelia, yo la recuerdo siempre gestando o criando, sin darse un respiro.

Era costumbre entonces bautizar a los niños al segundo día de haber nacido o, como muy tarde, al tercero. Pero don Fernando esperaba hasta que, recuperada su esposa, pudiera acudir ella también al bautizo. En mi oficio de monaguillo, veía yo que, después de ser cristianado el infante en el baptisterio, se adelantaba el señor notario con su hijo en brazos hasta el altar mayor y, elevando en sus brazos al neonato, se lo ofrecía a la Virgen de Nieva, en un gesto inusual que nadie más lo practicaba en el pueblo.

Vivía con su numerosa prole en un piso muy amplio, con grandes balconadas a la carretera de Irurzun, donde también radicaba la notaría. Las salas notariales y las habitaciones particulares se comunicaban entre sí, dando la vuelta a toda la vivienda, en torno a una enorme escalera central. Los hijos mayores, disfrutaban de un hermoso cuarto de juegos, exclusivo para ellos, situado al otro extremo de la notaría, y allí nos llevaban a

jugar a los amigos. A veces, a media tarde, en mitad de nuestros juegos, don Fernando nos visitaba para vernos durante unos minutos. Cuando desde mi domicilio, situado en una esquina de la calle Mayor, enfrente de la calleja Matapadres, yo lo veía ir hacia la parroquia, su gran estatura y el halo de su personalidad llenaban ampliamente la estrecha vía.

Sus dos hijas mayores, hoy religiosas de la Compañía de santa Teresa, me han completado gustosas esta breve silueta biográfica: *Mi padre era madrileño, el primogénito de siete hermanos, a los que ayudó a salir adelante tras la temprana muerte del suyo. Estudió Derecho, y en Valencia sacó las oposiciones a Notarías. Los lugares en los que ejerció su carrera fueron, cronológicamente, Lucena del Cid, Peralta, Villanueva de los Infantes, Campo de Criptana, Albacete y Madrid, donde murió. Sus trece años de residencia en Peralta, el lugar donde más tiempo permaneció, fueron decisivos para su formación cristiana y su vivencia apostólica, integrado en las actividades parroquiales.*

Si tuviera que resaltar algunas facetas que siempre descubrí en él, te diría: su honradez, su integridad moral y sentido del deber, además de la entrega profunda a su familia. No sólo a mi madre y a nosotros. Fue siempre un poco el padre de todos: sus hermanos, primos, amigos... Esto le suponía mucha dedicación, tiempo y esfuerzo. Él lo sabía. En algún momento le pesaba. Pero siempre seguía dispuesto. A la vez era social, con gran sentido del humor madrileño. Le gustaba mucho el deporte. Creo que en Peralta llegó a ser directivo del Azkoyen ³. Hasta aquí la carta de Amelia, que mucho le agradezco.

Cuando don Fernando se marchó a otra notaría buscando mejores perspectivas, todavía no había cerrado el cupo de los nacimientos de sus hijos. El que hizo el número undécimo y último nació en Villanueva de los Infantes. Con su marcha, Peralta perdió un excelente profesional y yo dos buenos amigos, más o menos de mi edad, Fernando y Julián.

Cantidad de detalles avalan la autenticidad y entrega de su vida a los suyos, a Peralta y a sus gentes. Y yo lo puedo afirmar con mis recuerdos de niño observador. A los hijos que le nacieron aquí supo infundirles amor a su pueblo. Me consta que se sienten peraltenses aunque vivan lejos. Antes o después, vuelven en alguna ocasión y traen a los suyos, cumpliendo lo que dice la jota: *Si naciste en Peralta, / peraltés siempre serás, / y por mucho que te alejes, / siempre a Peralta amarás. / El amor que dentro llevamos / al pueblo que nos vio nacer, / las raíces tiene tan hondas / que no se pueden romper ⁴.*

El médico **Jesús Zaldo Suescun** fue un hombre serio, bondadoso, con fama y clientela de buen profesional. Poseía además un don especial con el que se granjeaba la amistad de los niños. En esa suave atracción humana, y en su experimentada ciencia, radicaba buena parte del éxito de su trabajo. Hombre de fe y de obras, participó en la vida social del pueblo dando charlas formativas organizadas por la parroquia.

En su casa frente al puente, con forma de proa de barco, tenía instalado el consultorio, uno de los dos que había en Peralta. Entre las consultas y sus muchos hijos, había siempre en el domicilio de don Jesús un gran trasiego de personas,

Además de atender la consulta, visitaba diariamente a sus enfermos impedidos. Resultaba cariñoso su saludo invariable con los niños: ¿Cómo está el caballere? De

entrada ya daba seguridad y confianza al pequeño que miraba al médico con más miedo que respeto.

Al hacerse mayores sus muchos hijos, don Jesús se trasladó con la familia a Pamplona. Pasados varios años, me encontré cruzando el parque de la Medialuna pamplonesa con su hijo José Félix, que se dirigía a la clínica de la Cruz Roja, donde su padre se debatía entre la vida y la muerte. Me invitó a visitarle. "¿Cómo estás, caballere?", fue el saludo que me dirigió al verme entrar en su habitación. Al despedirme de él, me estrechó la mano insistentemente con sus escasas fuerzas. Yo se la besé, bajando la cabeza para que no viera lágrimas en mis ojos, como cuando, de niño, me administraba aceite de ricino por algún empacho. Ya no salió vivo de la clínica. Al conocer su deceso, le dediqué este breve romance, en pleno sarampión literario de adolescente:

Al médico Jesús Zaldo

Gracias, mi querido don Jesús,
por tus cariñosas manos,
por tus saludos amables,
por tus múltiples cuidados,
por tus constantes desvelos
de galeno sabio y avezado,
por tus prudentes consejos
de caballero cristiano,
por trasladarme a Pamplona
en tu coche hasta el quirófano
entre la vida y la muerte
por un apéndice estragado,
por los juegos frente al Arga
con mis amigos "los Zaldo",
José Félix y Francisco Javier,
tus dos hijos bien amados,
en dos terrazas muy altas
de tu domicilio tan amplio,
por tanto bueno que diste
a este tu pueblo adoptado.
Gracias, gracias, don Jesús,
por tus cariñosas manos,
que reposan hoy ya muertas
sobre tu yerto regazo.

Don Miguel Martínez era el otro médico titular del pueblo en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX. Me parecía, y sin duda lo era, un hombre serio y responsable, consciente de lo que se traía entre manos: la salud de medio pueblo. A su consultorio de la carretera de Irurzun acudía también mucha gente.

Y como nadie se escapaba por entonces en Peralta sin el consabido mote, a don Miguel le apodaron *Mediquín* o *Mediquillo*, aludiendo cariñosamente a su pequeña estatura que yo, como niño que era, no la consideraba tal. En cambio, su profesionalidad médica era de altura. Yo no lo tuve asignado como médico de cabecera, por eso no lo traté con tanta familiaridad como a don Jesús, pero sí mantuve y sigo manteniendo amistad con Pilarín,

una de sus dos hijas, que siempre me distingue con un trato deferente y cariñoso, al ser muy amiga de mis tías Julia, María y Gloria Velasco Troyas, cuyo domicilio está aledaño al suyo. Don Miguel se jubiló en el pueblo, cargado de años, de méritos y del afecto de sus pacientes.

4. Cuatro amigos mayores

Carlos Asín García era unos años mayor que yo. Desde pequeño su corazón se resentía. Él lo supo en plena adolescencia, pero su aparente fortaleza física no le ayudó a comprender que sus días iban a ser breves. Más de una vez cogía mi pequeña mano y la posaba sobre su pecho para que apreciase sus arrítmicos y desbocados latidos, comparándolos con los míos, débiles y rítmicos, al tiempo que se reía con cierto aire de superioridad. Yo creo que se sentía feliz siendo distinto a los demás, sin sospechar que la diferencia fundamental con los otros se agazapaba como una solapada muerte anunciada.

Resultaba a un tiempo guapo, altanero, serio y simpático, amante del deporte pero cada vez más imposibilitado para practicarlo. Fue para mí un buen maestro de las cosas de la vida, que los niños mayores enseñan picaronamente a los más pequeños sobre todo en los ambientes rurales. Y se lo agradezco porque sé que otros tuvieron en estos asuntos maestros más perversos.

En plena juventud pasó por su casa el ángel exterminador con espada de fuego, y Carlos aceptó la muerte dignamente. Había alcanzado en su último año de vida una entrañable amistad con Dios, que le llamaba tan pronto, muriendo abrasado por la fiebre de amor a Él.

En la última procesión del Viernes Santo quiso llevar con los demás cofrades las andas del paso de Cristo con la Cruz a cuestras, pero al llegar al inicio de la calle Méndez Núñez, a la altura de su casa, tuvo que abandonar la empresa porque ya no podía más, retirándose discretamente. Alguien que se percató del hecho ha querido contármelo para que quede constancia en estas líneas.

En una visita al cementerio de Peralta bastantes años después de su muerte, he buscado su nombre, sin conseguirlo, entre las lápidas de los nichos y las cruces de las sepulturas. Quizá estará enterrado en algún panteón familiar. Él sabe que he estado a visitar su tumba, que la he buscado con ganas, y a través del deseo hemos cruzado las manos sobre nuestros pechos, como cuando él era adolescente y yo niño.

Luis Troyas vivía en la calle Mayor, enfrente de la iglesia, donde sus padres tenían una panadería. Su casa, construida en el siglo XIX, era de ladrillo amarillo con galerías de arquillos en el ático y alero de madera. Estaba encalada de blanco, perdiendo con ello su severa belleza en favor de una funcionalidad mal entendida, que tampoco perduraría mucho tiempo, ya que fue definitivamente derruida junto con las vecinas casas de Dabán y de Zueco, para construir nuevas viviendas.

A Luis se le conocía por el apodo de *Olipo*. Pienso si no será una defectuosa pronunciación de Olimpo, el cielo de los dioses griegos, dado su ingenio creativo, que le diferenciaba de los demás muchachos. De niño ya era muy habilidoso, a la vez que

despistado y travieso. Sus padres, con buen criterio, lo mandaron a estudiar con los salesianos de Pamplona, distinguidos por impartir una buena formación técnica en el área de mecánica. De tanto leer los logros conseguidos por los inventores, el pequeño Luis quiso imitarlos y se tiró del ático de su casa con un paraguas abierto. Menos mal que el tendido eléctrico palió una caída brusca, aunque con peligro de haberse electrocutado. Como los cables se rompieron, quedó un sector del pueblo a oscuras por un tiempo. Otra extravagante inventiva suya en la adolescencia fue bajar río abajo en una crecida del Arga, metido en una gamella de cutos.

Ya adulto, creó una empresa que denominó Azkoyen. En poco tiempo empleó en ella a más de cien obreros, dedicándose sobre todo a la fabricación de máquinas automáticas de su invención para expender mediante monedas diversos productos como bebidas y tabaco, al dictado de la comodidad y las sed de consumo modernos.

Tras su muerte repentina, sus sucesores han potenciado aquella empresa inicial como una prestigiosa multinacional, que genera puestos de trabajo y riqueza en Peralta.

A mi amigo **Julio Arpón**, de oficio carpintero y vendedor de muebles, y de afición corresponsal de prensa provincial, me lo encontraba todos los días al ir a recoger el correo. Al verme pasar al mediodía por delante de su comercio en una esquina de la calleja Matapadres, cerraba la tienda y nos íbamos juntos a la cartería. En el breve camino, y mientras esperábamos a que el cartero terminara la clasificación de las cartas y abriese la ventanilla, practicaba conmigo juegos de palabras tratando de confundirme con retahílas de frases sin sentido, que no cesaba de repetir hasta que yo las aprendía. Julio se entendía con los chavales mejor que con los adultos.

La expresión de su cara era siempre sonriente. Corregía la acusada miopía de sus vivos ojillos con gruesas gafas de concha. Su cabello, que empezaba a encanecer, se lo peinaba hacia atrás de forma estirada. Vivía con su mujer y sus hijos en la calle Irurzun, entre el portal del Mocho y la plaza Principal. Allí tenía el taller de carpintería. Era piadoso, y le gustaba llevar los palos del palio en las procesiones con el Santísimo Sacramento. A la parroquia acudía gustoso para efectuar los trabajos de madera que le encomendaban los curas.

Los periódicos provinciales El Pensamiento Navarro y Diario de Navarra le tenían como corresponsal local. Me consta que mucha gente, y no solamente de Peralta, compraba la prensa para leer sus sabrosas crónicas, escritas a su modo y manera, tanto en lo concerniente al concepto como a la sintaxis. No estaría mal repasar las hemerotecas de aquellos años y preparar una antología con sus colaboraciones, siempre tan personales e insólitas.

Marcelino Istúriz tenía ubicada su oficina como funcionario de correos en el mismo zaguán de la casa donde vivía con su mujer y sus hijos, nada más cruzar la carretera, junto a la taberna del Mocho. Una mampara de madera y cristales opacos le separaba del público. Yo acudía diariamente por la mañana porque mi tío cura no quería esperar al reparto domiciliario de la correspondencia, pues cuando era abundante se retrasaba hasta la tarde.

Para Marcelino la clasificación era todo un rito. Dos rimeros de cartas e impresos aparecían encima de una mesa, siguiendo una ordenación por calles y números de las

casas. Después él mismo realizaba el reparto por el pueblo, ayudado por su esposa y alguno de sus cinco hijos, que todavía eran niños o adolescentes. Si en el tren de la tarde venía alguna saca más de correo, hacía un segundo reparto. No había en toda la villa mejor conocedor de los nombres y apellidos de su gente, de sus apodos y domicilios. Estos, sin embargo, con frecuencia no figuraban en el sobre. Y ni falta que hacía. Él sabía perfectamente dónde vivía cada uno. A veces, las cartas solo traían el apodo del destinatario como única referencia; pero ello no suponía demora alguna en la entrega, dada la pericia de Marcelino con los apodos del pueblo. Le estoy viendo tal como era: menudo de cuerpo, delgado, nervioso, y riéndole a su acompañante de turno en el reparto por la falta de diligencia. Iba indefectiblemente pegado a un guardapolvo gris, y en invierno se calaba una boina negra.

Con gran esfuerzo y sacrificio económico, el matrimonio dio carrera a todos sus hijos. Uno de ellos es sacerdote de la congregación religiosa del Verbo Divino. Todos me honraron con su cariño y amistad. Una vez jubilado Marcelino, la familia se marchó de Peralta a su pueblo, no recuerdo cual. Gracias, querido cartero, por tus esmerados y puntuales servicios.

5. Siete mujeres populares

Beatriz la Morica, hija de Beatriz Resano, fue amiga de mi madre. De niñas habían ido juntas al colegio de las monjas, de mocicas bajaban juntas al río a lavar la colada semanal, juntas aprendieron corte y confección con Cecilia la modista y hasta se casaron –ya no juntas– en la misma iglesia de santa María de Tafalla, como solían hacerlo los que querían una boda diferente.

Vivía en la misma calle del cartero, por eso yo la visitaba frecuentemente cuando tenía que esperar un rato a que Marcelino hiciese la distribución del correo en su larga mesa. Su casa de labradores me gustaba porque no se parecía en nada a la mía. Olía a campo y cuadra, a vacas y cerdos, a leche recién ordeñada, a hierba y alfalfa. Tuvo varios hijos varones y una sola hija, Juanamary. Ellos fueron su mayor dedicación y alegría. Pedro Jesús, de mi edad, venía a mi clase en la escuela, y si alguna vez faltaba era porque, como todos los labradores de entonces, su padre lo ocupaba en las labores del campo cuando estas acuciaban.

Beatriz fue el prototipo de mujer peraltesa: honesta, recatada, paciente, sencilla, y hacendosa. Desarrollaba su vida diaria de forma callada. Circunstancias familiares le hicieron sufrir profundamente, volviéndola triste y reservada. Cuando venía en alguna ocasión a mi casa de Zaragoza, disfrutaba conversando con mi madre, y se quitaban mutuamente la palabra de la boca al recordar percances de juventud y las jugadas que les hacía la modista Cecilia, la cual terminó con la mente desvariada en el asilo de las Hermanitas.

Su hija, Juanamary profesó como Hija de la Caridad, siguiendo el ejemplo de las monjas que la habían educado en el colegio peraltés de La Milagrosa. Yo sé lo que esto supuso de privación para la familia cuando más la necesitaban, pues casi al mismo que Juanamary se iba al noviciado, moría Beatriz, su madre.

A las hermanas gemelas **Jesusa y Emilia** todo el mundo las llamaba *Candeleras*, porque profesaban este oficio, consistente en preparar, por el precio de dos pesetas, todo lo concerniente a la organización de los entierros. Se encargaron durante muchos años de los detalles necesarios para la celebración de las exequias de sus paisanos, amén de avisar por las casas de deudos, amigos y conocidos de los difuntos.

Fue costumbre durante muchos años enterrar a los muertos según su categoría social y económica. Así se había hecho durante siglos en todas partes, y la sociedad no se cuestionaba estas postreras diferencias. Las *Candeleras* comunicaban a la parroquia la categoría elegida por la familia para el sepelio, el cual podía corresponder a una de estas categorías: funeral de pompa –el de más honor– y le seguían las clases primera, segunda, tercera o cuarta. Aunque la muerte iguala a todos en el más allá, uno se podía marchar al otro mundo con los distintivos que había tenido en este, representados en el funeral por la mayor o menor presencia de lo siguiente: catafalco, incienso, asperges, celebrantes, carruaje, cánticos gregorianos... y otros jaeces litúrgicos. Al jubilarse estas beneméritas hermanas, ya nadie las sustituyó. Aquel sistema de organización y comunicación de los decesos había ya cambiado radicalmente o estaba a punto de hacerlo, en consonancia con los nuevos tiempos y los avances tecnológicos.

Elena y Paca fueron dos mujeres *espigadoras*. Así llamábamos a quienes iban recogiendo por los campos las espigas que quedaban desperdigadas por el suelo después de almacenar la mies. Su nombre propio es la única filiación que tengo de ellas, pero anteponiéndoles el artículo. La Elena y la Paca vivían solas, creo que en larga viudedad y al margen de toda vida social. Eran de edad indefinida y, aunque parezca extraño, fueron grandes amigas mías. Desde su analfabetismo me incitaron a interesarme por las cosas de la naturaleza. Las veía venir juntas de recorrer los ribazos, donde cortaban la hierba que traían en un gran saco sobre sus cabezas, para alimentar a los animales que criaban como medio de subsistencia. Lo de espigar lo hacían solo si los amos de los campos se lo permitían. De ellas aprendí la palabra *lechacinos* y otros nombres de forrajes diferentes que ya no recuerdo

Entraban por la calle Mayor vieja y se sentaban a descansar un rato en el primer *sentil* de la plaza de los Curas. Antes de acometer la subida a sus domicilios en lo alto del monte, junto a las cuevas, esperaban a que yo bajase de la casa parroquial a recoger una brazada de hierba para alimentar a los conejos que mi abuela criaba en la solana de su casa. Ocultas en el saco, traían también las primeras frutas de la temporada, con las que me obsequiaban. Era consciente de que disfrutaban con mi dicharachera presencia infantil. Ocupaba yo en sus vidas el lugar del nieto que no habían tenido. Les llamaba la atención mi aseo personal y el de mis ropas, frente a las suyas, sucias y abandonadas. Siempre las veía con el mismo sayo, de un color indefinido. Sus cuerpos olían a campo y animales.

Murieron siendo muy viejas. Paca falleció en el hospital del pueblo tras corta enfermedad, y a Elena la encontraron muerta en su destartalada casa, después de varios días de haber fallecido. Para entonces, ya estudiaba yo en Pamplona.

A la modista **Guadalupe** todos la llamábamos cariñosamente la *Chupacha*, que en realidad era el apodo con el que se conocía a su marido. La recuerdo tal como era: una mujer esbelta, guapa y morena. Su trato resultaba muy cordial para todo el que la trataba. Perteneía a esa clase de modistas que, además de tener taller propio –en el que le

ayudaban sus hijas—, iba por las casas arreglando ropa o confeccionando hechuras nuevas. Como era amiga de mi madre, solía venir a nuestra casa de Azagra y allí pasaba varios días apañándonos la vestimenta de cada temporada. El traje de marinero de mi primera comunión lo confeccionó la *Chupaca* en Peralta por encargo de mis padres.

A partir de generalizarse el *prêt-à-porter*, tanto la profesión de modista a domicilio como la de sastre, tan requeridas en la posguerra por la escasez de tejidos nuevos, quedaron muy disminuidas. No era infrecuente confeccionar abrigos de invierno con una manta de cuadros o con los capotes militares, previamente teñidos de azul marino, así como coser las batas de las chicas con sábanas tintadas de colores o hacer calzoncillos con la tela de los sacos del azúcar.

Guadalupe vivía en una estrecha casa que limitaba por un lado con el Banco de Crédito Navarro y por el otro con la Fonda del Comercio, enfrente mismo de la parada de la *Tudelana*, el coche de línea de Pamplona, en la plaza Principal. Su taller era un excelente observatorio de las idas y venidas de los viajeros. Le recuerdo cosiendo en su taller con unas gafas de concha ligeramente caídas sobre la nariz, mientras con su conversación entretenía a sus hijas, a sus ayudantes y a la misma clientela.

Un año, al volver yo de Pamplona para pasar en el pueblo las vacaciones de Navidad, me extrañó no verla en el balcón al bajar de la *Tudelana*. Así que subí corriendo al taller para saludarla. Su silla vacía y el luto de las dos hijas me descubrieron la triste noticia de su partida.

Los domingos y festivos la señora **Martina** vendía golosinas en un humilde cuartucho encalado y con suelo de madera, en los bajos de la casa Dabán, en cuya boardilla vivía. Con el buen tiempo sacaba a la acera un tablero montado sobre unos palos en forma de tijera y allí exponía su mercancía. Los chicos la llamábamos por su apodo, la *Chueca*. Muchos no sabían ni su nombre, aunque yo sí porque vivía enfrente de mi casa y se lo oía a mi abuela y a mis tías. Su edad era indescifrable. Vestía siempre de negro, quizá por acumulación de lutos familiares.

Su oferta comercial consistía en regaliz de palo, regaliz negro, orejones de melocotón, cacahuets, caramelos, pipas, piñones, castañas pilongas, nueces, almendras fritas y confitadas, almendrucos, chufas secas y chufas en agua —que nos ponían perdidos los bolsillos de los pantalones— y poco más. Usaba un viejo cubilete de madera como medida de nuestras golosinas. Para la feria de Marcilla traía los clásicos *chupadores* rojos, que por su elevado precio nos los compraba la familia.

Las monedas más corrientes que pasaban de nuestras manos a las suyas eran la *ochena* de diez céntimos y la media *ochena* de cinco, que llamábamos *perrica*. Un real de los de agujero en el centro, equivalente a dos *ochenas* y una *perrica*, era nuestra paga de las fiestas grandes y de los cumpleaños. La peseta era la moneda de los potentados, solo a nuestro alcance en las fiestas patronales. La mercancía de la Martina podía más en nosotros que la virtud del ahorro.

6. Los hermanos Zoilo

Perico, labrador castizo donde los haya, se consideraba, y lo era, amigo de todo el pueblo. Su diminuta figura y su verbo rebuscado causaban gran *risión* entre los *muetes*, y nos mofábamos de él, aun a riesgo de salir malparados de su boca. Vivió toda la vida en la calle de la Ventablanca con su hermana Micaela, tan pequeña y chata como Perico. Ella, más bien pusilánime, llevaba la casa como podía. Afortunadamente, su hermano se daba más maña que ella en las faenas domésticas. El ahorro, si no la avaricia, podía en ellos más que la alimentación, la higiene y la vestimenta juntos. Habitualmente, y no sé por qué, todo el pueblo les llamaba de apodo *Zoilo*.

Perico era consciente de que su labia barroca causaba risa. Pero no por ello se amilanaba, sino todo lo contrario; y ante el pobre léxico de muchos de sus paisanos, enfervorizaba su verbo sin complejos. Pero en su original facundia le traían mareado los acentos, o más bien era él quien mareaba a las palabras poniéndoles acento a su arbitrio y conveniencia. Las voces llanas las convertía sin problema en agudas y viceversa, y de las esdrújulas es mejor no hablar.

Hay infinidad de chascarrillos sobre estos dos hermanos. De Micaela se hablaba menos por su cortedad (aún quedaba caridad cristiana); de Perico más, por su retórica, que él mismo llamaba *fraseología*. He recogido algunos hechos y dichos de los hermanos, tal como los recuerdan todavía las personas mayores del pueblo.

Un día, el capellán del convento utilizó al predicar la homilia expresiones excepcionalmente brillantes. Perico, al escucharle, elevó la voz en medio de la iglesia, interrumpiendo el sermón del predicador con estas palabras: *¡Señor, Señor, que abundancia de fraseología!*

En otra ocasión, un vecino lo saludó con la fórmula habitual: *¿Qué tal, Perico?* Y el interfecto contestó: *Ya ves, por aquí voy deambulando a intervalos en la acera de la calle Mayor.* Y se quedaba tan serio mirando a su interlocutor con ojillos de pícaro, adivinando la contenida hilaridad del otro ante tan alambicada respuesta.

Una tarde Perico entró en el estanco de Cándida Gómez solicitándole que le mostrase objetos de escritorio. La estanquera, creyendo que se trataba de algún regalo de compromiso, se esmeró en enseñarle un variado surtido de plumas estilográficas, cartapacios, escribanías completas, etc. Nuestro hombre miró y remiró los objetos presentados, preguntándole precios y calidades de cada uno de ellos, para terminar diciéndole a Cándida: *Opto por este lapicerito de diez céntimos.*

Entró Perico un buen día en el comercio de mercería de las hermanas *Corellanas* de la calle Mayor, y le dijo a Araceli:

—*Señorita, experimento amagos de comprarme unos calcetines verdes.*

—*¡Por Dios!, Perico, que ese color no se fabrica para caballeros, solamente tenemos negros, grises, marrones y azulmarinos.*

Después de mirar y remirar durante un buen rato todos los que le mostró la *Corellana*, esta le preguntó impaciente:

—*¿Qué haces, Perico?*

—*Estoy meditabundo y dubitativo, le contestó. Pero finalmente se decidió, y soltó:*

—*Me llevo estos negros. Creo que a la Micala le gustarán por ser más sufriditos.*

En otro comercio al que fue para comprar una camisa, le preguntaron:
—*¿De qué color la quieres, Perico?*
A lo que contestó con toda tranquilidad:
—*El rosáceo es el color preferido de mis pupilas.*

Tenía una yegua blanca y bien lucida sobre la que se montaba para ir al campo. Alguien le preguntó:
—*¿A dónde vas, Perico?*
—*Por ahí vamos cuadrupedando espacios* —pluralizó en su rebuscada contestación.

Se dice también de él que ataba cencerros a las ramas de los árboles del huerto para que sonasen si le querían robar fruta.

No se acomplejaba ante nadie, y menos aún delante de los estudiantes del pueblo que intentaban ponerle en ridículo. A veces era él quien los ponía en evidencia, a pesar de sus estudios, con preguntas de este cariz: *A ver, vosotros, los sabios del pueblo, decidme: ¿cuántos litros por segundo pasan ahora por el río Sena?* Les miraba retador, abría la boca como después de una hazaña torera, y se marchaba seguro de que no iba a obtener respuesta.

En cierta ocasión, Micaela entró en un comercio de Zaragoza para comprarse ropa de invierno: *Quiero una toquilla como el color del mirador de la señorita Carmen Arricivita.* Los dependientes lograron al fin enterarse de que el citado mirador peraltés estaba pintado de gris, pudiendo así satisfacer la demanda de tan especial clienta.

Cuando Perico quería terminar cualquier asunto, urgía a los demás con la frase: *A cancelar, a cancelar.* Y no admitía demoras. Si tenía que marcharse de alguna reunión, soltaba tan ricamente: *La compañía es grata, pero mi presencia resulta imprescindible en otros menesteres.*

Gozaba de una proverbial memoria para los nombres y los acontecimientos, además de una retahíla de refranes que continuamente salían de su boca, vinieran o no a cuento.

Ya viejos y cansados, ambos hermanos pasaron los últimos años de vida en la residencia geriátrica Miguel Revuelta, donde ingresaron después que Micaela enfermara por primera vez. En esta ocasión, Perico cerró puertas y ventanas de la casa y, asustados, se aislaron de todos sin ni siquiera llamar al médico. Como pasaba el tiempo sin saber de ellos, los vecinos dieron cuenta a las autoridades, que entraron en la vivienda y encontraron a Perico llorando y con la hermana enferma en sus brazos. El día que murió Micaela, una monja, para animar a Perico, le preguntó qué quería para cenar: *Un huevo duro como el caso, hermana,* le respondió oportunamente.

Especialmente después de la muerte de Micaela, Perico ya no paseaba por el pueblo como antes, y se conformaba con la compañía de las personas que acudían a visitarlo. Cuando la altura social de sus visitantes cuadraba con sus aspiraciones, hacía lo posible para que todos le vieran hablando con ellos, y más tarde él mismo buscaba la ocasión para que le preguntasen por tales visitas. Entonces contestaba muy ufano: *Son amistades abolenguescas.*

Con la muerte de Perico se perdió en Peralta una institución oratoria. Su recuerdo permanece junto al dicho popular de *Hablas como Perico el Zoilo*, utilizado para avisar a alguien de que se está pasando en el empleo de un vocabulario no habitual.

NOTAS:

1. Archivo municipal de Peralta. Carpeta con papeles de León Villafranca.
2. Carta de Silvio Laviñeta Samames, sacerdote natural de Valtierra, dirigida al autor en mayo de 1987.
3. Carta de su hija Amelia Pérez de Camino, que me remitió en enero de 1987.
4. Letra de Mercedes Verda.



16. El autor a los siete años de edad, con traje de marinero el día de su primera comunión en la parroquia de san Juan Evangelista el 15 de mayo de 1947.

CAPÍTULO XIV: UN CENSO ORIGINAL

1. Origen y justificación de los apodos y motes

La existencia de los sobrenombres populares, llamados indistintamente apodos y motes, es un fenómeno sociolingüístico surgido a lo largo de los siglos en las pequeñas y medianas comunidades vecinales que adolecen la mayoría de las veces de escaso soporte cultural. Ambos sustantivos, sin embargo, tienen significación diferente.

El diccionario de la Real Academia Española define el apodo como "nombre que suele darse a una persona, tomado de sus defectos corporales o de alguna otra circunstancia" ¹. Por ejemplo las taras psíquicas, morales o físicas de los individuos, señaladas con un ligero matiz irónico, pero sin llegar al menosprecio formal. Pero sucede que al perderse en el olvido la causa que motivó el apodo, este se ve ya solo como un diferenciador fonético, e incluso gracioso, de una determinada persona o de un grupo familiar. Por el contrario, la definición que el mismo diccionario trae de la palabra mote lo circunscribe a un "sobrenombre que se da a una persona por una cualidad o condición suya" ². Según lo cual, en el mote no hay matiz peyorativo como en el apodo. Sin embargo, el defecto personal del apodo y la condición subjetiva del mote a veces se confunden, dependiendo de la intención con que se impusieron, de tal manera que lo que es una tara para unos, pudiera ser cualidad o virtud para otros. Por eso apodos y motes, aun poseyendo significados diferentes, llegan a ser sinónimos en el uso popular. Y así van a ser considerados en el curioso padrón peraltés que aquí presento.

El arraigo de los apodos en una sociedad local es directamente proporcional al malestar que producen en los interesados. Son una especie de perversión menor que pueden en algunos casos brotar de un deseo más o menos latente de venganza. Por lo que he podido constatar, apodos y motes aparecen en casi todas las regiones de España y también en otras partes del mundo. La Ribera y la tierra de Estella no son una excepción. Y aunque con menor intensidad, perdura todavía esta costumbre varias veces centenaria.

Los apodos y los motes se transmiten de padres a hijos, aunque estos nada tengan que ver con la circunstancia que los originó. Al margen de connotaciones peyorativas o juicios de valor, hay nombres de pila que se convierten también en apodos o motes familiares, sobre todo si el primer portador se significó por algún hecho relevante. Si bien tanto motes como apodos cambian normalmente de género según el sexo del destinatario, yo solo voy a consignar los de género masculino, salvo que sea ella y no él la que dio pie al sobrenombre, lo cual es frecuente. También suele suceder que el masculino y el femenino designen cosas distintas; en esos casos conservo los dos. El que algunos nombres se acompañen de los sufijos ico/ica, generalmente diminutivos, podría responder a que empezaron llamando así a los interesados cuando todavía eran niños, aunque no es lo más frecuente.

Cuando un apodo se emplea para designar a un grupo de personas de la misma familia, se dice en plural, aunque con ello se violenten las reglas gramaticales. Salvo excepciones, aquí reproduzco habitualmente el singular. En los casos foráneos, es frecuente que se tome como apodo el topónimo del portador, lo que puede dar lugar a acepciones diferentes para señalar una misma procedencia: *falcés* y *falcetano*, *marcillés* y *marcillica*, etc.

Frases felices, hechos o dichos famosos, episodios llamativos, circunstancias extraordinarias... han pasado a la posteridad como motes, reflejo de la creatividad popular. Se cuenta de un forastero, al que advirtieron de que pronto le pondrían apodo, que dijo bravucón: *Pues conmigo que no anden con bromas, que soy capaz de quitarle la vida al que me lo ponga*. Y con *Quitavidas* se quedó de por vida el interfecto³. A un hombre peraltés que le operaron varias veces de una fistula anal porque se le reproducía, le pusieron por sobrenombre *Medioculo*. A otro paisano, cuya burra quedó en medio del ribazo entre dos campos comiéndose de esta guisa la hortaliza ajena, al ser condenado por este hecho, alegó que resarciría sólo por la mitad, ya que media burra había parado en la heredad ajena y la otra media en la propia. Y hoy en el pueblo todo el mundo sabe quién es el *Mediaborra*.

En el siglo pasado, a un labrador que gustaba lucir botas lustrosas –cosa nada frecuente en un ambiente de labriegos con alpargatas–, sus vecinos le distinguieron llamándole *Botasplanchadas*, mote que ha pasado a su descendencia. Con *Sieteoficios* se quedó otro peraltés que hacía de albañil, carpintero, blanqueador, colchonero, lucero, muletilla y pescador. Y un paisano que tenía un testículo enquistado, por haberse ufano de ello en la taberna apodaronle *Cojonduro*.

En los tiempos en que las gentes hacían sus necesidades en la cuadra, un peraltés atinó su puntería sobre un cepo de ratas que estaba oculto entre la paja. La fuerza de la gravedad de la materia expelida actuó sobre el artilugio, que se disparó saltando sobre su pene y mutilándolo en parte. Y con el apodo de *Pichacortada* pasó a la posteridad él y sus descendientes. Apodos compuestos como los anteriores se escriben de forma junta como aquí o separada, al gusto del hablante. La tendencia mayoritaria es escribirlos como suenan, formando una sola palabra.

La mayoría de apodos y motes se utilizan indistintamente con o sin artículo, excepto unos pocos, cuya forma ya está consagrada por el uso. Antaño se anteponía el artículo con mayor frecuencia que ahora, costumbre que se extendía también a los nombres propios.

2. Apodos y motes de Peralta

No hay familia peraltesa que no tenga o no haya tenido en su haber uno o varios motes con los que se la distingue. En la mayoría de los casos los propios interesados desconocen cuándo, cómo y por qué comenzaron a llamar de esta manera a sus antepasados.

Sabemos que a principios del siglo XVIII los peralteses llamaban *Parlero* a un individuo adulator que llevaba chismes de la villa a la marquesa de Falces, doña María de Velasco, señora de Peralta y residente en el castillo de Marcilla. Tampoco esta marquesa se iba de vacío, ya que las gentes la llamaban *Garulla* y *Desdentada*. Al doctor Artieda, partidario de ella, le apodaron *Galalán* y *Traidor*; y al alcalde y al juez de aquella época les apodaron *Perdiz* y *Barrabás*⁴, respectivamente.

El apodo iguala a las clases sociales. Hoy esta consecuencia nivelatoria ya no molesta a nadie en Peralta. No lo entendía así una peraltesa de hace cien años, cuando explicaba su

enojo al juez al ser llamada a declarar en una causa de lesiones: *Porque ha de saber usted que a mi hijo lo insultaron cuando le llamaron Cortilargo; y nosotros, pa que usted se entere tenemos un mote pero que mucho honrau, eso es; y no necesitamos de otro, y menos de ese* ⁵. Pero el juez se quedó sin saber cuál era este apodo, y nosotros también. Hay que advertir que *Cortilargo* en Peralta era sinónimo de ladrón.

El apodo empieza a desaparecer si la comunicación entre los miembros de la comunidad que lo emplea se va espaciando a causa del crecimiento demográfico y la mayor extensión urbana. Es por lo que apenas hay apodos en las ciudades, donde poco a poco se ha ido diluyendo el acervo histórico-cultural que fue su razón de ser. Los apodos son la heráldica de un pueblo sin blasones, con los que compite en antigüedad.

El municipio peraltés, con un ligero aumento en su población, pero sobre todo con un avance considerable en lo cultural, se va acercando peligrosamente al límite de la pervivencia de motes y apodos. Los vecinos se relacionan cada vez con menos frecuencia de la que los apodos necesitan para persistir. Sea bienvenida por tanto cualquier iniciativa que tienda a hacer perdurar los sobrenombres peralteses. Entiéndase así esta aportación de mi parte. Conservar los apodos y motes del pueblo es una labor encomiable que incumbe a todos los peralteses, al igual que se recuperan las piedras históricas o se represtinan otros usos y tradiciones populares ⁶.

Hace varios años, al visitar yo el colegio de Peralta, constaté con gozo la declaración de amor de un adolescente, escrita en un papel que recogí del suelo. En él aparecía escrito el apodo *Picolo* y de él salía una flecha que atravesaba un corazón dentro del cual había otro apodo, *Morrita*, quizá una compañera de clase del tal *Picolo*. Inmediatamente me trasladé con el recuerdo hasta mi infancia en aquellas faraónicas escuelas ya desaparecidas. A un compañero le llamábamos también *Picolo*, posiblemente padre, abuelo o tío de este otro chico enamorado, que para estas fechas quizá se habrá casado ya con *Morrita*, y estén en disposición de transmitir a sus hijos los apodos familiares.

3. Treinta y dos estrofas con apodos

En el archivo del ayuntamiento existe una relación rimada de antiguos apodos de la villa. Consta de 32 estrofas de cinco versos cada una. En cada estrofa aparece un término medio de doce nombres, sin otra exigencia que cierto apareamiento por similitud temática o fonética. Tienen la misma rima consonante en los versos primero, tercero y cuarto por una parte, y segundo y quinto por otra ⁷.

El artificio versificador ha hecho que los apodos aparezcan unas veces en género masculino y otras en femenino; y lo mismo sucede al emplear el singular o el plural, según convenga. Su autor, posiblemente un escribano local, tuvo especial interés en mantener el anonimato, como lo demuestra esta cuarteta que sirve de prólogo a tales versos: *Una lista electoral, / no se sabe por quién hecha, / que la firma un concejal, / sin poner nombre ni fecha* ⁸.

Me he permitido reproducir libremente este listado eliminando varias repeticiones, completando e igualando versos cojos y ampliando a trece, catorce y hasta quince los motes de algunas estrofas por necesidades de agrupamiento. Helas aquí:

*En mi pueblo hay Remoquete,
Pirrio, Pijorrio y Pitón,
Antoñanzas, Antonete,
Moscas, Mosquitos, Mosquete,
Morrín, Morrito y Morrón.*

*Funés, Funesa, Funicos,
Cagache, Mochas y Francho,
Mora, Moros, Moricos,
Panés, Panas y Panicos,
Resqui, Rincholas y Rancho.*

*Canano, Canés, Cacao,
Campesino, Cosque, Cuco,
Camisola, Carlín, Maco,
Copo, Curro, Currutaco,
Cascabolas y Macuco.*

*Pelagatos y Caín,
Chulejo, Chispas y Chulo,
Tragabalas, Chafandín,
Garras, Gordos y Gorín,
Miñones y Medioculo.*

*Cartagena, Peladillo,
Zarrabute, Rezaguera,
el Tomatero y Truquillo,
Pelos, Peloño, Tordillo,
Plegadera y Madrillera.*

*Milhombres, Licio, Pelau,
Pesetero, Tarragona,
Cansalmas, el Condenau,
Pobreza, Parro, Parrau,
Platero, Ron y Panchona.*

*Pataslargas, Puñales,
Valecaro, la Zarzalla,
Tafallicas y Charrales,
Vinorrias, Chatos, Corrales,
Malagueños y Metralla.*

*Burrapatas, Pequeñín,
Pocarropa, Marganchón,
Coches, Chanete, Charrín,
el Tonto, Pelegrín,
el Tuerto y Miguelón.*

*Rosco, Jotas, Ragués,
Galico y el Estudiante,
Barquillero y el Arles,
Escachuri, el Pitillés,
los Marquinos y el Marchante.*

*Ujué, Capotillo y el Feo,
Garretas, Caloyo, Rumbo,
Barrau y Rojillo,
Gardachera, Ramonillo,
Chicholé, Moquita y Royo.*

*Marciala, Mata, la Caspa,
la Corbeya, el Mujera,
Pepesanto, Pichasanta,
Garrulla, Guerra, Samanta,
la Ropata y la Puchera.*

*Conejizas y el Perrero,
Juanchorras y Tolánicos,
Caparroso, Niñovero,
Brigada y el Artillero,
el Pasiego y los Bolicos.*

*Fernandillo, los Bordones,
Nido, Cucales, el Puro,
Cutustrús, Doshombres,
Tieso, Terrera, Terrones,
Mangarrota y Cojonduro.*

*Potonchón y Parranchán,
Judicas, Judas, Tadeo,
Michel, Chupacha, Mochán,
Chistosico, Catachán,
Gabanso y Toteo.*

*Navajas, Barajas, Urbiola,
Topate, el Americano,
Matullo, Mentirola,
Perrincho, Pedrola,
Boira y Manzano.*

*Panchopaula, Cebadero,
Pinto, Vicario, Chufín,
la Graciosa y el Pañero,
Taso, Muñuri, el Parlero,
Melitón, Boterín.*

*Trompetas, Violas y Pitos,
Arpavieja y Guitarras,
Pedroqueles, Pimpollito,
Melatemo, Pajarito,
Eneгатos y Chazarras.*

*Sopas, Zopero, Zopera,
Moselina, Caramboto,
Juradurmiendo, Tortera,
Velas, Viguño, Vigueras,
Pablo, Pablote, Juanchoto.*

*Torico, Gazapo, Gato,
Mochuelo, Zorro, Pichón,
Gardacho, Conejo, Pato,
Rana, Lobo, Choto, Sapo,
Machillo, Piojo y Hurón.*

*Nado, Jovitas, Marujas,
Surge, Siderico, Galo,
Corredoros, Carrastrujas,
Clavijos, Brujos y Brujas,
Bochorno, Bonel y Malo.*

*Zoilo, Zuazo, Zamarrillas,
Azagrica, Cañamón,
Auxilios, Fortunilla,
Ceniza, la Pucherilla,
Pinche, Pincharro y Pinchón.*

*Ochomorros y Catona,
Rosariero, Rosalío,
el Cuadrau, la Razonas,
Bolo y Barcelona,
Chipé, Chipero y Chichío.*

*Navarritos y Muleras,
Matamoros, Cazuelón,
Zaragoza, Bolsilleras,
Pajaslargas, Peloteras,
Pedro, Pedrín, Pedrón.*

*Marcillica, Aragonés,
Michuel y Colita,
Melasbusco, Barandés,
Barquichuelo, Azagrés,
Sotas, Saro y Salerita.*

*Alcaldillo y Patrón,
la Pastora, Garratina,
el Santero, Pedroleón,
la Vigilia, Celedón,
Tributo y la Gasparina.*

*Pelayo y Pachón,
Macías, Andosillera,
Fargachado y Pelletera,
Montesino, Moreras,
Reino y Bribón.*

*Galbán, la Trucha, Motil,
Chorralinda, Cantinero,
Chodegallos, Malhecha,
el Andarín, la Pachuca,
el Granadino y Joselí.*

*Blanquillo y la Gamella,
Peregila, Garraña,
Cabrera, Nievos, Estrella,
el Serrallo, la Corbella,
Montañés y Montaña.*

*Carcarés, Cascas, Quirico,
Naranjita y Picolo,
Poquicopán y Piquico,
Melilla, Pioro, Piorico
la Pepa, Papo y Pabolo.*

*El Cerezo y Espartero,
Fíofo y el Gitano,
Verdecol, Astillero,
Tinajica y el Nevero,
la Anciana, Tuno y Tano.*

*Pimpán, Pimposo, Pilongo,
Jaro, Jarana, Jarango,
Candongo y Candango,
Caldo, Cuchas, Cuartango,
Lindo, Lindoro y Lindango.*

*Chanris, Churris, Chanos, Chinos,
Cachete, Canchín, Calores,
Mariquito y Mariquinos,
Frailas, Frailes, Capuchinos,
Panderetas y Tambores.*

4. Cuarenta y seis nuevos versos con motes

Otros apodos no recogidos en los versos anteriores los he sacado del material bibliográfico empleado para preparar este libro. Algunos más los he recuperado de mi recuerdo personal y del de familiares, amigos y conocidos peralteses⁹. Con todos ellos, y siguiendo el mismo estilo versificador del elenco anterior, he compuesto cuarenta y seis nuevas estrofas. Entre estas y las del presunto escribano hacen un total de 978 apodos. Todo un récord del habla popular. Muchos de estos motes ya no se usan, como es natural, por haber desaparecido el soporte humano que los sustentaba.

Puede ser que algunos pocos se hayan escapado al recuerdo, aunque serán los menos. Y como este tipo de censo o padrón no termina nunca, siempre podrán integrarse en él, junto a los olvidos involuntarios, las nuevas creaciones que vayan surgiendo, si ello todavía es posible en esta sociedad estandarizada.

Quedaría por hacer un doble trabajo que brindo a las nuevas generaciones de peralteses: formar la lista de motes actualmente en uso y buscar el origen de todos los apodos que sea posible, a la manera expuesta al comienzo de este capítulo.

*Traidor y Caminero,
Churra y Perdiz,
Panduro, Sotero,
Mocho, Venino y Patatero,
Jarauta, Manzana y Matachín.*

*Lili, Iloya, Ina,
Largo y Chocolate,
Liandra, Chollo, Tocapina,
Pilastra y Parlanchina,
Languedo, Luzarca y Calafate.*

*Cadenas, Casto, Corellana,
Cristorey, Galalán,
Jano y Botijana,
Coscolina, Temprana,
Sieteoficios, Desdentada, Pintor y Benitán*

*Meli, Memoles, Moteilla,
Tapia, Matón, Matico,
Mora y Polvorilla,
Rebotes, Cantarilla,
Tabardo, Moto y Cuquico.*

*Munillas, el Cojo, Bolero,
Catachú y Rojito,
Canoso, Cruzau, Agualojero,
Rabés, Tragabolas y el Baratero,
Vasijaelsordo, Restituto, Farras y Pondito.*

*Muelles, Manso, Capilla,
Paticas, Pichi, Patán,
Meneitos y Mocilla,
Media, Chirivilla,
Morrocuto, Tarrerres y Guarán.*

*Impaciente, Forraxe, el Galaza,
Juangrande y Soguero,
Chundarata, Picaza,
Garricolindo, Fraysantos, Churraza,
Trafulca, Ganuza y Merdero.*

*Ochavo, Orejudo, Rupertín,
Toledo, Tolera y Vairico,
Toller y Torín,
Zapatones, Magudín,
Mogambo, Recadisto y Castillico.*

*Chavarra, Cachurro, Molinas
Sanguino, Queleña,
Carajas, Cascán y Minas,
Centauro, Carrasquiño, Beti y Perinas,
Olipo, Peque y Pequeña.*

*Camardiel, Cabal lodemadera,
Macabeo y Colas,
Cogota, Condeculera,
Cestaño, Cinco, Chueca y Lucera,
Blanqui, Calzorras, Bruguerolas.*

*Poli, Polipo, Pocho, Carretero,
Geminiani y Guindillita,
Pintorro y Joselero,
Pinchauvas, Garrafa, Dulero,
Tablaicuba, Roque y Torterica.*

*Patuscas, Liguño, Pastrana,
Sietealmuerzos y Cestero,
Pelavivos, Sobejana,
Canoni, Pelotas, Reniega, Quintana,
Pepitismo, Borrascas y Yesero.*

*Amante, Pedujo, el Colorau,
Jericó y Jeriquillo,
Trucutrú, Gilito, Tostau,
Zabal, El Zurdo, Planchau,
Torrototó, Carrizo y Josepillo.*

*Pelucas, Peluja, Puchero,
Potoño, Pamblanco, El Bayo,
Vasija y el Romero,
Machuca, Boluda y El Rasero,
Mingorro, Yoli y Yayo.*

*Cabezota, Pocaleche, Carisqueta,
Lole, Litaco, Ligada,
Churinga, Morreta,
Jomba, Valere, Chocheta,
Pichoga y Regalada.*

*Bufas, Cutera, Cataña,
Bairico, Bea, Bocadoillo,
Chapilla, Eraul, Urraña,
Meona, Quili, Azaña,
Tronchoduro y Tarrillo.*

*Agasa, Aguso, Chochón,
Valiente, Rinchi, Narujas,
Che, Matute, Pelocón,
El Quince, Cortilargo, Chorrotón,
Turuta y Culopaja.*

*Mateos, Manteco, Careto,
Currusco y el Cirilo,
Morajuán, Culoprieto,
Golgorio, Abete y Cleto,
Redín, el Frito y Vicentillo.*

*Amadea y Simeona,
La Visi y Diana,
Sandalia y Pantaleona,
Milagros, Mosa, Meletona,
Luz, Manola y Damiana.*

*Angelón, Litri, Bolita,
Belmonte, Arruza, Monín,
Nolasco y Muñequita,
Ufrasio, Atilano y Bonita,
Tributo, Aparicio y Pascualín.*

*Asinpelaide, Longinos,
Tarzán, Orestes, Agapita,
Juanventitrés, Caminos,
Simbad, Blancanieves y Linos,
Chulamilagros, Jupiter, Santalucía y Pita.*

*Arroyo, Gilo, Marchenas,
Emerencio y Abadía,
Celaya, Urra, Dosochenas,
Manolé, Gil-Robles, y Menas,
Tortajada, Garibaldi y Laguría.*

*Cuervo, Buho, Pulguica,
Picaraza, Culera y Gallo,
Tortolita y Tortolica,
Polla, Araña y Malica,
Pájaropinto, Piojoverde y Caballo.*

*Caracol, Caimán, Matonas,
Lamprea, Carpa, Pardillo,
Cuto y Pintamonas,
Cigüeña, Cordero, Borrego y Bastonas,
Gorila, Cardelina y Vivillo.*

*Vasca, Bilbaina y Castellano,
Milagrés y Tudelica,
Carcaruja, el Cubano,
Marcillesa, Gallego, Calahorrano,
Madriles, Madrileño y Peraltica.*

*Falcés, Falcetano, Tafallés,
Lodosana, Fiteraño,
Cornaga y Francés,
Sesmero, Asturiano, Pamplonés,
Alpargatero, el Judío y el Maño.*

*Linares, Bigotes, y Chacica,
Machote, Misiano,
Machorro y Salmetica,
Mayayo, Pintala y Manzanica,
Pisplás y Celverano.*

*Serrucho, Fati, el Huevero,
Pochicas y Currillo,
Quitavidas, Carcelero,
Todosio, el Bobo, Cantarero,
Primo y Gasparillo.*

*Picharra y Capucho,
Fortún, Tebeo, Pasarín,
Garnacha y Cartucho,
Pirulo, Pelusa, Chucho,
Cun, Pancraccio y Pichín.*

*Chifla, Chiflica, Cholo,
Cocherito, Lapicero,
Chicharro, Chorretas, Lolo,
Cantinflas, Chiflero y Pistolo,
Mudo, Suso y Chichero.*

*Borques, Varillas, Antón,
Zarpas, Clavel, Sacristán,
Carioca y el Berzón,
Vallés, Mangüel, Carpetón,
Sierra, Sauca y Tortán.*

*Chicholo, Eloya, Roico,
Cautiva y Tororena,
la Pitisa y Quicos,
Cuchilla, Galarza, Carlicos,
Marimatías y Carranclena.*

*Taina, Gemelo, Corazón,
Perona, Cuerdica,
Caños, Capricho, Glorión,
Cojolios, Josefón,
Chavea, Capacho y la Ratica.*

*Canela, Higo, Limón,
Corteza y Pinochazas,
Chopera, Flora y Chinchón,
Guajirete y Arpón,
Moscatel, Apache, Rajachazas.*

*Capataz, Alfez, Legionario,
Reina, Soberana y Baronesa,
Pajes, Mocé, Mercenario,
Frailuco, Obispo, Colunario
Sastre y Sastresa.*

*Aceitero, Cartero, Carbonero,
Hornero, Gasiosero y Canariera,
Peluquera, Tintorero,
Churrero, Mondonguero,
Teniente y Sillera.*

*Cebollero, Esquilador, Quincallera,
Pastelero, Seronero, Cantadora,
Botero, Molinera,
Caracolero, Botonera,
Hojalatero y Talladora.*

*Burrancas, Mediaburra, Burretero,
Pichagallos, Pelagallos, Marigato,
Cojonesdeperro, Porrompompero,
Boa, Pinochero,
Peloburra, Morropato.*

*Manosdehierro y Cabezadepatata,
Cristoseco, Candelas, Candelera,
Tresorejas, Virgendehojalata,
Goña, Pirigüetachata,
Portolés y Novenera.*

*Piesfríos, Piernaslargas, Botasplanchadas,
Pellejero, Tripalisa y Bienhecho
Julín, Chonchaquemada,
Traganiños, Papada,
Cagarrayos y Cagadrecht.*

*Espiarruso, Cestapulso, Amacho,
Chiflaibaila, Bigotetraste, Trespelos,
Memolas y Cagancho,
Tetalinda, Juanamacho,
Chicobueno y Miracielos.*

*Lorduras, Vergalijo, Berbinzana,
Lázaro, Motilla,
Moquita, Chavarra,
Pescadero, Tontolana,
Paticasdecuenco, Madreguapa y Zorrilla.*

*Carpis, Cacuz, Morroncillo,
Ribaza y Marzala,
Chutada, Tempranillo,
Escapulario, Ribaza, Ronquillo,
Chafó, Chismes y Pedrogalas.*

*Barrabás, Canta, Catachín,
Coche, Milagrés,
Chalmetica, Chivite, Julín,
Catulán, Binorria, Cholín,
Longinos y Portalés*

*Mediquín o Mediquillo,
Flecha, Fleta, Cohete,
Pochi y Pedrillo,
Maloto, Meriri y Brillo,
Jambo y Murillete*

*Chorrotón, Lucero,
Churro, Garro, Pochas,
Miñuri, Torero,
Paticasdecuenco, Cabero,
Garro, Goña, Monchas*

5. Novecientos setenta y ocho apodos peralteses alfabetizados

Para una mejor localización de los numerosos sobrenombres peralteses, tanto antiguos como actuales, presento la recopilación por orden alfabético, incluyendo la CH dentro de la C, como mandan las nuevas normas académicas y omitiendo los los artículos.

A: 1 Abadía, 2 Abete, 3 Aceitero, 4 Adona, 5 Agapita, 6 Agasa, 7 Agualojero, 8 Agosto, 9 Alcaldillo, 10 Alférez, 11 Alpargaro, 12 Amacho, 13 Amadea, 14 Amante, 15 Americano, 16 Anciana, 17 Andarín, 18 Andosillera, 19 Angelón, 20 Antón, 21 Antonete, 22 Antoñanzas, Apache, 24 Aparicio, 25 Aragonés, Araña, 27 Arlés, 28 Arpavieja, 29 Arpón, 30 Arroyo, 31 Arruza, 32 Artillero, 33 Asinpelaire, 34 Astillero, 35 Asturiana, 36 Atilano, 37 Auxilios, 38 Azagrés, 39 Azagrica, 40 Azaña.

B: 41 Bairico, 42 Barajas, 43 Barandés, 44 Baratero, 45 Barcelona, 46 Baronesa, 47 Barquichuelo, 48 Barquillero, 49 Barrabás, 50 Barrau, 51 Bastonas, 52 Bayo, 53 Bea, 54 Belmonte, 55 Benitán, 56 Berbinzana, 57 Berzón, 58 Beti, 59 Bienhecho, 60 Bigotes, 61 Bigotetraste, 62 Bilbaína, 63 Binorria, 64 Blancanieves, 65 Blanquillo, 66 Blaqui, 67 Boa, 68 Bobo, 69 Bocado, 70 Bochorno, 71 Boira, 72 Bolero, 73 Bolicos, 74 Bolita, 75 Bolo, 76 Bolsillera, 77 Boluda, 78 Bonel, 79 Bonita, 80 Bordones, 81 Borques, 82 Borrascas, 83 Borrego, 84 Botasplanchadas, 85 Boterín, 86 Botero, 87 Botijana, 88 Botonera, 89 Bribón, 90 Brigada, 91 Brillo, 92 Bruguérolas, 93 Brujo, 94 Bufas, 95 Buho, 96 Burrancas, 97 Burrapata, 98 Burretero.

C: 99 Caballo, 100 Cabalodemadera, 101 Cabezadepatata, 102 Cabezora, 103 Cabero, 104 Cabrera, 105 Cacaco, 106 Cacuz, 107 Cachete, 108 Cachuco, 109 Cachurro, 110 Cadenas, 111 Cagache, 112 Cagaderecho, 113 Cagancho, 114 Cagarrayos, 115 Caimán, 116 Caín, 117 Calahorrano, 118 Caldo, 119 Calores, 120 Caloyo, 121 Calzorras, 122 Camardiel, 123 Caminero, 124 Caminos, 125 Camisola, 126 Campesino, 127 Canano, 128 Canariera, 129 Canchín, 130 Candango, 131 Candelas, 132 Candelera, 133 Candongo, 134 Canela, 135 Canés, 136 Canoni, 137 Canoso, 138 Cansalmas, 139 Canta, 140 Cantadora, 141 Cantarero, 142 Cantarilla, 143 Cantinero, 144 Cantinflas, 145 Cañamón, 146 Caños, 147 Capacho, 148 Caparoso, 149 Capataz, 150 Capilla, 151 Capotillo, 152 Capricho, 153 Capuchino, 154 Capucho, 155 Caracol, 156 Caracolera, 157 Carajas, 158 Caramboto, 159 Carbonero, 160 Carcarés, 161 Carcaruja, 162 Carcelero, 163 Cardelina, 164 Careto, 165 Carioca, 166 Carisqueta, 167 Carlicos, 168 Carlín, 169 Carpetón, 170 Carpis, 171 Carpo, 172 Carranclena, 173 Carraquino, 174

Carrastrujas, 175 Carretero, 176 Carrizo, 177 Cartagena, 178 Cartero, 179 Cartucho, 180 Cascabolas, 181 Cascán, 182 Cascas, 183 Caspa, 184 Castellano, 185 Castillico, 186 Casto, 187 Catachán, 188 Catachín, 189 Catachú, 190 Catalán, 191 Cataña, 192 Catona, 193 Cautiva, 194 Cazuelón, 195 Cebadero, 196 Cebollero, 197 Celaya, 198 Celedón, 199 Cerverano, 200 Ceniza, 201 Centauro, 202 Cerezo, 203 Cestapulso, 204 Cestaño, 205 Cestero, 206 Chacica, 207 Chafandín, 208 Chafo, 209 Chalmetica, 210 Chanete, 211 Chano, 212 Chanri, 213 Chapilla, 214 Charrales, 215 Charrín, 216 Chatapirigüeta, 217 Chato, 218 Chavarra, 219 Chavea, 220 Chazarras, 221 Che, 222 Chicobueno, 223 Chicharro, 224 Chichero, 225 Chichío, 226 Chicholo, 227 Chicholé, 228 Chifla, 229 Chiflaibaila, 230 Chiflero, 231 Chiflica, 232 Chinchón, 233 Chino, 234 Chipé, 235 Chipero, 236 Chirivilla, 237 Chismes, 238 Chispas, 239 Chistosico, 240 Chivite, 241 Chocolate, 242 Chocolata, 243 Chochón, 244 Chodegallos, 245 Cholín, 246 Cholo, 247 Chollos, 248 Chonchaquemada, 249 Choperas, 250 Chorrallinda, 251 Chorretas, 252 Chorrias, 253 Chorrotón, 254 Choto, 255 Chuchila, 256 Chucho, 257 Chueca, 258 Chufin, 259 Chulamilagros, 260 chulejo, 261 Chulo, 262 Chundarata, 263 Chupacha, 264 Churinga, 265 Churra, 266 Churraza, 267 Churrero, 268 Churri, 269 Churro, 270 Chutada. 271 Cigüeña, 272 Cinco, 273 Cirilo, 274 Clavel, 275 Clavijo, 276 Cleto, 277 Coche, 278 Cocherito, 279 Cogota, 280 Cohete, 281 Cojo, 282 Cojuelos, 283 Cojonduro, 284 Cojonesdeperro, 285 Colás, 286 Colita, 287 Colorau, 288 Colunario, 289 Condecuera, 290 Condenau, 291 Conejizas, 292 Conejo, 293 Copo, 294 Corazón, 295 Corbella, 296 Cordero, 297 Corellana, 298 Cornaga, 299 Corrales, 300 Corredoro, 301 Corteza, 302 Cortilargo, 303 Coscolina, 304 Cosque, 305 Cristorey, 306 Cristoseco, 307 Cruzau, 308 Cuadrau, 309 Cuartango, 310 Cubano, 311 Cucales, 312 Cuco, 313 Cuchas, 314 Cuerdica, 315 Cuervo, 316 Culeca, 317 Culopaja, 318 Culoprieto, 319 Cun, 320 Cuquico, 321 Currillo, 322 Curro, 323 Currusco, 324 Currutaco, 325 Cutera, 326 Cuto, 327 Cutustrús.

D: 328 Damantigua, 329 Damiana, 330 Desdentada, 331 Diana, 332 Dieciochodejulio, 333 Doshombres, 334 Dosochenas, 335 Doloro.

E: 336 Eloya, 337 Emerencio, 338 Enegato, 339 Eraul, 340 Escachuri, 341 Escapulario, 342 Espartero, 343 Espiarruso, 344 Esquilador, 345 Estreella, 346 Estudiante.

F: 347 Falcés, 348 Falcetano, 349 Fargachado, 350 Farras, 351 Fati, 352 Feo, 353 Fernandillo, 354 Fiofio, 355 Fiteraño, 356 Flecha, 357 Fleta, 358 Flora, 359 Forraxe, 360 Fortún, 361 Fortunilla, 362 Fraila, 363 Fraile, 364 Frailuco, 365 Francés, 366 Francho, 367 Fraisantos, 368 Frito, 369 Funés, 370 Funico.

G: 371 Gabanso, 372 Galafate, 373 Galalán, 374 Galarza, 375 Galaza, 376 Galbán, 377 Galico, 378 Galo, 379 Gallego, 380 Gallo, 381 Gamella, 382 Ganuza, 383 Gardachero, 384 Gardacho, 385 Garibaldi, 386 Garnacha, 387 Garrafa, 388 Garraña, 389 Garretas, 390 Garricolindo, 391 Garras, 392 Garratina, 393 Garro, 394 Garrulla, 395 Gasiosero, 396 Gasparillo, 397 Gasparina, 398 Gato, 399 Gazapo, 400 Gemelo, 401 Geminiani, 402 Gilito, 403 Gilo, 404 Gilrobles, 405 Gitano, 406 Glorión, 407 Golgorio, 408 Goña, 409 Gordo, 410 Gorila, 411 Gorín, 412 Graciosa, 413 Granadino, 414 Guajirete, 415 Guarán, 416 Guarra, 417 Guindillica, 418 Guitarra.

H: 419 Higo, 420 Hojalatero, 421 Hornera, 422 Huevero, 423 Hurón.

I: 424 Iloya, 425 Impaciente, 426 Ina.

J: 427 Jambo, 428 Jano, 429 Jarango, 430 Jarana, 431 Jarauta, 432 Jaro, 433 Jericó, 434 Jeriquillo, 435 Jomba, 436 Josefón, 437 Joselero, 438 Joseli, 439 Josepillo, 440 Jotas, 441 Jovita, 442 Juanveintitrés, 443 Juanamacho, 444 Juanchorras, 445 Juanchoto, 446 Juangrande, 447 Judas, 448 Judicas, 449 Judío, 450 Julín, 451 Jupiter, 452 Juradurmiendo.

L: 453 Laguría, 454 Lalo, 455 Lamprea, 456 Languedo, 457 Lapicero, 458 Largo, 459 Lázaro, 460 Legonario, 461 Liandra, 462 Licio, 463 Ligada, 464 Liguño, 465 Lili, 466 Limón, 467 Linares, 468 Lindango, 469 Lindo, 470 Lindoro, 471 Linos, 472 Litaco, 473 Litri, 474 Lobo, 475 Lodosana, 476 Lole, 477 Longinos, 478 Lorduras, 479 Lucera, 480 Luz, 481 Luzarca.

M: 482 Macabeo, 483 Macías, 484 Maco, 485 Macuco, 486 Machillo, 487 Machorro, 488 Machote, 489 Machuca, 490 Madreguapa, 491 Madrileña, 492 Madriles, 493 Madrillera, 494 Magudín, 495 Malagueño, 496 Malhecho, 497 Malica, 498 Malo, 499 Maloto, 500 Mangarrota, 501 Mangüel, 502 Manola, 503 Manolé, 504 Manosdehierro, 505 Manso, 506 Manteco, 507 Manzanica, 508 Manzana, 509 Manzano, 510 Maño, 511 Marciala, 512 Marcillesa, 513 Marcillica, 514 Marchante, 515 Marchenas, 516 Marganchón, 517 Marigato, 518 Marimatías, 519 Mariquino, 520 Mariquito, 521 Mariri, 522 Marquino, 523 Marujas, 524 Marzala, 525 Mata, 526 Matachín, 527 Matamoros, 528 Mateos, 529 Matico, 530 Matón, 531 Matullo, 532 Matute, 533 Mayayo, 534 Media, 535 Mediaburra, 536 Medioculo, 537 Mediquillo, 538 Mediquín, 539 Melasbusco, 540 Melatemo, 541 Meli, 542 Melilla, 543 Melitona, 544 Memolas, 545 Memoles, 546 Monas, 547 Meneítos, 548 Mentirola, 549 Meona, 550 Mercenario, 551 Merdero, 552 Metralla, 553 Michel, 554 Michuel, 555 Miguelón, 556 Milagras, 557 Milagrés, 558 Milhombres, 559 Minas, 560 Mingorro, 561 Miñones, 562 Miñuri, 563 Miracielos, 564 Msiano, 565 Mocé, 566 Mocilla, 567 Mochán, 568 Mocho, 569 Mochuelo, 570 Mogambo, 571 Molinas, 572 Molinera, 573 Monchas, 574 Mondonguero, 575 Monín, 576 Montaña, 577 Montañés, 578 Montesino, 579 Moquita, 580 Mora, 581 Morer, 582 Morica, 583 Moros, 584 Morojuan, 585 Morrete, 586 Morrín, 587 Morrito, 588 Morrocuto, 589 Morrón, 590 Morroncillo, 591 Morropato, 592 Mosa, 593 Moscas, 594 Moscatel, 595 Mosolina, 596 Mosquete, 597 Mosquito, 598 Moteilla, 599 Motilla, 600 Moto, 601 Motil, 602 Muelles, 603 Mujera, 604 Mudo, 605 Muleras, 606 Munillas, 607 Muñequita, 608 Murillete.

N: 609 Nado, 610 Naranjita, 611 Narujas, 612 Navajas, 613 Navarrito, 614 Nevero, 615 Nidos, 616 Nievos, 617 Niñovero, 618 Nolasco, 619 Novenera.

O: 620 Obispo, 621 Ochavo, 622 Ochomorros, 623 Olipo, 624 Orejudo, 625 Orestes.

P: 626 Pablo, 627 Pablote, 628 Pabolo, 629 Pachón, 630 Pachucha, 631 Pajalarga, 632 Pajarito, 633 Pajatopinto, 634 Pajes, 635 Pamblanco, 636 Pamplonés, 637 Panas, 638 Panchona, 639 Panchopaula, 640 Pandereta, 641 Panduro, 642 Panes, 643 Pancraccio, 644 Panicos, 645 Pañero, 646 Papadas, 647 Papo, 648 Pantaleón, 649 Pardillo, 650 Parlanchina, 651 Parlero, 652 Parranchán, 653 Parrau, 654 Parro, 655 Pasarín, 656 Pascualín, 657 Pasiego, 658 Pastelero, 659 Pastora, 660 Pastrana, 661 Patán, 662 Patasgrandes, 663 Patatero, 664 Paticas, 665 Paticasdecuenco, 666 Pato, 667 Patrón, 668 Patuscas, 669 Pedrillo, 670 Pedrín, 671 Pedro, 672 Pedrogala, 673 Pedrola, 674 Pedroleón, 675 Pedrón, 676 Pedroqueles, 677 Pedujo, 678 Peladillo, 679 Pelagallos, 680 Pelagatos, 681 Pelau, 682 Pelavivos, 683 Pelayo, 684 Pelegrín, 685 Peloburra, 686

Pelocón, 687 Peloño, 688 Pelos, 689 Pelotas, 690 Pelotero, 691 Pelucas, 692 Peluja, 693 Peluquera, 694 Peluso, 695 Pellejero, 696 Pelletero, 697 Pepesanto, 698 Pepitismo, 699 Pepo, 700 Peque, 701 Pequeña, 702 Pequeñín, 703 Peralta, 704 Perdiz, 705 Perejila, 706 Perinas, 707 Perona, 708 Perrero, 709 Perrincho 710 Pescadero, 711 Pesetero, 712 Petiso, 713 Picaraza, 714 Picaza, 715 Picolo, 716 Pichacortá, 717 Pichagallos, 718 Picharra, 719 Pichasanta, 720 Pichi, 721 Pichín, 722 Pichoga, 723 Pichón, 724 Piernaslargas, 725 Piesfrios, 726 Pijorrio, 727 Pilastra, 728 Pilongo, 729 Pimpán, 730 Pimpollito, 731 Pimpozo, 732 Pincharro, 733 Pinchauvas, 734 Pinche, 735 Pinchón, 736 Pinochazas, 737 Pinochero, 738 Pintala, 739 Pintamonas, 740 Pinto, 741 Pintorro, 742 Piojo, 743 Piojoverde, 744 Piorico, 745 Pioro, 746 Pisplás, 747 Piquico, 748 Pirigüetachata, 749 Pirrio, 750 Pirulo, 751 Pistolo, 752 Pitisa, 753 Pita, 754 Pitillés, 755 Pitón, 756 Pitos, 757 Planchau, 758 Platero, 759 Plegadera, 760 Plisplás, 761 Pobreza, 762 Pocaleche, 763 Pocarropa, 764 Pochas, 765 Pochi, 766 Pochicas, 767 Pocho, 768 Poli, 769 Polipo, 770 Polvorilla, 771 Polla, 772 Pondito, 773 Poquicopán, 774 Portalés, 775 Porrompompero, 776 Potonchón, 777 Potoño, 778 Primo, 779 Pucherilla, 780 Puchero, 781 Pulguica, 782 Putana, 783 Puñales, 784 Puro.

Q: 785 Queleño, 786 Quico, 787 Quili, 788 Quincallera, 789 Quince, 790 Quintana, 791 Quirico, 792 Quitavidas.

R: 793 Rabés, 794 Ragués, 795 Rajachazas, 796 Ramonillo, 797 Rana, 798 Rancho, 799 Rasero 800 Ratica, 801 Ratona, 802 Razonas, 803 Rebotes, 804 Recadisto, 805 Redín, 806 Regalada, 807 Reina, 808 Reinadelalfalfa, 809 Reino, 810 Remoquete, 811 Reniega, 812 Resqui, 813 Restituto, 814 Rey, 815 Rezaguera, 816 Ribaza, 817 Rinchi, 818 Rincholas, 819 Roico, 820 Rojillo, 821 Rojito, 822 Romero, 823 Ron, 824 Ronquillo, 825 Ropate, 826 Roque, 827 Rosalío, 828 Rosariero, 829 Rosco, 830 Royo, 831 Rumbo, 832 Rupertínúm.

S: 833 Sacristán, 834 Salerita, 835 Salmética, 836 Samanta, 837 Sandalia, 838 Sanguino, 839 Santalucía, 840 Santero, 841 Sapo, 842 Saro, 843 Sastre, 844 Sastresa, 845 Sauca, 846 Seronero, 847 Serrallo, 848 Serrucho, 849 Sesmero, 850 Siderico, 851 Sierra, 852 Sietealmuerzos, 853 Sieteoficios, 854 Sillera, 855 Simbad, 856 Simeona, 857 Sobejano, 858 Soberana, 859 Soguero, 860 Sopas, 861 Sotas, 862 Sotero, 863 Surge, 864 Susi, 865 Suso.

T: 866 Tabardo, 867 Tablaicuba, 868 Tadeo, 869 Tafallés, 870 Tafallica, 871 Taina, 872 Talladora, 873 Tambores, 874 Tano, 875 Tapia, 876 Tarragona, 877 Tarrerres, 878 Tarrillo, 879 Tarzán, 880 Taso, 881 Tebeo, 882 Temprana, 883 Tempranillo, 884 Tenienta, 885 Terrera, 886 Terrón, 887 Tetalinda, 888 Tieso, 889 Tinajica, 890 Tintorero, 891 Tocapina, 892 Todosio, 893 Tolánicos, 894 Toledo, 895 Tolera, 896 Toller, 897 Tomatero, 898 Tonto, 899 Totolanas, 900 Topate, 901 Tordillo, 902 Torero, 903 Torico, 904 Torín, 905 Tororena, 906 Tortajada, 907 Tortán, 908 Tortera, 909 Torterica, 910 Tortolica, 911 Tortolita, 912 Torradillo, 913 Torrototó, 914 Tostau, 915 Toteo, 916 Tragabalas, 917 Tragabolas, 918 Traganiños, 919 Trafurca, 920 Traidor, 921 Tresorejas, 922 Trespelos, 923 Tributo, 924 Trillo, 925 Tripalisa, 926 Trompetas, 927 Tronchoduro, 928 Trucutrú, 929 Trucho, 930 Truquillo, 931 Tudelica, 932 Tuerto, 933 Tuno, 934 Turuta.

U: 935 Ufrasio, 936 Ujué, 937 Urbiola, 938 Urra, 939 Urraña.

V: 940 Vairico, 941 Valecaro, 942 Valiente, 943 Vallés, 944 Varillas, 945 Vasca, 946 Vasija, 947 Vasijaelsordo, 948 Vela, 949 Velero, 950 Venino, 951 Verdecól, 952

Vergalijo, 953 Vicario, 954 Vicentillo, 955 Vigilia, 956 Viguerras, 957 Viguño, 958 Vinorria, 959 Violas, 960 Virgendehojalata, 961 Visi, 962 Vivillo.

Y: 963 Yayo, 964 Yesero, 965 Yoli.

Z: 966 Zabal, 967 Zamarrilla, 968 Zapatones, 969 Zaragoza, 970 Zarpas, 971 Zarrabute, 973 Zoilo, 974 Zopero, 975 Zorrilla, 976 Zorro, 977 Zuazo, 978 Zurdo.

6. Carta desde el infierno

Junto a las estrofas de los apodos, se conserva en el archivo del ayuntamiento de Peralta una ingeniosa carta que, según dice su autor, Alejandro Laborería, la escribió en verso desde el infierno. Este personaje fue escribano de la villa y murió el 21 de abril de 1883. Con bastante verosimilitud se le puede atribuir también a él la paternidad de las 32 primeras estrofas de apodos. Por el cinismo que emana de su iniciativa versificadora, es probable que fuese un ciudadano incómodo en el contexto que le tocó vivir. De ahí que no firmara la recopilación rimada de los apodos, para ahorrarse más sinsabores entre sus convecinos.

La carta desde el infierno es una ingeniosa muestra de picaresca popular, escrita en 59 redondillas, cuyo título completo reza así: *Carta del infierno dirigida a un amigo, por Alejandro Laborería, escribano de la villa de Peralta*. En la copia que ha llegado hasta mis manos se han perdido cinco versos, que yo he recreado ateniéndome al contexto. En cada caso lo indico entre paréntesis, aclarando en las notas que se trata de un verso apócrifo. Casi todas las notas aparecen en el original, y son aclaraciones muy provechosas para el recto entendimiento de la composición; fueron escritas por una pluma distinta.

*Desde el reino de Satán,
Abril día veintitrés
En el año ochenta y tres.
Mi caro amigo Román:
En el infierno me hallo.
Vas a saber el motivo:
Te escribo sin estar vivo
Y sin permiso del diablo.
Tras de sueño colosal,
El veintiuno por la noche ¹⁰
Me sentí apeaar de un coche
En la Corte celestial.
En cuanto asomé la geta
Me llamaron por el mote ¹¹,
Y me indicó un angelote
Una puertita secreta.
Entré en un gran salón
Donde escribía san Bruno,
Porque escribanos no hay ni uno.
Hice mi presentación.
–“¿Quién eres alma inmortal?”*

Dijo el Santo que escribía.
 — “Yo, Señor, Laborería”.
 — “Pues lo vas a pasar mal.
 —En este libro primero
 Tiene sus cuentas corrientes...
 —Dijo— al calarse los lentes,
 Laborería y Lebrero”.
Lee. PRIMER MANDAMIENTO:
Unos puntos suspensivos...
SEGUNDO: No tiene motivos
*Pedro de resentimiento*¹².
TERCERO: Que por decoro
Cumple en Peralta y Marcilla
Por uso excesivo silla,
*Rota pata, queja el coro*¹³.
CUARTO: Mal, y peor después.
QUINTO: Pena sin rebaja
Por comprar una navaja
*Para matar al Marqués*¹⁴.
SEXTO: tiene un gran borrón.
SÉPTIMO: hay una raspadura,
¡Válgame Dios, criatura!
¡Si esto es ya la perdición!
Estotro no me compete,
Pone aquí una letra distinta,
Que cargó viendo la pinta
Cuarenta duros a un siete.
OCTAVO: Diz que mentía
Con voz tan sonora y clara;
Y la verdad, cosa rara,
*Ni escrita se entendía*¹⁵.
*De los OTROS ya no puedo*¹⁶
Decirle ya casi nada:
Se trata de una casada...,
*De pleitos..., de Alejo Arnedo...*¹⁷.
Hay data al final del t.
Pero es tan poquita cosa
Y de letra tan borrosa
Que apenas sirve de abono.
Mira, en las obras buenas
*No tienes ningún guarismo*¹⁸;
Fe y Esperanza lo mismo;
Caridades, dos ochenas.
Ruegos y solicitudes
Hechos desde los sillones
Del coro, muchos millones;
*Pero Hache en las virtudes*¹⁹.
Entonces de corazón
Le dije: - “¡Cielo divino!
¿Y aquella bota de vino

*Que regalé a fray Ramón?*²⁰
*(¿Y mis rezos al Eterno?)*²¹
Y las misas y el rosario?”
 —“*Quítate ese escapulario*²²
Y anda presto al averno.
Nulla est redemptio, ¡mal viejo!”.
Abandoné aquel establo
Como alma que lleva el diablo,
Corriendo como un conejo.
Me caigo, no me hago nada,
Salto de abismo en abismo,
*(Acciono su mecanismo)*²³
Y está la puerta cerrada.
La conocí en la pintura
Del color de chocolate,
*Y en que decía: “Lasciate”*²⁴,
Como me contaba el cura.
Llamo. Abren al instante.
Se retira el Cancerbero.
Sale y me dice un portero:
 —“*Que pase usted adelante*”.
 —“*Dile a ese viejo que venga*”,
Grita una voz atiplada...
 —“*¿Quién será esa condenada?*,
 —*Me dije—. ¡Si es Villaluenga!*²⁶.
Cura, ahora he llegado
Sin saber por qué camino”.
 —“*Es que aquí trae el destino*
Al que anda descaminado.
También yo metí la pata,
Y todo por aquel lío
Del dinero de mi tío
Y engañar a una beata”.
Al punto como venablos,
Montados en dos avispas
Llegaron echando chispas,
Se lo llevaron dos diablos.
 —“*Acompaña a este bribón*”,
Mandó una mujer divina,
Como que era Proserpina,
*La señora de Plutón*²⁷.
Se lo ordenó un caballero,
Grueso y arrogante mozo,
Se parecía a Pimpozo,
*Pero era Pedro Botero*²⁸.
 —“*¿Con que tú eras Escribano?*
 —*Dijo—. ¿Traerás dineros?*”.
 —“*Yo, señor, si estoy en cueros*
Y con la pluma en la mano”.
 —“*Aquí no sirven engaños...*

(Como si fueren lentejas) ²⁹,
Empiezan a salir ovejas
Y corderos por rebaños ³⁰.
¡Estas que fueron en vida
De tu afán lo más querido
Todas, todas han comido
De la hierba prohibida!”.
Me agarra de los talones,
Me pone cabeza abajo,
Y se me caen de cuajo
Billetes, onzas, doblones...
Se trae del otro mundo
Cada cual lo que puede.
—“Vuelve por la bolsa verde
Y vienes en un segundo”.
—“¿Qué bolsa, ni que carajo?,
Si dije en la otra casa
Que he dejado a la Tomasa
Lo que tenía allá abajo.
Óyeme, Pedro Botero,
Te prometo una gran suma
Si no me quitas la pluma
Y me prestas un tintero”.
—“Ya sé que eres un tunante
Que pasas de los setenta.
Pero no te hagas la cuenta
De engañar aquí... Adelante.
Fijate bien, alma en pena,
Seguimos y de repente
Se llena todo de gente
Ardiendo y que no se quema”.
—“¿Qué maravillas de seres!
¡Qué jamonas! ¡Qué mocetas!
Que vienen de otros planetas
Llenos de hombres y mujeres”.
—“Estas morenas son griegas,
Esas rubias italianas,
Condenadas por marranas,
Las más robustas, gallegas”.
—“¿Quién es aquella tan bella?,
¿Y esa tan maravillosa?”.
—“Ayer vino de la Osa
Y la otra de Capella”.
—“Esa viudita no es fea...,
Echa por los ojos lumbre
(Como los polvos de alumbre) ³¹
Que traen de Casiopea ³²”.
—“¡Para!, ¡no te adelantes!,
Que ese abismo es de los reos,
(Esotro de los más feos) ³³,

*Y aquél de los protestantes.
 Aquellos pobres desnudos
 Titiritando de frío
 En otros mundos han sido
 Los ricos más linajudos.
 Condes, Mariscales, Lores,
 Príncipes... El más ramplón
 Era obispo de Sión,
 Y algunos, emperadores”.*

*—“¿Y ese inmenso hormiguero
 Que se oye hablar en francés?”.*

*—“Maldicen todos cual ves
 A Napoleón Primero.
 Ve la diosa del olvido
 ¡Cómo llora más aparte!
 Penaron Venus y Marte
 Y Cupido ahí escondido”.*

—“¿Quién viene allí tan deprisa?”

*—“Son señores que el demonio
 Se trae de Capricornio
 Por no haber oído misa?”*

*Parecen por la estatura
 Grandes torres de argamasa,
 Tienen más que la Tomasa
 Un kilómetro de altura.
 Gente hay por aquí tan alta
 Que pegaría en la cima,
 Con los cuernos de la Luna ³⁴
 Desde Argadiel a Peralta ³⁵.*

*Pero, chico, se está muy mal:
 ¡Qué gritos! ¡Qué imprecaciones!
 ¡Qué broncas! ¡Qué maldiciones!
 Es una cosa infernal.
 Se siente tanto calor
 Y tanto frío a la vez,
 Que estamos sudando pez,
 Helados a lo mejor.
 Pero calor tan distinta,
 Que a cuarenta bajo cero
 Los pastores sudan cuero
 Y los escribanos tinta.
 No hay luz; el ambiente es nulo,
 La sed más fuerte acomete.
 ¡Ay! ¡Quién pillara un sorbete
 En casa de Medioculo! ³⁶.*

*Si las almas inmortales
 Tienen hambre algunos ratos,
 Les sirven en siete platos
 Los pecados capitales.
 Para hacernos sufrir*

*Un cura ayer de Galicia
Indigestó de avaricia
Y se nos puso a morir.
Yo no estoy tan malamente
Porque mi amigo Botero
Por fin me dejó un tintero
Del que vivo honradamente.
Ya continuaré otro día,
Que viene ahora Satán,
El diablo, amigo Román.
Te abraza, LABORERÍA.*

*P.D.
Mándame un sombrero blando,
Los anteojos y el calzado;
A ver si algún condenado
Los pasa de contrabando.*

NOTAS:

1. Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española, 22ª edición.
2. *Ibid.*
3. Iribarren, J. M. *Burlas y Chanzas*, pág. 132.
4. Idoate, F. *Rincones de la Historia de Navarra*, vol. I: *Marquesinos y Gayanes en Peralta*, siglo XVIII, págs. 180 y 184.
5. Iribarren F., *ibíd.*
6. Han aparecido dos libros: *Peralta visto con humor*, 1993, y *Los fusilados de Peralta*, 2008, en los que se citan muchos apodos; en el primero, versificados con gracia y salero por su autora, María Valencia; y en el segundo, de Josefina Campos, acompañando el apodo correspondiente al nombre propio de cada uno de los fusilados. Me he tomado el trabajo de cotejarlos con los recopilados por mí, constatando con satisfacción que ya los tenía recogidos todos ellos en mis estrofas.
7. Archivo municipal de Peralta. Me han entregado una copia, que he aprovechado para este trabajo. Listas similares de apodos rimados tienen Estella, Tafalla, Murchante y Tudela.
8. A. M. de Peralta. *Apuntes y Papeles de León Villafranca*.
9. Gloria Velasco Troyas y María Asunción Velasco Gil me aportaron una ayuda inestimable en la recopilación de los apodos peraltenses.
10. Es la fecha de su muerte.
11. Tenía de apodo *Tragabalas*.
12. Por cagarse en él.
13. Solía dormirse en un sitio del coro de la iglesia.
14. Usaba una navaja que decía la compró para matar a Amalio Marichalar, marqués de Montesa, una vez que se pelearon.
15. Tenía muy mala letra y peor voz.
16. Del noveno y décimo mandamientos.
17. Alejo Arnedo de Aldeanueva fue uno de sus mayores enemigos desde que le ganó un pleito.
18. Porque no practicaba las virtudes.
19. La H se escribe, pero no se pronuncia; lo mismo que las virtudes, de las que hablaba, pero no las practicaba.
20. Fray Ramón fue su confesor durante muchos años, al que le hacía regalos en vísperas de confesión.
21. *Verso apócrifo*.
22. Llevaba siempre puesto un escapulario de la Virgen del Carmen.
23. *Verso apócrifo*.
24. Es el rótulo de la puerta del infierno.
25. Perro de siete cabezas, según la mitología griega.
26. El presbítero don Ángel Villanueva había fallecido pocos años antes, y se supone que había recibido un gran legado para que lo aplicara a obras benéficas, encargo que no cumplió, quedándose con él.
27. Plutón es el dios del infierno en la mitología, y Proserpina, su esposa.
28. El apodo de *Pimpozo* era el de un botero peraltés de aquel tiempo.
29. *Verso apócrifo*.
30. Hace referencia a los bienes conseguidos con malas mañas como escribano.
31. *Verso apócrifo*.
32. Constelación del hemisferio Boreal en forma de W, cerca de la estrella Polar.
33. *Verso apócrifo*.
34. En el original este verso no rima con su correspondiente.
35. *Argadiel* es un topónimo del regadío de la villa de Azagra.
36. *Mediocular* era el apodo del heladero de Peralta en aquel tiempo.

CAPÍTULO XV: PERALTA EN EL CORAZÓN DE LA RIBERA

1. Pueblos y campos

En el corazón de La Ribera de Navarra y alrededor de Peralta se encuentran desde hace más de dos milenios las villas de Funes, Marcilla, Falces, Andosilla, San Adrián, Azagra, Villafranca y Milagro. Si el vocablo ribera hace referencia a la orilla de un río, hasta cuatro importantes cruzan estos pueblos y sus tierras: Ebro, Aragón, Arga y Ega. El primero lo hace en su curso medio, mientras que los otros tres están a punto de desembocar en él. Y si ribera quiere decir tierra llana y de regadío, extensas son las llanuras de La Ribera navarra, cuajada de huertas de hortalizas y frutas hasta las orillas del Ebro.

Sus habitantes siempre se han denominado riberos, para diferenciarse del adjetivo genérico ribereños con el que el diccionario define, sin especificar, a los moradores de las orillas fluviales ¹. Las riberas de los ríos antes citados aparecen ya en censos del siglo XIV ². Peralta y los pueblos vecinos están situados en el límite de tres riberas: la tafallesa, la estellesa y la tudelana. Juntas forman la gran Ribera navarra, colindante con la otra gran Ribera riojana.

Peralta pertenece a la ribera tafallesa y ha formado parte del devenir histórico de la merindad de Olite. Sin embargo, por sus tierras tabuladas y aireadas, secas y vinícolas, se parece más a la ribera estellesa. Al igual que los pueblos de la ribera tudelana, la villa peraltesa resulta abierta, ancha y luminosa. Está casi a medio camino de los mares Cantábrico y Mediterráneo, participa del influjo de los dos, pero no se integra en ninguno de ellos. No disfruta del húmedo clima del norte, pero su humedad le llega a través de los afluentes vascos Larraun y Araquil, que desaguan en el Arga. No tiene la tibieza climática del este levantino, pero algo de ella asciende por la gran depresión ibérica. La cercanía de las sierras del Moncayo y los Pirineos no consiguen trocar en continental el clima casi mediterráneo de Peralta, aunque haya días invernales y otros de estío que desdigan esta bonanza.

Hasta los vientos se suceden sin arremolinarse. Cada cual con su estrategia azota en direcciones opuestas. Cierzo, bochorno y castellano son aires irreconciliables. En su línea de combate se alza Peralta, al amparo de la Atalaya. Por el predominio alternante de sus tres vientos, se ha dicho que La Ribera tiene clima eólico ³. El cierzo baja del norte y se derrama helador por el valle, humillando la cerviz de gentes y cereales. Pero también es el refrigerio en los rigores del estío. El bochorno sube caliente del sur y sureste y acelera la sazón de los campos, arrancando del monte esencias embriagadoras. Pero también oprime de sed la exuberancia de las hortalizas. El viento castellano entra desde La Rioja a través de las puertas de Rincón de Soto y Alfaro, haciéndose notar sobre todo en otoño. Es un viento sano, pero dispensa los primeros catarros de la temporada. Cuando se muestra intemperante, dicen de él las gentes: "corre un airaz que pa' qué".

Peralta goza de un firmamento azul y puro que hace a las personas abiertas, transparentes y sensibles a la belleza, como lo testimonian sus jotas. Llueve poco, pero cuando lo hace, es de bochorno, una lluvia maldita. Dice sabiamente el refrán popular: *Las aguas de san Juan, quitan aceite, vino y pan*. Si las tormentas llegan para san Pedro, devastan los cereales; si lo hacen para san Roque, en plena canícula agostea, apedrean los viñedos; si se dan cita las lluvias y los deshielos, entonces los ríos Arga y Aragón se

salen de madre y anegan las sementeras primaverales, enlodando caminos y perturbando las comunicaciones ⁴. El cercano Moncayo y la proximidad de las Bardenas conjuran de ordinario la llegada de las nubes. Por eso Peralta se siente tan deudora de sus ríos, de los que hace derivar bocales, canales y acequias para su abastecimiento.

El cambio de estación trae bruscos contrastes. La primavera llega de repente. De pronto, los campos se cubren de colores y verdean tímidamente las colinas. En el otoño son los oros los protagonistas del color. En esta estación, los amplios zaguanes de las casas de los labradores de antaño olían a trigo candeal almacenado y a mosto recién hecho antes de convertirse en el vino nuevo del año. Del invierno peraltés no hablamos para no entristecernos. La desnudez de su paisaje queda moteada por el plástico de los invernaderos.

2. El labriego peraltés

El labrador peraltés prodiga mimo y cuidado al regadío, al tiempo que no descuida el secano. Ha de saber manejarse con el viento y el agua para convertir sus áridos labrantíos en campos fecundos. Aunque los frutos de la huerta son seguros, el agricultor necesita la insegura contrapartida del secano. Este, temple los ánimos de la confianza excesiva, la indolencia y la rutina del bienestar, pues el secano exige trabajarlo. Además, para que cuajen las espigas o medren los racimos hay que mantener a raya la exuberancia de las especies asilvestradas, tan necesarias en los montes y ribazos, pero que campan por sus respetos si no se les da tregua.

Hasta no hace mucho resaltaban en los balcones de los labradores vistosas ristras de guindillas y pimientos rojos que se deshidrataban al aire del otoño y del invierno. Se cuenta de un obispo de Pamplona –que evidentemente no era oriundo de La Ribera– que, en su primera visita pastoral a un pueblo ribero, se enfadó al ver los balcones engalanados en muestra de bienvenida, porque había indicado de antemano que se abstuvieran de hacerlo. Pero lo que veía el prelado en los balcones no era otra cosa que los pimientos y las guindillas de la reciente cosecha ⁵. En invierno el pimiento seco tiñe y sazona las ricas sopas de ajo y la cazuela de bacalao de las mesas labradoras. De la guindilla se ha dicho que representa la vida de La Ribera: picante, colorista, apetitosa... una agridulce invitación a mirar el mundo en positivo ⁶.

Las costumbres y la forma de hablar de los labriegos peraltés son similares a las de los habitantes de las otras villas riberas, incluidos los pueblos limítrofes de La Rioja y de Aragón. Los hipocorísticos sufijos ico/ica están arraigados por igual en estas tierras. El trato, a la par que sincero y algo rudo, resulta familiar. Se ha dicho que el paisaje modela la idiosincrasia de los pueblos. Hasta no hace demasiado tiempo a los padres se les trataba de usted, no por falta de confianza, sino porque prevalecía el sentido del respeto. Pero a pesar del tratamiento, si había que replicarles, se hacía con total franqueza no exenta de cariño.

Los labradores de Peralta son socarrones, con esa clase del humor que ronda la ironía, el cinismo y el estoicismo a partes iguales. Y con esta misma filosofía abandonan este mundo acompañados de todo el pueblo, serenos ante la muerte tras el deber cumplido.

Pero este tipismo labriego ha ido perdiendo terreno de forma acelerada en los últimos cincuenta años, a impulsos del factor nivelador de una sociedad globalizada y homogeneizadora. Hoy se hace difícil distinguir a los escasos agricultores que quedan en Peralta de los restantes habitantes del pueblo.

3. Agricultura y ganadería

La sociedad navarra ha sido durante siglos eminentemente rural y agrícola. La agricultura ha sido mayoritariamente en Peralta el medio de vida de sus gentes. A partir de la Reconquista, los labradores que aquí se asentaron fueron de tres tipos: solariegos, de realengo y de abadengo. Los primeros abonaban sus pechas a algún señor, los segundos, al rey, y los terceros tributaban por sus tierras a la iglesia del pueblo o a alguna abadía. A partir del siglo XIII los contratos de arriendo se hacían por un determinado número de años o por toda la vida del arrendatario.

Los labriegos se hacían cargo de las tierras y los propietarios ponían la simiente. Generalmente los labradores pechaban y pagaban. No tenían derecho a participar en la gestión política del reino, aun cuando su contribución era la base de la economía. Se pagaba la pecha en especie o en dinero, según costumbre o pacto. La tributación por la cosecha dependía de los frutos recogidos. En años de malas cosechas, epidemias, guerras u otros motivos, apenas se podía cumplir con las obligaciones tributarias, ni casi mantener la propia subsistencia del labrador y de su familia. En estos casos los impagos originaban exenciones totales o parciales –según los casos–, o litigios y pleitos.

La agricultura de Peralta se acomodó a ese ritmo tributario, casi siempre en un ambiente familiar de estrechez económica por las muchas bocas que había que alimentar. Y hubo que echar mano de la ganadería para poder sobrevivir. Ya se valían del ganado caballar, mular y asnal para las labores del campo, pero ahora también se ocupaban de criar vacas, ovejas, cabras, cerdos y aves de corral para el consumo diario y el intercambio.

En el término municipal, al gozar de las aguas del Arga y del Aragón, se desarrolló la riqueza maderera de sotos y arboledas, hoy desaparecidos por haber sufrido una explotación intensiva durante siglos. El policultivo del regadío a base de pastos forrajeros y de hortalizas de excelente calidad fomentó un activo comercio de intercambio con las zonas montañosas de Navarra y las cercanas provincias vascongadas.

En los primeros años del siglo XIX se regaban en Peralta 17.000 robadas de tierra. La producción del secano, por el contrario, dependía del agua del cielo. Los que trabajaban tierras propias se servían temporalmente de jornaleros que contrataban de sol a sol pagándoles el jornal al final del día. Con cuatro pares de mulas y dos caballos para el labrado, los jornaleros se ocupaban de la sementera en invierno y el cavado de las viñas en primavera. El carro entraba en escena para la siega y la trilla del verano, además de la vendimia de octubre.

Los cereales, asociados en su cultivo a las leguminosas y a la vid, ocuparon la mayor parte del secano peraltés, ligeramente de mayor extensión que el regadío. Su laboreo variaba según el labrantío, bien aplicando el método de "año y vez", bien el del "tercio", bien el llamado "tresañado". Después de recoger la cosecha de cereales, las rastrojeras

permanecían abiertas al aprovechamiento comunal para sostener el ganado del vecindario que apacentaba un pastor dulero ⁷. También había mujeres espigadoras que recogían para sí las espigas cortas que se les caían a los segadores.

En 1802 Peralta contaba con cinco molinos harineros, que fueron reducidos a uno en 1847. A comienzos del siglo XX funcionaban ya dos fábricas de harina. Hasta que no se generalizó el uso de fertilizantes minerales, el estiércol o ciemo era el abono habitual antes de la siembra.

En la actualidad los cultivos más importantes de Peralta pueden reducirse a tres grupos. El primero lo forman el trigo, la vid y el olivo, que están en regresión, y en menor cuantía la remolacha y la avena. En el segundo grupo, la cebada, la alcachofa, los frutales, la alfalfa y las praderas artificiales, que están en expansión; el espárrago, producto estrella hasta hace pocos años, está en franca decadencia por la carestía de la mano de obra. En el tercer grupo se mantienen como cultivos estables la patata, el maíz, la berza y el tomate ⁸.

Durante milenios, y hasta los años de la mecanización, han figurado como instrumental agrícola layas, azadas, hoces, guadañas, palas, aladros –primero comunes y después de vertederas–, podaderas y trillos, predominando en todos, como material básico para su construcción, la madera endurecida. Los trillos primitivos fueron de pedernales, cantos rodados y ruegos del río, pero con posterioridad se utilizaron los dientes de hierro por resultar más eficaces.

4. Pastores y rebaños trashumantes

Un factor importante de la economía peraltesa ha sido siempre el ganado lanar. Durante siglos Peralta y Funes formaron una mesta común, que por concordias no podían exceder de 11.000 cabezas de vientre y 2.000 carneros. Tanto los grandes ganaderos como los más pequeños participaron en la Mesta general, que organizaba la trashumancia de los rebaños desde las tierras bajas de La Ribera a los prados de las montañas a través de varias cañadas que aún cruzan el territorio de Navarra. La bajada de los rebaños desde los pastos pirenaicos se iniciaba el día de san Miguel, a finales de septiembre; pero si perduraba la bonanza climática, la estancia en las alturas se prolongaba hasta finales de octubre o comienzos de noviembre.

Durante el invierno y buena parte de la primavera permanecían los corderos estabulados en el pueblo, para volver a la montaña durante el mes de mayo. Por Funes y Peralta pasa la cañada real que nace en Milagro y llega a la Aézcoa a través de un recorrido de 135 kilómetros. En Peralta traspasa la sierra y llega hasta Lerín y Berbinzana. En Larraga se cruza con la cañada de Tauste, que va a la sierra de Andía. Después continúa por Mendigorría y Puente la Reina hasta llegar a la sierra del Perdón, desde donde desciende por Noain y Tajonar hacia Urroz, Aoiz, Valle de Arce y Urraul Alto, y entra en la Abaurrea para terminar en la porción más septentrional del valle de Aézcoa ⁹.

A principios del siglo XX para custodiar un rebaño de 1.200 ovejas iban hasta siete hombres. Hoy, encontrar dos, uno que guíe y otro que cuide 1.000 ovejas, es tarea difícil. La organización de los trashumantes está tan quebrantada como sus usos y costumbres

tradicionales. Recordar la vida de los cañaderos es evocar escenas que, con toda seguridad, ya no volverán a repetirse. La crisis de la ganadería, los nuevos sistemas de alimentación de los rebaños y, sobre todo, los grandes medios de transporte, han dado al traste con costumbres ancestrales. Hoy trae más cuenta transportar los rebaños en camiones que conducirlos por la cañada, entre otras razones porque mientras caminan cada animal llega a perder hasta tres kilos de peso. El engorde de los rebaños se hace en primavera en pastos meridionales. En verano sólo es cuestión de mantener el peso adquirido.

La descripción que copio a continuación habla de la trashumancia desde el valle del Roncal a la Bardena real. Quiero ilustrar con ella, a modo de ejemplo, el trajín de subida y bajada de la cabaña, aunque no sea esta la cañada que seguían los rebaños peraltés¹⁰.

Estamos en otoño, hacia San Miguel. En el ayuntamiento de partida, el secretario expedirá una guía con objeto de que los ganaderos puedan sacar sus ganados fuera del valle. Para “hacer la cañada” se necesitan por lo menos un certificado de vecindad, otro del veterinario y hay que hacer una solicitud al presidente de la junta de la Bardena. Como el encontrar pastores asalariados cada día es más difícil, suelen ir con los hatajos familiares, los hijos: los solteros sobre todo. Antes de amanecer se recogen los animales, se busca a los que se han podido extraviar por el monte, y, así se inicia la marcha al apuntar el día. Los animales avanzan lentamente hacia el sur. Pero los días anteriores son también días dedicados por los pueblos a sus pastores. En el sermón de la misa del domingo se habla de ellos y para ellos. Durante las noches hay rondas y serenatas de despedida, en las que la jota hace el gasto. El domingo antes de salir de cabañera los pastores confiesan y comulgan. Vuelven a hacerlo el día de la Ascensión y al volver. Una especie de acumulación de energías vitales suponía también las comilonas y algún abuso de bebidas, en vísperas de la invernada.

Salen aún hoy atajos de más de 1.000 reses; pero los viejos dicen que en sus tiempos, es decir, durante la primera parte del siglo, había quien llevaba al sur más de 3.000 cabezas; todo mimo y capricho era poco para con los animales. Unos cuidaban de adornar sus pelajes, otros ponían nombre a cada una de las reses, a las que conocían por sus rasgos individuales; también conocían a los hijos y aun nietos en una línea. Los ascendientes –dicen los pastores viejo– dan el parecido a los descendientes y hay caras de oveja o cordero como hay caras de hombre o mujer. Los “chotos” que servían de guía se adornaban hasta con banderolas y las grandes esquilas de ellos y las pequeñas de las ovejas eran objeto de grandes atenciones. Había quien las traía de Jaca y la rivalidad y pique se marcaban con el esquileo. Los grandes esquilonos con collarones adornados de clavos dorados, con las iniciales del dueño, son hoy objeto de comercio de antigüedades. No dejan de recordar a los que se usan en otras zonas pastoriles de Europa. El truco da la nota baja, el cañón la aguda.

Salen las ovejas con un raro instinto del camino que inician, pues se dice que algunas extraviadas han aparecido solas en la Bardena. Al llegar a Burgui comen hombres y animales. Hoy día no se considera afrentoso que un ganado se adelante a otro en la cañada; antes sí. La “tendida” o paso de ganados en un pueblo ocasiona dificultades y tensiones. Los ganados solían llevar antes quince y aun veinte machos cabríos (“chotos”) en cabeza. Hoy se ha limitado su número, porque se considera que el animal es dañino; también las cabras que le acompañan. De Burgui salen los pastores al Alto de las Coronas; de allí a Yesa, ya no se sigue carretera. La noche la pasan en el

barranco de Chares. Llegan los "hateros" con sus asnos cargados de trebejos, independientemente. Se reúnen los de varios rebaños a cenar juntos

Poco vino y mucho pan consumían los viejos que se desayunaban con un trago de agua y un mendrugo seco. Las migas hacían el gasto en el almuerzo y cenas. Unas pieles de ovejas y unos sacos donde se mete parte del cuerpo hacen de cama. Hay que aguantar el aguazón. Hay que prever que el ganado se escape en parte, que se junte con otro, aunque las ovejas conocen el trayecto. La próxima "estación" de él es Melluga. Allí se reúnen los pastores y los animales extraviados. Es hora de almorzar. Unos ganados acampan en un barbecho; otros junto a una borda. Hay que entablillar a alguna oveja con la pata rota; hay que separar reses mezcladas. Los que cuentan los ganados obligan a pasar a todas las ovejas entre dos pastores. De Melluga sube el ganado al término de Navascués. Hay que vigilar a las ovejas para que no se salgan de la cañada, porque los guardas extreman más su función. Se pasa el portillo de Ollate al caer la tarde. Se cena después. Algo más allá, en tierra del almiradío, se pasa la segunda noche.

Hay por aquí un "cañadero". El "tío cañadero" concretamente cobra el paso; veinte pesetas por rebaño. El cargo se subasta entre vecinos del ayuntamiento correspondiente. El de Navascués en 1957 había pagado por el año 1.300 pesetas. No las sacaba en dinero. Sí, por la leche que le dejaban los rebaños al subir de vuelta en primavera. Los pastores tienen que ordeñar ("sumir") a diario, para que no se sequen las ubres de las ovejas. No pueden, en su marcha, aprovechar la leche. La regalan al cañadero y éste hace quesos estilo de los del Roncal. Hay que subir otra vez, rumbo a Leyre. El trayecto es duro; de los que provocaban medidas de seguridad por parte de los roncaleses, que incluso iban armados de pistolas para protegerse de carboneros y leñadores miserables que procuraban robar alguna res. Se sube a una llana, en término de Bigüezal, y se hace el rancho en Fuentes Negras. El ganado sesteá y se pagan al cañadero de Bigüezal las veinte pesetas consabidas y se sigue rumbo al monasterio famoso, pasando junto a la cueva de la cañada y el portillo de Leyre. Alrededor del monasterio se aparejan rigurosamente los rebaños, y los frailes prestan a los pastores una cocina con leña, agua y hasta una sartén. Les venden huevos, aceite, etc. No renuncian sin embargo al caldero de migas. Sobre las losas de la cocina, o en el pajar, duermen la tercera noche.

Empezará el tercer paisaje también; la jornada es más corta con Sangüesa como hito. Los derechos de paso que cobra el monasterio son una peseta por cada cien ovejas. Se desciende hacia Yesa donde hay un puente cañadero sobre el Aragón. Como es tierra mediterránea de fruta y los melocotones en otoño aún cuelgan, los pastores sufren tentaciones de meterse en los vergeles, como las ovejas los tienen de entrar en las viñas. Abundan los guardias tanto como las discusiones y las multas. El secano vuelve a producir tranquilidad. Se pasa junto a Javier. Allí hay que pagar otro paso después de haber pagado un duro en Yesa, diez pesetas por rebaño más 1,50 por cada cien cabezas por el viejo "herbaticum", herbazgo. Pastan los animales agrupados por los mastines con nombres al día (Litri, Copi, Chamaco) y hacen los hombres su caldero en el alto de Javier.

Durante toda la cañada se habla de la noche de Sangüesa. Es que esta cuarta noche es una noche de expansión. Dormirá el ganado en las barreras; bajarán los viejos roncaleses a verlo. Los pastores se alojan en una posada, la casa de la Paca, se asean y se lanzan a la calle. La calle Mayor de Sangüesa, los bares modernos y las tabernas viejas se animan. Los pastores, que han cambiado sus abarcas por zapatos, van en

grupos, beben en grupos, gritan en grupos. Algunos gastan en la noche de Sangüesa los ahorros de un mes, o por lo menos lo dicen. Los serenos y guardias vigilan los grupos de diez a doce. Las disputas no faltan y los alborotos tampoco.

Se llega a Sangüesa por el camino de Sos. Se sale por la carretera de Peña y se atraviesa este pueblo en cañada o se va hacia la ermita de San Zoilo de Cáteda, en donde se une la cañada que baja del valle de Salazar. La de Peña es más corta pero obliga a atravesar la sierra; se pasa por la Torre, se llega a Peña y el portillo. Cobra el guarda un duro de paso. Los hombres pueden comer a la bajada; no así los animales que en el trayecto final pierden peso. A veces, por miedo a una merma excesiva, prefieren pagar multa y meterlos en una "huebra". A media tarde se llega a la Bardena de Cáteda y en término de Caseda se une con la de Peña la cañada de San Zoilo. Aquí se perfilan y formalizan planes y proyectos. Las ovejas se distribuyen en hatos de trescientas con un pastor si ello es posible y se reparten por la tierra despoblada, en la que de vez en cuando se ve una "corraliza". La Bardena, que se va saturando, se agota como pasto. Los ganados, los hatajos, tienen que arrendar corralizas de particulares o subastadas por ayuntamientos. El fondo del invierno hay que pasarlo, así, en Aragón; se puede llegar a Teruel o a las tierras de Lérida. Las hierbas carísimas hacen que el ganado disminuya y en 1957 se calculaba que 1.600 cabezas podían pagar más de 200.000 pesetas. Se paga en Cáteda y se sigue. La cañada está jalonada de corrales, con grandes cercas para los ganados. Se pasa por Morea y Lasaga y por allí se pernocta en la quinta noche. Es el borde ya de la bajada secular.

Antes de la madrugada se inicia la marcha otra vez y se puede amanecer en término de Carcastillo, donde el guarda cobra su derecho. Después se llega al Paso de la Bardena. El cabo de guardias de la Bardena, saluda a los mayores, les pide sus papeles y da la orden de entrada. Ve si hay ganado enfermo o ganado de pueblos que no son congozantes. Para ello comprueban las marcas del ganado, que son tres en cada res. Una grande, hecha con brea en el costado; otra, grabada a fuego en el hocico; otra consiste en un corte en la oreja. Los corderos padres o "mardanos" tienen dos marcas de costado. En el Paso se organiza una pequeña feria, dada la concentración; entraron en 1956 hasta 30.000 en un día; pero en 1946 aún podía decirse que pasaban de 80 a 90.000, que en 1956 era la cifra que daban todos los ganados de la Bardena.

La vida en las Bardenas es más tranquila que en la cañada. Se duerme más; pero pesan la soledad y la monotonía de la alimentación. Cada rebaño se divide en hatajos que pastan en lugares aparte, en zonas que respetan mutuamente los pastores. Los corrales tampoco son de propiedad particular, pero el que construyó uno, o el que llega primero tiene cierta preferencia.

5. La industria

A principios del siglo XX fue naciendo la industria en los pueblos y especialmente en las ciudades, basada en la producción artesanal. La revolución política del siglo XIX, transformada enseguida en revolución económica y social, había traído a las sociedades rurales una organización planificadora que empezó a racionalizar los factores de producción. El agricultor que no quiso quedarse atrás, se fue incorporando al movimiento de la tecnificación. Pero aún se veían en los campos algunos labradores viejos que

removían sus tierras con las tradicionales layas. Peralta tomó a tiempo la decisión de adecuar su estructura agrícola a las necesidades modernas de la producción industrial. Explotando ordenadamente 30.000 robadas de espárragos, verduras, hortalizas y cereales, a través de una cooperativa, se frenó la emigración y se elevó el nivel de vida.

La industria peraltesa, además de ser creadora de bienes necesarios, ha logrado revalorizar el sector a través de proyectos tecnológicos, ha dado estudios a los hijos del pueblo que más tarde ejecutarán nuevas transformaciones, ha creado su propia cadena de fabricación mecánica, ha promovido un medio de vida a los productores aquí afincados, ha revitalizado el comercio y las profesiones liberales, ha ayudado al sostenimiento de las cargas del municipio, de la comunidad foral y de la nación por medio de los impuestos y, finalmente, ha consumido productos de fuera de la villa, cooperando así a la reciprocidad social y al desarrollo sostenible de la villa.

Hasta 1965 podía decirse que Peralta era el típico pueblo rural, pero con un comercio destacado entre los pueblos vecinos, especialmente Funes y Marcilla. Hoy mantiene su originaria orientación agraria, y el que fuera acreditado comercio ha virado en no pocos casos hacia industrias productivas y de vanguardia. De la Bodega Cooperativa San Francisco Javier y la Cooperativa Agrícola San Isidro Labrador, que hicieron antaño un importante papel de distribución y promoción del trabajo, se ha pasado a los operarios de talleres y fábricas con jornadas ordenadas y estables y con la participación –antes escasa o nula– de la mujer en el mercado de trabajo.

Hoy, varios almacenes comercializan cereales, alfalfa y abonos. Hay industrias conserveras, cerámicas de la construcción, fabricantes de máquinas expendedoras, de componentes electrónicos, de mobiliario escolar y de oficina..., que adquieren cada día mayor relieve y alcanzan mayor repercusión provincial y nacional, llegando incluso a la exportación. Talleres de recubrimientos plásticos, maquinaria agrícola, matricería, utillaje y piezas de precisión... han propiciado un auge importante en el propio desarrollo agrícola e industrial. Se ha impulsado notablemente la construcción y el transporte. Las panaderías, ya muy tecnificadas, han extendido su radio de acción a varios kilómetros a la redonda. Han abierto sus puertas factorías de alimentos congelados y granjas de pollos millonarias. Y en medio de tanta modernidad y progreso, ahí perdura el viejo oficio de la cestería y la artesanía del mimbre, desafiando a los siglos.

Como referencia ilustrativa del desarrollo peraltés, aduzco los siguientes datos del año 1980, fecha decisiva del despegue económico ¹¹. Se dieron en el pueblo las siguientes licencias: de alimentación y bebidas 18; de textil, piel y calzado 12; maderera 29; de papel y artes gráficas 1; de productos químicos 1; de material de construcción 2; de metal 37; de construcción 36; de alimentación y bebidas a mayoristas 7, a minoristas 29; de confección, piel y calzado a mayoristas 1, a minoristas 7; de librería y papelería 2; de droguería 2; de aparatos y material del hogar a mayoristas 2, a minoristas 16; de objetos de regalo 2; de maquinaria, vehículos y accesorios 5; de combustibles 7; y en concepto de varios 4, de otros mayoristas 3 y de otros minoristas también 3. Peralta cuenta con un parque automovilístico importante. En ese mismo año los vehículos que circulaban en Peralta eran 2.424: 667 turismos, 74 camiones, 63 motocicletas, 146 tractores, 157 motocultores, 180 remolques, 18 carros agrícolas, 11 cosechadoras, 456 ciclomotores, 512 bicicletas, 129 furgonetas, 2 motocarros y 9 vehículos especiales.

Los datos estadísticos del censo peraltés en 1981 también son muy elocuentes. Por edades: el 29,2 % de la población no tenía más de 17 años; el 23,9 % de 18 a 35; el 33,1 % de 36 a 65 y el 13,8 % contaba con más de 65 años. Por la producción: el sector primario ocupaba al 26,3 % de la población; el secundario al 48,3 % y el terciario el 25,4 %. En 1984 la mano de obra útil ascendía a 1.407 personas, de las cuales 192 se hallaban en paro, mientras que más de 133 individuos de otros municipios tenían aquí su puesto de trabajo. Según el censo laboral, el sector primario ocupaba a 596 personas, que se dedicaban a tareas agropecuarias, si bien solo 331 lo hacían con plena dedicación y 261 alternaban este sector con el secundario y el terciario.

Del secundario, la actividad más importante correspondía a la industria metalúrgica, con 20 establecimientos y 353 empleados. El segundo grupo en importancia era el de la industria alimentaria con 12 establecimientos y 68 trabajadores. El tercer puesto lo ocupaban las industrias de la madera con 5, las de transformación de materias plásticas, las de confección textil y las de materiales de construcción. Finalmente, el sector terciario o de servicios ocupaba a 371 personas en 152 establecimientos: el comercio con 92 empleados, la reparación de vehículos con 62, la enseñanza con 37, la hostelería con 32, la administración local y el orden público con 31, la banca con 25 y el transporte y las comunicaciones con 40 personas empleadas.

Peralta, que es una localidad emprendedora, ha ganado con su trabajo un alto nivel socioeconómico. Exponente del mismo son las realizaciones efectuadas en las calles de la villa y los caminos vecinales con nuevas pavimentaciones, abertura de nuevas vías, ampliación y urbanización de otras, rotulación de todas, numeración de las casas, rectificación de las aceras y de las travesías y colocación de semáforos.

Los servicios socioculturales se han mejorado sensiblemente con el saneamiento del casco viejo de la población, la construcción en el monte de un depósito regulador de aguas con nueva descalcificadora y la sala de máquinas para elevarlas, la prolongación y mejora de las redes de abastecimiento de aguas, la construcción de un colegio de enseñanza primaria y la ampliación de la escuela de formación profesional, la construcción de un pabellón polideportivo, frontón y piscinas, la edificación de un centro de salud, la ampliación y reforma de la plaza de toros y de una casa de cultura que alberga una amplia biblioteca, salón de actos y otros servicios, los nuevos accesos al monte, su abancalamiento y limpieza con repoblación de 20.000 pinos, la construcción de un corral para el ganado en Vallacuera, el encauzamiento del Arga, la construcción de un nuevo puente o variante, la remodelación y ampliación del parque y la ampliación y mejora del alumbrado hasta el polígono ganadero e industrial.

Las reformas efectuadas en los edificios de la iglesia parroquial, la basílica de san Miguel, el Campanar y la ermita de san Pedro de Arlas, ya han quedado dichas en otro momento. En los últimos cuarenta años, Peralta se ha vuelto un pueblo acogedor donde conviven en armonía paisanos e inmigrantes tanto nacionales como extranjeros.

Sería injusto no aludir a la múltiple interrelación de Peralta con Falces, Funes y Marcilla, tanto desde el punto de vista laboral, como sanitario y escolar, por mencionar sólo los aspectos más relevantes.

6. Cocina tradicional

En Milagro las cerezas, / en Falces las zanahorias, / en Funes está el infierno / y en Peralta está la gloria ¹². Cantares y coplas como esta eran frecuentes entre las villas vecinas, que no necesariamente se tomaban al pie de la letra, pero que expresaban con frecuencia las mutuas rencillas y rivalidades de unos pueblos con otros. Y en Peralta, como dice la copla, está la gloria. Sin duda se la proporcionan sus afamados melones, las peras limoneras, los ricos abridores, los sabrosos albérchigos, los dorados melocotones, los dulces higos verdes, las negras brevas y, por no ser menos que Milagro, unas cerezas exquisitas, además de una excelente cocina con matices propios dentro de la tradicional gastronomía de La Ribera, que selecciona la calidad del producto y le dedica, además de gran cariño, un tiempo que no conoce las prisas.

Como primeros platos se han comido de siempre en Peralta las hortalizas autóctonas: alcachofas salteadas con jamón o tocino frito, achicorias cocidas, berza con patatas, sopa de berza gratinada, sopa de cocido con verduras, sopa de cebolla troceada, pella sola o acompañada de garbanzos, borraja, alubias verdes, habas tiernas con sus vainas o calzones, habas desgranadas, puerros cocidos y aliñados con aceite y vinagre, espárragos tanto verdes como blancos...

Da gusto ver chisporrotear en la sartén los primeros pimientos verdes de la temporada. Antes de freírlos se pinchan con el tenedor para moderar su crepitar. ¡Y qué paciencia a la hora de asar los rojos cucones sobre la plancha metálica de la cocina sin dejarlos quemar! Después, pelados y deshechos en alargadas tiras, se acercan al fuego en una tartera de barro con aceite de oliva y ajo picado para recocerlos lentamente. Es un plato muy del gusto de los peralteses.

Y para Navidad el cardo, que en la huerta puede medir hasta metro y medio de largo. Se ha cubierto con tierra u otros medios para que consiga su peculiar blancura. Su planta es de la familia de la alcachofa. Tiene las hojas grandes y carnosas, ligeramente cóncavas y unidas en su base hasta formar una penca, que guarda en su interior otras más pequeñas, blancas y tiernas, las de mejor calidad gastronómica. El cardo es un manjar delicado, compacto y succulento si su preparación culinaria es la adecuada, como se hace en Peralta. Como alimento tuvo enorme prestigio en la antigüedad romana, donde ya se le consideraba una hortaliza de gran calidad. Es típica del invierno, apareciendo en los mercados desde noviembre hasta marzo. Para facilitar el consumo fuera de temporada, o lejos de los lugares de su cultivo, la industria conservera lo proporciona durante todo el año. Después de cocido, el cardo admite como aliño trocitos de huevo duro y de jamón, picadura de almendras, piñones y nueces, cubierto todo con una ligera salsa besamel. También se prepara rebozado, gratinado, asado e incluso frito. Se puede emplear como guarnición en los platos de carne y pescado. Su limpieza y preparación lleva tiempo y requiere esmero. Las características nutritivas del cardo son las clásicas de los vegetales: aportan a la dieta escasas calorías y abundante fibra, minerales, oligoelementos, además de potasio, magnesio, fósforo y vitamina C.

Las legumbres, en todas sus variedades, llenan también los primeros platos peralteses, sobre todo en invierno: alubias blancas, pintadas o rojas, solas o con tocino fresco, garbanzos, lentejas, arvejas, guisantes, puré de habas secas... Y al principio del verano, las exquisitas y cremosas alubias pochadas, acompañando su cocimiento de una cola troceada de cordero, servidas con un sofrito en manteca de cerdo de cebolla tierna,

ajos, pimentón, azafrán, perejil, pimienta y sal. Es un plato típico tanto de La Ribera navarra como de los pueblos ribereños de La Rioja.

Como acompañamiento, las ensaladas. La más socorrida del verano es la mixta, a base de la excelente lechuga del Arga, tomate, pepino, cebolla y aceitunas, aderezado todo como decía mi abuela: *la ensalada, salada, poco vinagre y bien aceitada*. En invierno aparecen sobre las mesas peraltesas la remolacha roja cocida y aderezada, las pencas crudas y tiernas del cardo y la escarola.

Algunos guisos sirven tanto de primer plato como de segundo. Por ejemplo, el revuelto de calabacín y cebolla con huevo batido, la menestra con carne de vacuno, la fritada de verduras variadas y el arroz con tropezones de carne, chorizo y huevo duro, cocinado a fuego lento en tartera de barro, que se gratinaba antaño colocando sobre este recipiente una tapadera metálica con brasas de carbón.

Como segundos platos siempre se han degustado en Peralta excelentes pescados del Cantábrico, llegados diariamente desde sus puertos. Evoco con predilección la merluza, el congrio, el besugo “colorau”, los chipirones rellenos preparados en su tinta con cebolla, los gallos, los lenguados, los salmonetes y el atún. Las madrillas, los barbos y las ranas del río Arga también abastecen, o por lo menos lo hicieron durante siglos, la cocina peraltesa.

La madrilla más sabrosa y con menos espinas se pescaba en los primeros meses del año, aprovechando las riadas ocasionadas por las nieves y los deshielos. Tiene un cuerpo fusiforme y alargado, su boca en forma de media luna con el labio inferior duro, con el que corta las plantas. Es gregaria, fitófaga, y no desprecia los huevos y las larvas de insectos, anfibios y peces. Se reproduce en marzo y abril. Deja sus huevos adheridos a las piedras y a las plantas. Desarrollada, alcanza de 15 a 18 centímetros y en ocasiones llega hasta los 25 ¹³. Ya eran famosas estas madrillas en el siglo XIV, cuando desde el castillo de Olite, el maestro del hostel real requería a los pescadores de Peralta que se esmerasen en su pesca porque eran del agrado del rey. Resultan muy apetitosas fritas en abundante aceite de oliva con dientes de ajo bien torrados. También se pueden pasar antes de freírlas por harina y huevo batido.

De la familia de la madrilla, pero de calidad inferior, son el cacho y la boga. Las bogas son de mayor tamaño que las madrillas, y las mujeres peraltesas las preparan de esta manera: se pican cebollas, ajos y perejil y se rehogan en aceite; se añaden dos huevos batidos, agua o caldo de cocido con un poco de pimentón; a continuación se ponen las bogas, dejándolas hervir durante veinte minutos ¹⁴, y al plato.

La mejor época para la pesca del barbo coincide con la de la berza del campo, según el decir de los castizos. Es cuando se separan más fácilmente las espinas de la carne. El barbo común también tiene el cuerpo fusiforme, mandíbulas sin dientes, cuatro barbillones en el labio superior, aletas ventrales, pectorales y anal pardoamarillentas. El barbo joven lleva pequeñas motas negras en el dorso y los flancos. Es zoófago. Vive de forma gregaria en aguas claras y de corrientes rápidas. Su reproducción la hace en mayo y junio. Alcanza una longitud media de 25 a 35 centímetros ¹⁵. Los barbos se fríen en aceite con abundante cebolla picada.

El cauce del Arga antes de su canalización era una sucesión de meandros estrangulados, y en ellos se criaban abundantes ranas comunes. Esta clase de anuros tiene los ojos salientes y muy altos sobre la cabeza, la piel lisa, el color variable en tonos verdes con manchas negruzcas en el dorso, las patas posteriores muy desarrolladas con dedos casi totalmente palmeados. Es eminentemente acuática, gregaria y activa durante el día y también en noches lluviosas. Hiberna enterrada en el fango hasta abril. Su alimentación es a base de insectos y larvas. El macho es más pequeño que la hembra y el acoplamiento se realiza en el agua. Las puestas, de más de 4.000 huevos cada una, forman masas que caen al fondo. Los renacuajos nacen a la semana y viven en el agua hasta la metamorfosis, tres o cuatro meses más tarde ¹⁶. Se cocinan con la misma receta de las bogas, desechando la boca y las manos, limpiándoles las tripas, pero dejando la piel, pues según los entendidos el mejor gusto de la rana reside en ella.

El ajoarriero y los caracoles son otros platos habituales para comer en casa o en las faenas del campo, pero también, como antaño hacían los hombres, para llevar de merienda a la taberna. En el ajoarriero se emplea bacalao o abadejo sin piel, desmigado o en trozos y previamente desalado durante un día. En un sofrito de pimiento verde, cebolla y abundantes ajos se pone a hervir en cazuela de barro con suficiente agua, añadiendo uno o dos pimientos secos. Acepta muy bien unas gambas. Antes de terminar la cocción se añade la piel, que le da al guiso un punto adecuado de melosidad.

Los caracoles se preparan de diferentes maneras. Una muy habitual es la llamada caracoles a la tabla, plato típico del día de san Juan. Se extiende una capa de sal gruesa sobre una tabla, colocando boca abajo sobre ella los caracoles limpios y purgados. Se van asando poco a poco con el calor que proporcionan llamas y brasas de carrizo. Se comen untándolos en una salsa picante hecha con aceite, tomate, guindilla y sal. Otra forma clásica de prepararlos consiste en incorporar los caracoles a un sofrito de cebolla, ajos tiernos triturados, guindillas o pimiento troceado, sal y una cucharada de pimentón, teniéndolos durante una hora a fuego muy lento y añadiéndoles en los últimos minutos un vaso de vino.

En cuanto a los guisos de carne, se igualan en calidad los de cordero y ternera. El calderillo de ternasco con patatas, las costillas albardadas con huevo batido y pan rallado, las chuletas a la brasa de sarmientos, el cabrito asado y el cordero al chilindrón. Para cocinar este último plato tan navarro, se corta la carne en trozos muy pequeños y de igual tamaño, mejor si es de la parte delantera del cordero y, sazonados con sal y pimienta, se ponen a dorar con manteca de cerdo en una cazuela de barro. Se guisan aparte pimientos troceados, previamente asados, junto con tomates pelados y un vaso de vino blanco, dejando todo hervir un rato. Esta fritada se echa en la tartera donde está el cordero rehogándose. Se recuece lentamente hasta que esté muy tierno. Las gordillas fritas, el patorrillo, la sangrecilla con cebolla y las cabezas asadas al horno, todo ello de corderos criados en Peralta, resultan unos platos muy sabrosos y económicos.

Los animales de corral como conejos, gallinas, capones, patos, pichones y la caza menor de liebres, codornices, perdices, etc. se preparan tanto asados como guisados de forma sobria, y aderezándolos con una copa de vino blanco y ramitas de tomillo y romero. El gorrín asado, las morcillas de arroz, la chistorra frita, el tocino salado, el chorizo fresco y el curado, el rico salchichón y las magras con tomate de un pernil casero, todo ello es alimento habitual de las gentes de Peralta.

Los postres de elaboración casera más comunes son el manzanate y el perate con ciruelas pasas y canela en rama, leche frita, torrijas para san José, arroz con leche a la canela y al limón, natillas en bizcochada con suspiros de monja, y requesón cuajado comido junto con el suero de las ovejas recién paridas.

NOTAS:

1. Real Academia Española. Diccionario de la Lengua, 22ª edición. Define así el vocablo *ribereño*: *Perteneciente a la ribera o propio de ella. Dícese del dueño o morador de un predio contiguo al río. Úsase también como adjetivo.*
2. Caro Baroja, J. *Etnografía Histórica de Navarra*, vol. I, pág. 307.
3. Escribano Zardoya, F. *La Ribera de Navarra*, TCP, núm. 10: *Yo diría que el clima de la Ribera es un clima eólico: armonioso en las copas de los chopos que se doblan como acordeones, y cruel en las soledades de las Bardenas*, pág. 20.
4. A pesar de los encauzamientos de los ríos Arga y Aragón, sus riadas de finales de invierno y principios de primavera subsisten, aunque con una incidencia mucho menor.
5. Dicen que sucedió en Lodosa, la villa con más acusada tradición de colgar los pimientos en los balcones formando ristras.
6. Escribano Zardoya, F., *ibíd.*, pág. 27. Escribe de la guindilla que cuelga ensartada en los balcones de Tudela. Con idéntica propiedad se podría decir lo mismo de Peralta.
7. Rodríguez Labandeira, J. *Explotación de la tierra, trabajo agrícola y condición campesina en Navarra durante la segunda mitad del siglo XIX*. Artículo en el I Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII al XX, vol. I. Príncipe de Viana, 1986, pág. 552.
8. Esta es la clasificación que hace Manuel Rapún Gárate en su artículo *Algunas notas sobre la evolución de la Agricultura Navarra durante el periodo 1962-1982*. Artículo en el I Congreso de Historia de Navarra..., vol. I. Príncipe de Viana, 1986, pág. 558.
9. Urubayen, L. *Geografía de Navarra*, Pamplona, 1931, pág. 21.
10. Caro Baroja, J., *ibíd.*, vol. III, pág. 374. Reportajes publicados por Olarra en el Diario de Navarra en octubre de 1957, recogidos más tarde en el folleto *A la Bardena del Rey ya bajan los roncaleses. Seis días con los pastores y los rebaños trashumantes. Vida, paisaje y anécdotas de la Cañada*.
11. *Anuario de Estadísticas*, 1980.
12. Copla popular de La Ribera, que suele presentar alteraciones según sea el pueblo que la canta. La trae José María Iribarren en *Burlas y chanzas*, pág. 124.
13. *Navarra. Guía ecológica y paisajística*, págs. 357 y 358.
14. Sarahe Pueyo, V. M. *Gastronomía*, TCP, pág. 45.
15. *Navarra. Guía...*, págs. 349 y 350.
16. *Íd.* Ficha descriptiva de la rana.

CAPÍTULO XVI: VINOS GENEROSOS, TINTOS Y CLARETES

1. El cultivo de la vid

La vid es uno de los cultivos más extendidos por el mundo. En Peralta, como en toda la Navarra vinícola, tiene una tradición de siglos. En un principio, las cepas crecerían probablemente de forma espontánea, como ocurre todavía en las tierras templadas de Asia y África ¹. Con el tiempo fue un cultivo extensivo, que acabó especializándose a la par que los demás productos hortícolas y cerealistas, también silvestres en origen. Las tierras navarras de secano, sobre todo las que están orientadas al sol, resultaron muy apropiadas para el cultivo de la vid, por más que esta planta sea fácilmente adaptable a climas variados y a diferentes latitudes.

El vino logra distintas calidades según la procedencia de las uvas. Navarra poseía en 1987 una superficie cultivada de alrededor de 24.000 hectáreas, de las que 20.000 estaban acogidas a la denominación de origen de Vinos de Navarra y 4.000 a la de Vinos de la Rioja. Tales denominaciones significan protección a la calidad y garantía de una identidad propia. Además, desde 1985 el etiquetado de las botellas lleva indicaciones relativas a la edad, las añadas y al envejecimiento o crianza de los vinos.

Por su diferente clima, se distinguen en el viñedo navarro cinco zonas bien diferenciadas: la de Valdizarbe, con relativa humedad, elabora vinos rosados y tintos de crianza; la Baja Montaña, con gran producción a pesar de ser la comarca más lluviosa de la comunidad foral, obtiene tintos de crianza y rosados afrutados; la Ribera Alta, donde se encuentra Peralta, en la parte central de Navarra, con inviernos más fríos y veranos más cortos, cultiva las variedades de uva tinta Garnacha, Tempranillo, Mazuelo, Cabernet Sauvignon, Graciano y otras menos importantes, que producen vinos tintos de color rojo granate y claretes de rojo rubí; la Ribera Baja, seca, calurosa y con un clima claramente continental, da tintos robustos y de color granate, derivados de la uva Garnacha; finalmente, la Tierra de Estella elabora tintos equilibrados y pastosos, junto a rosados afrutados. *Esta variedad de los vinos navarros permite seleccionar el vino adecuado para cada plato, para cada momento, para cada celebración, con la garantía que proporciona la experiencia obtenida durante siglos de cuidada y esmerada dedicación a su elaboración* ².

Los vinos de ambas Riberas, destacan por su alta graduación de hasta dieciocho grados y su intenso colorido. Los de Peralta, excelentes rosados y tintos intensos, resultan muy completos. Son agradables al paladar, con cierta finura y robustez a la vez. Falces, Funes y Villafranca elaboran caldos similares ³. Para elaborar buen vino, la uva ha de tener su punto de madurez, por eso las fechas de la vendimia se adelantan o atrasan a merced del clima, factor decisivo en la maduración de los racimos, oscilando entre mediados de septiembre y principios de octubre.

En los veinticinco años que van de 1964 a 1988 todas las comarcas navarras produjeron en conjunto cinco cosechas excelentes, seis muy buenas, ocho buenas, tres regulares y otras tres fueron francamente malas ⁴.

2. Sociedad Cooperativa Bodega san Francisco Javier

Hace más de doscientos años, en las postrimerías del siglo XVIII, Peralta fabricaba vino y aguardiente en varios locales del casco urbano. Aún existe en lo más elevado del barrio Alto una calle con el nombre de Aguardienterías, junto al gran barranco que llega hasta la plazuela del Pocho, llamada también del Progreso. Y en los años 20 del siglo pasado todavía funcionaban dos lagares. El vertido de sus trujales ocasionó problemas sanitarios, y para evitarlos se realizó un canal de desagüe subterráneo que llegaba hasta el río ⁵.

Con la creación de una bodega cooperativa al final de los años cuarenta, heredera de los principios que habían animado en la República la Cooperativa Caja Rural San Francisco Javier, se aunaron los pequeños cosecheros vinícolas peralteses. Ello supuso un avance de progreso, pero desde el punto de vista estético y para añoranza de espíritus románticos, se perdió algo tan bello y colorista como la estampa de los carros y galeras llenos de comportas de uva Garnacha por las calles donde había trujales. Ver los cuévanos a rebosar de racimos suponía un gozo para la vista y una esperanza para los *muetes* que, a la salida de la escuela, acudíamos a los lagares de nuestros amigos para, con los pies descalzos, ayudar a los hombres mayores a pisar la uva. La técnica se ha encargado de liquidar esta tradición, como ya antes había eliminado los trillos de las eras que separaban el grano de la paja.

El mosto de los lagares se almacenaba para su crianza dentro de grandes cubas de roble, no sin antes separar una pequeña parte para preparar el rico mostillo que tanto nos gustaba a la chiquillería. Para ello se cocía al fuego lento de la leña esa parte del mosto con nueces, harina y peladura de naranja.

A partir de la creación de la nueva bodega cooperativa se aplicaron los sistemas y técnicas de la moderna enología, prescritos por el Consejo Regulador de la Comunidad Foral. En Peralta no se partió de cero a la hora de crear esta cooperativa. La experiencia, las instalaciones frente al Círculo Católico, el buen hacer y la comercialización de los productos vinícolas de Boneta fueron su inicio. Mientras existió la cooperativa vinícola, esta aunó los gustos y tradiciones de los cosecheros de Peralta, Funes y Marcilla. Pero ya no se empleó la madera para el envejecimiento, perdiendo así los caldos cierta calidad. Los poros y las sustancias vegetales de las cubas facilitaban la oxigenación del vino y le conferían un buqué especial que no se adquiere en los depósitos de cemento, metal o vidrio. Con todo, se elaboraron variedades muy estimadas y de calidad, tanto en vinos jóvenes como de crianza, reserva y gran reserva. Se registraron las marcas de Mosén Pierres, Peñalén, Montenegro y Canterón.

Se fundó la cooperativa el 21 de abril de 1948 por un grupo de viticultores de Peralta, a los que se unieron algunos de Funes. Al principio se limitaron a vender conjuntamente la uva, pero a partir de 1959, con la adquisición de la bodega de José Boneta, la cooperativa elaboró sus propios vinos. Los socios fundadores fueron 131, y entre todos tenían una extensión de 2.800 robadas de viñedo. En 1962, a los ocho años del funcionamiento, el ayuntamiento dio facilidades para extender el cultivo de la vid, llegando a 4.500 robadas, 3.000 de Garnacha y las restantes de Tempranillo y Viura. Los socios de Peralta, Funes y Marcilla llegaron a 280. Se llamó Sociedad Cooperativa Bodega de San Francisco Javier y estuvo ubicada en la calle Río, número 30. Las obras principales se hicieron entre los años 1961 y 1962 con una ampliación en 1966. El edificio constaba de una nave dotada de 76 depósitos, la mayoría de ellos de cemento, y dos depósitos isotérmicos para frío.

Al frente de la cooperativa había un enólogo y tres operarios. La capacidad total de la bodega era de dos millones de litros de vino, cantidad que nunca llegó a almacenar. Por su moderna maquinaria con prensas horizontales, filtro, abrillantador y tren de embotellamiento, fue considerada como una de las mejores bodegas de Navarra, sobre todo en la producción de claretes, muy estimados en el mercado local, regional y nacional. La graduación de su vino oscilaba entre los quince y los dieciséis grados, y se consumía preferentemente en las provincias de Navarra, Vizcaya, Álava y La Rioja. Desgraciadamente, al deshacerse la cooperativa por diversas causas que no vienen al caso, estas buenas perspectivas del vino peraltés ya sólo son un recuerdo para la nostalgia.

3. Pequeña historia del vino peraltés

La historia de los vinos de Peralta y su zona de influencia hay que retrotraerla a casi 2.000 años, concretamente al periodo de la romanización. Para entonces, al menos, ya se elaboraba y se consumía gran cantidad de vino en estas tierras, a juzgar por los hallazgos arqueológicos de grandes depósitos encontrados en el término municipal de Funes.

Mil años después, los caldos peraltés eran reclamados una y otra vez en la mesa real de Olite. ¡Qué no sabría de este afamado vino Carlos III el Noble, si su palacio peraltés estaba junto a una de las bodegas de la villa!

En el siglo XVII, y por vía circunstancial, se reconocía públicamente la bondad de nuestro apreciado vino. Y es que a los habitantes de Muro-Astráin no les agradaban las exigencias del abad y los monjes de Iranzu cuando llegaban al pueblo a cobrarles las pechas. Por lo visto en estos viajes los monjes tenían derecho a comer y beber a costa de los pecheros. Pero estos, tanto la comida como el vino, se los servían escatimados. A las quejas de los monjes sobre la calidad del caldo que bebían, que describieron como "muy verde, que apenas se podía beber", les respondieron los pecheros diciendo "que era de la cosecha del lugar, y que si querían otro mejor fuesen a Peralta a traerlo" ⁶.

Cuando los bodegueros dispusieron de vasijas suficientes para guardar el vino, se obtuvo un vino rancio, de gran fragancia y mejor sabor. En 1751, Miguel Velasco y Pinillos, arriero de Peralta, se encargaba de llevar cargas de este vino a la Corte de Madrid, en cuyo desempeño tuvo varios percances desagradables, de los que ya he dado noticia en la primera parte de esta historia ⁷.

José María Iribarren, en sus libros costumbristas, trata con especial atención el tema del vino, y recoge las curiosidades más destacadas que ha encontrado en la literatura, la historia y las tradiciones locales navarras. Mantiene que el vino peraltés cobra renombre allende las fronteras nacionales hacia los años de la primera guerra carlista. Esta confrontación armada trajo a muchos extranjeros hasta Navarra. Y en sus relatos aparecen citados frecuentemente los caldos peraltés. Les llamaba la atención su abundancia y su bajo precio. Se llegó a vender por entonces a real el cántaro. A veces, ante la inminencia de una nueva cosecha, no teniendo recipientes ni lugares para el almacenaje, los bodegueros se veían obligados a regalar el vino añejo e, incluso, a tener que derramarlo por las calles. A este respecto Iribarren sostiene como hecho histórico lo que siempre nos ha parecido una fantasía popular: que la vieja parroquia y el campanario

de Peralta, lo mismo que otras construcciones de Navarra, fueran edificadas con vino mezclado con cal, en lugar de agua, ya que el acarreo de esta desde los ríos costaba mayor esfuerzo que traer el vino de las cercanas bodegas.

La costumbre practicada por los mozos peralteses durante las fiestas patronales de ofrecer *zurracapote* a los visitantes, puede tener más de un siglo de existencia y provenir de cuando se ponían fuentes públicas de vino en los festejos populares, como forma de dar salida a los vinos añejos. Los ganados también se beneficiaban de tal abundancia y se les daba baños de vino cuando estaban indispuestos o cansados.

Se sabe que en el año 1802 la cosecha ascendió a 50.000 cántaros. La profusión de vino y su escasa comercialización exterior se paliaron en parte con la afluencia de franceses durante el siglo XIX, quienes apreciaban su calidad y lo transportaban consigo a su regreso, dando origen a sucesivos pedidos desde el país vecino. Atentos los cosecheros a esta demanda, aumentaron la producción. Y cuando por alguna circunstancia esta no se expendía, se creaba el problema de almacenaje antes referido. En tales ocasiones, cambiar vino por agua potable no era ningún despropósito.

Ya en 1849 el historiador pamplonés Madoz escribía: *De entre las producciones peraltesas, la principal cosecha es la del afamado vino, que asciende a unos 80.000 cántaros* ⁸, dato que se repetirá en las sucesivas ediciones de su *Diccionario*.

Y Madrazo refiere que cuando los carlistas abandonaron Peralta, rabiosos de no haber conseguido rendir a los liberales sitiados en la iglesia, se vengaron derramando las cubas de vino que estos tenían en sus bodegas ⁹. Por esas fechas la iglesia, ubicada junto al campanar, y a la que se refiere el escritor, estaba inservible para el culto por amenaza de ruina, pero se utilizó temerariamente como fortaleza y bastión defensivo de los adscritos a la causa dinástica liberal.

En 1866 alguien escribía: *El vino común es de mucho vigor, y de cierta cepa llamada "berbés" se hace el generoso, cuya fama es conocida no sólo en España, sino en toda Europa con el nombre de vino de Peralta* ¹⁰. De él hablan los escritores Cadalso, Larra, Ramón de la Cruz, Ricardo Ford y Teófilo Gautier.

La jota popular denomina cariñosamente vinillo al vino generoso de Peralta, por su suavidad y apetencia, de igual forma que llama vinazo al tinto, por su cuerpo y fortaleza: *Con el vino de Tudela / y el vinillo de Peralta, / se crían las navarricas / alegres y coloradas*.

4. Una bota de buen vino

Una buena bota necesariamente ha de contener vino de Peralta. Las botas de litro, litro y medio o dos litros resultan una medida justa para llevar al campo, según se trate de pasar en él medio día o la jornada entera. Siempre se ha de llenar con buen vino de cosechero, que el vino malo pica el cuero y el estómago. Antiguamente el labrador, al ir al campo, la colgaba en el travesaño del carro, y sentábale divinamente el relente de la mañana. Hoy es el pescante del tractor el que luce la bota por carreteras asfaltadas que fueron antes caminos. Pero el vino no cambia. Si acaso, mejora.

Aunque a algunos les gusta trasegar el vino frío o muy frío, esta bebida de dioses no ha sido elaborada para calmar la sed, sino para degustarla y saborearla a temperatura ambiente o ligeramente fresca. Para beber en bota se alza esta como a treinta centímetros de la boca. El pellejo se estruja con suavidad al principio, cuando está lleno, y con codicia al final. Un chorro refulgente, moreno o rubio, centellea al sol describiendo un arco que se estrella en la muralla de los dientes. Los bebedores más virtuosos lo derraman sobre el bigote, que gotea a la boca, ávida de poseerlo. Cualquier hombre viejo de Peralta es un dechado de maestría bebiendo en bota: la toma cariñosamente con una mano, mientras que con la otra afianza la boina en su cogote antes de echar la cabeza hacia atrás; alza el pellejo con las dos manos, aprieta con medida soltando el chorro, arquea inimitablemente los labios en forma de boquilla, y el vino gorgotea en su garganta con un sonido entrañable. Parece que se ha dormido bebiendo, pero no; llega al final haciendo un quiebro original con los brazos, retira la bota y respira. Cuando ha terminado el báquico rito, el aire se contrae estremecido y el pellejo se aletarga mansamente entre sus manos, ligero ya de la hinchazón que lo oprimía. En el trayecto del vino hacia la boca ni una sola gota se ha perdido.

Hace sesenta años las esquinas de la plaza Principal se llenaban de trabajadores temporeros a la espera de un amo que les diese la jornada. Llegaban somnolientos, con una copa de anís de la taberna por todo desayuno y la bota colgada al hombro, preñada de recio vino. Eran layadores, sembradores, esparragueros, regadores, escardadores, remolacheros, segadores, vendimiadores..., según la temporada o el tempero. Si había contrata, agotarían la bota en el campo; ni no, la guardarían en casa hasta el día siguiente.

He aquí un romance que recoge la elocuencia de un cofrade de la cepa tras dar buena cuenta de una bota de vino:

*A una bota de Peralta
un cofrade de la cepa
con lengua roma le dijo
de esta manera:*

*Tú me has enseñado a hablar
todo género de lenguas;
pero la que hablo mejor
es la tudesca.*

*Tú me enseñaste a escribir,
pues no sabiendo hacer letra,
formo ya la equis bien
con las dos piernas*

*Aunque sabes todavía
más que los sabios de Grecia,
mucho más sabe la zorra
cuando me pesca.*

*Tú sola, sin ser soldado,
has ganado la eminencia;
porque tú siempre te subes
a la cabeza.*

*Tú eres toda mi alegría;
pero si de mi te ausentas,
más corrido que una mona
luego me dejas.*

*Cuando te acabes me iré
a vivir a alguna cueva,
a donde mude el pellejo
como culebra.*

*Dijo; y tocándole a juicio
la bota como trompeta,
puso en todos sus sentidos
una gineta ¹¹.*

Cuando se escribió este romance, *gineta* tenía tres significados que no han llegado a los honores del diccionario: un instrumento que producía más ruido que música, por lo que era sinónimo de bulla y confusión; aguardiente aromatizado sacado de diversas semillas, y juego de naipes. No es fácil deducir a cual de los tres se referiría el autor, pero posiblemente aunó los tres en uno. En la misma línea de comunicación entre el bebedor y la bota, están las siguientes coplas anónimas que todavía se escuchan por Peralta:

*Bota que te hizo el botero
por ganar de comer,
como eres tan hermosa
yo te quise pretender.*

*Ahora te tengo en la mano
conteniendo vino puro,
dame un besito en la boca
y yo te apretaré el culo.*

En estos otros versos, un tientabotas peraltés prefiere apostrofar directamente al vino:

*Tú eres vino angelical,
criado en las verdes parras;
tú me hieres, tú me matas
y me haces andar a gatas.*

*Me tiras por las paredes
y haces de mí lo que quieres;
tú eres vino, yo soy cuero:
pasa por este “bujero”.*

5. Las antiguas tabernas

Peralta, como todo pueblo que elabora buen vino, tenía en 1950 seis tabernas muy frecuentadas. Hoy, son más de veinte los bares y cafeterías que las han suplantado.

Aquellas proporcionaron solaz y entretenimiento a muchas generaciones de varones peraltenses, cuando no existían otros recursos a su alcance para los ratos precisos de ocio.

No había relación directa entre frecuentar la taberna y beber buen vino. El de calidad, fuese el tinto recio o el suave rosado, se consumían normalmente en casa o en el campo con los platos fuertes o ligeros. El vino flojo se degustaba en las tabernas, especialmente al terminar la jornada agrícola, cuando el cuerpo fatigado agradecía cualquier tipo de refrigerio.

Las tabernas tenían, generalmente junto a la puerta, un pequeño mostrador con repisa y pila de granito para despachar al público, litro a litro, el clarete, el tinto y un buen vinagre de vino para las amas de casa. La zona social de la taberna estaba más adentro, con mesas de pino y bancos corridos sin respaldo, fregados a diario con agua y asperón. Cada parroquiano se procuraba de casa para merendar una cazuelita con ajoarriero, caracoles, sangrecilla, callos o pimientos. A veces, entre varios, traían del horno cercano unas cabecicas asadas de cordero. Entre trago y trago, en gruesos vasos de vidrio, iban transcurriendo la merienda y la tarde en agradable tertulia, que terminaba con varias partidas de cartas en sus diversas modalidades del *Subastau*, Mus, Tute, Siete y medio, Julepe y Tresillo. Cuando había que celebrar algo, se empleaba el porrón, que es más comunitario que la bota. Mientras que esta requiere un uso más personal y se pasa cedida y honrada de mano en mano entre los íntimos, aquel es de todos y va de corro en corro sin pedir la venia.

Los domingos por la tarde, mientras los hombres holgaban en la taberna, sus mujeres, bendecidas por las *Vísperas* y el rosario, se reunían al amor del brasero en invierno y en corro de sillas bajas a la puerta de casa en el buen tiempo, conversando y jugando a la *Brisca* y al *Porrazo*, mientras se hacía la hora de preparar la verdura para la cena.

La taberna de *La Tresorejás*, que estaba en la calle Solana Alta del barrio Alto, recogía clientela de hombres mayores, con la faja negra sujetando bien los riñones. Otras tabernas eran la del Resqui y la del Mocho. Ésta última junto al portal del mismo nombre, en mitad del tramo de la carretera entre el paseo y la plaza Principal. Dividía el vano del portal un poyo de piedra que impedía el paso de carros y otros vehículos, y ayudaba a los parroquianos, al salir algo mareados de la taberna, a apoyarse en él con disimulo para orientarse y atinar con el camino de vuelta.

El comercio de ultramarinos de la Isidora, en el tramo medio de la calle Mayor, no era propiamente una taberna, por lo menos cuando yo la conocí, pero durante muchos años la frecuentaron labradores y menestrales para "echar las once", al término de la mañana, cuando aquellos volvían del campo con la bota vacía y estos daban de mano a sus tareas hasta después de comer.

En las tabernas, a medida que se empinaba el codo, se enardecían los ánimos. Por eso solía haber en cada tasca un letrero discretamente colocado con esta advertencia: "Se prohíbe la blasfemia". Y es que el vino y la lengua pactan con el diablo a poco que te descuides.

Se dice que en los pueblos de La Ribera el exceso de vino ha acarreado muchas riñas y tantas heridas como las guerras. Al margen de la hipérbole, más de un escritor apunta

que la borrachera fue el "deporte" más practicado en los pueblos riberos durante el siglo XIX y la primera mitad del XX.

Para concluir este apartado cuento lo que se dice de un peraltés del siglo XIX, apodado *Canoso*. En una apuesta de taberna ingirió veinticuatro huevos fritos con cinco litros de vino. Al acabarse el caldo, le dieron agua para empujar los últimos huevos, pero la rechazó con estas palabras:

*El agua es el elemento de las ranas,
el agua engendra podredumbre y barro,
hidropesía, palidez, tercianas,
hinchazón, pulmonía, catarros...;
mas con un par de litros de morapio
triunfa el mundo y se alegra el cotarro,
y tras los huevos, de placer se llena,
y me quedo con una tripa como la ballena* ¹².

6. Casinos y bares

A finales del siglo XIX hicieron su aparición los casinos, que contemporizaron con las tabernas, y servían especialmente para congregarse a los correligionarios políticos. En ellos se tomaba café y se fumaba tabaco amigablemente. Los hombres del campo solían frecuentarlos los domingos después de comer, mientras que durante la semana acudían a ellos profesiones del comercio y los propietarios ricos. Pequeños grupos bullían junto a las mesas de juego con tapete verde. Un billar, casi siempre olvidado, lucía sus tacos colgados de la pared, como mástiles de un barco que nunca se hacía a la mar.

El primer casino que se creó en la villa fue llamado, en un alarde de imaginación, Casino de Peralta, y abrió sus puertas en 1891. Era un edificio grande y nuevo, de dos plantas con sus bajos, que abría cinco balcones a la plaza de los Fueros. Tenía tres salones muy ornamentados y algunos muebles de estilo. Sus socios pertenecían mayoritariamente a asociaciones de carácter católico, pero en él se acogía a todo el que quisiera ir, sin distinción de credos. Tras poco más de treinta años, dejó de funcionar, ocasión que aprovechó el párroco de entonces, don Tomás Biurrun, para adquirirlo y habilitarlo como casa parroquial, ya que estaba aledaño a la iglesia.

A partir de 1920 se crearon nuevos casinos: el Casino Agrícola, el Círculo Jaimista, el Círculo Católico de Obreros y el Casino Unión de Derechas, también llamado de la Ceda. Cuando yo llegué a Peralta en los años cuarenta, solo quedaban tres.

El Círculo Católico, instalado en el primer piso de una enorme casona con escudo nobiliario y balcones, tenía su acceso principal desde a la carretera, pero era más frecuentada una puerta secundaria, a pie llano, enfrente de la calleja Matapadres. Durante muchos años lo regentó Arturo Busto García, ayudado por su mujer y sus hijas. Recuerdo cómo era este salón, y no sé si todavía es así: una gran estancia de altas paredes con largas balconadas corridas a los lados, como si de un teatro se tratara; sin duda para acoger a los asistentes a posibles mítines políticos. Había muchas mesas de hierro y mármol con sillas de madera. Presidía el salón un Corazón de Jesús entronizado. En este

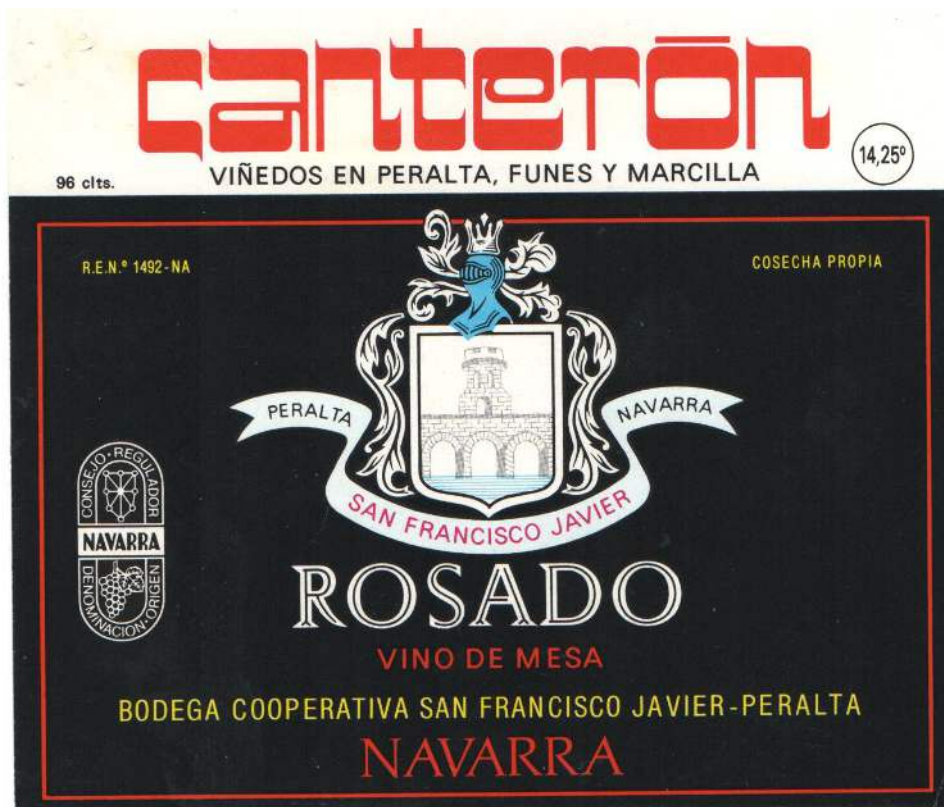
local radicó la sede de la Conferencia de Caballeros de san Vicente de Paúl. Fue el edificio público que primero instaló en el pueblo un váter con agua corriente para servicio de sus socios. Como era de fabricación francesa, en la bola de cerámica blanca que pendía de una cadena, ponía en letras negras: *Tirez*. Para mejor comprensión de los usuarios se colocó en la pared el siguiente rótulo: "Después de c..., tirad del tirez".

Muy cerca del anterior estaba el Casino de los Carlistas. Un gran letrero colgado en su balcón central rezaba: *Círculo Jaimista. Dios, Patria, Fueros y Rey*. En la planta baja funcionaba el baile popular de Echeverría, que tenía una gran pista y un bar para los jóvenes domingueros. En la calle Irurzun, cerca del convento, estaba el Casino de la Ceda, regentado por los padres de mi amigo José María Zaldueño. Su madre, una señora que si no era francesa dominaba muy bien el idioma galo, daba clases particulares de francés, y los *muetes* la llamábamos *la Madame*. El gran salón de este casino yo lo veía siempre vacío. Por falta de clientela se cerró definitivamente hacia 1950.

Los bares o cafés de Peralta, a caballo entre la distinción de los casinos y la popularidad de las tabernas, nacieron marcando unas tendencias que acabarían desbancando a aquellos y a estas. Sus selectas y variadas banderillas, sus aperitivos, la calidad del café que servían y la abundancia de los licores ofrecidos coparon poco a poco toda la clientela. Los primeros bares de que tengo noticia, nacidos por los años de la Segunda República, fueron el bar del Hondo, ubicado en la calle Mayor, a la izquierda del baile de Echeverría, y el café la Bombilla, también en la calle Mayor. Pero ninguno de los dos abrió tras la Guerra Civil. Dos bares más que recuerdo de mi infancia son el *Madrid* y el *Brasil*, estaban uno con y otro pared con pared a un lado de la plaza Principal. Para entonces el *Turuta*, dueño del primero, ya era famoso en el pueblo por su buen hacer como barman.

NOTAS:

1. Bengoa Ochoa, M. *El vino*, TCP, núm. 73, pág. 3.
2. Diario de Navarra, 19 de noviembre de 1989. Suplemento: *Extra vino*.
3. Bengoa Ochoa, M., *ibíd.*, pág. 15: *Falces merece especial mención por sus rosados y limpios de terraje, bien tonalizados, equilibradamente graduados y con sabor exacto entre un tinto de intenso paladar frutal y la extrema finura de un blanco notable. Funes y Villafranca dan unos "ojos de gallo" que son algo peculiar en vinificación. Se llama así al vino que tiene más capa que el rosado, sin llegar a la de los tintos, y es muy estimado por ciertos paladares.*
4. Las siguientes estimaciones de las cosechas solo son válidas como promedios, y no hay regla sin excepción. En 1964 excelente, 1965 mala, 1966 muy buena, 1967 buena, 1968 MB, 1969 B, 1970 E, 1971 M, 1972 M, 1973 E, 1974 B, 1975 B, 1976 B, 1977 Regular, 1978 MB, 1979 R, 1980 R, 1981 E, 1982 E, 1983 MB, 1984 MB, 1985 B, 1986 B, 1987 B y 1988 MB.
5. Idoate, F. *Rincones... III, Sanidad y Urbanismo... en Peralta*, pág. 743 y 744.
6. Idoate, F., *ibíd.*, II, *Discutiendo con los frailes*, pág. 256.
7. Archivo Diocesano de Pamplona, Almandoz, 1945, núm. 7.
8. *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, t. XII, 1849, pág. 803.
9. Citado por Iribarren, J. M. en *Batiburrillo navarro*, pág. 146. Tomado de *Historia de Zumalacárregui* de Francisco de Paula Madrazo, Valladolid, 1941, notas de J. E. Casariego.
10. Nadal de Gurrea, J. *Glorias de Navarra*, Pamplona 1866. Lo cita Iribarren en *Batiburrillo navarro*, pág. 151.
11. Rescatado del olvido por Valeriano Ordóñez, excelente conocedor del pueblo. Publicado en *Gestas y Cantares*, TCP, núm. 311, pág. 13.
12. Recogido en *Costumbres y anécdotas del siglo XIX* de León Villafranca, artículo publicado en el programa de fiestas de Peralta en 1982



17. Etiquetas de las botellas de vino rosado que se elaboraban en la Bodega Cooperativa san Francisco Javier.



18. Etiquetas de las botellas de vino tinto que se elaboraban en la Bodega Cooperativa san Francisco Javier.

CAPÍTULO XVII: “ARGA, EGA Y ARAGÓN HACEN AL EBRO VARÓN”

1. El río Arga

Se puede decir que el Arga es el río más caudaloso de todos los que nacen y mueren íntegramente en Navarra. Desde su alumbramiento en los montes Pirineos hasta su desembocadura en el río Aragón, discurre siempre por solar navarro. Y de todos sus afluentes solo el Araquil brota fuera de Navarra, en tierras alavesas. El Arga tiene dos nacederos diferentes, situados ambos cerca de Roncesvalles, a menos de tres kilómetros de la frontera con Francia. Uno, el más largo, nace en el monte Izterbegui, a 1.500 metros de altitud, y discurre en dirección norte-sur; el otro, mas corto, surge en el monte Adi, a 1.459 metros y toma la dirección este-oeste. Están situados en la vertiente sur del macizo Quinto Real, que forma parte de los montes Alduides y se unen poco antes de llegar al embalse de Eugui. Desde aquí el recorrido del Arga retoma la dirección norte-sur, dividiendo verticalmente el territorio de Navarra en dos porciones de similar extensión. A continuación atraviesa el valle de Esteribar incrementando su caudal con varios riachuelos. El pantano de Eugui, con una capacidad de 20,36 Hm³ también embalsa las aguas del río Subarrondi. A partir de aquí el Arga discurre por Zubiri, Ostériz, Ilarraz, Esquíroz, Irure, Idoy, Zuriain, Iroz, Zabaldica..., con corrientes claras y trucheras.

Cuando Pamplona aún apiñaba su caserío dentro de las murallas, sus habitantes, que no llegaban a 100.000, tenían suficiente con el agua del manantial de Arteta, a veinte kilómetros de la capital, acumulada en los depósitos del cabezo de Mendillorri, camino de Badostain. Hoy el agua de este manantial resulta insuficiente para la ciudad que es ahora Pamplona. Por eso, sus habitantes beben también del Arga a través del embalse de Eugui y de otra presa construida un poco más abajo.

Pasando Huarte, y antes de llegar a Villava, el Arga recibe el río Ulzama. Al pie de las murallas pamplonesas bordea la Rochapea creando huertas a su paso, y reflejando en sus aguas el baluarte del Redín, los pináculos de la catedral y los vitrales de la capilla Barbazana. Desde el parque de la Medialuna y otros puntos, hoy se oyen gamitar antílopes y rebecos que pacen en controlada libertad por los fosos. En mi infancia y adolescencia, este río regaba la arboleda y los campos pegados a las murallas. Hoy, sus caudales sortean además pistas de baloncesto, canchas de tenis, frontones y piscinas.

Tras bañar a Barañáin y Cizur, recibe por su izquierda al río Elorz. Pasadas las campos de Arazuri, en Ororbía, acoge al río Juslapeña. Pero es en el pueblo de Ibero donde se enriquece con el Araquil, que viene pletórico tras recoger los acuíferos de la Barranca. En este punto el Arga comienza ya a ser un río caudaloso. Cuando reemprende su trayectoria por Echauri, Otazu y Ciriza, La Cuenca pamplonesa hace de encrucijada. En Belascoáin empieza el río a recorrer las estribaciones de la sierra del Perdón. En busca del Camino de Santiago, y tras haberse recreado por el señorío de Sarria, llega a Puente la Reina donde se deja abrazar por el peregrino puente románico. En su término recibe lo que queda del río Robo. Un poco más abajo, en Mendigorriá, recoge al río Salado, regulado en el embalse de Alloz. En la historia reciente del Arga, el tramo entre Pamplona y Mendigorriá ha sido impunemente degradado por la contaminación industrial y urbana. Hoy, sus perspectivas de autorregeneración suscitan esperanzas ¹.

El regadío, que se remonta al siglo XII, es potenciado por las modernas presas del Arga: una antes de llegar a Mendigorriá, otra en el curso anterior a Larraga, una tercera antes de Berbinzana y dos más al sur de Miranda ². Desde aquí, continúa el discurrir de las aguas dejando las casas de Vergalijo para remansarse otra vez en otro pantano, el del Arquillo. De aquí sale un canal de riego, de nombre Artete, que llega hasta los bocales de Tremoya, en el término de Falces. Su agua se reparte alternativamente desde 1756 entre Falces y Peralta. Un partidero distribuye el riego a los campos peraltés desde el 24 de junio hasta el 31 de julio. La escritura de Concordia acabó con años de peleas por el reparto de esta agua entre ambos pueblos. Ya hablé de ello en el primer volumen de esta historia y de la tradición anual aún vigente de ir a los bocales a recordar aquello en la madrugada del día de san Juan. Cuando este canal pasa por los campos de Arlas, adopta este nombre, para perderlo poco más abajo por el de santa María. En el molino del Rey, cerca de Peralta, se bifurca y sale por un lado el río Molinar, que devuelve sus aguas al Arga junto al viejo puente peraltés, y por el otro, el río san Pedro, que tras regar el campo de Funes vuelve a su madre.

El Arga entra en el término de Peralta laminando los acantilados de la sierra. A partir del promontorio de la Atalaya, el río empieza a retirarse buscando la vega camino de Funes. La última presa del Arga está al sur de este pueblo. Aquí nace la acequia de la Luz, antes de llegar el río a Peñalén. Y en el soto Chopal, el Arga se inmola en el Aragón, con cuyo nombre llegará hasta la desembocadura en el Ebro.

La anchura del cauce del Arga en la llanura de La Ribera alta oscila entre los cincuenta y los ochenta metros. Hay frecuentes zonas remansadas con profundidades de más de cinco metros y otras de fuerte corriente, provocada por un desnivel moderado del terreno. Con frecuencia, por el centro del cauce el agua discurre veloz, mientras que en las orillas se forman remansos. A su paso por Falces, Peralta y Funes, y antes de su canalización, el Arga se ensanchaba por los cascajares, formando ramales secundarios a ambos lados y dejando en el centro pequeñas islas pobladas de chopos, sauces, álamos y arbustos como los tamarices y juncales ³.

En todo su curso presenta el río un desnivel de 641 metros, que disminuye a medida que se acerca a las tierras meridionales. Por la población de Zubiri, al norte, soporta un caudal de poco más de un metro cúbico, y al rendirse al Aragón sobrepasa ampliamente los cuatro metros cúbicos ⁴, aun después de haber donado ingentes cantidades de agua para el riego y el abastecimiento humano. Su cuenca abarca 2.600 m², con un caudal relativo de 15 litros por segundo ⁵, caudal que depende de los aportes derivados de regiones con regímenes pluviométricos distintos, fundamentalmente las lluvias equinociales que recoge el Araquil y los deshielos primaverales del Pirineo. Los estiajes, aunque no excesivos, son más acusados en el mes de agosto.

El Arga en algunos tramos lleva aguas duras y muy duras, de elevada mineralización. Predominan las clorurosodocálcicas. Todas rebasan los límites tolerables para el consumo. A pesar de ello, la ictiofauna del río es bastante variada, sobre todo en el último tramo, a causa de su extraordinaria capacidad de autodepuración. Destacan la tenca, la carpa, el carpín dorado, el gobio y la chipa, además del barbo común y la madrilla.

2. Las riadas

Cada riada del Arga era como un brazo de mar extendido por todo el regadío desde Peralta a Funes. Penetraba también en las calles bajas del pueblo, encharcándolas. Desde la Atalaya, una oceanía de infinitos islotes vegetales recreaba la vista. Sucedió casi siempre a finales de febrero y principios de marzo, cuando confluyen las lluvias estacionales y las del deshielo. Al retirarse, el campo y las calles parecían espejos rotos, quebrados por ramajes y troncos arrastrados por la acometida de las aguas.

El actual recorrido del río entre Peralta y Funes es un gran canal que describe una línea parabólica que aminora el secular peligro de las riadas y archiva en el recuerdo los meandros naturales que originaban fluctuaciones en el lecho del río.

En recuerdo de aquellas grandes avenidas, escribí hace años estos versos desde la Atalaya, al contemplar la última riada anterior a la canalización.

Las riadas del Arga

Río abajo va el invierno
por este cauce del Arga...,
desde los vascos Alduides
a la ribera Navarra.

Filos de nieve y de hielo,
naciendo la primavera,
desvainan navajas de agua
por los sotos y las huertas.

Asoman en los meandros
los cereales primeros,
tímidas hierbas tempranas
y flores de los almendros.

Traen un cielo de estrellas
ocazos de oro y de grana...
Hoy ha amanecido el río
con una crecida parda.

Lamiendo los tajamares,
lluvia y hielo amalgamados:
son Pirineo y Barranca
en avalancha de fango.

Un bramar enfurecido
retumba por las arcadas,
uno, dos, tres días tensos,
achicando barro y agua.

Estas nieves pirenaicas
de un invierno derretido,
más que aguas de deshielo
son de los valles el limo.

Embiste los arcos góticos
como una espada afilada,
mata los campos germinados,
rompe calles empedradas.

3. El río Ega

Salgo temprano de Azagra. Tampoco se ha de madrugar menos si quieres ver a las gentes faenando la hortaliza. Las primeras luces se aprovechan para el campo. Las fábricas conserveras también son madrugadoras. Hay movimiento por las calles, voces jóvenes que van al trabajo. Después de recorrer tres kilómetros mal contados, bordeando el escarpe descendente de la Peña, llego a la entrada de San Adrián, donde se cruzan las carreteras de Peralta y Andosilla, junto al puente sobre el Ega, un nudo de viejas rutas nontaraces ahora modernizado.

Desde aquí se divisa el término de Sotillo, donde el Ega, asumiendo su papel de afluente segundón del Ebro navarro, le entrega con disimulo sus aguas, aprovechando un meandro del gran río, cerca de Calahorra. El decir popular de " Ega, Arga y Aragón hacen al Ebro varón", es una verdad a medias. Porque aunque sea importante el caudal que los tres ríos le aportan, el Ebro ya es varón adulto cuando llega a estas latitudes. Pero los refranes ponderativos son lo que son y sirven para eso ⁶.

El sosiego que me proporciona esta rendición fluvial me invita a remontar el curso del río que veo morir. El Ega hace su viaje como señor absoluto de La Solana y parte de Tierra Estella. Pero nace más arriba, cuando en Santa Cruz de Campezo confluyen dos arterias provenientes de la sierra Cantabria, portadoras de las escorrentías meridionales de los montes centrales alaveses. Entra en Navarra con dirección este por Zúñiga. Discurre por los campos de Acedo, Ancín, Legaria, Murieta y Abáigar. Por detrás de los montes Monjardín y Montejurra, bordea Labeaga, Zufía, Ugúzquiza, Arbeiza y Zubielqui. A las puertas de Estella recibe el refuerzo del río Urederra, que viene por el valle de Allín, después de recoger las aguas de la vertiente sur de la sierra de Urbasa y la del norte de Lóquiz. Hasta aquí, las aportaciones al Ega han sido abundantes.

Semicircunvala meridionalmente Estella y, al despedirse, procura la confluencia con el río Iranzu, cambiando de dirección hacia el sur y cruzando perpendicularmente La Solana en busca del Ebro. En este último recorrido ya no recibe acuíferos importantes, y pierde caudal más que gana. Las necesidades de riego de Aberin, Muniáin, Morentín, Lerín, Cárcar, Andosilla, San Adrián y las pérdidas por evaporación han mermado su caudal cuando llega al gran colector del Ebro. Su cuenca ronda los 1.000 m² con once litros por segundo. En todo su recorrido el desnivel del Ega es de 448 metros. Su régimen es pluvial, mitad oceánico y mitad mediterráneo, con notables estiajes ⁷.

Las aguas del Ega son de duras a extremadamente duras, con abundante mineralización, aguas sodicocálcicas, normalmente sulfatadas y clorurobicarbonatadas a veces. Presentan altos niveles de nitratos por el intenso abonado de las tierras, sobre todo en su último tramo. Con las debidas precauciones pueden utilizarse para el riego, pero superan casi siempre los límites tolerables para el consumo humano, por lo que hay que tratarlas intensamente ⁸. Las tierras regadas por el Ega son menores que las del Arga.

El Ega es también un río querido y presente en mi infancia. Por eso le escribí y dediqué esta oda a la vera de su desembocadura.

Oda al río Ega

¡Escenas de historia viva
correrán por tus veneros,
hijo de mis entrañas...!
Esto le susurra al Ega
la sierra de Cantabria
al aflorarle en Álava.
Santa Cruz de Campezo
aglutina en sus predios,
a la vista de Codés,
las dos iniciáticas arterias
en fundida lengua de aguas,
ya en la frontera navarra.
Ancín, Murieta, Zufia...,
y sigue Valdellín adelante
con Zubielqui y Arbeiza.
Por aquí el Urederra,
señor de las Améscoas,
y las fuentes subterráneas
de la sierra de Urbasa
aumentan sus caudales.
Adulto de estas linfas
pasa bordeando Estella
entre muros medievales,
y por góticas arcadas.
El Iranzu, avenando Yerri,
Llega raudo de tres pueblos,
Abárzuza, Grocin, Arizala,
y le rinde fluviales pechas,
como otrora a los Benitos
los labriegos de Muro-Astrain
con un buen vino de Peralta,
entre reflejos claustrales
y rumores salmodiados
de antífonas gregorianas,
donde muda de rumbo el Ega
que parte a la sureña Navarra.
El pico de Montejurra,

altivo, ceñudo y serio,
preñado de carlistadas
y romerías a san Ciprián,
orientan el fluir del agua
hacia un Irache abandonado.
Por pueblos de Solana Alta,
Muniain, Aberin, Morentin,
y por villas de Solana Baja,
Lerín, Andosilla y Cárcar,
desciende el río a plomada.
El cauce ibero le acoge,
que no es morir sino fundirse
en un abrazo hispano de aguas
entre San Adrián y Azagra.
Cabalgando historias viejas,
mosén Pierres de Peralta
y el terco conde de Lerín,
señores de rompe y rasga,
a sangre y fuego pasaron
por estas mismas riberas.
Y en idénticas campos
terminaron por fundirse,
tras largos años de espadas
y de dolientes mesnadas,
como se abrazan en uno
los ríos de estas tierras,
Arga, Ega, Aragón y Ebro
con sus limos fangosos,
y sus aguas cloruradas.

4. El río Aragón y sus almadías

En el circo pirenaico de Astún, en tierras de Huesca, afloran las primeras aguas del río Aragón, que ensancha su cauce al llegar al canal de Berdún antes de represarse en Yesa. A pesar de su nombre, este río es eminentemente navarro. Recolecta a su derecha toda la cuenca navarra, pródiga en cursos de diversa consideración, además del Subordán y el Veral, que bajan de los valles de Hecho y Ansó, respectivamente. El Esca, que recoge todas las escorrentías de Belagua y el Roncal muere en el pantano de Yesa, y el Irati y el Salazar, con un aporte fundamental, entregan sus caudales al Aragón cerca de Sangüesa. Una compleja red de subafluentes de estos dos últimos avenan los valles de Arce, Urraul, Lónguida y Salazar, prácticamente toda la montaña oriental de Navarra. El río Irati, el más alto caudal relativo de los ríos navarros de la vertiente mediterránea, lleva 25 litros por segundo en su desembocadura, superando en diez litros los que lleva en ese mismo punto el río Aragón⁹. En su tramo final, y con una alineación perpendicular al Ebro, el Aragón discurre perezosamente por la llanura describiendo sinuosos meandros por campos intensamente cultivados. El Arga le ha entregado ya sus aguas más allá de Funes, para marchar juntos al Ebro por debajo de Milagro. Cuando el Aragón entra en

Navarra, a la altura de Yesa, apenas alcanza los cuatro metros cúbicos. Ahora, en su desembocadura, rebasa los trece metros cúbicos.

La dureza de las aguas del Aragón varía por tramos. Son muy duras en los pozos y remansos de Caparroso, medianamente duras en torno a Marcilla, y otra vez muy duras tras la confluencia con el Arga. Su mineralización es constante. Esta singularidad se debe a la influencia de yesos del Terciario continental, que afloran en los terrenos cercanos. Las aguas son buenas para el riego, excepto las de la citada área yesífera de Caparroso, en donde deben restringirse a ciertos cultivos, y aun con un drenaje determinado ¹⁰. Sin embargo es en Caparroso donde viven hasta diez especies diferentes de peces: trucha y barbo comunes, barbo de montaña, madrilla, gobio, chipa, carpa, perca americana, locha y colmadilla.

Se sabe que por lo menos desde el siglo XII se utilizaban las aguas del Aragón, al igual que las del Arga, para regar amplios espacios por gravedad, haciendo recrecimientos en presas y en el mismo cauce. Los pueblos limítrofes a Caparroso realizaron, en común con Peralta, este tipo de obras de regadío y aprovechamiento de las aguas, que favorecieron considerablemente un desarrollo agrícola mancomunado. De esta manera se construyeron la presa o estacada de Caparroso y la presilla de Traibuenas, aguas arriba del río, de las que salen varios canales, entre ellos los llamados ríos Saso y Mayor. Del éste nacen otros dos, el Bobo y el Chaviel. Entre todos riegan los campos de Caparroso, Marcilla y Peralta, distribuyéndose regladamente las aguas durante los días de la semana ¹¹.

Además de para el riego, las aguas del Aragón sirvieron durante siglos para el transporte de las almadías, arrastrando grandes troncos de árboles desde los Pirineos. Ya en 1505 hubo un pleito, promovido por los habitantes de Caparroso ante la Corte Real, para defenderse de los destrozos ocasionados por el paso de estas almadías a través de su presa o estacada. Alegaban que de tiempo inmemorial los lugares entre Sangüesa y Tudela cobraban tres reales por cada almadía que pasaba por el Aragón y el Ebro respectivamente, o cobraban el paso de las mismas en especie, concretada en un madero. Insistían en que los daños causados eran de consideración. En la sentencia se especifican las presas que atravesaban las citadas almadías. Entre ellas ya aparecen la presilla de Traibuenas y la estacada cerca del puente de Caparroso, pertenecientes al condestable de Navarra, a la señora de Traibuenas y a las villas de Caparroso, Peralta, Marcilla y Funes, porque habían financiado su construcción para regular el caudal de las aguas con que regaban sus tierras.

Los tudelanos se quejaban de que los almadieros no les querían pagar, apelando a que las Cortes de 1497 habían resuelto dar libertad de tránsito por los ríos con el solo abono de alguna cantidad por los posibles perjuicios que pudieran causar los maderos, *la quoad ley da libertad que puedan libremente llevar sin pagar pecunia ni cantidad en lugares ni villas, a personas algunas*. Los almadieros replicaban que los ríos Aragón y Ebro, al ser caudalosos, eran de navegación libre, y por eso las villas de paso tenían que construir puertos que no impidieran el paso de las almadías, bien entendido, por supuesto, que estas debían regular sus medidas. Y así no podían exceder de cuatro tramos de cincuenta fustas mayores o treinta si se trataba de los llamados *sallidos*. Los almadieros debían avisar de su llegada al pueblo y, si transcurridas tres horas, no acudía nadie, podían pasar procurando no hacer daño ¹². La construcción de puertos en las presas originó perjuicios a la agricultura. En 1782 el Marqués de Falces y las villas de Peralta, Funes y Marcilla exponían a la diputación del reino los menoscabos que experimentaban sus riegos por el nuevo puerto que el doctor Plácido Correa, comisionado real, había hecho abrir en la

presa existente sobre el puente de Caparroso para conducir las maderas del rey ¹³. Pero no solo eran estas las almadías que tenían paso franco por los puertos de las presas, sino también todas las demás.

En los bosques de los valles del Roncal, Salazar y Hecho tenía lugar la tala de madera entre mayo y agosto. Una vez arrastrada hasta los ataderos de los ríos, primero se cuadraba y después se construía la almadía por tramos. Un tramo tenía de diez a veinte maderos, y su anchura dependía del cauce de los afluentes del Aragón, oscilando entre los tres y los cuatro metros. El primer tramo solía medir siete metros y era más largo que los posteriores, con la parte trasera curva para facilitar los movimientos. Llevaba delante dos pares verticales de estacas de haya en las que quedaban amarradas con un tejido de varas de avellano los remos guía, que eran de pino. El segundo tramo, algo más corto que el primero, sostenía dos palos unidos por arriba en los que se colocaba la ropa. La unión entre tramo y tramo se efectuaba por el centro con cinturas de roble o abedul que había que calentar al fuego. El tramo de cola también llevaba un remo, pero algo más corto que los delanteros.

Hasta llegar al Aragón solían ir por lo regular tres hombres con cuatro, cinco o seis tramos. Ya en este río, se unían hasta ocho o diez tramos. Las almadías del Roncal eran principalmente de pino y abeto, y las del Salazar de pino y haya: tres troncos de pino por uno de haya. Una preocupación grande de los pueblos era tener los ríos en buenas condiciones, bien *almadiados* y con los puntos peligrosos vigilados. El salto de las presas requería una pericia especial; en uno de los extremos había un punto previsto para ello ¹⁴. A comienzos de diciembre empezaba la temporada almadiera, que llegaba hasta finales de primavera. Con buenas condiciones se tardaban seis días en ir de Burgui a Zaragoza. Pero tanto el exceso de agua como la falta de corriente, amén de otras causas, podían retrasar el viaje hasta alcanzar los doce días. Algunos almadieros no salían del río Aragón, llegando solamente hasta los puertos de Peñalén y Milagro, sin meterse en el Ebro. Los que alcanzaban Zaragoza, volvían andando con el remo al hombro, empleando en ello tres días.

La construcción del embalse de Yesa interrumpió definitivamente en 1952 el quehacer maderero de las almadías, que por el Ebro llegaban al mar, donde era embarcada la madera.

5. Desde el puente de Caparroso

Entre los hierros del viejo puente de Caparroso veo bajar tranquilas las aguas del Aragón. Cuántas veces no habré cruzado yo este puente camino de Zaragoza y Pamplona, cargado de ilusiones adolescentes a lomos del autobús. Hoy no viajo ni a un sitio ni a otro, pero sí recorro mentalmente, río arriba, los lugares que el río baña.

El Aragón bajo el puente de hierro

¿Qué aguas trae esta tarde este río
cuando, absorto, le estoy contemplando
desde el herrumbroso puente de hierro?
Son dosis exactas de Aragón y Navarra

refundidas, mezcladas pero no confundidas,
cabalgando gota a gota por un ancho cauce:
con dos orillas desiguales pero hermanas
en un parejo y lento transcurrir de siglos,
de reyes, lacayos y pecheros de vasallaje.
¿Qué aguas trae esta tarde nuestro río?
Son del Subordán, del Veral y del Esca,
del Irati, Onsella, Induci y del Cidacos,
veneros níveos de los Pirineos jacetanos,
caricias acuosas del pie del Somontano,
lamidos golosos de las margas yesíferas,
paladeos últimos de eternos secarrales,
que engrosan la dote inicial zaragozana,
tras las abundantes transfusiones navarras.

He oído contar maravillas de este río,
he leído sus cifras en atlas geográficos,
pero ahora, sentado, lo veo en directo.
No me sirve lo que de él digan los libros,
no me valen los datos ni las estadísticas,
son como un otoño de hojas marchitas,
añosas fotografías de fenecidas almadías.
Voy a intimar yo mismo con los paisajes,
quiero recorrer con pausa de peregrino
la anchurosa vega de la Canal Navardún,
y detener mis ojos en la presa de Yesa
con los embudos de sus tres aliviaderos,
ver las tonalidades cambiantes de Leyre,
sobrevolando un cielo monástico y sereno
reflejado en la placidez del embalse...
¿Fueron exigencias de riegos sedientos
encerrar en esta cuenca un mar diminuto,
o necesidad de un espejo para mirar el cielo?

La iglesia de Santa María Real de Sangüesa
remira desde su románica e historiada portada
y desde su recio y encumbrado pináculo
los caudales gozosos del Irati y Salazar aunados.
¿Quién le dirá a estas corrientes de aguas claras
que los pútridos olores que aquí se respiran
emanaciones son de mil árboles tronchados
esperando ser transformados en papel mañana?
¿Quién les podrá hablar de tal modo a estas aguas
cuando bajan enamoradas de pinos y hayas?
¿Será Cáseda recostada a la izquierda en la ladera,
o Gallipienzo encumbrado altivo a la derecha
repartiéndose malos olores y excelentes aguas?
En perspectiva lejana, el pétreo palomar de Ujué,
crestería de sierra adusta, tan árida como pelada,
y los montes renegridos del señorío de Peña

con los jabalíes ocultos entre robles y quejidos,
serpentean a un tiempo meandros de factura lítica.

Alcanza el Aragón la Ribera mugando merindades,
fronterizo en Carcastillo con las Reales,
campos de La Oliva, monástica de blanco y mística,
deslizándose al mismo ritmo por Mérida y Santacara.
En la Virgen del Soto el Cidacos le da su pleitesía,
cansado de caminar por senderos de La Valdorba.
Y en el Ebro, estrecho mar que viene surcando
Cantabria, Castilla, Álava, La Rioja y Navarra,
antes de introducirse en las pardas riberas mañas,
y en las tierras catalanas de la costa mediterránea,
para morir a su vez formando un delta limoso en el mar,
fenecen tributarias las aguas cansadas del río Aragón,
nacidas entre hayedos blancos y cresterías nevadas,
remansada su espera en el mar interior de Leyre y Yesa,
reflejando encinares, pinares y robledales centenarios,
después de saciar la sed secular de tantos pueblos navarros
de sus cerealísticos campos ribereños y bardeneros,
y de sus huertas, alamedas, sotos, chopales y predios.

6. El Ebro a su paso por Azagra

Saliendo de Peralta en dirección suroeste por la carretera de Rincón de Soto, se llega al cruce con la de Milagro, que se toma a la derecha para llegar, tras siete kilómetros, a la villa de Azagra, mi pueblo natal. Su núcleo urbano, a un tiempo protegido y amenazado por la Peña, se acuesta en el llano bañado por el Ebro, límite municipal y provincial respectivamente de Calahorra y La Rioja. Hasta el siglo XIX se levantaba al borde del monte un antiquísimo castillo dominando la amplia y fértil llanura. Hoy no quedan ni siquiera los cimientos para atestiguarlo.

La vega azagresa es terreno de regadío con terrazas fluviales, alimentadas por acequias que llevan el agua a los cultivos hortícolas y frutales, a las plantas forrajeras, al maíz y a los cereales. Los yesos y margas del monte, originados por la erosión de numerosos barrancos y cárcavas dejan suficiente espacio para campos de secano dedicados al cultivo del espárrago, los cereales y la vid. Por el monte de Azagra, una red de caminos conduce a Funes y Peralta.

Azagra carece de puente para pasar a la margen derecha del Ebro. Para ello hay que desplazarse hasta el vecino San Adrián. A principios del siglo XX se iniciaron las obras de cimentación de un puente en el término de la Barca. Pero surgieron pleitos con la Diputación de Navarra, y todo quedó en nada ¹⁵.

En otros tiempos, la falta de puente quedaba subsanada por una gran barcaza que cruzaba el río a poco más de un kilómetro del pueblo, en el lugar denominado La Barca, como no podía ser menos. Sus últimos barqueros, Román Ortiz y Crispín Cerdán, la accionaban manualmente mediante gruesas sirgas de acero desde el

casalicio del fortín. La barcaza transportaba de orilla a orilla a personas, animales y vehículos, acortando las distancias con Calahorra y demás lugares riojanos. Cabían en la barca un tractor con su remolque y un coche, o tres caros con sus caballerías, además de varios pasajeros. En 1964 una gran riada arrastró con ella. Después de recuperarla aguas abajo, se pensó en repararla, pero el ayuntamiento azagrés no la consideró ya imprescindible, porque las gentes y los vehículos del campo estaban ya muy motorizados y pasaban al otro lado del Ebro por el puente de San Adrián, a tan solo cinco kilómetros.

En tiempos romanos, discurría por las inmediaciones una calzada dotada de puerto fronterizo mediante pontones. Los árabes terminaron de perfeccionar el sistema de comunicación entre ambas orillas. Hay abundante documentación en el archivo de Comptos ¹⁶ con detalles de la barca azagresa, camino y puerta hacia Castilla, sobre todo a partir del siglo XV.

Azagra ha soportado durante siglos el tiránico señorío del Ebro, dueño absoluto de sus tierras y hasta de sus calles en épocas extraordinarias de lluvias o deshielos. Hoy los viejos *motarrones* de tierra han sido sustituidos por otros de piedra, hormigón y acero, preservando así a los huertos y a las calles de tan traicioneras inundaciones.

Ebro significa río, como lo atestiguan las voces indoeuropeas *Iber*, *Ibe* o *Ebre*. Y dice mucho de lo que fue este río el hecho de que su nombre lo lleve la Península desde la noche de los tiempos. Su cauce lleva una dirección constante noroeste-sudeste a lo largo de todo su recorrido. Montañés de nacimiento, recorre en su curso alto y medio tierras burgalesas, llanadas alavesas y riberas riojanas y navarras; en su curso medio y bajo cruza las sedientas tierras zaragozanas y aboca al Mediterráneo a través del delta tarraconense. Desde siempre, el padre Ebro ha marcado fronteras y ha sido la imprescindible referencia para poner las cosas en su sitio.

Sus acuíferos, menguados en sus inicios, se acrecientan con las cuencas de ambas Castillas, Vasconia, La Rioja, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia. Hay que destacar los afluentes navarros y, en general, todos los pirenaicos que descienden por la margen izquierda: Arga, Aragón, Gállego, Segre, por citar solo los principales. La abundancia de sus caudales contribuye a que el Ebro alcance la primera categoría fluvial dentro de la Península.

La cuenca del Ebro tiene forma triangular y posee una extensión de 85.550 kilómetros cuadrados ¹⁷. Hidrográficamente limita al norte con la vertiente atlántica; al sur con las cuencas del Duero, Tajo y Júcar; y al este con el Pirineo oriental y el mar Mediterráneo. Su longitud máxima desde Peña Labra a la isla de Buda es de 520 kilómetros en línea recta, que hacen 928 de curso fluvial. La cuenca alcanza su mayor anchura entre el Principado de Andorra y la población de Cantavieja, en la provincia de Teruel, con 270 kilómetros. En su desembocadura forma un delta de más de 30 kilómetros de longitud en los Alfaques. Ocupa el cuadragésimo segundo lugar dentro de las cuencas fluviales del mundo. Entre las europeas, alcanza un puesto destacado.

Dentro de Navarra, el Ebro lleva en Mendavia un caudal medio anual próximo a los 235 metros cúbicos por segundo; y en Castejón, después de los aportes del Ega y del Arga-Aragón, registra hasta 320, superiores incluso a los medidos a su paso por Zaragoza. Además de constante, el caudal es regular, aunque hay que destacar sus

grandes crecidas en los deshielos primaverales ¹⁸ y el profundo estiaje del mes de agosto.

Las aguas del Ebro son duras o muy duras. Los valores más altos se registran de Logroño a Mendavia, de Azagra a Rincón de Soto, y a partir de Arguedas. De todas formas la gradación no es transversal sino longitudinal, de manera que las aguas menos duras se sitúan en el centro de la corriente y las más duras en los bordes ¹⁹.

La potencia agrícola de las vegas tudelana y zaragozana se deben en parte a una serie de canales de riego que parten del Ebro. El más antiguo es el canal Imperial, diseñado por el político ilustrado Pignatelli en el siglo XVIII, con un caudal de 25.000 litros por segundo. Arranca del Bocal, cinco kilómetros aguas abajo de Tudela. Poco antes y en la margen izquierda, comienza el canal de Tauste, con un caudal más reducido que el Imperial. El canal de Lodosa es el más reciente y riega con sus 130 kilómetros los campos de dieciséis municipios: cinco de La Rioja, nueve de Navarra y dos de Zaragoza. Después de estas sangrías no es de extrañar que a su paso por la capital maña lleve el Ebro menos agua que por Navarra.

NOTAS:

1. *Navarra. Guía ecológica y paisajística*, 1980, págs. 346 y 347.
2. *Itinerarios por Navarra. Zona Media y Ribera*, Salvat, 1978, pág. 125.
3. *Navarra. Guía ecológica...*, pág. 344.
4. Altadill. *Geografía General del País Vasco-Navarro*, t. I.
5. *Atlas de España*, Planeta-Agostini, 1989, vol. I, pág. 262.
6. Lo cita ya Esteban Garibay en *Compendio... historia de todos los reynos d'España, donde se describen las vidas de los reyes de Navarra...*, III, Amberes, 1571, libro XXI, cap. III, pág. 10.
7. *Atlas de España*, Planeta-Agostini, íd.
8. MOP. *Memoria 1945-1975 de la Confederación Hidrográfica del Ebro*.
9. *Atlas de España*, íd., pág. 263.
10. *Memoria...*, íd.
11. Las cuotas de mantenimiento y usufructo se pagan por robada y año. A las reuniones periódicas de los socios de esta mancomunidad, que se efectúa en la sala de juntas del sindicato de Riego de Bayunga, con sede en Caparroso, van los regantes de Peralta.
12. Idoate, F. *Rincones de la Historia de Navarra*, III, págs. 609-612.
13. AGN, Archivo Secreto, *Sección de tránsito de maderas por los ríos Irati y Aragón: perjuicio de las presas*, legajo 1º, carpeta 3ª.
14. Caro Baroja, J. *Etnografía Histórica de Navarra*, III, págs. 378-384.
15. Martínez San Celedonio, F. M. *Historia de Azagra*, 1982, págs. 355-491.
16. AGN, Comptos varios, cuyas reseñas están publicadas en el Catálogo General, editado por los archiveros Castro e Idoate. Topónimo *Azagra*.
17. *Memoria...*, íd.
18. *Atlas de España...*, pág. 249.
19. *Memoria...*, íd. El sulfatado cálcico es general, y de Logroño a San Adrián se suma el bicarbonato sódico; hasta Tudela, el cloruro sódico, y de Tudela en adelante aparece a veces el magnesio. La contaminación por nitratos, seguramente de origen agrícola, es también intensa. En la mayor parte de estos puntos se sobrepasan los límites de la potabilidad.



19. Confluencia de los ríos Arga y Aragón al pie del escarpe de Peñalén en el término de Funes. Al fondo, Villafranca.

CAPÍTULO XVIII: DOS VILLAS HERMANAS

1. Funes, a dos kilómetros de Peralta

Efectivamente, a dos kilómetros de Peralta, en el escalón inferior del monte que los funeses popularmente llaman Gurugú, se alza la villa de Funes, rica en historia y no menos fecunda en producción agrícola, situada a 280 metros sobre el nivel del mar. El Arga discurre a sus pies, y tres kilómetros más allá se une al Aragón para caminar juntos hacia los campos de Milagro. Funes ocupa el ángulo sur de la Merindad de Olite. La extensión de su término municipal abarca casi 54 kilómetros, colindantes con los de Peralta, Marcilla, Villafranca, Milagro y Azagra; por el sur limita también con las riojanas tierras de Rincón de Soto. Su población apenas sobrepasa los 2.000 habitantes, manteniendo un leve pero constante ritmo de crecimiento gracias a la inmigración. Pertenece administrativamente al partido judicial de Tafalla.

Al igual que las demás villas de la contornada, dos zonas se reparten las tierras de labor: en los altos, el secano, con depósitos de yesos y margas, dedicado a cultivos herbáceos, cerealísticos y vitícolas; en la llanura fluvial, el regadío, destinado a un policultivo eminentemente hortícola, que ocupa el 30 % del total del suelo agrícola. La superficie del término abarca 3.630 hectáreas, muchas de ellas eriales. Sus campos se expanden por los valles de los ríos Arga, Aragón y Ebro, de los que nacen acequias como la Mayor, Parador, Soto y Riotinllo. Antes del encauzamiento del Arga, se producían los meandros típicos de los cursos bajos, que al acentuarse sus curvas, quedaban estrangulados, abriendo las aguas nuevos cauces que originaban conflictos entre los propietarios de los terrenos ¹. Los brazos de agua abandonados por el río se rellenaban temporalmente con las crecidas, hasta que el tiempo, la evaporización y la mano del hombre acababan extinguiéndolos, fenómeno que ha sido subsanado con la canalización.

Las precipitaciones anuales son escasas y el clima templado, a excepción de unos pocos días del invierno y otros del verano, con extremos que hacen oscilar el termómetro de tres o cuatro grados bajo cero a cuarenta grados positivos, respectivamente. Como en los pueblos vecinos, el pino carrasco verdea sobre los tramos de las lomas esteparias, entre tomillares, espartales y romerales, mientras en las riberas crecen los chopales, las alamedas y las olmedas, alternando con masas de sauces y tamarices silvestres. De las olmedas situadas antiguamente entre el Arga y el Aragón se obtenían importantes cantidades de madera para la construcción de carros y galeras de labranza, actividad que significaba una fuente importante de ingresos ².

Cuando esto escribo, existe una cabaña ovina tradicional de más de 3.000 cabezas, al tiempo que va adquiriendo también auge la bovina. La industria se relaciona con la agricultura mediante la conservación de sus productos vegetales, empleando abundante mano de obra femenina. Hay además industrias pequeñas que se dedican al metal, la construcción y la alimentación.

En 1960, cerca de la muga con Peralta, en la zona de San Mauricio, mientras se realizaban allanamientos agrícolas en el montículo El Cabezo, aparecieron grandes cantidades de piedras labradas, molinos de barro y abundante cerámica. Por desconocimiento y falta de información, no se dio al hallazgo la importancia arqueológica que merecía. En un análisis posterior de las tierras desmontadas se consiguió datar como pertenecientes a la cultura del Hierro las cerámicas y los molinos

allí encontrados. Otro descubrimiento de 1952 en terrenos situados entre Funes y Milagro demuestra que se dio en esta zona una fuerte romanización, pues se trataba de una tumba con restos humanos y ajuar femenino, que formó parte posiblemente de una necrópolis³. Y junto a la carretera comarcal de Pamplona a Madrid apareció en 1959, también en el término de Funes, una bodega romana de gran capacidad, a solo un palmo de profundidad. Con toda probabilidad se trata de lagares que almacenaban los caldos de esta zona rica en vinos desde antiguo, con vistas a la exportación. Es el único yacimiento español de tales dimensiones en esta especialidad. También salieron a la luz monedas, cerámica y algunos utensilios de hogar⁴. Posteriormente, en diferentes tierras de labor han aparecido edificaciones romanas construidas con piedra labrada, cantos rodados y argamasa, así como tejas y restos de ladrillo. Podría tratarse de villas de recreo o de explotaciones agropecuarias.

Los datos históricos más antiguos sobre Funes se remontan al año 1001, cuando el lugar pertenecía al señorío de Fortuño Aznárez, a cuya familia estuvo vinculado durante muchos años. A sus señores o gobernadores se les cita como testigos en los privilegios y escrituras reales. El pueblo poseía antiguamente un castillo-fortaleza con sus muros y fosos, que dominaba la villa, pero ya no quedan vestigios. El rey Sancho el Mayor concedió en el año 1015 un privilegio al monasterio de Leyre en el que dice que llega hasta san Salvador con la intención de "dar gracias a Dios por las victorias conseguidas contra los moros de Funes"⁵. Más de 260 años después, en el año 1378, la villa fue totalmente incendiada y destruida, igual que Villanueva, a manos del ejército castellano. Los vecinos supervivientes se trasladaron a vivir a Peralta. El rey Carlos II, quejoso de que no hubiesen sabido defenderse, anexionó sus términos a la villa que los acogió, pues esta sí había sabido hacerlo. Más tarde, tras peticiones reiteradas de los funeses, recobraron su autonomía municipal. En 1430 Juan II donó Funes al señorío de Pierres de Peralta, y posteriormente fue anexionado al marquesado de Falces, como el resto de las villas vecinas.

Algunas casas barrocas de ladrillo del siglo XVIII jalonan la plaza de los Fueros y la calle Mayor. Sobre todas destaca a media ladera la casa-palacio del Mayorazgo. Es monumental. Tiene dos escudos, uno orlado de conchas y otro de trofeos con corona cubierta por timbre. En ella nació Francisco Ximénez de Tejada, gran maestre de la Orden de Malta en 1773, según consta en una placa de bronce colocada en la fachada⁶. El caserío ha descendido hasta llegar al río y se extiende también por la orilla izquierda del Arga.

2. La parroquia de Santiago apóstol

La parroquia de Funes está dedicada al apóstol Santiago. De niño oía yo cantar esta copla en Peralta: *Santiago Patrón de España, / "abogau" de los de Funes, / que lo echan a remojo / sábado, domingo y lunes*. Construida la iglesia en la zona alta del pueblo, se accede a ella mediante una larga escalinata que da también servicio a las calles altas. Realza su fachaza la torre del siglo XVII, con añadidos del XVIII. Don Tomás Biurrun, párroco de Peralta en los años 30 del siglo pasado y gran aficionado a la arqueología sacra, describe así el templo: *Ostenta sobre la puerta de ingreso, en el costado sur, una buena imagen de mármol del glorioso Santiago en una hornacina de concha. Casi todas las paredes de ladrillo en la parte exterior son superficies planas, lo mismo que el ábside de planta poligonal. Pero la torre, cuadrada en sus cuatro primeros cuerpos y octógona*

en el quinto, con ventanales de medio punto, unos abiertos y otros simulados para producir efecto estético, denota ser una buena obra de estilo Renacimiento de fines del siglo XVII.

El ábside y el crucero, así como los tres tramos interiores, lo mismo que el exterior, permanecen intactos, sin que manos crueles los hayan alterado. El retablo es medio renacentista y medio barroco, pero de tan hermosa presentación, de tan bien talladas efigies, de tan bien ejecutadas columnas y demás miembros, de tan bien pintados cuadros y de tan armónica composición de pinturas y talla dorada, que bien se puede considerar como un retablo francamente bueno. Podría decirse que comenzada la obra en el periodo plateresco duró hasta la introducción del arte barroco, y en el siglo XVII supieron hermanar perfectamente los dos estilos, el que desaparecía y el que con menos méritos iba a triunfar. En los cuadros están representados: Santiago en la batalla de Clavijo, en el centro; sobre éste, Jesús crucificado; a la derecha de Santiago, San Miguel y San Juan Bautista, y a la izquierda, San José y San Antonio de Padua. Los dos cuerpos del retablo están descansando sobre un basamento con cuadros en los que se representan San Sebastián, Santa Lucía, Santa Bárbara y San Agustín... La sillería del coro es también de estilo barroco y la profusión de labores en ella esculpida la hace merecedora de respeto y veneración ⁷.

La torre es muy bella, o así me lo parece a mí. Cual enamorada en el balcón de su casa, otea el horizonte. Tiene cinco cuerpos cúbicos decrecientes con los frentes decorados por arcos ciegos de medio punto, excepto los del cuerpo que alberga las campanas; el último, como lo ha descrito don Tomás más arriba, es octogonal, con un arco a cada lado y recuadros geométricos sobre ellos. Unas bolas de piedra colocadas sobre prismas a la altura del último tramo adornan cada una de las cuatro esquinas. Sobre los arcos finales, una moldura de triglifos remata el enladrillado, que termina en aguja metálica.

El primer contacto con esta parroquia lo tuve a los seis años, cuando el bautizo de mi prima María Jesús Osés Velasco. Caramelos, peladillas y dinero en calderilla rebotaron por el barroco ladrillo de la fachada del atrio para caer sobre los ruidos del suelo y deslizarse escaleras abajo entre el revuelo y alboroto de la chiquillería. En aquellos años regían esta iglesia dos sacerdotes con nombres poco frecuentes por aquí, don Nicandro y don Torcuato ⁸, que venían frecuentemente por la casa parroquial de Peralta.

Una moderna capilla construida en la residencia de ancianos a la otra parte del río y la vieja ermita remozada del Calvario en el casco viejo alternan el culto con la parroquia.

3. A cinco kilómetros, Marcilla

Queda mucha tarde todavía cuando, desde Funes, llego a Marcilla. Sin un plan definido merodeo por las calles de san Bartolomé y la rúa de los Judíos, por las plazas del padre Fabo y del Postigo... Además del castillo-palacio de doña Ana de Velasco, la ermita de la Virgen del Plu del siglo XIII, la parroquia de finales del XVIII con restos del siglo XIII –cerradas a estas horas de la tarde–, veo otros edificios con aleros de madera de los siglos XVI, XVII y XVIII, blasonados con esquema popular y mezclados entre construcciones recientes.

Al tener este pueblo una estructura radial, enseguida se encuentran los que se buscan. Las calles se llenan de gente que se para, se saluda y se habla familiarmente. De espaldas al castillo, en un frontón diminuto, cuatro mocetes fuman sus primeros pitillos, mirando disimuladamente hacia un rincón. Han llegado con sus bicicletas, que las dejan tumbadas en tierra. Acaban de empezar la adolescencia y queman energías con una pelota tras haber empezado ya a quemar sus pulmones con cigarrillos. Cuando yo tenía algo menos de su edad, Marcilla me atraía por su feria de octubre, famosa ya desde antiguo y distinguida por los reyes de Navarra. Entonces era de ganado. Hasta aquí nos acercábamos los chavales como podíamos: en bicicleta, en los carros que iban al campo, en el autobús de la estación, caminando... Para nosotros el atractivo principal de la feria radicaba en unos chupadores de caramelo enormes de color rojo bermellón. Los troceábamos a la medida de nuestra boca, y los hacíamos durar varios días. Aunque nuestras relaciones con los chicos marcilleses no eran cordiales, eran algo mejor que con los de Funes. A las chicas de Marcilla les cantábamos: *En Villafranca son sosas, / en Peralta resaladas, / en Falces son puercas / y en Marcilla mal peinadas.*

Está situada la villa en una amplia terraza aluvial del río Aragón a 290 metros sobre el nivel del mar. Su término limita al norte con los campos de Falces y Olite, al sur con los de Villafranca y Funes, al este con los de Caparroso, y al oeste con los de Peralta. Su extensión sobrepasa los veintiún kilómetros cuadrados y su población oscila los 2.500 habitantes.

Las tierras municipales están divididas por el estrecho pasillo de la Serna en dos zonas, una de secano, y de regadío la otra, como suele ser habitual en la comarca. Las Planillas y el Montico son las tierras altas, con una media de 340 metros de altitud, dedicadas al cultivo de trigo, cebada y algo de vid. La mitad de las tierras de la llanura aluvial se riegan con las acequias Campo, Mayor y Río, que toman las aguas del Aragón. Las tierras comunales las disfrutaban los vecinos mediante arriendos módicos. Por lindar Marcilla con las Bardenas posee importante cabaña ganadera, tanto ovina como bovina y cuenta también con reses bravas.

La economía marcillesa ha sabido desarrollarse con una industria consolidada, basada principalmente en la transformación de los productos hortofrutícolas, con fábricas familiares que ocupan abundante mano de obra femenina. Hay también pequeños talleres de madera, metal y materiales de construcción. Existe un reducido polígono industrial entre el pueblo y la estación del ferrocarril.

El tren transcurre por su término desde 1860. A su paso ha originado los barrios de la Estación y la Azucarera, y ha fomentado las comunicaciones de la zona y su desarrollo agrícola e industrial. La autovía cruza desde hace unos años su territorio, facilitando aún más las comunicaciones.

El origen del poblamiento marcillés no se puede precisar. La tradición defiende su fundación visigoda al amparo de un monasterio. De 1120 es la primera data escrita. Alfonso el Batallador concedió a Marcilla los mismos fueros que a la ciudad de Calahorra⁹. Corría el año de 1160 cuando doña Sancha, esposa del rey Sancho el Sabio, fundó en este solar un monasterio de monjas cistercienses, erigiéndolas en dueñas del señorío de Marcilla y parte del de Funes. Carlos III el Noble consiguió del papa Benedicto XIII, a instancias de mosén Pierres de Peralta, desposeer y desterrar a las

religiosas, pasando sus posesiones al señorío de los Pierres. Éste cedió el monasterio a los monjes de La Oliva, pasando a ser un priorato dependiente ¹⁰.

4. El convento de los agustinos

Durante los siglos XIV, XV y XVI existieron en Navarra cinco monasterios bernardos o cistercienses: Leyre, Iranzu, La Oliva, Fitero y Marcilla. Los cuatro primeros eran abadías y el quinto priorato. Este lo habitaban por término medio seis monjes, con una renta de 2.000 ducados, divididos en tres partes: una para el abad de La Oliva, otra para el sostenimiento de los monjes y la tercera para el mantenimiento de la fábrica del monasterio ¹¹.

En 1608 el priorato se convirtió en abadía perpetua y Felipe III lo hizo patronato real. En 1755 el inmueble estaba tan ruinoso que los monjes se vieron obligados a construir un cenobio nuevo, que es el edificio existente en la actualidad, obra del maestro Asensio, discípulo de Ventura Rodríguez, quien también edificó parte de la iglesia parroquial de Marcilla. Poco tiempo disfrutaron los monjes de estas nuevas instalaciones, ya que en 1835 el monasterio y sus propiedades pasaron a manos de particulares en virtud de las leyes desamortizadoras. En 1864 los agustinos recoletos adquirieron el edificio para salvarlo de una ruina segura.

Yo tenía diez años cuando lo visité por primera vez un día de feria. El padre Rafael, superior del convento, que solía venir a la parroquia de Peralta como confesor extraordinario y cuaresmero, me lo enseñó complacido. Hoy¹² he querido verlo de nuevo en esta tarde de verano. Necesitaba recordar los viejos rincones que pervivían en mi memoria y hablar con los recuerdos. A las cinco en punto, como marca el cartel para las visitas, he pulsado la campanilla de la portería. La frescura de sus muros ha sido el oportuno lenitivo para mitigar la canícula. Los estudiantes teólogos estaban levantándose de la siesta. Mientras, iban llegando una, dos, tres bicicletas con muchachos del pueblo trayendo libros. Un fraile alto, joven y con acento, habló en inglés a estos alumnos veraniegos y con ellos entró en el convento a darles clase.

El fraile encargado de atender las visitas, de nombre Celso y de nacionalidad filipina, estudia aquí Teología desde hace tres años y habla castellano con alguna dificultad, aunque lo entiende perfectamente. Como yo vengo predispuesto al recuerdo, su figura me evoca constantemente la del padre Rafael, aunque no se le parece en nada, incluso puede ser su antítesis. Con voz dulce, susurrada más que articulada, con porte elegante y trato exquisito me va explicando las dependencias del convento. El refectorio, alargado y sobrio, huele todavía a la pitanza de mediodía. La sala de música está insonorizada de forma artesanal con hueveras de celulosa. Salimos al exterior mientras la canícula aprieta.

La fachada de la iglesia, de severa majestad, se levanta en medio de las dos alas de ladrillo que conforman el monasterio. Se adornan con pilastras toscanas, arcos rebajados y dintel. Entramos a la iglesia. De estilo neoclásico, ha sido pintada recientemente con dudoso acierto. Tiene planta de cruz latina con nave de tres tramos y capillas rectangulares. En el crucero se alza una cúpula gallonada que descansa sobre pilares. De la profusa ornamentación se encargan guirnaldas de laurel, óculos ciegos y rosetas, oro

en los capiteles y en los casetones del arco del testero, palmas y cabezas de querubines, escudos, cruces de órdenes militares, mitras y báculos abaciales...; todo apunta a su origen monacal ¹³. Después de contemplar la iglesia, subimos al piso superior del monasterio por una grandiosa escalera barroca. En el primer rellano se bifurca en otros dos tramos laterales, que desembocan en un vestíbulo de triple vano adintelado por el que se accede a la clausura de la comunidad.

Bajamos al claustro del pozo. Tiene forma rectangular y dos cuerpos de ladrillo con pilastras toscanas. En el inferior se abren portadas de arcos rebajaos y otros ciegos de medio punto con óculo en su interior; en el superior los balcones son más chatos a causa del rebaje de los arcos. Las galerías se cubren con bóveda de arista y arcos fajones. Un segundo claustro, más grande y algo más moderno, conserva aún una galería del siglo XVIII, sobre la que se ha levantado un piso. Es un claustro luminoso, cerrado con grandes cristalerías. Una cuidada variedad de plantas alegra a la juventud estudiantil que abre a él las ventanas de sus celdas.

Cuando ya no queda nada más por recorrer, Celso me invita a ver el museo misional, una variada colección de marfiles, miniaturas, vestimentas, ornamentos religiosos y mil objetos exóticos, sin duda de valor, traídos de Hispanoamérica y de Filipinas, donde esta orden ejerce su apostolado. Antes de despedirnos en la parte de huerta dedicada a zona deportiva, se van acercando jóvenes frailes agustinos de varias nacionalidades. Me entero de que Celso ha sacrificado su baño en la piscina por atenderme en esta tarde, tal vez la más calurosa del verano.

5. La estación del ferrocarril y la azucarera

Ardo en deseos de volver a poner mis pies en la estación de Marcilla, la estación de mi infancia. En ella ví el ferrocarril por vez primera en mis viajes en tren a Zaragoza y Pamplona. Atravieso el pequeño polígono industrial, y enseguida me encuentro con el cruce de la carretera a Villafranca, donde aparece la estación. En mitad de un andén desierto y limpio, juegan a las cartas cuatro hombres, buscando el escaso aire que corre a la sombra. Todo está silencioso y calmo a esta hora.

Al fondo se divisan unas chimeneas sin humo; es la azucarera, primera industria de la comarca a comienzos de la pasada centuria. Le vino el auge en los años veinte. A su sombra creció todo el barrio que lleva su nombre. El cultivo de la remolacha hizo posible el milagro. Pero el dulzor de la azucarera apenas duró poco más de cincuenta años, pues de 1966 a 1972 comenzó a disminuir la producción drásticamente. De las 4.970 hectáreas cultivadas se pasó a las 1.975 en poco más de cinco años ¹⁴. A partir de 1987 se agudizó el declive remolachero, hasta que, poco después, la fábrica echó definitivamente el cierre. Durante esos años los caminos agrícolas de Peralta, Funes, Marcilla, Caparroso, Falces, Olite, Villafranca y Milagro eran un lento rosario de carros y galeras con remolacha hacia una boyante factoría que, ahora, aparece ante mis ojos desierta y muerta. Como me entristece, desisto de ir a contemplarla más de cerca.

La azucarera favorecía, por un lado, la economía de los labradores que dedicaban gran parte de sus tierras al cultivo de la remolacha, y por otro, la entrada de jornales derivados de la elaboración del azúcar, precisamente cuando cesaban las labores agrícolas de la

extracción de remolacha. La campaña azucarera empezaba en octubre y terminaba en marzo. La jornada laboral duraba doce horas, por las que se cobraban dos pesetas diarias. Los peraltenses aquí empleados necesitaban más de una hora en recorrer andando los siete kilómetros que los separaba de la fábrica, y otro tanto a la vuelta; en total, casi quince horas fuera de casa, que con el uso generalizado de la bicicleta, primero, y de la motocicleta, después, se redujeron sensiblemente. El coche de línea también hacía el trayecto de ida y vuelta por una peseta, pero eso suponía dejar la mitad del jornal.

De regreso a Peralta, me viene al recuerdo la leyenda del *Sacamantecas*, con la que los mayores asustaban a los niños. Tan legendaria figura cobró vida cuando empezó a correr el ferrocarril por estas tierras. Los enemigos del tren propalaron el rumor de que las locomotoras se lubricaban con grasa de niños, y que habían desaparecido de sus casas varios mocetes de Barasoáin y otros pueblos de la comarca, robados por los maquinistas con este fin. Esta patraña quedó fosilizada como leyenda siniestra, y todavía avivó alguna vez mi asustadiza imaginación infantil.

6. Los viajes en tren

Quien no haya viajado en los desvencijados vagones de tercera de la inmediata posguerra, no sabe de trenes. Tenían asientos de madera barnizada, sin divisoria entre las cinco plazas que correspondían a cada banco. Tanto el respaldo como el asiento estaban contruidos con tablas de unos diez centímetros de anchura, ligeramente separadas entre sí. Después de un trayecto habitual, teníamos marcada la espalda y las posaderas con rayas amoratadas por el traqueteo constante de aquellos viejos cacharros. Unos años antes de desaparecer la tercera clase, los asientos mejoraron con un misericordioso acolchado de hule.

Como contrapartida a tanta incomodidad estaba el ejercicio de la confraternidad. La permanencia durante horas en un mismo compartimento hermanaba a las gentes, que se entretenían hablando y compartiendo el condumio que buenamente traían, porque el viaje resultaba largo a cualquier parte. De Marcilla a Pamplona se tardaba dos horas bien cumplidas. Y cuatro largas, si no eran cinco, de Marcilla a Zaragoza. Estos eran mis trayectos habituales para ir a estudiar o a ver a mis padres y hermanos. No quiero pensar en las interminables horas de los que seguían viaje. Según fuese el tipo de tren –Correo, Rápido o Mixto–, para ir a Zaragoza aún se padecía otra incomodidad, que en el caso de los niños era más bien un aliciente: el transbordo en la estación de Castejón.

El trayecto de Castejón a Tudela y viceversa, se veía animado por vendedores de dulces, siempre los mismos: "Pastillas de café con lecheeee", "A la rica almendra garrapiñadaaaaa"..., eran las frases que en voz alta iban soltando los vendedores ambulantes por los compartimentos. Otras veces, desde el andén de la estación donde parábamos, los mismos vendedores levantaban a la altura de las ventanillas sus alargadas cestas de mimbre enseñando la mercancía. En verano la oferta se adecuaba a la demanda: "Hay *helaus* de *mantecau* y limón a peseta, a dos y a duro". Frecuentemente aparecían también riferos con sus largas tiras de números, que nunca vi que dejaran premio alguno, aunque el anunciado era casi invariablemente una hermosa muñeca *Pepona*.

En la estación de Castejón las maniobras ferroviarias para el cambio de tren proporcionaban un largo tiempo de espera que no solía bajar de la media hora. Lo

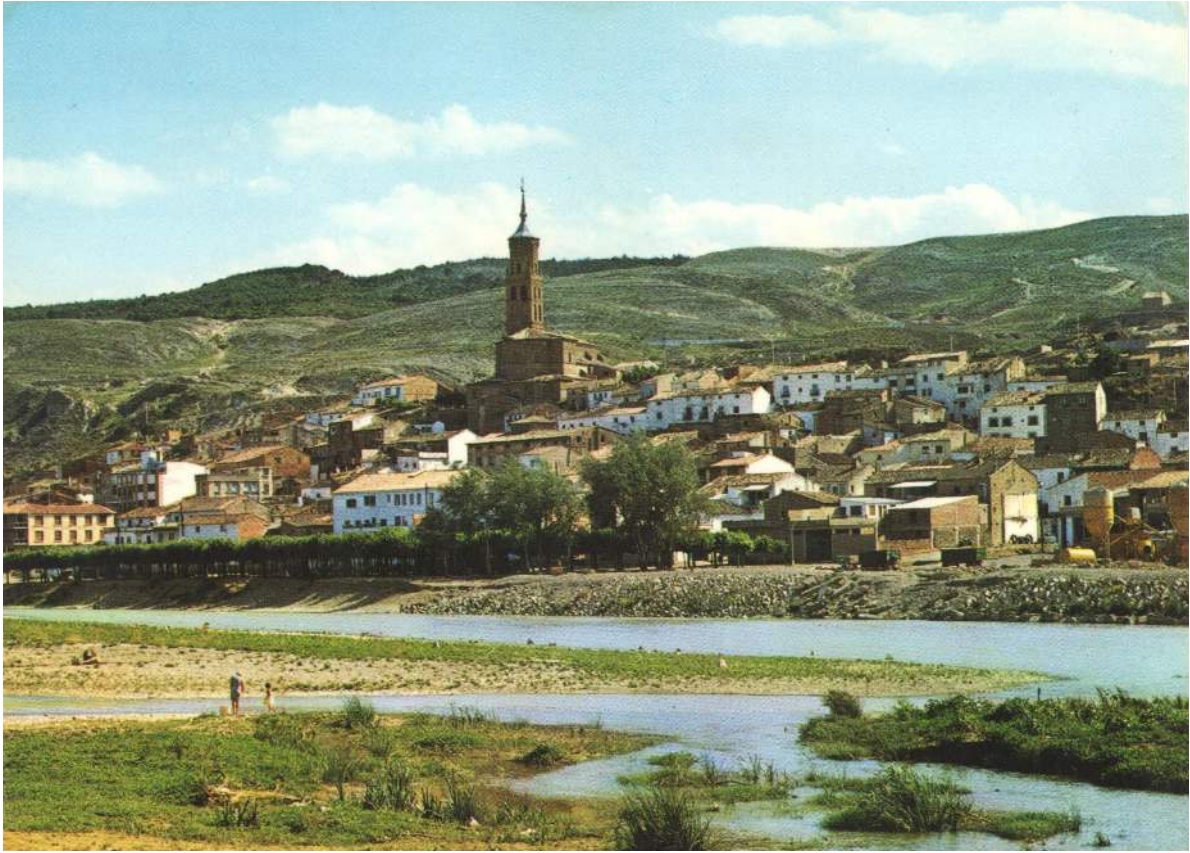
aprovechábamos para refrescarnos si era verano o para tomar café con leche con un bollo suizo en la fonda del andén en invierno y, de paso, realizar con mayor comodidad los menesteres naturales.

Daba pena y gozo a la vez contemplar al revisor por los pasillos de los vagones atiborrados de viajeros intentando llegar a cada uno para picarle el cartoncito del billete, sobre todo en las fechas señaladas de Navidad y de principio y fin del verano. Por todos los rincones estaba amontonada la gente, las cestas con tapas de mimbre que transportaban animales vivos que pronto estarían en la cazuela de los deudos, las maletas de madera y de cartón, los garrafones de vino y de aceite, los talegos con legumbres y hasta el clásico cardo para la cena navideña cogido en el propio huerto para los parientes de la ciudad.

Al tren subíamos todos, aunque en la estación de Marcilla nos indicasen que venía completo y por tanto no expedían más billetes. En una ocasión tuve que hacer el trayecto hasta Zaragoza en un extremo del pasillo, sentado sin poder moverme sobre una manta enrollada, prestada por un soldado que volvía a casa de permiso. Otra vez el revisor nos acomodó a unos cuantos viajeros que llevábamos billete de tercera clase en departamentos de primera –¡vaya cambio!–, porque era el único lugar en que quedaba algún sitio. Cuando sucedían tales aglomeraciones, el revisor tiraba la toalla porque se veía impotente para ordenar, y menos todavía controlar, aquel caos humano, que no remediaba ni la presencia habitual en el tren de la pareja de la guardia civil con su espectacular tricornio de charol.

NOTAS:

1. *Enciclopedia Histórico-Geográfica de Navarra*, III, págs. 42 y 43.
2. Caro Baroja, J. *Etnografía Histórica de Navarra*, III, pág. 123.
3. Mequiriz, M^a A. *Hallazgo de una tumba de inhumación romana en "El Castillazo" de Funes*, rev. Príncipe de Viana, LIV, 1954, págs. 193-195.
4. De Navascués y de Palacio, J. *Descubrimiento de una bodega romana en término de Funes*, rev. Príncipe de Viana, núm. 76-79, 1959.
5. Moret, J. *Anales del Reino de Navarra*, lib. XII, cap. III.
6. *Catálogo Monumental de Navarra*, III: *Merindad de Olite*, pág. 105.
7. Biurrún, T. *Para el inventario de la riqueza artística de la diócesis de Pamplona*, BOOP, 1929, pág. 170. - Casado, Esteban. *Funes: retablo mayor de la parroquia de Santiago*, rev. Príncipe de Viana, núm. 152-153, 1970, pág. 507 y ss.
8. Párroco y coadjutor, respectivamente.
9. Fabo, P. *Historia de Marcilla*, Pamplona, 1917, pág. 39 y ss.
10. Fabo, P. *Historia del Convento de Marcilla*, Monachil, 1917. El viejo monasterio de monjas bernardas, situado entre la parroquia y el palacio de los marqueses de Falces, se erigió en abadía estando ya ocupado por monjes cistercienses.
11. Varios arcos polilobulados de piedra, con cuadrifolios del siglo XIV, de original y buena traza, están colocados en un lateral del pequeño patio de la casa parroquial de Peralta. El párroco don Tomás Biurrún, en una visita a las ruinas del antiguo monasterio de Marcilla, los compró a un albañil, que los iba a utilizar como piedra de relleno. De niño yo trepaba por ellos, ajeno a su origen, antigüedad y valor artístico.
12. 30 de julio de 1986.
13. Para ampliar datos, cf. *La producción (de azúcar) en Navarra*. Diario de Navarra, jueves 27 de enero de 2000. Diario escolar, 51.



20. Vista panorámica de la villa de Funes, a la orilla derecha del río Arga.



21. Estación del ferrocarril de Marcilla.

CAPÍTULO XIX: ALREDEDORES HISTÓRICOS DE PERALTA

1. Peñalén o el barranco del Rey

Hace siglos hubo en Peñalén un poblado que se afanaba en el tráfico comercial aprovechando la confluencia de los ríos Arga y Aragón. Las mercaderías de los pueblos mediterráneos subían por el Ebro desde Tortosa y, enfilando la desembocadura de ambos ríos, llegaban hasta su bifurcación para continuar viaje bien en la dirección del río Aragón, bien en la del Arga. A su vez, los productos navarros confluían en este punto para darles salida al Ebro, que los llevaría hasta el litoral.

En Peñalén está el famoso barranco del Rey, nombre que toma por haber sido despeñado en este lugar Sancho IV de Navarra en el transcurso de una cacería. En el siglo XI los pueblos riberos y sus castillos defensivos eran muy visitados por los monarcas por ser tenencias de frontera frente a la morisma. Si Carlos II disponía de una casa-palacio en Peralta, es muy probable que también la tuvieran trescientos años antes otros monarcas navarros, y desde ella pudieran salir a cazar por la sierra peraltesa y por los cercanos y agrestes barrancos de Peñalén. Sancho IV pudo ser uno de ellos, y de ahí la coincidencia de su despeñamiento, urdido en una conjura por sus hermanos Ramón y Ermesinda en el año 1076. Frente a la historia, la leyenda cuenta que el regicidio fue perpetrado por un caballero despechado por haberle quitado el rey su esposa ¹.

Alfonso el Batallador confirmó a la villa de Peñalén los Fueros que le habían concedido otros monarcas. Desaparecido el poblado por alguna de las muchas recrecidas de ambos ríos, fue reconstruido algo apartado de su primera ubicación, pero sin conservar su viejo nombre, ya de infausto recuerdo, que mudó por el de Villanueva de Funes. Pero también este pueblo desapareció al poco tiempo ². Si de su primera desaparición no tenemos noticia, sí la hay de la segunda, debida a la guerra con los castellanos, que lo incendiaron, quedando sus tierras anexionadas a Peralta por orden real ³. Tal abandono trajo el desmoronamiento de lo poco que había quedado tras el incendio así como la pérdida absoluta de todo vestigio. Tal vez una doble excavación arrojaría cuando menos alguna luz sobre dónde se ubicaban ambos pagos.

Hacia 1328, antes de la desaparición definitiva de este poblado, acaeció en Funes y Villanueva una matanza de judíos y de falsos conversos al calor enfebrecido de acusaciones religiosas no siempre verificadas y sobre todo por desquite ante la pujanza económica de los prestamistas hebreos. Muy cerca, en la vecina Calahorra, se creó en 1493 un tribunal de la Inquisición.

La imaginación popular y la morbosa tendencia al misterio de las gentes sin cultura han fabricado a lo largo de los siglos fantasías espectrales relacionadas con las trágicas muertes y desapariciones antes enumeradas, que habitarían estos parajes dotándolos de irredentas maldiciones que impedirían de por vida nuevos asentamientos. Recuerdo haber oído hablar, siendo niño, de la posible construcción por estas orillas de un nuevo pueblo en un proyecto de expansión agrícola. Pero todo debió de quedar en la mente de los gobernantes provinciales o, cuando mucho, en estudios y planos ⁴.

Por un excelente camino de huerta he llegado con el coche hasta un amplio chopal que delimita los campos de los cascajares. Sorteando a pie los charcos entre riejos, llego hasta la misma confluencia de los ríos, ancha, lisa y rumorosa. No se aprecia bien

cuál se entrega a cuál, qué caudal vierte en el otro. Por eso se dice comúnmente que, a partir de Peñalén, el Arga y el Aragón prosiguen juntos hasta el Ebro, sin predominio de ninguno de los dos. La erosión natural del acantilado presenta desde aquí una crestería gótica, que no se aprecia desde arriba. Parece un castillo encantado o un revuelo de aves mitológicas. Las capas de yeso marcan con cenefas en relieve las alturas de los estratos. En las oquedades del acantilado viven volátiles rapaces.

Para llegar a la cima del barranco del Rey he de tomar por los Altos de Funes, a la salida del pueblo, una carretera larga y sinuosa en constante ascenso hasta llegar a la comarcal 115. Después de recorrer un corto tramo, aparece a la izquierda un camino forestal llano y recto, que lleva hasta el complejo religioso del Gurugú, coronando la vega. Aquí se alzan la blanca ermita de la Virgen del Portegado, el airoso monumento al Corazón de Jesús y el final del grandioso vía crucis de cemento y forja que desciende hasta el pueblo ⁵. Me adentro con el coche en la espesura. Los pinos acusan la sequía. En una explanada veo las cenizas de algún reciente calderillo. Me apeo. Un poco más adelante se abre ante mis ojos el barranco del Rey. Me acerco hasta el borde del escarpe para asomarme a este prodigioso mirador. Me imagino la caída del rey Sancho. Desde aquí, el agua del Arga no parece tan resignada a entregarse como la he visto desde su orilla. Al fondo, fundidos entre la calima, Villafranca, Marcilla y Peralta, entre chopales y verdes rectángulos de hortalizas. Regreso a Funes por las pistas que surgieron cuando encauzaron el Arga, salvando desniveles poco frecuentados entre el cortado y el río. Unas codornices suben de beber en dirección a su madriguera, pero no detienen su paso cuando trato de saludarlas. Dejo atrás las figuras fantasmales del barranco evocadoras de desgracias que por unas horas han aflorado en mi recuerdo.

2. Romance a Sancho IV el Despeñado

—A mi tío Félix Osés Grey (+ 28-06-1998), pescador en el Arga y cazador en el barranco del Rey, con admiración y amor—.

Junto a cauces milenarios
como este del río Arga,
que rinde su recorrido
del Aragón en las aguas,
mi mente tan somnolienta
deshace sus telarañas.
La visión del pétreo escarpe,
lleno de yesos y margas,
confúndola con los buitres
hechizando el panorama,
junto al Barranco del rey
asomado entre pinadas,
que erosiona al mismo tiempo
sus dos verticales caras.
Estos versos matinales
son golondrinas del alba.
Labriegos riegan abajo

los árboles del chopal,
antaño más abundante,
con aguas deshilachadas
de tanto recorrer sotos,
cascajares y otras campas.
La Variante llega aquí
desde Falces y Peralta,
impuesto de ingeniería
por las continuas riadas.
Entrega muy lentamente
su último caudal el Arga,
con el Aragón dudando
un nombre para dos aguas,
pues ambos ríos discurren
como hermanos por Navarra:
Arga-Aragón, así unidos,
exacto nombre obtendrán
en los últimos kilómetros.
Aquí las espumas acaban
fundiendo en un solo cauce
sus andaduras de plata.
Mientras trota el rey don Sancho
con arqueros y mesnadas,
dejando Peralta a un lado,
donde tiene su morada
y recorre estos alcores
con ojeadores de caza.
El rey acosa a un venado,
que tras una liebre parda
trisca trochas y barrancos
y confiado cabalga...
Ramiro, su mal hermano
y Ermesinda, su hermana,
de la misma sangre son
pero no de la misma alma,
con caballeros aliados,
¡y caballeros se llaman!,
por el barranco hacia abajo
un final trágico traman.
Buen lugar y ¡vive Dios!
son estas bajas montañas
para terminar cazado
un cazador en su trampa.
La envidia lo puede todo,
el poder con todo arrasa:
un criminal empujón
la corona descabalga,
finalizando en el tiempo
una vida soberana
en tierras de Peñalén,

la de Sancho de Navarra.
Discurren mudas abajo
desde entonces las riadas
de dos corrientes fluviales,
que para siempre se hermanan
en un bautismo de sangre,
de la sangre de un monarca.
Siempre será Peñalén
una señal malhadada.

3. El castillo de mosén Pierres

¡El castillo! Esto exclamo al aparecer ante mis ojos el castillo de mi antepasada doña Ana de Velasco, marquesa de Falces. Cuando esto escribo está completamente vaciado por dentro. Es pues un viejo cascarón más que un castillo, a través de cuyos vanos se divisa el cielo de la tarde tan nítidamente como desde el exterior. Una explanada que va adquiriendo empaque de amplia plaza lo rodea completamente. Me siento en un extremo de ella, bajo el toldo de la confortable terraza de un bar y pido un refresco. Contemplar el castillo a escasos metros del mismo, compensa de la incomodidad del calor padecido hasta llegar aquí. Incluso es un halago para un hijo de esta tierra, con Velasco de apellido por añadidura.

Veo obreros trabajar en la restauración externa de los muros del foso circundante y en la urbanización del contorno. *Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura*, reza el gran cartelón colocado frente a las obras. El color miel de los ladrillos, el resonar de la piqueta del cantero que labra las piedras, la umbría de las calles volcadas a la plaza, me ayudan a tomar notas confortablemente. De pronto las cigüeñas crotoran... Este familiar sonido me devuelve a la realidad del verano ribero. Su vuelo tableteante me deja ver la extensión de las alas. Sobre la torre del homenaje del castillo, a la llegada al nido en ella instalado van frenando el descenso con las patas por delante como timón. Parecen niños que se deslizan por un talud de nieve. Ya en su casa de barro seco y palos miran en derredor, oteando el paradero de los cigüeñatos, que a estas alturas del verano han salido por su cuenta a buscar en las charcas cercanas su alimento. Mientras las dos cigüeñas se quedan muy quietas y tranquilas con una pata escondida bajo el plumaje, como si el reloj de la torre de la iglesia que acaba de sonar, las hubiese convocado a la oración vespertina.

Me levanto y me acerco al castillo. Los obreros están enlosando la parte oriental de la explanada, Me miran con respeto y con cierto recelo. Nunca te fíes de quien te mira y escribe al mismo tiempo, pensarán. Yo me aprovecho de esta situación que me favorece y, con un saludo decidido de *Buenas tardes*, que es contestado educadamente, sorteo el enlosado reciente y penetro, sin pedir permiso por si acaso, en el interior del castillo a través del puente y de un portal abierto entre dos arcos apuntados. En uno de ellos se ven dos ranuras alargadas por las que pasarían las cadenas de sostén del puente levadizo. Cada arco luce un escudo muy deteriorado. El castillo poseía un patio de armas en torno al cual se abrían las dependencias.

El calor se concentra entre los despojos de piedras de un corralón, que no otra cosa parece el antiguo patio de armas. Cierro los ojos e intento adivinar las estancias señoriales, las diversas cámaras, las bodegas, las caballerizas... Pero me es difícil

lograrlo ante este montón informe de materiales desordenados. Abetos pirenaicos de una vetusta viguería entre los escombros del suelo, y sustentando aún pequeños tramos de un segundo piso, proclaman el antiguo derecho de castillaje sobre las almadías que pasaban navegando por el Aragón cerca de estos muros.

Defraudado ante tanta ruina, salgo a contemplar detenidamente el castillo por fuera. Conforman un bloque monumental de planta cuadrada con alto pedestal de piedra sillar en talud. El alzado es de ladrillo macizo con distintos colores y texturas, que indican las diferentes fases de la trama constructiva. Está rodeado de fosos del tipo de las fortalezas, que en buena parte habían sido anegados por el tiempo y los escombros. Ahora aparecen descubiertos en toda su amplitud. Considero que hay demasiado cemento a la vista en los muros de contención, en los taludes y en los sillares. Los contraescarpes y una barbacana festoneada en los frentes le imprimen todavía a las ruinas del castillo cierto ambiente militar. Lo rodeo varias veces, primero con la vista y después con los pies. Admiro los fuertes torreones que se elevan en los cuatro ángulos del cuadrado y los otros tres, más esbeltos, que surgen desde el centro de los muros. En total siete. Las paredes están adornadas de troneras con base de piedra y arquillos de ladrillo.

La maciza estructura de la fortaleza se veía aliviada hasta hace poco por una anacrónica galería de cuatro arcos sobre pilastras con otros arcos suspendidos, todo ello en uno de los lienzos de la pared. Tal arcada ha sido derruida, desgraciadamente a mi entender, por una exigencia cronológica excesiva. ¡Como si los edificios históricos no tuviesen casi todos ellos en sus muros una cadena sucesiva de anacronismos! La galería daba empaque al conjunto y rompía la monotonía de los lienzos de ladrillo, además testificaba otros momentos interesantes, también históricos. Lo que no consiguieron derribar los arcabuceros mandados por Cisneros lo han logrado las piquetas de los restauradores, digamos que excesivamente estrictos con la pureza arquitectónica.

Dejo de contemplar las ruinas y me retiro del enclave. ¿Pensarán los obreros que estoy proyectando la continuación de la reconstrucción? Les dejo con la duda en sus miradas. Ahora que están terminando la primera fase de consolidación de los muros, no les vendría mal, a ellos y al castillo, proseguir la tarea de la repriminación total en sucesivas fases. Me vuelvo a sentar en la terraza y releo los apuntes que he tomado. Un curioso, que había estado hasta entonces jugando a la baraja en la mesa de al lado, se me acerca y pregunta:

—¿Calor, eh?

—Calor, sí.

—¿Usted no es de por aquí, verdad?

— Bueno, de Peralta.

—¿De Peralta?

— Como si lo fuera. Pero vivo lejos hace años.

—Ya. ¿Le gusta? —señalando con la cabeza el castillo.

—Me gusta y me interesa porque estoy escribiendo... —pero no me deja acabar la frase.

—En el pueblo pensamos que podrían terminar de tirarlo y hacer en el solar unos jardines públicos.

—¡Qué barbaridad! —digo en voz baja.

—¿Qué?

—Nada, nada.

Pero le intento convencer de la conveniencia de restaurar aquellos muros históricos y, ya que el pueblo ha desarrollado su caserío en derredor, dedicar las estancias restauradas a servicios culturales y sociales. Pero no veo que le seduzca la idea.

—¡Con Dios! —me dice dejándome con la palabra en la boca.

—¡Con Dios! —le contesto muy serio. Me levanto y me marchó.

Al revisar estas páginas a finales del año 2010, me entero con satisfacción de que el viejo castillo-palacio marcillés, finalmente restaurado, es ahora casa consistorial. De este modo vuelve a cumplir su viejo oficio, y de sede del viejo señorío pasa a ser sede de la autoridad local.

En los últimos años del reinado de Carlos III el Noble en el siglo XV, mosén Pierres de Peralta empezó a construir este castillo. En 1424 el monarca le entregó a Pierres materiales y 1.000 libras fuertes para las obras. Medio fortaleza, medio mansión palaciega, fue terminado por sus sucesores. Llegó a ser la residencia oficial del marquesado de Falces, uno de los señoríos más importantes y extensos del reino ⁶. Dice una tradición que en 1516 Ana de Velasco, esposa de Alonso Carrillo de Peralta, primer marqués de Falces, lo defendió valientemente impidiendo su demolición, cuando otros castillos navarros fueron abatidos por las fuerzas del coronel Villalva, obedeciendo órdenes del cardenal Cisneros, regente de España. Con el tiempo, esta defensa alcanzó fama de epopeya comarcal, ya que este castillo era uno de los ocho mejores de Navarra.

Además de este Alonso Carrillo, casado con Ana de Velasco, fueron sucesores de los Pierres los siguientes marqueses de Falces: Antonio de Peralta y Ana del Bosquete, Gastón de Peralta y Ana de Velasco —distinta de la anterior—, otro Antonio de Peralta y Ana de Ocampo, Jacques de Croy y María de Peralta y Velasco, y finalmente Diego Antonio de Croy Peralta y Velasco. Con este último caballero acabó la primera línea de los marqueses de Falces, inaugurándose la segunda con Luis de Peralta y Velasco, al que siguió José Martín de Peralta y Velasco ⁷.

Antes del hundimiento de las estancias, se guardaba en la cámara del marqués la *Tizona* de Rodrigo Díaz de Vivar, según mencionan Moret, Yanguas, Menéndez Pidal y el padre Fabo ⁸, historiador de Marcilla y del castillo. Después de la muerte del Cid, esta gloriosa espada continuó recorriendo tierras y reinos hasta terminar junto a los marqueses de Falces, sucesores de otro guerrero contumaz, mosén Pierres de Peralta el Joven. Todavía se conservaban aquí en el siglo XIX varios objetos valiosos de su antigua armería. Lo asegura Madoz en su Diccionario cuando habla de una corona y un vestido de hierro de mosén Pierres ⁹. Que este condestable de Navarra ha seguido defendiendo los muros de su castillo, amenazados por la incuria, el abandono y el desinterés, lo atestigua la repriminación que se ha conseguido. Presiento que los Pierres de Peralta y los sucesivos marqueses de Falces continuarán batallando para hacer que su morada siga siendo digno recuerdo y fiel referencia del espíritu navarro.

4. Endecha al castillo-palacio de los señores de Peralta y Velasco

Hablar del castillo-palacio de Marcilla, contemplar sus muros y almenas, recordar las proezas fraguadas por sus moradores, algunos de ellos antepasados míos, dedicarle unos requiebros cariñosos dentro del vaciado de sus paredes, es defender a mi manera el

recuerdo de su pervivencia en el siglo XXI, como en el XVI defendiera su integridad con arrojo y persuasión aquella aguerrida dama, de nombre Ana de Velasco. Para terminar el anterior recorrido histórico y arquitectónico, me entretengo como final de la fiesta –que eso ha resultado para mí esta visita al castillo-palacio de Marcilla– entrelazando los epítetos que mejor le cuadran en unos pobres y desvaídos versos, escritos con hondo agradecimiento.

Al castillo de Marcilla

Gótico palacio almenado,
noble solar, mansión heráldica,
columnas, galerías y arcadas,
fosos y escombros seculares,
sillares, taludes, matacanes,
hileras amarillas de ladrillos,
os levantáis, rotos e imbatidos,
en el azul del cielo de Marcilla.
Los mosén Pierres de Peralta,
indómitos e indomables,
cabalgaron desde este lugar
llanuras ribereñas medievales,
acompañando a los monarcas,
hostigando a sus vasallos,
manejando regios antojos
falaz y desmesuradamente.
Solar del Señorío peraltés,
devenido primero en Baronía
y en Marquesado después,
las generaciones sucesivas
de los Peraltas y Velascos
merodearon tus torrecillas,
centenarias, aladas y gráciles,
como las cigüeñas anuales.
Tan airosas aves de paso
sobrevuelan hoy su nidal
en tu torre del homenaje,
donde antaño una fémica,
altiva y enhiesta cónyuge,
celara vasallajes ganados,
como aguerrida palaciana:
la dama doña Ana de Velasco.

5. Falces junto al Arga

Para llegar a Falces desde Peralta hay que remontar la Variante o canalización del Arga en los últimos kilómetros que lo separan de su confluencia con el Aragón. A ambos lados se han habilitado, fruto de las obras, unos caminos amplios que permiten una mejor

visión de los escarpes. Atrás han quedado las cuevas del Vergel y el barranco de Vallacuera, al final de la sierra de Peralta.

Falces tiene puente nuevo. El viejo, casi gemelo del de Peralta, no ha sobrevivido al encauzamiento. Un tributo de la historia frente al avance de la tecnología. Ahora es más corto. La villa de Falces, celosa como Peralta de la unidad de su caserío, se recoge toda entera en la orilla derecha del río. Aprovechando las obras del encauzamiento, ha ganado una gran explanada que le permitirá expandirse sin pasar al otro lado del puente, por lo menos durante un tiempo. El término municipal se extiende por casi 16 kilómetros cuadrados. Es uno de los más grandes de Navarra. Tiene también accesos directos a las poblaciones de Miranda de Arga, Tafalla, Olite, Marcilla, Andosilla y Lerín.

El valle que el Arga ha configurado a su paso por Falces tiene una anchura de dos kilómetros. Algunas terrazas se van separando poco a poco del valle. Como en los restantes pueblos de la Ribera, hay dos zonas diferenciadas de labor agrícola: la aluvial regadío y el secano. La primera es recorrida por numerosas acequias, entre las que sobresalen las llamadas Luz y Molinar, que suplen con sus aguas la escasez de precipitaciones y manantiales, regando el 20 % de los terrenos dedicados a cereales, maíz, forrajes y hortocultivos ¹⁰. El secano es mayoritario. Su paisaje aparece austero, resultante de una formación geológica que se consolidó durante el Terciario. Lo surcan numerosos barrancos, agentes de una erosión apreciable. En los terrenos soleados se desarrolló antaño una vegetación primigenia de encinas y coscojas, de las que quedan agrupaciones aisladas. También hay algunos pinares espontáneos de pino carrasco en las cresterías que miran a la solana. Son los más meridionales de Navarra y se alternan con masas de pino de repoblación ¹¹.

El esparto, una herbácea perenne, ocupa los amplios llanos mesetarios incultivables, entre matojos sueltos de tomillo, jarilla, romero y gran cantidad de otras hierbas efímeras. Hace años tenía muchas aplicaciones, sobre todo para la fabricación de esteras, suelas de alpargatas, sogas, serones, albardas y capachos. Actualmente se emplea escasamente en la elaboración de pasta de papel. En el secano se dan bien los cultivos de la vid y del espárrago, éste último en decadencia. El trigo y la cebada alternan con un año de barbecho para que descansa la tierra. Un gran terreno comunitario se dedica también a pastos. La ganadería ovina oscila hacia las 4.000 cabezas. Y resulta habitual ver a las ovejas mordisqueando los rastros y ramoneando los linderos. Grandes cantidades de conejos se refugian en estos terrenos altos. Y aves como la collalba gris, la totovía, la bisbita campestre, la cogujada y el cernícalo sobrevuelan el paisaje y anidan en temporada ¹².

La economía del pueblo era hasta hace no muchos años básicamente agrícola, pero va en aumento la industria, destacando la de transformación y conservación de los productos vegetales. Los que alguna vez emigraron prefirieron también las zonas industrializadas de Navarra. Hay pequeñas empresas familiares, mientras que las grandes tienen régimen cooperativo. A ellas afluye mano de obra de los pueblos cercanos.

La villa está ubicada en una franja estrecha y llana entre el Arga y el escarpe. Su altitud es de 294 metros sobre el nivel del mar. El casco viejo se apiña en calles estrechas de trazado irregular que se dirigen a la plaza de los Fueros, a la que se asoman los edificios más significativos. Hoy Falces se extiende formando una especie de amplia estrella

irregular de tres puntas. La población sobrepasa los 3.000 habitantes, cifra que ha ido oscilando según el índice de productividad del campo.

Falces, como las villas limítrofes, se remonta por lo menos a la época romana. Así lo atestiguan las excavaciones efectuadas junto a la ermita de san Esteban en la carretera de Lerín, donde ha aflorado una villa rústica con dos edificaciones superpuestas, una del siglo II y otra del IV. Se han identificado un atrio de cuatro columnas, una serie de habitaciones y un magnífico lagar. Además han visto la luz abundantes restos cerámicos, objetos de bronce, hierro y cuatro monedas del Bajo Imperio ¹³. A partir del año 915 la historia de Falces ya dispone de fechas. Ese año era ya una tenencia cristiana frente al Islam con un castillo de los Banu Qasi, quienes lo entregaron al rey Sancho Garcés, incorporándolo de este modo al reino de Pamplona. Posiblemente se trate del castillo cuyas ruinas se encuentran en la roca inmediata a la basílica de El Salvador. Se trata de unos muros bajos y robustos de mampostería sobre cimientos sillares.

En 1158 los falcesinos disputaron con los pobladores del cercano Arlas la posesión y disfrute de las aguas del Arga. En 1263 el Patronato de la iglesia fue cedido al rey Teobaldo II. Un hecho de lo más sonado en los anales antiguos del pueblo, y que demuestra la personalidad e independencia de criterio de sus habitantes, fue la sublevación, e incluso amenaza de muerte, que mantuvieron en 1358 contra el infante Luis de Beaumont, residente en Falces, y sus magnates, a causa del excesivo lujo y derroche de que alardeaban, cuando tanto esfuerzo costaba a los campesinos arrancar de las tierras la propia subsistencia y el tributo de las pechas. No les arredró a los falcesinos que don Luis fuera hermano del rey ni lugarteniente del reino.

Por aquellos años, concretamente en 1366, Falces contaba con 277 vecinos cristianos y 18 vecinos judíos. De los primeros, 96 eran hijosdalgo. Durante los reinados de Carlos II y Carlos III, ambos monarcas les perdonaron repetidas veces las pechas, en consideración a las especiales circunstancias por las que pasaba la villa y sus villanos. No fueron años fáciles. Descendió considerablemente la población como consecuencia de la guerra frente a Castilla, que originó matanzas y destrucciones, con secuelas de pobreza y enfermedades.

En 1470 el rey Juan II hizo donación a mosén Pierres de Peralta de la villa y castillo, de pechas y rentas, con todos los términos, villas y fortalezas de la contornada. Pero la esposa de Pierres legó este señorío a la reina doña Catalina, quien, a su vez, lo otorgó a su tesorero y canciller don Juan de Bosquete en prenda de los 600 ducados que este le había prestado. Fernando el Católico donó la villa a Alonso Carrillo, nieto de Pierres, volviendo así a la familia. También le otorgó en 1513 el título de marqués de Falces, siendo éste el primer marquesado que se creó en Navarra ¹⁴, al año siguiente de su anexión a Castilla.

En el casco antiguo se encuentra la parroquia, dedicada a la Natividad de Nuestra Señora. Al exterior la iglesia aparece como un conjunto heterogéneo de construcciones originarias y añadidos de diversos estilos y épocas: sillares medievales, contrafuertes y muros protogóticos, portal gótico con arco conopial, decoración de fajas en diente de sierra de sabor mudéjar en los restos de la torre primitiva del siglo XIII, recrecimientos barrocos en la nave, arcos y contrafuertes del XVII, cúpula neoclásica, portada y pequeña torre del XVIII... Su interior presenta planta de cruz latina con amplia nave de tres tramos, provista de capillas laterales comunicadas entre sí. El alzado responde a un

ambicioso proyecto clasicista del maestro Asensio, discípulo de Ventura Rodríguez, quien lo realizó entre 1779 y 1782, después de haber construido el convento nuevo de los cistercienses. El retablo mayor es obra de principios del siglo XVIII del escultor Gurrea, vecino de Tudela ¹⁵. Falces, al igual que Peralta, disfruta del patrocinio de la Virgen de Nieva. Su imagen, de factura moderna, se venera en un retablo neoclásico.

Alrededor de la iglesia, callejuelas estrechas e irregulares como la de Huerta del Rey, San José, Nueva, y las plazuelas de Maya y del Planillo. En ellas hay palacios blasonados y abundantes casas de ladrillo de dos y tres cuerpos con ático y alero volado de madera con ménsulas. En las fachadas de los palacios, que datan del siglo XVII, se aprecia que han aprovechado motivos ornamentales del siglo anterior.

6. En la ermita de El Salvador

Está la tarde todavía ardiente, como de finales del mes de julio, cuando me dispongo a subir hasta la ermita falcesina de El Salvador, que se recorta sobre el monte con el penúltimo sol del ocaso. Apenas si queda ya una hora de luz. Es suficiente. Desconocía que una exigua comunidad religiosa masculina atendiera entonces este pequeño santuario, lo que me satisface. He subido, ladera arriba, por un carretil de escasos kilómetros entre pinares y rastrojeras de secano hasta el mismo borde del escarpe. Desde esta altura el majestuoso valle del río Arga pasa por ser uno de los paisajes más bellos de las tierras ribereñas de Navarra. De repente, me sumerjo en la visión de verdes sotos diseminados junto a las márgenes del río y sus acequias. Los campos, recientemente cosechados, ofrecen tonalidades de oro en estas horas últimas de la tardeada. Sentado sobre una roca que se asoma al pueblo contemplo también sus casas apiñadas, formando las callejas que acabo de recorrer. Y tienen desde aquí un suave color canela. La ermita aparece blanca y limpia, reconstruida con primor. Fue consagrada en julio de 1870. La anterior databa de 1614, en cuya fábrica ya se emplearon estructuras de otra ermita medieval en el mismo lugar. Mi abuelo Juan Velasco integró el equipo de albañiles que levantó junto a ella una torrecilla para las campanas en 1929. Mientras la construían sucedió la desgracia de caerse desde el andamio el maestro albañil, que la dirigía, muriendo en el acto.

El nuevo templo ofrece al exterior una nave de tres tramos, pórtico y torre adosada a un lateral. Tan erguida se levanta junto al acantilado, que parece bendecir a Falces, que está a sus pies. Como la puerta está abierta, entro. La luz se filtra por los óculos produciendo efectos ambarinos y rosados. Rodeando al altar hacen su oración silenciosa, sentados en sillas de anea, dos sacerdotes revestidos de albas blancas y tres jóvenes barbudos con prendas deportivas. Imagino que serán los integrantes de la comunidad capuchina, que aquí viven. A continuación entonan un himno seguido del recitado de tres salmos con antifonas en castellano. Me siento transportado a otras arcadas y a otros años. El románico, el gregoriano y el latín han mutado la piedra desnuda, los neumas complicados y las inflexiones verbales por el arco recubierto del neoclásico, las cadencias populares y la lengua vernácula. Es el signo de los tiempos cambiantes. Pero tal mutación es accidental. Permanece lo esencial. En este ámbito íntimo y espiritual hay idéntico sustrato de fe y de amor. Es lo que se respira aquí. La oración comunitaria termina con un silencio individual, que es silencio de voces humanas, silencio de rumores de monte, silencio de las cosas, silencio hasta de las últimas luces del día, que empiezan a apagarse.

En este ambiente me viene al recuerdo un personaje medieval, Domingo Manso, natural de la villa de Cañas en la Rioja navarra del siglo XI. ¿Oyó ponderar este panorama y decidió venirse a llevar en estas soledades vida de anacoreta? Así lo cuenta la tradición. De aquí marchó al monasterio de San Millán para practicar la vida cenobítica, donde llegó a ser prior. La imaginación me lleva a suponer que si las relaciones de este monje con el monarca navarro don García no se hubieran deteriorado en San Millán, Domingo podría haber vuelto al anacorético lugar de su mocedad para levantar sobre este pedestal pétreo una joya del románico, como el claustro que erigió en el monasterio castellano de san Sebastián de Silos. Porque al santo le gustaba conjugar paisaje y arte como marco de vida para sus monjes. Siguiendo con mi ensoñación, hoy le veneraríamos como santo Domingo de Falces.

La contemplación del retablo de la ermita reconduce mi desbocada imaginación. Sus bellas tablas pretenebristas acusan una inspiración rafaelesca de finales del XVI. Sobresalen la Transfiguración, la Resurrección, la Ascensión, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, la Asunción de la Virgen, y en el ático la Crucifixión ¹⁶. Me disgustaría vivir en Falces y no poder ser cofrade de El Salvador. Pero los estatutos son tajantes: no admiten en la Cofradía ni a casados ni a foráneos, ni siquiera a los naturales del pueblo que no llevan determinados apellidos tradicionales. Sus integrantes son los llamados *soplones*, apelativo cuyo origen desconozco. Suben en romería a esta ermita de San Salvador de los mancebos tres días al año: en la Ascensión, el 6 de agosto y el 9 de noviembre.

Ya ha anochecido cuando dejo este entrañable paraje. El asfalto de la carreterita descendente se confunde con la negrura de una noche sin luna, en la que brilla sólo el titilar de las estrellas. La oscuridad ha difuminado los suaves contornos de las lomas, dando una apariencia fantasmal a un bosquecillo de pinos. Ya abajo, después de dejar las calles del pueblo y de traspasar el río, dirijo la mirada hacia la ermita y sólo diviso una lucecita eléctrica allá arriba. Es la lámpara del santuario, que se refleja en el espejo retrovisor de mi coche mientras me voy alejando de Falces. En el cruce con la carretera que viene de Artajona no diviso, pero adivino, la casilla de camineros en la que durante muchos años vivieron felices Francisco Elizondo y Felisa Asín Velasco, prima carnal de mi abuelo, hija de una hermana suya. Sentado al volante, siento el olor intenso de la horca de los famosos ajos de Falces, que he adquirido en el pueblo y llevo en el maletero del coche.

NOTAS:

1. Baroja, J. *Etnografía Histórica de Navarra*, II, pág. 386.
2. El nombre de Peñalén como lugar habitado aparece por primera vez en 1118. Posteriormente, un documento de 1266 dice que el rey Teobaldo II tenía varias casas y heredades en Funes y Peñalén, AGN, Comptos, caja 3, núm. 29, citado por J. Yanguas en *Diccionario de Antigüedades*, t. 2º; véase la palabra *Peñalén*. El mismo autor dice que según el príncipe de Viana, Peñalén y Villanueva eran un mismo lugar: *Sobre la riba de la peña que le dicen Peñalén o Villanueva*, y se confirma con lo que se encuentra en los comptos del patrimonio real del año 1447.
3. Sucedió en 1378.
4. Era en 1949, siendo Valero gobernador civil de Navarra. Incluso se decía el nombre que iba a tener el nuevo pueblo: Funes-Peñalén de Valero.
5. La conmemoración del 25 aniversario de la inauguración de este complejo religioso, debido a la iniciativa y el esfuerzo del que en aquellos años fuera párroco, don Ambrosio Eransus, se celebró en la primavera de 1986.
6. Martinena, J. J. *Navarra. Castillos y Palacios*, Pamplona, 1980, pág. 30.
7. Idoate, F. *Rincones de la Historia de Navarra*, III, págs. 166 y 167.
8. Los cita Idoate en *ibíd.*, pág. 152.
9. Idoate, *ibíd.*, pág. 155.
10. *Enciclopedia Histórico-Geográfica de Navarra*, III, págs. 31 y 34.
11. Floristán, A. *Itinerarios por Navarra, zonas Media y Ribera*, Pamplona, 1978, pág. 124 y ss.
12. Elósegui y otros. *Navarra. Paseos naturalísticos*, II, Pamplona, 1982.
13. Mezquíriz, M. A. *Rev. Príncipe de Viana*, núms. 122 y 123, 1971, págs. 49-75.
14. Lacarra, J. M. *Historia Política del Reino de Navarra*, I, Pamplona, 1972, págs. 112 y 293.
15. Biurrun, T. *Para el inventario de la riqueza de la diócesis de Pamplona*, BOOP, 1929, pág. 169.
16. Catálogo Monumental de Navarra. Merindad de Olite, III, págs. 88-89. - López Sellés, T. *Contribución a un catálogo de ermitas de Navarra*, 1974, págs. 494 y 495.

CAPÍTULO XX: AZAGRA, SAN ADRIÁN Y CAPARROSO

1. Las trágicas peñas de Azagra

De mis primeros años de vida en Azagra guardo un recuerdo imborrable. Cuando sucedió lo que voy a narrar hacía tres meses que había cumplido los cuatro años. Fue el 13 de mayo de 1944. El peligro de la última crecida del Ebro acababa de pasar, y la primavera estaba en su mejor momento. El ambiente no presagiaba el funesto accidente que iba a conmocionar al pueblo. El colegio que regentaban las religiosas de la Consolación estaba adosado a la ermita de la Virgen del Olmo, al amparo del monte, de la Peña, como decimos en Azagra. Unos cuantos chiquillos –yo entre ellos–, jugábamos debajo, esperando a que las hermanas abriesen la puerta del centro, poco antes de las tres de la tarde. Abierta esta, mi hermano Francisco Javier tuvo que arrancarme de jugar en la tierra con dos de mis compañeros, que se resistieron a entrar. Después de dejarme en la planta baja con sor Clara en "la clase de los cagazones", subió él a su aula con sor Prudencia, en el primer piso. De repente se oyó un estruendo ensordecedor, acompañado de derrumbamiento de paredes, griterío de niños y polvo, muchísimo polvo por todo el edificio. Apenas se veía nada. Había caído la Peña sobre la sacristía de la ermita y sobre el espacio exterior, donde yo jugaba minutos antes. Empezó a llegar gente corriendo y angustiada. Hubo recuento de escolares. Yo me abrazaba a mi hermano Javier mientras nos contaban. Faltaban dos niños de mi clase, exactamente los que se habían quedado rezagados. Al cabo de seis días de intenso desescombros, fueron rescatados sin vida. Eran Pedro Cano León y José Miguel Oscoz Barricarte.

El problema de los desprendimientos del monte sobre las casas del pueblo era endémico en Azagra. Esta montaña está constituida principalmente por estratos de yesos y margas, cortados a bisel y erosionados por las filtraciones de la lluvia ¹. Documentos antiguos describen algunos de los principales desprendimientos de la Peña azagresa. En el del 30 de junio de 1856, se desplomó parte del monte provocando la destrucción de seis casas y la muerte de tres vecinos y ocho gitanos itinerantes que laboraban el mimbre. Fue a las cinco de la tarde.

El veintiuno de julio de 1874 ², de madrugada, las rocas desprendidas destruyeron setenta edificios y causaron noventa y un muertos de todas las edades, mayormente mujeres y niños porque los hombres acababan de salir a los campos para la recolección. La roca más grande en esta ocasión fue bautizada con el nombre de Primicia, porque cayó exactamente encima de la casa de los diezmos y primicias de la parroquia.

En enero de 1903 un nuevo derrumbe sobre un corral mató a dos mujeres. Después ha habido nuevos desprendimientos de menores proporciones que no provocaron desgracias personales.

Recientemente se ha erradicado por muchos años, quizá para siempre, el peligro de las avalanchas con los taludes practicados por el Gobierno de Navarra en el escarpe del monte. Tales obras han inutilizado el arranque del sendero por los caminos del monte, al que se subía desde la plaza. A cambio se ha abierto una ancha pista de seguridad entre el desmonte y las casas más cercanas.

No quiero concluir este epígrafe sin un recuerdo a la Virgen del Olmo, patrona de Azagra. Su ermita junto a la Peña ha quedado varias veces dañada a causa de los

desplomes. Las oportunas reconstrucciones después de cada desprendimiento no han resuelto el problema de las constantes filtraciones del terreno, por lo que ha sido necesario proceder a su derribo. En el mismo solar, previamente saneado, se ha construido una nueva ermita con edificio anejo para diversos usos religiosos. Junto a la nueva ermita se ha conservado un monumento en piedra con la efigie de la Virgen, que se erigió hace algunos años.

2. La villa de San Adrián en fiestas

En un viaje a mi pueblo natal de Azagra en el mes de julio de 1986 mis amigos, sabedores de las ganas que tenía de conocer en profundidad la vecina villa de San Adrián, me dicen que está en fiestas, como invitándome a no ir por no ser el tiempo más apropiado para conseguir mi propósito. Pero pienso que para pasear por sus calles en las primeras horas de la mañana, tal circunstancia incluso me favorecerá. Por eso salgo temprano.

Después de recorrer tres kilómetros, bordeando el escarpe descendente de la Peña azagresa, llego a la entrada de San Adrián junto al puente del último Ega, donde se cruza la carretera de los Altos de Peralta con la que lleva a Andosilla. Todo es nuevo en este actualizado nudo de antiguas vías de herradura. Llego, pues, a San Adrián aprovechando el aire límpido y transparente de las mañanicas de julio y con las primeras luces reflejadas en la torre de su antigua iglesia. Conforme avanzo con el coche, me parece, de lejos, que este campanario está recientemente construido, aunque lleva una montonada de siglos asentado en lo alto de la colina, sobre el solar de un viejo castillo, que dio origen al poblamiento adrianense. Su esbeltez se divisa desde los cuatro puntos cardinales. Mejor que nadie él sabe de campos y de gentes, de montes y ríos cercanos. Y con nostalgia, desde su altura, dice adiós al Ega, ya medio agotado, que se entrega rendido al Ebro. Cuando entro al caserío de la villa, están sus gentes durmiendo tras una noche de jarana y festejos. La verbena no hará mucho tiempo que ha terminado. A estas horas matinales todo el pueblo resulta zona franca para mí, pero unas vallas me advierten la conveniencia de aparcar el coche fuera de los alrededores del encierro de vacas mañanero.

Cada población tiene su acento propio, su particular olor, su gesto inconfundible. Sorprenderlos, definirlos, es difícil de conseguir en una primera visita, y más si es rápida como la que intento realizar hoy. Pero en San Adrián ayuda mucho a ello deambular por las callejuelas tortuosas y empinadas de su breve casco antiguo. Los siglos, a veces, no se suceden unos a continuación de otros, sino que se quedan acurrucados, agazapados, montados y entreverados entre sí por las esquinas, por los parteluces de las ventanas antiguas, por el ocre amarillento de las casonas blasonadas, por las tradiciones y costumbres de las gentes. Esto sucede hoy aquí, en mi visita a esta villa del sur de Navarra.

Como primera providencia me acerco al ayuntamiento, nuevo edificio de ladrillo con numerosas cristaleras. Está abierto de par en par. No encuentro a nadie dentro que pueda orientar mis intentos. Veo diversos instrumentos musicales de la banda de música desparramados por sus estancias. Así da gusto, la apertura municipal dando ejemplo de transparencia y confianza. Decido proseguir en solitario la visita de las calles. Ligeros desniveles quiebran el llano por el que discurre la Mayor, apareciendo de repente inesperados repechos.

Sin buscarlo expresamente, llego al encosterado balcón del Palacio, como llaman aquí a este concreto enclave urbano. Se sigue respirando silencio y tranquilidad, que aprovecho para sentarme a escribir estas mis primeras impresiones sobre San Adrián. A continuación me encamino hacia calles más abiertas, dejando el gratificante oasis de las callejuelas tortuosas. Las casas de la población moderna se levantan en terreno llano, en donde se erigió una parroquia nueva consagrada al culto en 1968. Es un edificio de ladrillo rojo liso con planta de cruz latina, costado en su totalidad por el benemérito adrianense don Celso Muerza Garbayo. Guarda en su interior la preciosa talla gótica de la Virgen de la Palma, patrona del lugar.

A media mañana advierto ya cierta vibración ciudadana, cuando las gentes apenas han tenido tiempo de reponerse del ajetreo festivo de la noche anterior. Las personas vienen y van de un sitio a otro, se paran en las esquinas, hacen comentarios entre sí. Se percibe con nitidez que el pueblo está viviendo alegremente una fiesta colorista. Ya nadie intenta descansar por más tiempo. Abriendo paso al jolgorio matinal, la comparsa de gigantes y cabezudos aparece por la plaza del ayuntamiento con toda la chiquillería en su derredor, portando al cuello el pañuelico colorado. En las puertas de la casa consistorial mantengo una interesante conversación con José Jiménez Salanueva, funcionario municipal, y con un joven concejal, cuyo nombre no recuerdo. Tratamos sobre la riqueza artística de su pueblo. Les dejo preocupados por la mala impresión que me ha producido la visión externa de la iglesia antigua y el estado de deterioro que ofrece al exterior, cuando todavía no he podido visitarla por dentro. Ante el interés que les demuestro por la problemática de su pueblo, me regalan un voluminoso libro con su historia ³.

Los habitantes de la villa están ya despiertos por completo. Los corredores del encierro, mayoritariamente hombres, andan templando piernas y nervios en corrillos por las calles. Los famosos encierros sanfermineros, en los que los mozos pamplonicos corren sin detenerse en su carrera delante de los toros, no se parecen en nada a los encierros de vaquillas tal como se acostumbra en los pueblos riberos de Navarra, porque se prestan a un gran juego de movimientos: tocan los lomos de las vacas, se las detiene por el rabo o por las astas a las menos furas, incluso, si se tercia, se les hace subir los primeros escalones de alguna casa aparente y mil diabluras más. Concluido el encierro se da suelta, de una en una, a las vaquillas para ser toreadas en una plaza portátil o de maderos, carros o remolques. A veces son las vaquillas las que torea a los mozos, debido a la experiencia que acumulan los animales a causa de su peregrinar de fiesta en fiesta por los pueblos aledaños.

De pronto me encuentro con una enorme pancarta blanca colgada en el vano de una calle entre las fachadas de dos casas fronterizas Reza con grandes letras negras: *SAN ADRIÁN EN FIESTAS. AQUÍ NADIE ES FORASTERO*. Lo dice de corazón, como me lo han demostrado sus gentes a lo largo de toda la mañana. La pancarta avala el paisanaje de cuantos se sienten adrianenses por vivir en la villa, aunque no hayan nacido aquí, que son muchos. Y compruebo que cuando se publicó el libro citado más arriba, el 41 % de los habitantes de San Adrián ya procedían de otros lugares navarros o riojanos, el 28,5 % de Andalucía, de Extremadura el 12,4 % y el 0,4 % del País Vasco. Para variar aún más la procedencia, el 55 % de los varones nativos buscan esposa fuera de San Adrián. Hoy esta estadística se ha engrosado considerablemente con un aumento de los foráneos

Cuando es mediodía, me retiro a comer tranquilamente a la riojana y cercana Calahorra, apenas a dos kilómetros de distancia de aquí. Es ciudad histórica donde las haya. Fue erigida por los romanos a los que debe también su nombre. Tiene sede episcopal antigua, hoy compartida con Santo Domingo de la Calzada y con Logroño,

capital de La Rioja. Y de siempre se ha distinguido por sus acreditados comercios a los que concurren los pueblos de la contornada. Desde el mirador donde está asentado el parador nacional Marco Flavio Quintiliano, retórico calagurritano, diviso muy bien la vega del Ebro: a la derecha, los campos de Azagra con el fondo de la torre de su iglesia delante del Sendero; a la izquierda, el crecimiento urbano de San Adrián y el alarde arquitectónico de sus dos torres eclesiales recortándose sobre la línea fronteriza del territorio navarro, que se eleva poco a poco a partir de la cinta fluvial del Ebro. Mientras contemplo este paisaje, acompañando al reposo postmeridiano, tomo notas geográficas e históricas de San Adrián para completar mi conocimiento de la villa, a la que vuelvo de inmediato.

Tiene San Adrián una extensión relativamente pequeña, poco más de 20 kilómetros cuadrados, comparada con su densidad de población, que asciende a 225 habitantes por kilómetro, de un total de 4.500 ⁴. Sus tierras abarcan dos zonas muy diferentes pero de similar extensión, el secano y el regadío, habituales en los pueblos circunvecinos. Se deben a los efectos de la erosión fluvial sobre los yesos y las margas del Cuaternario. Las precipitaciones resultan escasas. En el secano destacan por su altura una serie de relieves como la Planilla, Caluengo, Cabizgordo y Sotojuela, que sobrepasan los 400 metros de altura sin llegar a los 500. Predominan el pino carrasco y el almendro, además de la viña, el cereal y la esparraguera. El regadío se debe predominantemente a los caudales fluviales del Ega, remansados en una presa entre Andosilla y San Adrián. Su cultivo principal es de verduras y frutas. La ganadería tiene escasa importancia ⁵.

La mayor parte de su economía actual gira en torno a la industria conservera de los productos hortícolas, que ha originado el aumento constante de la población. En 1900 contaba con 950 habitantes, mientras que en el censo de 1981 ascendía a 4.500, con tendencia ascendente. Existe mucha mano de obra eventual, siendo femenina un alto porcentaje de la misma. Junto a fábricas con más de 500 empleados abundan las empresas atendidas exclusivamente por las propias familias. Además hay varios establecimientos industriales de alimentación, talleres de reparación de coches y de maquinaria y empresas dedicadas a la construcción.

El nombre de la villa se debe al santo mártir Adrián. Existen escrituras de una donación del año 1084 en el Libro Redondo de la catedral de Pamplona que relatan los prodigios y curas milagrosas de San Adrián de las Palmas, realizados en la iglesia y villa de este nombre. El rey austriaco Carlos II, realizando un antiguo señorío, creó el marquesado de San Adrián en 1696, que despachó otro rey de España en 1720, esta vez el borbón Felipe V, a favor de Joaquín Magallón Beaumont. El titular de marquesado se refuerza en 1796 con el título de ricohombre. Más tarde, en 1802, el marqués de San Adrián recibe honores y tratamiento de grande de España, siendo inmortalizado por Goya en un lienzo que se contempla en el Museo de Navarra.

Al regresar al pueblo, después de comer en Calahorra, entro por el puente nuevo, paralelo al que se inauguró el 2 de diciembre de 1921 ⁶. El desarrollo de la vida y el aumento de la circulación han dejado estrecha e insuficiente su rodadura.

3. Una joya arquitectónica

Me dirijo de nuevo hacia las callejas empedradas del balcón del Palacio, en la parte alta, para intentar ver detalladamente la vieja iglesia gótica, que me atrae sobremanera.

Al llegar me encuentro junto a sus puertas cerradas a una mujer mayor. Ha salido de su casa para despedir a sus nietos, que quieren bajar corriendo a la comparsa vespertina de los gigantes y cabezudos. Yo le pregunto si sabe cuando se abre la iglesia.

Está siempre cerrada, me contesta, pero yo tengo las llaves. Soy la campanera sin campanas, añade, porque un día las descolgaron de esta torre y las llevaron a fundir en Pamplona para hacer otras más pequeñas que colocaron en la torre de la iglesia nueva.

A esta buena mujer, de nombre Gervasia, le cuadraría mejor el apelativo de ermitaña, pues ermita es la categoría canónica a la que ha sido rebajada esta soberbia y antigua iglesia, al trasladar su antigua titularidad parroquial, con campanas y todo, a la iglesia nueva, erigida en la parte baja. Hubiera sido justo que la autoridad eclesiástica solicitara para aquella, con ocasión de este traspaso, la categoría de basílica menor, que bien se lo merece por su historia y por su arte.

La buena mujer se extraña y alegra al mismo tiempo que un forastero se interese por ver detalladamente esta olvidada y vieja iglesia. ¡Y además en medio de las fiestas! Entra enseguida a su casa para coger las llaves y, al salir con ellas, me dice: Pasan días y días sin que nadie me pida abrir estas puertas, como no sea para la celebración de alguna boda esporádica a lo largo del año.

Y comienza a enseñarme su iglesia con cariño, como una madre cuando muestra a las vecinas solícitas el ajuar de su hija que pronto se va a casar. Además me cuenta cómo cumple el encargo que tiene de cuidarla, limpiándola así y asá, y manteniendo viva la lámpara del sagrario con el aceite de su propia casa. Hasta hace poco tiempo daba cera al suelo de madera, hasta que una gotera estropeó el entarimado. Me cuenta ésta y otras cuitas, sin respetar mi silencio admirativo cuando me encuentro ante el gran retablo mayor, policromo y romanista.

Me impresionan de él su verticalidad y la calidad estimable de la iconografía que aloja, tanto la de las calles laterales con escenas evangélicas y relieves de apóstoles, como la de la calle central con las tallas de San Adrián, la Asunción de la Virgen y el Calvario.

Los seis retablos barrocos laterales muestran un armonioso emparejamiento con el central. Destaco cuatro de ellos: el del Crucificado, una talla con minuciosa anatomía del siglo XVI; el de la Inmaculada de finales del XVII, luciendo un anacrónico rosario postizo; y los que albergan las tallas de san Pedro, mitrado y sedente con llaves y báculo, y de san Pablo, erguido, con libro y espada gigante; en ambas tallas policromas hay un tratamiento delicado de sus rasgos faciales.

La fábrica de la iglesia responde fundamentalmente al gótico renacentista de mediados del siglo XVI, que he visto repetirse en las iglesias de los pueblos aledaños. Es de nave única de tres tramos, con capillas entre los contrafuertes y cabecera recta. Su cobertura se realiza por bóvedas estrelladas de nervios de sección mixtilínea, en complicada y diversa traza, uniéndose mediante claves decorativas. Y se apea sobre ménsulas de querubines formando haces de nervios. El cuarto tramo de la bóveda, añadido a los pies de la nave en el siglo XVIII, alberga el coro alto y encaja al exterior la fachada principal. Este coro de los apóstoles, así lo bautizo yo por los relieves de su sillería, coloca en elipse quince sitials de bella factura de finales del XVIII. Cada asiento queda enmarcado por dos pilares rematados por capiteles jónicos con decoración rococó. Entre los pilares una corona de gran medallón cobija el busto de un apóstol con detalles barrocos. Finalmente, me fijo en el órgano neoclásico, situado en un lateral del coro. Construido en el siglo XIX, después de varias reparaciones se encuentra hoy en estado inservible, pero no irrecuperable.

Desde lo alto del coro, además de apreciar bien los detalles artísticos de la iglesia, se divisan nítidas e inconfundibles señales de abandono: goteras, grietas significativas en la bóveda y los muros, polvo, telarañas y, sobre todo, una profunda tristeza en el ambiente, que invitan a dejarse invadir por el pesimismo de la vieja campanera que, según me dice, está pensando dejar este servicio de ermitaña y bajarse a vivir con su hijo a las casas nuevas.

Terminamos la visita del interior de la iglesia viendo la sacristía y las dependencias anejas, que han sufrido constantes transformaciones, apreciadas a simple vista. Guardan almacenados de cualquier manera despojos de altares con tallas y objetos de valor variado. Antes de salir, en una oscura capilla, admiro una románica pila bautismal, arrumbada entre trastos viejos. ¡Qué pena! Ella sola dignificaría cualquier recinto eclesial.

Me despido agradeciendo a Gervasia el tiempo que me ha dedicado, por el que no ha permitido ninguna gratificación. Aprecio que lo ha hecho muy gustosa. Se ha sentido útil, incluso feliz. Le animo a que siga en la brecha de su oficio, esperando mejores tiempos, que sin duda llegarán, cuando las autoridades eclesiásticas y civiles, locales y provinciales, se percaten del olvido en que tienen a la más emblemática y valiosa joya arquitectónica de San Adrián.

Ya en solitario, admiro el exterior de la iglesia, que ofrece lisos muros de ladrillo vista. La fachada está flanqueada por pilastras cajeadas, también de ladrillo, de orden gigante sobre alto plinto, que sostienen un potente friso con triglifos y metopas, decorado con óculos ciegos. Como remate hay un frontón con pirámides y bolas en los arranques.

En el centro de la fachada se abre una portada de piedra con hornacina encima y la escultura pétrea del titular San Adrián. A ambos lados, en el centro de dos secciones de muro cóncavo, otras dos hornacinas, aunque vacías, rompen la lisa monotonía del ladrillo. El campanario, también de ladrillo, es de la época de la fachada y se levanta al pie del último tramo de la iglesia. Tiene planta cuadrada con fuste prismático, al que se superpone el cuerpo donde estaban las campanas, con sus frentes formados por un arco esbelto de medio punto entre pilastras angulares. Un friso decorado y una balaustrada encima con bolas en los ángulos sirven de apoyo a un airoso octógono, rematado por otros dos de proporciones decrecientes, en los que se asienta un chapitel final.

4. Once estrofas a una torre

Se está bien aquí, mediada la tarde, sentado al pie de la torre vieja que da sombra y cobijo al calor vespertino. Hasta este alto lugar llegan los ecos bullangueros de un pueblo en fiesta, mientras yo repaso en mi mente las bellezas artísticas que acabo de contemplar cabe estos muros de la iglesia antigua. Me siento inspirado y escribo a vuela pluma los siguientes versos:

Torre vieja de San Adrián

Torre vieja abandonada,
campanario sin sonos,
nido arcaico de ladrillo,
en lo alto del castillo feneces

poco a poco, día a día,
y desde la agonía de tus grietas
izas todavía bandera artística
en el genuino pueblo adrianés.

Campanas desmontadas,
campanillas refundidas,
tocáis ahora disminuidas
sones electrificados
en vez de los clásicos bandeos,
jugando al eco de dos torres:
del rojo y nuevo ladrillo
al viejo y amarillo.

Ermita añosa y noble,
vieja madre de otra iglesia,
que como clueca amorosa
cobijas bajo tus plumas pétreas
gótico-renacentistas arcadas,
un órgano neoclásico en el coro,
retablos polvorientos
y tallas barrocas de los Santos.

Pila bautismal arrumbada,
maciza piedra románica,
con el lento gotear del agua
y el latino *Ego te baptizo*,
dabas posesión al neófito
de su nueva identidad cristiana,
al segundo día a lo sumo,
de su adrianés natalicio.

Coro alto de los cánticos,
tallada sillería apostólica,
con antífonas gregorianas
y cadencias salmodiadas,
los clérigos del pasado
reclaman tus misericordias
para apoyar sus cuerpos
al recitar los celestes trisagios.

Órgano tubular,
mudo artilugio neoclásico,
arpegios decimonónicos,
escalas y trémolos,
flautines, fagotes
y arpas empolvadas,
repiten tus silenciosos ecos
por las bóvedas del recuerdo.

Retablo romanista,
oración vertical abandonada,
enciendes y elevas el alma,
e incitas a amar el arte,
de tu policromo cautiverio.
Mientras permaneces olvidado,
solo cuatro novias arrobadas
te contemplan cada año.

Bajorrelieves bancados,
querubines, roleos, rocallas,
púlpitos y cancelas,
de los santos las tallas,
ménsulas y credencias,
peanas y escalinata,
dormís un olvido amenazante
de polvo y telarañas.

Portada de severa factura,
enfrente de un sol que muere,
estás tú también muerta.
Gitanos faenan en tus dinteles,
mientras cantan soleares.
Si abaten tus puertas,
en un Rastro cualquiera
veremos expolios de esta iglesia.

Campanera y ermitaña,
abuela y vieja cristiana,
al escuchar tus sentidas penas
desde tu puesto de guardia,
escribo este SOS desesperado,
desde el Balcón del palacio.
Cuando pasen los ecos festivos,
alguien vendrá a socorrerlas.

Al crepúsculo adrianés,
se cobija el viento en las arcadas
y se inicia en sus vitrales
una languidez rosa y malva.
Desde aquí con mi voz proclamo
la fugacidad de lo moderno,
y denuncio que este ámbito sacro
necesita un mecenas que lo salve.

Guardando el borrador de estos versos, desciendo de las alturas de la villa, que continúa disfrutando de su natural jolgorio festero. Alumbrado por el último sol, retomo el coche aparcado a las afueras. Me retiro satisfecho de la jornada invertida en conocer someramente este pueblo vecino de San Adrián, al que volveré de nuevo encantado, cuando alguien me diga que su antigua y bellísima parroquia, dedicada al santo mártir

Adrián, ha sido salvada de la incuria y del tiempo, luciendo de nuevo en su prístino esplendor los valores arquitectónicos y escultóricos innegables que tiene. Cuando esto releo al cabo de los años, ya puedo preparar viaje. Un amigo adriánés me ha confirmado que la iglesia gótico-renacentista ha sido restaurada y rehabilitada. Tendré que acercarme a verla. Me ha dicho también que Gervasia, la vieja campanera sin campanas, guiará mi nueva visita, pero ya desde el cielo, donde prosigue su oficio de tañerlas. Durante el regreso a Azagra, diviso desde la carrera cómo las últimas aguas del Ega humedecen las huertas, ablandan los caballones de los espárragos y hacen verdear al paisaje. El valle se va haciendo más ancho, más abierto, camino del Ebro. Anochece.

5. En la ermita de la Virgen del Soto

Por los pueblos de La Ribera de Navarra los rayos vespertinos del sol perduran hasta horas tardías al ser el paisaje llano y los montes de poca altura. Por eso aun quedan varias horas de luz cuando llego a la ermita de la Virgen del Soto, a media tarde. Las piedras y ladrillos reflejan un oro dos veces secular. Desde aquí la villa de Caparroso parece un velero desarbolado a los cuatro vientos en la cresta de una ola pétrea. El río Cidacos, frente a la ermita, desagua sus exiguos caudales en el Aragón. Hoy es domingo de Resurrección en un mes de abril recién iniciado. La buena comida de Pascua y el vino extra han retrasado la habitual salida vespertina de los coches a las carreteras. Todavía se circula sin agobios. El verdor del arbolado del atrio-jardín resulta un remanso donde aparcar las prisas en este cruce de carreteras. La ermita estuvo originariamente junto a un soto en la misma orilla del Aragón, a la entrada del puente. Una gran riada la arruinó en 1738. Pero ya al año siguiente se solicitaba permiso al obispado para reedificarla en paraje más seguro. En 1759 se realizó el traslado de la imagen de la Virgen a este su nuevo emplazamiento desde la parroquia de santa Fe, donde había permanecido durante los 20 años que duraron las obras ⁷. La construcción se alza sobre una planta de cruz latina.

Como todavía está la puerta cerrada me entretengo observando el exterior. La fachada principal es de ladrillo sobre basamento de piedra sillar. Pilastras laterales soportan la cornisa del entablamento, que se remata en frontón con óculo. Corona la fachada una espadaña de vano simple, también con frontón triangular y alerones. La puerta de acceso repite el esquema de la fachada y además se adorna con un friso de cerámica y una hornacina que alberga una talla barroca de santa Bárbara. Cuando abren, accedo al interior por debajo del coro. Este primer espacio tiene bóveda de medio cañón rebajado con lunetos. Sobre él hay un diminuto coro con tribunas laterales. El barroco y el rococó del siglo XVIII me invaden y penetran por los cinco sentidos, pero observo que hay unidad y armonía en el conjunto. La nave tiene tres tramos con amplio crucero y cabecera recta. Pilastras toscanas y cornisas molduradas sustentan una bóveda de medio cañón con lunetos y fajones. El tramo central del crucero se recubre con media esfera de fajas radiales sobre pechinas. Una mampara fija de balaustres de madera impide una mayor penetración al interior, pero no la visibilidad y contemplación del conjunto. Esta valla que imposibilita un mayor acceso es seguramente el tributo que tienen que pagar los devotos de la Virgen, tras alguna profanación cometida por gente desalmada.

Las pinturas son realmente espectaculares. Hay que contrastar las escenas realizadas en marcos complejísimos con las dimensiones reales de la ermita, francamente pequeñas. En la cabecera predomina la Asunción de la Virgen entre símbolos marianos. Por las paredes

laterales se desarrollan sucesos de las vidas de los santos, bajo simuladas arcadas y pintados cortinones. Lo que resulta sobremanera espectacular es la cúpula con la plasmación pictórica de las siguientes escenas bíblicas: la coronación de la Virgen, Cristo entregando las llaves a san Pedro, Jesús tentado por el demonio, Abraham ofreciendo en sacrificio a Isaac, el sueño de la escala de Jacob, Josué y Caleb transportando las uvas gigantes de la tierra prometida, san Juan bautizando a Jesús en el río Jordán y, finalmente, la samaritana dando de beber al Maestro. Por encima de esta amalgama escénica, todavía hay muchas otras representaciones paisajísticas y de bienaventurados. Pero no termina aquí la nómina de las pinturas. En las bóvedas y lunetos de ambos brazos del crucero continúan enlazándose escenas bíblicas, que resultan difíciles de interpretar y, sobre todo, prolijas de describir, sobre todo a la distancia donde me encuentro. Si las pinturas son rococó, los retablos no se quedan atrás. Del mayor resalta la talla de la Virgen con el Niño en brazos, ambos de robusta anatomía. La imagen y el camarín donde está alojada son del siglo XVII. En las paredes laterales, cuatro retablos pequeños, también de factura rococó, albergan a santos populares en Navarra ⁸.

Permanezco dentro de la ermita hasta las siete de la tarde. Cuando suena la campana de la espadaña, su sonido es un adiós para mí, después de haber continuado dos horas en descansada contemplación. Cuantos venimos a gozar aquí visitando a la Virgen del Soto, tendríamos que rezar una oración por el devoto anónimo que, según dice una lápida, sufragó la espléndida restauración de este entrañable paraje mariano. Yo así lo hago y antes de marcharme definitivamente, sentado en el jardín de la ermita, escribo estos versos de despedida.

A la Virgen del Soto

Es robusta y morena
esta Virgen del Soto.
Es hermosa y pintada
en su talla barroca.
Es sedente en espera
la escultura mariana,
con el Niño en sus brazos
reposando en el halda.

Hoy llego peregrino
con recuerdos de infancia.
Hoy arribo andariego
con adultas plegarias.
Hoy me acojo rendido
a una doble protección:
la sombra de la ermita
y el cobijo de su amor.

Esta casa de ladrillo
luce jardines de fronda,
cercano murmura el río
y carreteras le rondan.
Aquí acuden los romeros
y los devotos de fuera,
vienen los de Caparroso
a ver su Madre ribera.

6. Santa Fe de Caparroso

Remonto el repecho encosterado de las calles de Caparroso que suben hasta la parroquia de santa Fe. Todo el casco antiguo de esta villa, de trazo irregular, asciende por la ladera, adaptándose a las curvas de nivel del terreno. El buen hacer de la repriminación del lugar ha dejado una plazuela detrás de esta iglesia para el goce visual restringido del valle del Aragón. Porque quien suba a la otra santa Fe, en lo alto, que desde aquí parece al alcance de la mano, disfrutará de una completa y esplendorosa visión. Yo me animo y empiezo la ascensión. A mi derecha, en picado, veo correr al río y siento el palpito de sus aguas que discurren profundas. Reina la calma de las últimas horas de un domingo de primavera sobre prolongados remansos, sotos verdeantes y la campiña entera. La gente pasa la tarde en los chopales. Hasta aquí llega el eco alborozado de la muchachada y el rumor tenue de diálogos adultos. A lo lejos, en lontananza de brumas, hacia el suroeste, se divisa Peralta: la Atalaya sobre el Campanar, el Campanar sobre el puente, el puente sobre el Arga, el Arga sobre el cascajar. Todo en un solo plano vertical.

Una vez he llegado a la santa Fe de arriba, me estremezco ante las ruinas de la antigua parroquia de Caparroso. No dejan de ser exponente del abandono y la desidia de los hombres y, en este caso también, del expolio sacrílego del entorno. Vendrá el momento de la reconstrucción porque están salvables todavía sus potentes muros de sillería, reforzados por abundantes contrafuertes prismáticos. Que existan otros monumentos por restaurar en el catálogo artístico de Navarra, no justifica el olvido de esta pequeña joya gótica del siglo XIV. La robustez de sus paredes contrasta con la delicadeza del labrado de las hojas y de las cebezuelas de los capiteles. Los resaltes geométricos de las arquivoltas del pórtico combinan con los trilóbulos de arcos y ventanales. Accedo al interior de la ruina por una portada ligeramente apuntada. Tiene seis arquivoltas formando bocina, que se apoyan en capiteles corridos desarrollados en pámpanos. Coronan estos capiteles columnillas adosadas sobre basas y pedestales muy deteriorados.

Se mantiene enhiesta todavía la fábrica completa de sus muros perimetrales, que cierran una nave única terminada en cabecera pentagonal. Desgraciadamente solo se conserva la cubierta gallonada de la cabecera, los nervios moldurados de la bóveda de crucería del tramo anterior a la misma y los dos de las capillas laterales que hacen de crucero. La torre, de piedra sillar en el tercio inferior y de ladrillo en los dos restantes, es del siglo XVI. En el superior están ubicados los vanos para las campanas, pero sin su presencia resonante. El recinto tiene un cementerio anejo de forma trapezoidal. Comunica con la nave de la iglesia a través de una puerta con arco de medio punto. Hay una capilla funeraria de estilo neoclásico, muy deteriorada y profanada ⁹. Al salir de las ruinas me encuentro frente a una llanura elevada de colores terrosos y grises, formada por una prolongada erosión, antesala de las cercanas. Al llegar, impresionado por las ruinas, no había reparado en ella. Parece un paisaje lunar. Su peculiar belleza es producida precisamente por su austeridad, acorde con el abandono global del conjunto.

Al abandonar santa Fe de arriba, quiero ver también santa Fe en la ladera, la actual iglesia parroquial, pero está cerrada. Ni siquiera un resquicio me permite atisbar su interior. Son más de las ocho de la tarde. Pregunto en la casa cural si pueden abrirme la puerta para visitarla, pero no me dan facilidades. Por las trazas externas, que me agradan, colijo la riqueza interior. Fue construida bien avanzada la segunda mitad del siglo XVI, cuando descendió el caserío desde lo alto. Curioso movimiento el de las casas de Caparroso. Nacido el pueblo junto al castillo a las orillas del Aragón, fue subiendo a

causa de las riadas buscando mejor defensa hasta llegar arriba del todo en el monte, donde ya estaba en el siglo XIV. Y poco a poco reemprendió la bajada, que ahora prosigue extendiéndose de nuevo por el llano ¹⁰.

Se está bien en la placita del mirador y enhebro conversación con un viejo del lugar que está enterado de las características del pueblo, que luego compruebo en la bibliografía. El territorio municipal tiene una extensión aproximada de 81 kilómetros cuadrados. En el último censo poco le faltó para alcanzar los 2.500 habitantes. Hacia el sureste entra en contacto con las Bardenas. Como en los pueblos colindantes, el paisaje alterna las alturas con margas, yesos y areniscas, donde abundan los barrancos, con las llanuras de aluvial, surcadas por numerosas acequias de riego ¹¹. Predominan los campos de secano sobre los de regadío. Basa su economía en la agricultura y la ganadería: cereales, vid, maíz, forrajes y hortalizas por una parte, y ganado ovino, bovino y de cerda por la otra. Su historia corre pareja a la de los pueblos del contorno. No hace mucho tiempo se han localizado en sus tierras yacimientos del Neolítico y de la Edad del Bronce ¹².

Si en el siglo XVI fue preciso construir la parroquia de santa fe de abajo. En el XX ha sido necesario edificar la iglesia de Cristo Rey en el llano, que puedo visitar. Lo más representativo de ella es que conserva una talla románica de Jesús en la cruz, que originariamente estaba en la iglesia alta. Es un Cristo de los llamados Majestad. Los brazos se tienden en perpendicular al tronco, luciendo unas costillas bien marcadas, aunque imperfectas anatómicamente. Cuatro clavos sustentan sus pies y manos. La cabeza la inclina hacia la derecha. Tiene barba y la boca aparece entreabierta. Debajo de la corona real una larga cabellera desciende hasta los hombros. Finalmente, un largo paño tapa la desnudez del abdomen, cayendo en abundantes pliegues sobre las piernas.

Junto al Aragón

Los sotos verdean
por Pascua Florida,
el mes es abril.
A Santa María
del Soto le rezo
en barroca ermita,
y en pétrea espadaña
los pájaros trinan.
Caparroso en alto
es iglesia en ruinas.
Del pueblo en ladera
la iglesia es gótica.
Caparroso en llano
levanta otra iglesia
a Cristo Majestad,
factura románica.

Por la carretera
los coches transitan.
Junto al Aragón
oigo como gritan
los mozos y mozas,

y se desgañitan
mayores y chicos,
¡buena compañía!.
Juegos y merienda:
es caparrosina
la tarde feliz
en algarabía.
Dos puentes, dos ríos,
y en el soto ermita:
para un solo pueblo
cuatro iglesias fijas.

NOTAS:

1. Altadill, J. *Geografía General del País Vasco-Navarro*, II, pág. 560.
2. Martínez San Celedonio, F. M. *Historia documentada de Azagra*, 1982, págs. 347-359.
3. Martínez San Celedonio, F. M. *Historia de San Adrián de Palmas*, 1982.
4. *Enciclopedia Histórico-Geográfica de Navarra*, IV, págs. 138-143.
5. Altadill, J., *ibíd.*, IV, págs. 644 y 655.
6. Su coste ascendió a 600.000 pesetas.
7. *Catálogo Monumental de Navarra*, III, *Merindad de Olite*, pág. 74.
8. López Sellés, T. *Contribución a un catálogo de ermitas de Navarra. Merindad de Tafalla*, 1974, págs. 403-494.
9. Uranga Galdienao, J. E, e Iñíguez Almech, F. *Arte medieval navarro*, III, pág. 225. - *Catálogo Monumental de Navarra*, III, *Merindad de Olite*, págs. 70-73.
10. Altadill, J., *ibíd.*, X. En la página 709 escribe: *El casco urbano de Caparrosos en un principio cubría una amplia llanura que queda a orillas del Aragón. El peligro de filtraciones y riadas hizo que la población se trasladase a la colina inmediata, en cuyas faldas se localiza el casco antiguo de la villa. A mediados del siglo XX se han poblado las partes bajas donde hoy se encuentra la zona neurálgica y más habitada.*
11. Floristán Samames, A. *Itinerarios por Navarra. Zona Media y Ribera*, Pamplona, 1978, pág. 42 y ss.
12. Beguiristáin, M. A. *Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad de Bronce en el Valle del Ebro. Trabajos de Arqueología Navarra 3*, pág. 96.



22. Plaza de Azagra. Al fondo la parroquia de El Salvador.



23. Imagen románica de la Virgen del Olmo, patrona de Azagra.



24. Ruinas de la iglesia de santa Fe en lo alto de Caparroso.

CAPÍTULO XXI: CERRANDO EL HORIZONTE: ANDOSILLA Y VILLAGRANCA

1. Los palacios barrocos de Andosilla

En Peralta se dice, a tenor de la copla, que los de Andosilla usan constantemente los diminutivos: *Azagra es el pueblo de los Tarras, / y Andosilla de los Tarrillos, / pues a las ollas siempre llaman / cazuelilla y pucherillo*. En mi visita a este pueblo he llegado a dudar de la veracidad de lo que se afirma.

El casco urbano de Andosilla tiene dos zonas: la villa o parte alta, recostada en la ladera, y la parte baja, extendida a ambos lados del puente sobre el Ega. El río se despide aquí de su recorrido por los pueblos y lugares de La Solana. Aún le quedan cinco kilómetros antes de rendirse al padre Ebro, avenando sin testigos el llano aluvial. Andosilla pertenece a la merindad de Estella. Es limítrofe con Peralta, Lerín, San Adrián, Cárcar y Sartaguda.

Se embellece la villa con edificios señoriales que ilustran su historia. En la calle del Sol está el ayuntamiento, un viejo caserón con escudo de alabastro del siglo XVIII. Pronto será trasladado a una construcción más funcional. Anejo a él, una casa del siglo XVII con tres cuerpos de ladrillo y un ático. Su blasón rococó, también de alabastro, ostenta las armas de la familia López Baylo, que tiene descendientes en Peralta.

Abundan además los edificios barrocos con hiladas de ladrillo en rimeros iguales de un amarillo viejo. Muchos rematan en galerías de arquillos enviserados por amplios aleros de madera. En la plaza Vieja dos blasones neoclásicos adornan en rectángulo una misma fachada. El primero repite las armas de López Baylo, el segundo las de la familia Salvador.

La calle Nueva, de trazado irregular y quebrado, bordea la roca sobre la que se levanta la iglesia parroquial. En su recorrido destacan dos edificios barrocos del XVII con estructura clásica de tres cuerpos de ladrillo y un ático de arquillos dobles de medio punto con visera de madera tallada. Por la escalinata del Canalizo se llega a la calle del Torreón, en la parte más alta del pueblo. Se alza aquí un palacio el siglo XVII con retoques del XVIII. Tiene dos cuerpos más un altillo, rematado en una cornisa curva de ladrillo con alero de madera. Su escudo rococó ostenta las armas de los Díaz, que "trae de gules y cruz de oro cargada de cinco lobos de sable". Tiene mutilada la fachada y su disposición interna, que antaño contaba con patio de armas. Además estaba exento por sus cuatro costados. Hoy se encuentra encajonado entre casas por sus dos lados laterales. Además presenta un reciente engrandecimiento de sus vanos que rompe y afea el conjunto.

En la calle de san Francisco Javier numerosas casas de ladrillo del siglo XVII han sido retocadas posteriormente. En una de ellas vuelven a aparecer las armas de López Baylo. Hay otra de ladrillo sobre basamento sillar con blasón rococó de alabastro, águila bicéfala y las armas de los Ordóñez. Una tercera repite el escudo de esta última ¹. Algunas de estas casas han sido adquiridas por familias vascas como residencia de verano, lo cual ha propiciado su regeneración.

En los últimos pisos de muchas viviendas cuelgan originales tendederos de ropa en balcones y ventanas, dotados de veletas giratorias que aceleran el secado de las prendas.

Dominando el acantilado sobre el arrabal, los restos de un castillo que dicen romano, y otras ruinosas construcciones con numerosos fragmentos de cerámica a poco que escarbes. Frente a las casas altas de la calle del Torreón, el mirador natural se abre al tajo rocoso sobre el Ega, que deja ver desde la altura un casco viejo apretado sin mucho orden por la ladera. Como contraste, recientes construcciones de teja roja a ambas partes del puente y una urbanización de casas nuevas pegadas al campo. Algo apartada, se adivina Resa, antiguo poblado de resonancias defensivas contra el moro, hoy lugar desolado de frondoso soto. Cuando en Andosilla se oyen campanas, no siempre son las del pueblo. Los tañidos de Cárcar cubren veloces los escasos tres kilómetros que lo separan y resuenan como propios en el farallón de su Peña.

2. La Virgen de la Cerca

Por la calle de la Virgen se llega al enclave de la Cerca, debajo mismo del torreón. Aquí estuvo durante siglos la basílica de la patrona, la Virgen de la Cerca, restaurada en 1951 y, sin embargo, demolida en 1975, al igual que las casas adosadas al monte, por los continuos desprendimientos de la roca, minada por la humedad de la lluvia.

La talla, de finales del siglo XIII, fue restaurada en 1944, recuperando su primitivo estado de madera policromada. Es una imagen sedente sobre escabel, que tiene al Niño en la rodilla izquierda. Mientras el Hijo está en actitud de bendecir, la Madre sostiene en su mano derecha una manzana dorada. La estatua mide escasamente un metro. Hoy se la venera en un retablo lateral de la parroquia. Por eso se ha perdido el tradicional traslado del domingo anterior al 8 de septiembre, cuando el pueblo enfervorizado llegaba en procesión hasta la ermita de la Cerca, para llevar desde aquí a la parroquia la imagen de la patrona, donde permanecía durante todas las fiestas. Víctor Manuel Arbeloa, cantor de las peculiaridades de los pueblos de Navarra, compuso este poema que tituló "Sube la Virgen del Olmo" ². Por su similitud con el traslado de la Virgen de la Cerca, bien pudiera figurar aquí como si de ella se tratara. Con cambiar Olmo por Cerca y Azagra por Andosilla, el trueque está servido aun a costa de la rima.

*Sube la Virgen del Olmo
hacia su ermita de Azagra
en su trono de gladiolos
de sándalo y albahaca.
Sube a hombros de los "quintos"
y las "reinas" son su guardia.
Todas las autoridades
lentamente le acompañan.
La bajaron a las fiestas
y vuelve a su vida diaria.
Al bajar, era bullicio,
le aplaudían, le cantaban.*

*Al subir está la gente
silenciosa, recatada.
Sube la Virgen del Olmo
cuando los olmos se abrasan
en los caminos de polvo
y la enfermedad los mata...
En los balcones, banderas,
bordados y sobrecamas.
Nos revuelve los recuerdos
la música de la banda.
Sube la Virgen. Los ojos
fijos y claros de gracia,
con el Niño en la rodilla,
Andra Mari repintada.
Sobre la Peña, la sombra
del castillo de vanguardia,
y las sombras de los muertos
de cuando el yeso saltaba
con su rugido de sangre
sobre las calles y plazas.
sobre las casas ahora
van saltando las campanas.
Sube la Virgen. La noche
huele a gozo de albahaca.
Sale la luna de fiesta,
sale la luna a mirarla.
El himno de la Patrona:
hay unos ojos con lágrimas.*

...

*Virgen querida del Olmo,
el pueblo te sube y baja,
el pueblo te lleva y trae,
el pueblo te quiere y guarda.
Hija y Madre de este pueblo,
Virgen del Pueblo de Azagra.*

Las notas del viejo órgano parroquial resucitan en este día la salve y la misa a la patrona, compuestas por el músico Hilarión Eslava, inspirado compositor andosillano de merecida fama y recordada memoria.

El domingo primero de agosto todavía se celebra el Domingo de la Corona, por un juramento secular de los antepasados de la villa. Con gozoso anacronismo se tiran por la calle peladillas y caramelos a la chiquillería, festejando el bautizo del Niño de la Virgen de la Cerca. Los hijos de la villa no se resignan a que su patrona se quede para siempre sin basílica, confinada en un retablo de la parroquia. La esperanza de ver algún día repristinado el rincón de La Cerca, libre ya del peligro de desprendimiento, está en el corazón ferviente del pueblo. No es pedir sino lo que canta la copla: *Andosilla es una concha / que guarda una hermosa perla, / y esa perla representa / a la Virgen de la Cerca.*

3. La parroquia de san Julián y santa Basilisa

Como los antiguos festeros, yo también subo desde el lugar de la Cerca a la iglesia parroquial. Una vez arriba, no me parece tan esbelta como desde abajo. Aprecio que el promontorio calcáreo, cortado a pico en cuyo borde se levanta el templo, lo realza panorámicamente. Aprieta el calor y entro en el interior, después de saludar a unos abuelos que se encuentran sentados a la sombra del atrio. La puerta principal se abre al lado derecho, en el segundo tramo de la nave. Es un sencillo arco rebajado dentro de un amplio pórtico de ladrillo con dos cuerpos, de construcción algo posterior al conjunto. Tiene una ornamentación barroca, típica en las iglesias de la Ribera alta. Los antepechos del atrio ofrecen unos dibujos parecidos a los geométricos del Campanar de Peralta. Es influencia clara del mudéjar aragonés.

Visito la iglesia en circunstancias especiales. Un incendio fortuito ha calcinado recientemente gran parte de la casa parroquial y la totalidad de la sacristía, chamuscando las paredes del ábside y el monumental retablo mayor. El párroco se ha lanzado de inmediato a la restauración, por eso encuentro la iglesia recién pintada. Anda el cura entre escaleras y andamios comprobando el efecto de la orientación de los altavoces. El domingo anterior a la Virgen de Agosto, en el tradicional Domingo de la Corona vendrá el arzobispo para inaugurar esta repristinación, al tiempo que para confirmar a sus jóvenes diocesanos de Andosilla. Los 2.500 habitantes del pueblo han pechado con los gastos, cuando hacía poco tiempo también lo habían hecho con la consolidación de la fábrica total de la parroquia: bóvedas, cubiertas, cupulín y el remate de la torre.

Me comentan que hace unos años, antes de iniciarse las obras de consolidación, se pensó en la alternativa de abandonar esta iglesia y construir otra de nueva planta más cerca del centro actual del pueblo. ¡Menos mal que no se dio cuerda a tal proyecto! Con la desaparición de la basílica de la Virgen y de las antiguas ermitas de la santa Cruz y san Batolomé, Andosilla tiene cubierto el cupo de demoliciones sacras.

La verdad es que resulta incómodo el acceso hasta la parroquia de San Julián y Santa Basilisa, esposos mártires romanos. Antiguamente la iglesia dominaba el caserío del pueblo, cobijado en pequeño radio a sus pies. Pero hoy, al construir las casas cada vez más abajo, el desnivel resulta acusado y el esfuerzo físico de la subida considerable. Pero de momento en Andosilla la fe y el amor a sus santos han podido más que la comodidad. Contemplándola detenidamente se disfruta con este tipo de iglesia gótico-renacentista, repetido en la zona: Azagra, San Adrián, Funes, la derruida de Peralta...

Construida esta de Andosilla entre finales del siglo XV y principios del XVI, presenta en planta una nave única de tres tramos con crucero de escasa profundidad. La nave, amplia y esbelta, mezcla los arcos apuntados con los de medio punto. En ambos lucen molduras góticas, no en vano se construyeron en plena transición cuando se permitía mezclar técnicas constructivas y elementos decorativos de varios estilos arquitectónicos. Tres capillas laterales comunicadas entre sí a modo de nave lateral, se abren a la izquierda entre los contrafuertes. A mi entender afean el conjunto.

El coro alto se construyó a los pies de la iglesia en la segunda mitad del XVIII. Está sostenido por bellas columnas con capiteles corintios. Soportan el entablamento por medio de arcos rectilíneos. Los quince siales de la sillería son de factura apreciable, Aparecen colocados en forma de arco cerrado para una mejor participación coral. El remate de cada sial, a base de cornucopias pintadas y de otras exuberancias rocallescas de dudoso gusto, desmerece del conjunto. Bajo un arco lateral del coro se asienta un

órgano neoclásico de finales del XVIII, bien conservado en apariencia, porque lo veo de lejos.

Un ábside poligonal de cinco paños cierra la cabecera. En él apean los nervios que desde las bóvedas descargan el empuje de la cubierta hasta los contrafuertes exteriores, hoy ocultos por las edificaciones posteriores de la casa parroquial. Hubiese sido una excelente ocasión aprovechar la ruina provocada por el incendio en esta parte para dejar exento el exterior del ábside.

Sentado en medio de la nave de la iglesia leo algunos datos inciertos y contradictorios sobre el origen de Andosilla, que la relacionan con la *Andelas* citada por el historiador romano Ptolomeo, y con la *Andola* de los visigodos. Pero hago mayor caso a la crítica histórica que tiende a retrasar los orígenes de la villa a la Edad Media. Se sabe que el rey navarro-aragonés Alfonso el Batallador ganó esta fortaleza a los musulmanes. Y en el año 1210 Sancho el Fuerte le concedió una serie de fueros y privilegios. En 1379 los castellanos, en lucha contra los navarros, tomaron el pueblo haciendo pasar a sus moradores años de penuria, miseria y mortandad. El rey Carlos III permutó a perpetuidad esta villa, su castillo y pechas con mosén Pierres de Peralta, que le entregó a cambio la de Berbinzana. A partir de 1595, cuando Andosilla contaba con 66 vecinos cristianos y 11 judíos, entró a formar parte del condado de Lerín ³.

Después de anotarme estos datos, me dispongo a admirar el retablo, todavía a medio limpiar de la chamusquina padecida en el reciente incendio, una pieza romanista monumental, que consta de tres calles, dos entrecalles, banco, dos cuerpos y ático. Es obra de finales del XVI y principios del XVII del artista estellés Bernabé Imberto, de familia imaginera. Tiene una correcta traza y una bondad innegable, igual que sus relieves y esculturas. La policromía, algo posterior, data de 1640 ⁵. Lo están limpiando a base de fricciones de alcohol. El humo reciente del incendio, el humo viejo de los cirios y el polvo de los siglos se van quedando en los algodones conforme aparece de nuevo el colorido original. Por resaltar algo, aunque todo el retablo merece resaltarse, destaco las tallas de san Julián y su esposa en la hornacina geminada del centro. El primero va vestido anacrónicamente de diácono y la santa de abadesa, ambos portan báculo y palma de martirio. Los otros retablos e imágenes, también apreciables, se quedan en mis notas por aquello de la virtud de la brevedad ⁴.

Al abandonar la iglesia observo cómo su maciza torre de ladrillo domina completamente los tejados de las casas del pueblo. Se construyó a finales del XVI y su volumen exento se adhiere al exterior del pie del templo. Se compone de un enorme fuste cúbico, dividido en cuatro cuerpos separados por molduras longitudinales y paralelas a idéntica distancia. Superpuesto al fuste, se levanta un esbelto cuerpo poligonal de ocho lados con otros tantos vanos de medio punto coronados por óculos ciegos. De cuatro de estos arcos penden otras tantas campanas. Se remata con una cúpula ochavada y un cupulín de forma poligonal poco acusada con ocho arquitos cegados de medio punto.

Me marchó de Andosilla cruzando de nuevo el pueblo hasta tomar, a la altura del cementerio, la carretera a Peralta, que es un viejo camino de herradura ahora asfaltado. Desde el alto, la visión del tramo octogonal de la torre de Andosilla rompiéndose sobre un fondo desdibujado del caserío de Cárcar, es una bella imagen que perdurará en mi retina. Después, los primeros kilómetros del camino se hacen monótonos a causa del paisaje parduzco y la soledad que acompaña en la hora de la siesta a los campos de secano. Los cereales están segados de la media cosechica de este año –según los labradores siempre descontentos–, que a buen seguro habrá sido cosechica entera.

Cuando la carretera se despega del término andosillano y entra en el de Peralta, discurre entre lomas con almendros, vid y esparragueras. También entre extensas tierras comunales improductivas, bosquillos de pino carrasco y calveros diseminados aquí y allá. En el término de La Portilla paso de largo por el cruce que lleva a San Adrián. El sol se va haciendo por momentos más justiciero, y los tramos de la carretera más rectos. Este secarral tiene casi la grandeza del desierto. En pocos minutos he llegado de nuevo a Peralta en mitad de una calma chicha.

4. La antigua Alesves

A pesar de la cercanía de Villafranca con Peralta, nunca había estado en este pueblo, que de adolescente había divisado tantas veces desde la estación del ferrocarril camino de Zaragoza. Entro en la villa por el paseo de Vadillo. La riqueza arquitectónica de sus alrededores, unida al paisaje de la huerta que desde aquí se divisa, hacen de este paraje urbano uno de los enclaves más admirados de Navarra. Me recreo con lo que se me ofrece a la vista desde este mirador. Diviso a lo lejos al río Aragón, a punto de recrecerse con los caudales del Arga, y como telón de fondo el farallón de Peñalén.

Villafranca tiene más de 46 kilómetros cuadrados, distribuidos en el llano, que abarca los terrenos y terrazas inferiores de los ríos, y en el alto, surcado por cárcavas y barranqueras, donde alternan las margas con los yesos, en contacto ya con las Bardenas. El río Aragón conforma el límite por el norte y el oeste, con amplios meandros, como si con ellos quisiera retener un poco más su independencia, a punto de perderla junto al Arga. El encauzamiento de los últimos años ha dejado sin vida y sin sentido estos meandros.

La población no alcanza los 3.000 habitantes. Su economía pertenece al sector primario. El sector industrial empezó a florecer también hace unos años, sobre la base del anterior. Predominan los cultivos de regadío: cereales, maíz y hortalizas; en el seco se recoge vid y cebollas.

Las primeras noticias documentadas de Alesves datan del siglo VIII. No hace muchos años la institución Príncipe de Viana fue avisada del hallazgo de un mosaico romano en una zona del término municipal, donde anteriormente ya se habían encontrado importantes restos, cerámicas y otros mosaicos de tiempos romanos. Desde siempre se observaba que los cereales crecían pobrementemente en tres pequeños espacios perfectamente delimitados. Excavaron, y debajo mismo aparecieron mosaicos muy bien conservados. El primero es cuadrado y tiene una superficie aproximada de 66 metros cuadrados, confeccionado con teselas negras, blancas, ocre y rojas. El segundo es rectangular y tiene 30 metros cuadrados. Y el tercero, también rectangular, mide 10 metros cuadrados y se trata del suelo de un pasillo doméstico. Los tres datan del siglo IV y están expuestos en el Museo de Navarra ⁵.

Los árabes se apoderaron de Villafranca en el año 842. Alfonso I el Batallador la liberó en 1110. Su nombre primitivo era *Alesves*, topónimo antiguo documentado ya en 1204. Sancho el Sabio le concedió el fuero de Pamplona. Recibió constantes favores de Sancho el Fuerte. Teobaldo I acrecentó su riqueza agrícola, proporcionándole regadíos y molinos. El rey Enrique la aforó en 1271 y Carlos III, en 1416, distinguió a sus moradores con el

título de hidalgos por el gran servicio que hicieron al reino. En el siglo XIV, bandidos bardeneros realizaron incursiones robando ganados y asolando haciendas. Al mismo tiempo, las irrupciones castellanas y las guerras civiles de Agramonteses y Beamonteses contribuyeron al empobrecimiento de la villa. Engrosó el partido de los primeros apoyando a don Juan II, a las órdenes de mosén Pierres de Peralta.

Los hidalgos y vecinos de Alesves se unieron en 1467 para cubrir sin distinción de clases los oficios municipales. Hacia 1529 la villa compró al rey el castillo, el horno y el molino. El año de 1543 obtuvo el privilegio de que sus ganados gozasen del pasto de las Bardenas. En 1630 adquirió de la jurisdicción real los oficios de alcalde, regidores y otros por 3.000 ducados de plata y, finalmente, en 1717 los completó comprando por 11.000 reales la jurisdicción criminal.

En el siglo XIX Zumalacárregui propinó a la villa y a sus habitantes un duro golpe durante la guerra carlista. Los vecinos trataron de defenderse en la iglesia, pero el jefe carlista optó por prenderles fuego, pereciendo en él gran número de villafranqueses. Parte de los que lograron salvarse fueron fusilados posteriormente en un acto que empañó el buen nombre del general carlista ⁷.

5. La iglesia de santa Eufemia

La volumetría del templo parroquial es imponente. Su fábrica es de ladrillo. Un bello apiñamiento de múltiples prismas cúbicos y octogonales se articula horizontal y verticalmente. En la fachada sur se encuentran el pórtico y una esbelta torre barroca, que es el revestimiento de otra anterior. Iglesia y torre son del siglo XVII, pero superpuestas a las construcciones góticas del siglo XIV. El enladrillado de la torre se fundamenta en piedra. Tiene tres cuerpos cúbicos separados por cornisas y otro más octogonal, rematado por una balaustrada. Motivos geométricos decoran las superficies, tanto en los basamentos como en los paños superiores. El pórtico también es de ladrillo sobre piedra. Se compone de dos cuerpos: el inferior, que alberga la portada principal de arco apuntado con cinco arquivoltas apeadas en columnillas de capiteles lisos, y el superior, que embellece al conjunto con una galería corrida. En la fachada norte hay un pórtico secundario con arco de medio punto.

Hoy es Viernes Santo y el interior de la parroquia anda un poco revuelto. El cura, tres mozos y varios monagos ultiman los pasos de la procesión. Una monja reza ante el monumento ya apagado. El interior de la iglesia no impresiona menos que el exterior. Del primer templo se conserva una capilla dedicada a san Ramón Nonato, en el lado de la epístola. Preserva también su planta de cruz latina. Los tres tramos de la nave, el crucero y la cabecera se cubren mediante bóveda de medio cañón con lunetos. Encima del tramo central del crucero monta una cúpula de esquema estrellado, con ventanas de medio punto en los gallones. A los pies de la nave se levanta el coro, ocupando todo un tramo y prolongando su superficie sobre tribunas laterales de madera. El suelo de la iglesia conserva todavía el entarimado primitivo, que encierra sepulturas seculares.

La decoración abunda en yeserías por las pilastras dobles, la cornisa perimetral y la cúpula. Cartelas, follajes, coronamientos florales, veneras, enmarques, bandas curvas y contracurvas surgen por doquier. Las pechinas lucen óvalos con los cuatro evangelistas y

grandes florones policromados. En la media naranja se concentra la decoración. Golpes de hojarasca en las fajas separan los gallones y el anillo circundante. El arco que sustenta el coro y las repisas de las tribunas laterales tienen cardos delicadísimos y abarrocados roleos.

A los lados de la nave sobresalen las capillas de la Veracruz, del Rosario y de san Francisco Javier. En la primera abundan óvalos con los atributos de la Pasión del Señor, complicados capiteles de retorcidos follajes, ensartos de flores, bandas y otros motivos de época. La capilla del Rosario se abre al templo por el brazo del crucero izquierdo, mediante un monumental arco de medio punto ricamente decorado. Tiene planta central en forma de cruz griega de brazos poco profundos y cúpula gallonada de tambor, apeada sobre pechinas. Toda ella es rica en yeserías. Finalmente, la capilla de san Francisco Javier, frente a las anteriores, es de planta elíptica, lo mismo que la cúpula. Por su trazo neoclásico es señal de que se alzó a comienzos del siglo XIX. Algunas capillas se cierran con canceles del siglo XVIII.

También el retablo mayor y su decoración responden al modelo neoclásico. Un doble banco y un único cuerpo de orden gigante con cuatro columnas de fuste liso y capitel compuesto se rematan en un entablamento con frontón triangular. El ático es curvo sobre un alto basamento. Santa Eufemia aparece en el relieve central como titular del templo. En los laterales hay escenas de su martirio. El momento culmen de su sacrificio está representado en una escena superior, en la que aparece coronada por los ángeles. Hay además tallas de san Fermín y san Agustín sobre ménsulas. El ático lo realzan la Asunción y la Coronación de la Virgen, con la Santísima Trinidad y bienaventurados. Las policromías de este retablo imitan mármoles de colores, reservándose el oro para los capiteles y los motivos decorativos. Delante del retablo aparece un expositor exento con un Cristo del siglo XVI.

Los retablos laterales también tienen su mérito y cierto valor artístico. Por el lado del Evangelio se encuentra el neoclásico de la Veracruz, con un Cristo yacente y articulado, las imágenes de candelero de san Juan Evangelista, la Dolorosa y la Verónica, más una talla de tamaño natural de Jesús atado a la columna. El retablo de san Isidro es manierista del siglo XVII, con pinturas de la Última Cena y de santa Catalina. El de san Francisco Javier, que es barroco, enmarca un lienzo del santo navarro predicando a los infieles. Y el de la Virgen de Fátima luce decoración rococó y neoclásica al mismo tiempo. Por el lado de la Epístola está el barroco retablo de san Esteban con escenas de vidas de santos y tallas pequeñas de devoción popular. El de la Virgen del Rosario se acompaña de relieves de santos dominicos, y en el óvalo central, una pequeña talla del siglo XVI de la Virgen con el Niño, además de otras tallas barrocas. En la misma capilla se levantan dos pequeños retablos, uno barroco y otro rococó, que están dedicados a la Virgen del Carmen y a santa Lucía. El de san Ramón es un retablo manierista del XVII con varias pinturas, relieves, talla del titular y ático con calvario. Junto a este, un retablo del siglo XVI, llamado del Cristo, está repintado sin gusto y ofrece varias imágenes de estilo popular.

Dos púlpitos barrocos con aparatosos tornavoces se levantan en sendos machones del crucero, uno a cada lado. El coro da cabida a una sillería de 22 sitaliales con arcos y veneras entre pilastras de capitel compuesto. Un órgano con rebosante decoración entona con el lugar. La sacristía tiene tres dependencias contiguas rectangulares de dimensiones considerables, que se cubren mediante bóveda de medio cañón con lunetos. Una vistosa

cajonería para los valiosos ornamentos que se guardan en ella, un lavabo de jaspe, lienzos, relicarios y tallas enormes enriquecen este recinto ⁸.

6. Paseando por Villafranca

Cuando después de mi incursión por la iglesia, recorro de nuevo el Paseo de Vadillo. Desfundo la cámara fotográfica y me dispongo a realizar un reportaje gráfico de los alrededores. En este momento se me acerca un chaval de unos diez años, que estaba entreteniéndose en solitario con la gravilla que hay en el suelo:

- *¿M'echas una afoto?*
- ¡Cómo no! Ponte ahí delante -le señalo el pretil del mirador-.
- Me llamo Sergio, ¿y tú?
- Yo, Carmelo.
- ¿Qué hacías escribiendo en la iglesia?, que *te visto*.
- Tomaba notas.
- ¿Notas? *¿Pa qué?*
- Para un libro que estoy escribiendo.
- ¿Un libro?
- Sí, sobre estos pueblos.
- ¿Y haces muchas faltas?
- ¿Faltas, dices?
- De bes y uves y eso...
- ¡Ah! Pues no... Bueno, algunas. ¿A ti no te gusta la escuela, verdad?
- ¡Jobar! *¿Cómo l'has notau?*
- Es que... soy maestro.
- ¡Andalá!

Se coloca donde le he dicho con una pose tan formal que da gusto verle. Y *le echo la afoto* que me ha pedido. Después permanece un rato acompañándome agradecido mientras voy realizando los planos fotográficos elegidos. Como Sergio seguía a mi lado con su cháchara, le prometo que, si me deja solo para poder escribir un rato, le citaré en mi libro. Acepta lo que le propongo y se ríe satisfecho, retirándose. Ya desde lejos, oigo como grita con voz de contento a otros chicos: *M'han retratau*. Yo cumplo mi palabra y le cito en este libro transcribiendo el diálogo que mantuvimos. Sergio, después de tantos años transcurridos, ya será todo un buen mozo y quizá un responsable padre de familia.

Al estar cerrado el hostel de la carretera por ser Viernes Santo, hago la comida por puro favor en el bar Alesves de la plaza Consistorial. La verdad es que ha merecido la pena que los dueños me hicieran partícipe de su menú familiar, con una advertencia que les honra:

- Nosotros, hoy comemos de vigilia.
- Y yo les acompañaré muy complacido.

Hacia tiempo que quinientas pesetas no me habían dado tanto juego: ensalada, arroz a la marinera, congrio en salsa verde, huevos rellenos de atún, pan, cerveza, fruta y café.

Después de comer doy una vuelta contemplando el apretado caserío por las estrechas y quebradas callejas de Martínez de Arizala, Carnicerías, las Rosas, la Paja, las Procesiones, Verde y Muro. Las casonas solariegas más suntuosas están en la Plazas

Mayor, Nueva y de los Fueros. Son de los siglos XVI, XVII y XVIII. Responden al típico modelo de la zona: construidas en ladrillo vista amarillo con dos o tres cuerpos más un ático de remate con arquillos abiertos por ventanas. Generalmente terminan con una cornisa en pico antes del tejado, en vez de los acostumbrados aleros de madera. Abundan los blasones de piedra y los balcones volados con rejería.

Una vecina que me ve cómo voy retratando cada escudo, me dice que algunas de estas casonas poseen magnífica escalera de época, suspendida o agallonada, pero no tengo ocasión de verlas por estar las casas cerradas. Arquitectónicamente sobresale el paseo de Vadillo, donde empiezo y termino mi periplo, porque enmarca el pretil del mirador que domina la vega, la parroquia de santa Basilisa, el monumental palacio de Bobadilla construido a caballo de los siglos XVI y XVII, y, finalmente, el convento de los carmelitas con su iglesia de la Virgen del Carmen, que se levantan enfrente de la parroquial. Ambos edificios de ladrillo son de la primera mitad del XVIII, aunque responden a un tipo conventual manierista propio del siglo anterior. La iglesia la terminó el peraltés José Peñalba.

Como el tiempo transcurre rápidamente dedico unos minutos a las iglesias del Portal y del Carmen. La primera se denomina así por haber existido junto a ella una de las puertas de la villa. Su sencilla fábrica de ladrillo es del siglo XVI, remodelada en el XVII. Tiene planta de cruz latina. En el interior luce diversos retablos de varios estilos: barrocos, rococós, manieristas y neoclásicos. El mayor valor se lo llevan dos tallas de la Virgen María: la del Portal que es romanista, y la sedente de la Virgen del Castellar que es sedente y gótica con policromía del siglo XVIII. Dejo para otra ocasión visitar la iglesia del Carmen, porque hoy la encuentro cerrada. En las afueras del pueblo, junto a la carretera de Cadreita, hay una ermita del siglo XVI, muy retocada con posterioridad. Tiene planta rectangular dividida en cuatro tramos por arcadas de medio punto. Está dedicada a san Pedro.

NOTAS:

1. Otazu Ripa, J. L. *Heráldica Municipal, Merindad de Estella*, TCP, núm. 268. - *Catálogo Monumental de Navarra*, II, *Merindad de Estella*, 1ª parte, págs. 173 y 174.
2. *Por Navarra*, II, Pamplona, 1986, 193 y 194.
3. Martínez San Celedonio. *Historia de la Villa de Andosilla*, 1982, págs. 29-100.
4. García Gainza, M. C. *La escultura romanista en Navarra*, Pamplona, 1969, págs. 248 y 249.
5. Me cuenta al párroco Jesús Labary que valiosas piezas de orfebrería desaparecieron completamente en el incendio: cuatro cálices, dos copones, dos crismas, un ostensorio, una corona de la Virgen; además de otras obras menores como relicarios, portapaces, medallones, incensarios, navetas, cruces, vinajeras, campanillas, carillones, bandejas y ornamentos. Todo quedó fundido por el calor de las llamas.
6. Mezquíriz, M. A. *Hallazgo de mosaicos romanos en Villafranca*, art. en rev. Príncipe de Viana, núm. 124-125, págs. 177 y 178.
7. *Enciclopedia Histórico-Geográfica de Navarra*, II, pág. 386.
8. Un estudio completo con grabados, fotografías y láminas se encuentra en *Catálogo Monumental de Navarra*, I, *Merindad de Tudela*, págs. 419-430. - Más minuciosamente todavía y con verdadero alarde fotográfico, María Jesús Lacarra y Dionisio Tobías describen la iglesia parroquial de santa Eufemia en la obra titulada *Historia de Villafranca de Navarra*, de F. M. Martínez San Celedonio, págs. 279-344.



25. Palacio de Bobadilla, en el paseo del Vadillo de Villafranca.

CAPÍTULO XXII: LEYRE: ORACIÓN, PIEDRA, AGUA Y CIELO

1. Llegada al monasterio

Emprendo viaje al monasterio de Leyre tras recorrer el Roncal, el valle más oriental de los Prineos navarros, que conserva de Ustarroz a Garde, pasando por Isaba, Urzainqui, Roncal y Vidangoz, muchas de sus antiguas y patriarcales costumbres. El río Esca, afluente del Aragón y compañero de viaje durante un buen tramo, corre en paralelo a la carretera, alternándose unas veces a la derecha y otras a la izquierda de la misma. Discurre limpio y risueño, como los bosques que lo rodean mostrando sus cien matices diferentes de verde. Río y bosques me miran; de cerca el uno, de más lejos los otros. Los campos de cereales ya cosechados y los árboles que aparecen por doquier mezclan sus olores con el del heno recién dallado. El viaje resulta cómodo y sedante. Tendré que agradecer a este valle alargado, laborioso y campesino, que su estampa de trabajo y tranquilidad me haya adelantado la visión del *ora et labora* del monasterio benedictino al que me dirijo.

A finales de la primavera, pasando por Leyre y el portillo de su sierra, suben hasta el Roncal los corderos de la Ribera buscando pastos frescos, para bajar de nuevo mediado el otoño a pasar el invierno en tierras más cálidas, como ya vimos anteriormente. ¿En qué pueblo de la ruta no hay un lugar que se denomine Cañada Real? Si pernocta el rebaño en un término, se tiene derecho al ordeño de las ovejas y a una cuota en metálico. Hoy el transporte rodado y los piensos compuestos, han alterado en parte estas costumbres ancestrales.

Al salir del estrecho valle del Roncal al ancho del Aragón, me viene el recuerdo de los almadieros gobernando sus plataformas de troncos flotantes. Cuando estudiaba de niño geografía aún se las nombraba en las enciclopedias al tratar la riqueza forestal de Navarra. La presa de Yesa, que se remansa las aguas Aragón a los pies del monte de Leyre, ha imposibilitado la conducción de las almadías por este río ¹. Paso con el coche por Salvatierra de Esca, Sigüés, Escó y Tiermas. En este último pueblo –donde nació el abad de Leyre san Virila–, vuelve la vida a sus calles y casas durante el verano, abandonadas durante años, después que las aguas del pantano anegasen sus campos y sus posibilidades de vida.

La sierra de Leyre, o de Errando como también se la conoce, se asoma a mi derecha y sale al encuentro bajo el azul impecable del cielo, que se refleja en el espejo de las aguas estancadas. La crestería de hayas con su verde juvenil contrasta con el verde más oscuro del pantano. Meses de nieve y de lluvia han ido elaborando en silencio este esplendor que arrebató los ojos del turista. Subir al monasterio es siempre reposo para el espíritu y recreo para los sentidos. Cualquier navarro siente a Leyre, ama a Leyre, sueña con un Leyre floreciente y cuajado de monjes sabios y santos. Es el primer monasterio del reino, aun antes de alborear Navarra como tal reino ².

Quién sabe si amparados en las espesura de estos bosques, o en refugios troglodíticos de la sierra, empezaron la vida de perfección anacoretas vascones, cristianos de san Saturnino y de san Fermín que, con los años, transformaron su espíritu ermitaño por el cenobítico, buscando la luz de esta ladera. Aquí se erigió una iglesia en tiempos carolingios que, al poco, fue sustituida por las arcadas de la cripta y cabecera actuales ³. Tuvo Leyre la emoción de un reducto de fe cristiana frente a la morería. Las huestes agarenas destruyeron la iglesia y el monasterio, pero no su espíritu. Esto sucedió entre los años 995 y 1006. Y para no desairar a la tradición monástica fue también baluarte de una

cultura amenazada. Si no, que se lo pregunten a san Eulogio de Córdoba. En su visita a Leyre en el siglo IX encontró una comunidad observante regida por el abad Fortunio de *varones muy señalados en el temor de Dios* y una biblioteca extraordinaria. Leyre era ya por entonces un floreciente cenobio. Algunas acciones de los reyes de la dinastía arista aquí se iniciaron, llegando a ser el monasterio cuna y corazón del naciente reino pirenaico y panteón de sus primeros monarcas ⁴.

Recordando estos hitos históricos, he recorrido la carretera bordeando el monte bajo del robledal monástico, orillando durante todo el tiempo las aguas tranquilas del embalse hasta llegar a la presa. Después de cruzar el barrio nuevo de Yesa y dejar el caserío originario del pueblo con su vieja parroquia a la izquierda, inicio la subida del repecho de la carretera que, en poco más de cuatro kilómetros, lleva al monasterio. Ya en la muga de los terrenos monásticos con los municipales, se impone una parada para la contemplación del paisaje. A media ladera aparece el alzado de la iglesia abacial entre el ala oeste del monasterio y el palacio real, hoy reconstruido para hospedería. El conjunto que se avista desde aquí tiene varias tonalidades de color, tenues y fuertes a la vez. Por el norte, a mi espalda, el altivo monte Arangoiti, oscuro y ceñudo, inicia la sierra. Tres kilómetros de repechos empinados han quedado atrás por el oeste. Hacia el este y el sur brilla la cinta azul, ancha y alargada, de las aguas represadas.

Desde aquí, a más de 780 metros de altitud, se otea en lejanía la perspectiva de los montes fronteros, y en medio de ellos, el de Sos del Rey Católico a mediodía. Es un nido de piedra histórica en el acontecer aragonés del siglo XV ⁵. Hacia el ocaso, la sierra de Ujué difumina las nieblas con la duda de si es un extremo del cielo o una escala de la tierra. Por el sol naciente, y sobre la Canal de Verdún, el monte Oroel cobija a Jaca, y la mole pétreo de San Juan de la Peña cubre al monasterio homónimo, replica del de Leyre en Aragón.

Poco a poco, como en unos planos cinematográficos encadenados, se van ampliando detalles panorámicos mientras avanza el coche por la llana carretera de la ladera que bordea los terrenos de san Cristóbal, donde hubo un monasterio paralelo de monjas benitas ⁶. Un desvío del trayecto oculta el cementerio monacal, cobijado a los pies de la *Porta Speciosa* de la iglesia abacial, y defiende la clausura monacal de la invasión del turismo. Terminada la subida, la lozanía de unos plataneros alegre y da sombra a la explanada norte, a la vez que contrasta con el arbolado tradicional de encinas y robles.

El suave desnivel del declive del terreno armoniza con las curvadas líneas de los ábsides; la altivez románica de la torre con el juego de los ángulos de la piedra dorada; el oro viejo de la arquería de ladrillo del ático del monasterio con el marrón oscuro del alero aragonés; y el gris crudo de las lajas del tejado de la cabecera de la iglesia con el entreverado de las tejas de los restantes edificios. Todos los colores oscilan del oro al cobre.

La plaza de los ábsides es otro mirador incomparable para completar la primera visión obtenida desde la muga. Contemplando el pantano que lame la ladera del antiguo robledal, los ojos se cuajan de pinos repoblados y de retoños naturales de los robles que fueron roturados para conseguir tierra de labor. Apoyado en la barandilla alargada que cierra esta explanada, se siente a partes iguales el aura secular de la sierra y el frescor más reciente de las aguas embalsadas, que facilitan el recuerdo y la contemplación al visitante cual si de otro san Virila se tratara.

Después de tantos años perdidos, agostadas ya mis raíces últimas y todavía sin plantar renuevos en la arada de mi vida, he querido acercarme a ti, mi viejo y siempre nuevo Leyre, a reseñar ansioso tus semillas. El hielo de mi alma se rompe a tu vista, el viento

amaina a mi llegada, siento que el ruiseñor del contemplativo abad difunde, al verme, sus seculares trinos tanto por fuentes, trochas y cañadas, como por los hayales, robledales y encinares. Leyre eres siempre rítmica salmodia entre las piedras y soplo del espíritu entre llamas. Hoy percibo flamear entre cogullas tu Pentecostés monástico al canto de las Vísperas: *Sea el nombre del Señor alabado, Demos gracias por sus obras, Cantadle un cántico nuevo, Él ha hecho maravillas...* Así te acompañan también mis labios en el rezo de los salmos, mientras los monjes benitos con su canto gregoriano desde el coro siembran, riegan y recolectan para ellos, para mí y para todos los hombres alabanza a Dios, amor, trabajo y paz.

2. Fortaleza de hayas y de robles

Siempre he admirado al poeta navarro Víctor Manuel Arbeloa. Sé que ama a Leyre tanto como yo. En mis estancias en el monasterio he coincidido algunas veces con él. Por eso me complazco en incluir en este apartado unos bellos párrafos suyos que tratan sobre aspectos histórico-artísticos legerenses. Su pluma se expresa mucho mejor que la mía, aunque no tengo más remedio que recortar sus palabras para no alargarme demasiado.

[...] Huyendo de las invasiones musulmanas de los siglos IX y X, reyes y obispos de Pamplona se refugiaron aquí. Durante muchos años y hasta finales del siglo XI el obispo de la sede Navarra fue al mismo tiempo abad de Leyre. Refugio y panteón de los reyes navarros, centro político y religioso del Reino, favorecido con ricas donaciones sobre todo por el rey emperador Sancho el Mayor, a la vera del nuevo camino de peregrinos que por Somport (summus portus) se dirigían a Compostela, Leyre juega un papel precursor y singular en nuestra historia.

Nos lo dicen estas enormes piedras rojas oscuras, esta decoración simple y elemental, estos capiteles toscos madurados de volutas, bulbos, margaritas y florones invertidos, que nos recuerdan a las más antiguas iglesias prerrománicas del norte de España.

Tal vez comenzó estas obras nuestro rey Sancho el Mayor. Lo cierto es que presidió, el año 1057, la solemne inauguración su nieto Sancho el de Peñalén, rodeado de obispos, abades y señores de los obispados, monasterios y lugares cercanos. Y si difícil es adivinar la iglesia anterior del siglo X, tampoco es fácil asegurar qué parte del templo consagró en 1098 el abad Regismundus, en presencia de Pedro Sánchez I y de la flor y nata del monacato por un lado y otro de los Pirineos.

Los reconstructores cistercienses, los “blancos” de las innumerables reyertas posteriores, voltearon una cubierta arriesgada y audaz y echaron al viento de la historia del arte religioso una nave aérea y firme que iba a surcar muchos siglos de existencia. Hoy sigue tan esbelta como antaño, apoyada en el codo del arbotante; la espadaña, aguileña, y las inminentes claves heráldicas, por donde trota el caballo, símbolo del monasterio, con los cascos y la espada. ¡Es tan bello el pequeño desajuste arquitectónico románico-gótico, negro-blanco, indígena-francés! La torre románica, aún con nieve, pone paz y equilibrio y suelta de vez en cuando un manojo de palomas blancas que ahuecan y ablandan el aire duro del invierno.

Llego por fin a la puerta principal o “porta speciosa” alborotada de años, colores y matices dentro del arte de la peregrinación. Cristo y la Virgen, ángeles y santos, pájaros y peces, reptiles y cuadrúpedos, monstruos y mascarones, hombres y mujeres, flores y frutos, matraces y zapatos: el mundo medieval hecho símbolo, lección y aviso. ¡Esos ojos ciegos con luz de siete siglos, y ese abrazo de María a Isabel, descabezadas y tan hermosas con manos y piernas como palmas!

Guerras, saqueos, exclaustraciones, trajeron a Leyre la ruina y la desolación. Pero los Madrazo, los Iturralde y Suit, los caballeros de la Comisión de monumentos, los Oyaga, y tantos otros salvaron a Leyre de la desolación y la ruina. La Diputación Foral se volcó en su ayuda desde que en 1954 puso en manos benedictinas el futuro del monasterio. Hoy Leyre es un sitio digno, bello, laborioso y acogedor [...] ⁷.

Los matices del paisaje que acabo de contemplar desde la plaza de los ábsides, se condensan y subliman en este no menos bello poema que las líneas anteriores del mismo autor. Me relajo declamándolo al viento porque me lo sé de memoria.

A Leyre

*Fortaleza de hayas y de robles,
de la niebla, los vientos y la lluvia,
del silencio de Dios que habla en las cosas,
aquí buscaron techo y consistencia
los obispo y reyes de Pamplona.
Aquí cuajó después
el Reino de Navarra,
nido de libertad que iban buscando,
siguiendo las orillas de los ríos,
los rudos invasores musulmanes.*

*Cerca pasó y a veces se detuvo
el Camino real a Compostela,
por donde vino
la Europa medieval
con el arte francés, el canto llano,
el hambre de perdón, el miedo endémico,
el sueño de unidad y paz perpetua.*

*A ti retorno, Leyre milenario.
Amo tus nieblas, vientos y celliscas.
Miro tus piedras rojas y estaciones.
Me subo al árbol de tus capiteles
donde florece lento
el fruto de la historia.
Me acerco al buitre, al gavián y al águila
por cañadas de ovejas y soldados.
Toco la encina en siglos retorcida.
Sigo los rastros de los jabalíes
que hace diez siglos
se encaramaron en los modillones.
Y si el ensueño borra mi memoria
me sale Fray Virila en un recodo.*

*Amo tus soles fríos y tus nieves.
Me amansa el río en lago adormecido.
Tu luz me borra todas las fronteras.
Me hundo en la altitud de la plegaria
donde el dulce latín se va hasta el cielo
por el remanso azul del gregoriano.*

*Aquí se hace ventarrón y piedra
el silencio de Dios que habla en las cosas,
que habla en los hombres y en sus aventuras
y suena aquí con voz de doce siglos* ⁸.

Junto a mi voz, el eco de los siglos se pierde entre las hayas esbeltas y las hojas aciculadas de los pinos que, subiendo desde Bigüezal por la otra vertiente de la sierra, se asoman al acantilado serrano para hermanarse con las encinas retorcidas y los robles centenarios de la ladera monástica.

3. La cripta y la iglesia abacial

Visito brevemente la cripta por enésima vez. Me la conozco de memoria y la puedo recorrer con los ojos cerrados. No obstante acciono mediante una moneda el dispositivo eléctrico que ilumina por unos minutos esta tosca delicia de un prerrománico exclusivo de Leyre. Accedo a ella por su angosta poterna enmarcada bajo tres arcos de medio punto con grandes dovelas desiguales.

Se edificó no con fines funerarios, como es lo habitual de otras criptas, sino para salvar el desnivel del terreno y edificar sobre ella la base de la cabecera de la iglesia. Fustes cilíndricos de poca altura sostienen unos capiteles gigantes de diferentes formas con decoración muy sencilla a base de temas geométricos y vegetales, proporcionando al conjunto una sensación rara, que da la impresión de peligrar el equilibrio arquitectónico. En estos capiteles se apoyan arcos de medio punto, fajones y formeros.

Inicialmente la cripta iba a tener tres naves, las mismas que la cabecera a la que sustenta, pero el constructor optó por dividir la central en dos, quizá buscando mayor seguridad. Su planta es casi cuadrada con muros de grandes sillares y bóvedas de cañón seguido. A pesar de las cuatro naves solo tiene tres ábsides, que al exterior no se diferencian de los de la cabecera de la iglesia superior, formando con ellos un todo armónico. Paralelo a la cripta, pero sin comunicación con ella, hay un pasadizo por el que los monjes del primitivo monasterio ubicado al norte, salían al exterior. Hoy es una especie de capilla alargada en la que han colocado al fondo la bella efigie del abad san Virila, que vivió en este monasterio entre los años 880 a 930.

Esta es la cripta legerense, que prepara los ojos para la contemplación posterior. Son toscos sus capiteles desiguales con mil años de un románico primitivo, o prerrománico como llaman otros a estas piedras monolíticas, extraídas de la sierra vecina, veteadas con ocres colores y labradas por un doble cincel, el metálico y el de la salmodia. Es la gran sorpresa con que se encuentran turistas y peregrinos después de contemplar los verdes y centenarios hayales, robledos, encinares, pinares y bojedaes de las cercanías. Esta monacal cripta, que compensa el desnivel de la ladera a la hora de construir la iglesia, escuchó las plegarias mozárabes de los primeros monjes navarros, y por navarros hispanos, en los siglos de la edad antigua y del alto medievo. Mientras las aguas, remansadas desde un ayer cercano en el estanque, reflejan el azul añil intenso del cielo que las sobrevuela, se cuele entre los capitales ciclópeos de la cripta, cuando está la puerta abierta, un airaz silbante y pertinaz que me invita a abandonarla.

Ya en la iglesia superior, aparecen dos partes bien diferenciadas: la cabecera con dos tramos, tres ábsides correspondientes a sus naves de muy desigual anchura y cubiertas

con toscas bóvedas de cañón, y la fracción amplia de una sola nave con muros románicos, pero que voltean ya una bella crucería gótica.

Esta iglesia posee seis puertas. Por el lado norte se abre una sencilla y estrecha poterna junto a la cabecera que comunica con la hospedería, otrora palacio real. Hay otra entrada más amplia con fustes, capiteles y arquivoltas prerrománicos, que daba al claustro del primitivo monasterio, hoy desaparecido. Por el sur, también en la cabecera, está la puerta que comunica con la actual sacristía, rasgada en uno de los dos arcosolios que cobijaron durante siglos las arquetas con los restos de los primeros reyes. Ya en la nave, hay una cuarta puerta sin mérito artístico alguno sino todo lo contrario, que rompió el muro sur cuando se construyó el nuevo monasterio y por la que se accede a la regia escalinata de san Bernardo. En ese mismo lado se abre la que da acceso a la actual capilla del Santísimo y de las santas mártires Nunilo y Alodia, patronas secundarias del monasterio. Como era una entrada lateral a la iglesia románica desde el exterior antes de construir el monasterio nuevo, ostenta un crismón en el tímpano, fustes, arquivoltas y capiteles sencillos, al estilo de los que se ven en otras portadas de la ruta jacobea. Finalmente, al oeste, está la *Porta Speciosa*, o Puerta Principal, con su bello parteluz, situada en el hastial a los pies de la iglesia abacial, a la que se accede por una corta escalinata. Como ha quedado descrita más arriba por la bella prosa de Víctor Manuel, evito repetirme. Protege la labra de sus piedras, ya algo estropeada, de la erosión del viento, de la lluvia y de los hielos exteriores, unos breves muros laterales modernos, que sustentan un tejadillo. Al interior de la iglesia, un gran cancel de madera, defiende el ambiente del frío, al tiempo que sustenta los tubos de un moderno órgano.

En mitad del muro de la nave recayente al norte, bajo un arcosolio defendido por verja del siglo XIV, reposan en un severo arcón los restos de los primeros reyes pamploneses. Aquí esperan la resurrección quienes con sus fueros y dádivas consolidaron la vida monacal en san Salvador ⁹.

Una moderna sillería, nada acorde con la severidad de la cabecera, constituye el actual coro monástico que ubica sus sitaliales de madera a los dos lados del altar, entre los arcos divisorios de las naves. Los sitaliales corales de Leyre, durante muchos años recogidos en la iglesia de Santiago de Sangüesa a partir del abandono del monasterio por la desamortización, han vuelto al monasterio, recobrando su uso en la sala capitular de los monjes.

La piedra del altar, añosa de siglos, es monolítica y rectangular. Está sustentada por dos bases pétreas diferentes también muy antiguas. Este conjunto estaba con anterioridad en la cripta. Una moderna imagen pétrea de la Virgen con el Niño en brazos, preside desde un esbelto pedestal el centro del ábside la oración coral de los monjes. Presidencia que debía ostentar una representación del Salvador, que es el titular de la iglesia y del monasterio. La nave está amueblada con bancos corridos para los fieles que, aunque de moderna factura, van acordes con las exigencias artísticas y sobrias del lugar.

Esta cabecera primitiva y la nave de elevada ojiva gótica han acompañado durante siglos comunidades de monjes negros y blancos, benedictinos y cistercienses, hijos del mismo padre san Benito. Teobaldo I (1234-1258) introdujo en el monasterio a los bernardos, sin imaginarse las luchas mantenidas por la posesión del mismo con los benitos durante casi una centuria. Desde 1954, después de más de un siglo de abandono tras la desamortización de Mendizábal, las horas del rezo canónico en Leyre, tan cerca de Dios desde este paraje, son de nuevo un privilegio para Navarra. Muchos subimos a este monte a escuchar el canto monástico, a unirnos a los monjes desde nuestro silencio orante con oídos y labios nuevos. El santo monje Virila, abad histórico del cenobio

legerense, que la leyenda recuerda meditando embelesado con el gorjeo de un pajarillo durante doscientos años en la fuente del bosque cercano, nos enseña que el más allá en la presencia de Dios será un goce eterno, viéndole sin el cómputo que mide la vida temporal mientras estamos desterrados en este mundo.

4. Peralta y Leyre

A principios de la décima centuria el rey Fortún Garcés se retiró a Leyre para terminar sus días como un monje más. Su sucesor, Sancho Garcés I, engrandeció el reino de Pamplona avanzando hacia el Ebro y conquistando varios castillos a ambas orillas de ese río. Entre ellos los de Cárcar, Resa, Funes y Peralta¹⁰.

En el siglo XI Sancho Garcés III, llamado por la historia el Mayor, gran mecenas de Leyre, incrementó considerablemente los bienes del monasterio con molinos, casas y viñas recién ganados a los moros de Nájera, Peralta y Falces, en agradecimiento a san Salvador por las victorias obtenidas. Posteriormente Sancho Garcés IV, el de Peñalén, que consolidó el dominio de las tierras ganadas a los moros, presidió en 1057 la solemne consagración de la iglesia de Leyre en presencia del monarca de Aragón Pedro I, de obispos y abades, como ya ha quedado dicho. Recogido su cuerpo del barranco de Peñalén donde fue despeñado -que por eso se llama desde entonces Barranco del Rey-, dice la tradición que lo subieron a enterrar a Leyre donde estaban sus mayores¹¹.

Pero no solamente los reyes del medievo favorecieron al monasterio de san Salvador, importantes caballeros y damas distinguidas del reino pirenaico acrecentaron con sus donaciones el patrimonio legerense, que llegará a contar con numerosas posesiones¹². A lo largo de los siglos algunos peralteses ascendieron por el valle del Aragón para profesar aquí como monjes. ¡Cuántas cabalgadas de Peralta a Leyre, y viceversa, de monjes y pecheros, defendiendo el tributo de las cosechas, sobre todo en años de escasez, cuando el hambre atenazaba a los labradores; Hubo años en que los labriegos peralteses no podían pagar la pecha de abadengo a su señor, el abad de san Salvador.

A partir del siglo XVII es unánime y constante el interés de los monjes de Leyre por desprenderse de sus posesiones peraltesas. El monasterio ve mermarse el número de los miembros de la comunidad y opta por replegarse en sí mismo, explotando solamente las fincas más próximas. Por eso bien hicieron los mojes bernardos de Leyre del siglo XVIII de permutar los campos peralteses junto al Arga por otros junto a los ríos Irati y Salazar. Se impuso un lógico criterio de rentabilidad para las múltiples posesiones alejadas de Leyre. La escasez del número de monjes y la distancia contaba en ello. En 1766 se vendieron las heredades que poseían en Peralta porque no las podían controlar con la eficacia necesaria. Además los renteros negaban a veces la especie o su precio en dinero. Con el producto de la venta de los campos peralteses compraron otros en los pueblos de Liédena, Lumbier y Salinas, más próximos al monasterio¹³.

El último de los abades perpetuos de Leyre, antes de ser los cargos cuatrienales, fue el cisterciense fray Antonio de Peralta y Mauleón (1414-1652), natural de Corella, profeso de Fitero y de ascendencia peraltesa.

El prohombre peraltés Juan Bautista de Irurzun, que con sus recursos posibilitó la fundación del Seminario Conciliar de Pamplona en el siglo XVIII, tuvo un hermano monje profeso de Leyre, el padre José de Irurzun, también natural de Peralta. A éste y al monasterio encarga Juan Bautista en su testamento que se recen misas por el eterno descanso de su alma¹⁴.

A principios del siglo XIX todavía percibía el monasterio algunas rentas de Peralta en frutos decimales y en dinero ¹⁵. Ojalá que en el siglo XXI se hermanasen de nuevo en lo espiritual, como lo estuvieron antaño en lo material estos dos centenarios lugares de Navarra: Leyre, renacido corazón espiritual del reino y Peralta, antigua baronía de reyes y magnates, cuya vida discurre actualmente con gran pujanza. La villa peraltesa ya ha tomado la iniciativa dedicando una de sus nuevas calles al monasterio legerense.

5. Al Cristo gótico

*—Poema escrito en el otoño de 1997
en este monasterio de mi juventud,
al cabo de más de treinta años—.*

Aquella tarde cálida de verano
-un fuerte airaz silbaba entre las vigas de cemento-,
cuando te hallé en el desván de la iglesia abacial,
de este mi querido monasterio de Leyre.
Cristo mío, de parda y rota efigie,
recubierto estaba de añosos yesos tu cuerpo,
olvidado de todo artificio, sucio y deteriorado.

Tus cabellos y tu rostro pintarrajeados
de desvaídos colores a un tiempo que lívidos,
entre un doliente gesto humano
y una faz de plácida calma.
Apareciste a mis ojos sorprendidos,
roto y desclavado de una cruz de pino,
tirado por el suelo junto al madero carcomido.

Viejo tronco retorcido,
durante más de cien años sagrado y respetado
en las anochecidas frías de otoño
por la hoguera trashumante
de la cañada ribero-roncalesa,
que calentaba el dormitar de los pastores
al rescoldo agradecido de la cripta.

Tras reponerse mis ojos y mi ánimo
de tan sorprendente aparición,
te recogí hecho pedazos
en el halda negra de mi hábito.
Y bajé con permiso tus despojos
a un rincón del claustro bajo
para curar tus maderas al tiempo que adorarlas.

Raspé con el mimo de mis manos
tus costillas e ijadas escuálidas,
te lavé trozo a trozo en la fuente de las Vírgenes,
encolé con pericia de ebanista
tus maltrechos miembros recompuestos,
encerándolos con perfume de cera de abejas
que enjambran colmenas en la sierra de Errando.

Con idéntico amor -yo pensaba-,
dos mil años antes las mujeres de tu Gólgota
embalsamaron, ya muerto, tu cuerpo,
alanceado, masacrado y deshecho,
sobre una losa rosácea de alabastro
y lo besaron entre lágrimas de pena,
antes de introducirlo en un sepulcro de piedra.

Clavé amorosamente tus pies y manos
en los dos tramos originarios del pino,
exponiéndote a la devoción de monjes y peregrinos
en la desnuda pared que da al norte
del multiseccular templo legerense,
pétreo corazón románico-gótico del viejo reino,
cargado de centurias que sobrepasan el milenio.

Así fundí en laborioso quehacer benedictino
el *ora et labora* de mi postulantado.
Hoy, más de treinta años después -casi un éxodo-,
te he reencontrado como por milagro
en el destartado desván de mi alma
entre los escombros de una vida sin sentido.
Pero, ¿quién a quién ha hallado el otro?

Y al tener tus manos a la cruz clavadas,
como las dejé yo tras restaurarte,
han sido otras las manos, que por tu encargo,
han raspado mis yesos de pecado,
y las mil adherencias postizas acumuladas
a la obra primigenia de aquel ingenuo prenovicio,
lustrándome con el barniz indeleble de tu gracia.

Busco en tu perennidad incesable
mi pasado irreversible y mi contingencia futura...
El bautismo, la confirmación, el matrimonio,
penitencias y eucaristías repetidas
han conseguido rescatarme ileso a la vida,
cual nuevo Jonás del vientre de las tinieblas:
de repente he comprendido tu abrazo inesperado.

¿Quién me ha vuelto hablar de amor a Ti,
sino Tú y solamente Tú?
¿Quién me ha resguardado junto a Ti,
sino tú y tu misericordia?
¿Quién ha recorrido vericuetos intrincados,
mil callejones sin salida,
sino tú y tu llamada y búsqueda constantes?

¿Qué ojos han sido los que me perseguían,
y que yo constantemente rehuía,
sino los de tus dulces miradas?
¿Quién está lavando los pintarrajos que hay
entre las laceradas grietas de mi cuerpo
y de mi desasosegada alma,
sino la sangre de tus gloriosas llagas?

¿Quién ha transformado todo mi ser
estando de Ti tan alejado,
sino tu gracia santificante,
mi Cristo gótico de Leyre,
a un tiempo que plácido,
paciente, doliente y dolido?
Por eso te beso hoy, agradecido.

6. Leyre siempre

Al salir de la iglesia abacial me tienta la escalada a la sierra. Inicio la andadura por la carretera abandonada que termina en las canteras. Vale la pena proseguir monte arriba hasta el alto del Portillo. ¡Qué pena que ya no sea tiempo de fresas silvestres! La imaginación popular ha dado nombre a los caprichos que la naturaleza ha forjado aquí en la piedra: Peña mayor, Chimenea, Castillar, Pico del águila, Peña agujereada...

Al bajar de la sierra, y antes de marcharme definitivamente del monasterio, me despido de los monjes, que me invitan a que baje por el camino privado del robledal para ver cómo ha quedado después de haber sido asfaltado. El paisaje cambia por esta ladera roturada de cereales y de pastos. La fachada de los ábsides va disminuyendo su románica grandiosidad dorada conforme mi coche desciende poco a poco hasta el pantano. La *Porta Speciosa*, la que mira a poniente, se convierte entre pinos en el último vestigio del monasterio a mi vista cuando el coche, ya en la carretera general, devora kilómetros camino de Pamplona, mientras voy paladeando con añoranza tantas vivencias tenidas cabe los monásticos muros legerenses.

En el siglo XIX los monjes de Leyre, como tantos otros monjes y monjas de España, fueron expulsados varias veces de su monasterio por leyes laizantes y sectarias, aunque lograron volver de nuevo, hasta que la tristemente célebre Desamortización del ministro Mendizábal, dejará a Leyre huérfano de sus monjes bernardos. Al estar el monasterio en la soledad de la montaña, a varios kilómetros de Yesa, el poblado más cercano, el abandono fue total.

Después del secular esplendor de su vida monástica en el medievo y de una larga decadencia en la edad moderna, acabó siendo una ruina total, casi irrecuperable. Pero se obró un doble milagro: la restauración de sus muros materiales y el resurgimiento de la vida espiritual con nuevos monjes, por obra y gracia de varios prohombres escritores, políticos, periodistas y eclesiásticos. Entre otros propiciaron esta restauración y resurgimiento, directa o indirectamente: Madrazo, Iturralde y Suit, Lacarra, Iñiguez, el conde de Rodezno don Tomás Domínguez Arévalo, los diputados provinciales Marco, Huarte y otros, los dos sacerdotes Oyaga, tío y sobrino, párrocos de Liédena, el obispo Marcelino Olaechea, los abades de Santo Domingo de Silos Isaac Maria Toribios y Pedro Alonso, el abad de Solesmes dom Jean Prou, los tres primeros priores de Leyre Mariano Bravo, Luis María de Lojendio y Pablo Hurtado, el primer abad una vez restaurado por Roma el histórico rango abacial, Augusto Pascual, al que le han sucedido los abades Luis María Pérez y Juan Manuel Apesteguía, éste el primer navarro en el rango abacial después de la restauración.

Cuando se ha conocido el monasterio, uno vuelve a él cuantas veces puede. Leyre es un paraje bello en las cuatro estaciones del año. Hoy Leyre, como en el lejano ayer, es de nuevo solar de oración litúrgica y personal, lugar de laborioso trabajo intelectual y material, fuente de paz, aval de estética, reserva artística y arqueológica, descanso del peregrino jacobeo, amparo para cuantos buscan en su hospedería monástica retiro espiritual y sosiego para el alma. Cuando se ha conocido el monasterio, uno vuelve a él cuantas veces puede. El 26 de mayo de 1996 en un rápido viaje a Leyre, después de muchos años sin acercarme a sus muros, sentí la necesidad de cantar vísperas con los monjes entre los muros de la iglesia abacial tantas veces rezados, aprovechando que el día es largo en esas fechas. De esa tarde son estas líneas:

Después de tantos años perdidos, agostadas ya mis raíces últimas y sin plantar renuevos en la arada de mi alma, he querido acercarme a ti, viejo Leyre querido, a tomar ansioso tus semillas. El hielo de mi corazón se rompe en añicos a tu vista, el viento huracanado amaina a mi llegada, y hasta presiento que el añoso ruiseñor de Virila, al verme llegar, sus seculares trinos irá cantando por fuentes, trochas y cañadas, hayales, robledos y encinares. La rítmica salmodia rebota entre las piedras, el soplo del Espíritu flamea por el aire, se percibe entre cogullas un Pentecostés monástico en el canto de estas Vísperas: “Sea el nombre del Señor alabado”. “Démosle gracias por sus obras”. “Cantemos un cántico nuevo porque Él ha hecho maravillas”... Así acompañan al rezo mis labios con los salmos mientras mis hermanos los monjes benitos siembran, riegan y recogen desde el coro para toda la Iglesia, para ellos mismos, y esta tarde también para mí, paz, alabanza, amor y trabajo con su “ora et labora”.

Seis años después, en otra visita más detenida, esto escribía entre el 13 y el 15 de septiembre del 2002.

Vuelta a Leyre

Con los últimos soles del verano
Vuelvo a este Leyre añorado,
multisecular monasterio
en plena sierra de Errando,
entre bosques centenarios
de pinos, encinas y robles...
Y encuentro aquí, una vez más,
a un abad y treinta monjes

como siempre ocupados
en la orante alabanza.

Leyre es más que una realidad
de naturaleza y de estética
en un enclave milenario
de hechuras románico-góticas:
cielo, tierra, piedra y agua
durante siglos remansados.
Leyre es garantía perenne de paz
para el alma que la busca,
mientras del coro monacal
nacen melismas gregorianos.

La salmodia litúrgica,
sobrevolando las arcadas
de la iglesia abacial
suena a melodía angélica:
es la única y pura verdad
del hombre que va tras ella
debatándose en la duda
—como Virila en la fuente—,
entre el mundo en el que vive
y la eternidad que ansía.

Leyre es un paraje bello en las cuatro estaciones del año. Pero tiene un encanto especial cuando la nieve deja caer sus abundantes copos, aunque esto suponga unos cuantos días de aislamiento del mundo, como ha sucedido más de una vez. Y estando en Leyre en la Navidad del año siguiente, me sorprendió una copiosa nevada.

Blanco concierto

A suave melodía de notas blancas
suena la plácida nieve que cae
entre salmodias benedictinas
y monacales cogullas negras:
es la natural sinfonía del amanecer
en la Navidad siempre nueva
del real cenobio de Leyre.
Sobre las lajas de los ábsides,
en las recuperadas piedras doradas
de la secular torre románica,
junto a los bronces sonoros
—que al Prior gusta tañer—,
y por la grácil espadaña
caen copos cantándole nanas
al niño Dios que al alba nace.

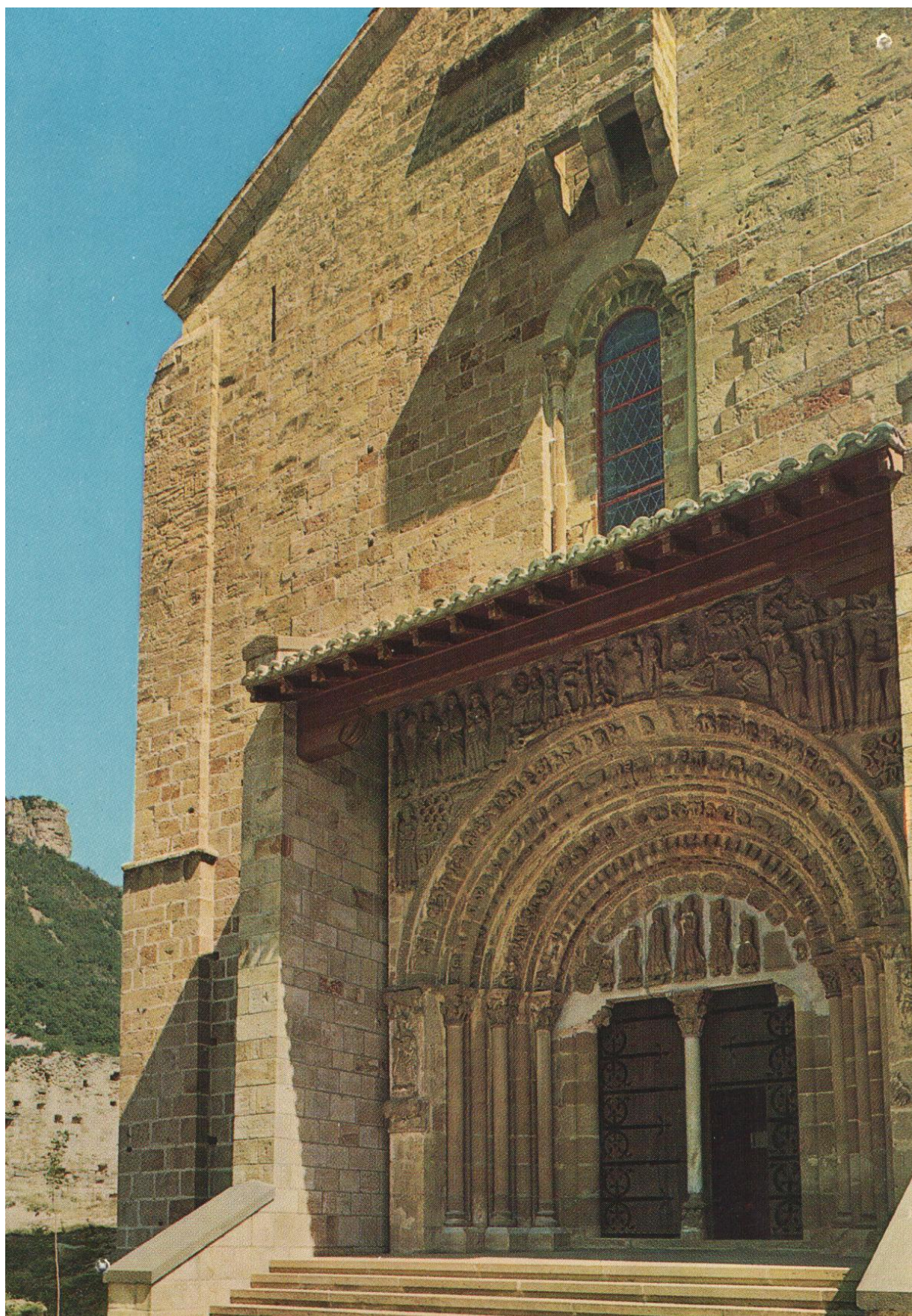
Neumas, tropos y melismas,
Laudes matutinas gregorianas
resuenan en las pétreas ojivas
de la esbelta nave abacial,
y compensa al frío de la iglesia
el fervor matinal de esta liturgia.
El talud del bosque en la ladera
con bojés, robles y encinares,
la cima prolongada de Errando
con pinos y hayedos seculares,
el cristal estancado del pantano
con reflejos de cielos pirenaicos,
mutan por un hábito níveo,
el verdor de sus hojas perennes
ateridas por este sayal cándido.

NOTAS:

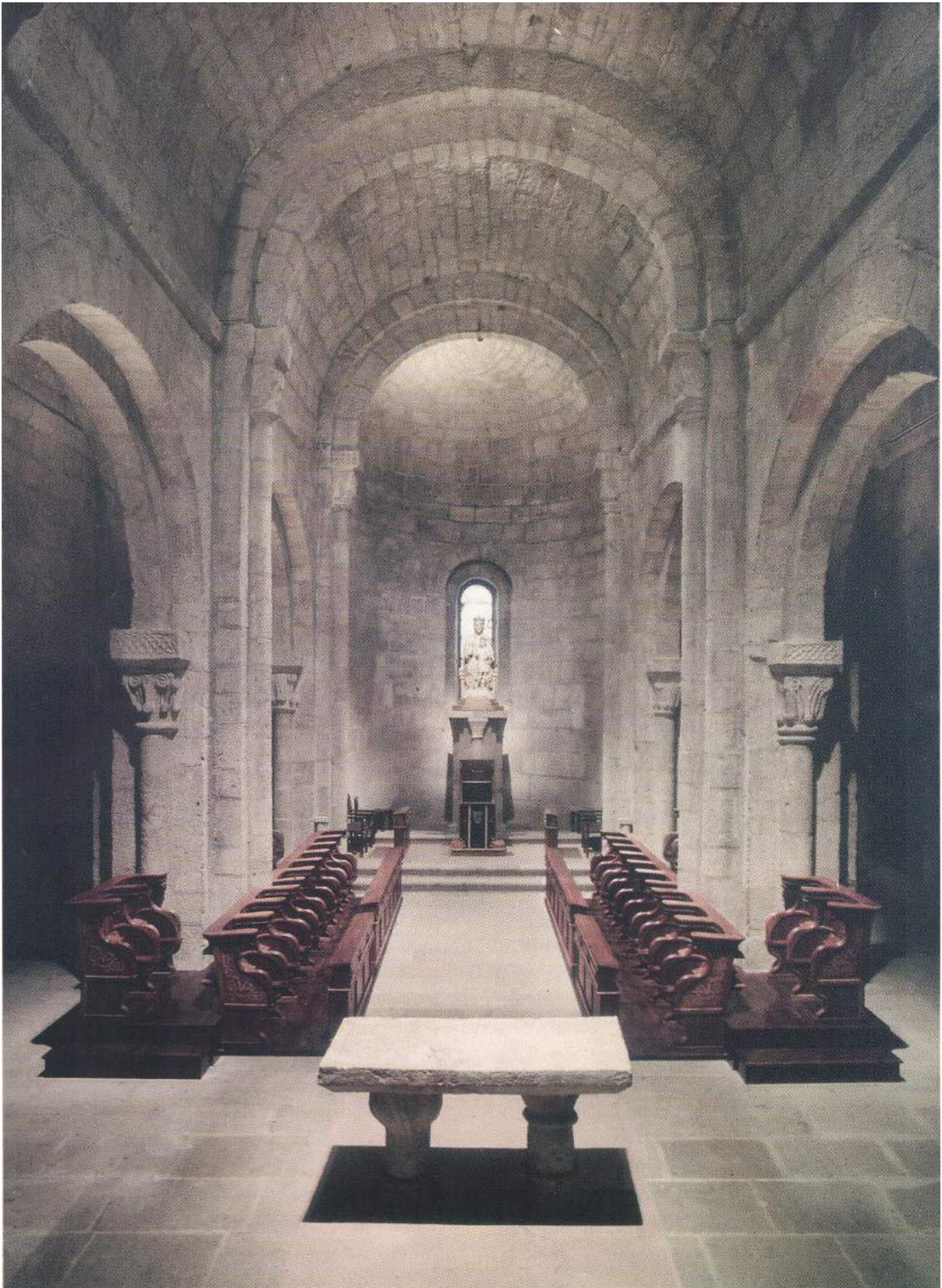
1. Aunque el Diccionario de la Lengua Española define en su 22ª edición el sustantivo *almadía* como *barca en que pasan hombres o animales y canoa o embarcación de remo*, y sin embargo el nombre *armadía* como *conjunto de vigas o maderos unidos con otros en forma plana para poderlos conducir fácilmente a flote*, en Navarra se ha empleado siempre la voz primera, o sea la de *almadía* y su correspondiente de *almadiero*, con el significado que da el Diccionario para *armadía*.
2. Iturralde y Suit, basándose en un legendario Cronicón, remonta la antigüedad de Leyre al siglo IV: *Historia del Monasterio de Leyre*, vol. IV, cap. I, pág. 299. - Carlos María López, en *Leyre, Historia, Arqueología y Leyenda*, pág. 13, recoge el año 842 como fecha del primer documento de Leyre, pero ya se hace referencia en él a una época anterior. - Ramón Molina en *Leyre*, pág. 9, aduce la carta de san Eulogio de Córdoba al obispo Wilesindo de Pamplona en el año 851 como la primera noticia documentada sobre Leyre. En esta carta el Santo cordobés dice que el monasterio es un emporio espiritual y cultural importante.
3. López, Carlos María, *ibíd.*, págs. 13 y 14.- Molina, Ramón, *ibíd.*, pág. 20.
4. Molina, Ramón, *ibíd.*, pág. 56. Recoge las últimas críticas a la nómina de los enterramientos reales legerenses.
5. Aquí nació el rey Fernando el Católico.
6. Tal ubicación está documentada desde el año 976. En 1450 se marcharon a Lisabe y de allí a Lumbier. Finalmente han construido un nuevo monasterio en Alzuza, cerca de Pamplona, donde hay una floreciente comunidad de mojas benedictinas.
7. Arbeloa, Víctor Manuel, *Por Navarra, I. De Leyre a Mañeru*, págs. 12-14.
8. *Ibíd.*, págs. 15-16.
9. Varios diplomas de privilegios y donaciones reales al monasterio, de los siglos X y XI, dan como razón de los mismos *el perdón de los pecados de nuestros padres, cuyos cuerpos descansan en el cenobio*. Cf. Molina, *ibíd.*, pág. 56.
10. Lacarra, J. M^a. *Expediciones musulmanas contra Sancho Garcés*, en *Estudios de Historia de Navarra*, cap. III, págs. 53-88.
11. Aunque la tradición dice que su cuerpo y el de su esposa Placencia están en el monasterio legerense, se ha comprobado que fueron enterrados en Nájera. Cf. Molina, *ibíd.*, pág. 56.
12. En el año 1095, Oria Aznar y sus hijos Jimeno y García Fortuñones, posiblemente descendientes de la dinastía Jimena, le dan a Leyre dos monasterios: el de san Pedro de Abáiz en la Valdonsella y el de san Cristóbal de Legarda en Ilzarbe. El primero con sus diezmos, primicias, oblaciones y pertenencias –entre ellas una viña en el término de Eslava, lugar de Cacailueta–, más el diezmo del pan y el vino del palacio de dicha villa y del de Martés, además de un huerto en Funes que fue del monje Fortún Muñoz. El segundo monasterio donado con sus posesiones, una viña en Gorráiz y el diezmo de su palacio de Legarda. Jimeno Fortuñones añade el diezmo de su palacio de Peralta: *Et ego predictus senior Eximino Fortuñones dono in castello Petralta medietatem decimarum de tota radice de meo palatio quod ibi habeo, in pane et vino et in ortis*. Cf. Martín Duque, Ángel J. *Documentación medieval de Leyre (siglos IX-XII)*. Diputación Foral de Navarra, I, Príncipe de Viana, Pamplona, 1983, doc. 148, pág. 213. - Cf. también Goñi Gaztambide, J. *Catálogo del Becerro antiguo y del Becerro menor de Leyre*, rev. Príncipe de Viana, 1963, núms. 92 y 93, págs. 26 y 174. - Archivo Histórico Nacional, Leyre, caja 1.405, núm. 10 (B), cod. 73, fols. 29v-31v, cód. 93, págs. 221-224. - AGN, B. Ant. L., págs. 47-50 (C). – Leyre, leg. 12, núm. 233-238. - B. Men., L, págs. 257-262.
13. Molina, R., *ibíd.*, pág. 35.
14. El 9 de septiembre de 1765 el monasterio recibe el encargo de celebrar 200 misas por su alma con la limosna de una peseta, y el monje fray José de Irurzun 50 misas con la limosna de dos pesetas.
15. Mutiloa, J. M^a. *Constitución, consolidación y disolución del patrimonio de la Iglesia de Navarra. El Monasterio de Leyre*, rev. Príncipe de Viana, 1981, núm. 162.



26. Vista general del monasterio de san Salvador de Leyre.



27. *Porta Speciosa* de la iglesia abacial del monasterio de Leyre.



28. Coro monacal moderno en la cabecera románica de la iglesia abacial de Leyre.



29. Detalle del Cristo del siglo XV de la iglesia abacial de san Salvador de Leyre.

CAPÍTULO XXIII: LA OLIVA, DE BLANCO Y MUCHOS SIGLOS

1. Mi primera visita

El domingo 22 de marzo de 1987, cuando estoy preparando estas páginas sobre el monasterio de La Oliva, mis hijos me avisan que TVE retransmite la misa desde este real monasterio navarro. Ni que decir tiene que dejo todo para ver una celebración hondamente vivida. Incluso la he grabado en vídeo para recordar los detalles de este monumento religioso y artístico tantas veces visitado por mí. El buen gusto, la unción litúrgica y la perfección técnica han predominado en toda la retransmisión. Como pórtico a la misma ha aparecido de rótulo la frase: *De blanco y muchos siglos*, que me la he apropiado para titular el capítulo.

Tenía yo 19 años cuando me acerqué a La Oliva por primera vez. Era a comienzos del mes de julio de 1959 y disfrutaba de mis primeras vacaciones laborales. Sin medio propio de locomoción, no me resultó cómodo cubrir los pocos kilómetros que, estando en Peralta, me separaban del monasterio cisterciense en el término de Carcastillo. Tomé el autobús funés de Olloqui hasta la estación del tren en Marcilla. Allí monté en el correo, que subía de Zaragoza a Irún, hasta bajarme en el descampado de la estación de Caparros. Tuve que esperar a la llegada de la Tafallesa que, rodando por los pueblos de Traibuenas, Santacara y Murillo el Fruto, me descargó en Carcastillo. Después de saludar aquí a dos amigos, compañeros de estudios en el Seminario de Pamplona¹, quisieron acompañarme los dos kilómetros que faltaban hasta llegar al monasterio.

El atardecer de aquel día fue bellissimo. El amplio valle prebardenero regado por el Aragón, invadido por unos nubarrones cárdenos en trance de ocaso, se ofrecía a nuestros ojos más allá de su extensa longitud. Para colaborar en el hechizo vespertino, todavía quedaba por los campos un polvillo de oro rezagado de las últimas trilladoras. El camino recorrido a pie en charla de amistad resultó breve. La silueta monacal de La Oliva apareció enseguida contra el cielo morado. Al llegar al tramo de su muralla del siglo XII nos vimos transportados al medievo. Cuando llegamos al gran arco apuntado de acceso a la abadía, sus viejas piedras todavía tenían el sugestivo color vinoso del ocaso.

“Los monjes vamos a cantar la Salve”. Con estas palabras me recibió el hermano portero, que impacientemente me estaba esperando. Nos dirigimos de inmediato a la iglesia abacial. Sobre esbelta columna, una imagen de la Virgen, iluminada por una luz blanca, recibió los piropos gregorianos del canto cisterciense en medio de la oscuridad de la nave. Era la despedida de los monjes, caballeros enamorados de su Señora, que se retiraban a descansar después del rezo de Completas. Al acabar los últimos acordes del armónium se fueron retirando del coro aquellos ángeles blancos hacia el cielo de la clausura. Mis amigos reemprendieron enseguida el camino de vuelta a su pueblo de Carcastillo, prometiéndome una visita durante los días de permanencia en La Oliva.

Después de cenar frugalmente como único huésped, servida por el Padre Hospedero, me acosté en la desnuda celda que me asignó. Apenas pude dormir. La habitación daba a poniente. Una línea tenue de luz iluminaba todavía las cimas de los montes bajos de los alrededores. Ya habían aparecido las primeras estrellas. Se iniciaba un concierto de grillos. Y dos perros jugaban al eco de sus ladridos. Cuando el sueño empezó a rendirme hacia las tres de la madrugada, sonaron las campanas llamando a los monjes a Maitines. Pudo más mi primer sopor y el cansancio de la jornada anterior, y no me levanté. A las pocas horas me despertó un concierto de pájaros desde los árboles. Alternaban sus trinos con las luces, altas ya, de una mañana limpia y clara. Abrí el cancel de la ventana.

Amplios sombreros de esparto, como los de los segadores, se inclinaban sobre la tierra. Debajo de ellos se veían blancos hábitos brevemente remangados y cubiertos parcialmente con mandiles, que se movían entre los patatares. Eran los monjes que, después de cumplir con la primera parte del lema benedictino, *Ora*, se empleaban a fondo en la segunda, *Labora*.

En La Oliva a las 9 de la mañana es ya casi mediodía. Los monjes madrugan para todo: rezar, trabajar, reparar fuerzas, estudiar y descansar. Cada día del año despiertan al propio amanecer. Y la puesta del sol limita su actividad vespertina de trabajo, estudio y oración. Salí de la celda. En el comedor de la hospedería tenía preparado un tazón de leche tibia, pan, queso y un plato de sabrosas peras recién cogidas.

Por entonces se había publicado un libro describiendo la estancia reciente de su autor durante un mes con los monjes trapenses de esta abadía ². Lo adquirí en la portería y me adentré con él en los secretos arquitectónicos del conjunto, que se ofrecían a mis ojos ávidos, no con menos interés que las vivencias ascético-místicas que también se me ofertaban en el libro y en la realidad. Vivía por entonces este monasterio unos años interesantes. Con la elección de un joven abad navarro, dom Plácido Arenaz, la comunidad empezaba un despegue, que llevaba cimentándose hacía tiempo. Terminaba la travesía de largos años por el desierto.

2. La iglesia cisterciense

Entre los dos arcos de la entrada al patio de acceso a la abadía, uno apuntado y otro carpanel, los aires se barnizaban con la luz, todavía tierna, de la mañana. Mientras, los pájaros aleteaban vuelos rasantes y ondulados. Los edificios que integran este patio espacioso se componen de dos cuerpos, y alternan la piedra con el ladrillo, articulando arcadas ciegas. En las del segundo piso se conjugan balcones de arco rebajado con óculos sobre ellos. El hermano portero, parco en palabras, me dice que estas estancias, otrora del palacio abacial, servían entonces para albergar la comunidad, a la espera de poder construir un monasterio más adecuado. Después he visto que, una vez edificado éste, sirven ahora de hospedería. A través de la puerta de la clausura, divisé una gran escalera de caja cuadrada, cubierta con original bóveda suspendida con cuatro paños de arista. Es de la primera mitad del siglo XVIII.

Crucé este patio y contemplé la soberbia, y a la vez sencilla, portada de la iglesia con parteluz prismático. Se abre dentro de una gran hornacina de arco apuntado, construida posteriormente. Doce arquivoltas de un leve apuntamiento descansan en otras tantas columnas por ambos lados, terminando en capitel corrido de hojarasca. El tímpano luce un crismón con Pantocrátor y mandorla, apenas labrados en la limpieza de la piedra. Rematando la ornamentación sobrevuela una cornisa con triglifos y metopas escenificados. Dos grandes rosetones de arquillos de medio punto adornan los lados de la portada. Ha desaparecido el rosetón central, gemelo de los anteriores, sustituido por un ojo de buey pequeño. En mala hora coronaron los monjes del siglo XVII este conjunto de entrada al templo con una torre prismática, para lo que necesitaron ese gran arco sustentador que rompe la armonía primitiva.

Penetré en la iglesia abacial. Una cancela de madera mitiga el aire que discurre por esta llanura a las puertas de las Bardenas. De todas maneras pienso que resulta inútil ponerle aquí puertas al campo. Con la desnudez pétreo de estas inmensas naves, el frío no se amortigua a no ser con recursos espirituales. La iglesia me asombró doblemente: por un

lado su grandiosidad catedralicia de 74 metros de longitud desde el nártex a los ábsides, y 39 de anchura en el crucero; por otro, su desnudez total. La labra pétrea es su única ornamentación.

En la iglesia no había nadie. Al fondo del ábside la lámpara del Santísimo parpadeaba en el aceite que elaboran los propios monjes. En medio de la nave central se levantan los sitials del coro con sencillos doseles de madera, imitando la tracería gótica del conjunto. Sobre atriles gigantes se abrían cantorales y breviarios con la salmodia de las horas canónicas. Apoyado en la misericordia de un sitial monacal, recorrí con la vista las tres naves. La central resulta mucho más amplia que las laterales. Todas tienen bóvedas de crucería entre arcos fajones apuntados y fuertes nervaduras. Cada una consta de tres tramos rectangulares. Se separan entre sí por arcos apuntados sobre pilastras cruciformes. Por encima de estos arcos entraba una luz tamizada por el alabastro de unas ventanas abocinadas.

Me adelanté hasta el transepto, muy alargado, con cinco tramos y una capilla absidial en cada uno. En la central, que es de grandes proporciones, se alza la piedra del altar mayor. Detrás de él, sobre una columna elevada, como he dicho anteriormente, preside el ábside una imagen moderna de la Virgen de La Oliva, titular del monasterio que se llama de santa María³. Cinco ventanales abovedados iluminan suavemente este *Sancta Sanctorum* del templo, que se cubre con bóveda de medio cañón apuntado. Sus arcos fajones se apean en semicolumnas pareadas.

Un cuarto de esfera con gruesos nervios prismáticos, que arrancan de las cuatro columnas, originan cinco grandes gajos de naranja pétrea, cerrando los ábsides. Las capillas laterales, dos a cada lado, son absidiolos cuadrados y tienen un solo ventanal abocinado. Se cubren igualmente con bóveda de crucería. Como queda dicho, casi no existe decoración. Es lo propio de los templos cistercienses. La severidad de la línea resulta su mejor adorno. Con todo, los capiteles tienen follaje estilizado, bolas, flores y piñas. En las claves de las bóvedas de los primeros tramos también aparecen las figuraciones del Agnus Dei, de Cristo Majestad, del Águila y de la Cruz de Calatrava.

3. El claustro y la sala capitular

El claustro está situado en el lado noroeste de las construcciones monásticas. Hasta el rigor de la penitencia se impuso en su construcción. Como es abierto y amplio, el sol juega casi todo el día con alguna de sus arcadas ojivales. Y lo mismo hace el viento. En el silencio de aquella mañana, cuando yo entré en sus crujías, me pareció que se había detenido el tiempo entre el calado exquisito de las bellas tracerías. Tiene planta cuadrada ligerísimamente irregular, con seis arquerías por lado. Su labrado, variado y rico, pertenece ya al gótico flamígero. Los capiteles ostentan uvas y pámpanos con hojas de parra. Las bóvedas se cubren a base de crucerías, que confluyen en las claves. Apoyan las cubiertas en decoradas ménsulas y en pilares entre arcadas.

Fue construido entre finales del siglo XIV y principios del XV, aprovechando los muros del primitivo claustro románico del XIII⁴. Todo el conjunto: el trazado, las ojivas, los calados, las ménsulas y la ornamentación, me recuerdan el claustro de la catedral de Pamplona, como si éste fuese un hermano mayor del de La Oliva. Se terminó siendo abad dom Pedro de Eraso, consejero real. Sus escudos aparecen en las claves de la bóveda. En su pavimentación se han empleado los duros ruegojos que abundan por los

cascajares del río Aragón, a su paso por estas tierras meándricas. Entre recuadros de losas, los cantos rodados forman sencillos dibujos geométricos.

Este claustro, como los demás de los monasterios tardomedievales, articulaba en torno a sus crujías los aposentos donde se realizaban las principales actividades de la vida monacal: iglesia, sacristía, biblioteca, sala capitular, dormitorio, locutorio, noviciado, refectorio y cocina. Todas estas estancias, mejor o peor conservadas, todavía se encuentran aquí, aunque en desuso. En la actualidad los monjes sólo emplean el claustro para las procesiones litúrgicas y la meditación en soledad; y la sala capitular para las reuniones comunitarias solemnes. Su vida diaria la desarrollan en otras dependencias de construcción más funcional. Pasear por este claustro sin obligaciones inmediatas resulta para mí un ejercicio sedante, intelectual y físicamente hablando.

Dentro de la sala capitular, que se abre en una de las alas del claustro, se palpa el silencio entre la bóveda baja de crucería y las laudas sepulcrales del suelo. Si algún ruido se percibe es el natural del trabajo realizado en los campos de fuera del recinto, cuyo eco rebota por las arcadas. La voz humana tomó aquí protagonismo durante siglos solamente a la hora de confesar los monjes sus culpas delante de los hermanos y de escuchar la diaria plática espiritual del abad.

El silencio es un bien del que los trapenses no están dispuestos a privarse, porque emplean la voz solamente para la alabanza a Dios mediante la plegaria litúrgica. Pero si tienen que hablar, lo hacen y hasta con elocuencia. La palabra retenida en su boca, brota acertada y sabiamente cuando es necesaria. No aparece nunca la tristeza en los semblantes monacales, por el contrario, una leve sonrisa, siempre a flor de labios, y la expresividad instalada en los ojos, son los medios de comunicación supletorios de la palabra.

Volví a la hospedería oyendo la salmodia de las horas menores por todo el ámbito de la abadía, ya que el calor mantenía abiertas las puertas del templo. Aunque a veces, cuando el trabajo aprieta en el campo, el recitado del oficio divino se hace en él al aire libre bajo la inmensa crucería del firmamento. El padre hospedero me sirvió una comida frugal pero sabrosa, sin carne ni pescado. San Benito advierte a los monjes: *Recíbase a cuantos huéspedes llegaren al monasterio, como al mismo Cristo en persona*⁵. A continuación imité la costumbre monacal de la siesta, pero ese día la mía fue más prolongada que la breve de los monjes.

4. Hitos históricos señeros del monasterio

García VI Ramírez, el Restaurador de la dinastía en Navarra, donó al comienzo del reinado este real lugar, llamado La Oliva, con los pueblos de Carcastillo y Castelmunio a los monjes de la abadía francesa de *L'Escals Dieu*, para erigir en él una abadía semejante. En 1140 se consagraba la primera iglesia y se terminaba el claustro románico. Hay quien retrasa la fundación hasta 1150. Como el ambiente era propicio, y amplia la dotación donada al monasterio, se emprendieron las obras de la magnífica iglesia abacial actual, un calco artístico, pero en grande, de la capilla dedicada a san Jesucristo, edificada primeramente en el lugar. El nuevo templo se construyó entre los años 1160 y 1198, siendo consagrado en el reinado de Sancho VII el Fuerte. El abad era ya un hijo de Navarra, dom Aznario de Falces⁶.

Durante el siglo XII, privilegios y donaciones constantes de obispos, reyes y nobles, tanto navarros como aragoneses –no hay que olvidar que La Oliva está en tierras de frontera entre ambos reinos–, conformaron una abadía poderosa. A partir de esta centuria la observancia de la vida monástica cobró aquí fuerte pujanza. Alfonso II de Aragón confirmó al monasterio en 1163 la donación de la villa de Carcastillo. Y Jaime I le eximió del pago de portazgos y peajes. Los reyes navarros garantizaron la soberanía sobre la zona mediante procesos parecidos de exención y donación. Así Sancho el Sabio en 1157 le eximió del pago de prestazgos; y lo mismo hicieron los dos reyes Teobaldos. Campos, heredades, pechas y rentas pasaron de manos de la nobleza a las de los monjes en los lugares de Mérida, Andión y Murillo el Fruto ⁷.

A partir del siglo XIII la abadía amplió sus posesiones en Caparroso y Cizur Mayor. Los siglos XIV y XV fueron los de mayor pujanza y apogeo. El final de la Edad Media trajo un relajamiento de la vida religiosa en general y de la monástica en particular, que duró hasta el renacimiento de la religiosidad en la Edad Moderna. La Oliva no fue una excepción. Después de la anexión de Navarra a Castilla, se nombraron en este monasterio abades castellanos destacados por su virtud, que mantuvieron en alza la vida de observancia. En 1634 La Oliva se unió a la Congregación Cisterciense de Monasterios de la Corona de Aragón, lo mismo que hicieron las demás abadías navarras de Leyre, Fitero, Iranzu y Marcilla. Por entonces el rey Felipe IV dispuso que los abadiatos no fuesen perpetuos sino temporales, adjudicándose cada cuatro años ⁸.

Durante la Guerra de Sucesión española en el siglo XVIII, La Oliva se mantuvo fiel a Felipe V, al igual que toda Navarra. Las tropas del Archiduque Carlos presionaron a los monjes en 1706 para que prestasen obediencia a éste, objetivo que no lograron.

Como cualquier otra obra humana, este monasterio pasó por momentos de meseta, sin relieve especial, manteniéndose estrictamente en la custodia de sus derechos y obligaciones tanto temporales como espirituales. El siglo XIX fue nefasto para todos los monasterios españoles. También para el de La Oliva. Durante la Guerra de la Independencia el francés alojó aquí a una división de su ejército, e instaló un hospital de sangre en sus estancias. El archivo del monasterio guarda el listado de los 1.200 heridos atendidos entre estos muros, con un total de 713 muertos ⁹. La vida regular resultó imposible en tales circunstancias. Los monjes que pudieron, abandonaron el monasterio mientras otros quedaron presos de la caballería imperial. La iglesia, la sacristía, la biblioteca y las demás dependencias monacales fueron saqueadas. Se robaron manuscritos antiquísimos y obras de arte valiosas, además de padecer destrozos todas las dependencias.

Los monjes volvieron a La Oliva en 1814, pero tuvieron que abandonarla de nuevo en 1820, expulsados por las corrientes constitucionalistas. En 1824 se les permitió vivir de nuevo la vida claustral hasta 1835, año en que las leyes desamortizadoras del ministro Mendizábal los alejó de estos muros centenarios durante 92 años. Casi un siglo de abandono, sirviendo sus estancias de almacén agrícola y establos, propició la ruina progresiva del cenobio. La declaración del conjunto arquitectónico como Monumento Nacional en 1920 favoreció su restauración.

Monjes cistercienses de la Trapa de Val de san José de Getafe devolvían en 1927 el esplendor litúrgico, la salmodia del Oficio divino y el sudor monástico del trabajo benedictino a esta hermosísima abadía Navarra. Ocho años más de abandono y se hubiesen contabilizado los cien necesarios para que hubiesen prescritos los derechos canónicos como abadía. ¿Por eso los actuales monjes blancos trapenses son los legítimos herederos de aquellos últimos cistercienses desamortizados.

5. Visión desde el exterior

Con el sol todavía muy alto en el firmamento, observé los exteriores del cenobio olivetense. Reparé en los robustos contrafuertes de la iglesia, que se corresponden con los diversos tramos del interior. Sobre el crucero se sitúa el cimborrio octogonal de arcos ligeramente apuntados y con cubierta piramidal. Hay otro torreón cilíndrico con saeteras y techumbre cónica.

Desde afuera se aprecia bien lo que tuvo de grandiosidad arquitectónica la construcción medieval, dentro de la amplia superficie amurallada. Me llamó la atención la pequeña capilla exenta de san Jesucristo, construida por los adentros de la huerta. Es de un solo tramo con bóveda de medio cañón y cabecera semicircular en la que se abren tres pequeñas ventanas abocinadas de medio punto. Está cubierta con un cuarto de esfera.

Cerca de ella, el cementerio monacal es un recuadro recogido orlado de cipreses dentro de muros de piedra. Dominando el recinto funerario hay varios elementos hermanados: cruces de forja sobre los lomos de las tumbas, placas con los nombres latinos de los difuntos y la fecha de su óbito, que es el natalicio para el cielo, una gran cruz barroca en el centro sobre pedestal pétreo presidiendo el sueño eterno de los monjes y pájaros, muchos pájaros, revoloteando por el ambiente. Los apellidos no aparecen consignados en las placas porque los dejaron en el mundo al ingresar en religión. Al monasterio sólo hay que traer el cuerpo y el alma, exentos de vanidades, ya que éstas no tienen nada que hacer aquí dentro. Cuando muere un monje en La Oliva, su cuerpo es enterrado con su blanco hábito, directamente en tierra, sin caja alguna, según costumbre trapense.

He visitado varias veces esta querida abadía. Y la experiencia me dice que es mejor llegar de buena mañana para que el hechizo romántico del atardecer no influya en la realidad de la dura vida ascética de los monjes que la habitan. Ellos funcionan con el triple reloj de la oración, la *lectio divina* y el trabajo, a caballo entre la meditación, el estudio y el descanso. Cuantas veces he venido no he hecho nada específico. He tenido suficiente con cargar las baterías del alma. Hoy llega hasta aquí mucha gente. Algunos saben lo que buscan, otros buscan lo que saben, unos terceros ni saben ni buscan, pero encuentran siempre algo positivo para su vida.

Oír misa y el canto llano de la salmodia en las umbrosas naves de la iglesia, transitar por las arcadas de piedra floreada del claustro, pisar los ruidos de los roldes geométricos de su suelo, sentarse en los escaños del coro y de la sala capitular, admirar las piedras doradas de la capilla de san Jesucristo, rezar en el cementerio con los trinos de los pájaros, comer queso elaborado por los monjes, recorrer los campos al son de las campanas, contemplar a tiro de piedra la silueta medieval del conjunto, degustar el sabroso vino moscatel de la cosecha monástica..., son variantes de una misma realidad: la vida de oración y trabajo, el *ora et labora* de su lema benedictino, con la mirada solamente puesta en Dios.

6. Peralta y La Oliva

El nuevo y funcional edificio del monasterio ha elevado, si cabe, el ascetismo en la vida de los monjes olivenses. La pobreza no está reñida con el aseo. Y las actuales dependencias se ven blancas, limpias y brillantes. El edificio es, al exterior, de ladrillo vista ocre, y de yeso encalado por dentro. Largos pasillos cerrados con grandes cristalerías defienden el interior del frío aire invernal

Al escribir la Historia de Peralta, intuyendo que hubo relaciones de esta villa con La Oliva, me acerco hasta la abadía y pregunto por el padre archivero. Quiero que me ayude a investigar los hitos de confluencia entre ambas entidades, si es que los hubo. El padre Hermenegildo, que además de archivero es maestro de novicios según me dicen, anda trabajando en los campos de la abadía con los aprendices de monje. Como tengo que llegar pronto a Zaragoza, no me puedo esperar a que vuelva y decido escribirle. Y casi a vuelta de correo, muy solícito, satisface mis deseos.

Antes de la restauración ha habido tres abades de este monasterio, naturales de Peralta: don Pedro de Peralta (1372-1386), vigésimo primer abad olivense; don Juan de Peralta (1390-1416), vigésimo cuarto abad olivense, y don Juan de Peralta, segundo de este nombre (1449-1468). Hay también un monje de este nombre, otro don Juan de Peralta, nombrado Prior de Marcilla en 1435. Los monjes fray Pedro de Peralta (1566), Bernardo de Peralta (1660) y Francisco de Peralta (1673), no se puede afirmar que sean naturales de esa villa o, por lo menos, es más dudoso.

Así como en los primeros siglos, a partir de 1134, año de la fundación de La Oliva, se reseñan los nombres de los monjes con el pueblo de procedencia, más adelante, en los siglos XVI y XVII se empiezan a usar los apellidos, y el de Peralta como tal se había extendido mucho. Hasta aquí el padre Hermenegildo.

El rey Carlos II el Malo, un 14 de septiembre de 1374, atendiendo a la súplica del citado abad don Pedro de Peralta y de los monjes, les concedió que no fueran obligados a pagar las deudas que tenían contraídas ni hecha esperanza (¿embargo?), ni ejecución alguna de sus bienes, hasta la fiesta de santa María de agosto, en atención a que dicho monasterio tenía muchas deudas del tiempo de don García, predecesor del abad mencionado, y por razón del pleito que habían llevado en la corte de Roma para sostener y defender la abadía ¹⁰.

No es de extrañar la abundancia de Juanes y Pedros entre los abades y monjes naturales de Peralta. Tanto el apóstol evangelista al que está dedicada la parroquia, y el Bautista con ermita y fiesta campera popular, como san Pedro con ermita en Arlas y romería popular, eran nombres de pila muy frecuentados y queridos entre los peralteses.

Ir de Peralta a La Oliva en coche resulta ahora un paseo que no dura más allá de 20 minutos: Marcilla, la Estación, la Virgen del Soto, Mérida y el monasterio. Por las ventanillas del automóvil, de par en par abiertas, entraba este verano un aire abrasador. El trayecto, como propio de esta tierra, tiene en su monotonía una belleza sin par, en el que han abundado ladridos de perros al atardecer, chiquillos jugando al corro, chopos alineados con el río Aragón al pasar por el puente de hierro de Caparroso y grillos, muchos grillos, sonorizando el camino.

A la llegada, la tenue sombra alabastrina de la iglesia abacial recompensa con su frescura. Es el primer monumento de estructura ojival con diagonales de estilo de transición de toda la península ibérica. Alguien lo ha definido como el *Partenón cisterciense*. Y no ha estado equivocado. En mi primera visita al mismo, cuando los años de mi primera juventud, en pleno sarampión literario, compuse un soneto con el que me atrevo a concluir este capítulo de mi libro con la historia de Peralta, dedicado a La Oliva: de blanco y muchos siglos.

Monje olivense

Monje de paz y silencioso asceta,
que en esta tarde sombría y callada,
has cruzado profunda tu mirada
con mi pluma de incipiente poeta.

Anhelando voy tu sombra repleta
de dulce eternidad inigualada,
para siempre en mi alma proyectada
como un blanco sayal anacoreta.

Ora et labora, cantas, callas, rezas...,
mil horas son en La Oliva contigo
como un vuelo de águila en la alborada.

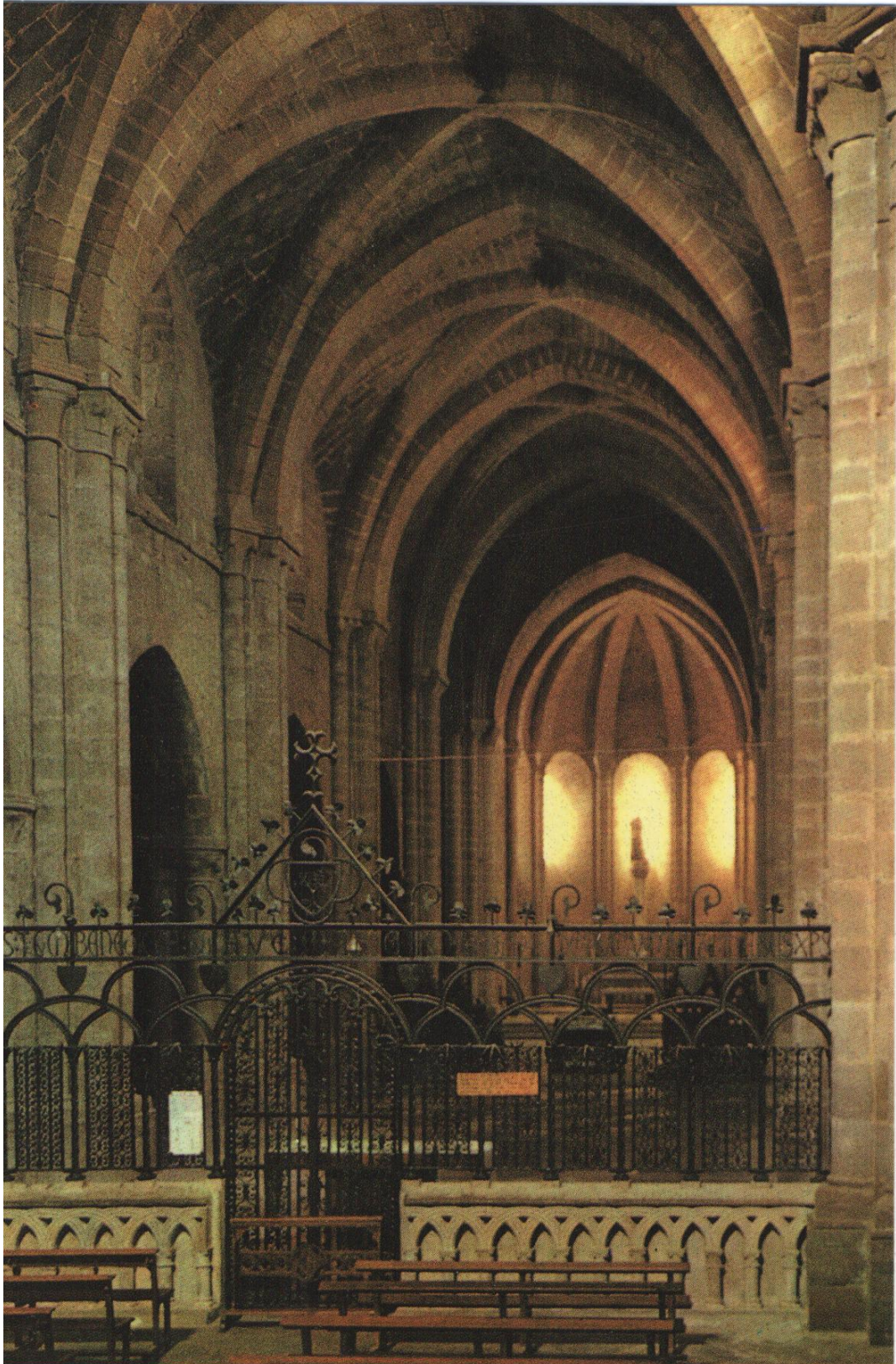
Brillará luz eterna en tu cabeza
cisterciense, mientras siegas el trigo
y salmodias por tus góticas arcadas.

NOTAS:

1. Jesús Martínez Irigoyen y Jesús María Martínez Zoco.
2. Ximénez de Sandoval, F. *A las puertas del cielo. (Un mes con los Trapenses)*, ediciones Studium, Madrid, 1958.
3. La antigua talla de madera fue trasladada a Ejea de los Caballeros en el siglo XIX, durante el largo periodo de casi cien años en que los monjes estuvieron ausentes del monasterio, forzados a abandonar las dependencias monacales. En esta villa zaragozana recibe culto fervoroso, como lo he podido apreciar personalmente en las fiestas patronales celebradas en su honor.
4. *Catálogo Monumental de Navarra, I, Merindad de Tudela*, pág. 205.
5. Santa Regla, cap. LIII, *Cómo se ha de recibir a los huéspedes*.
6. Marín, Hermenegildo. *La abadía cisterciense de La Oliva*, TCP, Pamplona, 1977.
7. *Catálogo Monumental de Navarra, I, Merindad de Tudela*, pág. 201.
8. *Ibid.*, pág. 202.
9. Ximénez de Sandoval, F., *ibid.*, págs. 32-35.
10. AGN, Comptos, caja 29, núm. 1A.



30. Ábside románico, crucero de la iglesia y ruinas del monasterio viejo de La Oliva.



31. Interior de la iglesia abacial del monasterio de santa María de La Oliva.



32. Claustro gótico del monasterio trapense de La Oliva.

CAPÍTULO XXIV: IRACHE, MONASTERIO Y UNIVERSIDAD

1. Etimologías a la vera de Montejurra

Esta tarde he venido a visitar el monasterio de Irache también desde Peralta. Hacía tiempo que deseaba volver a esta antigua abadía benedictina, hoy tan olvidada. Mientras reinaron en España los últimos reyes Austrias y los primeros Borbones, este cenobio vertebró gran parte de la cultura de Navarra. Al llegar, me dejo invadir por la honda tranquilidad que emana de este conjunto monumental y artístico. Entro en la iglesia a través de las arcadas del claustro. Me siento en medio de la nave central con los ojos cerrados y dejo volar mi espíritu hasta el extremo de no sentir el agobio de las diarias inquietudes. Este apacible descanso resulta tan reconfortante que supera la frustración que supone no encontrar ya entre estos muros la floreciente vida religiosa y cultural de antaño.

Parece como si la salmodia monástica, piadosamente recitada durante tantos siglos en este templo, se hubiera quedado labrada en las piedras de los capiteles románicos. El desalojo decimonónico de los antiguos monjes benedictinos y el abandono en la década de los años setenta del siglo pasado de la Orden Calasancia, que lo tenía en usufructo a perpetuidad, han supuesto para el monasterio, iglesia y claustro, un triste fin a tanto esplendor mantenido aquí durante más de un milenio. Monjes observantes durante el medioevo, benedictinos ilustrados en la Edad Moderna y frailes escolapios en la Contemporánea, ya son mero recuerdo en la historia de Irache. Todo en este conjunto me invita a la añoranza. El floreciente ayer, monacal y universitario, hoy sólo son piedras artísticas, silencio y soledad.

Como estoy escribiendo los avatares de la villa de Peralta, y algunos de sus hombres cultos, clérigos y laicos, incluso médicos, frecuentaron las aulas de un Irache, mitad abadía monástica, mitad universidad, he venido de nuevo a ver *in situ* este lugar. No en vano preparé mi tesis de licenciatura en Filosofía y Letras el año 1972 sobre los estudios realizados en este monasterio benedictino, que durante casi tres siglos simultaneó la vida de observancia regular con el cultivo universitario de las letras y las ciencias.

Navarra ha sido siempre rica en espíritu religioso. Exponente del mismo, la vida monástica floreció ya desde los tiempos anteriores a la Reconquista: los monasterios de Igal, Urdaspal, Leyre, Cillas, San Zacarías, Iranzu, Irache, La Oliva, Fitero..., jalonaron las andaduras de este viejo reino pirenaico en la rosa completa de los puntos cardinales. Precisamente al oeste, en un valle regado por los ríos Ega y Urederra, se encuentra Estella, llamada la Toledo del Norte por sus monumentos históricos. Es la tercera ciudad de Navarra en importancia, después de Pamplona y Tudela. Llamada por Ptolomeo y Estrabón *Gebala*, su denominación euskérica es *Lizarra*. Pero ha prevalecido el nombre latino de *Stella*, derivando posteriormente en la *Estegla* de los más antiguos documentos, hasta llegar a la *Estella* actual, que aparece por primera vez en el año 1092.

El monasterio de santa María la Real de Irache se levanta en una pequeña meseta, a tres kilómetros escasos de Estella. La fábrica de su iglesia románica, la de su claustro renacentista y de las dependencias monacales, se recortan contra la inconfundible mole pétreo del Montejurra, montaña que se levanta con sus 1.045 metros de altura por encima de las tierras medias de Navarra. Visible desde gran distancia, su belleza natural es escalada por montañeros, contemplada por excursionistas y visitada por quienes consideran a este monte un símbolo emblemático. Montejurra cobija a sus pies a Irache, que confirió durante siglos al entorno un ambiente de recogimiento y serenidad, apto para

las vidas monástica y estudiantil. Las tierras del monasterio limitan al norte con Ayegui, al sur con Arellano, al este con Echávarri y al oeste con Igúzquiza, pequeños pueblos todos ellos, cuyos vecinos vivieron amparados a la sombra tutelar y al servicio de monjes y estudiantes.

El vocablo Irache, originariamente euskaldún, ha sufrido tantas transformaciones, que es difícil desentrañar su etimología exacta. Ya en los primeros documentos aparece escrito de varias formas: *Hyrache*, *Hirache*, *Irache*, *Yrache*, *Yrax*, *Herache*, *Heraxe* y hasta *Iraz*¹. El benedictino Antonio Yepes, que residió durante un tiempo en Irache dice que este nombre, *en lenguaje baskongado quiere decir Casa Real*, derivándolo de *Jaun Eche*². Un antiguo documento reza: *los excelentísimos reyes, para defensa y amparo deste reino de Navarra, edificaron esta insigne casa de Irache. Este nombre, en lenguaje antiguo vascongado, quiere decir “casa real”, porque es obra de ánimos reales...*³.

Otro historiador, J. Ibarra, intenta dar una exhaustiva explicación de la etimología de Irache con más visos de ingenio que de precisión histórica. Aunque comienza citando a Yepes, prosigue haciendo referencia a la voz *hiratxe*, que significa *helecho*. Pero a pesar de la semejanza de este vocablo vasco con el nombre del monasterio, lo rechaza dando como explicación que esta planta no abunda por Irache. Prefiere mantener la peregrina etimología de que *Montejurra* es una palabra compuesta de la castellana *monte* y de la vasca *jurra*. Esta última significa asimismo *el monte*, que sin el artículo vasco *a* pospuesto, queda convertido en *jur*. Por otra parte *eche*, en vascuence significa *casa*. Y en los tiempos en que los monjes levantaron este monasterio en el *Jura*, sería con toda probabilidad la única casa que había en aquellos contornos. Así quedó formado el vocablo compuesto de *Juraeche*. Y como frecuentemente en el dialecto vasco-navarro la *j* es suave, equivalente a la *i*, y también es usual entre los vascos suprimir la *u*, de esta forma quedó transformado tal vocablo en *Iraeche*⁴. Muy artificiosa y complicada resulta esta teoría para ser probable.

Actualmente parece más acertada la etimología procedente del vocablo *hiratxe*, que Ibarra rechaza. Posiblemente al fundarse el monasterio los árboles abundaban por aquí y no resultaría extraño que los helechos cubriesen el suelo, como en la actualidad lo hacen en tierras navarras cercanas, y no mucho más altas que Irache y Montejurra.

2. Recorrido medieval

Al igual que sucede con otros monasterios navarros, no se puede precisar con exactitud el año de la fundación de Irache. Ni siquiera el siglo. Un buen día aparece su nombre con plena madurez jurídica en los documentos oficiales del Reino. Desde las primeras noticias sus monjes son benedictinos. Sabemos que los hijos de san Benito no penetraron en el norte de la península ibérica hasta después de la invasión agarena. Y, como muy pronto en Navarra, hacia las últimas décadas del siglo VIII.

Pero nada impide suponer la existencia de un primitivo núcleo de monjes originarios de las proximidades, que eligieron este paraje para dedicarse a la vida ascética y contemplativa siguiendo el ejemplo de los anacoretas de la Tebaida. También pudieron refugiarse aquí monjes visigodos que, huyendo del siroco africano que se cernió por el sur y centro de la península, encontraron cobijo en estos parajes norteños. Aunque también sabemos que los agarenos dominaron un tiempo el vecino Monjardín. De todos

modos san Eulogio de Córdoba, en su famoso peregrinaje por los cenobios navarros en el siglo IX, no cita a Irache ni siquiera de oídas.

El primer historiador que intenta dar un poco de luz sobre el origen de este monasterio es Yepes cuando escribía en el siglo XVII la *Crónica General de la Orden de San Benito*. Pero fabula al considerar cierta la existencia de Irache en tiempo de los godos, refundándolo después en el siglo VIII ⁵. La primera fuente fidedigna de la existencia del monasterio se encuentra en el *Becerro de Irache*. Según éste, mediada la décima centuria gobernaba el monasterio el abad Teudano. Se sabe porque aparece en la era 966 la primera escritura de donación a santa María de Irache de una viña y otros bienes en el término de Ulate. La donante se llamaba doña Celso y los monjes que testifican fueron fray Juan de Barbarín, fray Juan de Yerri y fray Adoleo, siendo obispo de Pamplona Valentín. Es el único documento conservado de aquel tiempo referente a Irache ⁶.

Después transcurre casi un siglo sin tener más noticias hasta la carta de permuta del castillo de san Esteban de Deyo, o de Monjardín, efectuada entre el monasterio de Irache, al que dicho castillo pertenecía, y el rey García V el de Nájera, que entrega a cambio otras posesiones. En síntesis esto dice el documento: *En 1045 el rey cambia con el abad Munio y los monjes, que bajo la regla de San Benito sirven a Dios y a Santa María de Irache, el castillo de San Esteban, que un antepasado suyo había donado al monasterio*. Este antepasado fue Sancho I Garcés, que expulsó de Monjardín a los moros en el año 907. Los persiguió hasta las orillas del Ebro, ganando entre otras fortalezas la de Peralta, y varias villas con sus heredades e inmuebles ⁷.

También pertenece a la época del abad don Munio la construcción en Irache del primer hospital navarro para peregrinos, por iniciativa del mismo rey García V que *no dudando de la gran piedad de Cristo, confiando en su gracia, y aterrado por el aguijón del arrepentimiento del propio crimen, viniendo de buena gana al cenobio que llaman de Santa María de Iraz, y caído allí arrodillado ante el abad don Munio y el resto de los frailes, rogué con toda devoción que fuera edificado un hospital de peregrinos para remedio de mi alma y de mis padres* ⁸.

No es de extrañar que al abad y a sus monjes les hiciese gozo tener un hospital-hospedería en sus dependencias. Sin contar con la importancia que iba adquiriendo el Camino de Santiago, ya la tradición de la Orden considera sagrados desde sus orígenes los menesteres de acogida al peregrino: *El que llegue a las puertas del monasterio será acogido con toda dulzura, temor de Dios y ardiente caridad, como si fuera el mismo Cristo en persona... Se avisará enseguida al abad, se le conducirá al oratorio, dándole el abrazo de paz y, después de lavarle los pies y las manos, se le llevará a comer a la mesa del abad, que en su honor podrá romper los ayunos regulares, a no ser que sean los ayunos principales que esté obligado a observarlos... Habrá además una cocina aparte a punto para los peregrinos que llegan a horas inciertas* ⁹. Para el mantenimiento de este hospital de peregrinos, el citado monarca donó al monasterio un campo recién roturado ¹⁰.

El abadiato de san Veremundo en la segunda mitad del siglo XI representa la culminación del florecimiento iraquense, tanto en la observancia regular como en su esplendor material. Abundaron por entonces las donaciones a Irache, que llegó a tener acogidos a su patrocinio unos 40 monasterios menores ¹¹. Este régimen monástico fue habitual en Navarra. Algunos historiadores afirman que pasaron de 400 los pequeños monasterios sufragáneos de los grandes centros espirituales monásticos. Demasiados parecen para un territorio tan poco extenso como el de Navarra. Seguramente asimilan a

monasterios los pequeños curatos abaciales, o quizá las posesiones monásticas en diferentes lugares.

Veremundo, nacido en un pueblo cercano a Irache, era hijo segundón de una familia noble. Siguiendo la costumbre de la época ingresó de muy niño en la *Schola oblatorum* del monasterio, siendo abad su tío, el citado don Munio. Ya monje, desempeñó cargos de responsabilidad en la vida conventual, hasta que fue designado para ayudar a su tío en la dirección del monasterio, a quien sucedió como abad. Ejerció gran influencia social y espiritual en el reino. Su muerte suele situarse en el año 1099 cuando, apartado ya de sus funciones abaciales, presidía la comunidad el abad Arnaldo ¹².

En una época en que el propio obispo solía elevar a los altares a aquellos individuos que la proclamación popular consideraba santos, de acuerdo con esta tradicional costumbre, no se tardó en canonizar a Veremundo, cuya fiesta se celebra el 8 de marzo. En su abadiato acaeció la revisión encargada por el papa de los libros litúrgicos del rito mozárabe utilizados en Navarra. Para ello fueron llevados a Roma desde Irache. El Sumo Pontífice los aprobó y durante varios años prosiguió practicándose dicha liturgia autóctona en el cenobio iraquense y en los demás monasterios e iglesias del reino ¹³.

Un hecho trascendente en la vida religiosa de los monasterios navarros fue la reforma cluniacense de los benedictinos, que tuvo amplia aceptación a lo largo del siglo XI. En los reinos de España comenzó esta por el monasterio aragonés de san Juan de la Peña y por el navarro de san Salvador de Leyre. Algún historiador ha llegado a afirmar que Irache se incorporó a ella ya en tiempo del abad Veremundo. Sin embargo parece que la observancia regular de este monasterio no dependió nunca de Cluny, permaneciendo firme frente a las presiones que tanto las jerarquías religiosas como las civiles ejercían para que se aceptase.

Durante los abadiatos inmediatamente posteriores al de Veremundo la vida regular de Irache se mantuvo floreciente. En 1172 el abad Viviano obtuvo del Papa Alejandro III un privilegio de protección pontificia, confirmando al monasterio los bienes y donaciones que ya poseía. En 1227, cincuenta y cinco años después, el Papa Nicolás III reafirma mediante bula todos los privilegios que reyes y príncipes habían concedido a la abadía, y que sus antecesores en el pontificado también habían confirmado ¹⁴.

Las donaciones al monasterio de Irache, que abundaron en el siglo XI, todavía proseguían en el XIII. Pero no fueron sólo reyes los benefactores, sino también caballeros y plebeyos devotos de santa María y, entre ellos, varios vecinos de Peralta. El 27 de agosto de 1233 aparece entre los testigos de la donación de una viña al monasterio el caballero don Miguel de Peralta, natural de esta villa ¹⁵. Al año siguiente, en junio de 1234, Ochoa, Álvaro y Alamán, caballeros de Peralta, confirman la donación que hizo a Irache su madre Alvira Ferrández de la suerte de casas y palomar, en beneficio de su alma y las de sus antepasados ¹⁶.

Once años después, en febrero de 1245, los hijos de Álvaro Díaz de Peralta, a saber, Juan, García, Álvaro, Toda, María y Donnorria, dan al prior don Pedro Périz de Peralta y a todo el convento de santa María de Irache, una pieza junto al río, para que se disponga en adelante totalmente de ella. Entre los testigos de la donación aparecen don Pero Lópiz, abad de Peralta. Era rey de Navarra don Teobaldo I, que ostentaba también la tenencia de Peralta, siendo alcalde Domingo de Adolina, y merino en el valle de Funes Bartolomé Sesma ¹⁷. Es curiosa esta coincidencia en las dos autoridades eclesiásticas, la del abad de Peralta y la del prior de Irache, ambos peralteses y de nombre Pedro, sin duda en honor del apóstol, cuya devoción en esta villa se confirma por la antigüedad de una secular cofradía.

El 13 de marzo de 1269 Fortún Sánchez, hijo de Sancho de Arlas, se entrega a Irache y hace donación al mismo monasterio de cuatro piezas, dos en regadío y dos en el monte, en tierras de Peralta. Testimonian este acto don Sancho Pérez, caballero e hijo de don Pero López, abad de Peralta, y don Bartolomé, clérigo, hijo de don Bartolomé Martín, siendo alcalde don Gonzalvo de Arlas, y don Martín Roiz merino en el valle de Funes. Aparece como escribano jurado el muchacho Pero López del concejo de Peralta ¹⁸. El 22 de marzo de 1287, el monje Pero Martínez, por mandato del abad y de todo el convento de santa María de Irache da a censo una viña y piezas en Arlas a doña María Ximénez, hija de Simón de Falces. El escribano, por mandamiento de entrambas partes, fue Martín Sánchez, del concejo de Peralta ¹⁹.

Hasta el siglo XVI, Irache no pasó a la obediencia de la Congregación Benedictina llamada de Valladolid. El 24 de abril de 1522 se produjo en Irache el primer intento de reforma ²⁰. La mayoría de los monjes quisieron permanecer fieles a la observancia que habían profesado pero, viendo que la reforma se imponía indiscutiblemente, para no impedirle el paso a la misma, se retiraron a una posesión que el monasterio tenía en el pueblo de Dicastillo. Los monjes vallisoletanos se asentaron en Irache el año 1531, empezando este monasterio una segunda etapa de esplendor ²¹.

3. Origen y consolidación de la universidad

Me complace dedicar este breve apartado a reseñar la influencia que ejerció el monasterio de Irache y su universidad en la educación religiosa y en la formación académica de los navarros durante casi toda la Edad Moderna. Su cercanía a Peralta favoreció sin duda a los monjes, clérigos y laicos de esta villa.

Los orígenes de los estudios en Irache están cargados de anómalas peticiones a las autoridades, intrigas constantes, bulas pontificias falsificadas, dudosa traslación a Irache de los derechos de conceder grados del monasterio de Sahagún y muchas otras irregularidades documentales. Todo ello se presta al equívoco en su legalidad inicial. Pero con los años y el empeño de los monjes, la existencia de la universidad iraquense culmina en una situación legal, reconocida por pontífices y reyes. Posiblemente comenzó humildemente con la formación de sus propios monjes, a ellos se le irían añadiendo otros de la misma Congregación, clérigos de las cercanías y, finalmente, laicos que buscaban el acceso a la cultura para colocarse en administraciones locales y cancillerías del reino. El historiador benedictino Mateo del Álamo, del monasterio de Santo Domingo de Silos, afirma gratuitamente que el colegio universitario de Irache se constituyó en 1539 ²².

El Capítulo General de la Congregación de Valladolid lo adoptó en 1544 como colegio común de los monjes estudiantes: *En el monasterio de Sancta Maria la real de Irache... los monjes colegiales han de oír tres años de Artes y otro de Lenguas griega y hebraica* ²³. En 1553 otro Capítulo General lo volvió a confirmar entre otros colegios de la Congregación, disponiendo el cumplimiento de los ejercicios y el orden de los estudios pertinentes ²⁴.

Para entonces ya había en Irache algunos otros estudiantes religiosos, pero no monjes. En 1568 empiezan las gestiones monacales con el objeto de conseguir que los cursos y grados de Irache fuesen reconocidos por la Universidad de Salamanca ²⁵. Tres son las alegaciones que se presentan para ello: que en Navarra no existía ninguna universidad, solo el Colegio de Irache; que a él acudían estudiantes seculares de todas partes para

graduarse en Teología, de acuerdo con privilegios pontificios y reales que equiparan y reconocen los títulos académicos de Irache a los de las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares; que los grados expedidos por el colegio de Irache eran admitidos de hecho y sin escrúpulo en todas las universidades ²⁶.

Hasta el año 1580 no se le llama universidad al colegio de Irache en el libro de matrículas, que reza así: *Libro de matrículas de los estudiantes que cursan en la insigne universidad del monasterio de nuestra señora la real de Irache*²⁷. La Universidad de Salamanca acabó por rendirse ante los hechos, y en 1987 un claustro tomó el acuerdo de reconocer los títulos conferidos por el citado colegio como procedentes de universidad aprobada²⁷.

Para conseguir también la aprobación real, los monjes acudieron a Felipe IV solicitando la facultad de expedir grados de bachiller, licenciado, maestro y doctor en todas las ciencias. Además, que estos grados fueran admitidos por las demás universidades, iglesias y colegios de España ²⁸. De esta manera expidió títulos de todos los ramos del saber en las ciencias eclesiásticas, jurídicas y hasta médicas.

La Universidad de Irache, a lo largo de sus casi tres siglos de existencia, fue primordialmente una casa de formación para los jóvenes benedictinos de la observancia de Valladolid, en la que durante los primeros tiempos de la Congregación primaba la piedad sobre las letras, llegando incluso a despreciar a éstas porque en el concepto ascético de aquellos iletrados pioneros vallisoletanos *el mucho saber era perjudicial para al espíritu* ²⁹. En los años en que aparecen los estudios del colegio iraquense con categoría de universidad, ya estaba superado por la Congregación este peyorativo concepto sobre la cultura. A partir de entonces los benedictinos darán a la Orden lustre intelectual. Filósofos, teólogos, canonistas y letrados pasan por Irache como maestros, como alumnos, o como ambas cosas sucesivas. En los libros de matrícula y de grados de esta universidad se encuentran nombres de monjes que primeramente fueron aquí aplicados estudiantes y más tarde eminentes profesores. Los casi tres siglos como universidad aportaron a la Iglesia tres cardenales, veinticinco arzobispos, más de medio centenar de obispos, cientos de dignidades eclesiásticas, abades, canónigos, médicos, magistrados, abogados, catedráticos, etc.

A pesar de lo dicho, y a decir verdad, los benedictinos de Irache no fueron escrupulosos a la hora de exigir requisitos para matricular estudiantes, ni para conceder grados académicos. Se limitaron al cumplimiento de unos estatutos bastante cómodos. Pero no es un defecto exclusivo de esta universidad. Las universidades españolas llamadas menores tenían que sobrevivir frente a la competencia de las mayores. Y para lograrlo, la única solución era transigir con tales irregularidades. Así, cuando el Superior General de la Congregación vallisoletana designaba a un monje sabio y virtuoso pero sin título universitario para regentar una cátedra en Irache, el claustro de profesores, con algún voto en contra para salvar las apariencias, aprobaba la promoción y elevación académica del fraile nominado.

La obra publicada de los monjes formados en Irache tiene gran dispersión de materias. Escribieron de *omni re scibili*, es decir de todos los saberes de la época. Pero sobresalen tres temas: el restablecimiento de la escuela teológica de san Anselmo, la defensa del misterio de la Inmaculada Concepción de María y la práctica de la comunión frecuente, tanto en los escritos de los eclesiásticos como en los de los laicos. Si algo hay que achacar a la producción literaria del conjunto de tales escritores, no es su número que es elevado, sino su mediocridad, salvo honrosísimas excepciones.

Pero no hay que olvidar una segunda faceta de la universidad iraquense. Se formaron en sus aulas tanto las figuras eminentes a las que he aludido en los altos cargos de gobiernos eclesiásticos y civiles, como personas mucho menos conocidas que ejercieron funciones secundarias en cabildos parroquiales y en concejos municipales. Una larguísima nómina de individuos ilustrados, sobre todo navarros, obtuvo aquí grados académicos. Entre ellos muchos peralteses.

4. Decadencia y clausura

Paradójicamente la Revolución Francesa, amiga de las libertades, influyó en la decadencia de esta universidad. Los revolucionarios franceses, en represalia a los ejércitos españoles que fueron al país galo a reprimir la Revolución, invadieron las poblaciones de Cataluña, Navarra y Vascongadas, arrasando todo a sangre y fuego. No llegaron hasta Irache, pero este monasterio sufrió también las consecuencias. El libro de actas es elocuente al exponer los hechos dirigidos por el claustro al Real Consejo.

Habiendo destinado en el año 1794 la mayor y más saludable parte del edificio deste monasterio para Real Hopedería del Ejército, quedando por consiguiente reducida y estrecha la habitación de la comunidad, y no menos el número de aulas para la enseñanza de las facultades y de los tránsitos necesarios para los ejercicios y pasos de tantos oyentes, nada se ha omitido en el método, horas y ejercicios, que siempre observamos arrostrando todas las dificultades.

Un hospital de quinientos y más contagiados de fiebres pútridas, a cuya curación está enteramente destinado, es tanto más peligroso, quanto es más indispensable que los estudiantes, para venir a las aulas y para volver a sus casas, hayan de pasar por debajo de las enfermerías, recibiendo los hálitos de las sentinas y de las inmundicias que arrojan de ellas. No es raro el obstáculo que hallan para alojarse, por estar ocupadas todas las casas de los barrios y lugares por los dependientes del hospital. Por cuya razón se han visto obligados los estudiantes a tomar posada en la ciudad de Estella, quasi media legua de distancia deste monasterio.

Y siendo la incomodidad que padecen en venir y volver en tanta distancia, mañana y tarde, no es corta la que supone el tener que permanecer dentro de las posadas, resultando desta mezcla de estudiantes y soldados, gravísimos perjuicios que se dejan conocer y no pueden precaverse.

Por fin, la escasez de alimentos, que han subido a tres, cuatro y seis veces mayores, es insoportable a los estudiantes.

Por todas estas razones suplicamos reverentemente a S. S. se dé por terminado este curso el 15 de marzo deste año ³⁰.

La guerra con Francia terminó con el Pacto de Basilea el 22 de junio de 1795. Y con ella la necesidad de mantener en Irache el hospital para los soldados. Desde esta fecha hasta 1802 no he encontrado en el Archivo General de Navarra dato alguno de los cursos de Irache. Sin embargo el 29 de agosto de ese mismo año recibía el claustro una real orden en la que se lamentaba el rey del excesivo número de abogados que había en España, muchos de los cuales eran ineptos para desempeñar su misión, y muchas veces inmorales en sus funciones profesionales, a causa de su mala preparación y de la facilidad con que habían alcanzado su título.

Para resolver tanta infamia exponía las condiciones de estudio que en adelante se exigirían para ser abogado, resumiéndolas en dos: cursar cinco años estudiando los nuevos libros de la *Recopilación* y los *Comentarios de las leyes de Toro* por Antonio Gómez; y seguir la explicación dada durante dos años en la cátedra de Prima de los nueve libros de las *Instituciones de Castilla* por Ignacio Jordán, a hora y media diarias. Como Irache para esas fechas ya no concedía esta licenciatura, contestó al rey que no tenía rentas para el sostenimiento de dos cátedras de Leyes, y que se limitaba a la enseñanza de la Filosofía y la Teología. Así las cosas, no es de extrañar que el real decreto de 3 de julio de 1807, por el que el rey Carlos IV reducía el número de universidades españolas, alcanzase a la de Irache.

A los dos años, el rey intruso José Bonaparte ordenó la exclaustación de los monjes. Las últimas cuentas de gastos que aparecen en el libro de la administración son de principios del mes de octubre del mismo año ³¹. Con la restauración fernandina, regresaron los monjes al monasterio de Irache y solicitaron al rey que se restaurara la universidad. La petición pasó a informe de la Diputación de Navarra, que lo dio muy favorable y sumamente laudatorio para los monjes de san Benito. A su vista, una cédula real otorgó lo que se pedía. Pero al presentarse el documento regio en la Diputación, ésta no quiso admitirlo so pretexto que don Fernando después de *rey de Castilla* no ponía *rey de Navarra*, como exigían los Fueros del reino. Subsanaada esta falta, pudo abrirse de nuevo la universidad bajo las mismas condiciones que en la época de Carlos III ³². Con todo, hasta el mes de abril de 1824 no aparece constancia de la reapertura ³³. ¿Permaneció abierta hasta la exclaustación de los monjes en 1839? El libro de actas guarda total silencio.

El ambiente liberal dominante en las altas esferas de la política, la desorientación de un pueblo desgobernado, la honda escisión ideológica y las guerras civiles, culminaron en la ley del ministro Juan Álvarez Mendizábal, que condenaba a muerte instituciones culturales españolas por el delito de pertenecer a entidades eclesiásticas. El monasterio de Irache tendría que haber cerrado sus puertas por esta ley el 11 de octubre de 1835, pero los benedictinos se mantuvieron hasta 1839. Al estar enclavada la abadía en territorio carlista, parte de sus dependencias fueron dedicadas a hospital de heridos y los monjes pudieron proseguir durante cuatro años su vida de trabajo, oración, estudio y caridad.

5. La iglesia románica

Dos portadas románicas dan acceso al interior de la iglesia abacial, además de una tercera, renacentista, que comunica con el claustro. La puerta que da al norte, llamada de san Pedro, posee un arco abocinado ligeramente apuntado. Sus cinco arquivoltas descansan sobre pares de capiteles con escenas caballerescas, de caza y episodios de la vida de san Martín de Tours. Los capiteles yuxtapuestos, formando friso, coronan los fustes cilíndricos de cuatro pares de columnas con basamento románico y dos columnas dobles que sostienen la arquivolta de radio más corto. La piedra clave de esta arquivolta está decorada con un crismón, al estilo de los labrados un siglo antes en la portada de la catedral de Jaca y en la puerta que da acceso a la capilla lateral del monasterio de Leyre. Llamam la atención tres canecillos que sobrevuelan las arquivoltas con representaciones zoomorfas. A mi entender servirían de apoyo a un primitivo tejadillo protector de la portada en las inclemencias del tiempo.

La puerta principal se abre a poniente siguiendo la orientación que las iglesias cristianas guardaban tradicionalmente. Sencilla de estructura, está cobijada bajo un enorme pórtico apuntado. Tiene cuatro pares de columnas alternando con las jambas correspondientes. La decoración es a base de temas vegetales en los capiteles y de entrelazos en los bajorrelieves y en las jambas. Todo resulta muy sencillo y delicado. Carece de tímpano y de dintel, y sus cuatro arquivoltas sostienen crismones esculpidos. Fue una pena que la carga constructiva del siglo XVI cegase cinco ventanas al realizar el coro alto.

La robusta torre levantada a la derecha de la fachada principal es una modificación herreriana, realizada en el siglo XVI, de una de las dos torres románicas que en principio flanqueaban la puerta. Resulta muy descriptivo lo que de ella se dice: *La iglesia es fortísima de muy gruesas paredes de piedra de sillería con tres torres a la parte del septentrión llenas de troneras y agujeros para disparar tiros; al fin de ella ay una torre muy grande y muy fuerte, porque como esta casa está en medio de dos ciudades populosas, que son Logroño y Pamplona, era como el corazón y fortaleza deste reyno de Navarra, y assi la edificaron tan fuerte* ³⁴. A la izquierda de esta torre, y sobre arco apuntado, se levantó en el siglo XVIII un verdadero retablo de piedra de dos cuerpos. Una ornamentación barroca enmarca dos hornacinas que albergan bajo frontones las imágenes de san Benito y de la Inmaculada, título este entrañable para la universidad iraquense.

La iglesia es grandiosa, de planta de cruz latina. Las tres naves con tres cuerpos –las laterales más estrechas–, terminan en un crucero con cimborrio achatado. En la cabecera hay tres ábsides semicirculares. Presidiendo el ábside central estuvo durante muchos siglos santa María la Real de Irache, una pequeña y bella imagen románica, que desde el abandono de Irache por los benedictinos a causa de la desamortización, encontró acomodo en la iglesia parroquial del cercano pueblo de Dicastillo.

Arcos apuntados y sin decoración, al estilo cisterciense, cubren las naves. Los arranques de estos arcos nacen de capiteles historiados. Sobresalen por su labra los dos en los que se apoya el arco triunfal. Uno representa la adoración de los Reyes Magos al Niño, colocado sobre las rodillas de la Virgen, y el otro un combate medieval entre caballeros.

Los cuatro ángulos del crucero tienen sus respectivas columnas adosadas con fustes que terminan en capiteles románicos de grandes hojas. Sobre ellos aparecen impresionantes esculturas de tamaño mayor que el natural con los símbolos tetramórficos. Los cuerpos en posición frontal llevan las cabezas de hombre, toro, león y águila, correspondientes al simbolismo evangélico. Encima de estas esculturas hay un friso de cabezas humanas que sirve de soporte a capiteles estilizados con temas vegetales, sobre los que arrancan en forma de concha las trompas del tambor octogonal. Conchas y tambor son renacentistas. En la nave del Evangelio, muy cerca del crucero, hay un ventanal con ajimez decorado con columnillas, arquivoltas y capiteles románicos de delicada talla.

El ábside central tiene un arco peraltado de medio punto. La decoración absidial consiste en una serie de siete arcos a lo largo del tambor. El central y los dos de los extremos cobijan ventanales, siendo ciegos los cuatro arcos restantes. Todos tienen columnillas, capiteles y arquivoltas de labra muy fina. Los ábsides laterales presentan una ventana al fondo, con las mismas características que las del ábside central. Se cierra la cabecera con estos ábsides, tan bellos al interior como al exterior. Cinco ventanales y otros tantos óculos sobre ellos iluminan la cabecera de la iglesia, tamizando la luz mediante planchas de moderno alabastro. Al exterior corre una deliciosa labra de

arquillos lombardos lobulados, apoyando en cabezas humanas y de animales. Un cuerpo superior, añadido posteriormente, confiere al ábside sensación de pesadez y resta esbeltez a la perspectiva de la linterna octogonal del centro del crucero, que lleva adosadas cuatro torretas semicilíndricas cubiertas con cuartos de esfera.

6. El claustro renacentista y otras dependencias

Bello complemento de la iglesia románica es el claustro renacentista. Y así como aquella ha sido alterada algo en su primitiva fábrica, éste ha llegado hasta el siglo XXI en toda su integridad. Se empezó a construir en 1540. Duró la obra 46 años. Su estilo, acorde con la época, es una mezcla de ojival decadente y plateresco, como tantos otros claustros de España. Los artífices fueron dos vascos³⁵. Se levanta al sur de la iglesia. Tiene planta ligeramente rectangular con medidas de 37 por 32 metros. Las cuatro crujías se reparten veintidós ojivas iguales, a razón de seis arcos las dos más largas y cinco las dos cortas. Las bóvedas arrancan de pilastras estriadas, adosadas unas a las paredes y otras a los estribos del patio de luces. Cada pilastra cobija una esbelta hornacina poco profunda, compuesta de repisa y concha. Faltan las estatuas que, posiblemente, nunca estuvieron.

Las 16 bóvedas octopartitas forman estrellas con los entrelazos de las nervaduras. En sus junturas lucen medallones que, según la interpretación más usual, representan jueces bíblicos, reyes de Israel y reyes de Judá, sumos sacerdotes, patriarcas, el arca de Noé, el pecado original, Jesucristo, los apóstoles, papas, obispos, ermitaños, doctores, mártires y la Santísima Virgen entre varios otros santos y santas.

La crujía del norte, adosada a la iglesia, que fue la primera en construirse, tiene capiteles esculpidos por Oyarzábal con temas mitológicos, griegos y romanos. Todavía quedan vestigios de su primitiva policromía. El resto del claustro fue edificado con piedra de calidad inferior. Los capiteles traen escenas de la vida y pasión del Señor, escenas de la Virgen y milagros de san Benito. Además hay tres capiteles que retratan milagros de san Veremundo, y otros capiteles que representan diferentes escenas, motivos eucarísticos y escudos de Navarra. La calidad escultórica de esta segunda fase constructiva, que fue labrada por Gaztañaga, es de inferior calidad que la primera.

El acceso a la iglesia desde el claustro se efectúa a través de la llamada *Porta Speciosa*, dedicada a la Virgen. Se abre en el ángulo nororiental. Tiene arco de medio punto. Tres arquivoltas encierran dos planos resaltados con andanas de cabezas angélicas muy pequeñas. Las jambas ostentan sendos recuadros con grutescos y una imposta del mismo estilo. Sobre la puerta y en las enjutas, cerrando el primer cuerpo de la decoración, aparecen dos medallones circulares con los bustos de san Pedro y san Pablo. El segundo cuerpo se compone de una ancha faja decorada con cabezas de ángeles, haciendo coro a una figura del Salvador, labrada en el centro en actitud de bendecir.

Sobre la franja hay una hornacina rectangular con una bella representación de la Asunción de María, rodeada de ángeles y con la luna a sus pies, como la contempló el vidente del Apocalipsis. A ambos lados aparecen arrodillados san Benito y san Bernardo. En el friso de la hornacina se lee: *Veni de Libano, sponsa mea, veni de Libano, coronaberis*, cita bíblica aplicada a la Virgen en el misterio de su Asunción. Coronando el conjunto, hay un frontón del que emerge la figura del Padre celestial en actitud

expectante ante la subida de la Virgen a los cielos. A los lados, dos escudos están sostenidos por ángeles. La parte alta del claustro la recorre elegantemente una galería encristalada de arcos de medio punto sobre esbeltas columnas sin apenas decoración.

La sacristía, también del siglo XVI, fue construida sobre la primitiva sala capitular románica, de la que se conservan dos ventanales. Consta de dos tramos con bóvedas de nervadura. Las claves van decoradas con bustos de abades y de otras jerarquías benedictinas. La sala capitular actual, de la misma época de la sacristía, es de planta cuadrada y con bóveda nervada. Está decorada con medallones sin escultura alguna.

Las restantes edificaciones son estancias del monasterio y aulas de la universidad, construidas en su mayor parte en el siglo XVIII. Encierran dos patios, uno grande y otro más exiguo, exentos de decoración. Una majestuosa escalera da acceso desde la planta baja, donde estaban ubicadas las aulas de la universidad, hoy vacías pero en sus días llenas de vida e inquietudes intelectuales, a los dos pisos de que consta el edificio. Hay también otras edificaciones de obra nueva y adaptaciones de antiguas, que han ido surgiendo en el siglo XX, según las necesidades de los padres escolapios, que son los últimos moradores, y las de la comunidad de monjas que atendía a los estudiantes.

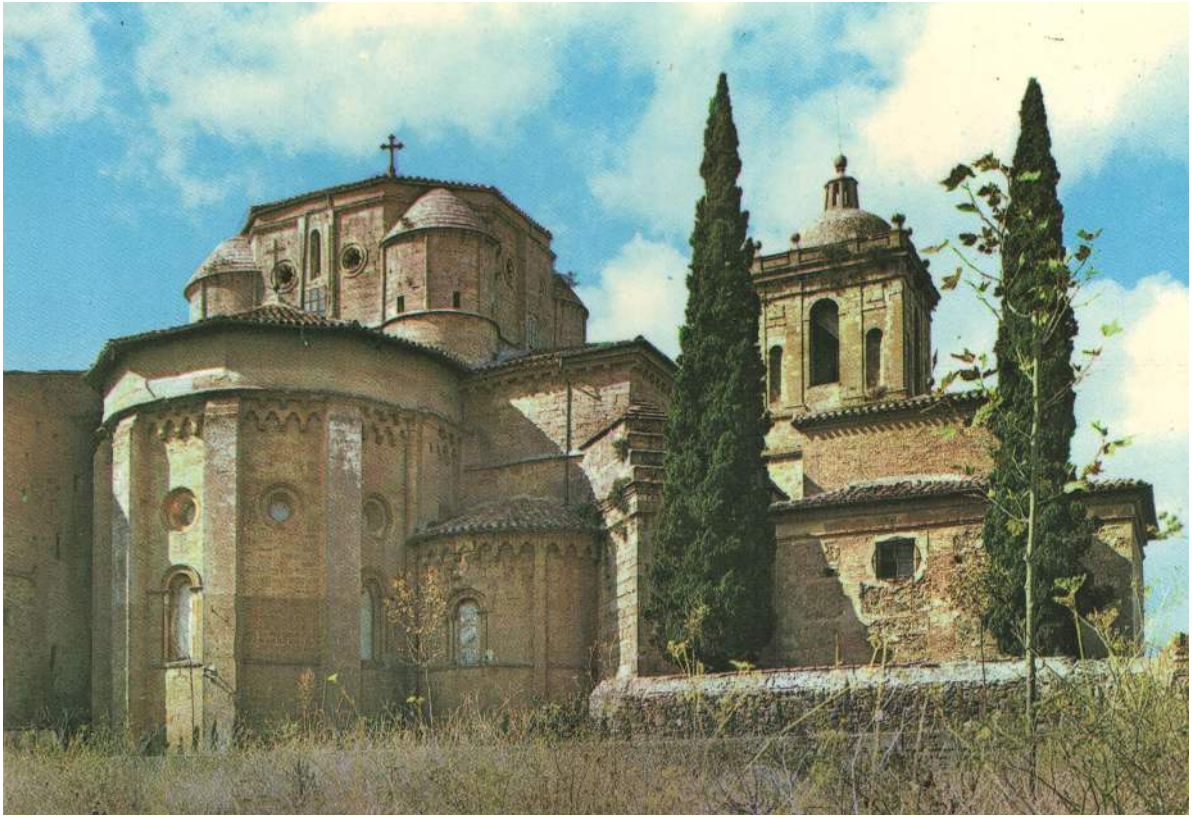
La fachada de poniente es severa. Su única decoración son los vanos de la puerta del monasterio, las ventanas y los balcones enrejados, entre los que se encuentra una serie de siete escudos labrados en piedra. En el ángulo noroeste, cabalgando sobre un podio de piedra adosado a la pared, hay otro grandioso blasón con águila bicéfala de fondo. Fuera ya del recinto monacal, media docena de casas que daban cobijo a los antiguos colonos de las tierras del monasterio, formando una recoleta plaza.

Desde 1885 la orden calasancia ha poseído el monasterio en usufructo hasta que lo abandonaron en los primeros años de la década de los 70 del pasado siglo, a causa de la crisis vocacional imperante. Durante casi cien años han alegrado a Irache con su presencia cientos de jóvenes seminaristas de los tres cursos de los estudios filosóficos, procedentes de las tres provincias calasancias de España, e incluso de Sudamérica, América Central y Estados Unidos, antes de marchar a Albelda de Iregua, en La Rioja, para cursar Teología. Me consta que varios jóvenes peralteses escolapios estudiaron en este tiempo en Irache la Filosofía escolástica. En 1950 se fundó aquí la Escuela de Magisterio de la Iglesia San José de Calasanz, que estuvo abierta escasos años.

Una nueva utilidad, ni religiosa ni docente, va a tener de inmediato el monasterio de Irache. Se están habilitando sus dependencias para parador de turismo de la reconocida cadena de los llamados y afamados Paradores Nacionales. De esta manera está garantizada la conservación de este magnífico y secular monumento histórico-artístico-cultural de Navarra.

NOTAS:

1. Ríos, R. *La Universidad Benedictina de Hirache*, art. en *The Doxnside Review*, núm. 184, LXX, pág. 285.
2. Yepes, A. *Crónica General de la Orden de San Benito*, vol. III, pág. 355. Los tres primeros volúmenes de esta crónica fueron impresos en Irache entre 1609 y 1610.
3. AGN, *Monasterios, Irache*, adiciones 22, original de 9 de junio de 1597.
4. Ibarra, Javier. *Historia del Monasterio y de la Universidad Literaria de Hirache*, Pamplona, 1940, págs. 9 y 10.
5. Se puede leer una transcripción en Ibarra, J., *ibíd.*, págs. 12-13.
6. AGN, *Becerro de Irache*, pág. 1.
7. *Ibíd.*, pág. 4 y ss.
8. *Ibíd.*, pág. 138.
9. *Regla de san Benito*, capítulos LIII y LVI.
10. AGN, *Becerro de Irache*, pág. 4.
11. *Ibíd.*, pág. 138.
12. *Ibíd.*, pág. 62.
13. Ibarra, J., *ibíd.*, pág. 88 y ss. Transcribe las actas que Morales copió del libro 12, cap. 19, de los concilios de San Millán.
14. AGN, *Monasterios, Irache*, pág. 80.
15. AGN, *Irache*, pág. 203. - Lacarra, J. M^a. *Colección Diplomática de Irache*, vol. II (1233-1397), índices 958-1397, núm. 353, págs. 30 y 31.
16. AGN, *Irache*, pág. 204. - Lacarra, J. M^a, *ibíd.*, núm. 354, pág. 32.
17. Sobre esta donación, cf. AGN, *Irache*, pág. 211. - Pero Périz de Peralta, prior iraqués, posteriormente sacristán y hospitalero de Irache. Cf. Ibarra, J., *ibíd.*, núms. 372, 373, 375, 376, 377, 378, 380, 381, 388, 389, 393, 398, 404, 411 y 424.
18. AGN, *Irache*, núm. 217. Citado por Goñi, J. en *Historia de los Obispos de Pamplona*, t. I, pág. 651. - Ibarra, J., *ibíd.*, núm. 407, pág. 81.
19. Ibarra, J., *ibíd.*, núm. 434, pág. 129.
20. Yepes, A., *ibíd.*, vol. III, pág. 381.
21. AGN, *Irache*, núm. 96. Clemente VII, a petición del emperador y de las casas españolas de la orden de san Benito, unió Irache a la congregación vallisoletana, por bula *Gerentes in desideriiis*, del 9 de diciembre de 1530, que fue ejecutada el 25 de septiembre de 1531.
22. Álamo, Mateo del. *Congregación de San Benito de Valladolid*, art. en la Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Madrid, Espasa Calpe, 1929, t. 66, pág. 965.
23. *Constituciones de la Congregación de San Benito de Valladolid*, Salamanca, 1546, fol. 60v y 61v.
24. Archivo del monasterio de Santo Domingo de Silos, *Libro Becerro de las Constituciones, Definiciones, Estatutos y Actas de los Capítulos Generales y Privados de la Congregación de San Benito de España, desde 1500 a 1610*. t. I, fols. 92 y 139, 1544.
25. Quien ha tratado más exactamente los comienzos de la Universidad de Irache es José Goñi Gaztambide, canónigo archivero de la catedral de Pamplona, en su artículo *Orígenes de la Universidad Benedictina de Irache*, *Studia Monástica*, vol. 2, fasc. 2, 1960, Montserrat (Barcelona), a quien agradezco haberme permitido utilizarlo para este capítulo.
26. AGN, *Irache*, pág. 45.
27. AGN, *ibíd.*, pág. 540.
28. AGN, *ibíd.*, pág. 44.
29. González Velasco, Carmelo. *La Abadía Benedictina de Irache, Primera Universidad navarra*, tesis de licenciatura, Universidad Literaria de Valencia, Facultad de Filosofía y Letras, 1972.
30. AGN, *Irache. Libro de Actas*, 1795.
31. AGN, *Inventario de Documentos de Irache*.
32. Pérez Goyena, rev. Razón y Fe. núm. 173, pág. 70.
33. AGN, *Irache. Libro registro de Actas*, 1824.
34. AGN, *Estatutos de la Universidad de Hirache*, prólogo, adiciones 22, original 9 de junio de 1597.
35. Sus nombres son Martín de Oyarzábal y Miguel de Gaztañaga. La interesante contrata de obra que mantuvieron ambos maestros con los abades respectivos se puede ver en Ibarra, J., *ibíd.*, págs. 190 y ss.



33. Exterior de los ábsides románicos de la iglesia del monasterio benedictino de Irache.



34. Claustro gótico-renacentista del monasterio de Irache.

CRONOLOGÍA

(continuación)

- 1939: El 1 de abril termina la guerra con la victoria del ejército rebelde.- Establecimiento de las cartillas familiares de racionamiento.
- 1940: Creación de la rondalla jotera de Rafael Valencia Irigaray.- El 1 de octubre se impone la tarjeta de fumador.
- 1943: Establecimiento de la cartilla individual de racionamiento.
- 1945: El 31 de diciembre don Fernando Lipúzcoa renuncia a la parroquia de Peralta y es nombrado regente don Carmelo Velasco Moreno, hijo del pueblo.
- 1946: Sor Juana Fernández, Hija de la Caridad, conmemora sus bodas de oro de permanencia en Peralta.- Se restablece la cofradía del Rosario.- Del 29 de abril al 5 de mayo se realiza el Congreso Eucarístico de La Ribera.- Del 28 de octubre al 10 de noviembre se celebra la primera gran misión parroquial.
- 1947: Referéndum nacional, aceptando la monarquía como forma de Estado para España.
- 1948: El 21 de abril se crea la cooperativa vinícola.
- 1949: Creación de la cooperativa Obrera Católica.- El 7 de mayo llega a Peralta la imagen peregrina de la Virgen de Fátima
- 1950: En este año Peralta tenía 6 tabernas muy concurridas.- Primera *Javierada* de los mozos de Peralta durante la novena de la gracia, del 4 al 12 de marzo.- Creación de la rondalla jotera de Vicente Castillo, Blas Asín y Ángel Villafranca.- El 30 de abril se coloca en el campanar la campana dedicada al Buen Pastor.
- 1951: Clausura del asilo en el mes de agosto con la marcha de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Se hacen cargo del mismo en el hospital las Hijas de la Caridad.- El equipo de fútbol Azkoyen asciende a primera regional.
- 1952: El 17 de febrero se nombra a don Santiago Pérez Goyeneche párroco de Peralta, que hasta entonces lo había sido de Azagra.- El 25 de julio don Carmelo Velasco Moreno toma posesión de una canonjía en la catedral de Pamplona.- El 8 de septiembre es coronada canónicamente la Virgen de Ujué, patrona de La Ribera.- Elevación del canon en la partición parcelaria.- Ascenso del Azkoyen a tercera división.
- 1954: Actuación de una rondalla de rondallas.- El 11 de septiembre se inaugura la nueva Casa Consistorial.
- 1955: El 13 de abril muere el codjutor peraltés don Andrés Troyas.- El 8 de diciembre se inaugura el centro parroquial de la Acción Católica.
- 1956: Restauración de la plaza de toros, que se inaugura para las fiestas patronales de septiembre.- Segunda misión parroquial.- En junio es la consagración episcopal como obispo de Lugo de don Antonio Ona, antiguo párroco de Peralta.- El 23 de diciembre se inaugura la calefacción en la iglesia parroquial.
- 1959: Ampliación de la cooperativa vinícola san Francisco Javier.

- 1960: El censo de habitantes asciende a 4.056 personas.
- 1961: El 10 de febrero se realiza la desmembración de parte del territorio parroquial para una mejor atención pastoral.
- 1963: Creación de la cooperativa lechera San Blas.
- 1964: Bodas de plata de la sección parroquial de la Adoración Nocturna.
- 1965: Refundición de la institución benéfica de Miguel Revuelta para asilo de ancianos con la del hospital de san Miguel.
- 1966: El 17 de febrero, en plena cuaresma, se celebra la tercera gran misión parroquial.
- 1969: El 16 de octubre la Diputación Foral crea la biblioteca municipal.
- 1970: Según el censo municipal, Peralta cuenta con 4.130 habitantes.
- 1972: El 27 de agosto don Rafael Erro toma posesión como nuevo párroco de Peralta.
- 1973: A primeros de septiembre se electrifican los bandeos de las campanas.
- 1974: Inauguración de la escuela de formación profesional comarcal.
- 1975: El 15 de enero don Vicente Martínez Iñigo celebra las bodas de oro como organista de la parroquia.- Tras la muerte del jefe del Estado Francisco Franco, don Juan Carlos es proclamado rey de España en el mes de noviembre.
- 1976: Peralta cuenta con 4.164 habitantes.- El 29 de junio se inaugura la nueva ermita de san Pedro en Arlas.
- 1977: Primeras elecciones generales democráticas.
- 1978: Inauguración del panteón de los 84 peraltenses republicanos muertos o asesinados en la Guerra Civil.
- 1979: El colegio público Juan Bautista de Irurzun estrena instalaciones.
- 1980: Año del despegue económico e industrial de Peralta, que tiene 1.110 viviendas ocupadas, 142 desocupadas y 85 en construcción.- El 8 de diciembre se celebran las bodas de plata del centro parroquial.
- 1982: El 26 de enero se reabre al culto la parroquia, después de estar durante cuatro meses cerrada a causa de varios arreglos y de su pintura integral.
- 1986: A partir de este año, y tras referéndum popular, comenzarán siempre las fiestas patronales en honor de la Virgen de Nieva el primer domingo de septiembre.- Según el último censo, Peralta cuenta con 4.516 habitantes.
- 1987: El presupuesto municipal es de 171.113.000 millones de pesetas.
- 1989: Don Dionisio Lesaca es nombrado párroco de Peralta.- En el mes de diciembre se inaugura la Casa de Cultura con la ubicación definitiva en ella de la biblioteca municipal ampliada.
- 2002: En el mes de junio, con motivo de la festividad de Corpus Christi, y por la iniciativa y el empeño del nuevo párroco don Javier Leoz, se inauguran las dos torres construidas en la fachada de la parroquia, completando así el proyecto original de 1826.
- 2007: El 9 de junio fallece el antiguo párroco de Peralta, natural de esta villa y canónigo de la catedral de Pamplona, don Carmelo Velasco Moreno.

FUENTES DOCUMENTALES

1. ARCHIVOS

La documentación utilizada en esta obra la he consultado unas veces directamente en los archivos aquí reseñados, y otras indirectamente, cuando estos archivos tenían catálogos para uso del investigador. La reseña concreta aparece en cada caso en las notas, al final de los capítulos.

1. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN)
2. ARCHIVO GENERAL DE NAVARRA (AGN)
3. ARCHIVO DIOCESANO DE PAMPLONA (ADP)
4. ARCHIVO DE LA CATEDRAL DE PAMPLONA (ACP)
5. ARCHIVO DE LA CATEDRAL DE TUDELA (ACT)
6. ARCHIVO MUNICIPAL DE PERALTA (AMP)
7. ARCHIVO MUNICIPAL DE FUNES (AMF)
8. ARCHIVO MUNICIPAL DE TUDELA (AMT)
9. ARCHIVO MUNICIPAL DE VILLAFRANCA (AMV)
10. ARCHIVO PARROQUIAL DE PERALTA (APP)
11. ARCHIVO PARROQUIAL DE PUENTE LA REINA (APPR)
12. ARCHIVO PARROQUIAL DE VALTIERRA (APV)
13. ARCHIVO DEL MONASTERIO DE SANTO DOMINGO DE SILOS (AMS)
14. ARCHIVO DE LAS HERMANITAS DE LOS ANCIANOS DESAMPARADOS (AHD)
15. ARCHIVO DE LA FAMILIA ARRIVITA (AFA)

2. BIBLIOGRAFIA

He consultado los siguientes libros, artículos de revistas y periódicos en los que se encuentran referencias sobre Peralta, o sobre Navarra y España que guarden relación con esta villa. Unas veces recogen datos genéricos, normalmente breves, pero otras aportan noticias concretas más extensas.

1. ABADAL, Ramón de. *La expedición de Carlomagno a Zaragoza*. Coloquio de Roncesvalles, Zaragoza, 1965.
2. ALTADILL, J. *Geografía del País Vasco-Navarro*, II y X.
3. ANUARIO DE ESTADÍSTICAS, 1980.
4. ARAZURI, J. J. *Pamplona, calles, barrios*, I, 1979.
5. ARBELOA MURO, Víctor Manuel. *Por Navarra*, I, 1985, y II, 1986.
6. ----- *Navarra y la Constitución*, Triunfo, núm. 820, 1986.
7. ARGÁIZ, G. *Población eclesiástica de España y Cronicón de Auberto*, I, 2ª parte.
8. ARIGITA, M. *Los judíos en el país vasco*. Pamplona, 1908.

9. ----- *Cartulario de Don Felipe III, rey de Francia*. Madrid, 1913.
10. ----- *Colección de documentos inéditos*.
11. ARTETA LUZURIAGA, V. *Aproximación al Nacionalismo Vasco en Navarra a través del Archivo civil de Pamplona*. I Congreso de Hª de Navarra, Príncipe de Viana, 1986.
12. ASTETE. *Catecismo de la Doctrina Cristiana*.
13. ATLAS DE ESPAÑA. Planeta Agostini.
14. BALEZTENA, Dolores. *Romerías de Navarra*.
15. BALEZTENA, J. *Catálogo del Archivo General de Navarra, sección de Comptos, Papeles Suetos, 2ª serie*, vol. I, 1237-1399.
16. BALLESTEROS, M. *Historia de España*, III, 2ª parte.
17. BARANDIARÁN, Ignacio y VALLESPI, Enrique. *Prehistoria de Navarra*, Pamplona, 1984.
18. BAZTÁN, Mercedes. Artículo en *Diario de Navarra*, 28-03-1987.
19. BEGUIRISTAIN, Amor. *Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad del Bronce en el Valle del Ebro*, Trabajos de Arqueología Navarra, núm. 3.
20. BIURRUN SOTIL Tomás. *Para el inventario de la riqueza artística de la diócesis de Pamplona*, boletín obispado de Pamplona, 1929.
21. BOISSONNADE, P. *Histoire de la reunión de la Navarre à la Castille*, 1893.
22. BURGO, Jaime del. *Historia de Navarra*, 1978.
23. CAJA DE AHORROS. *Navarra, Guía Ecológica y Paisajística*, II, 1980.
24. CAMPO, Luis del. *Pamplona y toros, Siglo XVIII*.
25. CAMPO VIDONDO, Juan Manuel y GASTÓN AGUAS, José Miguel. *Apuntes de una Historia de Peralta*, 1991.
26. CAMPO, J. M. *El Cascajo. Historia de una corraliza*, ayuntamiento de Peralta.
27. CAMPOS ORDUÑA, Josefina. *Los fusilados de Peralta, la vuelta a casa (1936-1978). Operación retorno*, Pamiela etxea, Pamplona, 2008.
28. CARO BAROJA, Julio. *Etnografía histórica de Navarra*, I, II y III, apéndice.
29. ----- *La casa de Navarra*, IV, Pamplona, 1982.
30. ----- *La ciudad y el campo*, Madrid, 1986.
31. ----- *Materiales para una historia de la lengua vasca*.
32. CARRASCO CALVO, S. *Los sindicatos libres en Navarra 1915-1923*, I Congreso de Historia de Navarra, siglos XVIII al XX, vol. II, Príncipe de Viana, núm. 152-153.
33. CARRASCO, J. *La población en Navarra en el siglo XIV*.
34. CASADO ALCALDE, Esteban. *Funes: retablo mayor de la parroquia de Santiago*, Príncipe de Viana, núm. 152-153.
35. CASTRO, J. R. *Carlos III el Noble*.
36. ----- *Catálogo de la Sección de Comptos Reales*.
37. CATALÁN, Diego. *De Nájera a Salobreña*, Studia Hispanica in honorem R. Lapesa, III.
38. CATÁLOGO MONUMENTAL DE NAVARRA. *Merindad de Tudela*, 1980
39. ----- *Merindad de Estella*, 1982-1983.
40. ----- *Merindad de Olite*, Pamplona, 1985.
41. CLAVERÍA, C. *Historia del Reino de Navarra*, Pamplona, 1971.
42. CLAVERÍA, J. *Historia documentada de la Virgen, del Santuario y villa de Ujué*, Pamplona, 1953.

43. CONFEDERACIÓN HIDROGRÁFICA DEL EBRO. *Memoria 1946-1975*.
44. CORREA, L. *Historia de la conquista del Reino de Navarra por el duque de Alba*, Pamplona, 1843.
45. COSSÍO, José María de. *Los Toros. Tratado técnico e histórico*, III.
46. CUADERNOS DE LEYES Y AGRAVIOS DEL REINO DE NAVARRA, II. *Cortes de 1817-1818. Ley LXIV. Cortes de 1828-1829. Ley LX*.
47. DÁVALOS DE LA PISCINA, *Crónica de los reyes de Navarra*, 1935.
48. DEMBOWSKI, Carlos. *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil 1838-1840*. Traducción de Domingo Vaca, II, Madrid, 1931.
49. DONÉZAR DÍEZ DE ULZURRUN, J. *El destino de los edificios-conventos navarros en tiempos de Mendizábal*, Príncipe de Viana, núm. 128-129, 1972.
50. DIARIO DE NAVARRA, 28-04-1936.
51. ----- 21-04-1995.
52. DICCIONARIO DE LOS FUEROS Y LEYES DE NAVARRA, 1964.
53. ELÓSEGUI y otros. *Navarra. Paseos naturalísticos*, II, Pamplona, 1982.
54. ENCICLOPEDIA HISTÓRICO-GEOGRÁFICA DE NAVARRA, IV.
55. ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA, Espasa, XII, XIII y XLIII.
56. ESCRIBANO ZARZOYA, F. *La Ribera de Navarra*, TCP, 10.
57. ESPARZA, E. *Pequeña Historia del reino de Navarra*.
58. ETAYO, J. *La traslación de los últimos reyes de Navarra de Lescaur a Pamplona*, boletín de la comisión de Monumentos, Pamplona, 1915.
59. FABO, P. *Historia del Convento de Marcilla*, Monachil, 1917.
60. ----- *Historia de Marcilla*, Pamplona, 1917.
61. FERNÁNDEZ OSÉS, Rodrigo. *Guía del Barranco de Peñalén*, ayuntamiento de Funes.
62. FERRER MUÑOZ, M. *La cuestión de las corralizas durante la II República*, Príncipe de Viana, núm. 180, 1987.
63. FLÓREZ, P. *España Sagrada*, VI y XXXII.
64. FLORISTÁN, A. *Itinerarios por Navarra, Zona Media y Ribera*, 1978.
65. FLORISTÁN IMIZCOZ, A. *Evaluación de la población de Navarra en el siglo XVII*, Príncipe de Viana, núm. 174, 1985.
66. GARCÍA ARANCÓN, R. *El reinado de Teobaldo II de Navarra*.
67. GARCÍA GARRAFA, A y A. *Enciclopedia Heráldica y Genealógica Hispanoamericana*, t. 17.
68. ----- *El Solar Vasco-Navarro. Genealogías*.
69. GARCÍA DE DIEGO, V. *Diccionario etimológico español e hispánico*.
70. GARCÍA GAINZA, M. C. *La escultura romanista en Navarra*, Pamplona, 1969.
71. GARCÍA LARRAQUETA, S. *El Gran Priorato de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén*, II, Príncipe de Viana, 1957.
72. GARCÍA MARTÍNEZ, B. *Historia de México*, Everest-Mexicana.
73. GARCÍA M. COLOMBÁS. *Monasterio de Tulebras*, 1987.
74. GARCÍA VILLADA, Z. *Historia eclesiástica de España*, I, Madrid, 1929.
75. GARIBAY, Esteban. *Compendio...de todos los reynos d'España, donde se se escriben las vidas de los reyes de Navarra...*, III, libro XXI, Amberes, 1571.

76. GONZÁLEZ VELASCO, Carmelo. *La abadía benedictina de Irache, primera universidad de Navarra*, Universidad Literaria de Valencia, 1972.
77. GOÑI GAZTAMBIDE, José. *Los obispos de Pamplona, siglos IV-XIII*, vols. I y II, Pamplona, 1979.
78. ----- *La matanza de judíos en Navarra en 1328*. Hispania Sacra, núm. 12, 1959.
79. ----- *Catálogo del Archivo de la Catedral de Pamplona*.
80. ----- *Catálogo del Becerro antiguo y del Becerro menor de Leyre*, Príncipe de Viana, núm. 92-93, 1963.
81. GRAN ATLAS DE NAVARRA, II. *Historia*, 1986.
82. GRAN ENCICLOPEDIA DE NAVARRA. *Peralta*, 1990.
83. HERNÁNDEZ-PACHECO, F. *Mapa sobre rasgos fisiográficos y geológicos de las Bardenas*, Príncipe de Viana, núm. 37, 1949.
84. HUICI URMENETA, Vicente. y otros. *Historia Contemporánea de Navarra*, San Sebastián, 1982.
85. IBARRA, J. *Historia del Monasterio y de la Universidad Literaria de Hirache*, Pamplona, 1940.
86. IDOATE EZQUETA, C. *Encomienda de Induráin*, Príncipe de Viana, 1980.
87. ----- *Encomienda de Villafranca*, Príncipe de Viana, núm. 163, 1981.
88. IDOATE, F. *Catálogo de los Cartularios Reales, I*.
89. ----- *Rincones de la Historia de Navarra I y II*.
90. ----- *Esfuerzo bélico de Navarra en el siglo XVI*.
91. ----- *La prueba foral de la gallina y sus pollos, aplicado en siglo XV*, Príncipe de Viana, núm. 30.
92. ----- *Catálogo de la Sección de Comptos Reales*.
93. IDOATE, C. y SEGURA, J. *Inventario del Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Navarra*, 1985.
94. IRIBARREN, José María. *Vocabulario navarro*, 1984.
95. ----- *Adiciones al Vocabulario navarro*.
96. ----- *Batiburrillo navarro*.
97. ----- *Burlas y chanzas*.
98. ----- *De Pascuas a Ramos*.
99. ----- *Retablo de curiosidades*.
100. ----- *Los toros en Navarra*. Príncipe de Viana, núm. 32, 1948.
101. ----- *Refranes y Adagios. Cantares y Jotas. Dichos y frases proverbiales*. Príncipe de Viana.
102. IRIBARREN, M. *Mosén Pierres de Peralta*, TCP, 94.
103. ITURRALDE Y SUIT. *Obras, vol. IV. Historia del Monasterio de Leyre*.
104. JIMENO JURIO, José María. *Auroras y Aroros*, TCP, 174.
105. ----- *Ujué*, TCP, 53.
106. LACARRA, José María. *Historia Política del Reino de Navarra desde sus orígenes hasta la incorporación a Castilla*, vols. I y III.
107. ----- *Estudios de Historia de Navarra*, Pamplona, 1971 y 1982.
108. ----- *Investigaciones de la Historia de Navarra*, cap. I: *La expedición de Carlomagno a Zaragoza y su derrota en Roncesvalles*, Pamplona, 1983.
109. ----- *Expediciones musulmanas*.

- 110.----- *Colección diplomática de Irache*, II, Pamplona, 1986.
111. ----- *Investigaciones históricas de Historia de Navarra*, cap. III: *Acerca de las fronteras en el valle del Ebro (siglos VIII-XII)*.
- 112.----- *Documentos*.
- 113.----- *Para el estudio del municipio navarro*, Príncipe de Viana, 1941.
- 114.LAVIÑETA SAMAMES, S. *El cura de mi pueblo: Eusebio Balduz García*, Pamplona, 1986.
- 115.LEROY, Beatrice. *Cartulario del Infante Luis de Navarra*, transcripción documental.
- 116.SEMINARIO DE PAMPLONA, *libro de Oro*, 1965.
- 117.LICHNOWSKI, F. *Souvenirs de la guerre civile en Espagne (1837-1839)*, I, París, 1844.
- 118.LIZARDA, F. J. de. *La hora navarra del siglo XVIII*, informe sobre Navarra, 1986.
- 119.LÓPEZ, Carlos María. *Leyre, Historia, Arqueología y Leyenda*, Editorial Gómez, Pamplona.
- 120.LOPEZ SELLÉS, T. *Contribución a un catálogo de escritos de Navarra, Merindad de Tafalla*, 1974.
- 121.LYNCH, John. *Las revoluciones hispanoamericanas 1802-1826*, Ariel.
- 122.MADOZ, Pascual. *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, XII, Madrid, 1849.
- 123.MADRAZO, Fco. de Paula. *Historia de Zumalacárregui*, Valladolid, 1941.
- 124.MARICHALAR. *Colección Diplomática*.
- 125.MARTÍN DUQUE, Ángel J. *Documentación medieval de Leyre. Siglos IX al XII*, Pamplona, 1983.
- 126.MARTINENA RUIZ, J. J. *Historia del tren*, TCP, 60.
- 127.----- *Navarra, Castillos y Palacios*, Pamplona, 1980.
- 128.MARTÍNEZ SAN CELEDONIO, F. M. *Historia de la villa de Funes*, 1984.
- 129.----- *Historia de Villafranca de Navarra. La antigua Alesves*, 1983.
- 130.----- *Historia de San Adrián de Palmas*, 1981.
- 131.----- *Historia documentada de Azagra, Villa del reino de Navarra*, 1981.
- 132.MENÉNDEZ, E. y otros. *Sellos medievales de Navarra*, Pamplona, 1975.
- 133.MEZQUÍRIZ, María Ángeles. *Romanización*, TCP, 37.
- 134.----- *Hallazgo de una tumba de inhumación romana en el Castillazo de Fune*, Príncipe de Viana, núm. 54, 1954.
- 135.----- *Hallazgo de mosaicos romanos en Villafranca*, Príncipe de Viana, núm. 122-123 y núm. 124-125.
- 136.MINA APAT, M. de la C. *Fueros y Revolución liberal. Crisis del antiguo Régimen en Navarra (1801-1841)*, Universidad Complutense.
- 137.MOLINA, Ramón. *Leyre*.
- 138.MOLUQUER DE MOTES, J. *Avance del estudio de la necrópolis de la Atalaya, Cortes de Navarra*, Príncipe de Viana, 1956.
- 139.MORET, J. y ALESON, F. *Annales del Reino de Navarra* II, III y IV, Pamplona, 1766.
- 140.MUÑOZ Y ROMERO. *Colección de Fueros municipales y cartas pueblas*.
- 141.MUTILOA, J. M^a. *Constitución, consolidación y disolución del patrimonio de la Iglesia de Navarra. El Monasterio de Leyre*, Príncipe de Viana, núm. 162, 1981.
- 142.NADAL DE GURREA, J. *Glorias de Navarra*, Pamplona, 1866.

143. NAVASCUÉS Y DE PALACIO, J. *Descubrimiento de una bodega romana en término de Funes*, Príncipe de Viana, núm. 76-77, 1959.
144. NOGUERUELA E IZQUIERDO. *Manual para la implantación de la cédula personal en España*, Valladolid, 1932.
145. OLÓRIZ Y AZPARREN, Herminio de. *Cartilla Foral*, Pamplona, 1895.
146. OLTRA RUBIO, E. *La epidemia de 1834 en la Ribera de Navarra*, Príncipe de Viana, núm. 172, 1984.
- 147.----- *Centenario de una crisis demográfica: el cólera de 1885 en Navarra*. I Congreso de Hª de Navarra de los siglos XVIII al XX, vol I.
- 148.----- *Nuevas aportaciones al estudio de las pestes en Navarra*. Príncipe de Viana, núm. 162, 1981.
149. ORDOÑEZ, Valeriano. *Gestas y Cantares*, TCP, 311.
- 150.----- *Jotas y Romance*, TCP, 228.
- 151.----- *Presencia de la Jota*, TCP, 238.
- 152.----- *Rondallas de Antaño*, TCP, 362.
153. OROZCO y BERRA. *Historia de la dominación española en Méjico*, II, 1938.
154. OSTOLAZA, Isabel. *El tribunal de la Corte de Navarra durante el siglo XIV (1329-1387)*. Príncipe De Viana, núm. 178, 1986.
155. OTAZU RIPA, J. L. *Heráldica Municipal Merindad de Estella*, TCP, 268.
- 156.----- *Heráldica Municipal Merindad de Olite*, TCP, 236.
157. PAMPLONA, Germán de. *Los epitafios de Carlos III el Noble*, Príncipe de Viana.
158. PASCUAL BONIS, A. *Navarra 1936. Insurrección militar y/o levantamiento popular*. I Congreso de Hª de Navarra desde los siglos XVIII al XX, 1986.
159. PAU-MONTAJO GONZÁLEZ, J. L. *Las bases del Carlismo navarro 1833-1839*. I Congreso de Hª de Navarra desde los siglos XVIII al XX, vol. II.
160. PEDROARENA, J. A. *Santuarios*, TCP, 49.
161. PEREZ BARAHONA, D. *Breve Historia del Santuario de la Virgen de la Soterraña de Santa María la Real de Nieva*, 1970.
162. PEREZ GOYENA. *Razón y Fe*, núm. 173.
163. PEREZ OLLO, F. *Ermitas de Navarra*, 1983.
164. PICART, Francisco. *Historia milagrosa de la Imagen de Nuestra Señora de la Soterraña de Nieva y Novena para implorar su auxilio*, Pamplona, 1733.
165. POYO, J. *Vinos de Navarra, una exigente garantía de calidad*, Diario de Navarra, suplemento extra sobre el vino, noviembre, 1986.
166. AYUNTAMIENTO DE PERALTA. *Programa oficial de Fiestas*, varios años.
167. RAPUN GÁRATE, Manuel. *Algunas notas sobre la evolución de la Agricultura Navarra durante el periodo (1962-1982)*, Príncipe de Viana, 1986.
168. REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. *Diccionario Geográfico-Histórico de España*, II.
169. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Española*, 1992.
170. RECONDO, José María. *La Javierada*, TCP, 220.
- 171.----- *El proceso de Esteban Zuasti. Primer documento oficial de la herida de Iñigo de Loyola en Pamplona*. Príncipe de Viana, 22, 1961.
172. REGLÁ CAMPISTOL, J. *Navarra: Reinados de Carlos II el Malo y Carlos III el Noble*. En Hª de España de Espasa Calpe, t. XIV, Madrid, 1966.

173. RÍO ALDAZ, R del. *Orígenes de la Guerra Carlista (1820-1824)*.
174. RÍOS, Román. *La Universidad Benedictina de Hirache*, The Downside Review, 184, LXX.
175. RISCO, A. *España Sagrada*, vols. XXV y XXXIII.
176. RODRÍGUEZ LABANDEIRA, J. *Explotación de la tierra, trabajo agrícola y condición campesina en Navarra...*, Príncipe de Viana, 1986.
177. RODRÍGUEZ LAPUENTE, M. *Historia de Iberoamérica*, Ramón Sopena.
178. ROJAS Y SANDOVAL, Bernardo. *Constituciones Synodales del Obispado de Pamplona*, Príncipe de Viana, 1974.
179. SAGASETA ARÍSTEGUI, A. *Órganos de Navarra*, Pamplona, 1985.
180. SALAS AUSENS, José A. *Extranjeros en Navarra en la segunda mitad del siglo XVIII*.
181. I Congreso de Historia de Navarra..., Príncipe de Viana, 1986.
182. SALCEDO IZU, J. *Incorporación de Navarra a la monarquía española*, informe sobre Navarra, 1986.
183. SALINAS DE QUIJADA, F. *Las Reales*, TCP, 29.
184. SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio. *La trayectoria histórica de Vasconia*, El destino de Navarra, 1977.
- 185.----- *Orígenes del Reino de Pamplona, siglo IX*, informe sobre Navarra, 1986.
- 186.----- *Despoblación y repoblación del Valle del Duero*, Buenos Aires, 1966
187. SÁNCHEZ, Ana Carmen y UNZU, Mercedes. *Prehistoria y Edad del Hierro*, Panorama, 1985.
188. SANDOVAL, Prudencio. *Catálogo de los obispos que ha tenido la Santa Iglesia Catedral de Pamplona*. 1614.
189. SARAHE PUEYO, V. M. *Gastronomía*, TCP, 45.
190. SAYÉS BERMEJO, Juan Jacinto. *Sentimientos y personas de una comarca de Navarra*.
191. SUBDIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA. *Navarra, Censos*.
192. TANCO, J. *Historia de la Enseñanza*, TCP, 204.
193. TOVAR, Antonio. *Vascos, vascones, vascuence, euskera*, informe sobre Navarra por la Comisión de navarros en Madrid, 1986.
194. TUÑÓN DE LARA, M. *Navarra en los movimientos sociales de Historia Contemporánea de España*, I Congreso de Historia de Navarra..., vol. II.
195. UBIETO ARTETA, Antonio. *Colección Diplomática*.
- 196.----- *Cartulario de Santa Cruz de la Serós*.
- 197.----- *Fueros de Caparroso y Santacara*.
198. URANGA, Esteban e IÑIGUEZ, Francisco. *Arte medieval navarro*, I y III, Pamplona, 1979.
199. URANGA, J. J. *Ujué medieval*, Pamplona, 1984.
200. URUBAYEN, L. *Geografía de Navarra*, Pamplona, 1931.
201. VALENCIA IRIGARAY, Maria. *Peralta visto con humor*, 1993.
202. VEGA, Carlos Luis de la. *La milicia templaria de Monreal del Campo*, Lizargas, 7, Valencia, 1975.
203. VENTURA, J. *Paridades de la moneda navarra desde finales del siglo XVIII hasta la creación de la peseta*, I Congreso de Hª..., Príncipe de Viana, 1986.
204. VERGARA Y MARTÍN. *Diccionario popular de cantares*.
205. VIANA, Carlos, Príncipe de... *Crónica de los Reyes de Navarra*.

206. VIRTO, J. J. y ARBELOA, V. M. *La cuestión agraria Navarra III (1900-1936)*, Príncipe de Viana, núm. 174, 1985.
207. VIRTO IBAÑEZ, J. J. *La CNT en Navarra*, Príncipe de Viana, núm. 176, 1985.
- 208.----- *Algunas aportaciones a la historia de la Guerra Civil de 1936 en Navarra*, Príncipe de Viana, núm. 178, 1986.
- 209.----- *Marzo de 1936: el asalto a la Diputación Foral en nombre del Frente Popular Navarro*. Príncipe de Viana, núm. 179, 1986.
210. XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe. *A las puertas del cielo, (Un mes con los Trapenses)*, Studium, Madrid, 1958.
211. YANGUAS Y MIRANDA, J. *Historia compendiada del reino de Navarra*, San Sebastián, 1832.
- 212.----- *Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra*, II y III.
213. YEPES, Antonio. *Crónica General de la Orden de San Benito*, III, Irache, 1609.
214. ZUBILLAGA, J. M. *Los orígenes y frutos del Nacionalismo vasco*.
215. ZUNZUNEGUI, José. *El Reino de Navarra y su obispado de Pamplona durante la primera época del cisma de Occidente (1378-1394)*.
216. ZURITA, Jerónimo. *Anales de la Corona de Aragón (711-1510)*, IV.

